PEKKA HÄMÄLÄINEN

CONTINENTE INDÍGENA

LA IMPLACABLE PUGNA POR NORTEAMÉRICA



El viejo y arraigado canon sobre la historia de América reza que Colón «descubrió» un continente extraño y trajo historias de sus incalculables riquezas. Los Estados europeos se apresuraron a conquistar la mayor parte posible de este asombroso «Nuevo Mundo» y, aunque los pueblos indígenas se defendieron, no pudieron detener la embestida. Los imperialistas blancos estaban destinados a dominar el continente, y la narración tradicional cuenta un camino irreversible hacia la inexorable destrucción de los nativos… Sin embargo, como en tantas otras historias de origen largamente aceptadas, esta también resulta estar basada en mitos y distorsiones.

En su libro *Continente indígena*, Pekka Hämäläinen presenta un potente argumentario que echa por tierra muchos de los supuestos más aceptados de la historia de Norteamérica. Hämäläinen gira nuestra perspectiva para alejarnos del Mayflower, de los padres fundadores y de otros episodios trillados de la cronología convencional, para acercarnos a un mundo de naciones nativas cuyos miembros, lejos de ser víctimas indefensas de la violencia colonial, dominaron el continente durante siglos tras la llegada de los primeros europeos. Desde los iroqueses en el nordeste hasta los comanches en las llanuras, y desde los indios pueblo en el sudoeste hasta los cheroquis en el sudeste, las naciones indias derrotaron a menudo a los recién llegados blancos.

En 1776 varias potencias coloniales reclamaban casi todo el continente, pero los pueblos indígenas seguían controlándolo: como señala Hämäläinen, los mapas de los libros de texto modernos, que pintan gran parte de Norteamérica en bloques ordenados y codificados por colores, confunden los extravagantes alardes imperiales con el control real. Aunque la población blanca y el ansia de tierra de los colonos se dispararon, los pueblos indígenas florecieron gracias a una diplomacia y unas estructuras de liderazgo sofisticadas. De hecho, el poder de los nativos alcanzó su punto álgido a finales del siglo XIX, con la victoria lakota de Little Bighorn en 1876. En última instancia, Continente indígena sostiene que la propia noción de «América colonial» es engañosa, y que, en su

lugar, deberíamos hablar de una «América indígena» que se fue convirtiendo en colonial de forma lenta y desigual. La prueba más palmaria del desafío indígena son hoy las cientos de naciones nativas que todavía salpican los territorios de Estados Unidos y Canadá. Un libro que devuelve a los pueblos nativos el lugar que les corresponde en la historia de Norteamérica.



Pekka Hämäläinen

Continente indígena

La implacable pugna por Norteamérica

ePub r1.0

Titivillus 16.10.2024

Título original: *Indigenous Continent. The Epic Contet for North America*
Pekka Hämäläinen, 2022
Traducción: Javier Romero Muñoz
Diseño de cubierta: Raúl Clavijo
Cartografía: Bill Nelson

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Agradecimientos

Son muchas las personas que me ayudaron durante la investigación y redacción del presente libro y es un gran placer darles las gracias. Fred Anderson, Rani Andersson, Juliana Barr, James Belich, Lance Blythe, Patrick Bottiger, Paul Conrad, Jane Dinwoodie, Francois Furstenberg, Daniel Green, Patrick Griffin, Mandy Izadi, Paul Kelton, John Kessell, Matthew Kruer, Sami Lakomaki, Joy Porter, Charles Prior, Andrés Reséndez, Nancy Shoemaker, Coll Thrush, Camilla Townsend y Samuel Truett me concedieron generosamente su tiempo para hablar de este proyecto y leer parte del original, que hicieron mejor con sus contribuciones. James Merrell leyó el texto y aportó críticas detalladas y sagaces; estoy profundamente en deuda con él por sus consejos. Mi editor, Daniel Gerstle, mejoró infinitamente el libro con sus perspicaces comentarios. Agradezco a Zeba Arora por su labor con las imágenes. Fue maravilloso volver a trabajar con Bill Nelson en los mapas. También quiero agradecer a mi agente, Geri Thoma, por su apoyo, entusiasmo y sabiduría. Es grande mi deuda de gratitud con mi correctora, Stephanie Hiebert, que no solo mejoró enormemente el original, sino que también me enseñó mucho acerca de escribir. Quiero dar las gracias a Kaspar Supinen y a Lidia Supinen por sus comentarios y su apoyo. Como siempre, Veera Supinen me fue de inmensa ayuda con su auténtica brillantez.

Hice un primer ensayo de las ideas y argumentos de Continente indígena en un ensayo titulado «The Shapes of Power: Indians, Europeans and North American Worlds from the Seventeeth to the Nineteenth Century», publicado en Contested Spaces of Early America (Juliana Barr y Edward Countryman, eds.), Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2014). Estoy muy agradecido por los comentarios al resto de colaboradores del libro y en particular a

los que participaron en el taller previo a la publicación del mismo. En particular, me gustaría transmitir mi gratitud a Matthew Babcock, Juliana Barr, Ned Blackhawk, Edward Countryman, Chantal Cramaussel, Brian DeLay, Elizabeth Fenn, Allan Freer, Raúl José Mandrini, Cynthia Radding, Birgit Brander Rasmussen, Alan Taylor y Samuel Truett.

Nota acerca de la terminología y el estilo

En algunos casos he modernizado las citas literales cuya ortografía dificulta la comprensión. Siguiendo el ejemplo de Nancy Shoemaker, llamaré a los hombres y mujeres implicados en guerras «soldados», no «guerreros». Los asentamientos de las naciones nativas más sedentarias son «localidades», mientras que las de los pueblos nómadas son «aldeas». En lugar de «jefes», utilizo términos indígenas para denominar a los líderes, o «autoridades» u «oficiales», dado que eran administradores indígenas. Con respecto a los nombres de las naciones indias, he utilizado las que estas prefieren usar. Odawas en lugar de ottawas; lenapes y no delawares; wyandots en lugar de hurones; illinis, no illinois; meskwakis por foxes [zorros]; ho-chunks y no winnebagos; muscoguis en lugar de creeks; ojibwes por ojibwas. Los iroqueses también se denominan haudenosaunee[1].

Introducción

El mito de la américa colonial

Acerca de América existe un relato, viejo y muy arraigado, que viene a decir algo así como esto: Colón se topó con un continente extraño y regresó con historias de incalculables riquezas. Los imperios europeos se lanzaron de inmediato sobre ese asombroso Nuevo Mundo, ansiosos por reclamar la mayor extensión posible. Al enfrentarse entre sí, los europeos desencadenaron una expansión colonial que se prolongó alrededor de cuatro siglos, desde la conquista de La Española, en 1492, hasta la masacre de Wounded Knee de 1890. Entre estos dos momentos, las potencias europeas y el naciente imperio estadounidense acumularon almas, esclavos y territorio, al tiempo que desposeyeron y destruyeron cientos de sociedades indígenas. Los indios opusieron resistencia, pero no lograron contener la avalancha. Por más combativos y hábiles que fueran, no pudieron hacer frente a los recién llegados y a su descarnada ambición, a su tecnología superior y a sus letales microbios, que penetraban los cuerpos nativos con aterradora facilidad. Los indios estaban sentenciados; los europeos destinados a conquistar el continente. La historia fue un proceso lineal que avanzó de manera irreversible hacia la destrucción de los indígenas.

Continente indígena narra una historia diferente. Presenta un nuevo relato de la historia de América que pone en entredicho la inevitabilidad de la expansión colonial, así como que el colonialismo definió al continente y las experiencias de quienes lo habitaban. Este libro deja a un lado tales premisas anticuadas y revela un mundo que siguió siendo abrumadoramente indígena hasta bien entrado el siglo XIX. Alega que, en lugar de la «América colonial», deberíamos hablar de una América indígena que se hizo

colonial de forma lenta y desigual. Hacia 1776, diversas potencias coloniales europeas reclamaban la posesión de casi todo el continente, pese a que este seguía bajo el control de las potencias y los pueblos indígenas. Los mapas de los libros de texto modernos que representan Norteamérica con bloques de color bien definidos confunden extravagantes reivindicaciones imperiales con el control real del territorio. La historia del abrumador y persistente poder indígena que narraremos en estas páginas sigue permaneciendo en el olvido y aún hoy constituye la mayor omisión de la visión común del pasado americano.

La realidad del continente indígena cayó en el olvido porque los imperios europeos, y en particular Estados Unidos, atribuían el poder al Estado y su burocracia, mientras que las naciones nativas lo asignaban a las relaciones de parentesco. Desde el principio, los recién llegados juzgaron a los indios con arreglo a conceptos europeos. Los historiadores posteriores hicieron lo mismo, pues se centraron en el poder del Estado como la fuerza impulsora de las Américas. El parentesco, sin embargo, podía ser fuente de gran poder y las naciones indígenas poseían sistemas políticos avanzados que les permitían acometer operaciones diplomáticas y bélicas flexibles, pese a que los euroamericanos eran, muchas veces, incapaces de verlo. Una y otra vez, a lo largo de siglos, los indios bloquearon y destruyeron proyectos coloniales y obligaron a los euroamericanos a aceptar los usos, la soberanía y el dominio nativo. Esto es lo que muestran las fuentes históricas cuando separamos la historia de las Américas del relato histórico habitual, que da preferencia a las ambiciones, las perspectivas y las fuentes europeas.

El relato tradicional permanece enquistado en nuestra cultura y nuestra mentalidad. Si consideramos la visión al uso de la Guerra de Nube Roja y de la última resistencia de Custer, según el relato convencional, en una sola década, entre 1866 y 1876, los indios lakota y sus aliados cheyenes y arapahoes derrotaron a Estados Unidos en dos guerras. Primero en la ruta Bozeman, en lo que se conoció como la Guerra de Nube Roja, y luego en la batalla de Little Bighorn, donde aniquilaron al 7.º de Caballería de George Armstrong Custer. La historia estadounidense ha considerado ambas derrotas aberraciones o golpes de suerte. Al fin y al cabo, Estados

Unidos era una potencia militar-industrial de alcance continental que se disponía a expandirse más allá de la costa oeste. Los lakotas humillaron al país en un momento clave: justo cuando la nación se despojaba de su identidad fronteriza y se adentraba en la era moderna de lo corporativo, la burocracia y la ciencia. Tales desastres fueron atribuidos a deficiencias del mando y a un enemigo astuto y familiarizado con el territorio.

Por el contrario, vistas desde la perspectiva de los nativos norteamericanos, la Guerra de Nube Roja y la última resistencia de Custer no son anomalías históricas, sino la culminación lógica de una larga historia de poder indígena en el norte de América. Fue algo más esperado que extraordinario. Desde el inicio del colonialismo en Norteamérica, hasta los últimos triunfos militares de los lakotas, un sinnúmero de naciones nativas peleó con fiereza para mantener sus territorios intactos y sus culturas incólumes, así como frustraron las pretensiones imperiales de Francia, España, Gran Bretaña y los Países Bajos y, más tarde, de Estados Unidos. Esta «infinidad de naciones» incluía a iroqueses, catawbas, odawas, osages, wyandots, cheroquis, comanches, cheyenes, apaches y muchos otros. Y, aunque cada nación era y es distinta, un abismo cultural separaba a los recién llegados europeos de todos los habitantes indígenas del continente, el cual generó temor, confusión, ira y violencia. Esta división atizó uno de los conflictos más prolongados de la historia e inspiró siglos de búsqueda de una comprensión y un acomodo mutuo… Una búsqueda que continúa en la actualidad[1].

Los grandes escollos para el estudio de los nativos de las Américas son unas amplias generalizaciones, combinadas con una limitada especificidad. Durante largo tiempo, los historiadores vieron a los indios como un monolito humano cortado de un único —y primordial— patrón cultural, una raza definida por una historia trágica de desposesión y por su épica pugna por la supervivencia. Esta tradición está presente en numerosos libros de historia popular que narran la historia de los nativos estadounidenses en forma de obra moralizante, que, a menudo, suele centrarse más en Estados Unidos y en su carácter que en los propios indios. En tales relatos de la América nativa, los indios suelen presentarse como figuras unidimensionales y su complejidad y diferencias se suprimen para

dar interés al relato. Son reducidos a la condición de meras comparsas de la violenta transformación de Estados Unidos en potencia global: la resistencia y el sufrimiento de los indígenas realzan el drama y permiten a las personas del tiempo presente hacerse una idea de lo mucho que se perdió y a qué precio.

Al otro lado del espectro tenemos una venerable tradición de historias tribales, cada una de ellas centrada en una única nación nativa. Estas nos proporcionan una visión exhaustiva de sus tradiciones, estructuras políticas, cultura material y experiencias históricas. Este estudio académico, necesario y a menudo excelente, ha devuelto a la vida a centenares de pueblos indígenas olvidados; unos actores históricos fuertes, creativos y resistentes que llenan de texturas humanas un continente en penumbra. El inconveniente de este enfoque es el particularismo. Cada nación se ve como algo único, insertada en su propio micromundo. Si se multiplica esto por quinientos, el problema salta a la vista. Examinar la América indígena de este modo es como mirar una pintura puntillista desde escasos centímetros de distancia. Nos desborda, pierde coherencia; es imposible distinguir las pautas generales.

Con todo, basta este ligero ajuste de perspectiva para que surja una nueva y más nítida imagen de Norteamérica. Continente indígena sigue una vía intermedia entre lo general y lo concreto y descubre la larga lista de mundos nativos americanos que surgieron y cayeron en todo el continente entre principios del siglo XVI y las postrimerías del XIX. En numerosos dominios, indios y colonos compitieron por tierras, recursos, poder y supremacía, una pugna en la que muchas veces estaba en juego la supervivencia. Cada territorio tenía un carácter propio, reflejo de la abrumadora diversidad física del continente: los riesgos y dinámicas de la guerra, la diplomacia y el sentimiento de pertenencia se desempeñaban de modos diferentes en las costas, a lo largo de los valles fluviales, en los bosques y en las praderas y montañas.

Por encima de todo, este libro es una historia de los pueblos indígenas, pero también es una historia del colonialismo. La historia de Norteamérica que nos muestra es la de un lugar y una era conformados, en lo fundamental, por la guerra. La pugna por el continente fue, básicamente, una contienda de cuatro siglos de duración en la que casi todas las naciones nativas combatieron la

invasión de las potencias coloniales, a veces en alianza, otras veces solas. Pese a lo mucho que se ha escrito acerca de las guerras indias del norte de América, este libro presenta una visión indígena de dicho conflicto. Para las naciones nativas, la guerra era muchas veces el último recurso. En numerosas ocasiones, puede que en la mayoría, los indios trataron de insertar a los europeos en su sistema y darles una utilidad. No se comportaban como mendicantes. En realidad, los pedigüeños eran los europeos: su vida, movimientos y ambiciones estuvieron determinadas por las naciones nativas, que acogieron a los recién llegados en sus asentamientos y redes de parentesco en busca de comercio y aliados. Los indios, tanto hombres como mujeres, eran diplomáticos sofisticados, astutos comerciantes y líderes fuertes. Los arrogantes europeos, aunque consideraban que los indios eran débiles y que estaban sin civilizar, se veían obligados a aceptar condiciones humillantes. Una inversión de los clichés comunes en torno al dominio blanco y la desposesión india que han sobrevivido hasta el presente.

Cuando había guerra, los indios ganaban con la misma frecuencia que perdían. Las viejas ideas, desacreditadas y ridículas de indios «salvajes» o «nobles salvajes», sugieren cierto grado de brutalidad en la batalla. Sin embargo, los colonos fueron los responsables de la mayoría de atrocidades. Numerosos colonizadores, en particular británicos, españoles y estadounidenses, llevaron a cabo limpieza étnica, genocidio y otros crímenes, si bien algunos adoptaron planteamientos más mesurados con los pueblos nativos. Hubo colonos que despreciaban a los indios y querían erradicarlos, pero también hubo regímenes coloniales que trataron de integrarlos. Hubo muchos tipos de colonialismo —de asentamiento, imperial, misionero, extractivo, comercial y legal— que van surgiendo y sumándose según avanza la historia. Es de vital importancia trazar la evolución del colonialismo: solo es posible una plena comprensión de la profundidad y alcance del poder indígena si se compara con el inmenso desafío colonial procedente de Europa. He tratado de presentar todo el potencial del colonialismo para destruir vidas, naciones y civilizaciones. Es en el contraste con esta violencia horrenda donde se revela el poder indígena. El colonialismo de ultramar fue una empresa inmensa que requirió valor y compromiso. Los invasores europeos eran implacables por su

arraigada ideología racista y porque se jugaban mucho. Para la mayoría no había vuelta atrás.

Una historia en un solo volumen del norte de América continental no puede dedicar igual atención a todas las naciones nativas, regiones y acontecimientos. Las grandes naciones y confederaciones indígenas pudieron enfrentarse a los imperios nativos conforme a sus propias reglas e impulsaron buena parte de la historia gracias a su capacidad de mantener a Norteamérica indígena. Sin embargo, las naciones menores y sus resistencias también fueron esenciales en la conformación del continente indígena. La preservación del poder y la soberanía indígenas fue una empresa total: cada intrusión colonial, por pequeña que fuera, podía generar un efecto dominó de retiradas nativas. En consecuencia, este libro adopta muchas veces enfoques locales y detallados; fue allí, en los encuentros cara a cara, donde tuvo lugar la dura labor de la colonización y de la resistencia a esta. Los americanos indígenas peleaban por su tierra, por su vida y por las generaciones futuras. Cada palmo de terreno contaba.

El presente volumen cubre un amplio lapso histórico —cuatro siglos y un continente—, aunque existe un factor único que le da forma, dirección y sentido: el poder. Definimos a este como la capacidad de las personas y sus comunidades de controlar espacio y recursos, de influir en las acciones y percepciones de otros, de mantener a raya a sus enemigos, de convocar seres de otro mundo y de iniciar y resistir al cambio. Este libro es la historia de una larga y turbulenta era en la que el norte de América estuvo en disputa por muchos y dominada por ninguno. La historia que examina el modo en que las personas ganaban, perdían y, en raras ocasiones, compartían el poder con forasteros y creaban muchos nuevos mundos. La mejor descripción de este libro sería que es una biografía del poder en Norteamérica. El relato sigue las acciones y los puntos clave de inflexión en todo el continente en disputa y muestra cómo sus diversas regiones devinieron puntos geopolíticos calientes donde se intensificaron las rivalidades y donde la historia se tornó violenta.

Sin dejar de ser una obra inclusiva, centrada en los colonos europeos y en los nativos americanos, los actores, acontecimientos y momentos decisivos de la historia estadounidense pasan aquí a segundo plano. La Ley del Sello, la Ley del Té, la masacre de Boston

y la promulgación de la Constitución de Estados Unidos tienen una presencia marginal en esta historia. Los indios controlaban la mayor parte de Norteamérica y a menudo ignoraban los avances europeos más allá de sus fronteras. Y, si los conocían, no les daban importancia. Por el contrario, los pueblos indígenas estaban interesados en las ambiciones y experiencias de otros pueblos indígenas: los iroqueses, cheroquis, lakotas, comanches, shawnees y muchos otros.

Primera Parte

El alba del continente indígena
(los primeros setenta milenios)

Capítulo 1

El mundo a espaldas de la tortuga

El kelp era la clave de América.

En la última era glacial, iniciada hace 2,5 millones de años, enormes placas de hielo cubrieron una extensión tan grande de las aguas mundiales que el nivel del mar experimentó un drástico descenso y cambió la superficie de la Tierra. Las islas se convirtieron en istmos, los fondos marinos en praderas. El cambio más relevante en el norte de América tuvo lugar en el estrecho de Bering, donde, hace unos 70 000 años, surgió una masa terrestre de unos 960 kilómetros que conectaba Asia y América. Esta extensión de nueva tierra —Beringia—, recorrida por ríos, jaspeada de lagos y cubierta de prados y maleza, acogía a florecientes comunidades animales y atrajo hacia América a gentes llegadas del oeste.

El deshielo de los glaciares comenzó en Norteamérica alrededor de 21 000 años atrás. Cuando los casquetes de hielo de kilómetro y medio de alto se fundieron en los océanos, en el flanco oriental de las Montañas Rocosas se abrió un estrecho corredor a través del hielo. Hacia 11 000 a. n. e.[*], grupos humanos empezaron a desplazarse hacia el sur por este paso hasta alcanzar una vasta pradera continental rebosante de mamíferos enormes: mamuts, mastodontes de seis toneladas, bisontes de dos metros y medio de alto, perezosos gigantes, osos de cara corta, camellos, caballos y varias especies de antílope. El tamaño y número de las bestias exigió innovación tecnológica a los nuevos moradores de la región. Los grupos de cazadores comenzaron a usar sílex, chert, obsidiana y otros tipos de piedra maleable con los que crear afiladas puntas de flecha acanaladas capaces de penetrar la gruesa piel de las bestias con letal eficacia. Los cazadores recorrían centenares de kilómetros hasta las mejores canteras para obtener la mejor piedra. Estrategias de subsistencia de bajo riesgo —recolección, pesca y piezas de caza menor— completaban su dieta y sostenían a unas comunidades

humanas resistentes y en crecimiento [1] .



Mapa 1: La autopista del kelp.

No obstante, la población humana del hemisferio occidental era muy irregular. Nuevas oleadas migratorias llegaron por una ruta marítima anterior, y es posible que mucho más transitada, que seguía el arco del Pacífico. En ella, los pobladores se desplazaban en embarcaciones de pieles a lo largo del litoral y subsistían gracias a la rica vida marina y de los estuarios que florecía en la zona de aguas frías situada frente a las costas, la «autopista del kelp», que se extendía desde el nordeste de Asia hasta el litoral andino. Las praderas de kelp, ricas en nutrientes, acogían a colonias de peces,

crustáceos, aves marinas, algas y nutrias, lo cual les permitía a los habitantes tener dietas equilibradas y abundantes. La búsqueda de alimento de estos pueblos anfibios era más segura y más eficiente que la de los cazadores de grandes presas del interior. En los manglares litorales hallaban abundante alimento. Estos grupos de cazadores y recolectores marítimos de alta movilidad iban de un abundante hábitat a otro y se dividían cuando era necesario. Es posible que alcanzaran Monte Verde, en el Chile actual —16 000 kilómetros al sur del estrecho de Bering— muy pronto, alrededor de 16 500 a. n. e. Los primeros indicios de presencia humana en el norte de América se han hallado en el sudoeste, donde esta se remonta a 23 000 años atrás[2].

Los pobladores se expandieron por todo el hemisferio con notable rapidez y lo hicieron a pesar de las enormes dificultades a las que se enfrentaban. Al contrario que su homólogo oriental, el hemisferio occidental tiene una pronunciada orientación norte-sur, con lo que, en su desplazamiento, los pueblos debían superar diferentes circunstancias meteorológicas y ecológicas, en las que tenían que adaptar la búsqueda de alimento, herramientas, vestido, morada, sistema social y mentalidad para encarar la situación. Muchos de los relatos originarios de los nativos americanos hablan de subidas de nivel del mar y de montañas de agua, lo cual parece describir el deshielo de los glaciares que se precipitaban sobre la tierra. Ya en esta temprana época era evidente que las Américas se caracterizaban por la asombrosa diversidad y resiliencia de sus pobladores humanos.

Existió otro mundo antes que este, una isla-mundo que flotaba en el cielo, la feliz morada del Pueblo de los Cielos. Pero la Mujer del Cielo quedó encinta de forma inexplicable y su marido se enfureció. Arrancó un gran árbol que abrió una brecha en el cielo y arrojó hacia abajo a la Mujer del Cielo al mundo acuático. Unos patos recogieron entre sus alas a la Mujer del Cielo y la tendieron sobre la espalda de la Tortuga, que le permitió descansar sobre ella. La Tortuga anunció que su llegada era un buen augurio: la Mujer del Cielo dejó de ser una forastera. Las criaturas del agua —el castor, el colimbo y muchos otros— se sumergieron en las profundidades para traer fango del fondo marino para que la Mujer del Cielo pudiera

caminar sobre él, aunque todos fracasaron. Solo lo logró la rata almizclera, que trajo un puñado de barro. Los animales lo extendieron sobre la espalda de la Tortuga y se encargaron de que el limo la cubriera. Se convirtió en una isla, con una extensión enorme de tierra firme. Este fue el lugar de nacimiento y el hogar del pueblo iroqués. La Mujer del Cielo tuvo una hija, que, a su vez dio, a luz a dos hijos: Tharonhiawagon, que era bueno, y Tawiskaron, que era malvado. Tawiskaron entró en el mundo rasgando una abertura en el costado de su madre, que la mató, pero Tharonhiawagon hizo el sol, los lagos, los ríos y las montañas con el cuerpo de su madre. Consumido por la envidia, Tawiskaron trató de deshacer la creación de su hermano, pero Tharonhiawagon le dio muerte. Esto no era indicio de disfunción, sino de equilibrio. El mundo no era del todo malo, ni del todo bueno. La Mujer del Cielo mantuvo el equilibrio [3] .

El pueblo pawnee también recibió guía de los cielos, aunque ellos surgieron de abajo. En el principio, Tirawa, —Padre—, era el centro de todo abajo. Sin embargo, el mundo no tenía forma, ni orden; solo había caos. Tirawa convocó a los poderes de los cielos, les envió sus pensamientos y creó dioses celestiales que trajeran orden: la Estrella del Ocaso al oeste, en representación de los hombres pawnees; y el Lucero del Alba al este, representante de las mujeres pawnees. El Lucero del Alba dio a luz al primer ser de la tierra y, por medio de sus cuatro ayudantes —viento, nube, relámpago y trueno—, guio a los pawnees hacia las praderas, donde descubrieron el maíz y los búfalos, la base de su existencia material y espiritual. La historia fundacional de los pawnees, en lugar de basarse en desplazamientos y devastadores cataclismos, narra la búsqueda de orden social y cósmico en un lugar muy concreto. Para los pawnees, los ríos Platte (Chato), Republican y Loup de las Grandes Llanuras eran —y son— el centro del mundo [4] .

El mito fundacional de los cheroquis —que se llaman a sí mismos, Ani-Yun-Wiya, que significa «personas de verdad»—, narra la lenta creación del mundo. Al principio, la Tierra era una isla flotante sobre el mar, suspendida por cuerdas de Gälûñ'lätï, un mundo celeste de sólida roca. La Tierra era blanda y húmeda y los animales enviaron al Gran Águila a preparar al mundo inferior para ellos, pero no logró hallar tierra firme. Se cansó y sus alas empezaron a

batir el suelo; así creó una serie de valles y montañas. Ese país montañoso se convirtió en la tierra de los cheroquis. El Gran Águila creó primero animales y plantas y más tarde a los humanos. Al principio, solo hubo un hermano y una hermana. Él golpeó a su hermana con un pez y le ordenó que se multiplicara. Primero, ella daba a luz cada siete días, con lo que el mundo corría el riesgo de quedar superpoblado, de modo que empezó a tener un hijo cada año y, de este modo, lo estabilizó [5].

Al igual que los cheroquis, la historia fundacional de los lakotas sicangus se centra en las relaciones entre humanos y animales y entre los humanos y la Tierra. Hubo un mundo anterior, pero los humanos desconocían la forma correcta de vivir en él, por lo que tȟuŋkášila —«abuelo»— decidió crear uno nuevo. Resquebrajó la Tierra y el agua fluyó y lo cubrió todo. Perecieron todas las personas y los animales, salvo el cuervo, que imploró a tȟuŋkášila un lugar donde poder descansar. Tȟuŋkášila cubrió el mundo de tierra y vertió lágrimas, que se tornaron en mares, lagos y ríos. Abrió la bolsa de su pipa, sacó animales y plantas y los dejó expandirse por todo el territorio. Solo entonces modeló seres humanos hechos de tierra. Prometió no ahogar al nuevo mundo si las personas trataban con respeto su creación. «Ahora —dijo—, si ya habéis aprendido a comportaros como seres humanos y vivir en paz entre vosotros y con los demás seres vivos (los de dos patas, los de cuatro, los de muchas patas, los que vuelan, los que carecen de patas, las plantas verdes de este universo), entonces todo estará bien. Pero si hacéis que este mundo sea malo y feo, entonces también lo destruiré. Depende de vosotros» [6].

Mientras que numerosas historias de los orígenes de las naciones indígenas de Norteamérica explican la creación del universo junto con la de un pueblo concreto, la de los kiowas explica un atributo distintivo: su reducido número. Los kiowas —Ka'igwu, «pueblo principal»— llegaron a este mundo por un tronco hueco, uno a uno. Pero, entonces, una mujer, con el cuerpo hinchado por el embarazo, quedó atascada. Muchas personas seguían esperando salir del tronco, pero no había forma de salir, por lo que los kiowas nunca sumaron más de 3000 seres humanos [7].

Los navajos emergieron de un mundo inferior. Sin embargo, cuando

salieron todavía estaban evolucionando. El Primer Hombre y la Primera Mujer formaban el Pueblo de la Bruma. Este carecía de disciplina y destruyó la hózhó, la «armonía». Recorrieron varios mundos y de cada uno acumularon conocimiento y razón, hasta que, por fin, llegaron al presente, formado del todo y con un equilibrio de oportunidades y desafíos para hombres y mujeres. El Primer Hombre y la Primera Mujer ya conocían el modo adecuado de tratarse entre ellos, a los demás pueblos y a todas las criaturas vivientes. Dinétah, el hogar ancestral de los navajos, ya podía existir entre las cuatro montañas sagradas. El Primer Hombre y la Primera Mujer encontraron un bebé y lo criaron. Era una niña que se convirtió en Mujer Cambiante, la cual se desposó con el Sol, y, juntos, viajaron al océano del oeste, crearon cuatro clanes y los llevaron de regreso a Dinétah, lo que completó así su mundo [8] .

Estas y muchas otras historias explican cómo tomó forma un nuevo mundo multiétnico: la América indígena. Los relatos de los orígenes no siempre entran en conflicto con ciertas teorías científicas acerca del poblamiento de las Américas. Las alusiones a tierras emergidas durante la Edad de Hielo y el resurgir de tierra firme cuando los glaciares empezaron a deshelarse no son difíciles de detectar en los mitos originarios indígenas. Las inundaciones —repentinas, devastadoras y regeneradoras— de las historias fundacionales, siempre presentes, describen los cambios radicales a los que tuvieron que enfrentarse los humanos en el norte de América a partir de 17 000 a. n. e. Tales relatos ilustran una América indígena que es antigua, compleja y dinámica. En la costa pacífica de Mesoamérica y de Norteamérica existen 143 lenguas nativas diferentes, probable resultado de una sucesión de escisiones de una única lengua original en el transcurso de 35 000 años [9] .

Los primeros americanos no dividieron el mundo entre hemisferios y continentes. No habían cruzado mares u océanos para alcanzar América y, por tanto, no consideraban haber llegado a un nuevo mundo. En sus viajes se enfrentaron a notables cataclismos ecológicos, pero prevalecieron, con frecuencia, por medio de la división del trabajo basada en el género. Comprender el mundo y su carácter impredecible, así como sus peligros y sus dones, era de vital importancia. Estos pueblos no consideraban que estuvieran

ocupando nuevas tierras porque ellos siempre habían estado allí[10]. Hacia 10 000 a. n. e. había poblaciones humanas en casi todos los confines del hemisferio occidental, desde la Alaska todavía cubierta por los hielos al Yukón y a Monte Verde, en Sudamérica. Norteamérica se había convertido en un continente indígena y siguió siéndolo durante casi doce milenios. En 10 000 a. n. e. los moradores de las Américas eran cazadores-recolectores y estaban prosperando. Su mundo rebosaba de megafauna e implementaron nuevos métodos de caza, en los que operaban en grupos reducidos que debían cumplir una serie de tareas y rituales adecuados para establecer una correcta relación entre cazador y presa: rastrear a los animales y llevarlos hacia un punto donde matarlos, a menudo cerca de una poza de agua; abatir a las bestias gigantescas con lanzazos coordinados; procesar carne, huesos y pieles para uso inmediato y futuro. La abundancia de caza se mantuvo durante dos milenios, pero después las placas de hielo continental comenzaron a fundirse con rapidez y los mamíferos gigantes empezaron a extinguirse, perjudicados por un clima cada vez más errático y en proceso de calentamiento. Los humanos, ignorantes, al parecer, de lo frágiles que eran las poblaciones animales, continuaron dando caza a las grandes bestias, y quizá propagaron el uso del fuego, con lo que, sin querer, les asestaron el golpe de gracia. Hacia 8000 a. n. e. se habían extinguido unas tres docenas de especies de animales gigantes[11].

Fue en este momento cuando muchos de los americanos primigenios del oeste norteamericano se dedicaron a la caza del bisonte. Estos animales, que también eran unos relativos recién llegados de Beringia, eran agresivos, prolíficos y tenían tal capacidad de adaptación que evitaron extinguirse al especializarse en pacer pasto corto. En el transcurso de milenios, encogieron —en el sentido literal de la palabra— para sobrevivir en las cambiantes condiciones del árido oeste y se hicieron más ligeros, rápidos y móviles. Los cazadores también tuvieron que adaptarse. La llegada de una nueva punta de lanza, refinada, acanalada y extremadamente delgada, y, por tanto, potente, anunció la llegada de una nueva civilización cazadora, cuyos pueblos operaban en bandas de alta movilidad que podían seguir rebaños durante centenares de kilómetros, atrapar a docenas de bestias para darles

muerte o encajonar manadas enteras en un cañón o quebrada o bien empujarlas a un precipicio[12].

El calentamiento progresivo del clima hizo crecer la hierba y otros tipos de forraje, con lo que las poblaciones animales proliferaron e impulsaron a los cazadores a seguir innovando. La invención del átlatl, alrededor de 17 500 a. n. e., supuso un punto de inflexión. Se trata de un propulsor, un bastón de madera con un eje en un lado y un hueco en el otro que permite a un lanzador arrojar un venablo ligero más rápido y más lejos, con un movimiento giratorio que canaliza la energía acumulada en un efecto muelle. En esencia, se trataba de una extensión del brazo del cazador que hacía relativamente seguro y fácil capturar presas. Los cazadores a pie podían ahora matar a su presa desde una distancia de casi 140 metros. El átlatl también fue de gran utilidad para los recolectores marítimos, pues les dejaba una mano libre para pilotar la embarcación. Las puntas de lanza acanaladas cayeron en desuso[13]. Los primeros americanos, aunque masacraron animales por millares, trataban a las presas con respeto y cuidado. Con el fin de convertirse en cazadores efectivos, debían tener un íntimo conocimiento de la conducta de los animales y saber cómo manipular sus hábitats —en particular con fuegos estratégicos— para asegurar así desplazamientos predecibles de los rebaños y cacerías exitosas. Necesitaban acercarse a las bestias con pensamientos y ceremonias adecuadas que garantizaran el sacrificio y tenían que aceptar los dones del animal —piel, carne, hueso y sangre— con respeto y compasión. Si no lo hacían, provocarían la enemistad de los espíritus animales y destruirían los antiguos vínculos de hermandad con los seres humanos. Fue esta mentalidad de respeto y cuidado la que sostuvo el mundo de los cazadores del norte de América por espacio de varios milenios. Los pobladores no necesitaron explorar otras formas de vida hasta 4500 a. n. e.

Las bellotas, el fruto de la encina, son ricas en hierro, calcio, potasio, fibra, carbohidratos, grasas monoinsaturadas y vitaminas A, B y E. También estabilizan el metabolismo humano y los niveles de azúcar en sangre. Los primeros americanos que se establecieron en la costa oeste de Norteamérica dependían, en gran medida, de las bellotas y el kelp y fundaron una civilización completa sobre la base

de estos alimentos. Crearon refinados ralladores y morteros de piedra para extraer el ácido tánico del precioso fruto y diseñaron cestas ligeras de gran capacidad para transportarlo y almacenarlo. Los pueblos nómadas levantaban asentamientos cerca de donde crecían las encinas, con lo que se vincularon a la tierra. Al cabo de poco tiempo, empezaron a desarrollar agricultura de pequeña escala liderada por jefes locales que coordinaban cultivos de rozas y distribuían tierras y cosechas. Tan abundante era la cosecha de bellotas que los pueblos de la costa oeste apenas mostraron interés por el cultivo de maíz[14].

Este mundo indígena ligado al Pacífico rehuía la centralización política. Las comunidades se componían de grupos de parentesco de estrechos vínculos que disfrutaban de derechos exclusivos sobre zonas de alimentos silvestres, cazaderos y pesquerías. Víveres, herramientas, plantas medicinales y artículos de lujo circulaban por redes comerciales locales y de larga distancia, lo cual creó una enorme red regional de reciprocidad e intercambio, donde las corrientes oceánicas llevaban recursos —bambú, desechos marinos, troncos de madera roja— a la puerta de su hogar, en el sentido literal de la palabra. Lo que se conocería como California era un mundo opulento, seguro y de organización política sofisticada. Una civilización marítima enclavada en un litoral rico en kelp, de excepcional fertilidad y reforzado por el fruto de la encina; es posible que fuera la región de mayor densidad de población de Norteamérica.

La trayectoria de la costa oeste indígena, con ser diferente, apunta a una dinámica más general: en todas las Américas, los pueblos estaban reevaluando sus posibilidades; el hemisferio occidental se estaba diversificando en varios mundos únicos. A lo largo de la costa noroeste, las cálidas corrientes de Kuroshio y del Pacífico Norte engendraron un clima templado de abundante pluviosidad. El salmón se convirtió en elemento básico de la dieta y en el centro de la singular cultura local. Creían que los salmones eran seres eternos que, durante el invierno, moraban casas bajo la superficie. Si se les convocaba con las preces adecuadas, el salmón asumía su forma de pez en primavera y llenaba los ríos, donde se entregaba. Los cazadores marítimos navegaban mar adentro siguiendo el rastro de ballenas, focas, nutrias marinas y demás megafauna del mar que

abundaba en el bosque de kelp, con lo cual llevaron su mundo —economía, redes sociales y vida espiritual— muy adentro del Pacífico[15].

Esta espectacular extensión de su expansión y ambiciones requería adaptabilidad, compromiso y creatividad. Las comunidades locales, relativamente desprovistas de clases sociales, dejaron paso a órdenes más jerárquicos que podían movilizar grandes fuerzas de trabajo e imponer una especialización social. A principios del segundo milenio de nuestra era —en el siglo XIV—, la costa noroeste estaba jaspeada de suntuosas casas de planchas de cedro que podían medir 150 metros de largo por 22 de ancho y acomodar a múltiples familias. Estas construcciones estaban ornamentadas con fachadas frontales falsas decoradas con imágenes estilizadas de animales que representaban clanes específicos y, frente a ellas, se proyectaban hacia los cielos tótems finamente esculpidos. El pueblo de la costa noroeste se transformó en una serie de sociedades de rangos que distinguían a los individuos por su distancia genealógica con respecto a las familias de la élite. Las grandes viviendas eran microcosmos de la civilización de la costa noroeste, a la cual simbolizaban y salvaguardaban. Del mismo modo que las haciendas se basaban en un sistema de clasificación social, también lo hacían las muchas naciones —tinglit, haida, kwakiutl, bella coola, makah, chinook, entre otras— que compartían la región. Las casas que, en su conjunto, formaban la nación, competían por el prestigio y el poder en suntuosas ceremonias potlatch, en las que las familias pudientes compartían públicamente sus posesiones con las más pobres, con lo cual reafirmaban su preeminencia. Lo que funcionaba a pequeña escala también lo hacía a gran escala. El pueblo de la costa noroeste convirtió ambición, abundancia y rivalidad en una fuerza social cohesiva. Buena parte de la tierra era compartida como un recurso común, no como propiedad privada. Hacia 1500 a. n. e., los mundos indígenas del norte de América prosperaban gracias al kelp, las bellotas, la caza y la pesca y sentaron los cimientos de futuras civilizaciones[16].

Capítulo 2

El continente igualitario

El maíz es una de las grandes hazañas de la humanidad en el ámbito de la ingeniería genética. No existe en forma silvestre; sus granos están insertados en las mazorcas con tanta fuerza que no puede propagar las semillas por sí solo, por lo que es necesario plantarlo y cuidarlo para que sobreviva. Es un artefacto cultural, creado y perfeccionado por los humanos mediante una audaz y sistemática manipulación biológica. Aunque está emparentado con el teocinte, una hierba de montaña no comestible originaria de los valles de las tierras altas de Mesoamérica, los granos de maíz no se parecen en absoluto a este. El teocinte tiene varios tallos delgados, una mazorca pequeña y una cáscara dura, mientras que el maíz tiene un único tallo que puede sostener grandes hojas[1].

Los pueblos de las tierras altas domesticaron el maíz entre 9000 y 6000 años atrás. Hicieron constantes refinamientos en la planta, seleccionaron semillas y criaron numerosas variedades locales de diverso gusto, textura y color, que proliferaban en meteorologías, suelos y alturas diferentes. El tamaño de una mazorca puede variar desde escasos centímetros a unos 50 y estar cubierta de múltiples hileras de grano. Con ayuda humana especializada, esta adaptable especie estaba preparada para tomar el mundo. El valle de Tehuacán fue el corazón original del cultivo sistemático del maíz y las aldeas de vida basada en la agricultura arraigaron en esa zona en torno a 1500 a. n. e. A esto le siguió la centralización política, lo que hizo surgir imperios que atrajeron a los pueblos a su órbita por medio de poder bélico, atractivas ceremonias religiosas y comercio de larga distancia[2].

Las redes entrelazadas de comercio local llevaron las semillas de maíz desde Mesoamérica al norte y al sur. El cultivo de maíz se inició en el bosque pluvial del sudoeste del Amazonas en torno a

4500 a. n. e. y alcanzó el altiplano semiárido del sudoeste norteamericano hacia 2000 a. n. e. Más tarde, tuvo lugar una verdadera revolución en la dieta, con la llegada del maíz de ocho [*] en el primer milenio de nuestra era. Esta variedad, un avance significativo en la larga evolución de la planta, era robusta, adaptable y fácil de procesar. Florecía con rapidez, requería menos mano de obra y podía resistir una meteorología rigurosa. A partir del momento en que los agricultores empezaron a cultivar judías y calabacín junto con el maíz de ocho, hace unos 1500 años, crearon una tríada de cosechas compatible con el entorno ecológico —las «tres hermanas»—, que revolucionó la producción de alimentos y las dietas de Norteamérica [3] .

Al plantar juntos estos tres cultivos, los granjeros indígenas propiciaron varias sinergias muy beneficiosas. Los tallos altos y resistentes del maíz proporcionan una sólida estructura por la cual podían trepar las ramas de las judías. La elevada necesidad de nutrientes del maíz podía agotar con rapidez el nitrógeno del suelo, un elemento vital para la fotosíntesis, el proceso mediante el cual las plantas convierten la energía de la luz en energía química que pueden utilizan. Es aquí donde las judías ayudaron a los agricultores. Los nódulos de sus raíces tienen microbios que extraen nitrógeno del aire, lo convierten en un compuesto que pueden usar el maíz y el calabacín y lo devuelven al suelo en forma de fertilizante natural. Mientras las judías ascienden por los tallos de maíz en dirección al sol, el calabacín les brinda protecciones esenciales: al extenderse cerca del suelo, proporciona sombra con sus anchas hojas, ayuda al suelo a conservar humedad y previene las malas hierbas, así como sus filamentos irritantes repelen a roedores y otras plagas. El producto de este conjunto de cultivos era una dieta humana casi ideal: el maíz es rico en carbohidratos, mientras que las judías, en particular desecadas, son fuente de abundante proteína. Sumadas, estas tres verduras suministran los minerales y vitaminas más esenciales [4] .

Al igual que en las épocas anteriores de Mesoamérica, la abundancia fomentó la ambición y la innovación. Localidades y ciudades surgieron por toda esta vasta región, las cuales congregaron a un elevado número de personas e incubaron nuevas ideas y tecnologías. Los chamanes —los doctores y ritualistas

indígenas— viajaban por sendas y rutas acuáticas para buscar y compartir conocimientos y ritos que les ayudaran a equilibrar el universo. Durante la segunda mitad del primer milenio, los pueblos hohokam y mogollón abandonaron la agricultura ocasional y adoptaron la irrigación a gran escala de canales y agricultura en terraza. En su tierra ancestral, el altiplano desértico situado al oeste del curso superior del río Bravo, emplearon depósitos de agua subterránea, acequias de irrigación y desbordamientos controlados. Desarrollaron variantes de maíz aún más grandes por medio de hibridación y pronto pudieron alimentar a miles de personas. Aunque los hombres eran los principales responsables del trabajo agrícola intensivo, conforme a la antigua tradición, la tierra y las cosechas pertenecían a las mujeres, cuyas redes de parentesco sostenían el orden público. Construyeron edificios de adobe de varios pisos con amplios patios. Las abuelas constituían el núcleo social y moral de tales comunidades agrarias emergentes y las mujeres empezaron a producir artesanías y cultivos para los mercados externos, tal y como habían anticipado las historias de sus orígenes [5] .

En torno al año 900 de nuestra era, el ascenso de las temperaturas globales dio paso a un nuevo ciclo climático, el Periodo Cálido Medieval, que alargó la temporada de cosecha. Los granjeros hohokams y mogollón se beneficiaron mucho del nuevo régimen meteorológico, aunque fueron los indios pueblo ancestrales quienes mejor lo aprovecharon. Hacia mediados del siglo XI (ca. 1050), el cañón del Chaco, de 16 kilómetros de largo y situado en la meseta del Colorado, se convirtió en un dominante centro urbano que monopolizaba casi por completo el lucrativo comercio de turquesas, un bien de lujo. Allí, durante tres siglos, los indios pueblo ancestrales levantaron un monumental edificio comunal de piedra —más tarde conocido como Pueblo Bonito— que constituyó el centro político, comercial y religioso del mundo chaqueño. Es posible que Pueblo Bonito fuera edificado con mano de obra esclava [6] .

Con sus cinco plantas, esta estructura de excelente ingeniería, con forma de D y hecha de arenisca, contaba con centenares de salas, varias escaleras y dos grandes plazas interiores cerradas con más de treinta kivas o cámaras ceremoniales subterráneas. Con altos muros

en los lados norte, oriente y sur, se alzaba entre docenas de amplias casas y un sinnúmero de moradas más modestas. Así y todo, apenas veinte familias vivían allí. Pueblo Bonito pudo ser un centro de redistribución dirigido por una élite que recibía bienes del pueblo residente en el exterior y que peregrinaba periódicamente a las grandes casas. No menos de 640 kilómetros de carreteras rectas como flechas conectaban este centro, semejante a un imán, con unas 75 comunidades. Pueblo Bonito disponía de enormes salas de almacenamiento de maíz, judías, calabacín y bienes importados. Las redes comerciales de larga distancia traían artículos de lujo desde Mesoamérica y la enigmática Gran Carretera del Norte, de 75 kilómetros de longitud, pudo trazarse como símbolo de la primacía material y espiritual de Pueblo Bonito. El asentamiento se dividía en dos mitades equilibradas, reflejo quizá de la dualidad entre lo sacro y lo secular, o quizá de una división creciente entre élites y pueblo. Los kachinas, seres espirituales, se desplazaban entre el inframundo y la Tierra; eran la personificación de la dualidad del mundo pueblo, tal y como narraban las historias de sus orígenes[7].

Miles de años atrás, en algún momento posterior a 1700 a. n. e., unas gentes empezaron a trasladar tierra a una altura estrecha y algo elevada cerca del curso inferior del Misisipi. Persistieron en esta labor de generación en generación y transportaron millones de metros cúbicos de tierra hasta que, cuatro siglos más tarde, obtuvieron lo que querían: un reducto con forma de pájaro de unos 23 metros de altura, seis cerros de tierra concéntricos con forma de C que es posible que sirvieran de moradas y una espaciosa plaza central frente al río. Todo ello protegido por diques de las impresionantes inundaciones anuales. Era, a un tiempo, asentamiento, centro ceremonial y núcleo comercial que acogía —y es muy probable que redistribuyera— grandes cantidades de cobre, jaspe, cuarzo, argilita, dientes de tiburón y conchas marinas llegados de los cuatro puntos cardinales. Los ciudadanos originarios de la localidad eran cazadores-pescadores y recolectores igualitarios, que establecieron un sistema político jerárquico para movilizar grandes cantidades de mano de obra.

Los arquitectos de este régimen económico fueron los pioneros y su experimento se prolongó seis siglos, hasta alrededor de 700 a. n. e.

Otros recogieron el testigo que dejaron. Una nueva civilización constructora de montículos, la Adena-Hopewell, surgió en el valle central del Ohio, donde la población se concentró para erigir enormes elevaciones ceremoniales de formas diversas —círculos, octógonos, cuadrados— que proclamaban la centralidad, el poder y la humildad de sus habitantes. Importaban obsidiana y dientes de oso de las Montañas Rocosas, mica y cuarzo de los Apalaches, cobre y argilita de los Grandes Lagos y conchas de tortuga y dientes de tiburón del Caribe. Sus pobladores eran artesanos que tallaban impactantes efigies de cobre y máscaras con rostro de aves, peces, castores, osos o seres humanos. La suya era una sociedad que dependía de los contactos entre pueblos. Estos vínculos se desintegraron con rapidez cuando el maíz y las judías se convirtieron en la base de la dieta en el siglo V de nuestra era; las plantas vitales hicieron autosuficientes a las redes de parentesco. Las poblaciones se expandieron, los pueblos se trasladaron a las ciudades amuralladas y los contactos personales dejaron paso a relaciones más formales. Las localidades empezaron a competir por las tierras de cultivo y por la preeminencia política y el antiguo espíritu colectivo de antaño se derrumbó. A principios del siglo VI, la gran civilización de Adena-Hopewell se había disuelto en un sinnúmero de grupos que competían entre sí[8].

La historia indígena de Norteamérica entre finales del primer milenio y los inicios del segundo de nuestra era se caracterizó por una pauta simultánea de centralización y descentralización. Los núcleos regionales acumulaban poder, lo cual suscitaba la hostilidad de los grupos subordinados que se rebelaban o se escindían y a veces fundaban nuevos regímenes. Esta pauta es evidente en la secuencia desde los mogollón a los hohokams y de ahí a los indios pueblo ancestrales del sudoeste, así como fue muy pronunciada en el paso de la cultura de Poverty Point a la Adena-Hopewell del valle del Misisipi. Quizá la versión más espectacular de esta secuencia tuvo lugar en la planicie aluvial de unos 100 kilómetros de ancho en la confluencia entre los ríos Misuri y Misisipi[*] durante el siglo XI, en el momento álgido del Periodo Cálido Medieval. En este punto, un antiguo vado del río y nodo de comunicaciones, había una modesta aldea de cazadores y recolectores. Sin embargo, hacia el año 1000 de nuestra era se establecieron en la zona unos recién

llegados. Cultivadores de maíz, demolieron los edificios existentes para edificar una ciudad.

Los recién llegados convirtieron la cenagosa planicie aluvial, con su fértil limo, en campos y empezaron a construir su nueva capital. Las entusiastas élites movilizaron a aldeanos y esclavos para drenar pantanos, despejar plazas públicas rectangulares y trasladar enormes cantidades de tierra con las que levantar enormes montículos y amplias pasarelas que los comunicaban entre sí. La gran ciudad fue trazada sobre una planta en forma de red. El triunfo final de los recién llegados fue un montículo central colosal, una espectacular estructura piramidal de cuatro terrazas que se alzaba unos 30 metros sobre el suelo. La base ocupaba unas 6,5 hectáreas. Siglos más tarde, los europeos lo denominaron Montículo de los Monjes [9] .

Cahokia, pues tal fue el nombre que recibió la nueva ciudad, fue edificada para impresionar y para la correcta inserción en el cosmos de sus habitantes; su geografía era una geografía sacra. El Montículo de los Monjes estaba alineado con los puntos cardinales y los montículos principales del centro de la ciudad lo estaban entre ellos y con este a la vez. El Montículo de los Monjes se alzaba dominante sobre la Gran Plaza, una enorme planicie artificial creada sobre cenagales rellenos de tierra que marcaba una distancia vertical, y literal, entre las élites y el pueblo llano. Sobre el Montículo de los Monjes, jefes y sacerdotes conectaban entre sí los mundos inferior y superior y gobernaban a su pueblo, del que esperaban que mostrara humildad y lealtad para así mantener la seguridad de su mundo. Los líderes de la ciudad, y quizá también los aldeanos, celebraban rituales de purificación en los que consumían la Bebida Negra, que contenía cafeína [10] .



Representación de Cahokia según un artista moderno (2019).
UNESCO World Heritage.

Cahokia también fue un experimento económico. Las élites de la ciudad —jefes y sacerdotes— deseaban tener lujos para su placer estético y también como símbolo de estatus. La ciudad estaba cercada por localidades satélites cuyos jefes debían lealtad al jefe principal de Cahokia, que expresaban por medio de dones tangibles. Cahokia también era un floreciente centro de comercio. Desde la posición de la urbe, cerca de la confluencia de los ríos Misisipi, Misuri e Illinois, su área de dominio comercial se extendía desde los Grandes Lagos a la costa del Golfo y los Apalaches, desde donde importaban bienes necesarios como la sal o la piedra arenisca y lujos como utensilios de cobre, chert de Mill Creek y cuchillos de piedra de bella factura.

Es posible que Cahokia comenzara como un esfuerzo colectivo de un pueblo que se consideraba a sí mismo una única comunidad de parentesco, pero, con el tiempo, se trasformó en un Estado dirigido por una élite. El factor desencadenante fueron los colosales proyectos de construcción, que requerían cantidades desorbitadas de mano de obra. Por sí solo, el Montículo de los Monjes contenía 623 000 metros cúbicos de tierra, que fueron transportados en cestos hasta el lugar de edificación. Completar este proyecto colosal pudo requerir un total de 370 000 días de trabajo y, pese a que fue el más grande, solo era uno de los cerca de 200 montículos que jalonaban el paisaje urbano. Llegados a cierto punto, acometer este trabajo requería coerción, lo cual dio lugar a una sociedad jerárquica. Surgió una aristocracia que empezó a dominar a la

población subordinada y su fuerza de trabajo, es posible que por medio de violencia.

Cahokia se convirtió en un escenario del poder. Tanto si sus élites apelaban a un mandato espiritual como si empleaban la fuerza bruta, lo cierto es que, a partir de entonces, centenares de miembros del pueblo llano dedicaron la mayor parte de su tiempo al trabajo ritual de transformar la tierra y darle una nueva forma, además de crear alimento para la nobleza. Dependían de la generosidad de sus líderes para acceder a parte de la riqueza surgida de la metrópolis en expansión. En un festival de la élite hubo 4000 ciervos, 18 000 calderos de cerámica y un generoso reparto de potente tabaco. Cuentas de conchas marinas, pendientes de columela y cascabeles, además de figuras de aves rapaces, serpientes y deidades femeninas esculpidas en cristales de cuarzo, mica y galena fluían desde Cahokia a los asentamientos rurales cercanos, en los que proclamaban el poder y la generosidad de la élite.

El poder de la élite era político solo de manera superficial; sus verdaderas fuentes y manifestaciones eran sacras. Jefes y sacerdotes sabían —o afirmaban saber— cómo comunicarse con los seres no humanos y controlar el Sol, la Tierra, las estaciones, las lluvias, las cosechas y la caza. El jefe supremo debía quedar cubierto en la prodigiosa riqueza en maíz y artículos de lujo de la ciudad con el fin de poder transmitirla a los necesitados, tejer vínculos de reciprocidad, apelar a los creadores no humanos, forjar alianzas con los forasteros y proclamar su preeminencia. El poder en Cahokia se hizo muy personalizado y quedó encarnado por el jefe supremo y su linaje. Los cahokianos —o una cantidad decisiva de estos— asumieron la creencia de que el poder del jefe debía ir más allá del fin de la vida. A principios del siglo XI, alrededor de 270 fueron sacrificados y enterrados ritualmente en fosas comunes para acompañar en la muerte a personas de la élite. En otro caso, 118 cautivas fueron llevadas a Cahokia y ejecutadas. Uno de estos enterramientos estaba cubierto con más de 20 000 cuentas de concha marina que formaban la figura de un ave.

Los líderes teocráticos de Cahokia establecieron alianzas con las élites de las aldeas de constructores de montículos de las inmediaciones y establecieron una red fluida de lealtades que recordaban las ambiciones de los barones de la Europa medieval y

otros nobles que pugnaban por el control de castillos dispersos y territorios en disputa. Los partidos de chunkey congregaban a las gentes en enormes canchas, a las que acudían a ver a los contendientes lanzar al suelo una piedra con forma de disco y arrojar lanzas hacia esta mientras rodaba, con la intención de que cayera lo más cerca posible del punto en que se detenía. Cuando los embajadores cahokianos visitaban las aldeas del exterior, portaban mazas de guerra y piedras de chunkey, es posible que con intención de enfatizar la naturaleza competitiva y cooperativa de sus relaciones. Al parecer, la fuerza de esta diplomacia consolidó una larga era de paz y estabilidad —una suerte de pax cahokiana— en el corazón del continente. En su punto álgido, Cahokia pudo tener 15 000 residentes y 30 000 personas en su órbita, dedicados al sostenimiento de la gran ciudad.

Cahokia fue el cenit —y quizá el modelo— de una cultura general de la región del Misisipi que abarcó buena parte de las regiones boscosas orientales durante más de ocho siglos, en una constelación, siempre cambiante, de variantes regionales. Los grandes centros de población expandieron su producción de alimentos hasta casi lograr autoabastecerse gracias a un régimen climático inusual en el que coincidieron largos veranos con prolongadas estaciones de cultivo y un largo ciclo lluvioso. Sin embargo, a principios del siglo XIV, el clima volvió a cambiar y el Periodo Cálido Medieval llegó a su fin. Se inició una época de enfriamiento global, la Pequeña Edad de Hielo, que trajo lluvias impredecibles, sequías y periodos de frío, que obligó a los pobladores a reevaluar las expectativas. La Pequeña Edad de Hielo dio lugar a un mundo donde casi todo tenía que ser menor: cosechas, mercados, asentamientos, montículos, alianzas y ambiciones. El mundo del Misisipi devino más local e igualitario; la élite sacerdotal perdió su autoridad debido a que no lograba atraer las lluvias y sostener la prosperidad. También se hizo más violento, toda vez que los pobladores se dispersaron hacia otros lugares en busca de nuevos recursos y relaciones. Es posible que una megainundación provocara el abandono final de Cahokia a mediados del siglo XIV, pero lo cierto es que la gran ciudad llevaba en declive varias generaciones. El eclipse de Cahokia fue sintomático: en el momento de su abandono final, el resto de grandes urbes del Misisipi se habían quedado vacías. En toda la

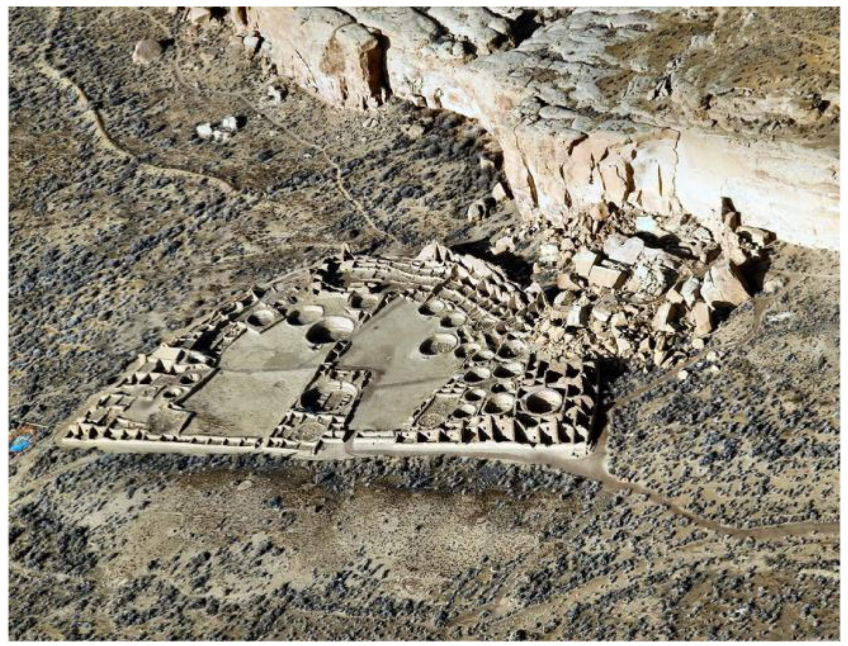
mitad oriental del continente parece que los pobladores rechazaron la clase sacerdotal predominante y adoptaron estructuras sociales más colectivas e igualitarias [11] .

En el oeste del continente hubo una secuencia paralela de inestabilidad y adaptación. Una severa sequía en la región del cañón del Chaco obligó al abandono de Pueblo Bonito alrededor del año 1130. Ante las malas cosechas y la hambruna, numerosos indios pueblo ancestrales abandonaron sus aldeas y casas grandes y se trasladaron al sur, donde, con el tiempo, forjaron nuevas identidades en el valle del río Bravo: hopis, zuñis y pueblo. Otros migraron al norte, a la región de Mesa Verde, donde, en un notable alarde de creatividad, establecieron una nueva civilización sobre un desolado paisaje rocoso. Gracias a sus antiguos conocimientos de ingeniería, construyeron casas de múltiples salas y palacios de piedra con docenas de habitaciones, kivas subterráneos y torres en cavidades bajo acantilados salientes. Reajustaron su tecnología hidrológica a las secas condiciones del desierto y adoptaron la agricultura en terrazas, que utilizaba represas que recogían y retenían escorrentías y la capa superficial del suelo con el objetivo de cultivar maíz, judías y calabacín. En el siglo XIII puede que habitaran la región de Mesa Verde unas 20 000 personas [12] .

Pese a ello, como también ocurrió en el este, el inicio de la Pequeña Edad de Hielo desencadenó una serie de cambios que acabaron fracturando estas primeras sociedades agrícolas. Dado que la tierra cada vez daba menos, los sistemas de autoridad y jerarquía tradicional se desmoronaron y los pobladores se dispersaron. El pueblo hohokam abandonó la mayor parte de sus aldeas de adobe y obras de irrigación en el valle del río Salado tras una sucesión de cataclismos medioambientales; una larga y gran sequía que duró una generación, a finales del siglo XIII, seguida de un periodo prolongado de lluvias dispersas y erráticas que alimentaron la violencia, tanto interna como externa. Sin embargo, los hohokams no desaparecieron: cambiaron de forma y trocaron en un grupo más pequeño, que, con el tiempo, se convirtió en el pueblo de los tohono o'odham [13] .

Más al sur, parece que el pueblo mogollón reaccionó al cambio de condiciones antes y de forma más decidida. En algún momento a

finales del siglo XII surgió una nueva ciudad, Paquimé, al sur del río Bravo, en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental. Rodeada de varios ríos anchos, Paquimé se convirtió con rapidez en un núcleo comercial y político de importancia que dominaba un hinterland de unos 10 000 habitantes que poblaban centenares de asentamientos. Sus constructores cultivaban maizales, eran ingenieros hidrológicos y comerciantes y edificaron una nueva urbe de muros de adobe, montículos ceremoniales, canchas de juego de pelota y un complejo de apartamentos de 2000 salas con un cierto parecido a la arquitectura de los indios pueblo ancestrales [14].


Fotografía aérea de Pueblo Bonito (2009). Bob Adams.

Paquimé surgió en el cinturón de transición donde Norteamérica pasa a ser Mesoamérica y ejemplifica uno de los grandes momentos decisivos de la historia de las Américas. El norte de América divergía del resto del hemisferio occidental. En los demás lugares, el impulso histórico avanzó hacia enormes concentraciones de poder, centros ceremoniales monumentales y ciudades. Surgieron naciones de muchos millares de pobladores, que alcanzaron el apogeo con la gran ciudad Estado maya de Chichén Itzá, en el norte de Yucatán; el

Imperio inca, que se extendía más de 3200 kilómetros de norte a sur a lo largo del oeste de Sudamérica; y la ciudad de Tenochtitlan, erigida en el siglo XV en Valle de México, hogar de 150 000 personas y regida por el emperador azteca y sus altos sacerdotes. Por aquel entonces, la hierba cubría las ruinas de Cahokia [15].



Paquimé en la actualidad (2009). HJPD.

Aunque la Pequeña Edad de Hielo planteó enormes desafíos a las sociedades agrarias de Norteamérica, supuso una gran oportunidad para los cazadores del continente. Las condiciones frías y húmedas beneficiaron a la hierba de búfalo y la grama, el alimento preferido del bisonte, y las primaveras eran húmedas, lo cual favorecía el crecimiento temprano de la hierba tras las privaciones del invierno. La única especie superviviente de la megafauna, el extremadamente adaptable y prolífico bisonte, no se enfrentaba a ningún competidor relevante, con lo que sus rebaños se expandieron desde las estribaciones de las Montañas Rocosas hasta cientos de kilómetros al este del río Misisipi y desde las zonas subárticas al golfo de México. Y allí donde escaseaba el bisonte, le sustituían nutridos rebaños de ciervos, cuyos dominios abarcaban la mayor parte de la mitad oriental del continente.

La mayoría de los indios norteamericanos se convirtieron en generalistas que cultivaban, cazaban y recolectaban para vivir. En

lugar de tratar de maximizar la producción agrícola —una aspiración que animó a los indios pueblo ancestrales, a los cahokianos y a otras sociedades agrarias tempranas—, buscaban estabilidad, seguridad y solidaridad. En vez de dirigentes sacerdotales, preferían líderes cuya obligación principal fuera el sostenimiento del consenso y los sistemas políticos participativos. El poder fluía a través de los líderes, no de ellos. La mayoría de norteamericanos vivía en aldeas, no en ciudades. Los antepasados de los pawnees, arikaras, mandans e hidatsas son un ejemplo típico. Se establecieron en el curso alto del Misisipi, donde la capilaridad hacía brotar a la superficie el agua subterránea. Vivían en aldeas de habitáculos de tierra con forma de cúpula que daban cobijo a centenares, no a millares. Se dedicaban a la horticultura y era raro que levantaran fortificaciones. Es posible que este abierto abandono de jerarquías, élites dominantes y urbanización a gran escala hiciera que Norteamérica —junto con Australia— se convirtiera en el continente más igualitario del mundo en esa época [16].

La mentalidad colectiva predominante, reflejo de economías de amplia base y cuidadoso equilibrio, también diferenciaba a los pueblos indígenas del norte de América. Las planicies continentales —las Grandes Llanuras— rebosaban de decenas de millones de búfalos. Enormes manadas ennegrecían las planicies hasta donde alcanzaba el horizonte y atraían a los humanos. Los shoshones se trasladaron al este desde la Gran Cuenca, los pies negros llegaron desde el nordeste y los cuervos, omahas, poncas y kansas abandonaron sus aldeas y campos del curso del valle del Misuri. Los kiowas migraron al sur desde el curso superior del valle del Yellowstone y forjaron una alianza con los apaches de la región. Los antiguos granjeros no dejaron la agricultura, pero ahora todos cazaban bisontes: los rodeaban en numerosas cacerías comunales y los abatían con lanzas y flechas, los perseguían hasta corrales ocultos en lechos de ríos o los empujaban a precipitarse por acantilados. En las Colinas Negras, los cazadores provocaban estampidas de bisontes y conducían a los aterrorizados animales por un corredor marcado con piedras que canalizaba a las bestias hacia un salto de búfalos, una profunda sima donde la caída los mataba. Los pies negros denominaban a este método pis’kun, o «caldero profundo de sangre». La palabra de los pies negros que designa el

punto de salto se traduce como «cabeza aplastada» debido a un incidente en el que un búfalo que caía desde unos 20 metros de altura aplastó a un joven cazador. El lugar se empleó durante miles de años y decenas de miles de bisontes fueron sacrificados, despiezados y procesados para convertirlos en alimento, herramientas y vestido. Puede que hubiera centenares de saltos de búfalo repartidos por las Grandes Llanuras [17] .

Mediado el segundo milenio de nuestra era, los humanos habitaban o usaban casi todos los rincones de Norteamérica. Los pobladores estudiaron, escogieron y perfeccionaron semillas y regularon ríos y arroyos para formar jardines en mitad del desierto. Habían aprendido la manera adecuada de apelar a los espíritus y combinaban su dominio del mundo con humildad, pues idearon nuevos métodos de recabar la riqueza animal y vegetal que les rodeaba. Tales esfuerzos recibieron amplia recompensa. Las comunidades eran prósperas y el número crecía y se expandieron más allá de los territorios originales, hasta llenar los espacios vacíos que los separaban. El continente llegó a albergar a unos 5 millones de personas [18] .

En Norteamérica, los líderes no eran autócratas que dirigían y obligaban a súbditos. Por el contrario, eran árbitros y facilitadores que buscaban el consenso. No aspiraban a maximizar su poder personal, sino que trataban de incrementar el número de seguidores. Los buenos líderes eran pobres. Aceptaban de sus aliados bienes de comercio y regalos, aunque para gobernar con efectividad debían redistribuir la mayor parte de tales riquezas entre su gente. La recompensa era lealtad y redes en expansión de parentesco ficticio que podían abarcar numerosas naciones aliadas. Con ciertas excepciones, esto se convirtió en la norma en Norteamérica. El parentesco —la idea de relación y obligación mutua que todo lo impregna— se convirtió en el principio organizador central de la vida humana. Constituía el adhesivo crucial que mantenía los vínculos entre personas y naciones. Sería un error ver en esto algún tipo de fracaso o aberración civilizatoria, como casi siempre hicieron los europeos recién llegados. Los indios norteamericanos ya habían experimentado con sociedades jerárquicas y líderes espirituales todopoderosos y les habían parecido deficientes y peligrosas. Con lo que optaron por formas

más horizontales, participativas e igualitarias de estar en el mundo, un espíritu comunitario al alcance de todo aquel capaz de tener hechos y pensamientos adecuados y que estuviera dispuesto a compartir sus posesiones. Su sociedad ideal era una mancomunidad ilimitada que podía —al menos en teoría— abarcar a infinitos forasteros.

Capítulo 3

Conquistas a ciegas

Al otro lado del océano, en una trayectoria similar a la de Norteamérica, pueblos y naciones también vivieron dos regímenes climáticos, durante los que experimentaron sorprendentes oportunidades en el Periodo Cálido Medieval iniciado en el siglo X y luego tuvieron que adaptarse como pudieron a las posibilidades reducidas de la Pequeña Edad de Hielo que comenzó en el siglo XII. Esta transición fue muy severa en la península situada en el extremo occidental de la masa terrestre euroasiática.

Europa, una entidad de vagos límites geográficos, conformó la parte septentrional del extenso Imperio romano, que en torno al año 117 de nuestra era dominaba casi todas las tierras de la cuenca mediterránea. Cuando, en el siglo III, las migraciones germánicas del este empezaron a debilitar a los hostigados romanos, Bizancio se erigió como poder dominante en el Mediterráneo. El poder y el comercio se desplazaron hacia el este y Europa quedó relegada a periferia olvidada de escasa importancia.

Mientras Roma menguaba y volvía a ser la pequeña ciudad Estado que había sido en otro tiempo, centenares de pequeños reinos llenaron el descomunal vacío de poder que había dejado atrás. Europa languideció como universo atomizado hasta el siglo X, momento en que el clima comenzó a calentarse. Los granjeros de Europa occidental adoptaron un sistema de cultivo de tres campos en el que cultivaban dos parcelas mientras dejaban la tercera en barbecho. Fue uno de los avances más relevantes de la historia europea, que catapultó al continente hacia una mayor riqueza e importancia. Implacables señores de la guerra formaron contingentes privados de caballería pesada y establecieron vastos feudos personales. La tierra la controlaban unos pocos y los campesinos locales fueron reducidos a siervos, trabajadores agrícolas ligados a la tierra de su señor. A cambio, recibían su

protección, y la de sus caballeros, contra vikingos, musulmanes y forajidos locales. La guerra se ensalzaba como una actividad sagrada, con ideas de deber, honor y lealtad. Al igual que en Cahokia, y en otros lugares de Norteamérica, el pueblo quedó subordinado a un cuadro escogido de hombres santos que lo movilizaba para edificar elevadas estructuras con las que glorificar el mundo del más allá y a sus servidores sobre la Tierra [1] .

No obstante, los paralelismos entre ambos continentes no duraron. En la década de 1330, las casas regias de Francia e Inglaterra se enfrentaron por el derecho al trono galo, lo que dio inicio a una agotadora contienda intermitente en apariencia interminable. Los ejércitos profesionales reemplazaron a las mesnadas feudales encabezadas por caudillos guerreros locales y el coste de hacer la guerra se disparó, lo cual obligó a los monarcas y su corte a innovar. Las dos coronas, la francesa y la inglesa, diseñaron modos más eficientes de librar y financiar los conflictos: nuevos impuestos, la imposición de tarifas y la expansión de los tradicionales gabinetes regios, que pasaron a convertirse en las emergentes burocracias del Estado. En el momento de la conclusión del conflicto, en 1453 —cuando Inglaterra renunció a sus derechos sobre el continente—, ambos reinos estaban camino de convertirse en Estados fiscal-militares liderados por dirigentes poderosos, capaces de organizar grandes ejércitos y movidos por la piedad religiosa. Surgió un nuevo nexo de poder entre monarcas y mercaderes, así como entre cortes, ciudades y clerecía. Los gobernantes concedían privilegios de comercio a las ciudades y estas juraban lealtad a sus protectores soberanos. Las urbes constituían los grandes motores económicos de los incipientes Estados nación de la Europa occidental, rebosantes de negocios, innovación, riqueza sin precedentes y ambiciones desmedidas. Hacia finales del siglo XV, Francia e Inglaterra disponían de los medios y de la capacidad organizativa para expandirse por ultramar [2] .

Sin embargo, fue Castilla —reino en plena pujanza tras consumar la conquista del último territorio gobernado por musulmanes en la Península— quien estableció la primera avanzada colonial de importancia en el hemisferio occidental. Si echamos la vista atrás, a principios del siglo VIII, musulmanes norteafricanos habían cruzado el Estrecho y habían conquistado buena parte de la península

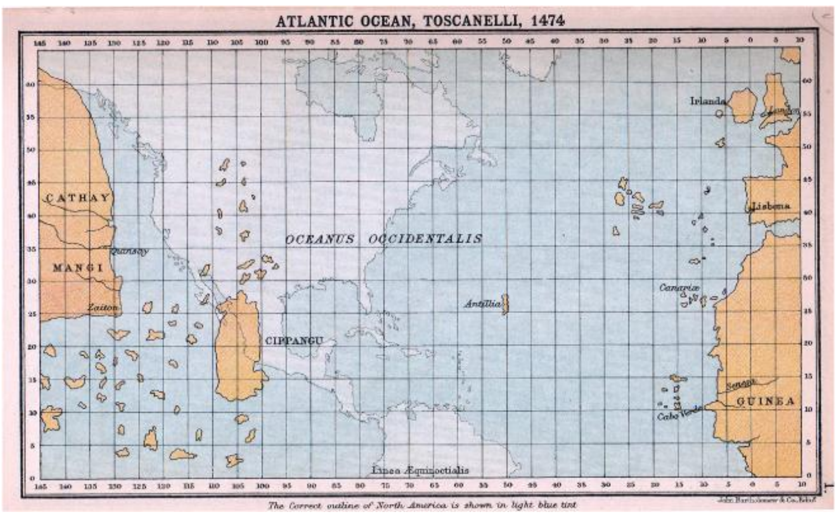
ibérica, a excepción de una breve franja al norte, que permaneció cristiana. La cristiandad se batió en retirada ante una gente que los consideraba infieles y que amenazaba todo el continente. A continuación, los reinos cristianos del norte de la Península emprendieron lo que, académicamente, se conoce como «reconquista» y recuperaron, de forma lenta pero progresiva, terrenos para la cristiandad. Este fenómeno experimentó un fuerte impulso en el siglo XIII con la conquista de los grandes bastiones islámicos de Córdoba y Sevilla. Granada, el último enclave musulmán en la Península, pasó a ser tributario del reino de Castilla [3] .

Encabezada por los reinos ibéricos, la cristiandad prevaleció ante el colosal desafío islámico, un triunfo que se transformó de inmediato en una contundente expansión de Europa occidental más allá de sus confines terrestres, liderada por los españoles. Las largas centurias de la «reconquista» habían perfeccionado su pericia bélica, insuflado a su sociedad un potente espíritu marcial y elevado al soldado gentilhombre a los escalones superiores de la jerarquía social. En el siglo XV, los españoles conquistaron las islas Canarias, frente al litoral del oeste de África. Con esto, obtuvieron una avanzada en el Atlántico, así como una formación en colonialismo de ultramar y en el sometimiento de pueblos no europeos y no musulmanes. Las Canarias pertenecían al pueblo guanche, originario del norte de África; estos opusieron una enérgica resistencia contra la colonización española, pero sucumbieron ante los desconocidos gérmenes europeos. Los escasos supervivientes fueron esclavizados y vendidos en España y en la isla portuguesa de Madeira. Las lecciones de crueldad y brutalidad que los aventureros españoles aprendieron en Canarias les resultaron de gran utilidad en el «Nuevo Mundo» que estaban a punto de descubrir [4] .

En 1474, Paolo dal Pozzo Toscanelli, astrólogo y cartógrafo florentino, creó su obra maestra: un mapa que mostraba los confines occidentales de Europa y del noroeste de África, una franja de Asia oriental y, separándolos, el «Oceanus Occidentalis», esto es, el océano Atlántico. Al igual que todos los creadores de mapas, Toscanelli aspiraba a mostrar datos y formaciones, pero cuando la información escaseaba, la sustituía con imaginación. Emplazó Cipango, la «tierra del sol naciente» —el nombre que Marco Polo

dio a Japón— en el rincón noroeste de Mesoamérica. El hemisferio occidental estaba ausente y, en su lugar, Toscanelli situó una serie de islas fantasmas que eran meras leyendas.

El notable mapa de Toscanelli cautivó a un experimentado marino, presuntamente genovés, que se atrevió a proponer a la corte portuguesa en 1484 un viaje de exploración sin precedentes: navegar hacia el oeste —no por el sur alrededor de África, como habían intentado otros— y alcanzar India, China Japón y las fabulosas islas de oro y especias de las Indias Orientales. El proyecto fue rechazado y tachado de absurdo. Cristóbal Colón probó suerte con la reina Isabel de Castilla y el rey Fernando de Aragón, pero volvió a recibir una negativa. Sin embargo, en enero de 1492, tras la caída de Granada, la última ciudad musulmana en la península ibérica, los monarcas españoles, alarmados por los avances portugueses a lo largo de la costa africana y en dirección a las Canarias, aceptaron financiar la extravagante empresa. Colón, un cosmógrafo autodidacta de humilde origen, recibió autorización para navegar hacia lo desconocido. Allí, conforme a los usos clásicos de la «reconquista», podría reclamar inmensos territorios para él y sus patrones. Encabezada por España, Europa occidental empezó a dar la espalda al peligroso Mediterráneo y se dirigió hacia el Atlántico y sus riquezas inexploradas. Era una aventura casi a ciegas. Isabel y Fernando no esperaban mucho de este peculiar marino, puesto que le prometieron los títulos de almirante, virrey y gobernador de las tierras que hallara, y podría detentar tales cargos «durante su vida, y, después dél muerto, a sus herederos e successores de uno en otro perpetuamente». Un elemento de interés más inmediato era que Colón recibiría un décimo de los tesoros que tomara [5] .



Mapa del océano Atlántico de Paolo dal Pozzo Toscanelli (1474).
Bartholomew, J. G.

En el otoño de 1492, los taínos, un pueblo indígena que dominaba la mayor parte del Caribe, avistaron tres curiosas naves que se acercaban a la costa. Cuando desembarcaron, los taínos, un pueblo de navegantes y comerciantes con una amplia red mercantil, acogieron a los recién llegados, al parecer, como un nuevo elemento de su estructura jerárquica. Se organizaban en cinco sociedades estratificadas dirigidas por caciques principales (reyes) y los forasteros podían encajar como aliados secundarios.

Colón y los 88 hombres de su dotación creían haber llegado a las Indias Orientales. Aunque estaba contento de haber hallado tierra —el viaje había durado más de lo esperado tras la escala en Canarias—, aquellos pobladores le decepcionaron. Los taínos recibieron a los exhaustos españoles con regalos y comida con la intención de convertir en parientes a aquellos extranjeros. Sin embargo, estos vivían en aldeas de modesto aspecto que no contenían ninguno de los tesoros —oro, plata, especias, seda— que buscaban Colón y sus hombres. Desanimado, Colón esclavizó a los taínos. Estaba convencido de que los indios creían que los españoles habían descendido de los cielos; puede que confundiera el asombro de los indios hacia las naves y las herramientas de metal de los españoles con adoración reverencial. Nombró aquella tierra —una

isla, como pronto descubrió—, San Salvador y reclamó su posesión para España [6] .

Sin saberlo, Colón había unido dos partes de la humanidad que llevaban varios milenios separadas por los océanos. Por más extraños e inferiores que los habitantes indígenas les parecieran a los españoles, los dos grupos eran sapiens de idéntica genética. Todas las diferencias principales eran de tipo cultural. Colón, pese a estar desilusionado, sabía bien lo que él, como buen europeo, debía hacer. Procedía de una sociedad en la que, casi siempre, la cuna determinaba la posición de cada uno. Cada persona se dedicaba a rezar, combatir o a servir a otros. Para Colón y sus coetáneos, no cabía duda alguna de que los taínos pertenecían a dicho orden. A ojos de los españoles, eran paganos primitivos que vivían en una isla aislada y, por tanto, algo familiar: los soldados y marinos españoles habían sometido a pueblos similares en las islas Canarias apenas unas décadas antes. La conquista de las Canarias sirvió de laboratorio del imperialismo de ultramar y enseñó a los españoles cómo convertir a extraños en súbditos o incluso en esclavos. Obsesionado por el oro, Colón pasó semanas buscándolo por las Indias Occidentales y, de paso, empezó a diferenciar entre buenos y malos indios. Los buenos indios eran sumisos y podrían llegar a ser dóciles sirvientes; los malos rechazaban las exigencias de los españoles y resistían. Los buenos indios podían ser convertidos; los malos podían ser esclavizados. Colón le dio a España el borrador de su imperio del Nuevo Mundo. Tras navegar de regreso a España para obtener apoyo regio, regresó a América un año más tarde con quince carabelas, dos naves de menor porte y 1500 hombres. Había identificado un nuevo recurso y los españoles esclavizaron de inmediato a 1600 indios [7] .



Cristóbal Colón recibe regalos del cacique o «rey» de La Española.
Grabado de Theodore de Bry (1594).

A Colón y a los conquistadores que le siguieron los trópicos americanos les parecieron extrañamente acogedores. Los de las Américas eran saludables y hospitalarios —uno de los efectos de la Pequeña Edad de Hielo— y, en menos de una década, los conquistadores devastaron La Española, Puerto Rico, Jamaica y Cuba en busca de las esquivas islas de las Especias, aunque, al final, se conformaron con acumular oro y esclavos. Bestias y tecnologías extraordinarias —caballos, armas de fuego y acero— combinadas con una arraigada tradición de conquista violenta permitieron a los recién llegados lograr estimulantes victorias militares. Con todo, fueron las enfermedades que los europeos llevaron con sus organismos —viruela, sarampión, gripe, entre otras— lo que hizo posible el completo sometimiento de las Antillas Mayores, pues arrasaron a las indefensas poblaciones indígenas con letal eficiencia.

El imperialismo bélico, combinado con el biológico, provocó la primera catástrofe de la población nativa americana. Perecieron centenares de miles y la mayoría de los supervivientes fueron esclavizados como paganos sin derecho alguno. Los españoles buscaron a conciencia el beneficio rápido. En la «costa de las perlas» de La Española obligaban a los esclavos nativos a descender a profundidades peligrosas en busca de perlas. Muy pronto, los españoles gobernaron islas denudadas de habitantes. Mientras proseguía su búsqueda de nuevas oportunidades, comprendieron poco a poco que estaban ante una masa terrestre desconocida que les rodeaba por tres lados; no era lo que mostraba el mapa de Toscanelli [8] .

Su fe inquebrantable en su superioridad sobre los indios, combinada con una cruzada moral para extender el cristianismo entre los paganos, envalentonó a los recién llegados españoles. En fecha tan temprana como 1493, el papa Alejandro VI concedió a Isabel y Fernando el gobierno y conversión de los indios. Los españoles emplearon un asentamiento en el Caribe oriental llamado La Isabela como área de concentración para adentrarse en el interior. Esas expediciones no tardaron en descubrir un nuevo océano —el Pacífico—, que se extendía más allá del horizonte oriental. Era cada vez más evidente que no existía un paso directo a Asia desde el Atlántico; si querían tomar tesoros, tendrían que hallarlos en este extraño y nuevo mundo. España cambió de rumbo. En 1502, la expedición de Nicolás de Ovando, formada por 30 naves y 3500 colonos españoles, emprendió la colonización de las Américas con el desembarco en una isla llamada Santo Domingo. Como si fuera una jugada del destino, los exploradores y los informadores nativos pronto revelaron la existencia de prósperos imperios indígenas en el interior del continente, no muy lejos de la costa. Los conquistadores hambrientos de oro tenían ahora su nuevo objetivo, que resultó ser sorprendentemente vulnerable. En menos de veinte años, grupos reducidos de soldados españoles lograron levantar un imperio prodigioso [9] .

A partir de 1519, los conquistadores españoles invadieron los imperios indígenas mesoamericanos, de fabulosas riquezas, con destacamentos pequeños pero muy bien armados. Hernán Cortés

conquistó Tenochtitlan, sede del Imperio azteca, con 1300 hombres, después de quemar sus naves tras desembarcar para asegurarse de que sus hombres no lo abandonaran. Cortés fundó el sistema de encomiendas[*], una versión modificada del feudalismo europeo, que entregaba las comunidades nativas a conquistadores individuales para su explotación y gobierno. Su audaz expedición, que recibió el poderoso apoyo de la viruela y de aliados indígenas, creó Nueva España, un reino hispánico superpuesto sobre unos cimientos imperiales indígenas ya existentes. Diez años más tarde, inspirado por la gesta de Cortés, Francisco Pizarro se adentró con un pequeño destacamento de soldados en el corazón del Imperio inca, donde ascendió las vertiginosas sendas y sorprendió a los infantes del imperio con su caballería. Pizarro capturó a Atahualpa, el Sapa Inca, señor del Imperio inca. Hacia 1550, lo que los españoles bautizaron como Perú les había proporcionado más de 80 toneladas de oro y plata y miles de millones de calorías procedentes de los grandes bancales de patatas, quinoa y maíz. Al igual que Cortés, Pizarro logró situarse en la cúspide de una estructura preexistente de obreros, vasallos y riqueza[10].

En la década de 1550, alrededor de medio siglo tras la llegada de Colón, España parecía preparada para dominar el hemisferio. Surgió una forma diferenciada de colonización, basada en la experiencia de la «reconquista» y la ocupación de las islas Canarias. La colonización española recibió un impulso enorme de lo que se ha denominado como intercambio colombino: la transferencia generalizada de gentes, animales, plantas, ideas, tecnología y enfermedades entre las Américas, Europa y África occidental. Perecieron muchos más indios a causa de las enfermedades europeas que a consecuencia de las balas y el acero europeo. La corona española gobernaba sus colonias americanas con puño de hierro, impuso su sistema jerárquico de gobierno y controló con esmero la planificación, ritmo y práctica de la colonización. El imperio americano de España fue un imperio de ciudades que ayudaban a gestionar la vida política, social y religiosa bajo la supervisión de un adelantado[*], un noble al servicio de su soberano. Nueva España devino un imperio multiracial estratificado con una única lengua (castellano), una sola fe (catolicismo) y un único dirigente (el monarca español), gobernado desde la

metrópolis por medio de una robusta burocracia de administradores locales. Un sistema de transporte de gran efectividad con flotas anuales fuertemente armadas transportaba las riquezas expoliadas —plata, oro, perlas, azúcar, sal, pieles y esclavos— a España, lo cual avivó aún más la ambición colonial[11].

España disfrutaba de un control casi completo del litoral caribeño y empezó a cambiar de la expansión colonial violenta —siempre una empresa impredecible— al gobierno burocrático de las colonias. De repente, en esta temprana etapa, hubo espacio para voces disidentes, como la del fraile dominico Bartolomé de las Casas, que condenó a principios del siglo XVI las atrocidades españolas contra los nativos americanos y abogó por una forma de colonialismo más suave, que llevó al rey Carlos V de España a promulgar en 1542 las Leyes y ordenanzas nuevamente hechas por Su Majestad para la gobernación de las Indias y buen tratamiento y conservación de los Indios, que regulaba el sistema de encomienda e ilegalizaba la esclavitud de los indios[12].

En el momento en que el siglo XVI se acercaba a sus años centrales, España se había convertido en la nación más poderosa del mundo y las flotas anuales de plata americana sostenían su poder en Europa y más allá. Fue en ese momento cuando empezó a decaer el impulso expansionista. Forjar un imperio en el Nuevo Mundo había sido fácil gracias a los caballos de guerra, el acero, la pólvora y las enfermedades: los grandes imperios indígenas cayeron como fichas de dominó ante los pequeños ejércitos de los conquistadores y cedieron cantidades inmensas de oro y plata. España había ganado un prodigioso imperio en el Nuevo Mundo con unas pérdidas e inversiones mínimas y la complacencia se generalizó. Había reinos mesoamericanos más reducidos, pobres y de más difícil acceso a los que someter y saquear, pero los españoles se habían acostumbrado a los beneficios rápidos e ingentes y los territorios más modestos y aislados no parecían justificar la molestia. Los españoles, cada vez más ambiciosos, empezaron a mirar al norte en busca de nuevas oportunidades. Creían tener tiempo de sobra. Mientras los españoles derrocaban poderosos imperios indígenas, los franceses e ingleses, sin dejar de vigilarse entre ellos, se disponían a explorar la parte restante de Norteamérica. Iban a sufrir una decepción.

Segunda parte

Parecían gigantes en la distancia
(el largo siglo XVI)

Capítulo 4

Terra nullius

Avistaron a los tres barcos que venían del azul; se deslizaban incesantes hacia la costa. Los indios calusas habían aprendido acerca de ello y sabían qué debían esperar. Los hombres de esas naves voluminosas eran forasteros llegados del sur, donde habían matado a un sinnúmero de personas y se habían enseñoreado de los escasos supervivientes. Por lo general, sus buques evitaban la tierra de los calusas en ruta hacia mar adentro, pero, en esta ocasión, iban directos hacia ellos.

Estos hombres querían todo lo que tenían los calusas, su tierra, su tesoro, su mano de obra, sus almas, y estos sabían exactamente qué hacer con ellos. A pesar de las letales epidemias, la esclavización y las matanzas masivas, la cuenca del Caribe seguía siendo un espacio indígena recorrido por una densa red de estructuras de comercio y diplomacia que propagaba la información rápido y lejos. Los calusas dejaron que los barcos se acercaran a la costa y entonces descargaron una cascada de flechas. El ataque sorprendió a los españoles: no era así como debían comportarse los indios cuando se enfrentaban a cañones, armas de hierro y carracas. El jefe de la pequeña flotilla era Juan Ponce de León, un veterano del segundo viaje de Colón a las Américas en 1493. Le había ido muy bien en el Nuevo Mundo, donde había aplastado una rebelión de los taínos en las Antillas Mayores y había conquistado Puerto Rico para la corona española, la cual le premió en 1508 con el cargo de gobernador de la isla. El azúcar, oro y los esclavos indios de Puerto Rico convirtieron a Ponce de León en un hombre inmensamente rico. Si los calusas sabían lo que debían esperar, Ponce de León apenas sabía nada de las tierras y de los pueblos a los que pretendía ocupar gracias a la doctrina de la terra nullius, «tierra vacía» o «tierra de nadie». En realidad, Florida era el hogar de unos 350 000 indios[1].

Las naciones europeas se negaban a reconocer la soberanía indígena

debido a que consideraban a los nativos americanos salvajes que no utilizaban la tierra como es debido; no la mejoraban con cultivos intensivos, sino que la dejaban carente de civilización. Ponce de León ignoraba que los 20 000 calusas dominaban un enorme territorio y numerosas aldeas tributarias que se extendían a lo largo de centenares de kilómetros, así como enormes cercados hechos de conchas y sedimentos en los que capturaban peces y otras riquezas acuáticas. El centro de su poder era una estructura inmensa que acogía a 2000 personas. Tras la conquista de Mesoamérica, los españoles consideraban Florida una fruta madura. Desanimado por la fuerte resistencia indígena, Ponce de León se retiró a toda prisa a Puerto Rico en 1514. Los españoles dijeron que sus vencedores eran gente de color quebrado[*].

Ponce de León era obstinado, pues volvió a intentarlo en 1521 con una segunda entrada[*] de 200 colonos en el mismo punto de la costa del golfo de Florida. Ordenó a sus hombres construir casas, pero no pudieron completar ni una. Los calusas se movilizaron de inmediato y se entabló una feroz batalla. Ponce de León, alcanzado por una flecha, ordenó la retirada a Cuba, donde falleció poco después a causa de la herida. Ese mismo año, Alonso Álvarez de Pineda recorrió la costa del Golfo en dirección oeste y luego hacia el sur. Descubrió la embocadura del río Misisipi y determinó que Florida no era una isla, sino una península insertada en una masa terrestre de tamaño desconocido[2].

Vistas desde los dominios españoles de la cuenca del Caribe y México, las tierras septentrionales parecían objetivos prometedores para nuevas aventuras coloniales. En 1497, Juan Caboto, un marino veneciano al servicio de la corona inglesa, desembarcó más al norte, en un punto de esta formación terrestre desconocida. Acababa de descubrir para los europeos, de hecho, un nuevo continente. Las islas caribeñas habían perdido su atractivo para los conquistadores, pues llamaban a las Bahamas las islas inútiles[*] porque no había ni oro ni perlas. Las ambiciones españolas se enfocaron al norte, donde parecían esperar reservas por explotar de minerales, esclavos y conversos. La misma geografía parecía invitarlos. La anchura de Mesoamérica ofrecía acceso sin obstáculos al corazón del continente y la península de Florida se adentraba en el mar Caribe como un

enorme puente de tierra. Hacia la segunda década del siglo XVI, los esclavistas españoles empezaron a avanzar en dirección norte y cosecharon exorbitantes beneficios. Los esclavos nativos escaseaban en las islas azucareras del Caribe, donde más de veinte años de esclavismo y epidemias había provocado un colapso demográfico, mientras que los indios del norte eran más altos, más fuertes y una fuente inagotable de riqueza. Ciertos esclavistas los creían gigantes[3].

La geografía canalizó la colonización española del norte de un segundo modo. A principios de la década de 1520, la exploración reveló que no existía un paso marítimo a Asia desde el Caribe. Los impacientes conquistadores redirigieron su ambición hacia el continente septentrional, que parecía estar libre de los obstáculos que habían soportado en los trópicos: calor extremo, extrañas enfermedades, vertiginosas sierras y junglas impenetrables. Empezaron a avanzar. Una generación de exploración y colonización enseñó a los españoles que el litoral solía tener escasas riquezas, pero que el interior acostumbraba a ofrecerlas en abundancia. Además, Florida apenas parecía estar poblada: los españoles ignoraban que las enfermedades infecciosas habían reducido la población indígena en centenares de miles en menos de dos generaciones[4].

En 1528, siete años después de que Ponce de León pereciera víctima de una flecha calusa, entró en escena Pánfilo de Narváez, conquistador de Cuba en 1511. Su enérgico cabildeo en Sevilla dio magníficos frutos: el Consejo de Indias le autorizó a colonizar Florida, la costa del norte del Golfo y las tierras al oeste, hasta el Pacífico. Si tenía éxito, sus posesiones eclipsarían el enorme feudo mexicano de Cortés. Provisto de 5 naves, 80 caballos, unos 400 soldados-marinos, 10 mujeres, varios esclavos africanos y 5 hermanos franciscanos, la nueva empresa de Narváez era el intento de España más ambicioso hasta la fecha para ocupar, civilizar y purificar Norteamérica[5].

También fue el más incompetente. El destino de Narváez era el río de las Palmas, en la costa occidental del Golfo. Sin embargo, la corriente del golfo, la más fuerte del mundo, envió a las naves a centenares de kilómetros del objetivo: los españoles desembarcaron

en la costa oeste de Florida, donde avistaron la localidad nativa de los timucuas. Los indios huyeron y Narváez proclamó la soberanía española sobre estas tierras. Una partida de reconocimiento capturó a cuatro indios, que informaron a los españoles de una lejana provincia, dominada por el pueblo apalache, donde había oro en abundancia. Los indios norteamericanos habían aprendido qué era lo que nutría las ambiciones españolas. Narváez dividió su fuerza en dos: un contingente siguió la costa a pie con los caballos y el segundo los seguía de cerca con los barcos. Ambas fuerzas se dirigían al río de las Palmas, en Tamaulipas, donde se reagruparían. Nunca lo hicieron. El destacamento naval pronto perdió el contacto con la expedición terrestre y se dio cuenta de que estaban a centenares de kilómetros del río de las Palmas. Esperaron un año al destacamento terrestre, pero finalmente se rindieron y pusieron rumbo a Cuba [6] .



Athore, hijo del caudillo timucuano Saturiwa, según un dibujo de Jacques le Moyne (1564).

Mientras tanto, el contingente terrestre pasó de ser una expedición colonial a experimentar una historia india mucho más antigua. Estaban a solo 150 kilómetros de Cuba, pero, al carecer de barcos,

era como si estuvieran al otro lado del mundo. Encabezados por Narváez y por su segundo en el mando, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, hidalgo y tesorero real de la expedición, unos 300 españoles y un puñado de africanos marcharon en dirección noroeste, hacia el país de los apalaches, a través de manglares, ríos torrenciales e indios insolentes que les decían que siguieran adelante, que las riquezas estaban en aquella dirección. Con sus fantasías de conquista derrumbándose, los españoles llegaron en junio al territorio apalache y atacaron la primera aldea que vieron, donde tomaron como rehenes a mujeres y niños. El jefe de la localidad ofreció ocupar su lugar, con lo que él mismo se convirtió en un rehén [7] .

El país de los apalaches no era un Imperio azteca o inca, en cuya cúspide los conquistadores podían erigirse como dirigentes. En lugar de acumular riquezas, se vieron reducidos a buscar alimento mientras rechazaban a los indios, que, según Cabeza de Vaca, «nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos a tomar agua». El jefe nativo capturado presentó al país de los apalaches como un reino pobre y de escasa población, cuando, en realidad, era una nación floreciente de decenas de miles de individuos. Alentó a los recién llegados a encaminarse a la costa, donde, dijo, hallarían maíz, judías y pescado abundante en una localidad llamada Aute. Narváez mordió el anzuelo [8] .

Los soldados apalaches prepararon una emboscada en una laguna profunda, donde, al llegar los españoles, descargaron una lluvia de flechas. Cabeza de Vaca quedó impresionado por la potencia y precisión de los arqueros nativos, quienes «parecían gigantes en la distancia» y podían atravesar un olmo con una saeta. Aquí, en las ciénagas y ensenadas carentes de caminos, los indios neutralizaron la ventaja tecnológica de España gracias a su superior movilidad y uso creativo del terreno. Los conquistadores llegaron a la costa, pero sufrían un peligroso deterioro. Agotados, se contagiaron virus y pronto un tercio cayó enfermo. Desesperados por escapar de las flechas de los indios locales, huyeron en balsas improvisadas; desembarcaron en la costa occidental de Florida, donde los indios camones los mataron de inmediato. Una racha de viento empujó hacia mar adentro la balsa de Narváez, que quedó a la deriva.

Falleció deshidratado, ante una vista panorámica de sus teóricas posesiones, que nunca llegó a gobernar [9].

Los conquistadores supervivientes ya no suponían amenaza alguna para los pueblos nativos. Desprovistos de armas de fuego, caballos y debilitados, ahora eran útiles. Cabeza de Vaca era la encarnación de este estatus inferior. Todavía contaba con cuarenta hombres, que fueron bien acogidos por los indios capoques y hans, que los alimentaron y curaron. Esta era la otra cara de la moneda de la territorialidad indígena; los forasteros que aparentaban debilidad y solicitaban misericordia tenían más posibilidades de ser considerados aliados y parientes. Los supervivientes se convirtieron en trabajadores. Era un humillante cambio de roles: los aspirantes a conquistadores tuvieron que acarrear leña, agua y escarbar raíces. Cabeza de Vaca se reinventó como mercader, un papel que le hizo ganar uno de los derechos más preciados que podía tener un cautivo en las Américas: la movilidad. Durante los tres años siguientes, con tres compatriotas, entre ellos un esclavo africano liberto llamado Estebanico, ejerció de comerciante entre varias naciones indígenas. Cabeza de Vaca asumió el rol de santón y sanador gracias al conocimiento médico europeo. Por espacio de dos años, su cuarteto recorrió las sendas indígenas y visitó aldeas nativas, donde recibían de los indios alimento, refugio y escolta; es posible que sus anfitriones los consideraran entretenidos, no tan extraordinarios como creían los españoles. Los cuatro hombres decidieron por fin viajar al sur, hacia Ciudad de México, donde llegaron en el verano de 1536 [10].

La historia de Cabeza de Vaca y de sus compañeros de naufragios es un microcosmos de la primera colonización de Norteamérica. El inverosímil viaje de los cuatro supervivientes se convirtió por igual en reclamo y en lección para los futuros colonos. Reveló un continente, antes ignoto, repleto de riquezas y futuros súbditos, aunque también presentó a Norteamérica como un continente indígena provisto —a pesar de los muchos brotes epidémicos— de suficiente presencia humana, la cual dejó claro que los recién llegados que no obedecieran las normas indígenas no tenían lugar en él. Cabeza de Vaca aceptó esa realidad y fue recompensado con parentesco e integración. Su inmersión flexible suponía una alternativa, aunque frágil, a los métodos implacables de Cortés,

Pizarro y otros conquistadores europeos, cuyas tácticas derivaban de los largos siglos de la «reconquista». Cuando Cabeza de Vaca informó de lo que había visto, desencadenó sin querer una sucesión de invasiones del norte de América. Pese a que no habló de excesivas riquezas, en torno al Nuevo Mundo se había consolidado una idea, característicamente española, inspirada por los golpes de audacia de Cortés y Pizarro. Al otro lado del horizonte, creían los españoles, ricas civilizaciones esperaban ser descubiertas.

La nueva oleada de colonización española fue una mezcla curiosa de método y fantasía. Menos de un año después de conquistar el Imperio azteca, en 1521, Cortés, personaje de ambición sin límites, empleó sus desmesuradas riquezas en la construcción de una flota para recorrer la costa pacífica de Norteamérica en busca de áureas ciudades indígenas y, al mismo tiempo, buscar el desconocido paso entre el Atlántico y el Pacífico. Sus entradas[*] generaron escasa riqueza, aunque abundante conocimiento práctico y geográfico: los españoles descubrieron que Baja California era una península y que Asia y Norteamérica eran dos continentes distintos. También aprendieron que los indios del litoral no aceptaban de buen grado la intromisión extranjera en sus pesquerías y que combatirían por protegerlas. Había escaso oro, con lo que arraigó el tópico de un continente pobre y primitivo. Esta falsa imagen envalentonó y persiguió durante siglos a los colonos europeos[11].

En 1538, Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España, envió a dos hombres —Estebanico, el esclavo negro que había logrado llegar a México con Cabeza de Vaca y ganar su libertad; y Marcos de Niza, un viajado fraile franciscano conocido como Fray Marcos— a explorar las tierras que Cabeza de Vaca había recorrido pocos años antes. Los indios que encontraron en esta nueva aventura les hablaron de un lugar llamado Cibola y de la presencia más al norte de magníficas bestias y riquezas. Estebanico siguió hacia Cibola, que estaba en una mesa descubierta cerca del valle del río Bravo. Los moradores de Cibola le negaron al forastero la entrada y lo alojaron fuera de la ciudad, sin darle agua ni alimento. Al día siguiente, Estebanico fue a ver a los líderes de la ciudad, pero los indios le dieron muerte. Fray Marcos llamó —desde la distancia— a los jefes zuñis de Cibola, que se mostraron indiferentes a sus

peticiones. Fray Marcos les advirtió, o al menos eso dijo, de que «Nuestro Señor castigaría a Cibola», a lo que le respondieron que «nadie puede resistir el poder de Cibola». Impasible, Marcos se acercó a la ciudad, aunque no se atrevió a entrar. Sin saber qué hacer, amontonó unas piedras, las coronó con una pequeña cruz y se marchó. Volvió a Ciudad de México con relatos de bestias cuyos cuernos enormes los obligaban a pastar de lado y de Cibola, una ciudad más grande que México, si bien había otras seis como ella. En marzo de 1540, Mendoza, intrigado, despachó a su protegido, Francisco Vázquez de Coronado, en cabeza de una expedición de 300 soldados españoles, más de 1000 «aliados» nativos, 6 franciscanos y alrededor de 1500 caballos y bestias de carga. Fray Marcos debía conducirlos hacia «muy mayores pueblos» cuyos habitantes «se servían en vasijas de oro» [12] .

Coronado, el menor de seis hermanos, tenía una gran motivación, pues sus posibilidades de heredar tierras en España eran mínimas. Tras recorrer las sendas indias durante casi cinco meses, la expedición llegó por fin a Cibola. Era una típica localidad de los indios pueblo. «[…] lo que turbó no poco a los soldados, considerando que todo lo que el fraile había dicho resultó ser todo lo contrario», escribió Coronado en su reporte. Envió de vuelta a Marcos a México con una carta que lo calificaba de embustero y saqueó la localidad. Los indios pueblo, sucesores de la civilización anasazi, creían que los españoles eran kachinas malignos, espíritus irracionales. Desesperado por hallar riquezas y gloria, Coronado despachó a los cuatro vientos partidas exploratorias y estableció un campamento de invierno en el río Bravo entre los indios pueblo, que pronto se cansaron de los codiciosos forasteros. Los indios trataron de expulsarlos y los españoles saquearon en represalia treinta localidades. En lugar de dejar escapar a los indios, los españoles siguieron su rastro y los quemaron en la hoguera. La guerra se prolongó hasta la primavera de 1541 [13] .

En el invierno de 1540, un indio fue a ver a Coronado a Albuquerque, el mayor de los pueblos zuñis situados cerca del confín de las praderas repletas de bisontes. Este le habló de Quivira, un reino de fabulosas riquezas situado en lo más profundo del continente. La historia que relató el indio, a quien los españoles llamaron El Turco, rayaba lo absurdo: «un río en la tierra llana que

tenía dos leguas de ancho, en el cual había peces grandes como caballos, y gran cantidad de canoas muy grandes, con más de 20 remeros por banda» y un señor que sesteaba «bajo un gran árbol del que colgaban gran número de campanillas de oro, que le dormían mientras se balanceaban en el aire», una Tenochtitlan norteamericana. A primeros de julio de 1540, la expedición llegó a Hawikuh, una anodina estructura zuñi de barro y adobe junto al río Pequeño Colorado y se dispuso a tomarla. Los zuñis extendieron una hilera de maíz sagrado entre los forasteros y su localidad. Decididos, los españoles cruzaron la línea y los zuñis arrojaron flechas. Los hispanos ocuparon la aldea y exigieron alimento y ropa, quemaron no menos de otras tres localidades, violaron a mujeres pueblo y azuzaron a sus perros de guerra contra los indios pueblo que resistían. El Turco sabía bien quiénes eran en realidad los recién llegados españoles: saqueadores organizados, obsesionados por los metales preciosos y por ricos imperios indígenas. Es bastante probable que supiera el destino que le aguardaba, pues llevó a los españoles centenares de kilómetros al nordeste, a través de las inmensas praderas, hasta una modesta aldea de los indios wichitas. Coronado comprendió que El Turco los había conducido a una «parte donde nuestros caballos y nosotros muriéramos de hambre». Sometido a tortura, El Turco confesó que había llevado a los españoles al interior para matarlos de sed. Coronado ordenó ejecutarle de inmediato en el garrote[14].

La entrada[*] de Coronado había sido la expedición española más ambiciosa en Norteamérica hasta la fecha y se saldó con un completo fracaso. Su final no pudo ser más emblemático: Coronado cayó del caballo y sufrió una herida que le dejó una discapacidad permanente. Decidió poner fin a la ruinosa expedición y regresó al valle del río Bravo a invernar entre los indios pueblo. Su sistema político descentralizado le dejó perplejo. No había un líder principal al que capturar y reemplazar; no sabía a quién debía atacar. Una vez destruido su plan de un imperio del Nuevo Mundo, regresó a Ciudad de México, aunque dejó a dos franciscanos para que predicaran entre los indios pueblo. Estos asesinaron a los frailes. En Ciudad de México, Coronado tuvo que enfrentarse a una investigación oficial acerca de sus actos, aunque fue exonerado. Es posible que su condición de hombre tullido y arruinado concitara la

piedad del tribunal. En 1542-1543, España aprobó las «Nuevas Leyes» para reducir los abusos contra los indios [15] .

La resistencia indígena y las distancias enormes convirtieron Norteamérica en un callejón sin salida para el imperio español. Los conquistadores eran temibles gracias a su enorme superioridad tecnológica sobre los indios. Continuaron marchando sobre los asentamientos indígenas llenos de confianza para exigir sumisión. Pese a ello, sus conquistas eran efímeras, pues no lograron establecer asentamientos coloniales de importancia como La Española o México. La expansión colonial española fue lenta. Esto se debió en parte a una simple cuestión logística. España se había convertido en una potencia global gracias al envío de flotas anuales de docenas de naves a las Américas, que mantenían unido al imperio español con sus puertos, lo cual convertía la expansión terrestre en una empresa desalentadora. Las distancias eran vastas, incluso a caballo, y muchos de los habitantes norteamericanos eran nómadas y difíciles de localizar. Al contrario que el centro y sur de América, el norte era un blanco difícil para el colonialismo español. La desinformación nativa frustró una expedición tras otra. Además, existía una barrera cultural que impedía la conquista: la mayoría de naciones nativas eran, al menos en parte, matrilineales y las mujeres disponían de la propiedad y gozaban de autoridad institucional. Tales entidades políticas dejaban perplejos a los conquistadores, que trataban de combatir y suplantar a jefes masculinos. Décadas de pillaje, terror y conversión dieron escasos resultados. Hacia finales del siglo XVI, el control español sobre el continente era frágil, en el mejor de los casos. No zarparon desde Norteamérica flotas con tesoro rumbo a España [16] .

No era solo que los españoles estaban abarcando demasiado. Los indios norteamericanos tenían numerosas ventajas prácticas sobre los invasores europeos: un profundo conocimiento del territorio y del medio ambiente, una extensa red de alianzas, sistemas políticos que permitían la movilización rápida contra amenazas inminentes, tanto indígenas como europeas. Quizá el factor esencial era que los nativos americanos contaban con una agricultura de alta productividad que alimentaba a grandes cantidades de pobladores, localidades ribereñas prósperas y bien protegidas y ejércitos

formidables.

En la primavera de 1539, en el momento de su desembarco en la costa occidental de Florida, Hernando de Soto era uno de los oficiales más destacados de España. Llevó una expedición, financiada con su bolsillo, de nueve buques. Llegado a las Américas a la edad de 14 años, amasó una fortuna de tesoros incas robados. Aunque Narváez no estaba preparado en absoluto para la misión de conquistar Florida, De Soto se basó en la experiencia española acumulada en el sometimiento de los americanos nativos de Mesoamérica. Conocido como experto cazador de indios, trajo cadenas y collares de hierro con los que transportar el botín humano que capturara. Incluso su Dios parecía favorecerlo: tras desembarcar, De Soto encontró a Juan Ortiz, un superviviente de la expedición de Narváez, que vivía entre los indios, y lo contrató como intérprete.

El encuentro en la aldea de Vitachuco, en la península de Florida, marcó la pauta de la expedición. Los españoles entraron en la localidad y, tras hallar resistencia, capturaron a su líder, Vitachuco, un hombre de imponente presencia física. Tras varios días de viaje forzoso, Vitachuco agarró del cuello a De Soto durante una comida y lo dejó inconsciente. Los españoles lo mataron allí mismo. En el norte de Florida, los apalaches quemaron su localidad para evitar que los españoles la tomaran y negar así botín alguno a los salvajes forasteros. La columna de De Soto, formada de más de 600 soldados, centenares de porteadores nativos, caballos, mulas, vacas, puercos y perros de guerra, marchó al norte de Florida siguiendo un rumbo norte que les condujo a la capital de la nación, Cofitachequi, de la que se rumoreaba que era rica en oro, plata y perlas. Los hispanos informaron de haber hallado perlas suficientes para cargar doce caballos. Trataron con la líder de la nación, «la Señora de Cofitachequi», que apareció en un palanquín y le colgó del cuello a De Soto un collar de perlas; este, impasible, la hizo prisionera.

La situación parecía prometedora para los aventureros españoles, que creían avanzar hacia una mayor riqueza. Cruzaron los Apalaches —eran los primeros europeos que lo hacían— y siguieron una sinuosa ruta por todo el confín sudeste del continente. A su paso capturaban rehenes, saqueaban depósitos de víveres, quemaban asentamientos y torturaban o mataban a quien se

resistiera. Había mucho que ganar: los conquistadores se habían adentrado en el corazón de la todavía floreciente civilización de los constructores de montículos del Misisipi, que vivían en grandes ciudades amuralladas y comerciaban con bienes de lujo. Influido por los métodos de Cortés, De Soto se presentó ante la teocracia de Natchez como «el hijo del sol». Un mico, «jefe» de Natchez le conminó a mostrar su poder secando el río, lo cual silenció al presuntuoso forastero. Los españoles siguieron su camino. Para entonces, el ejército de De Soto estaba agotado después de tres años en campaña. Estaba demasiado alejado de la costa y, por tanto, sentenciado. De Soto cayó enfermo y falleció junto al río Misisipi. Sin embargo, aún no había finalizado su devastación: es posible que la misma enfermedad que lo mató desencadenara una epidemia entre los indios del sudoeste[17].

De Soto y otros conquistadores creían estar apoderándose de nuevas tierras para el imperio español. En realidad, los indios dirigieron con sumo cuidado la ruta de los europeos y los enviaban lejos con historias fantásticas de tesoros lejanos. Al cabo de un tiempo, los supervivientes de la entrada[*] de De Soto entraron en el territorio de la Confederación Caddo, en el confín de las praderas continentales. Los caddos vivían en múltiples dominios con asentamientos, templos de montículos, campos y cazaderos, cada uno de los cuales estaba comunicado con los demás por sendas estrechamente vigiladas. Los caddos obedecían a un sistema social jerárquico y construían vastos complejos ceremoniales conforme a la tradición de Cahokia. Sus sacerdotes hereditarios, o xinesi, eran una élite consciente de sí misma. Pese a ello, los xinesi tenían una íntima relación con su pueblo y consultaban con los caudillos menores, o caddis, en busca de consenso. Los hombres labraban la tierra, las mujeres plantaban las cosechas y los xinesi oficiaban los rituales necesarios para obtener una cosecha abundante. La red comercial de los caddos, potenciada por el excedente de grano, se extendía desde el valle del Misisipi hasta Florida. Es posible que la nación sumara más de 100 000 habitantes en total. Cuando los españoles llegaron, las patrullas fronterizas de los caddos los escoltaron lejos de sus asentamientos, hacia regiones donde se perderían y morirían de hambre. La expedición de De Soto, que todavía contaba con 300 efectivos, tuvo que dejar la Confederación

Caddo con las manos vacías[18].

La resistencia indígena provocó una larga pausa en las incursiones españolas al interior. No volvieron a intentarlo de nuevo hasta la década de 1580, cuando la orden franciscana emprendió una serie de expediciones hasta lo que se conocía bajo el grandioso nombre de Nuevo México, a más de 1200 kilómetros al norte de la colonia española más cercana. A su llegada, los franciscanos vieron que los indios pueblo no tenían mucha paciencia con las ideas de su orden acerca de cómo debían gestionar los aspectos más íntimos de su vida. Los indios pueblo habían aprendido todo lo que necesitaban saber de la Madre Maíz y de la Mujer Pensante, que habían compartido con ellos cómo fertilizar el suelo, cómo plantar el sagrado maíz y cómo cumplir su propósito sobre la tierra. La Madre Maíz les había explicado cómo construir kivas, centros ceremoniales subterráneos que los acercaban al inframundo espiritual, lugar de origen de los humanos y del maíz. La Madre Maíz había sido buena con ellos. Los indios pueblo habían prosperado, pues, a finales del siglo XVI, su población sumaba más de 200 000.

Confiados de su lugar en el mundo, tanto material como espiritual, los indios pueblo no mostraban interés en deidades forasteras. Los franciscanos, frustrados, vituperaron a Madre Maíz y a Mujer Pensante; ofendidos, los indios pueblo empezaron a matar a los forasteros que llevaban a todas partes figuras de su dios asesinado. En respuesta, el virrey de Nueva España envió a don Juan de Oñate, un conquistador nacido en México cuya madre descendía tanto de Cortés como de Moctezuma, al país de los pueblo a construir misiones a sus expensas. En 1598, Oñate comandó una entrada[*] de 10 sacerdotes franciscanos, 50 colonos, varios centenares de caballos y 80 carros que remontó el río Bravo. A pesar de las anteriores expediciones españolas, apenas sabía nada del «Nuevo México» interior que debía conquistar para España. Su contrato lo autorizaba a llevar cada año dos naves con armas y herramientas mineras para la colonia que estaba decidido a fundar.

El viaje río arriba fue un prolongado alarde de insolencia imperial: Oñate se detuvo siete veces para celebrar una elaborada ceremonia de afirmación del dominio español sobre cada nueva región, «desde la hoja de árbol y monte, hasta la piedra y arenas del río, y desde la

piedra y arenas del río hasta la hoja del monte». Con el fin de escenificar el sometimiento de los indios, hizo que sus emisarios se vistieran a la española y dio nombres hispanos a las localidades nativas por las que pasaban. Con los frailes rodeándolo, Oñate leyó a cada nuevo grupo de caudillos nativos el Requerimiento, un tratado que explicaba que la autoridad omnipotente y la jurisdicción fluía de Dios a Jesús y de ahí al papa y al rey de España, que había enviado a Oñate para integrar a los indios en la cristiandad. Oñate cabalgó por su dominio durante dos meses, inspeccionó muestras de minerales y obtuvo juramentos de fidelidad a Felipe II, soberano de España, de los jefes de los indios pueblo. Con visible soberbia, Oñate no codificó la apropiación del territorio por medio de tratados. El sometimiento espontáneo, plasmado en un documento oficial bastaba, a juicio de los españoles, para transferir la soberanía [19] .

Todos estos acontecimientos tuvieron lugar lejos del centro imperial, una desconexión que convirtió el valle del río Bravo en un lugar traicionero y rebelde para los colonizadores. El temor a lo desconocido, la hostilidad nativa y la distancia con respecto a los centros de autoridad española atizaron el miedo y la agresividad. Cuando los españoles exigieron favores sexuales a las mujeres pueblo, la distancia se hizo aún más peligrosa y profunda. En enero de 1599, Juan de Zaldívar, sobrino de Oñate, ascendió hasta Pueblo de Acoma, una localidad de más de cinco siglos de antigüedad emplazada sobre una meseta arenisca de más de 110 metros de alto, y exigió alimento y refugio. Un intérprete de los pueblo ofreció negociar con Zaldívar tres veces, pero los indios fueron calificados de «alcahuetes de los castellanos». Ante la negativa de los pueblo, los hombres de Zaldívar se lanzaron sobre la aldea. Los pueblo resistieron y mataron a once españoles, entre ellos a Zaldívar. Varios soldados perecieron al saltar de la meseta. Oñate declaró que la batalla había sido una rebelión e insistió en que «este delicto se deuia castigar en rigor y exemplo. Assi por el dicho pueblo, delos que ya auian dado la obediencia à su Magestad como por que los demás Indios que también la hauian dado hechassen de ver que auia fuerças, y poder para castigar semejante delicto». Oñate ordenó un ataque que se saldó con la muerte de más de 800 indios pueblo.

Todos los supervivientes de edades comprendidas entre los 12 y los 25 años quedaron esclavizados por espacio de veinte años e hizo cortar un pie a todo hombre mayor de 25. Horrorizados, los indios permitieron a los franciscanos entrar en sus aldeas, aunque nunca olvidaron la matanza, las mutilaciones y la esclavitud. Esos invasores deberían experimentar un cambio radical o morir [20].

El despiadado sometimiento de Acoma recordaba, en cierto modo, las conquistas de los estados de mexicas, incas y mayas por parte de pequeños y decididos grupos de conquistadores. Sin embargo, Acoma no era ni Cuzco ni Tenochtitlan. El salvaje saqueo infundió terror entre los indios pueblo, que consideraban impensable semejante brutalidad, pero no provocó una capitulación. Los españoles estimaban que los pueblo eran una única sociedad conforme al molde mesoamericano. Eran incapaces de ver que, en realidad, los indios pueblo constituían una alianza de aldeas autónomas sin un líder único. Apoderarse del mundo de los pueblo hubiera requerido varias masacres. Los conquistadores carecían hasta de la voluntad de intentarlo. Oñate escribió, a la defensiva, que: «Si quieres mostrar clemencia después de que [los cautivos] hayan sido arrestados, debes intentar por todos los medios que los indios crean que lo haces a petición del fraile que acompaña a tus fuerzas» [21].

En España, los funcionarios imperiales también rechazaron los despiadados métodos de Oñate, aunque por motivos diferentes. Se consideraban agentes de un imperio moderno e ilustrado, con lo que acusaron a Oñate de excesiva crueldad y lo enviaron de regreso a España. Los hispanos levantaron una serie de misiones y establecieron la capital de Nuevo México en Santa Fe, en el curso alto del río Bravo. El rey de España designó a Nuevo México colonia de la corona y rebajó las ambiciones de su imperio, así como prohibió la exploración más allá de la cuenca del Bravo, lo cual significaba que Nuevo México no se convertiría en una colonia minera conforme al modelo mexicano. Por espacio de veinte años, no hubo misioneros viviendo entre los indios [22].

Si el método de Oñate fue brutal y anticuado, el enfoque imperial oficial era, simple y llanamente, ingenuo. Los españoles pensaban que el continente norteamericano era mucho más estrecho de lo que

era en realidad, por lo que creyeron que una solitaria localidad apoyada por una guarnición podría expandirse hasta constituir el corazón de un imperio. En realidad, Santa Fe era un villorrio aislado, uno más de los sesenta pueblos de adobe en los que habitaba un número muy superior de indios pueblo. Santa Fe no controlaba a nadie. Sobrevivió porque los pueblo consintieron que sobreviviera y porque los españoles les eran útiles. Los franciscanos tenían ideas equivocadas acerca de los mundos visibles e invisibles, pero llevaron caballos, carros, telas y otras cosas de valor. Sus puercos eran sabrosos y sus herramientas eran más afiladas, ligeras y resistentes que las de los indios pueblo [23] .

España había gozado de una gran ventaja inicial en la colonización del hemisferio occidental, pero los indios norteamericanos detuvieron la expansión española. En las postrimerías del siglo XVI, no había asentamientos españoles de relevancia en el continente, tan solo míseros regímenes de pillaje. Norteamérica seguía siendo indígena en lo esencial. Había un llamativo contraste con los asombrosos éxitos españoles en el centro y sur de América: ¿cómo podían unos grupos de nativos relativamente pequeños desafiar al colonialismo español en el norte, cuando los formidables imperios de aztecas, incas y mayas habían caído con tanta facilidad? Los españoles tenían la respuesta justo enfrente: los regímenes descentralizados, igualitarios y basados en el parentesco eran blancos difíciles para las entradas [*] imperiales y fallaban el blanco una y otra vez porque las naciones indígenas eran muy diferentes a las sociedades jerárquicas de Europa. Tampoco supieron ver un hecho básico de la guerra indígena: al combatir en sus tierras, los indios no necesitaban ganar batallas y guerras. Solo necesitaban no perderlas.

Capítulo 5

El imperio powhatan

Mientras el sueño de oro, esclavos e imperios indígenas atraían una expedición española tras otra a Norteamérica, los marinos ingleses y franceses empezaron a tantear la cara oriental del continente y a acometer sus primeros intentos de colonización del nuevo mundo. Lo hicieron con más discreción que los españoles: en su mayor parte, buscaban pescado y pieles, que avivaban pasiones menos enérgicas, aunque más constantes. Mientras que España empleaba el sistema formalizado de conquista forjado en el Caribe y Mesoamérica, ingleses y franceses usaron un sistema flexible basado en el comercio. En 1508, Sebastián Caboto —hijo de Juan y, al igual que su padre, al servicio de los ingleses— navegó al extremo norte de la bahía de Hudson y, desde ahí, siguió la costa, rodeando Terranova hasta la bahía de Chesapeake. En ruta encontró «tal cantidad de ciertos grandes peces» que «a veces saltaban a sus naves»[1].

Cabot, nombre que los ingleses daban a Sebastiano y a su padre, descubrió lo que se conoció como el Gran Banco. Para una gente llegada desde latitudes septentrionales, esta larga costa, festoneada de bahías, ofrecía un trofeo tentador: una corriente cálida que recorre el Atlántico Norte y que genera cantidades ingentes de nutritivo fitoplancton, el cual alimenta las mayores pesquerías del mundo, situadas frente a las costas de Terranova, Labrador y Acadia. Los cardúmenes de bacalao y las manadas de ballenas eran enormes[2].

El Gran Banco no tardó en atraer flotas pesqueras y balleneras de Inglaterra, Francia, España, Portugal y los Países Bajos, que convirtieron Bristol, Plymouth, Saint-Malo, Cádiz, Lisboa y Ámsterdam en florecientes centros de comercio transatlántico. En 1521, mientras Cortés conquistaba el Imperio azteca, el marino

portugués João Álvares Fagundes estableció en la costa meridional de Terranova lo que podría calificarse de primera colonia europea de Norteamérica. Esta empresa se dedicó al cultivo, la fabricación de jabón y la pesca a pequeña escala, no a la prospección minera y a la captura de esclavos. El asentamiento de Fagundes duró unos cinco años [3] .

La comercialización de interacciones europeo-indígenas avanzó con rapidez. En 1524, los narragansetts y wampanoags de la costa atlántica central dieron la bienvenida a Giovanni da Verrazzano, un marino italiano al servicio de Francia. El oro no les servía de gran cosa, pero recibieron de buen grado sus cuentas azules y rojas, que podían añadir al comercio nativo ya existente de cobre y de pequeñas conchas cilíndricas conocidas como wampum. La poderosa Confederación Wabanaki, formada por cuatro pueblos algonquinos —micmac, maliseet, passamaquoddy y penobscot— prohibió terminantemente desembarcar a la expedición de Verrazzano; parecían dispuestos a mantener la distancia con los recién llegados y sus enfermedades.

Jacques Cartier, un experimentado marino de Saint-Malo que exploró la costa de Terranova, remontó el río San Lorenzo en 1535. Ansioso por hallar riquezas, reclutó como guías a Donnacona, jefe de una aldea iroquesa, y a dos de sus hijos. Los tres iroqueses, sin embargo, tenían sus propios planes. Tras un largo viaje, le dijeron a Cartier que se acercaban a la ciudad de Stadacona, una modesta aldea iroquesa. Esta había de ser la Tenochtitlan de Francia, la puerta de entrada a América y sus riquezas. Cartier, indignado, hizo prisionero a Donnacona y lo llevó a Francia, donde falleció cuatro años más tarde [4] .

Inglaterra y Francia no parecían mostrar mucho entusiasmo por la colonización de ultramar. No tenían un método definido de conquista y gobierno, por lo que se basaban en inversores privados que buscaban obtener rápidos beneficios. El Estado inglés, en comparación con el imperio español, se caracterizaba por una notable fragilidad y algunas de sus figuras clave no se vieron seducidos por la conquista. Enrique VII concedió a Juan Caboto y a sus hijos «toda la tierra firme, islas, villas, ciudades, castillos y otros lugares que descubran». Sin embargo, cuando Sebastián Caboto

desembarcó en algún punto de la esquina nordeste de Norteamérica, «no se atrevió a adentrarse más allá de un tiro de ballesta». En 1527, John Rut no consiguió encontrar para Enrique un paso a China por el noroeste y el interés del monarca por América empezó a desvanecerse. En lugar de organizar costosas e inciertas exploraciones, los lobos de mar ingleses optaron por saquear las flotas del tesoro de los españoles. Inglaterra parecía conformarse con un rol secundario en la carrera por las Américas, ya que se limitó a mordisquear los márgenes [5] .

Los infortunios y titubeos ingleses envalentonaron a los franceses que, al tiempo, provocaron a los españoles. En 1562, Jean Ribault exploró Florida con vistas al establecimiento de una «Nueva Francia». Dos años después, René Goulaine de Laudonnière llegó a Florida con 200 hugonotes —protestantes franceses— que construyeron Fort Carolina en las orillas del río San Juan, en el rincón nordeste de la península. El rey Felipe II despachó de inmediato una flota para eliminar el fuerte establecido en un territorio que consideraba propio. Fue el primer choque directo entre potencias europeas en suelo norteamericano. En el otoño de 1565, Pedro Menéndez de Avilés desembarcó a 80 kilómetros al sur del fuerte y reclamó la tierra como su feudo directo; desde muy pronto, los europeos trataban las tierras americanas como si fueran un bien. Los indios locales de la nación saturiba condujeron a los soldados entre marismas anegadas hasta los hugonotes y, en consecuencia, a la matanza entre colonos. Menéndez ordenó un ataque frontal al amanecer, en el que pereció más de un centenar de miembros de esta «malvada secta Luterana», los cuales «murieron por ser luteranos y contra nuestra santa fée cathólica». Fue un golpe devastador contra las ambiciones francesas en el sur de la costa atlántica, aunque no impidió que los franceses reivindicaran Florida por derecho de descubrimiento [6] .

Fort Carolina era un asentamiento militar y, durante un tiempo, Menéndez siguió concentrando efectivos en Florida. Fundó San Agustín —que, con el tiempo, se convirtió en la localidad de San Agustín— en la costa atlántica, junto con diversas guarniciones de tierra adentro. Consciente de la pobre actuación de España en la península, que incluía la esclavización de 200 españoles a manos de un caudillo calusa, Menéndez trató de establecer una forma más

blanda de colonialismo. Como gobernador de Florida, trajo misioneros jesuitas y contactó con los calusas del litoral oeste de la península.

Un mico mayor o «gran jefe» de los calusas desposó de forma simbólica a su hermana con Menéndez, con el fin de forjar una alianza. También aceptó bautizarse. El mico mayor gobernaba varias confederaciones por medio de matrimonios estratégicos y, al parecer, consideró a los españoles un nuevo elemento de su extensa red de alianzas. Los jesuitas, conscientes del papel central de las mujeres de la élite en la sociedad jerárquica y polígama de los calusas, también bautizaron a la esposa del mico mayor, si bien soslayaron de forma conveniente el hecho de que su mujer, como todos los calusas, creía que toda persona tiene tres almas: una en la pupila del ojo, una segunda en la sombra y la tercera en su reflejo. El núcleo de la religión y de la sociedad de los calusas estaba fuera del alcance de los jesuitas. Un soldado español, el capitán Giles de Pysiere, consideró que Florida era «el último descubrimiento del mundo» que rebosaba de «prodigiosos monstruos de tierra y mar», así como lagartos voladores «con cabeza y cuello de serpiente» que devoraban humanos. Medio siglo después del desembarco de Ponce de León en Florida, los españoles apenas sabían nada de su colonia. Pysiere seguía pensando que Florida era una isla. Ignorantes y vulnerables, los funcionarios españoles monitorizaron sin cesar las conductas nativas e instituyeron comisionados de vecindario y jueces de frontera que mantenían el orden a fuerza de latigazos [7] .

En 1597, los guales, escandalizados por las constantes intromisiones de los españoles en su vida social y política, y por la desconsiderada ejecución del heredero de su liderazgo, emprendieron una breve guerra. Esta ahondó aún más las intenciones integradoras de Menéndez. Los jesuitas levantaron misiones que, al contrario que los fuertes, ofrecían a los nativos americanos hospitalidad, alimento y refugio. Los jefes guales aceptaban los dones españoles y los rituales católicos, aunque los readaptaban a sus usos: insertaban los rituales forasteros en sus tradiciones religiosas y redistribuían los regalos para reforzar la unidad de su pueblo. Las pretensiones coloniales españolas se desmoronaron ante la solidaridad indígena. Los españoles no podían vivir a la usanza española y Menéndez no parecía saber qué hacer, si combatir a los indios o hermanarse con

ellos. El mestizaje[*] devino común y engendró un modelo más suave de colonialismo.

Florida consumía fondos en lugar de generarlos, con lo que se convirtió en un problema y una carga para los españoles. Así y todo, los imperativos estratégicos los obligaron a perseverar. La cuenca caribeña estaba infestada de piratas que saqueaban las flotas que navegaban con rumbo a España cargadas de plata y privaban al imperio español de una fortuna. Por ese motivo, era de crucial importancia mantener una base en Florida, que ofrecía una mínima protección contra los piratas. A finales de la década de 1590, los franciscanos reemplazaron a los jesuitas en Florida, poco eficientes, y emprendieron un programa concentrado de evangelización que ayudó a los españoles a establecerse en la península por medio de sus habitantes indígenas. Dos años más tarde, los guales provocaron una guerra debido a que un fraile condenó la poliginia, lo cual era una interferencia en la política y en las prácticas matrimoniales. Fray Pedro de Corpa impidió a Don Juan, el nuevo mico mayor, tomar más de una esposa porque se había hecho cristiano. Los guales, en represalia, solo dejaron con vida a un fraile; mantuvieron su sistema de micos femeninos y esposas principales que controlaban la mano de obra femenina[8].

Los fracasos de españoles y franceses en el estratégico pivote de Florida dieron una oportunidad a Inglaterra. El Estado inglés, algo más débil, había tardado en entrar en la competición por las Américas, a pesar de que toda la costa atlántica al norte de San Agustín parecía abierta a nuevas empresas coloniales. Richard Hakluyt, el joven y fanático promotor del colonialismo ultramarino de Inglaterra, urgió a sus compatriotas a establecer sin tardanza asentamientos «en las embocaduras de los grandes ríos navegables» desde Florida a la isla del Cabo Bretón, una extensión de unos 1000 kilómetros de litoral falto por completo de presencia europea. Los compatriotas de Hakluyt respondieron al llamamiento y denominaron a su primera colonia Virginia en honor de Isabel I, la «reina virgen», que concedió a sus ambiciosos cortesanos del sudeste de Inglaterra, los «hombres del País del Oeste», la dirección del asentamiento en Norteamérica. Hakluyt, destacado estudioso de las empresas americanas de Europa, abogaba por un sólido plan

colonizador respaldado por poderío militar. Su inquietud, su ideal y su objetivo era el poderoso imperio español, que parecía capaz de establecer empresas coloniales por todo el hemisferio, mientras que los ingleses seguían aferrándose a pequeñas avanzadas costeras. Hakluyt escribió que, en lugar de meras pesquerías y bases de suministros, Inglaterra debía establecer colonias autosuficientes que «engrandecieran la gloria de la Palabra», «implantar la verdadera religión» e impedir «al rey español inundar toda la tierra firme de América». Los ingleses debían erigir bases navales fortificadas, misiones y puestos de comercio para los indios y granjas que alimentaran grandes asentamientos coloniales al estilo español. Sin embargo, de manera, quizá, contradictoria, Hakluyt consideraba que la colonización podía ser una ocupación llevadera para la élite, si esta podía persuadir a los pobres de Inglaterra y a los nativos americanos para que hicieran el trabajo duro. Es indudable que, con semejante plan, los líderes ingleses iban a enemistarse con demasiada gente[9].

En 1584, los indios roanokes dieron la bienvenida a dos naves en una de las islas con forma de barra situadas a lo largo de la costa atlántica; estas se extendían 320 kilómetros y protegían una enorme bahía. Wingina, el weroance o caudillo principal de Wingandacoa, el territorio de los roanokes, mandó al encuentro de los forasteros a una pequeña flotilla. Le informaron de que Walter Raleigh, un cortesano de abrumadora riqueza, había enviado dos naves al otro lado del Atlántico para establecer relaciones comerciales. Wingina trató a los extranjeros con la suprema confianza de un líder experimentado: «La forma en que se presentó —reportaron los ingleses— es como sigue: descendió primero de sus barcas [...] y se dirigió al lugar donde estaban los barcos, seguido de cuarenta hombres. Cuando llegó al lugar, sus sirvientes extendieron una larga estera sobre el suelo, sobre la cual se sentó». Los ingleses se acercaron a Wingina empuñando sus armas, aunque este «nunca se movió de su lugar». La serena autoridad de Wingina determinó el encuentro. Los roanokes permitieron quedarse a los forasteros, siempre y cuando respetaran sus costumbres y fueran generosos con sus bienes. Los ingleses ofrecieron diversas mercancías y Wingina aceptó un plato de latón, que «le defendería contra las flechas de sus enemigos». Satisfechos con el encuentro, los ingleses zarparon

rumbo a Inglaterra, deseosos de presentar su nueva posesión Wingandacoa a su reina, cuyos asesores ansiaban frustrar los avances españoles en el interior de Norteamérica [10].

Sin embargo, al centrarse en sus rivales europeos, los ingleses eligieron el objetivo equivocado. La tierra situada más allá de Roanoke pertenecía a algunas poderosas naciones de habla algonquina, una de las cuales, la ossomocomuck, reclamaba la posesión de esta isla. Numerosos weroances gestionaban extensos circuitos comerciales y diplomáticos y llevaban décadas comerciando con pescadores y exploradores europeos. Los linajes de sangre conectaban a pueblos y aldeas y palabras íntimas como «tío», «hermana», «hermano» solidificaban comunidades y naciones mediante la mutua responsabilidad. Los líderes roanokes exigían a estos forasteros recién llegados que obedecieran las prácticas asentadas de generosidad, reciprocidad y civismo.

Pero los recién llegados no lo veían igual. Los promotores del País del Oeste se consideraban colonizadores humanos, no obstante, las expediciones que despacharon no tardaron en mostrar el carácter ficticio de esta idea. Al igual que los españoles, los ingleses desarrollaron un marco mental imperial antes de embarcarse en la colonización de ultramar. Un siglo más tarde, el filósofo ilustrado John Locke hizo algunas vagas reflexiones acerca de los «lugares vacíos de América», donde se podía instruir a los indios en mejorar la tierra y ser útiles. Del mismo modo que la «reconquista» preparó a los españoles para las conquistas en las Américas, los ingleses también llevaron a Norteamérica una experiencia de conquista, acumulada en la larga y violenta ocupación de Irlanda de la época Tudor. Colonos y plantaciones habían desempeñado un papel vital en el aplastamiento de la resistencia irlandesa, con lo que estos mismos elementos, pensaban los ingleses, eliminarían la resistencia indígena en las Américas. Los dirigentes ingleses consideraban pueblos inferiores tanto a irlandeses como a indios —maliciosos, taimados, bárbaros—, que no poseían ni podían detentar soberanía sobre las tierras en las que vivían. La coexistencia era posible, aunque solo si los indios aceptaban el dominio de sus amos ingleses o españoles [11].

Al principio, los recién llegados impresionaron a los indios. Se

declaró una epidemia y los indios empezaron a morir «muy rápido, y muchos en breve espacio», mientras que los ingleses parecían invulnerables a este mal, lo cual les hacía parecer —aunque no necesariamente lo fueran— un pueblo poderoso con acceso a montoac o manit, «poder espiritual». Sin embargo, los ingleses no actuaron en consecuencia. Construyeron un fuerte con una empalizada, que les aisló de sus anfitriones nativos, y no fueron generosos con sus novedosas herramientas: calderos de latón y hierro que podían colocarse sobre las llamas y parecían irrompibles, así como hachas y cuchillos de hierro que sajaban piel, huesos, madera y conchas con asombrosa facilidad. Su negativa a compartir esta tecnología extraordinaria hizo que los indios los consideraran insolidarios. Pronto se volvieron descuidados. Esperaban que los indios fueran dóciles y que se dejaran explotar; cuando estos no cumplieron con el rol previsto, los ingleses arremetieron. Un indio robó una copa de plata a un colono y el líder de la colonia hizo quemar la localidad del ladrón. Los ingleses pensaban que el primer signo de debilidad supondría su perdición. Cuando sospecharon que Wingina planeaba expulsarlos, un colono lo decapitó [12].

Lejos de socavar la resistencia indígena, el asesinato la impulsó. Los colonos no emprendieron exploraciones de importancia más allá de su asentamiento costero. Temerosos de un alzamiento, los colonos querían ser evacuados después de solo un año, de modo que regresaron a Inglaterra a bordo de la flota de sir Francis Drake, recién llegado de haber circunnavegado el globo. Al año siguiente, llegó la tercera oleada de colonos de Raleigh —catorce familias, cuatro de ellas con niños—, pero los indios estaban preparados. Todos los nuevos colonos desaparecieron sin dejar rastro. La única pista de lo ocurrido fue una sola palabra, «CROATOAN», referencia a un asentamiento o isla cercana, tallada en un árbol [13].

A pesar de ello, los ingleses insistieron en sus planes colonizadores. Desde su punto de vista, no había otra opción. Las ideas mercantilistas que empezaban a surgir en Europa postulaban que los recursos del mundo eran finitos y que la riqueza de las naciones dependía de los metales preciosos. Las naciones que no acumularan oro y plata decaerían sin remedio y la clave para una prosperidad duradera eran colonias ultramarinas que suministraran a la metrópoli materias primas y metal para acuñar moneda. Antes de

rescatar la colonia de Roanoke, Drake arrasó en 1586 los puertos de Santo Domingo y Cartagena en las Indias Occidentales y destrozó San Agustín, un doble golpe que reveló la debilidad de España lejos de Mesoamérica y que anunció la entrada de Inglaterra en la pugna por Norteamérica [14] .

Si la cara meridional de Norteamérica les parecía a los conquistadores españoles un blanco fácil desde las Indias Occidentales, los marinos ingleses veían de igual modo sus frentes oriental y septentrional. La construcción de los primeros imperios era un asunto tan marítimo como terrestre. La costa atlántica abundaba en estuarios acogedores, ríos de amplias desembocaduras, puertos naturales protectores y tierras fértiles.

A finales de la primavera de 1607, los powhatans avistaron tres naves que se aproximaban a Chesepiooc, una localidad «en el gran río». Los buques anclaron cerca de una pequeña franja de tierra. Este entrante pantanoso carecía de asentamientos, pero pertenecía al imperio powhatan, que contaba con 24 000 miembros y dominaba una extensión de territorio entre el litoral atlántico y los Apalaches. Desde la perspectiva de los nativos, no había nada de inusual en este suceso, pues, desde hacía generaciones, circulaban por la costa relatos de desembarcos similares, ya fueran de Cartier, Menéndez, Ponce de León y muchos otros. Los recién llegados tampoco parecían demasiado amenazadores: sumaban poco más de un centenar y eran todos varones, lo cual indicaba un interés en comerciar, no en ocupar. Los ingleses hicieron lo que llevaban siglos haciendo: jalonaron un territorio con vallas y construyeron un fuerte en cuestión de semanas, una gran estructura triangular rematada con un bastión en cada esquina. Lo llamaron Jamestown en honor de su rey, Jacobo I. Era un insulto y una violación a la soberanía powhatan. Aún más amenazador fue que los forasteros se dirigieron a las aldeas satélites de los powhatans y trataron de atraerlas a su órbita. Los indios estaban alarmados, aunque por el momento se contuvieron. Los soldados powhatans se pintaron para la guerra y mataron a algunos colonos, es posible que a modo de advertencia [15] .



Mapa de Virginia del capitán John Smith (1612). Library of Congress, Prints and Photographs Division.

Los ingleses no comprendían a lo que se enfrentaban en las tierras que ellos denominaban Virginia. Mucho más poderosos que la mayoría de confederaciones indígenas que los europeos hallaron en Norteamérica, los powhatans estaban dirigidos por un líder superior, Wahunsenacawh, un ambicioso y astuto mamanatowick, un título que implicaba manito, «poder espiritual». Wahunsenacawh había sometido a numerosos weroances locales y su autoridad abarcaba a más de 30 localidades. Era un «custodio de muchos espíritus» y gobernaba a 15 000 personas en un vasto dominio denominado Tsenacommacah, «tierra densamente poblada». Con residencia en Werowocomoco, «la casa del rey», el caudillo, de unos 60 años de edad, recaudaba tributo de los grupos satélites y poseía alrededor de un centenar de esposas, cimiento de una expansiva red de parentesco que mantenía unido a su imperio. Setenta años antes, Hernando de Soto había tratado de usurpar un imperio similar basado en el parentesco en la región de Natchez, con desastrosos resultados.

Wahunsenacawh sometió a varias naciones rivales y nombró líderes

de algunas a sus hijos, hermanos y hermanas, al tiempo que permitía a los jefes extranjeros obedientes conservar sus puestos, siempre y cuando le proporcionaran soldados y tributo en forma de pieles, cobre, perlas, maíz y carne, hasta un 80 por ciento de sus posesiones. A cambio, Wahunsenacawh adoptó a los líderes vencidos y a sus soldados y los cubrió con su abrazo protector. Era un quioccosuk, un «dios sobre la tierra» cuyo poder espiritual protegía al reino. Quería acceder a las notables armas de los recién llegados: el humo, el olor y el ruido de los cañones ingleses causaron un profundo impacto psicológico.

Wahunsenacawh recibía a los visitantes en un palacio sin ventanas y con forma de barril de 45 metros de largo, situado en un banco elevado sobre una estructura de madera. Sus esposas y consejeros se sentaban en esteras detrás de él. No era un hombre dispuesto a ceder ante un grupo de forasteros, por más impresionantes que fueran sus naves o las armas que empuñaban. Es probable que los considerara una posible adquisición para su imperio, fundado sobre extensas redes de parentesco. Impresionado por Wahunsenacawh, el capitán John Smith observó admirado que «la forma de su gobierno es monárquica; un emperador reina sobre numerosos reyes o gobernadores. Su jefe principal se llama Powhatan, y toma su nombre de su morada principal, llamada Powhatan». Su voluntad «es ley, y debe ser obedecida no solo por ser rey, sino por ser un semidios. Sus reyes subordinados, a los que llaman werowances, deben gobernar según los usos, y tienen poder de vida y muerte sobre los suyos». Podría decirse que Smith hubiera podido incorporarse a los powhatans en calidad de rey subordinado [16] .

En mayo de 1607, 200 powhatans capturaron a Smith y a otros dos colonos junto al río Chickahominy. Puede que se tratara de una escenificación de poder: Wahunsenacawh quería incorporar a los ingleses a sus dominios y mostrar su poderío. Solo permitió vivir a Smith. En diciembre, este fue llevado en presencia de Wahunsenacawh, que ordenó matar de forma simbólica al inglés a golpes de maza y luego hizo que le devolviera la vida su hija de 10 años de edad, que los ingleses llamaban Pocahontas. Según Smith, este ritual indicaba «el gran amor y respeto que Powhatan [Wahunsenacawh] me profesaba». Smith y los demás colonos habían renacido como parientes. Las mujeres powhatan cultivaron

gran cantidad de maíz en 1608 y compartieron la abundante cosecha. Ningún colono falleció de hambre durante el segundo invierno de la colonia. Las mujeres powhatans, actores públicos de gran autonomía, los habían salvado. Wahunsenacawh expandió su imperio mediante la anexión de los ingleses, si bien el vínculo seguía siendo débil, por lo que este empezó a explotar el poder de estos bienes exóticos y útiles: telas multicolor, calderos de cobre, espadas, hachas, cuentas y armas de fuego al por mayor [17] .



Powhatan (Wahunsenacawh) en una casa grande en Werowocomoco (detalle del mapa de John Smith de 1612). Grabado de William Hole (1606).

La península en la que los colonos habían desembarcado estaba unida al continente por una estrecha franja de tierra, una situación

que consideraban ventajosa: creían que haría la colonia más fácil de defender contra los ataques, ya fueran de españoles o indios. En realidad, la península aislaba a los colonos del continente, de sus recursos y de sus espacios abiertos. Apiñados en su fuerte, no podían cazar y solo podían beber el agua salobre y turbia del «gran río», que fluía junto a un antiguo cráter de meteorito que supuraba sal a la superficie. A pesar de ello, dieron al río el nombre de su rey. En la distancia, «en la cima de ciertas colinas de arena roja en los bosques», podían ver «tres casas grandes», cada una de ellas «de casi sesenta pies [casi 20 metros] de largo» [18].

Menos de dos meses después de su llegada, los ingleses empezaron a morir, víctimas de fiebres y flujos [disentería]. El verano cálido y húmedo trajo millones de mosquitos y convirtió Jamestown en un foco de malaria. Al cabo de ocho meses, apenas quedaban 38 colonos. La Compañía de Virginia [Virginia Company], con sede en Londres, envió más gente, pero los colonos siguieron pereciendo. «Nuestra bebida era agua, nuestros alojamientos castillos en el aire (una playa rocosa) —se quejó Smith—. Con estos aposentos y dieta, el trabajo extremo de transportar y plantar empalizadas nos dejaba extenuados y maltrechos». Tales circunstancias eran inaceptables para unos ingleses que creían que la empresa más ardua en el Nuevo Mundo sería buscar un paso al mar del Sur u océano Pacífico. En el verano de 1609, el segundo que pasaban en América, ofrecieron coronar a Wahunsenacawh como vasallo del rey Jacobo I y le cubrieron de regalos, con intención de reducirlo a la condición de súbdito. Wahunsenacawh aceptó los dones, pero se negó a arrodillarse y ahí se terminó todo. Los caballeros-colonos venidos a Norteamérica en busca de las riquezas fáciles de Hakluyt —oro, cobre y ballenas— ni sabían, ni estaban dispuestos a sembrar cosechas. En esto eran iguales que los hombres powhatan, que detestaban «que los vieran haciendo tareas propias de mujeres» [19].

No obstante, al contrario que los powhatans, los ingleses carecían de mujeres que se encargaran de cultivar. Durante el «tiempo del hambre» de 1609-1610 devoraron perros, gatos, ratas y caballos, incluso algunos recurrieron al canibalismo. Perecieron por decenas. Desesperados por mantener la ficción de su invencibilidad, los supervivientes trataron de ocultar los muertos a los powhatans. Wahunsenacawh envió alimento a la devastada colonia, al parecer

con intención de absorberla a su imperio como una nueva aldea tributaria. Sin embargo, los ingleses demostraron ser malos parientes. John West De La Warr, el nuevo gobernador de Jamestown, intentó reconstruir la colonia, pero no duró ni un año. Los colonos intentaron una agricultura sistemática, pero pronto la abandonaron y adoptaron pequeñas parcelas privadas. Preferían los cercados a las tierras comunales. Muchos no sembraron ningún tipo de cosecha y se dedicaban a buscar oro y plata, lo cual sumió a Smith en la desesperación: «No había conversación, ni esperanza, ni trabajo, solo excavar oro, lavar oro, refinar oro, cargar oro». La tentación de los metales preciosos motivó una nueva licencia regia, por la que se autorizaba a la Compañía de Virginia a colonizar todas las tierras entre los paralelos 34 y 40, desde el Atlántico al Pacífico. Con el fin de explotar esta inmensa concesión, la compañía envió centenares de nuevos colonos. Al igual que todos los que los habían precedido, eran inservibles en la nueva tierra. Una parte se negó a ejecutar trabajos manuales y pronto padecieron hambre. Tan solo 60 sobrevivieron al invierno. Algunos se alimentaron de los muertos y otros asaltaron las aldeas powhatans para robar alimento y capturar rehenes. Wahunsenacawh ordenó a una de sus tribus tributarias, los paspaheghs, que vigilara y disciplinara a los colonos. Los ingleses lanzaron un ataque sorpresa contra una localidad paspahegh que acabó con 65 indios. Un asalto que significaba la guerra[20].

La crisis de Jamestown empeoró aún más. Smith, la última esperanza del asentamiento con los powhatans, resultó herido en una sospechosa explosión de pólvora y regresó a Inglaterra. Dos años más tarde, los colonos abandonaron Jamestown y se dirigieron a tierras alejadas de la costa cuando, de repente, llegaron tres naves de Inglaterra, con más soldados-colonos: 300, en esta ocasión. Jamestown fue ocupado de nuevo y los colonos reemprendieron el proyecto, ahora con una urgencia desesperada que les empujó a quemar maizales powhatans, abatir a tiros a niños nativos por diversión y a masacrar asentamientos enteros. Sus tácticas eran en todo punto despreciables y numerosos blancos las rechazaron indignados. Cansados del derramamiento de sangre, docenas de colonos se unieron a los powhatans y se pusieron del lado del poder. Los líderes coloniales ordenaron dar caza a los renegados y

quemarlos en la hoguera o destrozarles los huesos lentamente en la rueda. La colonia, indecisa entre la desesperación y la violencia desmedida, se estaba devorando a sí misma [21].

Desesperado, en 1613, el capitán Samuel Argall capturó a Pocahontas, la hija predilecta de Wahunsenacawh, con ayuda de un weroance de la nación patawomeck. Pocahontas, también conocida como Matoaka, se había casado hacía poco con un soldado patawomeck y es probable que fuera madre. Aunque era una reconocida diplomática, los colonos la retuvieron como rehén para evitar que Wahunsenacawh los matara. Ella aceptó convertirse al cristianismo, fue bautizada con el nombre de Rebecca y se casó con John Rolfe, un viudo de Jamestown. Wahunsenacawh aceptó un ofrecimiento de paz de los ingleses: acceso sin restricciones a los bienes ingleses —arados de hierro, piedras de molino, animales domesticados y licores espirituosos exóticos—, que reforzó su posición tanto entre los ingleses como entre su propia gente. Rolfe empezó a cultivar una suave y aromática variante de tabaco que causó sensación en Londres. En 1616, la Compañía de Virginia decidió llevar a Pocahontas y a una docena de nativos americanos a Inglaterra para publicitar sus éxitos comerciales y morales en el Nuevo Mundo. Pocahontas fue descrita, de forma confusa, como princesa india y como buena esposa cristiana. Tuvo una agenda social ajetreada y agotadora; tras un año en Inglaterra, enfermó y falleció. Wahunsenacawh murió dos años más tarde. Para entonces, los colonos plantaban tabaco en las calles de Jamestown, con intención de optimizar sus beneficios. En 1619, piratas ingleses llevaron los primeros esclavos africanos a Virginia. Dos años después, Virginia producía cerca de 168 000 kg de tabaco [22].

Sin embargo, la colonia no estaba segura en absoluto. El título de mamanatowick pasó al hermano menor de Wahunsenacawh, Opechancanough, que consideraba que el auge del tabaco fomentaba la arrogancia de los colonos. Llegaron miles de nuevos colonizadores, junto con ganado y puercos. Opechancanough mostraba una cordialidad aparente hacia los ingleses mientras planeaba un asalto en masa. El 21 de marzo de 1622, un elevado número de powhatans desarmados visitó los diversos asentamientos ingleses a lo largo del río James y se quedaron a pernoctar. A la mañana siguiente, algunos compartieron el almuerzo con sus

anfitriones ingleses. Fue entonces cuando iniciaron la maniobra: quitaron las armas a los ingleses y lanzaron un golpe coordinado junto con otros powhatans. Tan súbito fue el asalto que «pocos o ninguno discernieron el arma o golpe que trajo su destrucción». Los indios rellenaron de pan las bocas de los colonos muertos como advertencia de que no debían «comerse toda la tierra». Los indios también liquidaron a las vacas, puercos y caballos de los colonos. Las mujeres powhatans despreciaban a las bestias rumiantes que destrozaban los campos y huertos que atendían con tanto cuidado. Los colonos pasaron de inmediato de la arrogancia al victimismo, pues se quejaban de cómo «esa fatal mañana de viernes cayeron bajo las manos bárbaras y ensangrentadas de aquellas gentes pérfidas e inhumanas, enemigos de todas las leyes de Dios y de los hombres, de la naturaleza y las naciones, trescientos cuarenta y siete hombres, mujeres y niños», casi un tercio de la población total de la colonia. Opechancanough no envió mensaje alguno a los supervivientes; dejó que el silencio hiciera el necesario trabajo. Los ingleses concluyeron con respecto a los powhatans que «conquistarlos es mucho más fácil que civilizarlos por medios razonables»[23].



Grabado de Pocahontas, por Simon van de Passe (1616). National Portrait Gallery.

La guerra se convirtió en un conflicto de desgaste, más enfocado a la destrucción de recursos que a la matanza de personas. Los ingleses sincronizaban los ataques con la cosecha de maíz para que

los indios pasaran hambre en invierno. En 1624 lograron un éxito espectacular: «Nos hemos vengado al máximo de los salvajes, pues hemos segado a todo lo largo de este río su maíz en todos los lugares donde estaba plantado con gran abundancia con la esperanza de una paz fraudulenta, con el objetivo de proveernos para una guerra futura». Los colonizadores, por el contrario, dispusieron de una «abundante cosecha de maíz», que supuso la salvación efectiva de Jamestown. Opechancanough respondió con asaltos guerrilleros que causaron tal terror entre los colonos que dejaron de plantar las cosechas, tanto de maíz como de tabaco. El rey Jacobo I revocó la patente de la Compañía de Virginia y convirtió la fracasada colonia en una posesión regia administrada por su gobernador. Hacia 1632, ambos bandos estaban exhaustos y se hizo una paz breve e insegura. Una nueva remesa de colonos ingleses, estos de confesión católica, fundó una nueva colonia tabaquera, Maryland, en el otro lado de la bahía de Chesapeake y lejos de los powhatan [24] .

Mientras tanto, prosiguieron las invasiones inglesas de Tsenacommacah. En 1644, Opechancanough orquestó múltiples emboscadas coordinadas, una táctica habitual de los powhatan, para hacer retroceder a los colonizadores. Los soldados powhatans acabaron con más de 400 ingleses. Un cautivo nativo explicó que los powhatans atacaban porque «los ingleses les habían arrebatado todas sus tierras y los expulsarían del país». Los virginianos no lo veían del mismo modo: «Los astutos indios» sabían que los maltrechos colonos estaban «incómodos y desunidos entre ellos y, dirigidos por Opechancanough, su rey, prepararon el terreno para una nueva masacre». Hacia 1646, ambos bandos estaban agotados y la Asamblea General de Virginia abrió conversaciones de paz con Necotowance, sucesor de Opechancanough. Este ya tenía 90 años de edad y estaba tan decrépito que tenía era desplazado de un lado a otro en camilla. Fue llevado a Jamestown, donde lo expusieron como una rareza. «Sus párpados parecían pesar tanto —observaron los colonos— que solo podía ver cuando se los levantaban los sirvientes». Dos semanas más tarde, un malhumorado guardia inglés lo mató de un disparo.



Manto powhatan (de Wahunsenacawh), litografía (1888).
University of Oxford.

El imperio de Opechancanough, edificado sobre vínculos de parentesco —de consanguinidad o matrimonio— respaldados por poder militar, se desvaneció con su muerte. Sir William Berkeley,

gobernador de Virginia, quería enviarlo a Inglaterra como trofeo antes de que lo asesinaran. La desdichada muerte de Opechancanough en cautiverio inglés desmoralizó a su pueblo. Pese a ello, dejó un enorme legado. Las décadas de resistencia de los powhatans a la expansión inglesa confinó durante largo tiempo los asentamientos coloniales al litoral y a la costa oriental de Chesapeake, con lo cual, sin pretenderlo, sirvieron de escudo protector para muchas naciones indígenas del interior [25] .

Opechancanough, junto con los líderes apalaches, guales, calusas y cofitachequis, puede que tuviera una comprensión más profunda del colonialismo europeo que ninguna otra persona nativa en el continente. Es posible que, desde la niñez, hubiera oído relatos de hombres extraños llegados de la nada y le angustiaban los actos de los invasores. Había librado tres brutales contiendas contra los ingleses y vivió el ascenso y caída del imperio powhatan. Podría haber explicado qué pensaban los indios de los recién llegados, cómo querían que se comportaran y qué creía que ocurriría en el futuro, pero ningún colono se lo preguntó. Opechancanough nació como un ser humano y falleció en el desprecio, tachado de salvaje [26] .

Virginia sobrevivió, aunque siguió siendo una colonia restringida, hacinada y malsana. El Estado inglés, falto de liquidez, podía enviar soldados, colonos, mercaderes y diplomáticos por todo el mundo, pero no podía proporcionar apoyo adecuado a proyectos imperiales. Virginia es un buen ejemplo. Decenas de miles de indios y poderosas confederaciones nativas la constreñían por tres lados y la reducían a una mera avanzada en el confín del continente indígena, cuya concesión de mar a mar era una burla de las pretensiones imperiales de Inglaterra. La colonia también estaba aislada de Florida por una frontera terrestre que impedía la cooperación entre imperios. Los virginianos renunciaron a tratar de mantener bajo control sus animales domesticados y permitieron a puercos, vacas y caballos campar a sus anchas y pisotear las cosechas nativas. Abandonados a su suerte, los animales domésticos fueron, a menudo, unos colonizadores más efectivos que sus dueños. En 1675, casi siete décadas desde la fundación de Jamestown, los más de 40 000 colonos ingleses seguían aferrados a las costas de Chesapeake, cultivando tabaco sin cesar, el sustento vital de la

colonia. Ligados a sus campos, los ingleses continuaban sin saber apenas nada del vasto continente y sus numerosos pueblos, lenguas y riquezas[27].

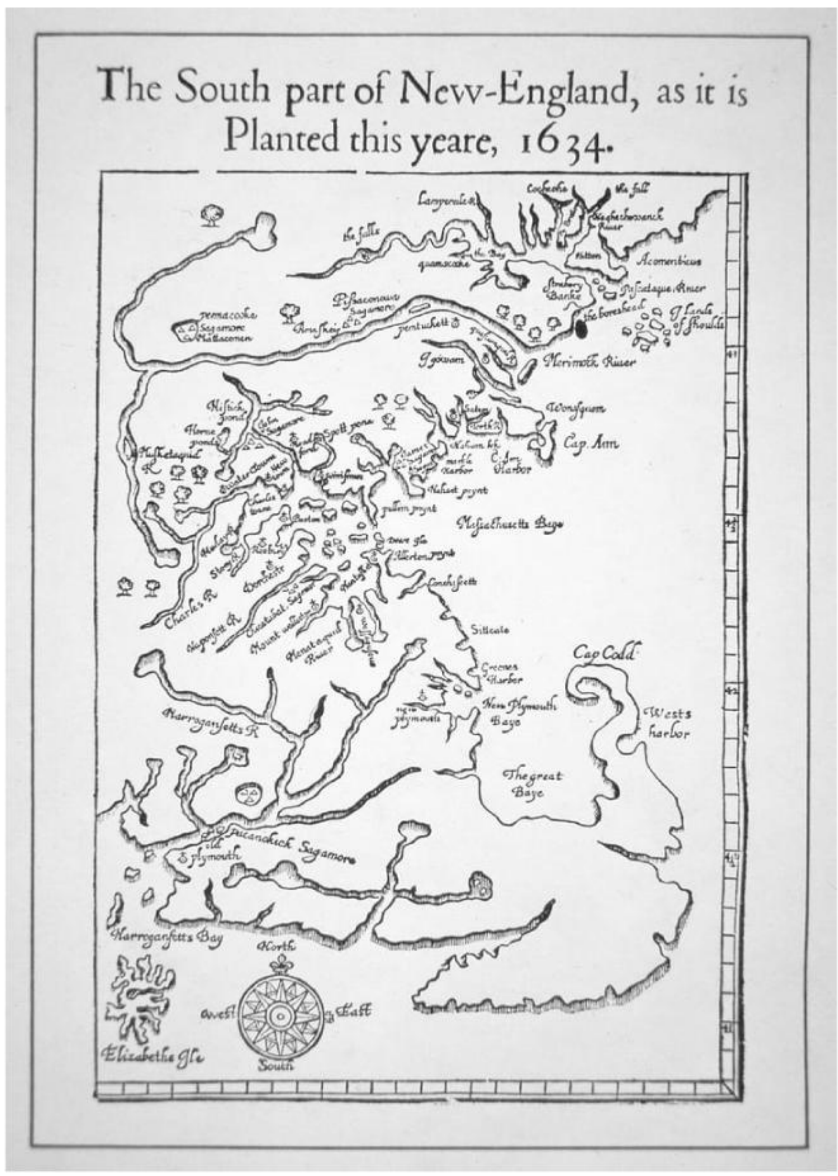
Capítulo 6

Guerras en la orilla del agua

En el año 1605, un reducido grupo de pescadores wabanakis trabajaba en una islita frente a la costa norte del Atlántico cuando el capitán George Weymouth, armador y marino inglés, desembarcó cerca de allí con su dotación. Esperaban encontrar agua potable y víveres. Hallaron ambas cosas, pero también avistaron a los wabanakis. Capturaron a cuatro y los llevaron a Londres. Seis años después, en la bahía de Cabo Cod, un segundo aventurero inglés, el capitán Edward Harlow, tomó a algunos indios locales. Estos parecían saber cómo manejar la situación, pues en el pasado ya habían comerciado con los europeos y los habían combatido cuando había sido necesario. Explicaron a sus captores que, en su isla de origen, Noepe, «tierra firme entre las aguas» —hoy conocida como Martha's Vineyard—, había maíz soberbio y abundante. Tan pronto como el buque tocó tierra, escaparon. Las comunidades nativas del litoral tenían frescas en la memoria las historias de Verrazzano, Cartier y otros esclavistas europeos. La pesca, la esclavitud y la codicia estaban generando una mezcla explosiva en la costa del Atlántico.

En 1614, los wabanakis, un pueblo anfibio, dieron la bienvenida a un inglés que sabía cómo tenía que actuar y qué decir: se dirigió a ellos con humildad y con las palabras justas. John Smith estaba de vuelta en América y ahora se dedicaba al trueque de pescado por pieles con los indios del litoral, desde Maine a la bahía de Massachusetts. Seguía operando al modo colonial. Visitó a los abenakis y wampanoags y reclamó sus tierras para la colonia de «Nueva Inglaterra». Una vez finalizada su obra, regresó a Inglaterra y encargó al comandante de su segunda nave la negociación de acuerdos comerciales con los nausets y patuxets de la zona. En lugar de mercadear con ellos, el capitán capturó unas dos docenas de indios y navegó a Málaga, España, donde los vendió como

esclavos[1].



Mapa del sur de Nueva Inglaterra (1634). Boston Public Library.

Por toda la parte central de la costa atlántica, la pugna por el dominio se inició en el agua. Dos gigantes marítimos —Inglaterra y la República Neerlandesa— enviaron naves a explorar el litoral en

busca de puertos, cabos y pesquerías. Los marinos algonquinos los vigilaban y, cuando era necesario, los abordaban y atacaban como medida defensiva. Tan dominante era el poder naval indígena que logró mantener a la mayor parte de la costa atlántica libre de bases coloniales durante décadas. El testarudo Raleigh Gilbert lideró un primer intento de colonización del río Sagadahoc, en el golfo del San Lorenzo. A cargo de puritanos ingleses y promotores del País del Oeste, este fracasó por completo. Las naves algonquinas controlaban la costa y dejaban aislados y hambrientos a los forasteros. Los decepcionados colonos zarparon de vuelta a Inglaterra a la primera oportunidad [2] .

En 1620 hubo un nuevo intento. Consistió en un solitario buque, el Mayflower, que llevó a 102 colonos a una costa desierta: una epidemia reciente había matado a casi el 90 por ciento de los wampanoags. La enfermedad pudo ser la leptospirosis, propagada por la orina de las ratas europeas. Los colonos ocuparon de inmediato una aldea nativa abandonada. No cabían en sí de gozo: ante ellos tenían «una gran extensión de tierra despejada», la recompensa tras su éxodo bíblico. «Nuestra tierra es plena —escribió un colonizador—, mientras que la suya está vacía». De estos forasteros, 37 eran disidentes religiosos que aspiraban a purificar la fe protestante y el conjunto de la sociedad europea de todo residuo católico —la pompa, la jerarquía, la corrupción, la liturgia hueca— y crear un nuevo orden que equilibrara razón y fe, lo intelectual y lo emocional. Alrededor de 40 de los recién llegados eran «extraños» sin conexión con la Iglesia. Cuando el capitán no encontró el punto de desembarco, los extraños empezaron a amotinarse. Los dos contingentes negociaron un compromiso y el Mayflower pudo anclar en el extremo de lo que los recién llegados denominaron Cabo Cod.

Los wampanoags, después de las terribles pérdidas sufridas, necesitaban con desesperación nuevos aliados y adoptaron a los severos y estrictos recién llegados. El primer invierno fue brutal y alrededor de la mitad de los europeos pereció. Samoset, un sachem de los abenakis orientales, y Squanto, un indio patuxet, intermediaron un pacto de defensa mutua entre Ousamequin —el massasoit o «gran sachem» de la Confederación Wampanoag— y los colonos. Ousamequin creía que el pacto le autorizaba a recaudar

tributo de los recién llegados y pronto los reclutó para combatir a un sachem rival. Permitió a los ingleses la construcción de una colonia —Plymouth—, porque eran útiles. Es evidente que los ingleses no podían hacer gran cosa sin los indios y, a pesar de su pobreza, los colonos estaban dispuestos al trueque a pequeña escala. La mayoría quería cultivar sus pequeñas parcelas y orar conforme a sus convicciones. En el otoño de 1621, los ingleses se regocijaron por su primera cosecha. Encabezados por el massasoit, 90 hombres wampanoags fueron invitados a celebrar el logro de los colonizadores. El momento cumbre de la fiesta fue el nasaup, una mezcla de maíz hervido, verduras, fruta y carne [3] .



Ousamequin fuma el calumet con John Carver, gobernador de la colonia de Plymouth. Artista desconocido (1621). Sutro Library.

Los colonos, quizá confundiendo la generosidad de Ousamequin con sumisión, pensaron que podrían convertir al sachem en súbdito del rey de Inglaterra. Ousamequin censuró abiertamente el cristianismo y William Bradford, gobernador de la colonia de Plymouth, calificó a los wampanoags de salvajes malévolos. Al igual que los españoles en el pasado, los ingleses consideraban que los indios no trabajaban la tierra de forma adecuada, porque no la mejoraban. En esto se

hacían eco de la visión de Locke acerca del Nuevo Mundo. «El país está todavía inmaduro; la tierra sin cultivar; las ciudades por construir; el ganado no está asentado —se quejó un plantador—. Nos vemos rodeados de un pueblo ocioso e inservible, los nativos de este país, que no pueden, de ningún modo adecuado o de interés, ayudarse a sí mismos y mucho menos a nosotros». Los colonos pasaron por alto la explicación más evidente: que los indios habían decidido no ayudar a aquellos forasteros llegados sin que los invitaran. «Dios, en cierta ocasión, educó a su pueblo —escribió Bradford—, pero ahora no lo hace, sino que habla de modo distinto, por lo que debemos adaptarnos a los modos presentes de Dios y no a lo que esperamos de él». Los ingleses pidieron ayuda a los indios para que los ayudaran a cultivar maíz. Al igual que habían hecho los virginianos catorce años antes, los colonos erigieron una empalizada vigilada en torno a su vulnerable asentamiento [4].

Plymouth, disuadida por la pericia algonquina tanto en relación con el agua como con la tierra, fue la única colonia de Nueva Inglaterra hasta 1629. Ese año, la Compañía de la Bahía de Massachusetts [Massachusetts Bay Company] estableció el asentamiento de Boston, unos 80 kilómetros al norte, en un punto donde un excelente puerto natural prometía riqueza y una posición central. Los temores nativos de una invasión colonial se hicieron reales con la denominada Gran Migración, que llevó a 3000 puritanos a Massachusetts entre 1630 y 1633. El influjo puritano rompió la pauta. La colonia recibió una serie de naves que trajeron más suministros y más gente. Para alarma de los indios, muchas de estas personas eran mujeres: estos recién llegados habían venido para quedarse. Las familias inglesas empezaron a expandirse en todas direcciones; despejaron bosques, delimitaron granjas y construyeron caminos sin consultar a los indios. En el momento en que los colonos importaron gran cantidad de puercos, ganado, ovejas y caballos, los indios lo consideraron una invasión de especies extrañas que amenazaban sus campos, sus cosechas y su sustento. El proyecto de Massachusetts rebosó ambigüedad desde el principio. Los ingleses ocupaban tierras sin consentimiento indígena, aunque el escudo de la colonia mostraba a un indio enunciando una cita bíblica: «¡Ven aquí y ayúdanos!» [*]; anuncio de que la comunidad cristiana aceptaba a los nativos de las Américas. No era más que un

engaño que buscaba obtener financiación para un proyecto colonial. Al contrario que españoles y franceses, que justificaron la colonización con el don de la civilización y de la religión europea, los ingleses no tenían ningún escrúpulo en usar la palabra «colonia». Se limitaron a aplicar sobre los territorios indígenas derechos de propiedad ficticios y ocultaron la vacuidad de tales reclamaciones con complejas capitulaciones[5].

Las rivalidades imperiales entre las potencias europeas exacerbaron la tensa situación de Nueva Inglaterra. Los neerlandeses, de forma más discreta que españoles, franceses e ingleses, entraron en la carrera por el norte de América en 1609. Ese año, Henry Hudson, tras fracasar en su intento de hallar una ruta marítima hacia China a través de Norteamérica, llegó al río que aún lleva su nombre. En la década de 1610, mercaderes neerlandeses arribaron al valle del Hudson y vieron que era un lugar muy provechoso. El curso del Hudson es navegable durante 257 kilómetros, lo cual permitía acceder a los activos mercados nativos del valle del San Lorenzo y los Grandes Lagos. Los pragmáticos neerlandeses no tenían el menor interés por convertir y «civilizar» a los indios; los trataron como clientes y socios comerciales.

La política neerlandesa hacia los indios siempre se caracterizó por su carácter práctico. Los mercaderes de los Países Bajos identificaron de inmediato dónde residía el poder y actuaron en consecuencia. Forjaron estrechos vínculos con la nación de los mohicanos, que dominaba el comercio interior. En 1614, los neerlandeses construyeron Fort Nassau en el río Hudson y, por medio de los mohicanos, vendieron armas de fuego, pólvora y herramientas de hierro a lo largo y ancho de un enorme hinterland. A cambio, Fort Nassau quedó cubierto de pieles de castor, el bien más codiciado de Norteamérica, con las que los neerlandeses amasaron una fortuna. El fuerte apenas contaba con unas cuatro docenas de empleados, la mitad comerciantes y la mitad soldados. Este colonialismo ligero no era algo premeditado —en realidad, las ambiciones imperiales neerlandesas en Asia absorbían la mayor parte de los recursos disponibles—, pero se beneficiaron de la relativa modestia de sus operaciones en Norteamérica[6].

La eficiencia comercial de los neerlandeses alarmó a los ingleses y

provocó una inesperada pugna imperial por las conchas marinas. Constituían la materia prima de las cuentas de wampum, que muchos indios del este consideraban sagradas. Las pintaban de diversos colores y las colgaban de cintos que usaban en ceremonias religiosas, para proclamar estatus social, estabilizar relaciones fronterizas y como recordatorios en el relato de historias tradicionales. El wampum también servía de moneda de cambio y fue aquí donde los emprendedores mercaderes neerlandeses vieron su oportunidad. Empezaron a suministrar tornos de metal a los indios de la costa, con los que podían manufacturar wampum a escala industrial. Las nativas podían producir de 1,5 a 3 metros de cinturón de wampum diarios y, al cabo de poco tiempo, circulaban por el nordeste 3 millones de cuentas de wampum monetizadas, que alimentaban una economía de intercambio en expansión. Los europeos aceptaron usar una divisa que un momento antes no significaba nada para ellos.

Las colonias puritanas, todavía frágiles, tenían dificultades para entrar en el lucrativo comercio de wampum y saldar sus deudas en Europa —establecer una colonia era extremadamente caro—, con lo que contactaron con los wabanakis, expertos marinos y tramperos capaces de producir grandes cantidades de pez espada, bacalao, ballenas francas, así como pieles de castor de calidad superior. Dado que vivían muy al norte de la principal área de recolección de conchas marinas, los wabanakis ansiaban acceder al wampum; los puritanos empezaron a exigirlo a sus vecinos nativos para pagar las pieles de los wabanakis. Sus métodos eran rudos e iban desde la extorsión más descarnada a pagos de tributo apenas disimulados. Los colonos de Nueva Inglaterra y los neerlandeses empezaron a usar los cinturones de wampum como moneda de comercio interior. En 1637, el Tribunal General de Massachusetts sentenció que el wampum era moneda de curso legal, intercambiable por chelines y peniques. Weetamoo, una saunkskwa —mujer sachem— del pueblo pocasset de la Confederación Wampanoag, empleaba casi en exclusiva wampum para su expansiva diplomacia con los colonizadores. Era una dinámica precaria y los wabanakis empezaron a examinar con cuidado hasta qué punto debían implicarse con los indios del interior. Para ellos, el interior era un lugar terrorífico en el que la pugna por los territorios desequilibraba

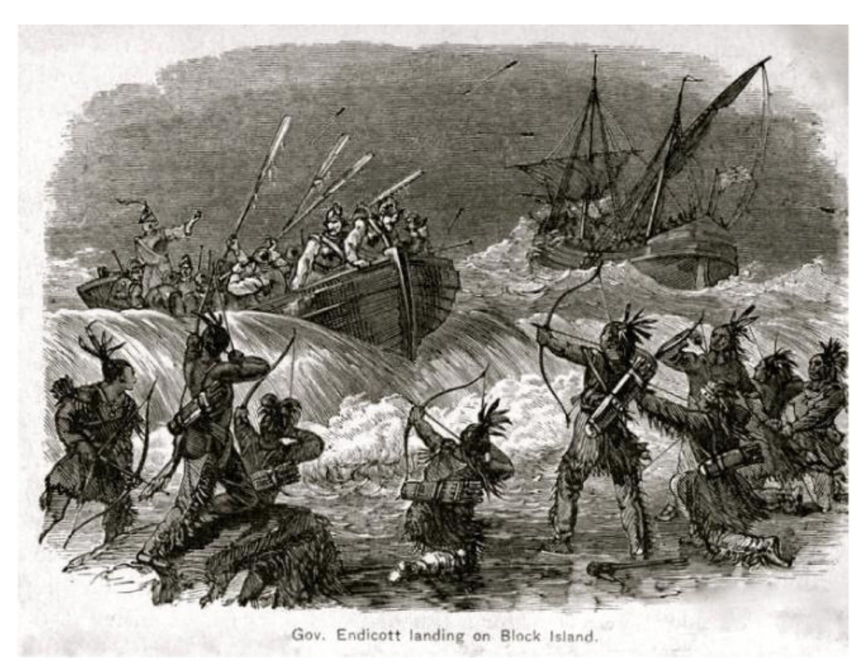
el mundo. El pueblo anfibio de los micmacs, no los ingleses, eran sus vecinos más peligrosos. Estos comerciaban con los europeos, acumulaban armas de fuego y pólvora y proyectaban su poder al interior y mar adentro, lo cual les proporcionaba un monopolio casi completo de las pesquerías y otros recursos marítimos de la zona de la bahía de San Lorenzo. Se convirtieron en la principal potencia marítima de la costa septentrional. Siguiendo su estela, los wabanakis extendieron sus operaciones al valle del San Lorenzo y a Nueva Francia, lo cual inquietó a los funcionarios y comerciantes de Nueva Inglaterra [7] .

De repente, los wabanakis en el mar y los poderosos pequots por tierra rodearon a los colonos de Nueva Inglaterra. Al igual que los powhatan, la Confederación Pequot se expandió con rapidez a principios del siglo XVII y atrajo a su órbita a varios grupos vecinos. Los pequots consideraban a los narragansetts, sin duda, una nación poderosa, «hombres como mujeres». Con un elevado grado de organización, comandados por un gran sachem y un consejo de la confederación y con alrededor de 30 000 miembros, los pequots dominaban el comercio de pieles y wampum en el valle del Connecticut. Su autoridad se extendía desde las planicies costeras a las islas del litoral gracias a acuerdos recíprocos y se negaban categóricamente a pagar tributo a los ingleses, que tenían dificultades para afrontar la realidad. La persistente supremacía pequot, ¿qué les revelaba acerca de su búsqueda de la perfecta comunidad cristiana y de su valía a ojos de su dios? Consideraban a los indios unos pecadores salvajes, ingratos e ingobernables y, sin embargo, eran incapaces de someterlos. Al igual que los virginianos, eran aspirantes a colonizadores que querían someter y controlar a los indios, pero les faltaban varias cosas: no tenían cosechas provechosas como el tabaco, eran demasiado pobres para adquirir esclavos africanos y dependían en gran medida de los animales de granja —bueyes, vacas, puercos y caballos—, porque no querían, o no se atrevían, a cazar en los bosques. Sus bestias domesticadas necesitaban enormes pastos y campos de heno, pero los colonos no lograban obtener tierra suficiente. ¿Tal vez no eran dignos, después de todo? [8]

Al fin, se produjo un momento de ruptura. Los europeos del siglo

XVII habitaban un mundo misterioso y aterrador donde los augurios eran habituales, las brujas podían controlar el destino de una persona, las golondrinas hibernaban en el fondo de los lagos y Dios intervenía en defensa de los justos y abatía a sus enemigos. En 1633, como si Dios quisiera el triunfo de los ingleses, una epidemia de viruela de inusual virulencia arrasó a los vulnerables indios de la región de Nueva Inglaterra. Pereció más del 80 por cierto de los nativos americanos de la región. Los poderosos pequots perdieron a 4000 personas. Las prácticas de sanación tradicionales no sirvieron de nada: los espíritus estaban furiosos. Los ingleses también consideraron esta epidemia una intervención divina. Envalentonados, presionaron a los debilitados pequots para que reconocieran la superioridad inglesa, pagaran tributo en wampum y permitieran a los ingleses asentarse en el valle del río Mystic, una vital arteria comercial. Los pequots se negaron: por su parte, esperaban que los ingleses los aplacaran con regalos y mercancías y asumieran el puesto que les correspondía, el de grupo tributario bajo soberanía pequot. Ambos pueblos estaban en un punto muerto; la coexistencia iba a ser difícil, pues ni uno ni otro estaba dispuesto a ceder [9] .

El largo camino hacia la violencia generalizada y apocalíptica se inició en la primavera de 1634. En esa época, John Stone, un pendenciero y bebedor mercader virginiano, capturó dos rehenes pequots y los obligó a guiar su nave por el curso del río Connecticut. Los pequots y sus aliados niantics tomaron la nave y mataron a Stone y su dotación. Aunque los colonos despreciaban a Stone —lo habían multado por agredir sexualmente a una mujer casada—, esta muerte tensó las relaciones entre colonos y pequots, pues los ingleses no podían tolerar que los «salvajes» liquidaran a ninguno de los suyos. Dos años más tarde, en julio de 1636, un destacamento del pueblo manisses de la Confederación Narragansett capturó el barco de John Oldham, que, según creían, estaba comerciando con sus enemigos pequots. Ejecutaron al capitán, le cortaron manos y pies y requisaron el cargamento. Los colonos proclamaron que «la sangre del inocente clama venganza» [10] .



Desembarco de Endicott en Block Island, según un grabado de A. R. Waud (ca. 1876-1881). New York Public Library.

A finales de agosto, el coronel John Endicott, un hombre conocido por su celo religioso, lanzó una expedición de castigo contra los manisses que vivían en Block Island. Su contingente de 90 soldados pudo desembarcar, pero no logró entablar combate con los indios, los cuales se retiraron con rapidez a los pantanos de la isla. Endicott navegó al continente para castigar a los pequots por la muerte de un comerciante inglés. Los ingleses desembarcaron cerca de una gran localidad junto a un corto río. Por la mañana, los indios despacharon a un enviado: los ingleses dijeron que necesitaban las cabezas de los soldados que habían asesinado a sus compatriotas. El embajador pequot admitió haber acabado él mismo con marinos ingleses traicioneros en el pasado, aunque negó ser responsable de las muertes recientes. Los ingleses atacaron el pueblo y «abrieron fuego contra todos los que se acercaban, dispararon contra sus wigwams [cabañas], destruyeron su maíz y sacamos muchos otros bienes que tenían enterrados en el suelo, que los soldados se llevaron de botín». Poco después, los pequots «hicieron grandes alardes» contra Fort Saybrook, en la desembocadura del río

Connecticut, y destruyeron «todo cuanto hallaron a su paso». Angustiado, John Winthrop, gobernador de la Colonia de la Bahía de Massachusetts, imploró a la de Plymouth «unirse contra el enemigo común, que, si no logramos vencerlo, será tan peligroso para ellos como para nosotros y, si prevalece, hará que los indios del país se unan para expulsar a todos los ingleses». El ministro puritano Roger Williams escribió más tarde, puede que como justificación, que «entonces los pequots comenzaron pillajes más serios, de modo que el gobierno de Connecticut decidió despachar una fuerza contra ellos». Uncas, un sachem de los moheganos, se alió con los ingleses contra los poderosos pequots. Pese a generaciones de expansión colonial, numerosas naciones nativas seguían considerando a los otros indios sus rivales principales [11] .

Ante la propagación de la resistencia indígena, los ingleses, desbordados, consideraban que solo tenían dos opciones: ir a la guerra contra los pequots o contra los narragansetts. Eligieron a los primeros, quienes parecían ser, a la vez, más poderosos y más vulnerables. Resultó ser la decisión correcta. Diversos grupos tributarios vieron una oportunidad en todo este desbarajuste. Abandonaron a sus señores pequots y se pasaron a los narragansetts, que informaron a los ingleses de esta repentina vulnerabilidad de los pequots. Los narragansetts debilitarían a sus rivales haciendo que los ingleses cumplieran sus objetivos: matar y menguar a los pequots [12] .

Lo que se conoció como la Guerra Pequot marcó un cambio en el colonialismo inglés, que pasó de ser de predominio marítimo a tener un carácter más territorial e intrusivo. En esta contienda, la propiedad, ya fueran granjas, almacenes de alimentos, casas o no combatientes, eran otros tantos objetivos. Los ingleses comprendieron que no podían igualar la efectividad pequot en el agua, basada en canoas ligeras que podían navegar en aguas costeras poco profundas. Planearon golpear por tierra para detener a los pequots que hostigaban Fort Saybrook y otras bases inglesas, destruían almacenes, interrumpían el tráfico fluvial y asesinaban colonos. Más de 300 soldados narragansetts, moheganos y wangunks combatieron junto con los ingleses. Al igual que los colonos, estos pueblos nativos querían redefinir su relación con los pequots, que dominaban el comercio con los ingleses, aunque, al

contrario que los colonizadores, seguían pensando que la coexistencia era posible, tanto con los pequots como con los ingleses. Se sumaron a la campaña con el objetivo de crear un mundo indígena más seguro [13] .

Los pequots sabían que se produciría un asalto y se concentraron en Mistick, una aldea fortificada situada en una altura a unos 800 metros del río que los colonos denominaban Mystic. Lo que no esperaban los pequots era que los ingleses emplearan nuevas tácticas. Los ingleses se encontraron «dos fuertes casi inexpugnables» y decidieron atacar el más próximo. El asalto, para su sorpresa, tuvo lugar antes del alba. Cuando los pequots comprendieron lo que ocurría, los ingleses y sus aliados nativos los habían atrapado. Dispararon salvas entre los huecos de la empalizada y mataron a gente que dormía. Los soldados pequots opusieron una terca resistencia, sus flechas y balas hallaron carne en los cuerpos fuertemente acorazados de los ingleses; en cuestión de minutos, liquidaron o hirieron a veinte soldados. Los atacantes parecían perder ánimo, pero, en ese momento, los pequots vieron el incendio: los techos de las casas estaban ardiendo. Las llamas se propagaron de un edificio a otro y avanzaban hacia el centro. Los soldados ingleses sellaron las dos salidas de la aldea y abatían a los que conseguían escapar. Los pequots, atrapados, «combatieron con gran desesperación a través de las empalizadas». La localidad, repleta de edificios de madera, quedó reducida a cenizas en menos de media hora. Perecieron de 300 a 400 pequots, en su mayoría mujeres, niños y ancianos. El horror de la matanza fue tal que los colonos parecían querer distanciarse: «Fue tal el Terror que el TODOPODEROSO infundió en sus Espíritus, que huyeron de nosotros y se precipitaron a las Llamas, donde muchos de ellos perecieron» [14] .

La brutalidad del golpe también impactó a los aliados indios de los colonos: era algo del todo ajeno a la conducción apropiada de la guerra. «Nuestros indios vinieron a nosotros, se regocijaron mucho de nuestras victorias —escribió el capitán John Underhill, mercenario de Nueva Inglaterra—. Sin embargo, los narragansetts, moheganos y wangunks gritaban *mach it, mach it*; esto es, "no es nada, no es nada", pues hay excesiva furia y masacra a demasiados hombres». El propio Underhill admitió que «cabría preguntarse por

qué mostrar semejante furia (como algunos han dicho), pues ¿acaso los cristianos no deben tener misericordia y compasión?». Encontró en la Biblia una explicación forzada: «En ocasiones, las Escrituras declaran que mujeres y niños deben perecer con sus padres; a veces el caso cambia; mas no debatiremos esto ahora. La palabra de Dios proporciona luz suficiente para guiar nuestros actos». Según Underhill, la violencia genocida no solo era justificable, sino necesaria, porque los pequots eran «insolentes y bárbaros», seres inferiores que debían ser destruidos para dar paso a un mundo mejor. Cuando vino la paz, los ingleses e indios empezaron a intercambiar partes corporales: cabezas, cabelleras, manos, pies. Estos no eran trofeos, sino cognados culturales, medios con los que expiar y restaurar el orden en mundos devastados. Símbolos gráficos de muerte y sufrimiento, las partes corporales eran testigo de renovada reciprocidad, lealtad y contacto [15].



Mapa de la ciudad de Nueva Ámsterdam en Nuevos Países Bajos (1660). New York Public Library.

La confluencia de los ríos Hudson y Mohawk era uno de los puntos más codiciados de la Norteamérica de principios del siglo XVII. Esta pertenecía a los formidables iroqueses, los pueblos de la casa grande, que poblaban la región desde hacía siglos. En el momento

en que las ambiciones coloniales iniciaron su expansión, los iroqueses buscaron formas de contenerlas. La más efectiva fue el comercio. En 1624, los iroqueses permitieron a la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales [Westindische Compagnie] construir Fort Orange en la confluencia del Hudson con el Mohawk y enviar un grupo de colonos. Esto supuso la entrada de los Países Bajos en la colonización norteamericana, si bien sus métodos eran diferentes a los de españoles, ingleses y franceses. Dado que los neerlandeses buscaban beneficio, no dominio, y eran generosos con sus mercancías, los iroqueses les permitieron quedarse. Los indios autorizaron Fort Orange y empezaron a llamar a los neerlandeses kristoni, que significa «soy fabricante de metal». Fue una gran jugada de los neerlandeses. Con casi 20 000 pobladores, los iroqueses vivían en trece localidades muy bien fortificadas y casi inexpugnables, que los europeos, de forma muy apropiada, llamaban «castillos». Los neerlandeses consideraban a los iroqueses una gran reserva potencial de productores de pieles y clientes para el sostenimiento de una nueva colonia. Un año después, en 1625, la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales erigió un asentamiento fortificado, Nueva Ámsterdam, en la isla de Manhattan, en la embocadura del Hudson. Peter Minuit, futuro gobernador de Nuevos Países Bajos, adquirió la isla en 1621 —la suma exacta es motivo de debate—, aunque lo importante fue el gesto, la transacción mutua. Minuit obtuvo el consentimiento indígena para la base neerlandesa, aunque este fue más bien simbólico: los neerlandeses se maravillaban de que los indios locales «no conocieran fin, límite o linde alguno y se sorprendían cuando se les preguntaba al respecto»[16].

Sin embargo, rentabilizar la conexión iroquesa fue algo frustrante. Los mohawks de la Liga Iroquesa atacaron a sus rivales mohicanos hasta obtener un casi monopolio del comercio con Fort Orange. Los intereses de neerlandeses y mohawks empezaron en ese momento a divergir, lo cual hizo inestable la posición de los primeros. Los mohawks solo permitían a los mohicanos acceder a Fort Orange si pagaban tributo, lo cual convirtió el fuerte en una propiedad privada suya. Sus soldados custodiaban los caminos de acceso al fuerte y decidían quién podía entrar. El papel de los mercaderes neerlandeses se limitaba a proporcionar bienes, una labor que los

mohawks vigilaban con diligencia. Cuando los neerlandeses trataron de abrir relaciones comerciales con los mohicanos, los mohawks los castigaron. Muy pronto hubo muertos en ambos bandos. Los soldados mohawks arrasaron las casas de los acaudalados propietarios neerlandeses, acabaron con su ganado y quemaron una nave en el puerto. A juicio de los neerlandeses, los mohawks habían pasado de ser clientes a señores. Humillados, los colonos apalearon y secuestraron a unos líderes mohawks, lo cual solo sirvió para enfurecer aún más a la nación india. En 1626, seis mercaderes neerlandeses se unieron a una partida guerrera mohicana; los mohawks mataron a tres y, a modo de advertencia, quemaron uno de los cuerpos.

Los neerlandeses estaban ansiosos por liberar Nuevos Países Bajos de la red mohawk, un estado de cosas que les hizo vulnerables a la rivalidad con las colonias inglesas vecinas. Con el fin de potenciar la maltrecha colonia, la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales ofreció tierras baratas a inmigrantes protestantes y títulos aristocráticos a opulentos inversores neerlandeses, lo cual supuso un cambio drástico del carácter de la colonia: la mayoría de colonos originales habían sido trabajadores de la compañía que servían seis años, durante los cuales no podían arrendar tierras. Inquietos a causa de la agresividad mohawk, los neerlandeses comenzaron a pagar por la tierra a los indios. En 1633, la compañía construyó Fort Amsterdam en la desembocadura del río Connecticut y aceptó pagar tributo a los pequots de la zona, pese a que el fuerte contaba con una guarnición de más de 150 soldados y marineros de combate. Hacia finales de la década, Nuevos Países Bajos era un complejo de granjas, huertos, pueblos y pequeños fuertes que se expandía en dirección al estrecho de Long Island. Los árboles frutales eran un símbolo de arraigo de particular importancia. Además, Nuevos Países Bajos era una colonia diferente en un aspecto. Al contrario que los ingleses, españoles y franceses, los neerlandeses podían proclamar la propiedad de la tierra, siempre que esta acogiera a los indios con los que podían comerciar. Tomaron posesión de la tierra por mediación de los indios, no en contra de ellos. Sabían que necesitaban imbricar su colonia en alianzas con sus clientes nativos.

Sin embargo, Nuevos Países Bajos seguía siendo una empresa

modesta y a merced de los caprichos de la metrópoli. En 1640, la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales perdió el monopolio del comercio y se convirtió en un organismo administrativo. El comercio dejó de ser el elemento central de las empresas neerlandesas en Norteamérica y Nuevos Países Bajos pasó de ser un puesto comercial a una aspirante a colonia. Inquieto por su inferioridad numérica ante las naciones nativas, el gobernador de la colonia, Willem Kieft, un hombre puntilloso y exigente, ordenó a los algonquinos de la zona el pago de un tributo anual en maíz, pieles y wampum para reafirmar la autoridad de los Países Bajos. De la noche a la mañana, el comerciante neerlandés fue reemplazado por el colono. Los algonquinos, que valoraban la hospitalidad, estaban estupefactos[17].

Los neerlandeses empezaron a desarrollar una mentalidad imperial, una tóxica combinación de ambición y arrogancia atizada por el miedo. Al igual que los ingleses, los colonizadores neerlandeses permitían a sus puercos y su ganado pastar en los maizales nativos. Los indios raritanos de la nación lenape mataron a las bestias invasoras y los neerlandeses respondieron con violencia. Con objeto de imponer su autoridad, Kieft ordenó en febrero de 1643 un ataque desproporcionado; envió a 50 soldados y 20 marineros a destruir la cosecha de los raritanos y tomar el mayor número posible de cautivos. Se entabló un intenso combate en el que perecieron tres raritanos. Mientras los neerlandeses regresaban a su base, un colono mutiló los genitales de un cautivo raritano. La respuesta llegó un año más tarde: los raritanos mataron a cuatro colonos en Staten Island. Kieft exigió las cabezas de los asesinos y empezó a ofrecer recompensas por el cuero cabelludo de los raritanos: diez brazas de wampum por cada uno. Estos trofeos provocaron más violencia y condujeron a la colonia a un estado de conflicto intermitente. Kieft exigió que los raritanos implicados en actos violentos fueran juzgados conforme a las leyes neerlandesas. La nación raritana se negó[18].

Poco tiempo después, un mercante neerlandés ancló cerca de unas localidades raritanas al sur de Staten Island. Un puñado de raritanos abordó la nave, pero, «en lugar de mostrar su acostumbrado talante amistoso y su predisposición a comerciar», estos «comenzaron a mofarse». Azotaron a un mercader en el rostro con pieles de ardilla;

llegaron más raritanos, «todos armados con tomahawks, estoques y otras armas». Los indios rodearon la nave con sus canoas pesadas y ordenaron a los mercaderes dirigirse a la costa, pero los neerlandeses se retiraron a toda prisa. Los asesinatos y los insultos continuaron, aunque los colonos neerlandeses siguieron negando las exigencias de Kieft de ir a la guerra. El 23 de febrero, el furioso gobernador disolvió el organismo de gobierno de elección popular y anunció que habría un golpe dos días más tarde, por la noche, cerca de un fuerte neerlandés en la isla de Manhattan. No menos de 1000 personas perecieron en la que se conoció como la Guerra de Kieft [19].

El 25 de febrero, los raritanos se despertaron con sonido de disparos; no fue una batalla, sino una simple carnicería. «Un gran alarido» cortó el aire cuando los soldados empezaron el trabajo. «Arrancaron a bebés del pecho de su madre, los descuartizaron en presencia de los progenitores y arrojaron los pedazos al fuego y al agua […] otros lactantes fueron atados a pequeñas tablas, donde los sajaron, clavaron y horadaron». Los pocos indios que sobrevivieron a la carnicería se dirigieron a los colonizadores, «algunos con las piernas segadas, otros sujetándose las entrañas con las manos». No menos de 80 raritanos fueron asesinados. Cerca de allí, 40 más fueron «atacados mientras dormían y masacrados de igual modo» [20].

Los raritanos y sus aliados, en represalia, atacaron granjas y mataron colonos y llevaron la guerra a los arrabales de Nueva Ámsterdam. Kieft, irritado, reclutó a John Underhill, el mercenario de Nueva Inglaterra cuya principal cualificación era haber orquestado la masacre de centenares de pequots seis años antes, para finalizar la misión de someter a los indios. En marzo, Underhill llevó un contingente mixto de 130 soldados neerlandeses e ingleses a una aldea nativa cerca del valle del Hudson. Hizo que la rodearan y, al igual que en el río Mystic, ordenó un asalto nocturno. Los soldados prendieron fuego a la aldea y esperaron a que sus habitantes huyeran. A continuación, abatieron a entre 500 y 700 personas [21].

Los principales colonos neerlandeses ya habían tenido suficiente. Se quejaban de que «los pobres habitantes de Nuevos Países Bajos eran

perseguidos» por «indios malvados, paganos y bárbaros». Informaron a la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales de que Nuevos Países Bajos había quedado «completamente reducida a cenizas a causa de una belicosidad irreflexiva». La cuenta atrás para la disolución de la colonia había comenzado. En 1648, Peter Stuyvesant, el nuevo gobernador, proclamó que su territorio llegaba «a distancia de tiro de cañón» de Fort Orange. Fue su débil intento de reafirmar el poder neerlandés [22] .

Las masacres de pequots y raritanos, que tuvieron lugar con seis años de diferencia, parecían indicar el rápido desmoronamiento del poder indígena en el nordeste. En realidad, las matanzas revelaban el temor europeo al persistente poder indígena. Los golpes fueron tan brutales porque los colonos temían a los indios que se negaban a someterse a su dominio. Las contiendas con las naciones nativas, mucho más numerosas y grandes, llevaron a los colonos al borde de la destrucción. Los hombres nativos eran mejores soldados, pues se entrenaban y preparaban para el combate desde temprana edad, e internalizaban el exigente código guerrero de sus sociedades militares. Para ellos, la guerra era normal y estaba imbuida de espiritualidad, mientras que los intrusos europeos tenían problemas para adaptarse al entorno y a la fluida lucha indígena. Sus granjas y campos invadían los territorios y cazaderos de los nativos, lo cual llenaba su vida cotidiana de miedo a las represalias. Los europeos, además, empezaron a perder la ventaja tecnológica, debido a que comerciantes independientes violaron las leyes coloniales y comenzaron a vender armas y municiones a sus clientes nativos. En 1629, la Compañía de la Bahía de Massachusetts decretó que todos los hombres «debían instruirse en el uso de armas», así como prohibió a los indios entrar en la colonia, «salvo en momentos concretos». Un decreto que ya no se cumplía [23] .

Capítulo 7

Los pequots ya no volverán a ser llamados pequots

Uncas, sachem de los moheganos, parecía estar en todas partes, pues influía en cada uno de los acontecimientos relevantes en las tierras fronterizas entre colonos e indios. En 1626, a la edad de 36 años, su matrimonio con la hija de Tatobem, el gran sachem de los pequots, forjó una alianza entre moheganos y pequots. Uncas aceptó un papel subordinado a las órdenes del sachem principal, pero desafió la autoridad pequot poco después de la muerte de Tatobem, en 1633. Pese a que Uncas convenció a los narragansetts para unir fuerzas, tenía dificultades para desafiar la supremacía de los pequots, que habían atraído a su órbita a los neerlandeses. Los pequots expulsaron a Uncas y lo enviaron a vivir con los narragansetts. Privado de seguidores, este parecía haber agotado sus bazas. El territorio mohegano menguaba rápidamente y apenas contaba con un puñado de partidarios [1] .

En ese momento, Uncas vio una oportunidad en la nueva colonia inglesa de Connecticut. Contactó con los recién llegados y estableció vínculos con los principales puritanos. Advirtió a los colonos de un inminente ataque mohegano y se ganó su confianza. Cuando los ingleses marcharon contra los pequots, Uncas apoyó a los colonos, pues se había enemistado con los altivos pequots. Una vez aplastados, adoptó varios supervivientes renacidos como moheganos. Uncas fue uno de los principales signatarios del Tratado de Hartford de 1638, que desposeía a todos los indios que no fueran parte interesada. Prometió vivir en paz con los ingleses; a cambio, los pequots supervivientes serían repartidos entre moheganos y narragansetts. Era, a la vez, una venganza y un intento de limpieza étnica. La cláusula del tratado que decía que los pequots «ya no volverán a ser llamados pequots, sino narragansetts y moheganos» era obra por igual de Uncas y de los colonos. Conscientes de su debilidad ante las poderosas confederaciones indígenas, los ingleses

esperaban que moheganos y narragansetts castigaran a los pequots «tan pronto como puedan traer al Sachem Jefe de nuestros antiguos enemigos los pequots, el principal responsable de matar ingleses, a los citados ingleses, o cortarles la cabeza». Cuando vino la paz, los ingleses tenían más de 300 cautivos pequots. Los llevaron a la colonia de la isla de Providencia, cerca de la isla Mosquito, controlada por los españoles, y los intercambiaron por esclavos africanos. Los colonos de Nueva Inglaterra no querían indios pequots cerca[2].

Tras la completa derrota de los pequots, los moheganos se convirtieron en una importante potencia regional. Mientras maniobraba para marginar a Miantonomi, sachem principal de los narragansetts, Uncas impulsó a los ingleses —al parecer, por medio de desinformación— a marchar contra los narragansetts. A mediados de la década de 1640, los ingleses empezaron a invadir sus tierras. Uncas capturó a Miantonomi y lo entregó a los ingleses. Los colonizadores sentenciaron a muerte al sachem y pidieron a Uncas que ejecutara la orden. En presencia de una delegación puritana, Wawequa, hermano de Uncas, hundió una tomahawk en el cráneo del sachem. Poco después, los narragansetts firmaron un tratado de paz con la colonia de Connecticut[3].

Las oportunistas maniobras diplomáticas de Uncas, y su capacidad para crear y romper alianzas, colocó a los colonos en una posición de desventaja en la pugna por posición y poder. Uncas y sus moheganos soportaron un sinfín de desafíos coloniales, grandes y pequeños, no solo sobrevivir como pueblo, sino también controlar el mundo que les rodeaba. Apiñados en sus pequeños enclaves coloniales, ingleses y neerlandeses, en comparación, estaban aislados y carecían de poder y gestionaban apenas un atisbo de la política indígena, que determinaba hechos y acontecimientos. Los ingleses pensaban que podían regular los asuntos de la guerra y la paz en el Nuevo Mundo. En realidad, lo habitual era que los indios les impulsaran a combatir y a financiar guerras indias, así como a facilitar treguas y tratados con bienes y regalos una vez finalizados los combates. Los colonos —fueran españoles, franceses, ingleses o neerlandeses— podían ser arrogantes y brutales, pero los indios habían aprendido a emplearlos para sus propósitos. Si se les sabía manejar y manipular, podían resultar útiles.

Las infames masacres de los pequots y los raritanos distorsionan la realidad histórica de manera más elemental: hacen que las colonias parezcan más poderosas de lo que lo eran en realidad. A mediados de siglo, los asentamientos coloniales en Norteamérica consistían en unas dos docenas de localidades costeras y un puñado de fuertes de escasa entidad en las planicies del litoral, cuyo control requería enormes pérdidas de vidas. Los fuertes, pensaban los europeos, construían imperios, pero los ingleses no estaban logrando dicho objetivo. Contenidos por el poder indígena, los colonos ingleses se expandieron a lo largo de la costa atlántica. Aferrados a sus protectores estuarios, apenas habían logrado efímeras incursiones en el interior del continente. Los Apalaches y las tierras al oeste de estos seguían siendo territorios casi desconocidos para los pueblos blancos. Plymouth, Massachusetts, Connecticut y Rhode Island eran modestas empresas cuya población apenas sumaba 30 000 habitantes, y Nuevos Países Bajos era una frágil colonia, descuidada por su metrópolis y debilitada por su temerario liderazgo. Solo las opulentas colonias tabaqueras —Virginia y Maryland— lograron desposeer a los nativos americanos a gran escala; en el resto de regiones los indios resistían. Cuando los plantadores virginianos se enriquecieron más, empezaron a vender armas de fuego a los westos, un pueblo exiliado que había sido desplazado por los iroqueses, a cambio de esclavos indios. Los westos se convirtieron en comerciantes y cazadores de esclavos profesionales. Erigieron una localidad en las cataratas del río James, desde donde transportaban cautivos en canoa hasta los campos tabaqueros de Virginia. También atacaron las misiones españolas de Georgia y Florida, de las cuales trajeron millares de esclavos [4] .

Si hubo una excepción entre los principales proyectos coloniales europeos del siglo XVII esa fue la segunda fase del colonialismo francés. Desde su humillante expulsión de Florida, a mediados de la década de 1560, los franceses observaron desde la distancia los esfuerzos coloniales de sus rivales en Norteamérica y limitaron sus ambiciones al confín nordeste del continente. Establecieron una colonia penal en la isla Sable y un pequeño puesto comercial, Tadoussac, en el curso inferior del valle del San Lorenzo. Los indios locales no permitían que los europeos viajaran al oeste de dicho

puesto: querían monopolizar el comercio de pieles. En ese momento, la empresa más lucrativa de Francia en Norteamérica eran las ya tradicionales expediciones pesqueras de normandos, vascos y bretones a los grandes bancos de Terranova. Cada año, navegaban por la zona unos 300 pesqueros y balleneros franceses, que se cruzaban con cientos de barcos neerlandeses, ingleses y portugueses, que obtenían espléndidos beneficios [5].

Tras un intervalo de casi cuatro décadas, Francia hizo un nuevo esfuerzo colonizador, ahora en latitudes más frías y con una mentalidad diferente: se esforzó mucho por establecer alianzas con las naciones nativas. Lideraba esta nueva empresa Samuel de Champlain, que procedía de una humilde familia de marinos. En 1605, formó parte de la caravana que estableció Port Royal en Acadia y, tres años más tarde, encabezó una expedición por el curso del San Lorenzo para controlar el comercio de pieles en la región. Levantó un puesto comercial, Quebec, en un punto de importancia estratégica, donde el gran río se estrecha de repente. Al igual que los entusiastas conquistadores franceses de Florida, Champlain era un soñador que buscaba en el Nuevo Mundo triunfos personales y nacionales. Sin embargo, al contrario que sus predecesores, era realista y tenía muy presentes las limitaciones del poder francés en las Américas. La inmigración gala a Norteamérica fue mucho más limitada que la de ingleses y españoles, a causa de las decisiones de la corte francesa y de los poderosos gremios comerciales, que optaron por emprender aventuras coloniales en Asia. Los franceses, en grave desventaja con respecto a sus rivales europeos y nativos en las Américas, tuvieron que innovar. Champlain, un devoto católico que consideraba que todo el mundo era hijo de Dios, sabía que los pueblos nativos constituirían la clave de todo éxito que Francia lograra en América. Con métodos similares a los que empleó John Smith más al sur, Champlain veía en Quebec, el corazón de Nueva Francia, una empresa colonial sin precedentes que no solo se basaría en la supremacía francesa sobre los indios, sino también en el comercio, la distribución y los vínculos de parentesco [6].

Champlain cultivó con inusual energía sus contactos con poderosos patrones, inversores y religiosos de Francia —cruzó el Atlántico 27 veces—, aunque también puso especial cuidado en mimar sus relaciones con los indios. En fecha tan temprana como 1603, abogó

por la construcción de un fuerte en Trois-Rivières, para «garantizar la libertad de ciertas tribus que no se atreven a venir por miedo a sus enemigos, los dichos iroqueses, que infestan las orillas de todo el citado río de Canadá». Champlain quería rodear Quebec con aliados nativos y adoptó a tres niñas montagnais, a las que bautizó Fe, Esperanza y Caridad. Su concepto de Nueva Francia era un dominio compartido en el microcosmos. Aún más importante: estaba dispuesto a combatir junto con sus aliados nativos, los wyandots, algonquinos y montagnais, con quienes compartían el miedo a los poderosos mohawks, que sumaban 45 000 miembros. Los arcabuces de avancarga que llevaron Champlain y sus soldados a la batalla, aunque eran pesados, tenían un aplastante valor de choque. En 1609, cerca del lago que recibiría su nombre, Champlain cargó su arcabuz con cuatro balas y, dirigido por sus aliados nativos, caminó solo hacia la línea enemiga. Disparó «recto contra uno de los tres jefes, y con este tiro dos cayeron al suelo». Un segundo disparo desde los bosques de uno de sus soldados «les dejó tan atónitos que, al ver muertos a sus jefes, perdieron el coraje y se dieron a la fuga». De repente, los escudos y las corazas tradicionales de los nativos se habían quedado obsoletos. Un año después, los misioneros franceses convirtieron al primer líder nativo, Membertou, de los micmacs[7].



Dibujo (reproducción de 1885 de una obra de 1609) que muestra a

Samuel de Champlain en combate con los iroqueses. Library of Congress, Prints and Photographs Division.

Inspirados por las ideas de coexistencia de Champlain, los mercaderes franceses forjaron una estrecha asociación con la Confederación Wyandot, de unos 30 000 a 45 000 miembros, y cuyas 28 localidades se apiñaban alrededor de la céntrica bahía Georgiana. Desde allí, los cazadores y comerciantes wyandots, dotados de extraordinaria movilidad, recorrían ríos y arroyos en busca de las gruesas pieles invernales de los castores. Una vez procesadas, las llevaban a las ferias de primavera de Quebec y regresaban a su hogar con las canoas cargadas de armas de fuego, plomo, pólvora y herramientas de metal. Los wyandots hicieron saber a los franceses que no aceptarían regateos y que su imperio comercial se extendía desde el curso inferior del San Lorenzo hasta los Grandes Lagos occidentales. La vastedad de sus dominios planteaba una amenaza mortal a los iroqueses, que llevaban generaciones comerciando con los europeos en los grandes cardúmenes y en el valle del San Lorenzo y ahora dependían de los cuchillos, hachas, calderos, sartenes y agujas de metal europeo. Los mohawks, actuando por su cuenta, trataron de extinguir el comercio indio de Nueva Francia en el curso del San Lorenzo y monopolizar los cazaderos de castor del valle y al oeste. Los franceses, neerlandeses, wyandots y todos aquellos que se interpusieran en su camino tendrían que ceder ante las expediciones guerreras de los mohawks. Champlain, gobernador *de facto* de Nueva Francia, era uno de ellos[8].



Asedio de una aldea iroquesa (1619). Division of Rare and Manuscript Collections, Cornell University Library.

En 1622, deseoso de poner fin a la violencia que perturbaba el comercio de pieles, la razón de ser de Nueva Francia, Champlain cedió a las exigencias de los mohawks. Hacia la misma época, los neerlandeses llegaron a la misma conclusión con respecto al poder mohawk y renunciaron a interacciones directas. Champlain vio la oportunidad y ofreció la paz a la nación india. Los mohawks aceptaron un tratado, que les liberó para centrarse en sus rivales nativos. Atacaron las aldeas montagnais en el valle del San Lorenzo, con lo que consolidaron los flancos norte y oeste de Iroquia, el núcleo del territorio iroqués. Al sur y al este, los mohawks, «guardianes de la puerta oriental», fueron a disciplinar a los neerlandeses, los cuales, anteponiendo el beneficio a la política, habían abierto Fort Orange a los mohicanos. Hacia 1628,

mohicanos y neerlandeses ya habían tenido suficiente. Los primeros acordaron pagar a los mohawks un tributo anual en wampum y los neerlandeses se rebajaron a apaciguar con bienes a la Liga Iroquesa. Los sachem mohawks controlaban ahora quién estaba autorizado a comerciar con el fuerte, cuyas armas de fuego, plomo y pólvora podían hacer y deshacer los regímenes indígenas del nordeste [9].

El apoyo de Francia a sus aliados nativos no era altruismo; tenía el respaldo de un generoso comercio de pieles de castor y por la alquimia social de compartir bienes. «El castor lo hace todo perfectamente bien —afirmó un cazador montagnais "burlándose" de los comerciantes franceses—, [el castor] hace calderos, hachas, espadas, cuchillos, pan [...] en pocas palabras, lo hace todo». No sería muy exagerado afirmar que el castor también hizo la misma Nueva Francia. En 1627, la colonia acogía a apenas 85 personas, pese a que su capitulación le concedía toda Norteamérica, desde Florida al círculo polar ártico. Con objeto de consolidar la colonia, el cardenal Richelieu, ministro jefe del rey Luis XIII, estableció la Compañía de los Cien Asociados [Company of One Hundred Associates] para fomentar la inmigración. Las expectativas eran modestas. La compañía debía traer a 1500 franceses «de ambos sexos» durante los diez primeros años o asumir fuertes sanciones. Era evidente que el comercio de pieles de castor con los indios seguiría siendo la actividad vital de Nueva Francia [10].

No obstante, Nueva Francia también era un proyecto religioso y moral que movilizó a funcionarios, misioneros y soldados de Francia para imponer una conducta aceptable. Los usos matrimoniales, en particular la poliginia, fueron motivo de disputa entre jesuitas e indios. Para los hombres nativos, tener numerosas esposas era un signo esencial de estatus, así como la garantía de tener más hijos que contribuyeran a la reputación y prosperidad de su casa. Cuando los misioneros galos cuestionaron las costumbres matrimoniales de los indios, estos, tanto hombres como mujeres, resistieron con fiereza. Por otra parte, un alto número de mujeres —en particular esposas secundarias capturadas— también trataron de escapar a la falta de independencia y de los trabajos extenuantes a los que les sometían maridos autoritarios y abusivos. Para estas, y para otros, los misioneros y el cristianismo podían servirles: podían ofrecer una vida diferente [11].

A principios de la década de 1630, Nueva Francia, ahora inseparable de su red de aliados indios, abarcaba un dominio en expansión en torno al valle del San Lorenzo. Los mercaderes galos trataban con los indios para obtener pieles y los frailes jesuitas trataban con ellos para obtener su alma, lo cual consolidó la presencia francesa en Norteamérica. En 1631, Champlain escribió un opúsculo acerca de la colonización de franceses e ingleses en el Nuevo Mundo. En este afirma que los ingleses «no nos niegan la Nueva Francia y no pueden cuestionar lo que ha admitido el mundo entero»[12].

En 1636, Tessouat, un líder algonquino, trató de convencer a los reticentes sachem de los wyandots para que se unieran a su campaña contra los iroqueses. Según un sacerdote jesuita, este declaró que «su cuerpo eran hachas; con esto quería decir que la preservación de su persona y de su nación equivalía a reservar para los hurones las hachas, los calderos y todo el comercio de los franceses». Esto retrata la enormidad del cambio tecnológico que había barrido su mundo y los de muchos otros. Sin embargo, esto no lo convertía en un subordinado de los franceses. Todo lo contrario: Tessouat afirmaba ser «amo de los franceses» y proclamó que «él nos llevaría a nosotros [los franceses] de regreso al Kébec y nos obligaría a cruzar el mar de nuevo». Nueva Francia sobrevivió porque Tessouat eligió no hacer tal cosa. Los indios habían aprendido con rapidez a manejar a los agresivos recién llegados: cuando las negociaciones fracasaban, recurrían a la autoconfianza desafiante[13].

Hacia mediados del siglo XVII, las colonias de Maine fundadas por potencias europeas estaban confinadas a la costa atlántica por debajo del río Penobscot y, en su mayor parte, eran pequeñas y vulnerables. Los mapas europeos mostraban costas y ríos con una precisión notable, pero el resto del continente seguía siendo terra incognita. Las colonias inglesas, francesas y neerlandesas no se habían convertido en rampas de lanzamiento de expansión territorial y solo los galos tenían un plan colonizador, que priorizaba la coexistencia. Todas las potencias coloniales se limitaban a sobrevivir. En lugar de mirar al oeste con intención de conquista, todas lo hacían al este, hacia sus metrópolis, para recibir mercancías, armas y soldados que los mantuvieran a salvo. Los

asentamientos tenían más de avanzadas que de colonias plenas. Es revelador que el remoto gran caladero siguiera siendo el más lucrativo de todos los programas europeos; era una empresa comercial, no una colonia.

El imperio español instigó una primera oleada europea que consistió, sobre todo, en pillaje despiadado. Era lucrativo, aunque no sostenible y no permitió obtener posesiones permanentes en el norte de América. Hacia 1600, los españoles se cuestionaban en serio sus métodos. Más de un siglo de colonialismo apenas había arañado la superficie del continente indígena [14] .

Tercera parte

La pugna por el gran interior americano (principios-mediados del siglo XVII)

Capítulo 8

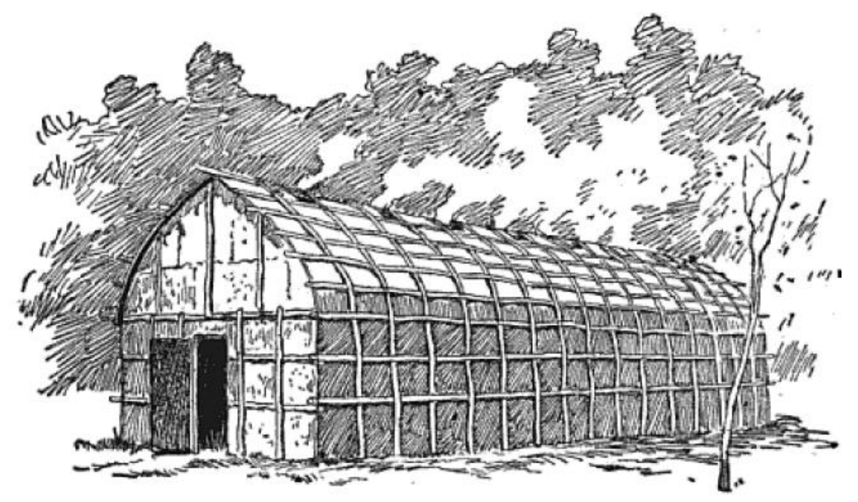
El ascenso de la liga de las cinco naciones

Iroquia, lugar de nacimiento y hogar de los iroqueses, surgió en el octavo milenio a. n. e. bajo los hielos en retroceso. Con ayuda de la Mujer del Cielo y su hijo Tharonhiawagon, la tierra firme se expandió en todas direcciones a lomos de la Tortuga. Sin embargo, no todas las aguas desaparecieron. Profundas grietas abiertas por el hielo se convirtieron en cursos fluviales que surcaban Iroquia de norte a sur y que, en el futuro, se conocieron como los ríos Connecticut, Hudson, Delaware, Susquehanna, Allegheny y Ohio. En conjunto, demarcaban un enorme dominio rectangular que se extendía casi 650 kilómetros, desde el Connecticut hasta el lago Erie.

Un segundo conjunto de ríos —el Mohawk, el San Lorenzo y el Ottawa— facilitaban el movimiento en el eje este-oeste y abría acceso al gran interior por medio de los lagos Ontario y Erie. Fue por esas vías acuáticas como llegaron a Iroquia el maíz, las judías y el calabacín, que desencadenó un crecimiento poblacional que hizo que los iroqueses sumaran entre 20 000 y 30 000 miembros en el siglo XV. Desde muy pronto, los iroqueses se dispusieron a ocupar un lugar central. Sin embargo, adquirir poder requería algo más que suerte geográfica; también exigía creatividad política y flexibilidad. La tierra era esencial para la pertenencia y la supervivencia, pero, para obtenerla, los habitantes necesitaban primero garantizar el acceso a los ríos, lo cual posibilitaba la agricultura, la movilidad, el comercio, la guerra y las alianzas. La antigua ley india del «plato con una cuchara» permitía compartir el territorio y los recursos.

Las naciones iroquesas lucharon entre ellas durante generaciones, pero, hacia finales del siglo XV, la Gran Liga de Paz y Poder, un compromiso ritual y espiritual, puso fin al derramamiento de sangre. El cimiento de la Gran Liga fue la Gran Ley de la Paz, un relato oral que explica la formación de la Gran Liga de Paz y Poder,

una alianza estratificada de cinco naciones, o fuegos de consejo, concentrada en los lagos Finger, situados al sur y al este del lago Ontario. Los iroqueses se autodenominaban haudenosaunee, que significa «la casa al completo». Dentro de este gran hogar común metafórico, cada nación tenía un papel específico. Los mohawks, «el pueblo del pedernal», ejercían de guardianes de la Puerta Oriental; los senecas, «el pueblo de la gran colina», eran los Custodios de la Puerta Occidental, que incluía a las otras tres naciones: los oneidas, «el pueblo de la piedra erguida»; los onondagas, «el pueblo de la montaña»; y los cayugas, «el pueblo del embarcadero», en el medio [1] .



Casa comunal iroquesa. Grabado de Wilbur F. Gordy (1913).

La Liga de las Cinco Naciones era la fachada colectiva y externa de la Gran Liga de Paz y Poder, que se encargaba del comercio, la diplomacia y la guerra con otros pueblos. Las Cinco Naciones se convocaban entre los onondagas, los custodios del fuego, en el centro simbólico de Iroquia, al sur y este del lago Ontario. Allí, el Gran Consejo de 50 sachem —jefes de clan— se reunía a deliberar en torno a cuestiones que afectaran a toda la liga. Los sachem debían seguir las lecciones del Pacificador mitológico que llevó la Buena Nueva de la Paz y el Poder a Hiawatha, «el que peina», un héroe cultural que curó al misántropo sachem Tadadaho, un hombre tan henchido de odio que su cabellera se había convertido

en un caótico revoltijo de serpientes. Hiawatha desenredó el pelo de Tadahaho y le concedió a él y, por extensión, a los iroqueses, raciocinio. Cada nación votaba al mismo tiempo, pues todas las decisiones del Gran Consejo debían ser unánimes. Un misionero jesuita que visitó a la nación onondaga durante un consejo quedó sorprendido e impresionado por el debate. «En esto, su política es muy sabia, no hay nada de bárbaro en ella […] allí están presentes todos los delegados de las diferentes naciones, para presentar sus quejas y recibir la necesaria satisfacción en forma de dones mutuos […] mediante los cuales mantienen un buen entendimiento entre ellos».

Una antigua tradición dictaba que las mujeres de mayor edad eran las jefas de los clanes iroqueses y que designaban las funciones de los sachem. Elegían los candidatos aptos entre los varones adultos que cumplían los criterios clave: elocuencia, capacidad de escuchar y la autoridad necesaria para alcanzar consensos. Las madres del clan, además, podían clausurar los consejos de sachem y decidían el destino de los cautivos, una responsabilidad crucial en la política iroquesa. Un prisionero francés observó sorprendido el papel central que desempeñaban las mujeres en la política de las Cinco Naciones: «Entonces, él, o ella, quien tuviera propuestas que hacer, empieza por reunir a los ancianos de su familia y si es algo que concierne a los guerreros, convocan a uno o dos capitanes de la misma familia para servir de testigos de su propuesta. Cada uno da su opinión con gran formalidad, tras lo cual se acuerda un procedimiento. Una vez finalizado esto, un anciano nombrado por ellos va a invitar a las otras familias, y con esto quiero decir a los ancianos y jefes guerreros, si la cosa así lo requiere». Al igual que muchas otras naciones nativas del este, las mujeres se encargaban en exclusiva de la agricultura. Las aportaciones de las iroquesas a la riqueza y seguridad de su confederación eran abrumadoras y consolidaban el rol de las madres del clan como agentes con capacidad de decisión: podían presentar iniciativas políticas cuya adopción no necesitaba el respaldo de los hombres. El gobierno femenino tenía una dimensión práctica: los hombres eran cazadores y comerciantes que recorrían largas distancias y solían ausentarse durante largos periodos. Las casas comunales, las moradas para varias familias, pertenecían a las mujeres. Entre todas las naciones indígenas, los

iroqueses eran los más cercanos al matriarcado. Un cura jesuita consideró que «nada […] es más real que esta superioridad de las mujeres. En verdad, son ellas quienes forman la nación». El misionero jesuita Joseph-François Lafitau coincide con el anterior, pues calificó al gobierno iroqués de ginecocracia [2].

Los iroqueses, liderados por las madres de los clanes, se acogían al concepto de paz y pertenencia del Árbol de la Gran Paz, que podía abarcar más allá de Iroquia como techo protector, así como cubrir a forasteros que mostraran capacidad de adoptar la mentalidad adecuada. La Liga de las Cinco Naciones era, a un tiempo, un organismo político y espiritual enfocado a la búsqueda de la paz, la unidad y la cooperación. Las invasiones europeas de principios del siglo XVII imbuyeron a este ideal de una urgencia renovada y más tarde lo militarizaron. El resultado fue el conflicto bélico y un estallido sin precedentes de poder indígena [3].

A finales de la década de 1620, los mohawks negociaron acuerdos comerciales con los neerlandeses de Fort Orange. Tras establecer relaciones mercantiles con ellos, los mohawks, en unión de las demás naciones iroquesas, se dispusieron a poner fin, de una vez y para siempre, al comercio franco-indio del valle del San Lorenzo. Hostigaron y mataron wyandots, algonquinos y otros indios aliados con los franceses y los obligaron a retirarse. Con el crecimiento de su poder y sus ambiciones, los iroqueses hicieron un esfuerzo concertado para redefinir el paisaje geopolítico del noroeste al servicio de sus exigencias: querían redirigir el flujo de pieles, armas, metal, personas y poder en dirección sur, hacia sus aldeas. En 1633, contactaron con unos mercaderes ingleses que habían anclado en Tadoussac, en el curso inferior del San Lorenzo. Aterrado, Champlain pidió a los iroqueses que no abandonaran a los galos, los cuales «siempre los habían amado y defendido». Quería que recordaran que «los habían asistido en persona en sus guerras», en las que «él mismo había sido herido por una flecha» [4].

No mucho tiempo después, en Boston, John Winthrop tomó papel y pluma para escribir una carta a su amigo Simonds d’Ewes. Winthrop reflexionó acerca de la política de Massachusetts y de sus planes y aseguró a su amigo que «siento el mismo entusiasmo de siempre por la compañía y por el negocio. Respecto a los nativos de estos

confines, Dios los ha perseguido de tal modo, por espacio de 300 millas, la mayor parte de ellos barridos por la viruela, que aún sigue entre ellos: como si Dios hubiera dejado claro nuestro derecho a este lugar y los que permanecen en estos confines, que no suman ni 50, se han puesto bajo nuestra protección y se han confinado, ellos y sus intereses, dentro de ciertos límites». La estridente yuxtaposición entre su robusta salud y la muerte en masa de los nativos americanos era algo más que un desliz cognitivo: Winthrop veía en esta carnicería la mano del destino [5].

Según Winthrop, Dios limpió la tierra de salvajes y concedió a América una raza más digna. Tenía razón a medias: Nueva Inglaterra no podría haber existido —y, desde luego, tampoco las colonias inglesas— de no ser por esta catástrofe biológica. La zona de muerte se extendió desde la costa del Atlántico a los Apalaches y desde la bahía de Chesapeake al valle del San Lorenzo y destruyó un sinnúmero de comunidades nativas. Sin embargo, pese a la convicción de parcialidad divina de Winthrop, nada en Norteamérica estaba decidido de antemano. La misma epidemia que pareció entregar un nuevo mundo a los ingleses también desencadenó la expansión indígena más explosiva desde las primeras migraciones a lo largo del hemisferio. La Liga Iroquesa, tras perder a casi la mitad de sus miembros, fue a la guerra para repoblarse mediante el procedimiento de convertir a otros en iroqueses. Un viejo sachem wyandot explicó a los jesuitas que «no sabía si podremos escapar la furia de este Demonio. He visto males en el país con anterioridad, pero nunca había visto nada como esto». Una vez se extinguió la epidemia de viruela, la posición central de la liga, emplazada entre las colonias de neerlandeses, franceses e ingleses y diversas naciones nativas, se convirtió de pronto en una debilidad. La Liga de las Cinco Naciones estaba terriblemente expuesta y necesitaba savia nueva para sobrevivir. Esto significaba atacar los asentamientos nativos que les rodeaban y tomar cautivos. La muerte y el duelo masivo exigían guerra [6].

Fue un tipo específico de conflicto, una dinámica militar-cultural diferenciada que recibió el nombre de «guerras del duelo». Los iroqueses cruzaban los lagos y recorrían el curso de los ríos con sus flotas de canoas, en una guerra táctica contenida que buscaba no dejar rastro, mantener a raya al enemigo, preservar abiertos los

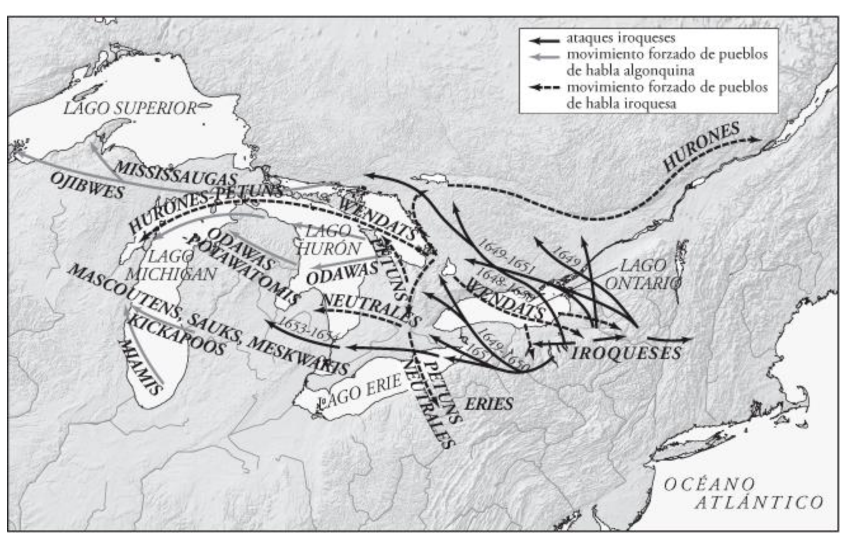
puestos de mercado y restaurar el equilibrio espiritual de su mundo mediante la conversión de otras personas en iroqueses. Su eficiencia logística y espiritual era abrumadora. Cada regreso de una partida de guerra era una oportunidad para la celebración comunitaria. Según observó un jesuita: «Todas las gentes acudieron a ser testigo de este Triunfo de los Salvajes. El gozo animaba el alma de los vencedores, la pena afligía la de los vencidos. Cuando todos hubieron desembarcado, los llevaron a las cabañas de los algonquinos. Algunos se arrojaron sobre los que les habían entregado, les arrancaron las uñas, les cortaron varios dedos y les abrasaron los pies con piedras candentes». El espectáculo político —la afirmación de la supremacía iroquesa— sostenía la unidad y la primacía espiritual de los iroqueses[7].

La muerte en masa también exigía una diplomacia audaz y creativa. Al tiempo que estabilizaban su mundo por medio de la guerra y la toma de cautivos, las Cinco Naciones también contactaron con neerlandeses, franceses, wyandots, mohicanos, munsees, montagnais y otras naciones nativas con intención de traer la paz y eliminar barreras al comercio. Durante años, los agentes neerlandeses de Manhattan cubrieron de regalos a los mohawks, deseosos de establecer una relación más estrecha con la nación nativa más poderosa en el nordeste. En agosto de 1645, un jefe mohawk, Agheroense, entró en la colonia y ofreció, en un holandés fluido, una alianza con Nuevos Países Bajos. Se había «pintado el rostro de brillante pintura amarilla», lo cual parece que impresionó al gobernador Willem Kieft, que acordó un tratado con la nación mohawk. Al contrario que los españoles de Nuevo México, los neerlandeses no vivían entre los indios de la zona, los iroqueses, y esta separación propició una relación más estable[8].

Pocas semanas más tarde, Kiotsaeton, embajador de los mohawks, llegó a Trois-Rivières, un fuerte francés en el curso inferior del valle del San Lorenzo. Llevaba una petición para Onontio, «Gran Montaña», nombre que los indios daban al gobernador de Nueva Francia, que, en esta época, era Charles de Montmagny. Onontio dio la bienvenida a Kiotsaeton y a sus dos acompañantes, los cuales se sentaron a sus pies en el patio, «en señal del afecto que profesaban a los franceses». Frente a ellos estaban los enviados algonquinos, montagnais y wyandots. Puede que el fuerte fuera galo, pero los

iroqueses se encargaron de dirigir la reunión. Los cuellos —suntuosos collares de wampum— simbolizaban buenos sentimientos y Kiotsaeton hizo su petición: «Tenemos multitud de cantos guerreros en nuestro país; los hemos tirado todos al suelo; ya solo tenemos canciones de celebración» [9] .

Tras enterrar temporalmente la guerra, Kiotsaeton se centró en el asunto más urgente: el comercio. «“Allí”, dijo, “está la carretera, bastante llana y recta”. Se inclinó hacia el suelo, en busca de espinos o matorrales o por si había algún montículo en el que tropezar. “Ha terminado. Podemos ver el humo de nuestras aldeas, desde Quebec hasta el confín de nuestro país. Se han retirado todos los obstáculos”». La idea de Kiotsaeton de la pertenencia era expansiva. Quería que franceses, algonquinos, montagnais, wyandots e iroqueses «fueran todos una sola nación y yo seré uno de vosotros» [10] .



Mapa 2: Las guerras del duelo de los iroqueses.

Los esfuerzos de Kiotsaeton no impidieron que los iroqueses asaltaran con sus canoas las flotas comerciales anuales de canoas francesas por el curso del San Lorenzo, o que bloquearan sus rutas comerciales en el interior. Nueva Francia apenas contaba con 300 colonos y la recién fundada Montreal era una simple aldea. Temerosos de sus vecinos mohawks, los colonos tenían miedo de ir

a orinar fuera de los muros. Los ataques indios eran algo más que simple pillaje. En 1648, mientras Quebec, Trois-Rivières, Tadoussac y Montreal disfrutaban de una rara tregua de asaltos nativos, los iroqueses lanzaron una campaña bien organizada para desbaratar el comercio de pieles de los franceses en la región de los Grandes Lagos. Sus expediciones guerreras capturaron cautivos y excelentes terrenos de caza y avanzaron al oeste y el norte del lago Ontario en campañas que se prolongaban todo el verano. El resultado fue una diáspora en masa: wyandots, wenros, nipissings, eries, neutrales y petuns abandonaron su tierra ancestral y se retiraron lejos, al oeste, donde se apiñaron en la orilla sur del lago Superior y en la occidental del Michigan. Al menos una docena de naciones huyó de «la furia de los iroqueses» y se dispersó por los Grandes Lagos, en lugares que parecían «el verdadero fin del mundo». Hacia las postrimerías del siglo XVII, los iroqueses integraron en Iroquia no menos de 3000 wendats.

Sin embargo, las tierras al oeste de lago Michigan no estaban vacías. Pertenecían a los pueblos anishinaabegs, de habla algonquina —odawas, potawatomis, sauteurs y ojibwes—, que vivían desde el siglo XV en torno a los Grandes Lagos y cuyas redes de parentesco, nindoodemag, cubrían la mayor parte de la región. Estas facilitaban la movilidad, el establecimiento de alianzas y el comercio. Al principio, los refugiados chocaron con los pueblos de los Grandes Lagos, pero la incesante presión iroquesa pronto los llevó a unirse. Los indios residentes abrieron sus aldeas a los emigrantes y, mediante un sinfín de ceremonias de reconciliación, los incorporaron a su país, Anishinaabewaki, que abarcaba los lagos Hurón y Superior y la mitad septentrional del Michigan. Las aldeas locales crecieron y se convirtieron en vastos asentamientos mixtos en los que los habitantes buscaban restablecer la normalidad de un mundo súbitamente desestabilizado. Al cabo de poco tiempo, unas dos docenas de aldeas híbridas cubrían un área con forma de triángulo que se extendía desde el río Illinois a ambos extremos del lago Superior; la región que los franceses denominaban Pays d’en Haut, «país de arriba». En el centro se hallaba La Baye des Puants —Green Bay—, que en ese momento acogía a unos 10 000 pobladores[11].

Los iroqueses empujaron al oeste a miles de personas, con lo que

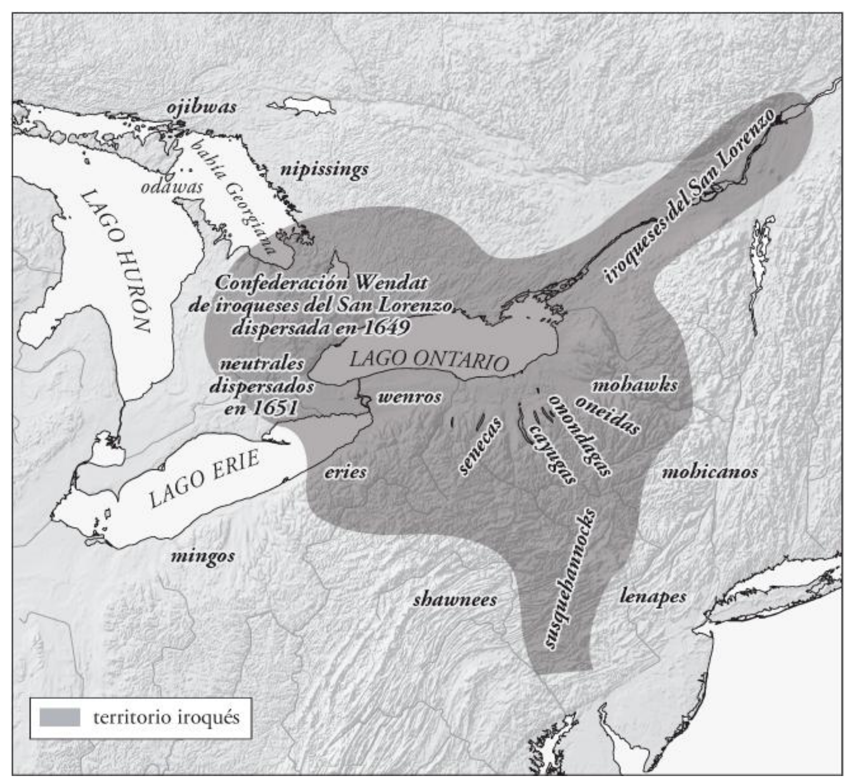
ganaron un enorme dominio. Fue la primera expansión a gran escala, en dirección oeste, de la historia temprana de las Américas. Sin embargo, esta no puso fin a las contiendas. En realidad, cuanto más se dispersaban los enemigos de los iroqueses, más aumentaban los conflictos. La explicación era, a la vez, única y sencilla: los iroqueses necesitaban más a las personas que al territorio. Necesitaban cautivos para restablecer poblaciones devastadas por la enfermedad, enmendar linajes rotos, aliviar el dolor mediante la venganza y restaurar la vitalidad espiritual de sus comunidades. La intensa violencia de las Cinco Naciones era una respuesta estratégica, emocional y espiritual a unas pérdidas catastróficas. Las guerras del duelo de los iroqueses estaban dejando irreconocible el interior de Norteamérica[12].

Las guerras del duelo reforzaron la influencia de las madres de los clanes. Cuando los ejércitos iroqueses se movilizaban para atacar a su enemigo, las madres del clan escoltaban a los soldados hasta el lindero de los bosques, donde los hombres se ponían su uniforme de guerra. Bajo la mirada de las madres del clan, los soldados grababan pictogramas en los árboles para indicar la fortaleza de la expedición, un documento público de las batallas que iban a tener lugar. Cuando los soldados retornaban, casi siempre con prisioneros —mujeres, hombres, niños—, las madres del clan decidían si los cautivos serían adoptados de forma literal o ritual en su familia. Los elegidos para la adopción literal eran sometidos a una ceremonia «acelerada» en la que recibían el nombre y el rol social de un iroqués fallecido. Estas personas —conocidas como we-hait-wat-sha, o «cuerpo troceado y disperso»—, eran adoptadas por los clanes, se convertían en miembros de pleno derecho de la Liga Iroquesa y estaban obligadas a defenderla en batalla, incluso contra sus antiguos parientes. Los adoptados rituales eran integrados en las familias iroquesas como «tíos» o «sobrinos». Les pintaban el rostro de rojo y negro y se les concedía celebrar un festín y recitar sus honores de guerra antes de ser ejecutados. Los cautivos sentenciados eran atados a un poste y sus nuevos familiares se turnaban para «acariciarlos» con teas encendidas. Las mujeres descuartizaban los cadáveres y hervían los pedazos en calderos para que, de ese modo, los iroqueses pudieran absorber el poder espiritual de los prisioneros. Los iroqueses buscaban desmantelar

«su nacionalidad» con el fin de reforzar la suya.

Los iroqueses no llevaban a cabo tales ceremonias porque ansiaran la guerra, sino porque querían paz. La absorción ritual del cuerpo y del alma del enemigo —ya fuera real o imaginada— aliviaba el dolor de los iroqueses y los ayudaba a recuperar la razón; restauraba la normalidad. Un relato épico recordaba cómo Deganawidah, el Pacificador, reveló a Hiawatha, que había perdido a todas sus hijas, la Buena Nueva de la Paz y el Poder. Daganawidah mostró a Hiawatha las ceremonias de condolencia que ayudan a eliminar el dolor y recuperar el juicio. La Buena Noticia de la Paz y el Poder haría innecesario el conflicto y el derramamiento de sangre. Sin embargo, no podía atenuar el enorme sufrimiento causado por la viruela. Centenares de afligidas familias exigían guerra para capturar cautivos con los que reemplazar a los familiares perdidos y las matronas de los clanes autorizaban partidas guerreras masivas para consolarlas.

Hacia mediados de siglo, los iroqueses contaban con un soberbio equipamiento para hacer la guerra. Sus cerca de 2000 soldados disponían de 300 arcabuces y eran «duchos en el manejo» de los pesados fusiles de llave de chispa en emboscadas y asaltos a corta distancia, tanto sobre tierra como en ríos y riachuelos. Un combate típico empezaba con una sola andanada —cargar los fusiles requería casi medio minuto—, seguida de inmediato por una carga con hachas y cuchillos de hierro. Los funcionarios franceses de Quebec concluyeron que «no debemos tomar la iniciativa en irritar a los iroqueses». También estaban de acuerdo en que debían «impedir a los iroqueses, tanto los de arriba como los de abajo» atacar a sus aliados indios «a la vista de nuestros asentamientos» [13] .



Mapa 3: Dominio iroqués del interior a mediados del siglo XVII.

En 1648, los mohawks y senecas barrieron a los wyandots de Attigneenongnahac y liquidaron o capturaron a 700 personas. Al año siguiente, un contingente iroqués de un millar de efectivos infligió una derrota definitiva a la Confederación Wyandot, pero perdió unos 300 soldados, un desastre que exigía compensación y muchos más cautivos. Los iroqueses les explicaron a los jesuitas que «las cuatro naciones de los iroqueses de arriba estaban encendidas; y se estaban uniendo y armando para rechazar» a sus enemigos. Los pueblos de los Grandes Lagos se acostumbraron a esperar cada año una invasión de las Cinco Naciones. Los soldados de las Cinco Naciones lanzaban campañas desde su área central, entre el valle del Hudson y el lago Ontario, desde donde marchaban en dirección oeste al otro lado del río Oswego y del lago Ontario, para adentrarse en la región en busca de cautivos y de equilibrio espiritual. En torno a 1660, los iroqueses habían combatido con todas las naciones de los Grandes Lagos y habían creado una

enorme zona de devastación. Las antiguas confederaciones indígenas se derrumbaron y el país de los wyandots, Wendake, se desintegró. Las gentes se dispersaron en todas direcciones en busca de refugio. Los iroqueses trataron de absorber —no de matar— a los supervivientes de las naciones destrozadas, we-hait-wat-sha; devastaban otras nacionalidades para reconstruir la suya. Vivir en este nuevo mundo podía ser desconcertante. En 1655, un enviado de las Cinco Naciones propuso la paz a los wyandots y a los franceses con la siguiente declaración: «Hermanos míos, no he cambiado de alma, a pesar de mi cambio de país; ni tampoco mi sangre ha devenido iroquesa, aunque habito entre ellos. Mi corazón es todo hurón, como también lo es mi lengua». Los cautivos de guerra conformaban ahora más de la mitad de la población iroquesa, lo cual generaba, a un tiempo, protección y disonancia [14] .

La Liga de las Cinco Naciones se convirtió en la potencia dominante de los bosques orientales, cuyos asentamientos móviles cubrían unos dominios que empequeñecían las colonias francesas, inglesas y neerlandesas apiñadas en la costa atlántica. Pese a ello, a los dirigentes galos les costaba adaptarse a un orden en el que Iroquia, no Nueva Francia, era la potencia dominante. «Si tuviéramos que creerlos —escribió un misionero jesuita—, o Nueva Francia sería casi por completo iroquesa o ya no tendríamos ningún francés a salvo entre los iroqueses». Los franceses dieron marcha atrás, no hicieron nada por apaciguar a las Cinco Naciones y, casi en un acto reflejo imperial, ignoraron las exigencias indias de adaptación, coexistencia y comercio equitativo. En una grave violación del protocolo indígena, encarcelaron a los embajadores iroqueses y los retuvieron como rehenes en Montreal y Quebec. Un sacerdote jesuita nos muestra la mentalidad gala; este concluye que «no cabe ninguna duda de que, si los agnieronnons [mohawks] fueran derrotados por los franceses, el resto de naciones iroquesas aceptaría de buen grado llegar a acuerdos con nosotros y entregarnos a sus hijos en prueba de su buena fe». El colonialismo francés operaba de acuerdo con la misma clave moral que la de ingleses y españoles. Las diferencias entre las tres potencias eran cuestión de capacidad, no de preferencias [15] .

Los iroqueses tomaron medidas para educar y castigar a los arrogantes franceses. «Por doquier —se lamentó un cura jesuita— encontramos a los iroqueses, quienes, como un espectro irritante, nos hostigan en todas partes. Si nos encuentran entre nuestros nuevos cristianos, los masacran en nuestros brazos; si nos hallan en el río, nos dan muerte; y si nos sorprenden en las cabañas de nuestros salvajes, nos queman junto con ellos». En 1660, se quejaban los jesuitas, «si el último año nos hicieron llorar tan alto que se nos oyó en Francia, hoy no nos dejan otra cosa que lágrimas que verter por nuestros muertos». Los ejércitos de onondagas y mohawks «cubrieron de fuego y sangre las inmediaciones de Kébec […] convirtieron Tadoussac en un desierto […] [y] dejaron su marca en toda la isla de Orleans, tras masacrar allí, en particular, al *Monsieur* el Senescal Delauson y sus valerosos compañeros […] y sumieron a los Tres Ríos en el luto». En 1663, en previsión de masacres, el real comisionado de Nueva Francia ordenó que «todos los colonos franceses residan juntos en aldeas y a una distancia no muy grande unos de otros». El monarca galo asumió el control directo de Nueva Francia. Para rescatar a la debilitada colonia, emprendió un programa para traer a mujeres solteras, filles du roi [jóvenes del rey] a la colonia. Estas formaron familias, lo cual ayudó a estabilizar Nueva Francia [16] .

La aplastante superioridad militar de los iroqueses se tradujo de inmediato en poder económico, político y cultural. Una vez consolidado su lugar en el mundo, emprendieron un esfuerzo coordinado de estabilización de sus fronteras por medio del comercio, la diplomacia y las alianzas. Lo hicieron a su manera. Los neerlandeses habían aceptado mucho tiempo atrás su papel subordinado a la sombra de los iroqueses, en particular de los mohawks. Un pastor neerlandés escribió que «la nación principal entre los salvajes y los indios de estos confines, con los que tenemos mayor trato, son los mahakuaas [mohawks], que han reducido a todos los demás indios cercanos a nosotros a la condición de tributarios». Los iroqueses se negaban a aceptar la moneda inglesa y neerlandesa en las transacciones comerciales e insistían en que se les pagara en wampum. Las cuentas de wampum eran un importante bien comercial desde la década de 1620 y, a mediados de siglo, los neerlandeses desarrollaron nuevas técnicas para la

fabricación de cuentas de concha. El resultado fue un lucrativo triángulo comercial: los neerlandeses adquirían cuentas a los algonquinos de Nueva Inglaterra con bienes manufacturados, que luego empleaban para adquirir pieles a las Cinco Naciones; las cuales se enviaban a Europa donde obtenían bienes para los mercados norteamericanos. Buena parte de la prosperidad de Nueva Inglaterra estaba cimentada sobre el wampum, un producto clásico iroqués.

El anhelo de estabilidad y poder impulsó la expansión iroquesa. Mediado el siglo XVII, las Cinco Naciones se habían hecho indispensables: nadie podía ignorarlas. Nueva Francia estableció un fondo para el rescate de cautivos iroqueses y les pagaba pensiones. En 1659, los sachem de los mohawks se reunieron con representantes neerlandeses en Fort Orange y presentaron una serie de exigencias; tras cada petición, entregaban hileras de wampum. Estos afirmaron que «es un profundo error que los holandeses reprendan tanto [a los indios] sin tener en cuenta su tribu» y amonestaron a los neerlandeses por llamar a los indios «perros» y «bribones». Los sachem les exigieron que trataran con respeto a sus aliados lenapes, mohicanos y catskills y que «vivieran con ellos como hermanos». Seguros de su autoridad y posición en el mundo, los mohawks habían ido más allá de contener a los europeos. Ahora les exigían obediencia[17].

Capítulo 9

Enemigos de la fe

A mediados de marzo de 1649, dos sacerdotes jesuitas desaparecieron después de que una expedición iroquesa asaltara una aldea wyandot cerca de Sault Ste. Marie, en el estrecho de Mackinac, entre los lagos Hurón y Michigan. Mientras el padre Paul Ragueneau se disponía a enviar un destacamento de búsqueda, los jesuitas «observaron varios salvajes en el camino, que venían directos a nosotros. Todos pensamos que eran iroqueses que iban a atacarnos; pero, una vez los examinamos más de cerca, vimos que eran wyandots que huían de la lucha, que escapaban del combate. Estos pobres salvajes nos dieron mucha pena. Estaban cubiertos de heridas. Uno tenía la cabeza fracturada; otro el brazo roto; otro tenía una flecha en el ojo»[1].

El error de los jesuitas era comprensible. Los iroqueses los hostigaban desde hacía décadas por predicar entre sus rivales y enemigos, en particular los wyandots, illinis, odawas, montagnais, naskapis y nipissings. Los jesuitas se centraron tanto en los enemigos de las Cinco Naciones por el preciso motivo de que estas habían dejado a las naciones indias vecinas en estado de debilidad, necesidad y desesperación, objetivos perfectos para el evangelio jesuita de una vida mejor en el más allá. Ansiosos por recolectar las almas de las víctimas de los iroqueses, los jesuitas, y su incansable líder, Claude-Jean Allouez, establecieron varias misiones y puestos menores en la región de los Grandes Lagos. Los iroqueses podían tolerar esta impronta limitada; sin embargo, poco después de los jesuitas llegaron comerciantes franceses con sus ágiles y recias canoas de corteza de abedul. Estos contactaron con las grandes comunidades nativas cercanas a las misiones y les vendían armas a sus rivales, lo cual colmó la paciencia de las Cinco Naciones. Liquidar jesuitas pasó a ser tan valioso como acabar con enemigos nativos.

Los wyandots explicaron a los jesuitas lo que les había sucedido a los dos curas: «vinieron los iroqueses, en número de doscientos hombres; tomaron nuestra aldea y capturaron al Padre [Jean de] Brebœuf y a su compañero; prendieron fuego a todas las chozas. A continuación, descargaron su rabia contra los dos padres. Los tomaron a los dos y los desnudaron por completo y les amarraron cada uno a un poste. Les ataron las dos manos. Les arrancaron las uñas de los dedos. Les infligieron una lluvia de golpes de maza en hombros, costado, estómago, piernas y rostro [...] no hubo parte de su cuerpo que no tuviera que soportar este tormento». Brebœuf soportó la tortura con estoicismo, lo cual impresionó a sus hermanos jesuitas. «Abrumado bajo el peso de los golpes, no dejó en ningún momento de hablar de Dios y exhortaban a los nuevos cristianos que compartían su cautiverio de que sufrieran bien, para así tener una buena muerte, y acompañarlos al Paraíso» [2] .

Lo exhaustivo de la descripción retrata el horror y la confusión de los jesuitas cuando los iroqueses se lanzaban sobre ellos. La violencia era metódica y espectacular a un tiempo, una suerte de comunicación transcultural diseñada para impresionar. Los iroqueses querían negar a los jesuitas el acceso al interior, donde interferían las operaciones y las ambiciones iroquesas; la violencia servía para fines políticos, económicos y espirituales y restauraba el orden deshecho por la expansión europea. Por otra parte, el detallado relato sirve un segundo propósito. Por más terror que la tortura infundiera en los jesuitas, muchos de ellos la recibían de buen grado e incluso la buscaban; cuanto mayor el martirio, mayor el sacrificio a ojos de Dios. Brebœuf, ante la muerte inminente, habló a sus nativos bautizados: «Hijos míos, elevad los ojos al cielo en el cenit de vuestra aflicción; recordad que Dios es testigo de nuestros sufrimientos y que pronto nos compensará con creces» [3] .

Los jesuitas buscaban el martirio en lo que ellos consideraban una selva pagana. Sin embargo, a largo plazo, el martirio en masa no era sostenible. La orden jesuita, la Compañía de Jesús, era una empresa relativamente modesta en Norteamérica, con entre 30 y 40 misioneros activos en todo momento. Así y todo, suponía una significativa inversión, pues en los seminarios de Francia recibían una exhaustiva formación en teología y cultura clásica, además de aprender lenguas indígenas, estudiar los usos de los nativos y

familiarizarse con la geografía del destino. Una vez allí, los jesuitas residían entre las comunidades nativas y se adaptaban a sus costumbres. Los sacerdotes, cada uno responsable de centenares de almas, eran un activo crucial para la orden. El problema era que, como individuos, la mayoría de jesuitas daba escaso valor a su existencia terrenal. Imbuidos de catolicismo místico, ansiaban la «indiferencia»[*] la aniquilación del yo, que consideraban una entidad alejada de Dios. Eran un recurso en vías de extinción para el imperio francés del Nuevo Mundo[4].

Entre 1642 y 1649 perecieron de forma violenta ocho jesuitas y los misioneros tacharon a los iroqueses de «enemigos de la fe». Los jesuitas de la misión de San Ignacio en la isla de Mackinac recordaron que ese día, 16 de marzo de 1649, «marcó el inicio de nuestros infortunios […] aunque no hay duda de que este infortunio supuso la salvación de muchos de los elegidos de Dios». Los iroqueses, «enemigos de los hurones, en número de unos mil hombres, bien equipados de armas —en su mayoría armas de fuego que obtienen de los neerlandeses, sus enemigos— llegaron por la noche a la frontera de este país, sin que tuviéramos conocimiento alguno de su venida». Tras estudiar el terreno por la noche, los iroqueses atacaron al amanecer. Al igual que la mayoría de batallas entre iroqueses y wyandots durante las guerras del duelo, fue una desbandada: «Esta aldea fue tomada, casi sin dar un golpe —reportó un sacerdote jesuita—, solo han muerto diez iroqueses. Parte de los wyandots —hombres, mujeres y niños— fueron masacrados allí mismo; los otros fueron hechos cautivos, reservados para crueldades más terribles que la muerte»[5].

Las Relaciones jesuíticas, el informe anual de los jesuitas en Norteamérica, se convirtieron en una letanía de atrocidades iroquesas. Localidades incendiadas; hombres quemados en la hoguera; el valle del San Lorenzo «infestado de los enemigos iroqueses»; los indios de las misiones prendían fuego a sus propios asentamientos, «para que no sirvan de refugio y bastión a los iroqueses»; los wyandots abandonaban sus aldeas «y se dispersaban donde podían»; los iroqueses capturaban wyandots «a la vista de Montreal» en la puerta de entrada de Nueva Francia. Los wyandots estaban en constante retirada, para poner distancia entre ellos y los iroqueses. Algunos «huyeron a lo más profundo de los bosques»,

mientras que otros eligieron «hallar la muerte en las aguas, o desde los precipicios, [antes] que en los fuegos de los iroqueses». En 1649, un destacamento de 300 iroqueses saqueó San Juan, una misión de indios tionontatis en la bahía Georgiana [6] .

El plan maestro de la Compañía de Jesús consistía en levantar misiones permanentes en Norteamérica con el fin de monitorizar, controlar y educar a los indios mediante el reemplazo de las religiones nativas por el dogma bíblico. Su paisaje ideal era una multitud de misiones estratégicamente dispuestas cerca de grandes asentamientos nativos y rodeadas de campos, huertos y talleres. Los jesuitas querían establecimientos ligados a la tierra. Los iroqueses hicieron que esto fuera casi del todo imposible, con lo que los jesuitas empezaron a presentarse como víctimas. Se quejaban de tener que hacer «algunas misiones itinerantes». Algunos se trasladaron a «las islas del gran Lago más distantes, a sesenta, ochenta y un centenar de leguas de nosotros; otros tenían que viajar por tierra, recorriendo profundos bosques y escalando montañas». Los jesuitas se estaban dispersando y su plan divino para Norteamérica se derrumbaba. Temeroso de que la metrópoli dejara de apoyar a las misiones de Nueva Francia, un misionero afirmó que «el espíritu de la Fe no es menos divino [en América] que en los Louvres y los palacios más soberbios de Europa». «Mi pluma no puede expresar la furia de los iroqueses en tales encuentros», se lamentó un segundo. Faltos de neófitos, algunos misioneros recurrieron a estampas apocalípticas del Demonio y del infierno para forzar conversiones [7] .

En el verano de 1650, tras un invierno de hambre, los jesuitas, acompañados por docenas de familias wyandots, se retiraron a Quebec. No hallaron respiro, pues ahora el objetivo de los iroqueses era Nueva Francia. Los soldados iroqueses viajaban en flotas de canoas de 12 metros de largo y 18 plazas y empezaron a aparecer en Trois Rivières, donde capturaban y liquidaban a refugiados wyandots e infundían miedo entre los colonos. La llegada a Quebec de 36 canoas wyandots alegró a los galos, pues pensaban que «venían a aumentar nuestra colonia». En Montreal, los colonizadores fueron más realistas. El asentamiento «sería un paraíso sobre la tierra, tanto para salvajes como para franceses, de no ser por el terror de los iroqueses, que aparecen de forma casi

continua y hacen el lugar casi inhabitable» [8] .

Los iroqueses remodelaron la geopolítica conforme a sus necesidades. En el verano de 1652, un contingente iroqués de un millar de efectivos capturó entre 500 y 600 wyandots en una sola campaña. Esto supuso un golpe devastador para el aliado más importante de Nueva Francia y dejó expuestos a los colonos. La empresa colonial francesa en el norte de América parecía desmoronarse. El doble propósito del colonialismo galo —el comercio de pieles y la salvación de almas— se tambaleaba bajo la presión iroquesa. Las Cinco Naciones tenían ahora a los franceses justo donde los querían: empequeñecidos, aterrorizados, confusos y dóciles. En el verano de 1653, los embajadores iroqueses hicieron una oferta de paz a Nueva Francia [9] .

Los galos apenas podían creerlo. «Por fin tenemos paz —se regocijó un jesuita—. ¡Quiera Dios que esas palabras sean tan sinceras en boca de los franceses como dulces y agradables para los habitantes de Nueva Francia!». Para otros, este sorprendente acontecimiento solo atizó su temor y paranoia. Muchos creían que «los iroqueses son traicioneros, pues solo hacen la paz para así poder atacarnos mejor en la próxima guerra». Además, ese mismo jesuita consideró que «este cambio es tan inesperado, esas tendencias tan sorprendentes en las mentes bárbaras que debe admitirse que ha guiado su obra un genio más exaltado que el de un hombre». En este reino terrenal, tal genio residía en la organización política de la Liga de las Cinco Naciones. Su decisión, coordinada y deliberada, hacía que la tradición, conducida por la autoridad moral de las madres del clan, permitiera cambios en política exterior matizados y veloces cuando era necesario. Los mohawks objetaron contra la paz con los franceses, pues temían que esta beneficiara en exceso a los onondagas; aun así, acabaron por sumarse al consenso. Nueva Francia había sido arrastrada a la órbita iroquesa gracias a la diplomacia decidida y sutil de las Cinco Naciones [10] .

Las Cinco Naciones hicieron la paz con Nueva Francia porque pensaban que la colonia, aunque derrotada, seguía siendo una fuente útil de armas y bienes comerciales. Los iroqueses siempre priorizaron las relaciones con otras naciones indígenas con respecto a los tratos con las colonias europeas, a las que consideraban

núcleos mercantiles y suministradoras de armamento y utensilios de metal. A principios de la década de 1650, los iroqueses, en particular los onondagas, se enfrentaban al creciente desafío de la nación erie, que controlaba buena parte del litoral sur del lago Erie. A principios de 1654, los onondagas y mohawks solicitaron a Nueva Francia armas y soldados; los galos les entregaron ambas cosas. Los indios también pidieron y obtuvieron armas de los neerlandeses. Entonces, un líder onondaga propuso, en palabras de un francés, «separar de nosotros la colonia hurón e inducir a las familias a formar un cuerpo —hombres, mujeres y niños—» en el país onondaga, en una repetición pacífica de las guerras del duelo. Los franceses quedaron sumidos «en una gran perplejidad, al igual que los propios hurones [...] “vemos con claridad”, nos dijeron esos capitanes hurones, “que esas dos naciones iroquesas, en un espíritu de mutua envidia, aspiran a llevarnos a su bando. Sea cual sea el plan que adoptemos, nos enfrentamos por igual al infortunio”». Tenían razón. En el verano de 1654, los iroqueses reintrodujeron la versión violenta de las guerras del duelo: atacaron a los eries con un contingente de unos 1500 soldados. Dos años después, más de 50 sacerdotes, trabajadores y soldados franceses se establecieron en una nueva misión, Sainte-Marie de Gannentaha, cerca de la principal aldea onondaga [11] .

Nueva Francia era una colonia devastada. El comercio de pieles, espina dorsal de su economía, había quedado desbaratado por la guerra y la orden jesuita, su columna espiritual, sufrió un peligroso debilitamiento. El comercio de pieles se recuperó con el tiempo, pero la iniciativa jesuita, a causa de las misiones abandonadas, los frailes asesinados y un número creciente de apóstatas, adoptó una postura de supervivencia. En 1658, el gobernador en funciones de Nueva Francia recibió a los enviados de las Cinco Naciones; estos le informaron de que «iroqueses y neerlandeses están unidos por una cadena de hierro y no es posible quebrar su amistad». Los mohawks se jactaron de que los galos «no pueden ir más allá de la puerta para orinar» sin que los disparen. En esa época, la Gran Liga de Paz y Poder había absorbido a casi todos los iroqueses.

En 1663, la presión iroquesa forzó al rey Luis XIV a asumir el control directo de Nueva Francia. El monarca asignó la gestión de la colonia a Jean-Baptiste Colbert, su ministro de Finanzas. Uno de los

administradores más talentosos de la historia, Colbert quería transformar Nueva Francia en una colonia centralizada y un núcleo de poder continental mediante la exploración, las reformas económicas y la emigración, que incluyó más gente, además de las filles du roi. Convirtió la colonia en un feudo regio y trató de sustituir la red dispersa de fuertes y misiones por una colonia en el valle del San Lorenzo, compacta y de base agrícola. Quería que los colonos se concentraran en la minería, la pesca, la agricultura y la ganadería, no en la guerra. Revocó la licencia de la Compañía de los Cien Asociados y nombró a Jean Talon intendente de la colonia. Talon fomentó una exploración mesurada, el comercio de pieles y nuevas alianzas con los indios para contener a las Cinco Naciones. El francés Pierre-Esprit Radisson estableció un puesto comercial en la bahía de James, lo cual extendió la influencia gala varios centenares de kilómetros al nordeste… Centenares de kilómetros en la dirección errónea, desde el punto de vista de las Cinco Naciones [12] .

Si los franceses atravesaban dificultades en el continente indígena, los neerlandeses se estaban derrumbando. En 1664, Nuevos Países Bajos se esfumó; ese año, Inglaterra la absorbió sin derramamiento de sangre en el marco de la prolongada contienda comercial anglo-neerlandesa. Esto privó a las Cinco Naciones de un socio comercial clave. De golpe, los fabricantes de metal desaparecieron. Nuevos Países Bajos apenas había durado seis décadas, eclipsada por las potencias indígenas vecinas. La pérdida de este importante puesto comercial fue desastrosa para los iroqueses, que se recuperaban de un nuevo brote de viruela y de una contienda con los susquehannocks, a quienes los jesuitas llamaban «los salvajes de nueva Suecia, muy marciales y mejores que ningún otro para exterminar a los iroqueses». Los jesuitas, conscientes de que «los iroqueses son más hábiles de lo imaginado», informaron de que los onondagas habían enviado una embajada a Montreal con propuestas de paz. Los iroqueses interpretaron correctamente el espectacular cambio en la dinámica de poder colonial, pues se alinearon con los franceses [13] .

En 1665, exhaustos por las guerras y con las filas repletas de adoptados, los senecas, cayugas, onondagas y oneidas acordaron en

Quebec un tratado con los galos, aunque los mohawks se mantuvieron al margen. Un año más tarde, el gobernador de Nueva Francia, Alexandre de Prouville de Tracy, marchó sobre el país mohawk con un ejército de 1300 regulares, milicianos y aliados wyandots y algonquinos para reducir el tamaño de la rebelde nación. Los mohawks huyeron y el ejército colonial prendió fuego a sus aldeas y cosechas. Las Cinco Naciones tuvieron que aceptar la paz completa con los franceses y abrir sus localidades a los jesuitas, que llevaban décadas clamando por convertir nuevas almas. A pesar de todo, la reducción del poder iroqués solo sería temporal [14] .

Después de tres generaciones en combate contra los europeos, los iroqueses sabían que cabía esperar de ellos cambios drásticos y enseguida se adaptaron. Al amparo de la paz, empezaron a reocupar el valle del San Lorenzo y extendieron su dominio a la orilla norte del lago Ontario; allí, construyeron varios asentamientos que rodeaban esta enorme extensión de agua y la convirtieron en un lago iroqués. Una vez aseguradas sus posiciones en el este, emprendieron una nueva campaña que llevó a sus ejércitos al oeste, al sur y al norte. Expulsaron en dirección sur a los shawnees del fértil valle del río Ohio y lanzaron un devastador ataque sobre una aldea mohicana al este, con lo que pusieron fin a su contienda, de décadas de duración, con el pueblo mohicano. Empujaron a los atikamekws muy al norte y despacharon un torrente de expediciones bélicas a las aldeas susquehannocks del sur, de donde obtuvieron decenas de cautivos. En la primavera de 1670, los cayugas ejecutaron a un emisario susquehannock y, tras unir fuerzas con los senecas, organizaron un contingente de 600 efectivos para atacar a los odawas. Los iroqueses, desplegados desde Nueva Inglaterra a los Grandes Lagos y desde el valle del San Lorenzo a Virginia, parecían estar en todas partes, con lo que tenían aterrorizada a una enorme porción del continente [15] .

Aunque pudiera parecer lo contrario, la Liga de las Cinco Naciones no era una ciega máquina de conquista. Más al norte, el valle del San Lorenzo empezó a quedar jalonado de asentamientos iroqueses. Atraídos allí no solo por los cautivos y el botín, sino también por la pesca, la caza, el comercio, la medicina y los jesuitas, los iroqueses buscaron consuelo y explicación de las enfermedades y de la muerte masiva, así como por el fracaso de los rituales tradicionales, que no

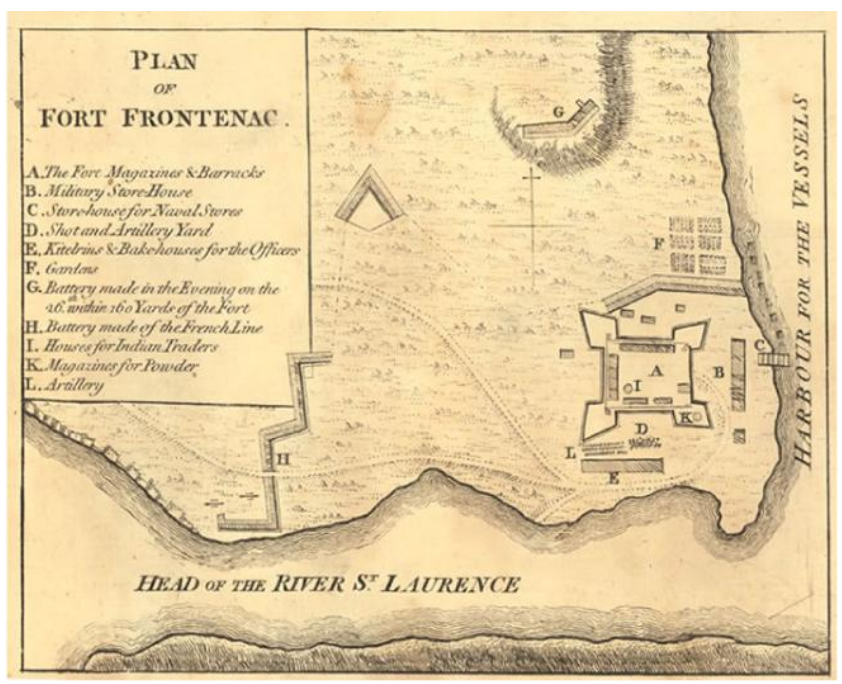
habían logrado restablecer el orden en el universo. En realidad, los nuevos asentamientos anunciaban un retorno al hogar: un siglo antes, el valle del San Lorenzo era el corazón de Iroquia, pero, a finales del siglo XVI, una combinación de clima gélido y hambrunas obligó a las Cinco Naciones a dispersarse. La paz y un ciclo de clima cálido les hicieron volver. El valle del San Lorenzo había gozado de un periodo de relativa tranquilidad desde que las guerras del duelo llevaron a los iroqueses al oeste, el cual convirtió al valle en un refugio seguro.

Los jesuitas no cabían en sí de gozo. «Es obra del Cielo [...] el cambio que empieza a ser evidente en Nueva Francia —escribió uno de ellos—. Antes, solo llegaban del país de los iroqueses monstruos de crueldad, que llenaban de terror nuestros bosques y campos y devastaban nuestros asentamientos. Ahora, la paz prevalece por doquier [...] no hay cabaña de esas naciones bárbaras cuya puerta no esté abierta a los predicadores de la Palabra». Los jesuitas también reportaron satisfechos los comienzos de una «pequeña Iglesia», en torno a la cual había una comunidad multiétnica, kahnawake, surgida en un lugar que los iroqueses consideraban propio. Los indios demostraron «un respeto admirable por sus pastores y una caridad y unión entre ellos que superaba toda imaginación, en particular si se tiene en cuenta que son gentes reunidas de diferentes países», wyandots, neutrales, susquehannoks y las Cinco Naciones. Kahnawake y los otros nuevos asentamientos del San Lorenzo eran lugares indígenas en el corazón de lo que los mapas coloniales identificaban como Nueva Francia. Los soldados galos los evitaban y los jesuitas, aunque eran bienvenidos, los recorrían con cautela; no se atrevían a condenar la tortura ritual de cautivos, si bien no tenían problema en bautizarlos en el momento de su fallecimiento. El valle del San Lorenzo no era una posesión gala. Era el confín septentrional del territorio iroqués [16].

La genialidad de la política exterior iroquesa era su ductilidad, que permitía a estos forjar alianzas con potencias europeas enzarzadas en fuertes pugnas por territorio, comercio, así como con aliados indios. En 1675, mientras Kahnawake y el resto de asentamientos del San Lorenzo parecían situar a las Cinco Naciones en la órbita francesa, los mohawks trataron de establecer una alianza con los ingleses de Nueva York. No fue ningún accidente. Ansiosos por

expandir sus redes comerciales, los mohawks habían contactado en numerosas ocasiones con Nueva York, aunque con escaso éxito. Sin embargo, los ingleses estaban siendo ahora hostigados por los neerlandeses, que conquistaron la colonia por breve tiempo en 1673-1674. En 1675, en un gesto de elevado simbolismo, el nuevo gobernador de Nueva York, Edmund Andros, viajó entre los mohawks, la puerta oriental de la liga; visitó todos los castillos mohawks; y entró en Tionnontogen, capital de los mohawks, donde aceptó la alianza con los iroqueses, lo cual suponía el reconocimiento tácito de la supremacía de estos. Esto dio lugar a la Cadena de la Alianza, una coalición entre la nación mohawk y Nueva York, que, más tarde, incluiría a las Cinco Naciones y las colonias de Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, Maryland y Virginia. En un acto esencial de generosidad interesada, Andros abrió los mercados de pieles y armas de Albany a los iroqueses, lo cual les alejó de la influencia y el comercio francés. De repente, en comparación, los galos parecían cicateros e insolidarios. Los iroqueses anglófilos, relegados durante mucho tiempo, cobraron un papel más prominente en la política exterior de las Cinco Naciones. Andros pidió a los iroqueses que prohibieran a los comerciantes galos el acceso a los Grandes Lagos inferiores y muy pronto la violencia se desbordó más allá de las tierras de frontera entre iroqueses y franceses. Las Cinco Naciones atacaron Fort Frontenac, el mayor bastión interior de Nueva Francia, y la resolución gala se desmoronó. Las Cinco Naciones obligaron a Nueva Francia a dejar de proteger a sus aliados illinis y miamis. Estos dos pueblos, exigieron las Cinco Naciones, ahora les pertenecían [17] .

Los miembros de la alianza anglo-iroquesa reconocían su dependencia mutua, mercadeaban con bienes esenciales y concebían nuevas formas de resolver conflictos. No obstante, este compromiso estaba imbricado en el simbolismo y en la ideología política de los iroqueses. Las Cinco Naciones exigían a las colonias inglesas que los aplacaran con dones periódicos —con los que pulir de forma simbólica la cadena de plata—, con el fin de mantener el vínculo puro y fuerte. Insistían en denominar a los ingleses «hermanos», que denota igualdad y respeto mutuo. Andros odiaba el término e insistía en utilizar «hijos», pero los iroqueses no lo consentían [18] .



Mapa británico de las fortificaciones de Fort Frontenac (1765). Massachusetts Historical Society.

Las Cinco Naciones, en ascenso entre los debilitados franceses y las colonias inglesas, algo más estables, devinieron la potencia dominante del nordeste. Reforzados por su fuerte conexión con Nueva York, los iroqueses dominaban, como primeros entre iguales, una red de alianzas indígenas en expansión. En 1677, un sachem mohawk declaró en Albany: «Somos uno, un corazón y una cabeza, pues la alianza que hay entre [el gobernador general de Nueva York] y nosotros, es Inviolable». Los iroqueses aceptaron el liderazgo simbólico de Andros y de Albany en el seno de la Cadena de la Alianza, lo cual facilitó su extensión a Maryland y Virginia. En 1679, un sachem onondaga anunció que los virginianos siempre serían bienvenidos en «nuestros castillos». Los jefes iroqueses dejaron bien claro que el liderazgo inglés era simbólico, pues insistían en ser tratados como iguales. La paz se extendió «hasta el confín más lejano de los dominios de nuestro Gran Rey en este Continente de la América» [19].

La Cadena de la Alianza confirmó el acceso privilegiado de las

Cinco Naciones a los mercados y al apoyo diplomático inglés, una posición de ventaja política sin precedentes que aprovecharon en múltiples frentes. Para proteger su territorio principal, las Cinco Naciones permitían el asentamiento de grupos más débiles en sus fronteras como aliados tributarios, que además servían de barrera contra sus enemigos. Absorbían a adversarios sometidos —odawas, wenros, lenapes, shawnees, meskwakis y wendats— en calidad de «mujeres» y «sobrinos». Los guiaban y comandaban como sus «tíos» y les exigían soldados para sus campañas. Estas metáforas de género, en apariencia insultantes, unían en alianza a las naciones. Las guerras del duelo —el mayor despliegue de poder bélico de la Norteamérica del siglo XVII— llevaron la paz al interior. Los odawas consolidaron su puesto de comerciantes principales del oeste del Pays d'en Haut.

La paz en el este nutrió la expansión en el oeste. Una vez más, tras dos décadas de calma relativa, las partidas de caza y de guerra de los iroqueses se adentraron en el interior, en busca de castores y de cautivos. La mayoría de sus pieles iba ahora a parar a Albany, donde el precio obtenido duplicaba en ocasiones el que ofrecían los mercaderes franceses. Andros deseaba que las Cinco Naciones interrumpieran el comercio interior de Francia y patrocinó con generosidad sus operaciones. Sin embargo, los iroqueses se cuidaron de provocar un conflicto con los galos, que, en 1673, convirtieron los fuertes de Frontenac y Niagara en bastiones contra sus avances hacia el oeste. Las Cinco Naciones dependían de moverse sin trabas para obtener recursos vitales y mantener su seguridad. En 1676, el misionero francés Louis Hennepin invitó a un elevado número de iroqueses a asentarse cerca de Fort Frontenac. Casi de inmediato, se materializó una «aldea de cuarenta cabañas [...] situada entre el fuerte y la nuestra casa de misión». Muy pronto, campos de «legumbres y maíz indio» se extendieron en derredor del fuerte. Los iroqueses habían hecho suyo Fort Frontenac, al menos por el momento [20] .

Los iroqueses se estaban transformando en un imperio. En ese momento, eran toda una crisis existencial para Nueva Francia, cuya supervivencia dependía de las pieles y de los aliados nativos. La embestida iroquesa golpeó el vientre débil del imperio francés, el

País de los illinis —que se cree que se extendía desde el curso medio del Misisipi hasta el valle del Ohio y el extremo inferior del lago Michigan— y causó el pánico entre los aliados indios de Nueva Francia. Para empeorar aún más la situación, la colonia francesa estaba amenazada por el norte: en la década de 1670, mercaderes ingleses se hicieron fuertes en la bahía de Hudson y empezaron a expandir sus operaciones por medio de tramperos nativos y un complejo sistema fluvial en abanico que se adentraba en profundidad hacia el interior. Nueva Francia estaba perdiendo población a causa de las guerras indias. Colbert comprendió que su visión de un imperio basado en San Lorenzo ya no bastaba en un entorno imperial cada vez más competitivo, de modo que ideó un nuevo tipo de imperio galo en Norteamérica, cuyos tentáculos se extendieron hasta el corazón del continente. Con objeto de contener a las Cinco Naciones y a los ingleses, Colbert estableció un sistema de permisos que permitía a los comerciantes galos adentrarse en el interior y comprar de forma directa pieles a los tramperos nativos. Con reticencias, también autorizó a los coureurs de bois —corredores de los bosques—, mercaderes independientes de alta movilidad, a adentrarse en los bosques del oeste, con la esperanza de recuperar el control del comercio peletero del interior. Al cabo de poco tiempo, operaban en el Pays d’en Haut varios centenares de coureurs de bois y voyageurs, recios transportistas de larga distancia que transportaban las pieles a bordo de sus canoas hasta los puestos avanzados coloniales [21] .

Colbert no calculó bien. Al centrarse en la amenaza inglesa y lanzar a los coureurs de bois entre los indios se enemistó con los iroqueses, que consideraban que ahora les pertenecían buena parte del interior y los recursos. Los iroqueses hicieron un esfuerzo concentrado para abrir el comercio con varias naciones de la zona del lago Michigan, aunque no se lo permitieron. Encabezados por los senecas, las Cinco Naciones emprendieron una ambiciosa ofensiva —la tercera en cuatro décadas— para tomar pieles y cautivos. Atacaron a los aliados de Francia: illinis, miamis, odawas, otoes, wyandots y meskwakis por todo el Pays d’en Haut y más allá, lo cual paralizó casi por completo el comercio interior. Los franceses se preguntaban angustiados cómo los iroqueses «habían obtenido una ventaja tan grande» sobre los illinis, «a los cuales, además de hacerles tres o

cuatrocientos muertos, les capturaron novecientos prisioneros». En una sombría reunión en Quebec, el gobernador, Joseph-Antonie Le Fèbvre de la Barre, reportó que la intención de los iroqueses «es destruir, una tras otra, a todas las naciones que nos son aliadas, mientras nos mantienen en la incertidumbre, de brazos cruzados». Esto, advirtió, anunciaba un desastre para Nueva Francia: «Después de que nos hayan arrebatado todo el comercio de pieles, que tratan de manejar por sí mismos con los ingleses y neerlandeses asentados en Manatte y Orange, podrían atacarnos a nosotros. Entonces obligarán a concentrar la población de la colonia, prohibirán todo asentamiento externo, con lo que dejará de cultivarse el suelo y así la arruinarán». Los ingleses, se lamentó De la Barre, tenían de su lado a la Liga de las Cinco Naciones, lo cual era una diferencia decisiva. Se dice que no piensan en otra cosa «que meter a Onontio en un caldero», es posible que para reducirlo de forma simbólica. «El terror que nos han inspirado a todos los demás [les ha] hecho tan soberbios que se consideran los dueños del mundo —escribió el padre Thierry Beschefer—. Al mismo tiempo muestran una predisposición muy malévola hacia los franceses, lo cual nos hace sentir un gran temor a que haya guerra» [22] .



Los voyageurs franceses, de gran movilidad, cooperaban estrechamente con los nativos americanos. Francis Anne Hopkins (1879). Library and Archives Canada.

Lo que el misionero consideraba simple maldad era, en realidad, política. En 1674, las Cinco Naciones se reunieron con el gobernador De la Barre en Montreal. Los galos estaban ansiosos por poner fin a la escalada de violencia que estaba arruinando el comercio peletero en los Grandes Lagos, pero la cumbre se convirtió en una especie de ceremonia conciliadora en la que el gobernador hizo todo lo que pudo para apaciguar al pueblo que llevaba décadas librando una guerra incesante contra los franceses y sus aliados indios. Nuevo en el cargo, De la Barre observó la política exterior de las Cinco Naciones y estaba alarmado e impresionado a la vez. Las Cinco Naciones habían debilitado o dejado de lado de forma metódica a sus rivales nativos, al tiempo que mantenían el acceso a los mercados coloniales. Batalla a batalla, guerra a guerra, habían configurado el interior para ajustarlo a sus necesidades.

En la cumbre, De la Barre se excusó ante los embajadores de las Cinco Naciones por armar a sus enemigos illinis y cubrió de regalos a más de 40 iroqueses. Afirmó que las Cinco Naciones eran la «[nación] más brava, fuerte y astuta de toda Norteamérica, pues veinte años atrás sojuzgó a todos sus vecinos». Desde luego, no quería ir a la guerra con ellos. Mientras que los iroqueses podían reunir a centenares de soldados de gran capacidad, el gobernador apenas contaba con cinco oficiales aptos. «La edad avanzada o la corpulencia hacían a los demás incapaces de soportar fatigas de esa suerte», se quejó tiempo después. Combatir a las Cinco Naciones, reconoció De la Barre, sería una locura. «No dejarán de aprovechar las más nimias oportunidades para tratar de hacerse los amos de esa gente y esos puestos [en los Grandes Lagos] y, robándonos, destruir la Colonia del Rey de Francia en Canadá» **[23]**.

Hacia 1680, unos cincuenta años después de la terrible epidemia de viruela que redujo su población a la mitad, las Cinco Naciones estaban en la cúspide de su poder; en ese momento, era la nación dominante del gran interior. Los franceses los temían, los ingleses los respetaban como aliados y los neerlandeses ya no tenían una colonia en Norteamérica. Los iroqueses parecían estar por doquier. Sus partidas guerreras recorrían con su flota los Grandes Lagos, en busca de cautivos, pieles y sanación espiritual y emocional. Su mundo se había expandido de forma explosiva y ahora abarcaba un

dominio enorme. Capturaban pieles y cautivos desde el valle del Ottawa a los confines occidentales del Pays d'en Haut, que los galos aún reivindicaban —en ese momento con escasa insistencia— como parte de su imperio.

Ahora que la mayoría de colonias inglesas estaba en su órbita, las Cinco Naciones empezaron a maniobrar para integrar en su esfera de influencia a sus vecinos nativos. Debilitados, los susquehannocks, piscataways y otros buscaron refugio en Iroquia contra Maryland y Virginia. Muy pronto, las partidas de guerra conjuntas de iroqueses y susquehannocks partieron a «batir las cabeceras» de los ríos Potomac, James y Roanoke para integrar en Iroquia a sus afluentes nativos. Los iroqueses también tomaron «indios cristianos» de Massachusetts y se negaron a devolverlos a Nueva Inglaterra —ahora eran «carne de su carne y sangre de su sangre»—, cuando aquella lo solicitó. En el oeste, los iroqueses atacaron a los aliados de los franceses, illinis, miamis y odawas, tomaron centenares de cautivos y destrozaron las redes comerciales de Francia en el interior. Los miamis ofrecieron 3000 pieles de castor a cambio de sus familiares; los iroqueses aceptaron las pieles, pero se negaron a liberar a los cautivos. Los sachem iroqueses consideraron adecuado informar al gobernador de Nueva Francia —Louis de Buade, conde de Frontenac— de que «no iban a comerse a sus hijos»[24].

A medida que aumentaban las ambiciones iroquesas, la confederación establecía complejos acuerdos de política exterior con las potencias coloniales vecinas. Desde mediados del siglo XVII, Nueva Francia había constituido el principal desafío a las ambiciones y soberanía de las Cinco Naciones. La invasión de Iroquia en 1666 de Tracy parecía haber anclado a los iroqueses en la órbita francesa al abrir sus aldeas a los hábitos negros de los jesuitas. Las Cinco Naciones sufrieron enormes pérdidas en sus incesantes contiendas de castores y de duelo, lo cual les dejó en la duda con respecto a su virtud espiritual y su primacía política. Muchos parecían haberse vuelto firmes francófilos que abrazaron al Dios cristiano, aceptaron a Onontio como su padre y abrieron sus asentamientos a los mercaderes galos. Con este telón de fondo, la Cadena de la Alianza de las Cinco Naciones con Nueva York de la década de 1670 parecía anunciar la división de la Liga Iroquesa en facciones rivales. La repentina ascendencia jesuita entre los

iroqueses del San Lorenzo semejaba una capitulación a una potencia colonial y alimentó hostiles sentimientos antifranceses en el seno de la liga. El bloque probritánico de los iroqueses se animó a dirigir a la liga hacia una alianza más estrecha con Nueva York, que acumulaba cada vez más poder. En realidad, los bloques francófilo y anglófilo permitieron a la Liga Iroquesa mantener en un estado de incertidumbre a las dos potencias más poderosas de Norteamérica, sostener relaciones comerciales y políticas con ambos y obtener relevantes concesiones de cada una de ellas [25] .

De repente, Nueva Francia quedó sitiada por la pujante Liga de las Cinco Naciones. El imperio norteamericano de Francia no existía fuera de su red de alianzas indias y las Cinco Naciones estaban, a un tiempo, usurpando esa red y despedazándola. Los cautivos fluían a Iroquía —una sola incursión logró 800 illinis— y la cifra de aldeas iroquesas aumentó de 15 en 1666 a 24 en 1680, mientras que el área cubierta por sus asentamientos aumentó de unos 18 000 kilómetros cuadrados a 120 000. Las partidas guerreras iroquesas saquearon naves galas y exigieron tributo a Fort Frontenac, mientras que vendían la mayor parte de sus pieles a Albany. Nueva Francia sufrió un descenso del 25 por ciento de sus ingresos por pieles. El gobernador Frontenac posponía una y otra vez las conversaciones directas con los iroqueses. Tenía un buen motivo para ello: estos habían amenazado con hervirlo y comérselo [26] .

Nunca había existido en Norteamérica nada semejante a la Liga de las Cinco Naciones. Ninguna otra nación o confederación indígena había llegado tan lejos, desplegado una política exterior tan ambiciosa o inspirado semejante temor y respeto. Las Cinco Naciones combinaban diplomacia, intimidación y violencia según dictaran las circunstancias y fomentaban una inestabilidad controlada que solo ellos podían manejar. Su principio rector era evitar vincularse en exclusiva a una sola colonia, puesto que restringiría sus opciones y los expondría a la manipulación externa. Los funcionarios galos consideraban que los iroqueses buscaban ser «los únicos amos del comercio». Tal idea no estaba muy desencaminada. Tras ver cómo las Cinco Naciones «arruinaron por completo» a varias naciones nativas, los franceses se sabían indefensos. Un imperio iroqués se estaba consolidando en el interior [27] .

Unos 1600 kilómetros al este, en el valle del San Lorenzo, se hallaba Kahnawake, al otro lado del río, frente a Montreal. Los asentamientos mixtos contaban ahora con 60 grandes casas, a consecuencia de la incorporación constante a la Liga Iroquesa de cautivos adoptados. No muy lejos, río arriba, las localidades misioneras de La Montagne, La Prairie, Lorette y Notre-Dame-de-Foy cumplían funciones similares, cimentar la presencia y el poder iroqués a lo largo del gran río. Todos los asentamientos recibían un generoso apoyo de sus vecinos franceses, a los que consideraban familia y facilitaban las negociaciones entre la Liga de las Cinco Naciones y Nueva Francia. Los iroqueses fueron atraídos a Kahnawake por una mujer, hija de una cautiva cristiana algonquina y de un mohawk. Toda su familia más próxima había perecido de viruela. Tenía «reputación de santidad», escribió el padre Claude Chauchetière, que consideró que su espiritualidad superaba la suya. La mujer pidió ser bautizada, lo cual le enemistó con su parentela mohawk, que detestaba el cristianismo, y se convirtió en Catalina Tekakwhita. Falleció de viruela a los 24 años de edad, con su cuerpo debilitado por una severa automortificación. «Hay constantes visitas a su tumba —escribió el padre Chauchetière— y los salvajes, siguiendo su ejemplo, son ahora mejores cristianos que antes» [28] .

Vivir en misiones y aceptar los ritos cristianos no significaba someterse a las costumbres francesas, ni tampoco anunciaba el control galo sobre las Cinco Naciones. Habían adoptado a los franceses y sus recursos, pero no estaban bajo su influencia. Los iroqueses acogían de buen grado a los jesuitas porque eran útiles intermediarios, fuentes de información y rehenes contra la agresión francesa. Numerosas mujeres acudieron de forma activa al cristianismo y emplearon su fe para afirmar su poder contra los frailes jesuitas [29] .

Centenares de kilómetros al sur de Kahnawake, los iroqueses entraban de forma rutinaria en Virginia y Maryland al amparo de la Cadena de la Alianza para cazar, comerciar y reclutar soldados entre sus adoptados de las naciones susquehannock, lenape y erie. A los ingleses los consideraban parientes y se negaban a hacer suya la enemistad de Nueva Francia hacia estos. El gobernador De la Barre se aproximó a la verdad al reportar que «la falta de toda ayuda de

Francia ha comenzado a inspirar entre estos iroqueses el desprecio hacia nosotros, puesto que nos consideran desamparados». Los iroqueses exigían a Onontio afecto y mercancías. «Ahora están tratando con los ingleses en Orange —advirtió De la Barre, pero— con una pequeña asistencia de Su Majestad, podemos prevenir la guerra y calmar a esos espíritus orgullosos y fieros, lo cual sería el mayor bien que podría proporcionarse al país». Solo era gesto; los imperiales iroqueses dominaban la situación [30] .

Capítulo 10

El poder de la debilidad

El ascenso al poder de las Cinco Naciones parecía una contradicción. Su expansión estuvo desencadenada por una catástrofe poblacional causada por la viruela, llegada de Europa, y se hizo más fuerte una vez que se acercaron, no se alejaron, de las colonias europeas cuyos líderes los consideraban salvajes, obstáculos y, en última instancia, prescindibles. Pese a que las Cinco Naciones estaban rodeadas por tres imperios globales —franceses, neerlandeses e ingleses—, lograron convertir esta aparente trampa mortal en una posición ventajosa. Hubo momentos en que pareció derrumbarse bajo la presión de múltiples rivales. Y, sin embargo, no solo se mantuvieron, sino que dominaron. Ninguna nación, europea o indígena, pudo igualar su alcance geográfico y su poder político en Norteamérica en el transcurso del siglo XVII.

Potenciados por las municiones inglesas, las Cinco Naciones pasaron a absorber o destruir a todos sus enemigos nativos y a «erigirse en los amos de Massilimakina [Michilimackinac], los lagos Herie [Erie] y Hurón y la bahía des Puans». Su control de las vías acuáticas del interior, escribió De la Barre a sus superiores de Francia, privaría a los franceses de «todo el comercio» en el Pays d'en Haut, «al tiempo que destruirían todas las misiones cristianas». Nueva Francia se enfrentaba a la aniquilación. «Esta es una guerra que no debe iniciarse y quedar incompleta —insistió De la Barre—. Si es emprendida, pero no finalizada [...] no habrá esperanza alguna de conservar la colonia». Sin embargo, cuando los iroqueses saquearon los almacenes de Fort Frontenac, el ejército de De la Barre apenas opuso una débil respuesta. En 1684, las Cinco Naciones impusieron al gobernador una paz humillante, por la que le obligaron a retirar el apoyo francés a illinis y miamis. Este sometimiento era ruinoso para la reputación de Nueva Francia, cuyo gobernador era un padre para sus aliados nativos, afectuoso, generoso y poderoso [1].

La superioridad de las Cinco Naciones no se debió a sus mayores recursos. En realidad, superaron a Francia porque eran más creativos y rápidos. Nacida del caos y el terror, la Gran Liga de Paz y Poder era, a la vez, conciliadora e inclusiva. Todas las decisiones que afectaran al conjunto de la liga se basaban en el consenso, aunque en el ámbito local la liga estaba muy cerca de ser una meritocracia pura. Un líder local hábil y poderoso con muchos seguidores podía emprender ataques, librar contiendas y hacer y romper treguas casi a voluntad. Podía enviar partidas guerreras contra los asentamientos enemigos para tomar cautivos, imponer privilegios de caza y proteger centros mercantiles. Los iroqueses mostraban dos rostros a las potencias coloniales. Uno era el de una liga sofisticada con la que se podía negociar, mercadear y coexistir; el otro era el de una potencia militar, imponente, descentralizada, impredecible, incontenible.

Las Cinco Naciones modelaron en profundidad la historia estadounidense, ya que potenciaron ciertos proyectos coloniales —Nuevos Países Bajos, Nueva York y otras colonias medias—, al tiempo que frustraban otras, en particular Nueva Francia, cuyas ambiciones comerciales y territoriales en el interior fueron severamente reducidas por el poder iroqués. Los funcionarios de Quebec recibían orden de compilar mapas de Norteamérica y remitirlos al Ministerio de Marina en París. No podían enviar gran cosa: sus mapas quedaban en blanco unos 160 kilómetros al oeste del lago Superior. Más allá de ese punto, la imaginación tomaba el relevo. Ciertos eruditos y cartógrafos galos creían en la existencia de un «mar del Oeste», no muy lejos del valle del Misisipi, una enorme extensión del Pacífico, similar al Mediterráneo, en el corazón del continente, que les ofrecía la ruta marítima a China, tanto tiempo buscada[2].

La geografía era uno de los factores que explican el éxito de las Cinco Naciones: Iroquia no estaba tan cerca de los asentamientos coloniales para quedar a su sombra, pero tampoco estaba demasiado lejos de los establecimientos europeos para no cosechar los beneficios tecnológicos y materiales que estos ofrecían. Durante el auge de las Cinco Naciones, sus soldados fueron siempre la potencia indígena mejor armada del continente. Hacia la década de 1680, las autoridades imperiales galas, incapaces de igualar la

potencia de fuego, alcance y movilidad de los iroqueses, parece ser que se resignaron a aceptar el dominio indio sobre Nueva Francia y el país illini. En la primavera de 1687, los galos comentaban desesperados que las Cinco Naciones «se extienden por todos lados en esas direcciones [oeste y sur]». Los funcionarios franceses sentían particular horror hacia las maniobras del líder de las Cinco Naciones, La Grande Gaule, y sus soldados. «La facilidad con la que podrían exterminar a nuestra gente, a consecuencia del conocimiento que tienen de nuestra debilidad» detuvo en seco la construcción del imperio francés [3] .

El mundo era como debía ser. Iroquía radicaba en su centro, abrazada por colonias europeas cuyos líderes y habitantes temían y respetaban a los iroqueses y querían ser sus aliados. Ansiaban comerciar con ellos, armarlos, protegerlos contra las enfermedades y salvar su alma. Los europeos hicieron todo esto porque necesitaban a las Cinco Naciones, cuyo poder apuntalaba el suyo. Sabían que, sin los iroqueses, no podría haber colonia alguna en el Nuevo Mundo. El pujante imperio iroqués era ahora la potencia dominante en el gran interior.

Para los franceses, en cambio, su mundo se tambaleaba. Las Cinco Naciones habían eclipsado a Nueva Francia. En 1670, el gobernador general Daniel de Rémy de Courcelle reprochó a los líderes senecas sus operaciones militares en el interior. En respuesta, un portavoz seneca replicó con sorna: «¿Por quién nos toma, Onontio? […] Se siente vejado porque vamos a la guerra y desearía que bajemos nuestras hachas y dejemos en paz a sus aliados. ¿Quiénes son sus aliados? Cómo quiere que los reconozcamos, cuando afirma tomar bajo su protección a todos los pueblos descubiertos por los portadores de la Palabra de Dios en todas esas regiones». Los iroqueses estaban en guerra con esas naciones y no depondrían las armas solo porque se lo ordenara Courcelle. «Dejemos que Onontio compruebe su hacha si desea dejarnos solos. Amenaza con llevar la desolación a nuestra Tierra; veamos si sus brazos son lo bastante largos para arrancarnos la cabellera de nuestra cabeza». Courcelle se echó atrás, pues no se atrevió a poner a prueba la firmeza de los senecas. Esta sumisión era lo que mantenía en paz a las Cinco Naciones y daba seguridad a Nueva Francia [4] .

El dominio iroqués redujo drásticamente el acceso francés a las pieles, riquezas y almas del interior profundo y algunos creían que los iroqueses le impedían a Francia la entrada a Asia. No obstante, esto es solo la mitad de la historia. El poder iroqués se extendía más allá del control territorial de Francia, que, en las postrimerías del siglo XVII, seguía limitado a la orilla oeste del lago Ontario. Las expansivas guerras de los castores y del duelo habían transformado enormes extensiones de la región de los Grandes Lagos en un hinterland extractivo donde las ágiles expediciones bélicas de las Cinco Naciones mantenían aterrorizadas a numerosas naciones nativas. Bajo esta presión incesante, un extraordinario nuevo mundo empezó a formarse en el Pays d'en Haut. No era ni un dominio indígena ni europeo; en realidad, era una mezcla de ambos. El nuevo mundo que se configuró en el oeste hundía sus raíces en la violencia que modificó el mundo y su principal agente aglutinante era la mutua debilidad.

A mediados del siglo XVII, la región de los Grandes Lagos se convirtió en un batiburrillo de lenguas, usos, sensibilidades y ambiciones. Los matrimonios consuetudinarios à la façon du pays, «conforme a los usos del país», aliviaron algunas diferencias entre grupos mediante la creación de nuevos vínculos familiares, mientras que la ceremonia del calumet fomentaba la reflexión, calmaba las mentes vengativas y creaba lazos de parentesco simbólico. Cada unión intercultural requería esfuerzos constantes, porque este era un mundo de aldeas, conformado con fragmentos de diáspora; carecía de mecanismos generales de gobierno. Todas las negociaciones —en cuanto a cazaderos, privilegios mercantiles, asesinatos o cooperación— tenían lugar a nivel de pueblos, cara a cara. Con frecuencia, era necesario improvisar y reinventar los métodos de resolución de conflicto debido a las muchas diferencias entre las distintas tradiciones; algunas naciones querían devorar a sus enemigos, otras no; muchas veneraban el calumet, pero otras no; muchas consideraban que el dolor causado por la muerte de un familiar podía aplacarse con regalos, otras no. Cada disputa se intensificó porque la caza empezaba a escasear en los Grandes Lagos a causa del influjo de refugiados. Pese a todo, este mundo de refugiados sobrevivió.

Sobrevivió porque los indios hallaron la forma de hacer valiosos a

los franceses, igual que habían hecho los iroqueses. Las comunidades de refugiados fueron a Quebec a hablar con Onontio. En 1665, un viejo portavoz de los wyandots le dijo a Tracy, teniente general de Nueva Francia: «Gran Onontio, podéis ver a vuestros pies las ruinas de un gran país y los penosos restos de todo un mundo, antaño poblado de incontables habitantes. Ahora, te hablan meros esqueletos, solo los huesos que han dejado los iroqueses, que han devorado la carne tras asarla en sus cadalsos». El portavoz extendió una piel de alce e imploró «al más grande de todos los Onontios sobre la tierra —que aceptara— este pequeño presente de la vacuidad de nuestra tierra». A continuación, explicó, con claridad sucinta, el infortunio de su pueblo. Estaba solicitando la protección de Onontio [5] .

Durante las treguas periódicas con los iroqueses, mercaderes galos independientes se introdujeron en la zona de refugiados, cuyas aldeas abarrotadas los atraían como imanes. Llevaban armas de fuego y de hierro, que permitieron a los indios del lago abandonar las peligrosas expediciones de comercio a Montreal y Nueva York. Los franceses eran un pueblo con poderes extraordinarios, como también lo eran los misioneros jesuitas que llegaron poco después, animados por sueños quijotescos de una «Nueva Jerusalén» en los bosques remotos. En 1668, Jacques Marquette estableció una misión, Sault Ste. Marie, en un antiguo dominio indígena en el estrecho de Mackinac, entre los lagos Hurón y Michigan. Para los indios, la misión era menos un lugar de salvación espiritual que una base de operaciones pesqueras, algo que los jesuitas vieron de inmediato. Fue la protección francesa y la pesca, no la Palabra de Dios, lo que atrajo al lugar a unos 2000 indios. Ciertos grupos de refugiados, en particular los wyandots, se reagruparon en la misión y resucitaron sus antiguas confederaciones [6] .

Los indios refugiados querían la alianza de los franceses, no solo contra los iroqueses, sino también contra un segundo adversario: la gran Confederación Siux, los Očhéthi Šakówiŋ, o «Siete Fuegos del Consejo», que controlaba las tierras al oeste de los Grandes Lagos, un núcleo principal de alrededor de 155 400 kilómetros cuadrados que se extendía a ambos lados del curso superior del valle del Misisipi, con sede en Mde Wakan, su lago sagrado y centro del mundo. Los Siete Fuegos del Consejo llevaban décadas

maniobrando para obtener acceso al comercio de pieles que proporcionaba tecnología decisiva y aliados a las otras naciones nativas, aunque sus esfuerzos apenas les habían proporcionado una débil conexión con los sauteurs, que ocupaban una península rica en recursos en el rincón sudoeste del lago Superior, una franja de tierra que los franceses denominaban La Pointe de Chequamegon. «Sus usos y costumbres son de lo más extraordinario; adoran sobre todo el calumet —afirmaron los jesuitas— y hablaban un idioma del todo extraño, que los salvajes no entienden en absoluto». Cuando recibían a un visitante, los siux lo alimentaban «con un tenedor de madera, como se haría con un niño». Los siux eran extranjeros para los indios de los lagos y sus ceremonias y protocolos diplomáticos del todo diferentes. Ignorados y excluidos de los círculos mercantiles y diplomáticos, los siux tomaron represalias: atacaron y liquidaron a meskwakis, odawas y otros pueblos de los lagos. «Una Liga general» se formó «contra el enemigo común». En 1670, embajadores siux visitaron la aldea de Chequamegon, en la bahía Chequamegon, en el lago Superior. Los wyandots los hirvieron de forma ritual y se los comieron [7] .

Los jesuitas llamaron a los siux «los iroqueses de este país, de más allá de la Pointe». En las décadas de 1650 y 1660, las partidas guerreras iroquesas ejercieron de martillo que oprimió contra el yunque siux a los refugiados que huían en dirección oeste. Sin embargo, en la década de 1670, los roles se intercambiaron: los siux devinieron martillo y la presencia iroquesa en el este mantenía en su lugar a los refugiados. Los siux pronto se vieron en una situación insostenible, pues cada asalto les creaba más enemigos. Los jesuitas presentaban a los Siete Fuegos del Consejo como «una nación por demás numerosa y belicosa» y «los enemigos comunes de todos los salvajes incluidos bajo el nombre de outacoac, o algonquinos de arriba». Sus soldados «llegaron incluso a avanzar con vigor sus armas hacia el norte; y, al hacer la guerra a los kilistinons [crees] que allí moran, fueron terribles por doquier a causa de su audacia, su número y su pericia en la batalla». En 1674, los anishinaabegs sorprendieron a los dispersos siux en su territorio e hicieron 80 prisioneros. Los siux despacharon a «diez de los más audaces entre ellos» a Sault Ste. Marie a negociar la liberación de los cautivos. Sin embargo, los crees y los anishinaabegs mississaugas maniobraron

para frustrar la paz y decidieron «masacrar a los diez embajadores». Solo lograron matar a uno antes de que los siux, «enardecidos por la venganza […] hundieran sus cuchillos en todos los salvajes reunidos, sin hacer distinción entre kilistinons y sauteurs, pues creían que todos ellos habían conspirado para asesinarlos» [8] .

Las ambiciones, rivalidades, asesinatos, guerras y odios de los indígenas —todo ello magnificado por la pugna entre colonias— estaban llevando al límite a las naciones del interior. No obstante, los colonos también podían resultar valiosos. Dado que no había demasiados colonizadores en el oeste, estos debían adaptarse a los usos indígenas. Eran demasiado débiles para ejercer el control e imponer condiciones. Para justificar su presencia en el oeste indígena, debían ayudar a los indios a restablecer el orden en su mundo y entonces ellos también podrían tener un lugar en él.

Nicolas Perrot podía ser de ayuda. Al parecer, había llegado a Nueva Francia como misionero jesuita seglar; conocía varias naciones nativas y había aprendido sus lenguas. Al cabo de poco tiempo dejó la orden y se hizo comerciante. Visitaba a los indios refugiados en La Baye des Puants —Green Bay— y se ganó su confianza. En 1670, Jean Talon, intendente de Nueva Francia, encargó a Perrot y a un oficial del ejército, Simon-François Daumont de Saint-Lusson, la búsqueda de minas de cobre y la exploración del oeste en dirección al lago Superior hasta alcanzar un «mar de agua dulce», esto es, el Pacífico. Deberían «tomar posesión, en nombre del rey, de todo el país» de los odawas. Perrot invitó a varias naciones de los lagos a La Baye des Puants. Allí, repartió regalos y preguntó a la asamblea y a los indios «si reconocían, como sus súbditos, al gran Onontio de los franceses, nuestro rey y soberano, que les ofrece su protección». Los enviados aceptaron el ofrecimiento y Perrot se comprometió a que el Onontio los protegería «como a sus propios hijos»: «Si algún enemigo se alzaba contra ellos, él lo destruiría; si sus hijos tenían disputas entre ellos, era su deseo ser juez en estas». A cambio, Onontio les pedía lealtad [9] .

En concreto, Onontio también era el jefe de un imperio y, con arreglo a ello, se encargó de arbitrar agravios entre los aliados indios de Francia. El gobernador De la Barre envió a Perrot al

interior en calidad de intermediario para gestionar el comercio de pieles y preservar la paz. Los mercaderes galos se estaban introduciendo al oeste del lago Superior, en territorio siux, que era conocido como «el criadero de castores», debido al aislamiento de los Siete Fuegos del Consejo de los mercados peleteros franceses. Los indios de los lagos estaban aterrados; Onontio parecía haberles dado la espalda. Los siux y sus aliados sauteurs atacaron a los poderosos meskwakis con intención de marginarlos y atraer a los mercaderes franceses. Los meskwakis —a quienes los franceses llamaban «zorros»— acabaron con algunos siux en represalia. El desorden no impidió a los comerciantes franceses, deseosos de viajar al oeste, llevar armas al país de los siux. El interior quedó sumido en un estallido de violencia [10] .

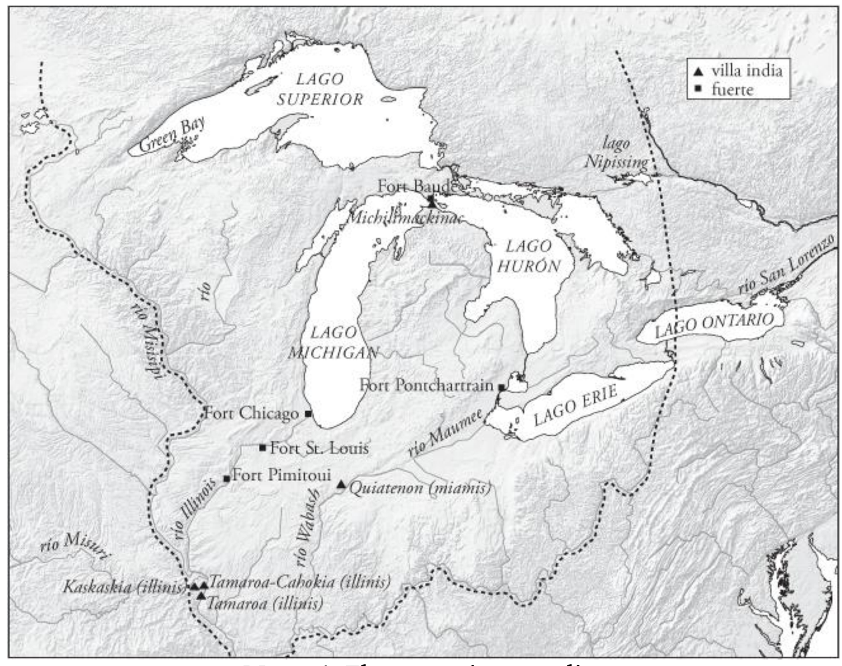
Aunque resulte paradójico, tal violencia estrechó la relación entre los franceses y los indios de los Grandes Lagos. Los galos en esta región estaban aislados del corazón de su imperio, situado en el valle del San Lorenzo, y los indios aún sufrían las consecuencias de la violencia iroquesa y de las disensiones internas. Incapaces de dominarse entre ellos, tanto franceses como indios de los lagos tenían que hacer concesiones que podían ser mutuamente beneficiosas. Poco a poco, encuentro a encuentro, forjaron un extraordinario mundo común, un terreno intermedio en el que podían coexistir como aliados e iguales. Nacido de la debilidad, el terreno intermedio era un espacio social donde las personas aceptaban su mutua dependencia. Demasiado débiles para imponerse, tenían que adaptarse el uno al otro. Buena parte de este acomodo requería apelar a las normas y usos culturales del otro. Costumbres que, con frecuencia, les parecían absurdas, repulsivas, incluso. Podía ser más útil ser malinterpretado de forma creativa que ser comprendido a la perfección, pues de esos malentendidos surgieron nuevos significados y prácticas, el nervio del terreno intermedio. El apogeo del entendimiento franco-indio era la Fiesta de los Muertos, una antigua ceremonia en la cual la nación anfitriona oficiaba la inhumación en masa de los huesos de los difuntos y repartía enormes cantidades de regalos para aliviar el dolor y fomentar nuevos familiares y aliados [11] .

Perrot se hallaba en el epicentro de ese mundo emergente. En 1683, durante una conferencia en una aldea meskwaki, al oeste de La

Baye des Puants, asumió el rol de Onontio y reprendió a sus anfitriones por sus ataques. Perrot, que dominaba la forma de expresarse de los indígenas, les dijo lo siguiente: «Escuchadme, outagamis [meskwakis], lo que he de deciros. He sabido que ansiáis devorar la carne de los franceses. He venido, con estos jóvenes que aquí veis, a satisfaceros; metednos en vuestros calderos y daos un festín con la carne que codiciáis». El «principal» caudillo guerrero de los meskwakis protestó de inmediato: «¿Qué hijo podría devorar a su padre, de quien ha recibido la vida?». Perrot vio en ello el reconocimiento de la deuda que aquel hombre tenía con los franceses, que habían llevado armas de fuego y hierro a su gente y que habían mediado en sus conflictos. Hablando de nuevo en nombre de Onontio, Perrot los conminó: «Vomitad vuestra presa […] devolvedme mi cuerpo, que ansiáis meter en vuestros calderos […] si lo cocináis, este provocará vapores que formarán nubes de tormenta que cubrirán vuestra aldea […] y será consumida al momento por las llamas y relámpagos que saldrán de ellas». Perrot exhortó a los meskwakis a «creer a vuestro padre, que no os abandonará si no le obligáis a hacerlo» **[12]** .

Esta cumbre en la aldea meskwaki fue un microcosmos del terreno intermedio franco-indio. Era un mundo destruido formado por aldeas nativas exiliadas, asentamientos mixtos de refugiados y con un puñado de fuertes galos en los márgenes. Los franceses entraron en este país atomizado y de apariencia desorganizada con temor, pues no comprendían los intentos nativos de restablecer el orden por medio de dones y buenas palabras. Los galos solo veían caos, se retiraron y dieron por muerto al Pays d’en Haut. Hasta ese momento, esto había sido un proceso habitual en los inicios de la historia norteamericana. Gentes diferentes se encontraban, se veían como extraños y se dejaban llevar por la frustración y el desprecio. Sin embargo, en el Pays d’en Haut se consolidó una pauta diferente. Los indios, reportó Perrot, insistían en la «arrogante noción de que los franceses no pueden continuar sin ellos y que no podemos mantenernos en la colonia sin la asistencia que nos dan». El hecho crucial fue que Perrot no protestó. Era consciente de la debilidad gala y de que necesitaban a los indios para sobrevivir. Resulta revelador que Perrot construyera una alianza por sí solo, sin infraestructura colonial; en los distantes Grandes Lagos, Francia y

las demás potencias coloniales estaban al límite de su capacidad logística[13].



Mapa 4: El terreno intermedio.

En el terreno intermedio, Perrot y otros funcionarios franceses arbitraban disputas y patrocinaban rituales indígenas que mantenían el equilibrio del mundo. Pronto surgieron nuevas formas de coexistencia. En lugar de imponer sus normas y valores, debían hallar en una cultura extraña algo que pudiera ser utilizado, apropiado y readaptado, por más extraño o aborrecible que fuera. De concesión en concesión y de malentendido en malentendido, los nativos americanos y los recién llegados empezaron a fusionarse entre sí, una demostración manifiesta del pragmatismo indígena[14].

Los illinis y los mascoutens querían que los franceses lucharan contra sus enemigos y que movilizaran a su favor el poder espiritual y militar de Francia. Estos indios pidieron a los jesuitas, y por extensión al imperio francés, que se uniera a su guerra contra los nadouessi —el nombre que los franceses daban a los siux— y

ofrecieron a los sacerdotes «libre acceso a las cabañas». Sin embargo, Claude-Jean Allouez, principal de la orden en Norteamérica, y sus frailes tenían otras prioridades. «Aprovechamos la oportunidad de instruir a las gentes de todas partes y partimos en busca de enfermos en todas las cabañas»; las conversiones en el lecho de muerte se habían convertido en una práctica habitual de los jesuitas. Todo este episodio fue una sucesión de malentendidos, tanto accidentales como intencionados. Aun así, dio resultados tangibles. Las personas se reunían, las ideas fluían, surgían vínculos y ambos bandos podían proclamar su éxito, incluso su supremacía. Los illinis y mascoutens pudieron apelar a Onontio en persona por mediación de los jesuitas y solicitar su piedad y su apoyo. Los jesuitas habían logrado instruir a los nativos americanos en los misterios del Dios cristiano y plantar semillas que, quizá, algún día darían almas[15].

Los compromisos más difíciles y las maniobras más delicadas implicaban muertes interculturales. El asesinato suponía un grave peligro para el orden social, pero, si era expiado de forma adecuada, podía reforzar el mundo compartido. En 1683, una expedición conjunta de ojibwes y menominees emboscó y asesinó a dos voyageurs franceses en la península de Keweenaw, frente a la costa sur del lago Superior; es posible que los mataran para impedirles comerciar con los siux, rivales de los ojibwes y de los menominees. Achiganaga, un ogimaag —caudillo— de los ojibwes en Keweenaw, acababa de lanzar un golpe contra los siux y planeaba organizar más. No mucho después, los dos hijos de Achiganaga, junto con, al menos, otro menominee, se dispusieron a asaltar de nuevo a los franceses. Desde hacía años, el oeste de los Grandes Lagos era un polvorín y las muertes de los franceses amenazaban con sumir a la región en la inestabilidad. Daniel Greysolon Dulhut, un antiguo coureur de bois y en ese momento uno de los oficiales de más confianza del gobernador De la Barre, se hizo cargo de la situación. Arrestó al menominee en la misión jesuita de Sault Ste. Marie y envió a Jean Péré, un experimentado coureur de bois, a detener a Achiganaga y a sus dos hijos para llevarlos a juicio en la misión. Péré volvió con cuatro de los vástagos de Achiganaga.

El juicio comenzó como un asunto de inconfundible carácter

francés. Con varios ancianos chippewas, odawas, ojibwes y wyandots-petuns entre la audiencia, Dulhut interrogó a los hijos de Achiganaga y al hombre menominee, que «hizo acusaciones sin refutar el asesinato». Achiganaga, por su parte, negó haber hecho nada malo. «Esta confrontación, que los salvajes no esperaban, les sorprendió —afirmó Dulhut—. Al ver que los acusaban del asesinato», los ancianos presentes intervinieron: «Ya es suficiente; os acusáis entre vosotros. El francés es ahora dueño de vuestros cuerpos». Desde la perspectiva indígena, el asunto había quedado resuelto. Dulhut debía actuar como un padre benévolo y perdonar a los asesinos, lo cual repararía el vínculo familiar entre los franceses y chippewas. En lugar de ello, reunió en el fuerte a un puñado de galos para revisar el caso. Estos clamaron venganza de sangre y decidieron «dar muerte a los tres».

Dulhut, al ceñirse a las convenciones legales europeas, llevó el juicio a un peligroso bloqueo. Algunos franceses locales más experimentados le enviaron un mensaje a Dulhut, en el que le imploraban «tratar este asunto con la mayor suavidad posible […] porque los salvajes murmuran que, si los acusados son ejecutados, se vengarían de los franceses». Dulhut se echó atrás. Tiempo después, reportó: «Consideré necesario, por la seguridad de todos sus compañeros que hibernaban en el lago Superior, dar muerte a solo dos»: el menominee y uno de los hijos de Achiganaga. Dulhut se adaptó a una práctica cultural ajena que comprendía con vaguedad y que lo incomodaba. Le explicó a su superior que: «De no haber relajado el rigor de nuestras leyes, habría hecho ejecutar a los seis, por ser culpables de participar en el robo» [16] .

Dulhut, temeroso de un golpe nativo de último minuto para impedir las ejecuciones, actuó con rapidez. Pidió a los jesuitas que «bautizaran a estos dos desdichados, cosa que hicieron. Una hora más tarde, me situé a la vista de más de 400 hombres y a 200 pasos del fuerte e hice que los partieran la cabeza». Achiganaga había sobreestimado la capacidad de perdón de los galos y había subestimado su capacidad para la violencia, algo que le costó un hijo. Pese a todo, dos días más tarde, tres embajadores odawas entregaron a Achiganaga «seis collares» para «compensar» los franceses muertos y «limpiar su sangre, para que así la tierra esté limpia en el futuro». Lo hicieron porque necesitaban los bienes y las

armas de fuego de los galos para sobrevivir. Dulhut compensó los muertos con armas, pólvora, plomo, mantas, hachas y cuchillos, lo cual calmó el dolor de los odawas y restableció la alianza. Dulhut ansiaba ejercer autoridad sobre los indios, pero aceptó que tendría que llegar a un punto intermedio con ellos. Con reticencias, y sin darse cuenta, se estaba adentrando en el terreno intermedio[17].

El terreno intermedio era, en primera y última instancia, una innovación diplomática, un conjunto de alianzas en perpetuo cambio basado en metáforas patriarcales y obligaciones mutuas precisas. En Quebec, el gobernador galo dirigía un imperio con mano de hierro, pero, en el terreno intermedio, era Onontio: generoso, indulgente y afectuoso. De él se esperaba que atendiera a sus aliados nativos —sus hijos simbólicos— y que diera regalos, no órdenes. Los anhelos humanos más elementales —sexo, procreación y necesidad de compañía— daban profundidad y resistencia al terreno intermedio. En el Pays d’en Haut tales necesidades estaban muy intensificadas porque muy pocas francesas acompañaban a su marido a un país que los galos consideraban tierra de salvajes. La mayoría de estos, a excepción de los jesuitas, buscaban relaciones sexuales y matrimonio con mujeres nativas, que tenían sus propios motivos para dejarse cortejar por los franceses. Los matrimonios con comerciantes abrían acceso a bienes cruciales y podían elevar de forma espectacular el estatus de su familia. Las nativas que desposaban a comerciantes solían convertirse en mediadoras entre franceses e indios y tejían extensas redes de parentesco por medio de la institución católica del apadrinamiento, lo cual expandía y solidificaba el terreno intermedio. Hubo esposas de mercaderes que desempeñaron roles de importancia en sus comunidades como educadoras religiosas. Marie Rouensa (*8cate8a*)[*], procedente de una destacada familia illini, se casó con un mercader de pieles francés, se convirtió al catolicismo y se estableció en la gran aldea de Kaskaskia, donde tradujo a la lengua kaskaskia un tratado jesuita y se convirtió así en una líder de su comunidad[18].

Sin embargo, bajo la superficie de este hábil acomodo, la región de los Grandes Lagos siguió siendo un espacio de indiscutible carácter indígena: los sacerdotes, comerciantes y fuertes franceses prosperaron porque los indios así lo deseaban. El terreno intermedio era una negación del colonialismo en el vasto interior

norteamericano. El pueblo anishinaabeg llevó al terreno intermedio el poder sacro del manidoo, que hacía posible que los extranjeros se convirtieran en parientes, que mercadearan, cazaran y que viajaran juntos. A los franceses se les permitía quedarse porque respetaban los rituales nativos y porque eran útiles y bastante dóciles. Si no lo eran, los indios hallaban la forma de disciplinarlos. Cuando los sauteurs trataron, tras varios intentos en falso, de atraer a los comerciantes galos a su territorio y al de sus aliados siux, un líder sauteur llamado Oumamens se dirigió a Dulhut. El francés vio una oportunidad de elevar su reputación y siguió a Oumamens al confín occidental del lago Superior, donde los sauteurs y los siux habían hecho la paz. La misión de Dulhut era informar a Quebec, llevar el comercio de armas francesas a los sauteurs y siux y expandir el proceso de paz indígena. Un año más tarde, Dulhut convocó a crees y assiniboines a una reunión cerca de la punta oeste del lago Superior con el fin de «hacer la paz con los nadouesiux, su común enemigo». Dulhut se consideraba un aventurero del Nuevo Mundo que había logrado, él solo, dirigir el comercio interior de pieles hacia la órbita gala. Sin embargo, sus esfuerzos no atrajeron ni un solo siux a Quebec. Estos esperaban que fueran los comerciantes franceses quienes vinieran a ellos [19] .

Al contrario que la mayoría de los indios de los lagos, los siux no eran ni refugiados ni débiles. Vivían en sus tierras ancestrales y poseían un fuerte espíritu comunal, el Očhéthi Šakówiŋ o alianza de los Siete Fuegos del Consejo. Su población podía rondar los 30 000, con lo que multiplicaban con creces a cualquiera de sus enemigos. También empequeñecían a Nueva Francia y a sus 10 000 habitantes. Los siux no estaban dispuestos a viajar al este a obtener hierro y armas de fuego; pretendían que los comerciantes franceses les llevaran mercancías y armas. Dulhut, consciente de dónde radicaba el verdadero poder, fue justamente lo que hizo. Empezó a enviar comerciantes a los Siete Fuegos del Consejo y construyó un fuerte para ellos cerca de Mde Wakan, en el corazón del país siux. En un mundo donde un solitario fuerte comercial podía iniciar un imperio indígena, los Siete Fuegos del Consejo eran ahora la potencia dominante.

Los indios de los lagos estaban aterrados y atónitos. Los siux eran sus archienemigos y Dulhut había abandonado a los fieles hijos de

Onontio para ir con ellos. Los indios de los lagos apelaron a Nicolas Perrot, que, en otro tiempo, ofreció dar su cuerpo para salvar la alianza franco-india. Estos entregaron el calumet a Perrot en la zona de transición donde los Grandes Lagos dejan paso a las praderas y le transportaron sobre una piel de bisonte a la cabaña del sachem. Lloró sobre la cabeza de Perrot, «bañándosela con sus lágrimas», y colocó un pedazo de lengua de bisonte hervida en la boca. Del mismo modo que el sachem alimentaba a Perrot para mantenerlo con vida, Perrot debía mantener con vida a los hijos de Onontio dándoles hierro y armas. Sin embargo, los esfuerzos de Perrot no sirvieron de nada. Los siux eran demasiado poderosos para ignorarlos. Perrot ofreció el calumet a los hijos de Onontio y les dijo que «este era su pecho, que siempre les había presentado para darles alimento». Pero, ahora, sin embargo, tenía que «dejar mamar a los nadoüaissiux» y ofrecerles la «leche» de Onontio, el hierro, las armas y otros bienes comerciales que les daban vida y seguridad. Perrot envió a algunos de sus hombres a alertar a los siux de su visita. «Encontraron sobre el hielo veinticuatro canoas de los nadoüaissiux, encantados de ver a esos franceses». Los galos le habían dado la espalda a sus aliados más antiguos y llevaron a sus comerciantes y a su imperio al país de los siux, solo porque así lo deseaban los siux [20] .

Los Očhéthi Šakówiŋ querían más bienes. Los siux pretendían que los franceses limitaran todas sus operaciones comerciales a su territorio. Un sachem miami fue a ver a Perrot, con intención de «establecerse cerca del fuego francés» —un acto que había sido escenificado mil veces en el Pays d'en Haut—, pero este lo rechazó. Los Očhéthi Šakówiŋ no permitirían que la alianza franco-india se expandiera entre sus rivales. Perrot envió lejos al decepcionado sachem. «Iba a establecerse en el alto Misisipi, en el lado de los nadoüaissiux» [21] .

El alineamiento de Perrot con los siux supuso la consolidación del dominio de los Očhéthi Šakówiŋ entre el área oeste de los Grandes Lagos y el valle del Misisipi. Ahora controlaban el «criadero de castores» de Jean-Baptiste Colbert. Perrot erigió para ellos dos puestos comerciales —Nadouessioux y Fort Bon Secours—, cerca de la confluencia de los ríos Misisipi y Sainte-Croix. Los Očhéthi Šakówiŋ devinieron un centro de gravedad en el corazón del

continente. Sauteurs y cheyenes fueron a vivir con ellos y estrecharon vínculos por medio de matrimonios mixtos, colaboración militar y la compartición de riquezas. Algo más al oeste, cerca de la zona de transición donde el bosque deja paso a las praderas, moraban los lakotas, el afilado borde defensivo de los Očhéthi Šakówiŋ. Ni siquiera la dominante coalición de las Cinco Naciones iba a desafiar a los Očhéthi Šakówiŋ.

No existe constancia de choque alguno entre estas dos poderosas confederaciones indígenas. Los siux y los iroqueses eran compatibles. Los segundos partían cada año desde sus bases orientales en dirección oeste con sus grandes flotas de canoas, mientras que los primeros buscaban lanzar un avance concentrado hacia las praderas continentales, ricas en bisontes, de más allá del Misisipi. No competían por recursos: los iroqueses buscaban pieles y cautivos, mientras que los siux querían bisontes y, cada vez más, caballos. Las dos potencias, al expandirse de forma simultánea al oeste, siempre tenían espacio entre ellos. Carecían de incentivos para comerciar o combatir. Por el contrario, las potencias coloniales estaban enzarzadas en conflictos crónicos. Ingleses, franceses, españoles y neerlandeses peleaban con los nativos americanos por territorio, valles fluviales, poder, riqueza, metales preciosos, conversos, esclavos y privilegios comerciales. A partir de finales del siglo XVIII, los choques imperiales entre Inglaterra y Francia se expandieron a Norteamérica, lo cual presentó por igual a las naciones nativas desafíos y peligros.

Cuarta parte

El contragolpe indígena (finales del siglo XVII)

Capítulo 11

Los ingleses como un niño pequeño

Los nativos americanos y Satán estuvieron cerca de destruir Nueva Inglaterra en 1675. Los indios atacaron 52 asentamientos coloniales y arrasaron 12 en un ejercicio de guerra total contra mujeres, niños, hombres, vacas, puercos, caballos, casas y Biblias. Aunque los colonos esperaban una guerra, cuando esta llegó fue de una intensidad desaforada. Los ingleses se dieron cuenta de lo poco que sabían de los indios que les rodeaban y de sus planes y ambiciones.

Tras más de siglo y medio de colonización europea en el continente, todavía no existía un mapa europeo completo de Norteamérica. Cada potencia colonial veía al continente desde su posición específica; se centraba en una franja o franjas particulares y dejaba expuestos a los aspirantes a colonizadores. Los ingleses conocían la costa atlántica y la bahía de Hudson, los españoles Nuevo México y Florida y los galos el valle del San Lorenzo. Solo los franceses, gracias a su alianza con las naciones nativas del interior, tenían cierto atisbo del vasto continente indígena que se extendía más allá del horizonte de sus enclaves coloniales. En ninguno de estos lugares los europeos podían dominar a los nativos americanos.

Un mapa preciso del norte de América en 1675 habría dejado atónitos a estos invasores blancos que reclamaban la posesión del territorio. El mapa mostraría un cinturón disperso de colonias inglesas en las planicies costeras, desde la disputada Acadia —que los franceses también reivindicaban— a la bahía de Chesapeake, en el sur. Habría mostrado la diminuta y recién establecida localidad de Charles Town, dos puestos ingleses en la bahía de James y una aldea india a apenas 24 kilómetros de Boston. También se verían 35 misiones españolas en Florida, que se adentraban unos 360 kilómetros al interior desde el litoral del Atlántico. Gestionadas por apenas 40 sacerdotes franciscanos, atendían a millares de nativos americanos. Solo había un asentamiento español de cierta

importancia: San Agustín. Este mapa preciso mostraría tres aldeas y cuatro fuertes franceses en el valle del San Lorenzo y dos fuertes interiores, Frontenac y Niagara, en el lago Ontario. Podrían verse docenas de fuertes, puestos mercantiles y cabañas comerciales temporales de los franceses por toda la región de los Grandes Lagos, en una constelación en constante cambio. La población de la América inglesa empequeñecía con creces la de la Norteamérica francesa y española —durante el siglo XVII, emigraron a Norteamérica y a las Indias Occidentales más de 400 000 ingleses—, aunque galos y españoles podían sentirse relativamente seguros en el Nuevo Mundo gracias a las alianzas establecidas con los indios. Mediante la creación de matrimonios a la façon du pays, los franceses pudieron acceder a un gran número de comunidades indígenas, con lo que consolidaron su posición desde la región de los Grandes Lagos a la bahía de Hudson. Allí, un denso entramado de parentescos creó un mundo de inusual estabilidad [1] .

Sin embargo, entre 1675 y 1690, todos y cada uno de los proyectos coloniales en el continente indígena parecieron tambalearse o expirar por completo. Nueva Inglaterra se sumió en un estallido de violencia causado por cerdos, vacas, vallados, caza y escrituras de propiedad. Las tierras fronterizas entre el país de los susquehannocks y Virginia se trasformaron en el escenario de una contienda que nadie quería. Los indios pueblo atacaron a sus supuestos amos españoles en un alzamiento planificado con sumo cuidado. Las Cinco Naciones empezaron a matar a comerciantes franceses y a los aliados indios de Nueva Francia en el interior y llevaron la lucha hasta Montreal. Los neerlandeses abandonaron el continente tras apenas doce años y dejaron tras de sí un controvertido legado colonial. De repente, el Nuevo Mundo pareció convertirse en la tumba de los imperios del Viejo Mundo ante el contragolpe concentrado de los nativos americanos contra generaciones de agresión colonial.

Los primeros indicios de problemas aparecieron en Nueva Inglaterra, escenario de varias contiendas brutales que, hacia la década de 1670, habían causado la muerte de miles de nativos americanos. Ousamequin, el poderoso sachem wampanoag, mantenía la alianza con los peregrinos establecida en la década de

1620, pero la relación empezaba a tensionarse. La Guerra Pequot de 1637 expuso a una violencia genocida a los americanos nativos de Nueva Inglaterra y alrededores, que les dejó impactados y alienados. En 1642, el estallido de la guerra civil en Inglaterra entre realistas y parlamentarios detuvo casi por completo la migración a América, con lo que los novoingleses tuvieron que arreglárselas por su cuenta. Un año más tarde, las colonias de Plymouth, Connecticut, New Haven y la bahía de Massachusetts formaron una alianza militar contra los indios, la Confederación de Nueva Inglaterra. Las colonias inglesas empezaban a ser sociedades colonizadoras plenas: autodelimitadas y hambrientas de tierras, veían con impaciencia la presencia nativa en sus fronteras. Como grupo minoritario rodeado de indios, los colonizadores estaban obsesionados por el control de su sociedad a todos los niveles. Connecticut aprobó una ley que imponía la pena capital a los muchachos de más de 16 años de edad que se negaran a obedecer a sus progenitores y a cualquier hijo de más de 16 años, con independencia de su sexo, que maldijera o golpeara a uno de los dos [2] .

La Confederación de Nueva Inglaterra cultivó los vínculos con los moheganos que habían entregado a los ingleses cabezas de pequots durante la Guerra Pequot y, en 1644, los colonos de la bahía de Massachusetts y los wampanoags establecieron una alianza, que los ingleses decidieron que constituía un sometimiento nativo a su dominio. La inestabilidad económica empeoró aún más una situación que ya era frágil. Mediado el siglo, las colonias de Nueva Inglaterra acumularon suficiente moneda para desechar el uso de wampum como divisa, lo cual debilitó mucho a sus socios comerciales nativos. Los ingleses empezaron a establecer asentamientos hacia el interior, con intención de hallar plata y hierro. Los wampanoags pasaron de ser socios a subordinados [3] .

En 1662, los wampanoags cuestionaron este rol subordinado. Ese año, dos medio hermanos, Wamsutta y Metacom, inquirieron al Tribunal General de Plymouth acerca del «daño causado en su maíz por los puercos de algunos habitantes de Rehoboth». El tribunal les autorizó a incautar cerdos sueltos y ordenó a los colonos mantener a los animales a una distancia suficiente de los campos de los wampanoags. Con intención de que los ingleses lo reconocieran sachem jefe, Wamsutta anunció que quería, «según los usos de los

nativos», cambiar su nombre. A partir de entonces se haría llamar Alexander Pokanoket. Metacom también deseaba cambiar de nombre. A partir de entonces, los ingleses lo conocerían simplemente como Philip. El nuevo apelativo no sirvió de mucho para mejorar su estatus entre los ingleses [4] .



Metacom, o el rey Philip. Ilustración de Samuel G. Drake (1827). John Carter Brown Library.

Los novoingleses, que seguían siendo puritanos en su gran mayoría,

habían sufrido una larga persecución por motivos de fe, una experiencia que les imbuyó una potente mezcla de paranoia y espíritu marcial. Muchas cosas les ofendían, pero nada lo hacía tanto como que los pueblos nativos acudieran a sus aldeas y hogares. Los indios podían mostrar una sociabilidad inaceptable: entraban en las casas sin invitación y esperaban hospitalidad. También podían parecerles arrogantes, pues robaban comida, mataban animales de granja e incendiaban campos. Los indios acechaban, conspiraban y pecaban, con lo que ponían en peligro la más preciosa y frágil posesión de los puritanos: el alma. El odio entre dos pueblos surge de la proximidad, no de la distancia. El dilema puritano era, a un tiempo, religioso, demográfico y generacional. Si los puritanos se convertían en un grupo minoritario en Massachusetts, su sueño de una sociedad pía estaría en peligro. Sus ministros podían ajustar los exigentes estándares religiosos de la comunidad por medio del Pacto a Mitad de Camino [Half-Way Covenant], o pertenencia parcial de la Iglesia, pero a los indios no los podían gestionar con semántica. Los puritanos principales consideraban que debían distanciarse del cuerpo y de los usos de los nativos [5] .

Algunos colonos ingleses aceptaban de buen grado a los indios, pues estaban convencidos de que la perfecta comunidad cristiana del Nuevo Mundo no podía negar la gracia de Dios a los paganos. Los miembros de este grupo minoritario creían que necesitaban proteger a los indios de los demás colonos, purgar su alma de paganismo y mal y aislarlos de la influencia corruptora de sus sachem y sus líderes espirituales o powwaws. John Eliot, un ministro puritano formado en Cambridge, empezó a predicar entre los indios en Natick y otras aldeas. Tradujo el catecismo y la Biblia al massachusetts, un dialecto parecido al wampanoag, y daba sermones en esa lengua. También reunió una gran biblioteca india que, en 1665, se enorgullecía de contener unos 7000 volúmenes de literatura cristiana. La misión civilizadora de Eliot buscaba reformar a los indios conforme a los ideales puritanos. Quería que estos adoptaran una ética de trabajo europea, que criaran ganado, que se hicieran sedentarios y que obtuvieran la gracia de Dios. Aspiraba a proporcionarles la alianza única con Dios, lo cual requería captar a los caudillos nativos. Esperaba que se establecieran en

asentamientos cerrados, donde cambiarían arcos por arados, aprendieran a leer y escribir, aceptaran roles «de género» adecuados y liberaran a las mujeres de atender los cultivos y aprendieran a vestir, hablar y rezar como los ingleses. Algunos se formarían para ser predicadores y maestros que condujeran a sus hermanos a la civilización inglesa. El impulso subyacente y no expresado detrás de todo esto era convertir a los nativos americanos en trabajadores productivos para los mercados coloniales. Eliot quería eliminar la condición indígena por medios pacíficos. Sin embargo, los indios de las misiones desafiaban tal intención: mezclaban el cristianismo con sus creencias tradicionales, ceremonias y celebraciones. Muchos se negaban a cortarse el cabello. Las mujeres establecieron un diálogo entre sus cultos indígenas y el cristianismo y encontraron lugar para la espiritualidad indígena.

Hacia 1674, salpicaban el paisaje de Nueva Inglaterra catorce comunidades misioneras o «aldeas orantes», en las que vivían 2500 indios en diversas fases de conversión. En el aislamiento de la isla de Noepe, los ministros Thomas Mayhew padre y Thomas Mayhew hijo emplearon medios más graduales que los de Eliot para ganarse a los indios. Los Mayhew consultaban a los sachem los objetivos y métodos adecuados, protegían la vida y las propiedades nativas contra las turbas de colonos e incorporaron las tradiciones religiosas indígenas a la doctrina cristiana. Numerosas mujeres nativas acogían de buen grado a los misioneros que les enseñaron a leer y escribir —una ventaja decisiva en sus tratos con los colonos—, mientras que los wampanoags introdujeron a los ministros puritanos en el arte de la caza de la ballena. Los misioneros empezaron a usar el término nativo Manitoo [manitú] como sinónimo de Dios y parece ser que fueron muchos los indios que abrazaron el cristianismo y las misiones para liberarse de las relaciones tributarias con las poderosas confederaciones indígenas del continente. A otros, sin embargo, las interferencias de los misioneros en su vida sexual y doméstica les resultaban profundamente turbadoras. Numerosos indios se distanciaron de los ingleses, mantuvieron sus nombres indígenas y adaptaron la enseñanza cristiana a sus necesidades espirituales, lo cual obstaculizó la labor de sus ministros [6].

Así y todo, los ministros insistieron en sus esfuerzos, facilitados por

la enfermedad. Mientras que los iroqueses emprendieron las guerras del duelo tras ser golpeados por la viruela, los indios de las misiones, tras ser sacudidos por la muerte en masa, abrazaron el mensaje de piedad y castigo divino de los Mayhew y de Eliot. Varios líderes nipmucs de Noepe enviaron a sus hijos a las escuelas y viviendas de los ingleses a aprender los usos de estos y ciertos alumnos nativos asistieron al Colegio Indio de Harvard, donde estudiaban inglés, latín y griego. El erudito nipmuc James Printer se ocupó de la composición tipográfica de la primera Biblia publicada en Norteamérica y Caleb Cheeshateaumuck, un académico literario wampanoag, escribió una carta en la que celebraba la educación basada en la literatura clásica. En Noepe, numerosos wampanoags se esforzaban por ser buenos cristianos y no pecar. Prometieron lealtad al rey de Inglaterra y, en apariencia, aceptaron la supremacía del sistema jurídico y de las leyes inglesas. Sin embargo, en el continente, el sachem wampanoag Metacom insistía en que los pobladores de Noepe le pertenecían. Los wampanoags se disponían a reemplazar a los debilitados powhatans en el papel de adversarios principales contra la expansión inglesa en el este[7].

El cuestionamiento de Metacom de las lealtades del pueblo de Noepe tenía profundas raíces. La mayoría de colonos de Nueva Inglaterra llegaron sin invitación a las tierras indígenas y, en 1670, su población excedía los 50 000, con lo que superaban por tres a uno a los indios de la zona. La visión de John Winthrop de Nueva Inglaterra como «una ciudad sobre una loma», un llamamiento a la cooperación y a una sociedad pía era todavía una proposición endeble, aunque, sin duda, los colonos habían prosperado. En términos de estatus, la mayoría de novoingleses eran «tipos mediadores», vinculados al mundo del comercio. Boston, Salem y Newport albergaban a una élite en expansión de juristas y especuladores de suelo. Hacia 1674, Harvard había producido 200 graduados. Boston, el más grande de los asentamientos de Nueva Inglaterra, se convirtió en una ciudad Estado casi autónoma, basada en el ideal clásico de la república soberana. Competía con las pesquerías, astilleros y comercio de fletes de la madre patria, que, en Nueva Inglaterra, dependía en buena medida de la mano de obra esclava. Un alto número de indios fueron esclavizados y enviados a

las Indias Occidentales y se llevaron esclavos africanos a Nueva Inglaterra para talar bosques y mejorar la tierra. La bahía de Massachusetts aprobó en 1641 la primera ley de esclavitud del Atlántico inglés, en parte para definir el estatus de los centenares de cautivos pequots de las haciendas coloniales. En 1670, la colonia decretó que la condición de esclavo se heredaba por vía materna [8] .

Liderados por Boston, los novoingleses se reinventaron en constructores de imperios, una trasformación anticipada por la carta original de la Compañía de la Bahía de Massachusetts, que no especificó ningún límite entre las tierras inglesas y las indígenas. Por el contrario, la concesión regia daba a la compañía todas las tierras entre el paralelo 40° y el 48° Norte, de «mar a mar». Era un borrador de un imperio de dimensiones continentales para unas gentes que, después de décadas, seguía sin tener mucha idea del tamaño y forma del continente. La larga lista de territorios geográficos y centros de recursos específicos revela la lógica de conquista subyacente. Los colonos consideraban que los indios no empleaban la tierra como es debido, porque no intentaban mejorarla ni maximizar su rendimiento. Argumentaban que esta estaba infrautilizada y que, por tanto, podían quedársela sin más. El rey de Inglaterra encarnaba una soberanía colectiva que respaldaba un sistema de propiedad que permitía la rápida transferencia de tierras de la corona a las aldeas coloniales y de estas a manos privadas como un bien y a perpetuidad. Un concepto del todo ajeno para los nativos americanos. Los ingleses se estaban apropiando del territorio indígena, escritura a escritura.

Los indios trataron de hacer frente a los arrogantes colonos. Pocas cosas vejaban tanto a los vecinos indios como las vallas, el ganado y los árboles. Los ingleses talaron inmensas cantidades de bosques para construir buques y casas y despejar la tierra para cultivarlas y levantar vallas que mantuvieran al ganado alejado de campos y granjas. Estas últimas suponían una grave amenaza para los habitantes nativos, pues alteraban las rutas migratorias tradicionales de ciervos y otras especies cinegéticas, además de perturbar las pautas reproductivas de los animales y las rutinas de caza de los indios. La ausencia de vallas hacía que el ganado colonial —vacas, puercos y caballos— se paseara por los maizales

nativos y devorara las cosechas en cuestión de horas, lo que desbarataba semanas de trabajo de las mujeres nativas. El choque de conceptos acerca de qué se consideraba propiedad agudizó aún más el conflicto: los ingleses insistían en que eran propietarios de sus animales de granja, incluso cuando estos esquilmaban los campos nativos, y los indios argumentaban que tales animales eran caza libre y que podían ser abatidos y consumidos a voluntad. Reiteraban que solo un animal muerto podía ser propiedad, con lo que siguieron matando a los que invadían sus cultivos. Los indios, además, pedían en los tribunales coloniales que se les compensara por los daños a las cosechas, algo que rara vez ocurría. En última instancia, no tuvieron otra opción que aceptar las vallas y la propiedad privada de tierras y animales. Las vallas trajeron un nuevo orden; los indios estaban en peligro de convertirse en forasteros en su propia tierra. Los colonos, por su parte, también estaban furiosos y consternados: desde su punto de vista, no podía haber colonialismo sin animales domésticos. Los indios no hacían distinciones rígidas entre seres humanos y seres animales, que podían ser manitous, o espirituales [9] .

A primeros de 1675, Metacom y los wampanoags ya habían tenido suficiente. Los colonos se negaban a reconocer a los wampanoags y a sus aliados la condición de naciones soberanas y permitían a sus bestias pastar en las tierras indígenas. Los ingleses, además, consideraban inferior a Weetamoo, la saunkskwa de la nación pocasset, por ser mujer; pasaban por alto que, en épocas recientes, habían sido gobernados por la reina Isabel I. Los ingleses habían inscrito tantas escrituras de propiedad en los registros que Plymouth, Rhode Island, la bahía de Massachusetts y Connecticut se creyeron con derecho a reclamar la mayor parte del territorio de los wampanoags. Metacom, además, había perdido a numerosos indios tributarios a causa de las misiones y del cristianismo. Los ingleses capturaron y esclavizaron a centenares de mujeres y hombres nativos, rompieron vitales redes de parentesco y negaron a los indígenas su condición humana. En las haciendas de Nueva Inglaterra había centenares de esclavos indios, que vivían atemorizados con ser vendidos, violados, muertos o enviados muy lejos, ya fuera las Indias Occidentales, Europa o «cualquier otro confín de los dominios del rey». Esto no debía ser así. Los colonos,

que antes habían considerado útiles a los indios, una posible fuente de mano de obra, se dedicaban ahora a destruirlos. El colonialismo de Nueva Inglaterra estaba alcanzando su cenit destructivo [10].

Dos años después, Alexander Pokanoket falleció en Plymouth en circunstancias sospechosas. No está claro si había incitado a los wampanoags a alzarse contra los ingleses; puede que muriera de una enfermedad o quizá envenenado por agentes de Plymouth. Lo que sí es indiscutible es que había vendido tierras indias a los cuáqueros y a otras confesiones no separatistas [*] de Rhode Island y diversas colonias y que había ignorado las reclamaciones de Plymouth relacionadas con la tierra. Metacom heredó el cargo de sachem de los wampanoags y prometió no vender tierra a forasteros, esto es, a cualquier colonia de Nueva Inglaterra que no fuera Plymouth. Insistió en hacer constar esta promesa por escrito. También estaba convencido de que los ingleses habían acabado con su hermano [11].

Codicia, rumores, miedo, malentendidos y frustración despejaron el camino hacia la guerra. Los colonos clamaban más y más tierra y un conflicto podría hacer que las tierras indias fueran suyas mucho antes que por medio de actas escritas. El principal obstáculo a la toma de tierras vía escrituras era Weetamoo, que llevaba años combatiendo ese sistema. Logró convertir el instrumento colonial de desposesión indígena en un arma de protección de sus derechos: en una maniobra simple y brillante, hizo que hombres nativos e ingleses —cuyos derechos de propiedad, bajo la ley inglesa, eran mucho más sólidos que los de las mujeres— firmaran escrituras en su nombre. Lo único que abrió el camino de la contienda fue la mera arrogancia. Al contrario que las guerras indias anteriores en la región, parecía imposible que los ingleses perdieran el inminente conflicto, pues eran muy superiores en número a los indios. Los comerciantes y religiosos ingleses urgían abiertamente a los indios a que abandonaran a sus sachem y un número creciente de indios cristianos dejó de ser leal a Metacom. En abril de 1671, Metacom fue convocado a Taunton, en el corazón de la colonia de Plymouth, donde firmó un tratado de paz que reducía a sus partidarios a la condición de súbditos de la colonia. Sin embargo, Metacom hizo poco por aplicar el tratado. En septiembre estaba en Boston, donde los líderes de Plymouth, la bahía de Massachusetts y Connecticut le

exigían una explicación de por qué el desarme indio estaba siendo tan lento. Le impusieron una multa de 100 libras. Uno de los mentores de Metacom le reprochó que no fuera a la guerra y lo tachó de cobarde. En realidad, Metacom se estaba demorando de forma intencionada, para así ganar tiempo y obtener armas suficientes para su coalición anticolonial [12] .

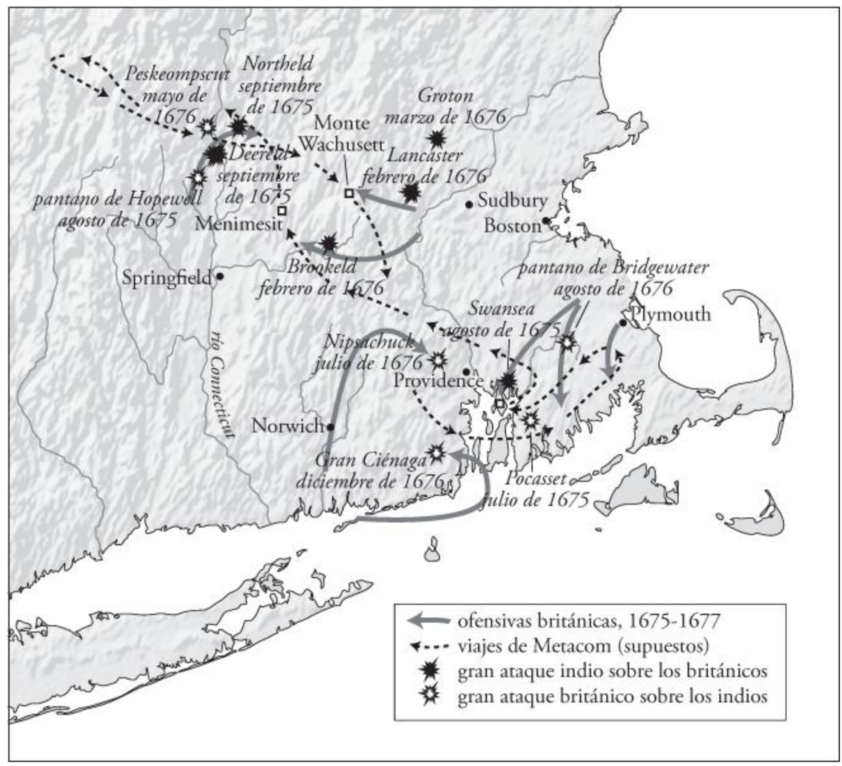
Las intrigas y la incertidumbre en ambos bandos alimentaban la inquina. Esta se centró en gran medida en un único individuo, John Sassamon, un erudito indígena bilingüe y ministro cristiano de la nación massachusetts. Huérfano a causa de las epidemias, Sassamon fue criado en hogares ingleses. Pese a que lo expulsaron de Harvard a causa de la bebida, podía moverse con lucidez entre los mundos colonial e indígena. John Eliot le instruyó en la doctrina cristiana y Sassamon ayudó a Eliot a traducir tratados cristianos. Se convirtió en ayudante, escriba y confidente de Metacom. Además, asistió a los ingleses en varias transferencias de tierras, muchas de ellas controvertidas. En la primavera de 1674, gestionó unas escrituras que lo convirtieron a él, a su hija y al marido de esta en propietarios de una finca en las inmediaciones de un lago en la península de Assawompset. A finales de enero de 1675, Sassamon viajó a Plymouth y advirtió al gobernador de que Metacom planeaba un alzamiento. Una semana más tarde, el cadáver hinchado de Sassamon fue hallado bajo el hielo en el lago de Assawompset. Increase Mather, el erudito ministro de Boston, escribió que «solo hay una razón por la que los indios mataron a John Sausaman»: su fe. «Estaba cristianizado y bautizado y predicaba entre los indios». Poco después, escribió Mather, «comenzó así la Guerra y esta fue la primera sangre inglesa derramada con ánimo hostil por los indios» [13] .

Un indio de misión llamado Patuckson se presentó y anunció que había visto a tres hombres de Metacom matar a Sassamon. Metacom, sin mucha fe en la imparcialidad de los tribunales ingleses, mantuvo a sus soldados en campaña, pero informó a Josiah Winslow, gobernador de la colonia de Plymouth, de que «no causaría daños». En marzo de 1675, el Tribunal General de Plymouth, compuesto por doce ingleses y seis indios de misiones sin derecho a voto, sentenciaron a los tres wampanoags identificados

por Patuckson; fueron ejecutados el 8 de junio. John Easton, gobernador adjunto de Rhode Island, se reunió con Metacom, que acudió con soldados desarmados. Este tomó la iniciativa al anunciar que «no habían hecho nada malo, los ingleses los agraviaron». «Todos los ingleses —siguió diciendo— se mostraron en su contra y, con arreglo al arbitrio de que habían hecho un gran mal, les arrebataron muchas millas cuadradas de tierra». Los magistrados e Easton, que era cuáquero, aceptaron el relato de Metacom. Los wampanoags les recordaron que «ellos habían sido los primeros en hacer bien a los ingleses y los ingleses los primeros en agraviarlos; dijeron que cuando los ingleses llegaron por primera vez, el padre de su rey era como un gran hombre y los ingleses como un niño pequeño —y que— les habían dejado tener cien veces más tierra de la que ahora el rey tenía para su propia gente». Los wampanoags se estaban refiriendo a la generosidad que habían mostrado hacia los peregrinos. Los ingleses estaban atónitos. Easton escribió que «por espacio de cuarenta años, los reportes y sospechas de guerra habían sido tan frecuentes que no pensamos que estaba estallando una en aquel momento»[14].

El 19 de junio, el gobernador Winslow envió un mensaje a Metacom para exigirle que los soldados wampanoags depusieran las armas. Esto hubiera significado una rendición incondicional. Al día siguiente, los hombres de Metacom, equipados con fusiles y corazas, liquidaron a docenas de colonos en la apartada localidad de Swansea. Los sachem de los wampanoags y de los narragansetts se reunieron con emisarios de Rhode Island y la bahía de Massachusetts en un gran estanque cerca de sus aldeas, con intención de prevenir una conflagración generalizada. Los ingleses urgieron a los narragansetts a que se separaran de Metacom, a lo que replicaron los sachem de los narragansetts preguntando por qué Rhode Island y la bahía de Massachusetts se unirían a la colonia de Plymouth para combatir a Metacom. La respuesta dio que pensar a los indios: los ingleses respondieron que todas las colonias de Nueva Inglaterra eran súbditas del rey de Inglaterra y que el deber les obligaba a combatir juntas. Los sachem apelaron a su antigua alianza con las dos colonias y pidieron a los emisarios que se separaran de Plymouth. Poco después, los soldados wampanoags mataron a cinco colonos ingleses y llevaron las cabezas a

Metacom [15] .



Mapa 5: Las batallas y maniobras de la Guerra de Metacom.

A finales de junio, las tropas inglesas saquearon Montaup, sede del poder de Metacom, y le obligaron a retirarse a toda prisa en canoas. Los ingleses dieron caza a Metacom «desde todas las orillas del mar», pero «no pudieron saber qué había sido de él». Parecía como si los supervivientes hubieran huido de la región. En realidad, muchos se congregaron en Menimesit, una isla protegida en el río Ware, donde pescaban y, a medida que avanzaba el verano, consumían plantas y frutos silvestres. También se aprestaban para la guerra. Cuando el verano dejó paso al otoño, Metacom organizó una retirada estratégica por antiguas sendas fluviales a un campamento de invierno al norte de Albany, en el país de los mohawks. Pretendía forjar una alianza con los mohawks y los moheganos, quienes, a través de la Cadena de la Alianza, podrían extender la protección regia del duque de York a los 2000

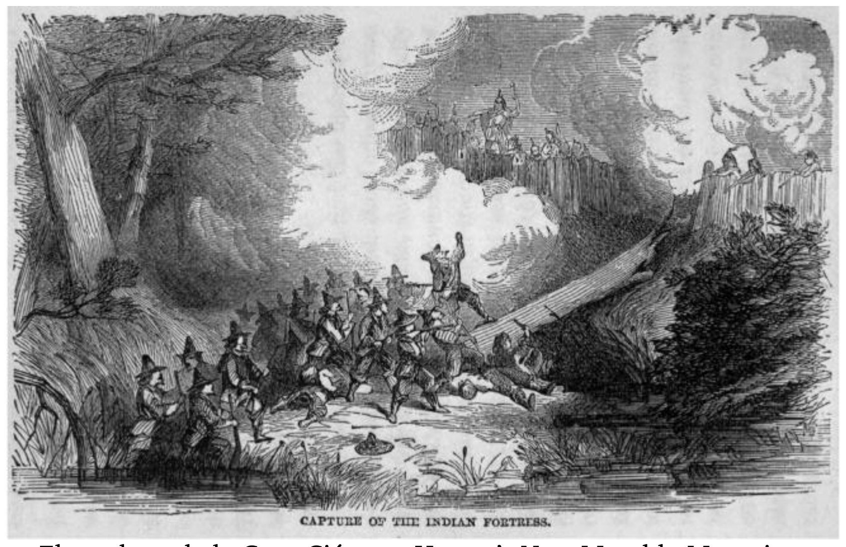
partidarios de Metacom.

Los soldados wampanoags vigilaban desde la distancia las operaciones inglesas y lanzaban ataques sorpresa e incursiones que buscaban herir y desorientar, no matar. Las tropas de la bahía de Massachusetts se centraron en defender los asentamientos solitarios de Swansea, cerca del país wampanoag, y en capturar a Metacom. La violencia se extendió por la tierra como una plaga. Durante semanas, los combates se centraron en la bahía de Narragansett y en la aldea de Pocasset y luego pasaron a extenderse al interior, donde dejó un rastro de colonos y ganado muertos. Docenas de pueblos de Nueva Inglaterra quedaron en ruinas. Incluso los indios cristianos parecían ahora peligrosos, toda vez que la contienda asumió características raciales. Los colonos encerraron a los indios de la misión en una isla de la bahía de Boston. Algunos pequots y massachusetts se unieron a los ingleses con el fin de obtener alguna ayuda [16] .

Por su parte, Metacom buscó la alianza con los nipmucs del noroeste y Weetamo aprovechó sus extensas redes de parentesco y su profundo conocimiento del paisaje para obtener refugio, alimento y protección para su pueblo. Halló refugio entre los narragansetts cerca de unas marismas protectoras conocidas como la Gran Ciénaga. Weetamoo dejó a su marido, que parecía estar del lado de los ingleses, y se casó con Quinnapin, que, junto con su primo Canonchet, lideraba la nación narragansett, con lo que se creó una confederación transnacional de apoyo mutuo. La lucha de los wampanoags se convirtió en la lucha de los narragansetts. Un cantero narragansett llamado Stonewall [Muro de piedra] John organizó la construcción de un enorme fuerte de tierra y piedra de dos hectáreas de extensión donde proteger a los aliados indios. Canonchet visitó Boston para abrir negociaciones, con intención de ganar tiempo para los aliados wampanoags y narragansetts. Estos últimos aportaron a la alianza un tipo de guerra de elevada movilidad resumido en el concepto nqussutam, que significa «traslado la casa». Poco después, los wabanakis y los nashaways se unieron a la alianza [17] .

Los ingleses ya estaban en marcha. Las milicias de Plymouth, Connecticut y la bahía de Massachusetts sumaron sus fuerzas y

reclutaron a unos 150 soldados pequots y moheganos, lo cual elevó sus efectivos combinados a unos 1500. Capturaron a un indio narragansett llamado Peter y le amenazaron con colgarlo si no les guiaba hasta el nuevo fuerte de los narragansetts y los wampanoags. Peter cedió. De camino, las tropas inglesas prendieron fuego a dos aldeas indias, en preparación de la batalla. Sin embargo, cuando llegaron a la Gran Ciénaga, el tamaño del fuerte les hizo pensárselo dos veces, así como los centenares de wigwams [cabañas] que lo rodeaban. El 19 de diciembre, un día de frío excepcional, las milicias inglesas atacaron el cenagoso bastión y el fuerte, que alojaba a unas 1300 personas.



CAPTURE OF THE INDIAN FORTRESS.

El combate de la Gran Ciénaga. Harper’s New Monthly Magazine, LXXXV, junio de 1857.

La guerra no tuvo un comienzo prometedor para los ingleses. Las élites urbanas de toda Nueva Inglaterra evitaban reclutar hombres de su propia clase y una aplastante mayoría de los reclutados eran criminales y otros indeseables, mientras que los indios combatían formados en sólidas comunidades de hombres, mujeres y niños y todos contribuían al esfuerzo bélico. Los indios, además, conocían la tierra mucho mejor que los ingleses y empleaban el terreno difícil para reducir la ventaja tecnológica de los invasores. Los atacantes ingleses no lograron penetrar en los wigwams de la ciénaga porque

los indios habían reforzado sus alojamientos con sacos de grano, que les volvieron a prueba de balas. Frustrados, los ingleses recurrieron a tácticas de eficacia probada: entraron en el fuerte, incendiaron las casas, obligaron a los habitantes a quedarse dentro mientras los tiroteaban y quemaron 500 hogares.

Perecieron alrededor de 600 hombres, mujeres y niños. Fue casi una repetición de la masacre pequot del río Mystic de treinta y ocho años antes. Los ingleses hicieron casi 700 prisioneros; muchos fueron vendidos como esclavos en las Indias Occidentales. Los colonos habían sufrido alrededor de 70 muertos. La cifra total de bajas del bando nativo habría sido superior de «no haber ocurrido un extraño y repentino deshielo en mitad de enero», que permitió a los indios aliados buscar refugio en el país de los narragansetts [18] .

Poco después, Uncas, el sachem de los moheganos, movilizó 300 soldados y arrasó el campamento de invierno de Metacom, unos 65 kilómetros al nordeste de Albany, en el país mohawk, lo cual obligó a Metacom y a sus seguidores a volver a pasar el Hudson y regresar al norte. Rechazados por los puritanos, por el gobernador de Nueva York Edmund Andros y, aunque resulte chocante, por sus parientes cristianos, los wampanoags y narragansetts tuvieron que reconsiderar sus opciones. Los narragansetts tomaron la iniciativa. Canochet, su sachem, organizó un contingente de casi 2000 soldados y vació casi por completo de colonos el corazón de Massachusetts. Expertos en la batalla móvil, los narragansetts prendieron fuego a las aldeas y destruyeron casi todas las granjas al oeste de la bahía de Narragansett. Podía seguirse su rastro por el reguero de animales de granja muertos, libros despedazados, campanas de iglesia abatidas, cadáveres y restos humanos [19] .

Capítulo 12

El desafío de Metacom

Las repercusiones de la Guerra de Metacom fueron mucho más allá de Nueva Inglaterra y desencadenaron una serie de maniobras y estratagemas tanto de colonos como de indios. Mientras Metacom y sus seguidores soportaban violencia y sangre entre el frío y la nieve, Edmund Andros, gobernador de Nueva York, acogió en Albany a los sachem y a las madres de los clanes mohawks. Allí, mientras trabajaba para proteger a la colonia de la violenta guerra india, se autoproclamó salvador de los plantadores puritanos. Todo ese tiempo había acumulado armas y pólvora, temeroso de que el conflicto alcanzara a su colonia. También dispuso «barcas de remeros por toda la orilla». El salvador de Nueva Inglaterra parecía estar preparándose para abandonar Nueva York en cualquier momento[1].

Defender Nueva York era un desafío mayor debido a su desunión: acogía a una mezcolanza de ingleses, escoceses, neerlandeses, germanos, hugonotes franceses y africanos libertos. Cada uno de estos grupos formaba un enclave propio, mientras que los indios estaban unificados por vínculos de parentesco. La topografía de Nueva York también dificultaba la defensa. Las Cinco Naciones y los galos podían lanzar veloces asaltos fluviales por tres direcciones. Andros ansiaba con desesperación un tratado con los mohawks, que habían anunciado que «siempre habían sido uña y carne» con los neerlandeses, quienes, a pesar de la transferencia de Nueva York a Inglaterra, planteaban una amenaza crónica contra la América inglesa. Andros, consciente de la debilidad de su posición, propuso un tratado que se limitaba a «animar» la lealtad mohawk hacia los ingleses y que les pedía que «no los turbasen sin motivo».

En una medida desesperada, los novoingleses reclutaron a indios cristianos para que combatieran a sus parientes «como espías», lo que engendró una contienda civil indígena dentro de la guerra

generalizada entre indios y colonos. Poco después, los wampanoags de Metacom atacaron la localidad de Northampton, lo cual llevó al Consejo de Massachusetts a considerar la construcción de un muro de 2,5 metros en torno a Boston. Metacom y sus soldados estaban en posición de asaltar la ciudad. Aunque alejado más de 640 kilómetros de la zona de lucha activa, sir William Berkeley, gobernador de Virginia, vio con temor que «la infección de los indios de Nueva Inglaterra se ha extendido a los de Maryland y la parte norte de Virginia». Los indios, en su opinión, «se desharían de nosotros si pudieran, pero, gracias a Dios, aún no se han atrevido a mostrarse como nuestros enemigos» [2] .

La guerra empezó a extenderse al terreno religioso. La comunidad bíblica puritana se desmoronaba ante los golpes indios. Ahora, estos se expandían hacia Nueva York e infundían entre los ingleses el temor a Satán y a las represalias de los indios que explotaban. Dios los estaba castigando por sus pecados. Con objeto de mostrarse dignos de su Dios, tenían que destruir a los paganos. La historia de un inglés que se enfrentó a una partida guerrera frente a su casa, Biblia en mano, como si fuera invencible, es muy reveladora. Los soldados nativos lo asesinaron allí mismo: «Mofándose de su convencimiento sin sentido, o locura, lo abrieron en canal y le pusieron la Biblia en el vientre». En la primavera de 1676, los narragansetts emboscaron y acabaron con casi 80 efectivos de Plymouth y wampanoags cristianos. Poco después, una expedición narragansett atacó Providence e incendió varias casas. Una pertenecía al ministro puritano Roger Williams, que, en el pasado, había acogido a indios en su casa y había aprendido su lengua. Los narragansetts le dijeron que Dios estaba ahora de su parte y que había abandonado a los ingleses porque habían matado a muchos indios. Pese a ello, le dejaron vivir. Al cabo de poco tiempo, el ministro empezó a defender la esclavización y venta de los cautivos indios de Providence. Los aterrados colonos pensaban que solo un masivo derramamiento de sangre podría salvar su alma [3] .

La brutal y gráfica violencia indígena estuvo alimentada por generaciones de agravios acumulados; el estallido aspiraba a purgar su mundo de los arrogantes y genocidas colonos. Por un momento, pareció que los indios podrían expulsar al mar a los colonos. Arrasaban pueblos, aldeas y fuertes con facilidad. Los indios aliados

invitaron a los representantes puritanos al país de los nipmucs, pues creían que ahora podrían negociar desde una posición de fuerza. Monoco, un sachem de los nashaways, advirtió a los colonos de que si no aceptaban las condiciones de los indios, la alianza indígena saquearía todas las localidades inglesas desde allí a Boston. Las fuerzas de Metacom estaban reorganizando las dinámicas de poder entre nativos y colonos sobre bases igualitarias, algo que a los puritanos les parecía poco menos que el apocalipsis.

Sin embargo, en ese momento, cambiaron las tornas. La Confederación de Nueva Inglaterra emprendió una campaña conjunta contra los ejércitos indígenas. Movilizaron a sus ciudadanos, su oro y, lo más importante, a sus aliados indios para una guerra santa en la que los justos prevalecerían sobre las «bestias» y los «merodeadores» nativos. Los colonos convencieron a los indios leales de las misiones y a los mohawks para que se unieran a su causa por medio de espléndidos regalos. Abandonaron el estricto modo de hacer la guerra a la europea y adoptaron las fluidas tácticas indígenas: emboscadas, retiradas tácticas, dispersión y puntería individual. En 1676-1677, los mohawks organizaron una campaña de invierno contra la coalición de Metacom. Lo hicieron en interés propio: la Confederación de Nueva Inglaterra era el proyecto colonial más formidable en el este y los mohawks querían tenerla de su lado.

La posición de Metacom se deterioró. Se estaban agotando sus reservas de víveres y munición, por lo que su coalición quedó expuesta a la ira de los colonos, que podían echar mano de una mayor provisión de armas, bienes esenciales y gente. El 9 de mayo de 1677, Mather supo que «Dios ha lanzado a los mohawks sobre nuestros enemigos y estos estaban enfermos de flujos y fiebres, mortales para una multitud de ellos». Fue el punto de inflexión. El 19 de mayo, el capitán William Turner, al mando de más de un centenar de soldados y voluntarios, llegó a Peskeompscut, una aldea de pescadores indios. Ordenó un asalto nocturno en el que perecieron dos centenares de mujeres, hombres y niños. Los indios tomaron represalias, lo que provocó una segunda masacre. Incapaces de hallar a Metacom, los moheganos, pequots y sus auxiliares de Connecticutt localizaron un grupo de narragansetts en la ciénaga de Nipsagchuck. Los moheganos y los pequots avanzaron

por el centro, mientras los ingleses lanzaban una carga a caballo por los flancos. Los narragansetts perdieron 126 muertos, cifra que podría haber sido más elevada de no haber insistido los moheganos y los pequots en la moderación. La contienda se había vuelto genocida y, para los partidarios de Metacom, era insostenible [4] .

Por toda Nueva Inglaterra, los colonos empezaron a perseguir, juzgar y ahorcar a indios que, conforme a las leyes de la guerra, habían matado a soldados ingleses. Mather escribió: «Los paganos se han hundido en el hoyo que ellos mismos hicieron, en la red en la que se escondieron, ahí tienen atrapados los pies». Los colonos capturaron a más de un centenar de wampanoags, lo cual era una pérdida devastadora para Metacom. Contingentes de Plymouth y Rhode Island convergieron sobre Weetamoo y Metacom y su reducido grupo de partidarios. Metacom se cortó el cabello y se retiró a Montaup, su hogar ancestral y bastión. El 6 de agosto, Weetamoo se ahogó en un río cuando trataba de escapar de las tropas coloniales. Los ingleses dejaron su cuerpo expuesto sobre la tierra, en demostración de su dominio sobre ella y sobre el sexo femenino. Seis días más tarde, un indio de misión al servicio de los ingleses llamado John Alderman mató de un disparo a Metacom. Los colonos le cercenaron la cabeza, la llevaron a Plymouth y la clavaron en un poste sobre una torre de vigía. El cráneo permaneció allí durante veinticinco años. Murieron al menos 3000 hombres, mujeres y niños nativos, casi el 70 por ciento de los pueblos de Metacom y Weetamoo, y puede que unos 2000 abandonaran la región. El 19 de octubre de 1677, los soldados wampanoags encendieron un fuego en los bosques próximos a la localidad de Hatfield. Los locales acudieron a investigar y los wampanoags liquidaron a nueve [5] .

Los violentos choques entre nativos americanos y colonos de finales de la década de 1670, que con el tiempo fueron conocidos como la Guerra de Metacom, o Guerra del Rey Felipe para los ingleses, fue una calamidad estremecedora para los colonos, pese a su aparente victoria. Nueva Inglaterra perdió 600 soldados, más o menos el 10 por ciento del total, y al menos un millar de colonos pereció en enfrentamientos con los soldados indios, a los que los ingleses tachaban de salvajes. La colonia sufrió devastadoras pérdidas

económicas, 150 000 libras, en una época en que 100 libras anuales era un sueldo muy aceptable. Ardieron más de un millar de casas de colonos y cerca de dos docenas de localidades fueron arrasadas o sufrieron daños de gravedad. Los ingleses no recuperaron sus fronteras de preguerra hasta 1700 y los novoingleses se enfrentaban al desmoronamiento inminente de su comunidad bíblica. Habían matado a Metacom, pero las guerras indias continuaron en el norte, a lo largo de la frontera entre Nueva Inglaterra y Acadia, donde los abenakis del oeste lanzaron incursiones contra los invasivos asentamientos ingleses y los destruyeron casi todos. Increase Mather censuró el hambre de tierras de sus compatriotas colonos: «Prefieren las granjas y el mercadeo antes que las cosas de Dios» **[6]**.

La carnicería que los ingleses infligieron a los nativos americanos era un signo de debilidad, no de fortaleza. Los puritanos temían a los indios, sabedores de que estos conocían el territorio mejor que ellos y que podían vencerlos en cualquier lugar, ya fueran pantanos, bosques e incluso en sus propios pueblos. Mucho antes de esta contienda devastadora, los puritanos vivían con una obsesiva inquietud por el estado de su alma y esta preocupación se intensificó aún más una vez finalizada. La matanza de mujeres y niños nativos, la mutilación de cuerpos indios y el odio y la ira descarnada hizo que los colonos cuestionaran su condición de pueblo civilizado. El conjunto de Nueva Inglaterra parecía hundirse en el salvajismo, su podredumbre moral confirmada por las victorias paganas en el campo de batalla.

Para dar sentido a todo esto, los colonos recurrieron a la tinta. Entre 1675 y 1682 se escribieron 29 historias acerca de la guerra. La más famosa de todas fue el relato del cautiverio de Mary Rowlandson. En febrero de 1676, Rowlandson fue capturada en la localidad de Lancaster por indios nipmucs y pasó tres meses entre ellos. Tras ser «redimida» por 20 libras, se mudó a Boston con su marido, un pastor puritano. Fue allí donde acabó de escribir La verdadera historia del cautiverio y restitución de la señora Mary Rowlandson (The Soveraignty and Goodness of God…: Being a Narrative of the Captivity and Restauration of *Mrs*. Mary Rowlandson), que se convirtió, al instante, en un superventas, el primero de Norteamérica. El tema de fondo era la redención, la liberación del alma del cautiverio en las selvas, que tuvo un poderoso impacto

entre los maltrechos colonos. Rowlandson se liberó de las ataduras y regresó a la civilización y, de este modo, libró de la perdición a ella misma y a sus millares de lectores. Por otra parte, su relato, de asombrosa popularidad, mantuvo fresco el recuerdo de la guerra y sus horrores entre los novoingleses. La gente leía, una y otra vez, su reprimenda: «Nuestros actos perversos y malvados a la vista del Señor, le han ofendido de tal modo, que en lugar de volver su mano contra ellos [los indios] el Señor les alimenta y nutre para que sean el flagelo de toda la tierra». Esto tuvo profundos efectos. La calamidad y el sufrimiento mutuo se transformaron en la posibilidad de una futura coexistencia [7] .

Mientras algunos colonos leían para comprender su nuevo mundo, otros buscaron la sanación purgando al demonio de su alma, con diversos grados de éxito. Mather consideraba la guerra el castigo de Dios por los pecados y carencias morales de Nueva Inglaterra. Los pacifistas cuáqueros compartían esta idea, pues argumentaban que los puritanos habían provocado la ira de Dios al perseguirlos. Los colonos ingleses empezaban a dividirse y tuvieron que adoptar medidas drásticas para protegerse del diablo, los indios y los franceses. En 1686, el rey Jacobo II decretó la fusión del mosaico de pequeñas colonias del Atlántico central —Massachusetts, Connecticut, Plymouth, Rhode Island y los nebulosos territorios de Maine y Nuevo Hampshire— en una sola megacolonia, el Dominio de Nueva Inglaterra. Esta nueva entidad protegería a los colonos y les permitiría centrarse en la única tarea realmente esencial: enriquecer a la metrópolis por medio del comercio, los impuestos y la importación de esclavos. El monarca puso a cargo de la enorme colonia a Edmund Andros, personaje capaz y autocrático, que debería gobernar el dominio con mano de hierro, sin la interferencia de asambleas electas. La formación del dominio supuso un duro golpe para las colonias independientes, pues limitó sus opciones económicas, incrementó la carga tributaria y amenazó su libertad religiosa. En 1688, el dominio se extendió también a Nueva York y Nueva Jersey, aunque esto terminó un año más tarde, cuando Guillermo de Orange, estatúder de Holanda y autoproclamado protector de la fe protestante en Europa, franqueó el canal de la Mancha con una enorme flota e hizo huir a Jacobo II [8] .

A primeros de agosto, los sachem Madockawando y Moxis de los wabanakis anunciaron que Andros era un maleante y que se disponían a avanzar contra Nueva Inglaterra y «tomar todo su territorio palmo a palmo». Las crisis se multiplicaban y desbordaban a los colonos y 1689 fue un annus horribilis. Aunque en la rebelión contra Andros no hubo derramamiento de sangre, la violencia vino poco después. Numerosos milicianos abandonaban fuertes y guarniciones, con lo que dejaron expuesta toda la frontera de Nueva Inglaterra a los golpes conjuntos de wabanakis y franceses. Las localidades inglesas empezaron a caer como fichas de dominó mientras la violencia se expandía por el territorio. A finales de mayo de 1689, el capitán de milicias Jacob Leisler organizó una revuelta contra los indios, pero la crisis latente persistió. Leisler conservó la parte meridional de Nueva York durante dos años y acumuló poder. En 1691 lo ejecutaron por traidor. A mediados del verano de 1692, el reverendo Ebenezer Babson afirmó que «el acoso» que recayó sobre la localidad de Gloucester, Massachusetts, no era obra de «verdaderos franceses e indios, sino del Diablo y sus agentes»[9].

Entre junio y septiembre de 1692, la Colonia de la Bahía de Massachusetts ahorcó a catorce mujeres y cinco hombres por brujería en la aldea de Salem. Un hombre pereció aplastado bajo pesadas piedras. También hallaron culpables a dos perros. El diablo parecía andar suelto por la aldea y algunos niños, mujeres jóvenes y sirvientes huérfanas acusaron a mujeres mayores de atormentarlos al haber asumido la forma espectral del demonio. Un magistrado local interrogó a Dorothy Good, de 5 años de edad, por conversar con el demonio y dejar personas tullidas con una simple mirada. La enviaron a prisión, donde pasó nueve meses cubierta de grilletes. Otros volaron con la mente, surcando los cielos, muy por encima de los bosques americanos. Allí, furtivas criaturas de formas cambiantes acechaban, saqueaban y quitaban vidas. Según los poseídos, se trataba de indios y estos no se limitaban a saquear y matar; algunos de ellos se unían a los asaltos de los abominables franceses contra asentamientos ingleses. No era ninguna coincidencia que en 1692 la frontera india estuviera a menos de 80 kilómetros de Salem: la proximidad atizaba el terror y potenciaba

aún más la tradición ya existente en el Nuevo Mundo de caza de brujas. Por más que los colonos se esforzaban en ser puros y virtuosos, sentían deslizarse entre ellos los tentáculos del diablo.

Entre estos vivía Tituba, una india caribe esclava, que fue la primera mujer acusada de practicar la brujería. Ella se defendió con astucia y método y mostró un piadoso arrepentimiento. Conocía bien el catecismo y la Biblia y —al parecer para aplacar a los colonos— admitió haber surcado los cielos en un palo junto con dos colonas, Sarah Good y Sarah Osborne. Las tres fueron enviadas a Boston en carro para ser juzgadas. Tituba explicó con toda calma que se negó a torturar niños en la enloquecida aldea cuando un hombre de blanco cabello le ordenó hacerlo. A continuación, identificó a Good y Osborne como brujas. Parecía saber con exactitud cómo tenía que sobrevivir en ese asentamiento colonial en descomposición.

En el pasado había habido crisis similares, que sirvieron de advertencia contra las cazas de brujas inducidas por el miedo, pero, esta vez, el pueblo de Salem llevó la acusación hasta el final. En total, fueron procesadas 144 personas; 38 hombres y 106 mujeres. Se consideraba que la brujería era un crimen sobre todo femenino; sus cuerpos más débiles, argumentaban, las hacía más susceptibles de pecar. No obstante, existía un factor más terrenal en la sobrerrepresentación de las mujeres entre los acusados: muchas de ellas estaban descontentas de su situación, en particular de tener que hacer trabajos agotadores como despejar campos y acarrear leña, y se habían quejado de ello, lo cual quebrantaba los roles de género existentes.

Tanto entre los acusados como entre los jueces había personas familiarizadas con los escritos de Isaac Newton, que habían aceptado las ideas incipientes de revolución científica. Así y todo, estos ejecutaron a personas con arreglo a sueños y visiones. Órganos anormales, una fortaleza física inusual o una piel insensible eran argumentos tan válidos para acusar a una persona como que esta se dedicara con éxito a la adivinación. Los colonos tenían dificultades para distinguir qué era real, qué no lo era y qué les estaba ocurriendo. Cuestionaban su autonomía como seres humanos, pues el diablo, que también era una creación de Dios, les había superado. Las disputas entre vecinos y la envidia a colonos acomodados

instigaban acusaciones y muchos creían que sus sufrimientos y pérdidas en las constantes guerras indias eran otros tantos signos de su indignidad a ojos de Dios. Norteamérica, con su persistente carácter indígena, su obstinada impermeabilidad frente al Dios único y verdadero, sus extraños códigos de violencia y de guerra, había logrado enfrentar entre sí a los colonos de Nueva Inglaterra[10].

Capítulo 13

Las guerras civiles e inciviles de Virginia

En el momento en que Nueva Inglaterra se precipitó en la Guerra de Metacom, en la década de 1670, los virginianos tardaron muy poco en alegar que Dios castigaba a los puritanos por sus pecados. En Inglaterra, los puritanos eran un grupo minoritario impopular y en América lo siguieron siendo. El gobernador William Berkeley y otros virginianos tenían poca paciencia con los tercos disidentes, que no parecían comprender la necesidad de adaptar las instituciones y tradiciones inglesas a las condiciones del Nuevo Mundo. Berkeley los tachó de fantasiosos, aislados de la realidad, incapaces de entender la magnitud del desafío que los indios suponían para la América inglesa. «Los hombres de Nueva Inglaterra esperarían antes una invasión de los persas o del mogol que de sus indios», escribió. La cuestión india revelaba peligrosas fallas divisorias entre ingleses, tanto en el seno de las colonias como entre ellas [1] .

Virginia tenía sus propios problemas y en potencia explosivos. A principios de la década de 1630, los precios del tabaco tocaron fondo y se mantuvieron bajos, lo cual hacía casi imposible obtener beneficios. Solo los más adinerados resistieron, mientras que numerosos virginianos pobres tenían dificultades para llegar a fin de mes. Un goteo constante de esclavos africanos impulsó a la colonia hacia una peligrosa patología: se formó una reserva de gente explotada, formada por blancos pobres y esclavos negros, que trabajaba para los acaudalados aristócratas blancos y compartían su resentimiento hacia la élite blanca.

Eran unos cimientos excepcionalmente endebles para una colonia en el Nuevo Mundo. Cada año fluían de Virginia a Londres más de 4,5 millones de kilogramos de tabaco y llegaban a la colonia decenas de miles de inmigrantes, atraídos por la posibilidad de ser propietarios de tierras. Cada inmigrante varón, por más humilde

que fuera en Inglaterra, recibía 20 hectáreas, una posibilidad deslumbrante de ascenso social. Sin embargo, había una trampa. Muy pocos pobres podían asumir el coste de cruzar el Atlántico, de modo que tenían que hipotecarse durante años con el capitán del barco o con un plantador de Virginia, con los que firmaban unas escrituras, un contrato que los convertía *de facto* en aparceros no libres al servicio de la clase señorial. Puede que un pasaje a Virginia estuviera lleno de esperanza, pero, a corto plazo, la emigración suponía trabajo atroz en los campos de tabaco y el sometimiento a un amo que podía azotarlos, alargar años sus contratos por faltas menores e incluso venderlos para saldar deudas de juego. Los colonos corrían en el Nuevo Mundo el peligro de perder su bien más preciado: su meticulosamente construida masculinidad[2].

Deseoso de apaciguar a los decepcionados aparceros, Berkeley limitó la expansión de los colonos para evitar producir demasiado tabaco, lo cual bajaba los precios. Sin embargo, los plantadores de la élite se adentraron en el interior, donde estafaban tierras a indios y colonos pobres. La tensión fue en aumento entre colonos e indios, así como entre aparceros e indios, que se veían unos a otros como rivales y enemigos. Desde el desplome de la Confederación Powhatan en 1644, el odio al indio no dejó de intensificarse en Virginia. Hacia la década de 1670, esta se convirtió en una colonia de asentamientos autoconsciente —podría decirse que la primera de Norteamérica— impulsada por el miedo y el hambre de tierras y dispuesta a eliminar los pueblos indígenas de sus pretendidas fronteras. Berkeley abogaba por una guerra total contra los susquehannocks, los doegs, cazadores-recolectores-pescadores, y contra otros indios que todavía no habían sido reducidos a la condición de tributarios. Creía que los indios esclavizados debían venderse en otros lugares para así mantener pura la colonia[3].

En estas condiciones, solo hizo falta un choque para desencadenar una conflagración total. En julio de 1675, un grupo de indios doegs fue a ver a Thomas Mathews, un plantador del valle del río Potomac, para pedirle que saldara una vieja deuda. Mathews se negó y los doegs le robaron algunos puercos. El capataz de Mathews siguió a los indios y mató a uno. Los doegs se retiraron, aunque luego volvieron para matar al capataz. La milicia de Virginia persiguió a los indios hasta Maryland. Encontraron dos silenciosas

cabañas y atacaron. Apareció entre la lluvia de balas un hombre que se aferraba la mano; era el capitán George Mason. Solo entonces los virginianos se dieron cuenta de que habían matado a indios susquehannocks amigos. En agosto, los susquehannocks asesinaron a varios colonos en represalia, lo que impulsó a Berkeley a convocar a 750 milicianos. Corrieron rumores de un ataque inminente y el Gobierno de Maryland movilizó a 250 milicianos y un centenar de indios tributarios. Ningún colono propuso compensar los muertos para aplacar a los iroqueses susquehannocks. Por el contrario, los capitanes de milicia ordenaron partirles el cráneo a cinco sachem de los susquehannocks. Estos fueron a la guerra pocas semanas después del estallido de la Guerra de Metacom. De repente, casi todas las colonias inglesas tuvieron que combatir por sobrevivir [4] .

Aunque los susquehannocks eran una nación pequeña, lograron convertirse en una potencia regional de importancia con extensas conexiones. A mediados del siglo XVII dominaban la cuenca del Susquehanna desde una localidad central que trasladaban de un grupo a otro, más o menos cada generación. Sin embargo, durante la década de 1660, la centralidad se convirtió en un problema. Sufrieron repetidas epidemias. En 1675, su número se desmoronó de unos 5000 a apenas 400. Los susquehannocks estaban ahora en franca inferioridad numérica con respecto a todos los grupos circundantes. Sus partidas guerreras pasaron a estar formadas por muchachos adolescentes y jóvenes armados con hachas, arcos y fusiles de llave de chispa. Abrumados por el dolor e impulsados por la angustia, estos jóvenes ejércitos no capturaban cautivos; preferían torturar enemigos en lugar de darles una muerte rápida. Los iroqueses también causaron fuertes pérdidas y obligaron a los susquehannocks supervivientes a reasentarse en una nueva base en el sur, en Piscataway Creek.

Fue allí donde, en el verano de 1675, los susquehannocks se enfrentaron a un contingente de Virginia y Maryland de un millar de efectivos. Los susquehannocks contuvieron a los colonos durante seis semanas y luego pasaron a lanzar incursiones sobre la frontera norte de Virginia en pleno invierno, lo cual inquietó a los colonos, que se habían acostumbrado a que los indios atacaran durante los

meses cálidos. Los susquehannocks celebraron la Ceremonia de Mediados de Invierno, durante la cual interpretaban sueños; al parecer, soñaron con una guerra. Liquidaron a tres docenas de colonos y dejaron cadáveres mutilados de una forma característica. Presas del pánico, los colonos huyeron de las plantaciones. Hacia marzo de 1676, docenas de virginianos yacían muertos y sesenta plantaciones del curso del Rappahannock habían quedado abandonadas. La «inminente calamidad —creían algunos— enloqueció a la multitud confusa» [5] .

Esta mezcla de temor y ansiedad empujó a Virginia hacia la contienda civil. El gobernador Berkeley prefería una estrategia defensiva y pretendía erigir una cadena de fuertes fronterizos a lo largo de los ríos principales más allá de la divisoria oeste de la planicie litoral, para así mantener lejos a los nativos americanos. También quería centrar el inminente conflicto contra los hostiles susquehannocks, lo cual provocó la ira de los pequeños plantadores cuyas fincas lindaban con otros dominios indígenas y bloqueaban su acceso a nuevas posesiones. Los colonos reclamaban combatir indiscriminadamente a todos los indios [6] .

En ese momento, entró en escena Nathaniel Bacon. Recién llegado a Virginia y primo político de Berkeley, rebosaba ambición. Educado en Cambridge, había llegado al Nuevo Mundo con un aura turbia y plata en abundancia y se movía hábilmente tanto entre los círculos de la élite como en los de las clases inferiores. Comerció con indios, se convirtió en uno de los líderes de los hombres de la frontera virginiana y usó su contacto con Berkeley para obtener un puesto en el Consejo del gobernador. Era propietario de una plantación en Curles Neck, en el río James, cerca de la línea divisoria. Allí residía con su mujer encinta, Elizabeth, y su hija pequeña, desprotegidos de los ataques indios. Bacon empezó a abogar por una lucha genocida contra los indígenas y quería llevarla al sur, lejos de la plantación familiar. Se veía como un amo patriarcal, algo que estaba en entredicho. En esto no estaba solo; numerosos hombres virginianos compartían esta inquietud. La línea entre hacienda personal y colonia empezó a emborronarse en el momento en que los colonos se enfrentaron a los indios que los atacaban y retaban al llamarlos cobardes. Bacon pensaba que su causa, por más subversiva que pudiera parecer, debía ser la causa de Virginia. Seguía

considerándose un leal súbdito de su rey [7] .

Bacon entregó un escrito de seis puntos en el que criticaba a Berkeley y sus medidas y en el que acusaba al gobernador de cargar tributos injustos y monopolizar el comercio de castores. Sin embargo, lo que en verdad dividía a Virginia era la cuestión india. Bacon denunció a Berkeley por «haber protegido, favorecido y envalentonado a los indios contra los leales súbditos de Sus Majestades, sin contravenir, requerir o asignar nunca los medios debidos o adecuados para compensar los muchos allanamientos, robos y asesinatos cometidos contra nosotros». La política india de Virginia era una cuestión de supervivencia, rabiaba Bacon, y Berkeley la había desbaratado y había puesto en peligro toda la colonia. Para empeorar aún más la situación, existía el peligro de una insurgencia católica: se rumoreaba que lord Baltimore, el propietario católico de Maryland, había orquestado una alianza con indios y «papistas» con ánimo de destruir el protestantismo en Norteamérica.

Bacon, en abierto desafío al gobernador de Virginia, se hizo con el control efectivo de la política india de la colonia y lideró un contingente privado de colonos y aparceros bajo contrato en busca de indios susquehannocks a los que matar. Esos hombres, denominados los «voluntarios», sabían que muchos de ellos habían acudido a los occaneechis de la isla Roanoke, un grupo muy bien relacionado, con la intención de formar con ellos una alianza antivirginiana. Pero los de Virginia llegaron primero a los occaneechis y Bacon los convenció para que atacaran a los susquehannocks. Los occaneechis volvieron con cautivos susquehannocks y Bacon insistió en que les entregaran los prisioneros. En el tumulto consiguiente se disparó un tiro y los voluntarios asaltaron el bastión de los occaneechis. El combate duró toda la noche y se prolongó hasta la tarde siguiente. Bacon reportó que «destruimos a unos 100 hombres y 2 de sus reyes, además de mujeres y niños», lo cual dio «satisfacción a la gente». Sin embargo, la victoria «enfureció de tal manera» a Berkeley, dijo Bacon, que este «regresó a casa con mayor peligro» [8] .

El gobernador proscribió a Bacon y convocó elecciones generales a la Cámara de los Burgueses (House of Burgesses), las primeras

desde 1661. Para decepción de Berkeley, Bacon fue elegido. Este viajó a Jamestown con sus partidarios y Berkeley le hizo arrestar y arrodillarse ante él. Bacon huyó, pero regresó con un ejército de 500 efectivos. Obligó a Berkeley a nombrarlo general de voluntarios e hizo que la asamblea autorizase una nueva campaña india. La guerra contra los susquehannocks incluía ahora una contienda civil entre virginianos. A finales de junio de 1676, Elizabeth Bacon escribió: «Estoy segura de que si los indios no fueran cobardes, habrían destruido todas las plantaciones superiores y matado a todas las personas en ellas; el gobernador es tan amigo de ellos que no toleraría que nadie hiriera a un solo indio». Tal era el poder del miedo y del odio al indio en Virginia que los colonos enfrentados no lograban llegar a ningún acuerdo [9] .

Es posible que esta fuera la más confusa y maliciosa de todas las contiendas indias de Norteamérica hasta aquel momento. Tras no conseguir dar con los esquivos occaneechis y susquehannocks, Bacon y sus soldados empezaron a matar a los pacíficos pamunkeys, nanzaticos, rappahanocks, portobaccos, wicocomocos y appomattucks. Envalentonados, los seguidores de Bacon impusieron leyes que legalizaban la esclavización de todos los nativos americanos de Virginia, tanto si eran tributarios como forasteros, y expulsaron de sus tierras a todos los indios amigos para ampliar las plantaciones de tabaco. Berkeley, por su parte, reunió una pequeña flota y volvió a tomar Jamestown, aunque la perdió de nuevo a manos de los rebeldes, que redujeron la localidad a cenizas. A finales de octubre, Bacon falleció de disentería y su movimiento se desmoronó. Berkeley ordenó el ahorcamiento sumario de veintitrés rebeldes.

Al monarca británico, Carlos II, Virginia le parecía una colonia del todo disfuncional. Tachó a Berkeley de «viejo necio» que «ha dado muerte a más hombres en este país desierto que los que yo maté por el asesinato de mi padre» y despachó a Jamestown al coronel Herbert Jeffreys con más de un millar de efectivos a restablecer el orden. Jeffreys sometió a la colonia a ocupación militar. Envió a Berkeley a Inglaterra, donde murió antes de tener oportunidad de dar explicaciones al rey. Muchos pensaban que el estatus independiente de la colonia de Virginia estaba en entredicho. La corona se había visto obligada a rescatar dos relevantes colonias en

menos de doce años. Los colonizadores de Maryland denunciaron a sus propietarios y exigieron una reforma de base del imperio. Escribieron al monarca para solicitarle ser gobernados por un poderoso virrey[10].

En última instancia, fueron los iroqueses quienes restablecieron el orden en la región. Edmund Andros ofreció a los susquehannocks asilo en Nueva York, pero sus líderes lo rechazaron. Esto abrió el camino a los senecas, que «derrotaron por completo» a los susquehannocks, «sus más antiguos y temibles adversarios». Los onondagas y los cayugas adoptaron varios refugiados susquehannocks, lo cual potenció su fuerza bélica y demográfica. En ese momento, la Liga Iroquesa se convirtió en la potencia central del nordeste: controlaba conductas, imponía medidas y ejecutaba una «diplomacia de los bosques» de amplio alcance. Un sacerdote jesuita consideraba que se habían vuelto indomables: «Su insolencia no conoce límites». Las frágiles colonias inglesas, que operaban en la estela de los iroqueses, reivindicaron por delegación el dominio imperial del Atlántico central[11].

A finales de la primavera de 1677, Jeffreys, ahora teniente general de Virginia, organizó un gran consejo con los pamunkeys, appomatucks y remanentes de la Confederación Powhatan. Cockacoeske, «reina de los pamunkey[s]», ejerció una fuerte influencia en la configuración de Tratado de Middle Plantation[*], que demarcó alrededor de cada asentamiento indígena una zona de seguridad de 3 millas [4,8 km] a la que los colonos no podían acceder. Los colonos estaban obligados por ley a respetar las tierras y los derechos de propiedad de los nativos. Los «reyes y reinas indios» reconocían su subordinación al soberano de Inglaterra, una concesión testimonial compensada por la condición de que «cada rey y reina india tiene igual poder para gobernar a su gente y ninguno tiene más poder que otro (sic), excepto la reina de los pamunkeys, a quien varias naciones dispersas deben ahora de nuevo su antigua subordinación». Cockacoeske conservó el título de mamanatowick, o «weroance superior», sobre las tribus tributarias de la Confederación Powhatan. Al reconocer su poder, Virginia creó sobre el papel un imperio de súbditos nativos leales, aunque también reconoció la resistencia india a pesar de las condiciones terriblemente desfavorables. Virginia, la colonia más racista y

contraria a los indios del continente, abría un espacio a los nativos americanos. Los virginianos se comprometieron a abolir el comercio de esclavos indios y, a cambio, pedían que «cada rey y reina indios en el mes de marzo de cada año con algunos de sus prohombres demostraran su obediencia a [...] el gobierno de Su Majestad en el lugar de su residencia y pagaran allí la acostumbrada renta de veinte pieles de castor». Esta cláusula se ajustaba tanto a las prácticas indígenas de intercambio de regalos como a los posicionamientos coloniales [12] .

En 1683, las Cinco Naciones se enfrentaron a un peculiar y presuntuoso recién llegado que, el año anterior, había llevado veintitrés naves desde Inglaterra al valle del Delaware y cerró un tratado con la nación lenape, con intención de construir una nueva colonia. A continuación, pasó a adquirir tierras a los diezmados susquehannocks para su enorme fondo de propiedad, su «Santo Experimento», que el rey de Inglaterra le había otorgado en pago a una deuda con su padre. Carlos II había concedió displicentemente a este hombre un dominio de 116 500 kilómetros cuadrados al que permitió que denominara Pensilvania. Los iroqueses trataron de bloquear de inmediato el establecimiento de una nueva colonia, pues querían la tierra para ellos. Pese a ello, William Penn entró en la historia norteamericana como un buen colono que respetaba la soberanía indígena; durante las décadas siguientes, miles de indios se establecieron en Pensilvania. Sin embargo, el talante conciliador de Penn no era puro altruismo; estaba respondiendo a la geopolítica y el poder de los nativos. La decisión de Penn tenía mucho que ver con la Guerra de Metacom y con el conflicto entre los susquehannocks y Virginia, que había agitado a los colonos. Las Cinco Naciones le habían hecho reflexionar y le dieron una lección: el suelo indígena no estaba a disposición del primero que llegara. Tras el encuentro iroqués, Penn negoció desde el principio transferencias de tierras con los americanos nativos. La ironía de fondo era que los iroqueses no querían ocupar la franja de tierra en disputa; pretendían usarla como moneda de cambio con Nueva York [13] .

En el otoño de 1684, ante las intensas interferencias de Nueva York en las relaciones franco-iroquesas, el gobernador De la Barre partió

de Fort Frontenac, el mayor bastión interior de Francia, con 500 soldados, decidido a impedir cualquier transacción de tierras. Sería una campaña de intimidación que integraría a los iroqueses en el redil galo de una vez por todas. La operación no salió según lo planeado. «Los guerreros de esas Cinco Naciones han introducido a los ingleses en el lago, que pertenece a mi rey y señor», amonestó De la Barre a los líderes iroqueses que convocó al fuerte. Su intención, se temía, «era arruinar el comercio de sus súbditos y obligar a esas naciones a abandonar su debida fidelidad». Las maniobras iroquesas, recelaba el gobernador, desestabilizaban al imperio francés en Norteamérica. «Los franceses, que son hermanos y amigos de las cinco naciones —prometió—, nunca perturbarán su reposo, siempre y cuando cumplan lo que ahora pido y respeten religiosamente sus tratados». Si no lo hacían, advirtió De la Barre, «tengo órdenes expresas de declarar la guerra».

El sachem de los onondagas, Otreouti, oyó la arenga de De la Barre mientras miraba «el extremo de su pipa». Sin duda, debió de darse cuenta de la forma en que el gobernador francés empleaba las palabras y metáforas de las Cinco Naciones; la cultura diplomática iroquesa había saturado la mitad oriental del continente y servía de lingua franca para la diplomacia entre naciones. Al fin, habló. «Onontio, cuando saliste del Quebec, sin duda debiste de pensar que los abrasadores rayos del Sol han quemado los bosques que hacen a nuestro país inaccesible a los franceses». De la Barre parecía ser la persona menos informada del fuerte. Ignorante de la expansiva diplomacia de las Cinco Naciones, y sin saber que estas habían colocado parte de sus tierras bajo la protección de Nueva York, advirtió a los indios de que, si lo desafiaban, se uniría «al gobernador de Nueva-York, quien tiene órdenes de su rey y señor de ayudarme a quemar las cinco aldeas y destruiros». Otreouti ignoró sin rodeos las amenazas de De la Barre: «Debo decirte, Onontio, que no estoy dormido, mis ojos están abiertos». Para reafirmar la autonomía y la soberanía de las Cinco Naciones, le respondió: «Nacimos hombres libres y no debemos obediencia ni al Onontio ni al Corlar», esto es, al gobernador de Nueva York. Los iroqueses habían decidido renunciar a su reivindicación del curso alto del valle del Susquehanna para asegurarse la protección de Nueva York contra las incursiones galas. Los onondagas esperaban

que Nueva York «los protegiera de los franceses, pues de no ser así perderían todos los castores y la caza», aunque no se habían unido a los ingleses en un papel subordinado. Exigieron que «la gente de Penn no pueda establecerse en el río Susquehanna». Auspiciados por los acomodaticios ingleses, los onondagas seguirían capturando y liquidando a los aliados indios de Nueva Francia según dictaran las circunstancias [14] .

Humillado, el gobernador de Nueva Francia, Jacques-René de Brisay de Denonville, envió una disculpa desde Montreal a Jean-Baptiste Colbert, secretario de Estado en Francia. «Siento mucho, mi señor —escribió—, hallar los asuntos de este país en un estado tan deplorable. Aún lamento más verme constreñido y trataré de evitar perderlo todo a causa de la excesiva precipitación, contemporizar y correr el peligro de ser dominado por los iroqueses». Denonville movilizó 500 hombres para cercar Montreal con estacas de 3 metros de alto. Sin embargo, halló escasa seguridad tras los recién erigidos muros. «Los iroqueses destruyen a nuestros aliados en todas partes», se quejó y advirtió de que, si sus ataques no eran detenidos, «podemos dar la colonia por perdida». La desesperación de Denonville era compartida por muchos: mermados por las Cinco Naciones, ambos proyectos coloniales, el inglés y el francés, parecían extinguirse [15] .

Capítulo 14

La gran rebelión del sudoeste

La campaña se había planificado con todo cuidado tras una densa cortina de secretismo. Su arquitecto, Po'pay [*], líder religioso de los indios pueblo de Ohkay Owingeh, temeroso de que el plan secreto fuera revelado a los españoles, asesinó a su propio yerno para proteger la operación. El 10 de agosto de 1680, cuerdas anudadas de fibra de yuca empezaron a aparecer entre los indios pueblo de todo Nuevo México, en teoría, un reino del imperio español. Los cordeles los llevaban mensajeros entrenados, cada uno de los cuales recorría centenares de kilómetros. En cada localidad, los enviados entregaban el mismo mensaje de Po'pay: desatad un nudo cada día y la mañana del último nudo matad a los españoles de vuestro pueblo. Los españoles descubrieron el significado de los nudos después de detener a dos mensajeros, aunque, para entonces, ya era demasiado tarde. Los indios pueblo habían emprendido la guerra contra Nuevo México. El gobernador Antonio de Otermín, en Santa Fe, recibió noticia de que «[…] venian todas las naçiones deste reyno haciendo confederaçion con los apaches ynfieles para que la noche del dia trese del corriente executasen su ygnobediençia alebosia traiçion y atrosidades». No era la revuelta de una nación sometida. Era una contienda orquestada con sumo cuidado, emprendida por un pueblo soberano contra las pretensiones imperiales de España [1].

Los agravios y resentimientos que impulsaron a los indios pueblo a alzarse contra los españoles llevaban fermentando desde la matanza de Acoma de 1599, en la que los españoles, liderados por Juan de Oñate, acabaron con 800 indios pueblo. Eso sucedió más o menos un siglo antes que las guerras entre los nativos americanos y los ingleses, lo cual le dio un tono diferente. Después de la destitución de Oñate, la corona española trató de instituir un dominio más blando en Nuevo México y puso a cargo de la colonia a frailes

franciscanos. No obstante, eso solo conllevó un tipo de violencia diferente. En 1629, fray Esteban de Perea, 30 frailes españoles, un destacamento de soldados y 36 carros de bueyes llegaron a Santa Fe, destino final de la marcha de 2400 kilómetros desde Ciudad de México. Los franciscanos se presentaron como magos con poderes sobrenaturales, trataron de apropiarse de los roles de los sanadores nativos e imponer sobre el mundo de los indios pueblo una teocracia cristiana. Los franciscanos se instalaron en las localidades de los pueblo y dejaron a los soldados fuera de los límites de la aldea, aunque lo bastante cerca para ayudar a impartir disciplina si fuera necesario. Los soldados españoles a caballo poseían una inmensa ventaja tecnológica con respecto a los soldados pueblo. Los frailes se hicieron los amos de la naturaleza, el alma y los espacios sacros del universo de los pueblo. Hacia la década de 1630, la tierra «estaba llena de iglesias»: unas 50 misiones, iglesias y monasterios, que, en conjunto, trazaban una cruz sobre la región. Esta organización mantenía bajo custodia franciscana a no menos de 80 000 neófitos. Era una nueva geografía de poder basada en el imperialismo religioso, que a los frailes les parecía de un indudable carácter providencial. Su percepción de dominio entró en el relato internacional a finales del siglo XVII. En esa época, los mapas europeos presentaban Nuevo México como una compacta colonia urbana que acogía grandes reclamaciones españolas en el interior de Norteamérica. Estos mapas ocultaban que la autoridad española en las Américas era muy tenue. La Guerra Chichimeca del altiplano central mexicano, el mayor conflicto fronterizo de la historia del hemisferio occidental, llevaba librándose desde hacía generaciones y todavía se prolongaría dos décadas más [2] .

Las misiones, iglesias y monasterios de los españoles a lo largo del río Bravo constituían una red de poder y vigilancia, lo cual revela la preocupación de franciscanos y soldados, que sabían muy bien el hondo resentimiento que sus exigencias e interferencias provocaban entre los pueblo y otros nativos americanos. Los hopis llamaban a los sacerdotes españoles tūtáachi, «persona dictatorial y exigente». Los colonos obligaban a los indios pueblo a trabajar para ellos por medio de encomiendas, un sistema de trabajos forzados que confiaba a españoles privilegiados a individuos y, a veces, a comunidades enteras. Empoderados por la legislación española, los

colonos podían ordenar a los indios que cuidaran de sus rebaños, que labraran sus campos, que entregaran cueros de animales y que prestaran servicio doméstico. Así y todo, los frailes franciscanos insistían en la primacía del gobierno eclesiástico en Nuevo México y reclamaban la autoridad final en asuntos indios en relación con gobernadores y colonos. Los franciscanos, con su carisma y las prerrogativas de la Iglesia —censura, entredicho [*] y excomunión— predominaron sobre los colonos hasta mediados del siglo XVII. Nunca abandonaron su sueño de salvar el alma de los pueblo, lo cual les enfrentaba a menudo contra los españoles seglares [3].

En 1630, fray Alonso de Benavides denunció a los gobernadores españoles de Nuevo México por conceder permisos «para tomar chicos y chicas indios de los pueblos con el pretexto de que son huérfanos y llevarlos a servir de forma permanente en casas de españoles, donde quedan como esclavos». El gobernador Luis de Rosas ignoró las quejas y, a finales de 1630, tomó medidas para sistematizar las incursiones de caza de esclavos mediante la organización de frecuentes expediciones en las montañas y planicies vecinas, además de inducir a los indios a lanzar expediciones de captura de otros indios. Tales incursiones generaron cuantiosos beneficios para el gobernador y sus partidarios. Hacia las postrimerías del siglo XVII, la colonia tenía unos 500 esclavos no pueblo, una importante reserva de mano de obra para los cerca de 800 colonos. Los esclavos suponían riqueza y esta les dio a los gobernadores un mayor control sobre los asuntos indios de Nuevo México —y, por extensión, sobre su economía y política—, lo cual les permitió desarrollar conexiones clientelares cruciales y desafiar el férreo control franciscano sobre las relaciones entre la colonia y los centros imperiales españoles. El control franciscano sobre Nuevo México empezó a dejar paso a una élite secular [4].

Las líneas divisorias en el seno del sistema imperial crearon puntos ciegos en el dominio español que ofreció oportunidades a los oprimidos indios pueblo. Los españoles prohibieron la religión de los pueblo por demoníaca. Sus sanadores tradicionales —que habían curado a españoles enfermos— evitaron la vigilancia española operando de forma soterrada, en el sentido literal de la palabra: trasladaron las ceremonias religiosas a kivas subterráneas, donde pervivió la soberanía y religión de los indios pueblo. Los guiaban

Iatiku (Madre Maíz) y los kachinas, espíritus-nube ancestrales que los visitaban y que sostenían el equilibrio del mundo. Además, numerosos granjeros pueblo se echaron al monte, a las mesetas, donde, aislados de los asentamientos españoles de los valles fluviales gracias al terreno escarpado, edificaron pequeñas granjas y talleres y se quedaron el fruto de su trabajo. En 1659, el gobernador Bernardo López de Mendizábal prohibió las levas de trabajo en Nuevo México, con la intención principal de frustrar los intentos franciscanos de acumular trabajadores pueblo. Eso hizo que dejara de trabajar un número tan elevado de indios que los franciscanos temieron perder los rebaños de animales. Con el fin de socavar la autoridad franciscana, López de Mendizábal proscribió los castigos corporales en las misiones y permitió a los indios representar sus danzas katsina tradicionales, que los franciscanos habían prohibido. De repente, los indios volvieron a danzar en las plazas[*]; con ello, reafirmaron su autoridad religiosa y recuperaron un espacio social público. Finalmente, a principios de la década de 1660, inquieto por las revueltas generalizadas de esclavos en Chile, el monarca español Felipe IV, ya moribundo, decidió ilegalizar el tráfico de esclavos indios. La ejecución de esta reforma recayó en su viuda, la reina Mariana, que llevó a término su cruzada antiesclavista con piadosa determinación. El tráfico de esclavos se redujo de forma espectacular, no solo en Chile, sino también en Nuevo México, desde donde los esclavistas españoles exportaban indios pueblo a las minas de plata sudamericanas. Los indios pueblo concebían la vida como una serie de transiciones y como la incorporación de otros, un fundamento espiritual que les permitió soportar calvarios y padecimientos[5].



Mapa de Nuevo México, obra de Jean-Nicolas du Tralage y Vincenzo Maria Coronelli (1687). The University of Texas at Arlington Libraries Special Collections.

Los esfuerzos de España por acomodar a los pueblo y a otras naciones indígenas en la región, aunque titubeantes, podrían haber engendrado en el sudoeste algo similar al terreno intermedio de los Grandes Lagos, de no haber intervenido la enfermedad y el hambre. En 1636 se declaró en el valle del río Bravo una epidemia de viruela que mató a unos 20 000 indios pueblo. Tres décadas más tarde, una severa sequía trajo el hambre y debilitó aún más la ya endeble autoridad moral de los franciscanos. Entre 1639 y 1650, estallaron alzamientos locales en Taos, Jémez y varias localidades tewa y, en 1668, una segunda sequía provocó hambrunas y devastación. Un franciscano reportó que «un gran número de indios perecieron de hambre y yacían muertos en los caminos, las quebradas y en sus cabañas. Hubo pueblos (por ejemplo, en Humanas) donde murieron de hambre más de cuatrocientos cincuenta» [6] .

Si el interior de Nuevo México no era todo lo sólido y seguro que imaginaban los dirigentes españoles, en el exterior tampoco era tan imponente como esperaban que fuera. Aunque la cifra de colonos

apenas superaba los 2500, los mapas españoles seguían presentando la colonia como una extensión de Nuevo México. En realidad, Nuevo México era un archipiélago aislado en un vasto mar indígena; estaba encajonado entre poderosas naciones indígenas cuyos dominios confluían en el curso alto del valle del río Bravo. Esta convergencia era antigua. El mundo de los pueblo llevaba siglos conectado a las regiones exteriores y estos vínculos se intensificaron con la colonización española. En lugar de distanciarse de la colonia, los pueblos nativos —apaches, navajos, jumanos, utes, shoshones y otros— gravitaron hacia esta, atraídos por sus bienes manufacturados, su influencia política y, sobre todo, por sus caballos[7].

Para los indios independientes de las inmediaciones, la próspera, pero confinada, colonia de Nuevo México era, a la vez, un imán y un centro mercantil. Al acercarse a esta, competían y combatían entre ellos y se enzarzaron en contiendas prolongadas. Los jinetes apaches presionaban desde el norte y el oeste hacia las planicies que lindaban con Nuevo México. Allí, chocaron con los jumanos, una coalición multiétnica de cazadores, agricultores y comerciantes, dominadores de una extensa red comercial que abarcaba desde la costa del Golfo al curso superior del valle del río Bravo. La colisión apaches-jumanos, una combinación de violencia y asimilación, llevó un nuevo orden al sudoeste. La coalición de los jumanos se desintegró, los apaches ecuestres pasaron a controlar el comercio en las localidades de la frontera con Nuevo México y las planicies meridionales empezaron a convertirse en una nueva entidad geopolítica, la Apachería. Los líderes españoles parecían mostrar más preocupación por la seguridad de sus líneas de suministro que por la de sus supuestos protegidos, los indios pueblo, y El Cuartelejo, un reducto apache al nordeste de Nuevo México, se erigió en refugio para indios pueblo descontentos. El reino de Nuevo México estaba perdiendo súbditos, lo cual apuntaba al derrumbe de las ambiciones coloniales españolas[8].

El declive de su colonia confundió a los españoles. Al igual que en Nueva Inglaterra y Virginia, los colonos tenían dificultades para establecer un estricto control colonial. Estos se imaginaban los dueños de un Nuevo México inviolable que proyectaba el poder español sobre los nativos americanos, aunque esta visión se estaba

desmoronando con rapidez. La nación apache rodeaba Nuevo México, pero se mantenía al margen: restringían las interacciones comerciales y se adentraban en México para capturar caballos y cautivos a voluntad. Los habitantes de La Junta de los Ríos, una fértil región de llanuras aluviales y colinas en la esquina nordeste del desierto de Chihuahua, planteó un desafío más directo contra las aspiraciones españolas; atacaban ranchos y aldeas desde sus bases en las montañas y escapaban rápidamente de las represalias. Los españoles se estaban quedando sin indios a los que dominar. Mientras apaches y jumanos derrotaban a los designios españoles gracias a su movilidad equina, los pueblo se limitaban a morir. Las repetidas hambrunas y epidemias redujeron su población de 80 000 a 40 000 a mediados de siglo, lo cual agrió aún más las disputas jurisdiccionales entre franciscanos y colonos en torno a la mano de obra pueblo, la principal fuente de riqueza en un reino pobre en minerales. Los frailes querían retener a los indios en las misiones, los colonos querían atarlos a las encomiendas. Esto hacía incompatibles sus objetivos [9] .

España adoptó un plan drástico para rescatar la colonia en declive: resucitó el tráfico de esclavos en la provincia. A partir de mediados de siglo, caravanas de cautivos volvieron a llevar indios pueblo y apaches hacia lo desconocido; deshicieron familias y atizaron el odio. Este se concentró sobre todo en los franciscanos, quienes, pese a que afirmaban amar y ocuparse de los indios pueblo, no hacían nada para detener el tráfico. En Nuevo México, «apache» y «esclavo» pasaron a ser casi sinónimos y los agravios se acumularon. Las largas décadas de hambrunas, plagas y muertes eran prueba evidente de que los frailes no podían estabilizar el mundo. Y, sin embargo, se creían con derecho a intervenir en los aspectos más íntimos de la vida de los pueblo, para lo que revisaron con fanática urgencia los usos y tradiciones de los indios pueblo porque les parecían turbadores. Los matrimonios de los pueblo no eran monógamos, la poligamia era común y el divorcio normal. Mujeres y hombres tenían posesiones diferenciadas, aunque acumular riqueza se asociaba a la brujería. Las mujeres supervisaban la construcción de casas, las cuales les pertenecían. La sexualidad, considerada equivalente a fertilidad, se celebraba públicamente y las personas se acercaban a la divinidad según iban

envejeciendo. Todo esto era sacrilegio para los franciscanos, que temían que la situación solo podía empeorar. En 1675, los funcionarios españoles entraron en pánico. Organizaron una investigación que concluyó que Nuevo México estaba en peligro; ahorcaron a tres sacerdotes pueblo en una ejecución pública y azotaron a 43. Po'pay estaba entre estos últimos. Semejante crueldad era inconcebible para los indios pueblo [10] .

Después de esto, y durante los cinco años siguientes, los líderes pueblo se visitaron entre ellos, estrecharon vínculos, recopilaron información y debatieron la mejor manera de librar a su mundo de los españoles y de sus odiosas bestias e instituciones. Se alejaron de estos en El Cuartelejo, donde podrían diseñar en secreto su estrategia. Movilizar soldados de más de dos docenas de localidades independientes exigía un nuevo pensamiento estratégico. Cinco años más tarde, Po'pay se retiró al norte, a un kiva en Taos, la más aislada de las aldeas de los pueblo, donde aún perduraba el antiguo sacerdocio. Esta sala sagrada sería el cuartel general de su campaña [11] .

Los oficiales españoles hallaron el significado de los cordeles anudados, pero esta información ya no tenía importancia. Cuando llegó el momento, los pueblo golpearon con abrumadora superioridad numérica a los españoles y les obligaron a luchar a vida o muerte en numerosas batallas independientes, lo cual impidió cualquier intento de respuesta militar en toda la colonia. El combate fue cercano y generalizado porque los pueblo así querían que fuese. La mayoría de colonos residía fuera de las localidades de los indios pueblo y cerca de sus campos a lo largo del río Bravo. Por tanto, vivían en extremo aislamiento y eran presa fácil. Desde allí, la violencia se propagó, de forma significativa, por dos corredores de tráfico esclavista: uno iba de Nuevo México a Parral, en Chihuahua, y el otro hacia el oeste, en dirección a las minas de plata de San Juan Bautista, Opodepe y Teuricache. Desde principios del siglo XVII, un gran número de indios pueblo y apaches habían sido vendidos a las aldeas mineras de más al sur. El área cubierta por los corredores esclavistas era casi idéntica al radio de la rebelión. El gobernador Otermín hizo capturar a un indio pueblo para poder preguntarle: «¿Cómo pueden haberse vuelto tan locos?».



La localidad de Taos en la actualidad (2017). John Mackenzie Burke.

La mayoría de supervivientes españoles huyó a Santa Fe y a Isleta Pueblo, una de las pocas localidades que no se unieron a la rebelión. Quinientos colonos se apiñaron unos días en Isleta y después se retiraron a El Paso del Norte, 500 kilómetros al sur. El resto de colonizadores de Nuevo México no podían hacer nada por sofocar la rebelión: la nación pueblo, dispersa en lo geográfico y descentralizada en lo político, no tenía ningún núcleo principal que atacar y conquistar. Pese a ello, los españoles lo hicieron. La retirada a El Paso permitió a 2000 pueblo caer sobre Santa Fe, donde el gobernador Otermín y alrededor de un millar de soldados rechazaron los asaltos como pudieron. Solo uno de cada diez soldados disponía de un arma de fuego, mientras que los pueblo, tras liquidar y desarmar a más de 400 colonos, estaban armados con fusiles de llave de chispa, lanzas y espadas. Prendieron fuego a edificios para hacer salir a los colonos y Otermín y su tropa se retiraron al palacio de los gobernadores de Santa Fe. Resistieron allí varios días; Otermín estaba debilitado por dos flechazos en el rostro y una herida de bala en el pecho. Los pueblo cortaron el suministro de agua de la ciudad y esperaron. Otermín anunció que los españoles se retirarían el 21 de agosto, «para mayor servicio de las dos majestades». El undécimo día del alzamiento, Otermín y sus soldados fueron autorizados a abandonar la calcinada localidad de Santa Fe [12] .

La insurrección pueblo de 1680, al igual que las guerras libradas por los powhatans y los wampanoags en el este, fue, a un tiempo, un acto de supervivencia, una revitalización cultural y una reimaginación del espacio. Numerosos apaches y navajos combatieron del lado de los pueblo, testimonio de la existencia de fuertes vínculos intergrupales que trascendían las fronteras impuestas por los españoles. Los aliados indios mataron a casi 400 colonos y 21 frailes, además de poner en fuga a un millar de soldados españoles, a los que enviaron a El Paso, la localidad más meridional de la colonia. Los líderes de la rebelión emprendieron el restablecimiento del paisaje físico y sacro de la era prehispánica. Las iglesias fueron demolidas, las campanas hechas pedazos y las imágenes de Jesucristo y de la Virgen María destruidas. Quemaron los cultivos extranjeros y, en su lugar, plantaron maíz y judías. Ni una palabra española debía violar el paisaje indígena restaurado. Incluso los caballos empezaron a desaparecer del valle del río Bravo. Los pueblo los repudiaron a causa de su hábito de pisotear los maizales y por su elevado poder, símbolo del poderío español, y se embarcaron en un activo comercio equino con los pueblos nómadas y pastores del exterior. Era como si el colonialismo español nunca hubiera ocurrido[13].

A pesar de la intención de los indios pueblo de borrar de su memoria el colonialismo español, este, por supuesto, había sucedido y su legado resultó persistente. Por más frágil que fuera el dominio hispano sobre el mundo de los pueblo, los colonos españoles causaron profundas alteraciones en la vida indígena del valle del río Bravo. Con intención de reinstaurar el viejo orden cultural —de volver atrás en el tiempo—, los líderes pueblo emitieron una serie de decretos vinculantes para todos los indios pueblo; los líderes nativos reclamaron un dominio exhaustivo sobre el mundo pueblo, para así purgar las influencias españolas. No obstante, la idea de un mundo pueblo unificado era una ficción extranjera. Antes de la invasión hispana, los indios pueblo vivían en más de 150 comunidades que, si bien compartían una misma visión cultural, carecían de estructuras centrales de gobierno. Cuando el edificio colonial se desmanteló, las identidades locales resurgieron. En la década de 1680, los españoles construyeron una región-barrera de

presidios y misiones para mantener a sus rivales europeos lejos de la colonia abandonada. La llamaron Tejas, transcripción al español de la palabra caddo taysha, que significa «amigo».

Cuatro generaciones de presencia colonial dejaron una profunda impronta en la vida de los indios pueblo y muchos se acostumbraron a considerar naturales ciertas importaciones hispanas. Renunciar a los franciscanos y a los colonos no suscitaba ninguna controversia, pero rechazar los puercos, las ovejas, los tejidos de lana, las herramientas de metal y las esposas en matrimonio ya era otra cuestión. Cuando las sequías arruinaron las cosechas, la endeble coalición pueblo empezó a desintegrarse. Los líderes cívicos, los sanadores y los soldados competían por la autoridad en el seno de unas comunidades que pronto se sumieron en conflictos civiles. Las localidades peleaban por los escasos recursos y se atacaban entre ellas por el grano. Los apaches, enfurecidos por la caída de las relaciones comerciales, tomaban por la fuerza lo que necesitaban [14] .

Mientras los pueblo se enfrentaban al persistente legado colonial, los españoles lo hicieron contra su legado de resistencia. Su alzamiento fue contagioso, pues desencadenó una serie de rebeliones contra el dominio español desde Coahuila a Sonora y Nueva Vizcaya. Janos, sumas, conchos, tobosos, julimes y pimas atacaron a colonos y destruyeron misiones, pueblos y granjas e hicieron retroceder al colonialismo español en una extensa región. Los españoles parecían paralizados ante esta explosión de odio y poder indígena. Los funcionarios coloniales sentenciaron a 400 nativos rebeldes a diez años de trabajos forzados [15] .

Tuvo que ser un hidalgo pobre, desesperado por incrementar la fortuna familiar, quien superara la inercia española. Diego de Vargas dejó a su familia en Madrid con la esperanza de hacer fortuna en el Nuevo Mundo, fuera como fuese. Después de dos décadas, apenas había obtenido nada, pero creyó que recuperar Nuevo México cambiaría su suerte. En 1692, Vargas emprendió una expedición de reconocimiento que no tardó en metamorfosearse en reconquista. Los indios pueblo permitieron entrar a los adustos españoles en Santa Fe solo después de que los colonos dejaran las armas. El 14 de septiembre —festividad de la Exaltación de la Santa

Cruz— Vargas hizo su entrada en la ciudad, seguido de varios frailes. Los indios erigieron una gran cruz en la plaza [*] y Vargas la besó. A continuación, perdonó a todos los indios que honraran al rey de España. Cuando la noticia de la entrada de Vargas en Santa Fe bajo dominio de los indios pueblo llegó a Ciudad de México, las campanas de la catedral tañeron en su honor [16].

Un año más tarde, Vargas regresó a Santa Fe —un frío diciembre, con una caravana de 70 familias españolas, un centenar de soldados, 80 frailes, numerosos auxiliares indios y 3000 caballos y mulas—, pero los pueblo le negaron la entrada. Su nueva expedición estuvo precedida de rumores de caravanas y los indicios de la reconquista eran palpables, algo que no había ocurrido después de la Guerra de Metacom. Vargas y su séquito pasaron una semana ante las murallas de Santa Fe, helándose en una espesa capa de nieve. Trataron a los indios pueblo con cautela y portaban la talla de madera de la Conquistadora, la Virgen de la Conquista, rescatada de Santa Fe trece años antes, durante la rebelión y la retirada. Vargas apeló a los pueblo por mediación de La Conquistadora, pero estos respondieron con sorna que el diablo era más poderoso que la Virgen María.

Se entabló una feroz batalla. Los hombres de Vargas disparaban descargas y los indios arrojaban piedras y agua hirviendo desde los muros. Los indios pueblo agotaron sus provisiones y se rindieron al cabo de tres días. El castigo de los españoles, revelador de su desesperación, fue feroz: ejecutaron a 70 hombres y condenaron a la esclavitud a 400 mujeres y niños. Vargas marchó a someter el resto de aldeas de la colonia y ordenó la construcción de un presidio y el establecimiento de una guarnición armada en Santa Fe, donde los indios habían erigido un pueblo «sobre los aposentos de los gobernadores de ese reino». Sin embargo, Vargas no logró una victoria fácil. Pasó la mayor parte de 1694 en campaña, reprimiendo alzamientos locales y aplastando bolsas de resistencia. Esta resultó ser persistente. Juan de Ye, gobernador de Pecos Pueblo, cabalgó a Taos para reprender a Pacheco, el gobernador indígena de la localidad. El español nunca más volvió a ser visto. Corrían constantes rumores de una rebelión inminente en Nuevo México y, en 1696, los indios pueblo volvieron a alzarse. Mataron a cinco frailes y arrasaron varias iglesias y conventos [17].

Vargas extinguió la segunda rebelión con una guerra de desgaste focalizada. Sin embargo, la rebelión tuvo una importancia crucial para las perspectivas de futuro de los indios pueblo. Vargas reinstauró el dominio colonial en Nuevo México, aunque ya no era como el de antaño. Traumatizados y exhaustos por la última revuelta, los españoles aceptaron tener fincas más pequeñas y reemplazaron el sistema esclavista de las encomiendas por el repartimiento, que regulaba la cantidad de trabajo exigido. Nombraron a un defensor público que protegiera de abusos hispanos a los indios pueblo y los franciscanos hicieron la vista gorda con las ceremonias que antes prohibían, una concesión que facilitó que los pueblo aceptaran de forma simbólica los sacramentos católicos. La colonia experimentó una notable reducción [18] .

El aparato administrativo del Estado colonial español continuó en su lugar, si bien la distancia social entre los españoles y los indios pueblo se redujo gracias a los matrimonios mixtos, instituciones casi familiares como el compadrazgo y las localidades multiétnicas. Españoles y pueblo siguieron siendo entidades diferentes, separadas por profundas diferencias de poder y privilegio, aunque la incesante resistencia de los pueblo obligó a los primeros a entrar en un mundo compartido donde a los colonos solo se les permitió restablecer una versión muy reducida de su grandioso proyecto imperial. Al igual que Juan de Oñate un siglo antes, Vargas trató de instaurar un Estado colonial con fronteras y canales comerciales regulados y, al igual que sus predecesores, chocó con un mundo indígena que se negaba a plegarse a la rígida lógica imperial. La resistencia de los indios pueblo era contagiosa, pues prendió una serie de rebeliones que se propagaron por el norte de Nueva España. El gobernador de Nueva Vizcaya, dejándose llevar por el pánico, insistió en sentenciar a diez años de esclavitud a todos los rebeldes indios capturados [19] .

El alzamiento de los indios pueblo —también conocido como la gran rebelión del sudoeste a causa de su violencia y dimensiones— supuso un cambio irrevocable en la historia de la región. Redujo el tamaño del contingente colonizador y animó a los indios —no solo a los pueblo, sino también a muchas otras naciones indígenas— a desafiar los designios imperiales de España. Durante la década que

siguió al alzamiento, hubo numerosos levantamientos y contiendas entre españoles e indios: tarahumaras, conchos, pimas, sobaipuris, sumas, jocomes, janos, opatas, apaches y muchos otros combatieron para contener, castigar y acabar con los españoles y mantener intactos sus territorios. Su sistemática guerra de guerrillas confinó a los españoles a su frontera noroeste [20] .

La guerra, al sacudir las antiguas tradiciones y usos, cambió desde dentro el universo de los indios pueblo. Les dio a las mujeres nuevas formas de expresar sus ideas religiosas y su espiritualidad; estas empezaron a explorar el catolicismo más en profundidad y a cuestionar las viejas tradiciones. El cambio geopolítico más notable llegó cuando los indios pueblo empezaron a vender caballos españoles a sus vecinos nómadas de las llanuras y sierras circundantes. El viejo corredor comercial de las Montañas Rocosas se convirtió en la vía de difusión de los caballos hacia el norte. Hacia 1690, los shoshones obtuvieron monturas y, envalentonados por su potenciada capacidad de moverse, cazar y combatir, presionaron hacia las llanuras septentrionales, ricas en bisontes. Otros pueblos más remotos siguieron el origen de los caballos hasta su fuente, el valle superior del río Bravo. En 1706, los residentes de Taos Pueblo, en el rincón nordeste de Nuevo México, reportaron la llegada de forasteros del norte. Se rumoreaba que los recién llegados, los Numunuu o «pueblo», estaban preparando un golpe contra la localidad. Los comanches entraron en la conciencia española como una enigmática amenaza fronteriza [21] .

Las rebeliones indígenas, casi simultáneas, contra las ambiciones imperiales europeas en todas las regiones norteamericanas de finales del siglo XVII llevaron a los colonos ingleses, franceses y españoles al borde del abismo. De forma sorprendente, los nativos americanos hicieron retroceder el colonialismo en diversos confines del continente y obligaron a los colonos a retirarse, readaptar sus ambiciones y a reconsiderar sus arraigadas ideas acerca de los pueblos nativos. Los europeos sufrieron una crisis de autoconfianza. Los traumatizados colonos de Nueva Inglaterra, consumidos por las guerras indias, creían que su Dios estaba descontento con ellos. Se enfrentaron entre ellos, denunciaron a vecinos, familiares y a todo aquel que sospecharan que se dedicase la brujería. Los virginianos,

sin saber qué hacer o cómo vivir con sus vecinos nativos, se sumieron en una contienda civil que estuvo cerca de destrozar la colonia. Nueva Francia, en otro tiempo la más prometedora de las empresas coloniales, vio cómo su expansiva esfera de influencia en el interior sufría una espectacular reducción a consecuencia del ascenso de la Liga de las Cinco Naciones. En Nuevo México, los colonizadores españoles establecieron después de la rebelión un tenso acuerdo con los indios pueblo, un retroceso imperial que suavizó la dureza del dominio colonial hispano.

¿Qué explica esta simultaneidad? Puede que fuera pura coincidencia, aunque quizá había en juego algo más estructural. En el momento del estallido de las rebeliones, los wampanoags, nipmucs, susquehannocks y los indios pueblo llevaban soportado la explotación colonial desde hacía dos o tres generaciones. Entre ellos había indios que habían sido testigos del inicio de la conquista colonial, la ocupación de tierras indígenas y la marginalización de su pueblo en su propio territorio. Habían vivido bajo el colonialismo la mayor parte de su vida y podían ver que las cosas empeoraban, no mejoraban, con el tiempo. Es posible que se introdujera poco a poco en los relatos de los ancianos indígenas de las historias de sus naciones una corriente de fondo subversiva, que halló su expresión en la indignación, el odio y, por fin, en la violencia purificadora. Puede que los ancianos les advirtieran de que la oportunidad de revertir el impulso histórico se estaba alejando rápidamente.

Quinta parte

El tenaz continente indígena (principios del siglo XVIII)

Capítulo 15

La línea resiste

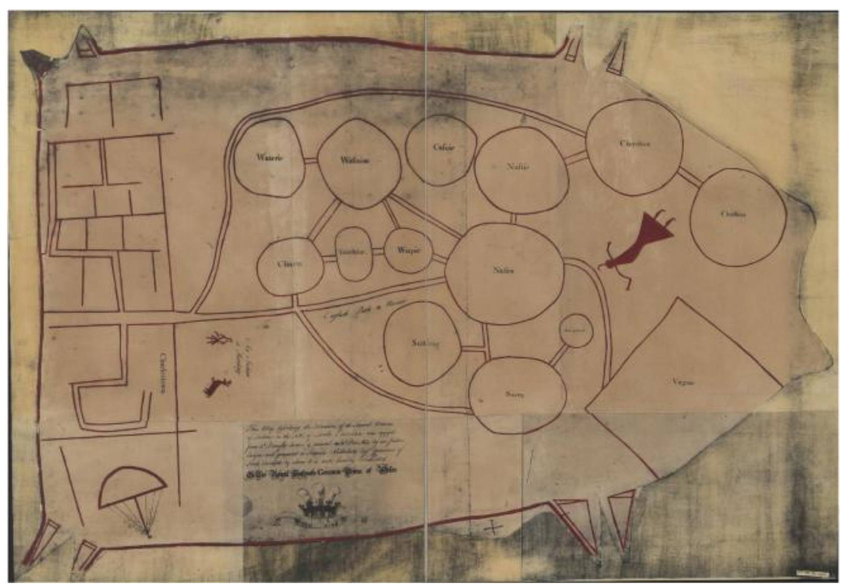
Los líderes de los nasaws, miembros de la Confederación Catawba, dieron la bienvenida a su localidad a Francis Nicholson, el recién nombrado gobernador de Carolina del Sur. Le hicieron entrega de un regalo: una piel de ciervo con un mapa de su mundo. Trazado por un cartógrafo de los nasaws, mostraba once pueblos catawbas, una localidad cheroqui y una chickasaw al oeste del territorio catawba, Kadapau. Corría el año 1721 y el mapa también mostraba dos entidades coloniales: Virginia, presentada como un cuadrado; y Charles Town, capital de Carolina del Sur, con su puerto y entramado urbano. Examinar el mapa debió de ser una experiencia desconcertante para Nicholson, pues no se ajustaba a las normas de la cartografía europea. Identificaba diversos puntos cardinales, pero no había accidentes geográficos. Lejos de detallar las coordenadas espaciales de las diversas sociedades de la región, el mapa ponía el foco en las relaciones entre estas. Era un mapa de intenso carácter político elaborado por un pueblo de intenso carácter político.

El anónimo cartógrafo nasaw situó su localidad en el centro del mapa y trazó siete sendas que la conectaban con los pueblos y colonias circundantes, entre ellas Virginia. También figuraba «el camino inglés a Nasaw». El pueblo seminómada de los catawbas dominaba el Piedmont meridional[*], donde vivían desde mediados del siglo XVI. Los nativos americanos y los colonos ingleses compartían el mapa, pero diferían en un aspecto fundamental: Virginia se presentaba como un cuadrado, mientras que los grupos indígenas eran círculos. El mayor de estos pertenecía a los nasaws, pese a que los cheroquis y los choctaws los superaban tanto demográfica como geográficamente, ya que dominaban un territorio que se extendía desde el sur del valle del Ohio a la costa del Golfo. Dos figuras humanas —uno de ellas un cazador— y un ciervo indicaban que el Piedmont era usado y ocupado por los catawbas o

Ye Iswa, «el pueblo del río». El mapa era un manual sociográfico cuyo objetivo era instruir a los colonos acerca de cómo debían comportarse en las tierras de frontera entre nativos y colonos, cómo tratar a los indios con respeto y cómo sobrevivir en un mundo de intenso carácter indígena. Los comerciantes europeos eran bienvenidos en las aldeas catawbas, pero debían ser llamados y autorizados a entrar. Tenían que ser generosos con sus bienes y honrar las costumbres catawbas. Casi 650 kilómetros al sudoeste, los cartógrafos chickasaws emplearon técnicas de representación casi idénticas para plasmar su supremacía y autoridad. En sus mapas, la jerarquía tomaba precedencia: los círculos asignados a las diferentes naciones variaban de tamaño y es posible que de estatus.

Había numerosos mapas como este en el Piedmont y en otras partes de Norteamérica, los cuales mantenían alejados a los invasores e instruían a los recién llegados en qué modo comportarse. Las colonias debían adaptarse a las fronteras indígenas, no al revés. Aunque los europeos se habían establecido en el litoral oriental y en el curso de varios ríos de importancia, desde el San Lorenzo al Bravo, los nativos americanos controlaban el 90 por ciento del continente, lo cual incluía la mayor parte de tierras reivindicadas por los imperios británico, francés y español, después de haber combatido varias guerras para mantenerlos a raya. Herederos de la legendaria Confederación Cofitachequi, los bien conectados catawbas denominaban a los europeos «nadies», gente lastimosa que carecía de vínculos de parentesco y no tenía pertenencia. Les expresaban con toda claridad lo que opinaban de ellos por medio de una pompa planificada cuidadosamente. Un viajero europeo informó de que «nuestro propietario era rey de los indios kadapaus y siempre tenía dos o tres concubinas en su cabaña. Ofreció una a algunos de los de nuestro grupo, quienes rehusaron su amabilidad. Esto provocó un violento acceso de furia a Su Majestad, quien dijo a los ingleses que no servían para nada». A los europeos se les escapaba el elemento crucial de la práctica: la creación de vínculos de parentesco esenciales mediante la intimidad. Más o menos en la misma época, las grandes confederaciones indígenas del sudeste —los cheroquis, choctaws y muscosguis— empezaron a identificarse como diferentes a los blancos. Con el fin de marcar distancia geográfica con respecto a los colonos, los catawbas les negaban la

condición de parientes. En la continuación de un proceso de siglos: los cheroquis, choctaws, chickasaws, muscoguis y catawbas enseñaban a los recién llegados europeos cómo tratar a los habitantes nativos del continente. Los educaban acerca de la conducta adecuada, de los límites, de cómo pensar y hablar con propiedad, un proceso iniciado con Cabeza de Vaca casi tres siglos antes [1] .



Mapa catawba (1721). Library of Congress, Geography and Map Division.

A principios del siglo XVIII, poco después de la Guerra de Metacom y la gran rebelión del sudoeste, el control colonial de Norteamérica se limitaba a pequeños asentamientos costeros y fluviales. Los colonos ingleses se habían expandido en dirección sur y norte en las tierras bajas del litoral, donde se apiñaban cerca de costas y ríos. Aunque sus pueblos, plantaciones y fuertes habían devenido bolsas de poder colonial concentrado, su influencia seguía siendo notablemente limitada. Tal y como los líderes catawbas informaron al gobernador Nicholson, existía un estrecho borde colonial y un vasto interior bajo dominio nativo. Era evidente quién tenía el poder. Hoyter, jefe principal de los chowans, nación india tributaria de la provincia de Carolina del Norte, una colonia británica recién establecida, cenó

con el gobernador e hizo que sus soldados representaran danzas guerreras en las calles, lo cual evidenciaba que el sometimiento indígena era una ficción. Hacia la década de 1710, los ingleses gastaban una cifra mareante, 100 000 coronas, en diplomacia y comercio con los indios: estaban adoptando el modelo francés de tratarlos como socios comerciales, aliados militares y parientes. Habían abandonado el colonialismo de asentamientos y desposesión indígena [2] .

La efectiva resistencia indígena obligó a los europeos a una reevaluación radical de sus métodos. Las populosas colonias inglesas, pese a que seguían recurriendo al poder militar en bruto con el que combatían, desposeían y mataban a los indios de sus fronteras, también adoptaron tácticas más blandas. Al igual que los franceses, los ingleses trataron de expandir su influencia por medio de los indios. Los españoles también adoptaron elementos del enfoque francés, basado en el comercio, el mutuo entendimiento y la cooperación militar. Las tres potencias coloniales seguían empeñadas en expandir sus imperios respectivos, pero estos eran imperios negociados que ofrecían diversos puestos a los pueblos nativos y cuya supervivencia dependía de la aquiescencia de los indios.

El atractivo de las Indias Occidentales, la región más lucrativa del Nuevo Mundo desde hacía generaciones, atrajo a grandes cantidades de colonos europeos, con lo que, de manera involuntaria, protegió a las naciones indígenas de Norteamérica de la agresión colonial. Sin embargo, hacia la década de 1660, las Indias Occidentales se sumieron en un profundo declive. Casi toda la tierra había sido empleada o agotada por las plantaciones azucareras y eso desincentivó la llegada de más inmigrantes de Europa. A la siguiente generación le fue peor las cosas que a la precedente, una circunstancia inaceptable para los europeos, siempre obsesionados con el crecimiento. Para rectificar la situación, un grupo de plantadores de las Indias Occidentales contactó con los hombres más adinerados de Inglaterra y obtuvo financiación para establecer una enorme y nueva colonia en la costa oriental de Norteamérica, entre la Florida española y Virginia. El más rico de estos propietarios posibilitó la restauración del rey

Carlos II tras el desmoronamiento, en 1660, de la mancomunidad de Cromwell, por lo que el monarca premió a esta pequeña élite con su propia colonia: Carolina.

Los «señores y propietarios absolutos» importaron colonos y esclavos de las superpobladas Indias y pronto se hicieron ricos con el índigo, cáñamo, lino, moreras, vino, jengibre, cera, olivas, y —lo más tentador— con la seda, que hizo que la colonia se ganara el apodo de «Carolina de las Indias Occidentales». Los veranos eran cálidos y húmedos, infestados de mosquitos y en potencia mortíferos, aunque el litoral era atractivo, con su extensa y ancha planicie y sus ríos cenagosos que prometían una agricultura excelente. Los plantadores se jactaban de ser pioneros independientes. En realidad, dependían, en buena medida, de los productos y del comercio indígena. Uno de los primeros observadores veía con escepticismo las posibilidades de Carolina «en un país tan remoto» y rodeado «de tantas naciones bárbaras». «Salvajes como los otros enemigos, piratas y ladrones —predijo—, son, sin duda, de temer». Su lenguaje, absurdamente racista, revelaba tanto ignorancia como miedo. La nación tuscarora, que tenía unos 80 000 miembros y una remota vinculación con la Liga Iroquesa, alcanzó un acuerdo con los ingleses recién llegados de la incipiente colonia de Carolina, fundada por propietarios esclavistas llegados de Barbados. Los primeros asentamientos ingleses se establecieron cerca de la bahía de Chesapeake, pero la provincia pronto se redujo a una reserva para gente blanca [3] .

La predicción de que habría que temer a los indios resultó ser cierta. Una de las primeras medidas de los colonos fue el establecimiento de seis compañías de milicias y la construcción de una muralla en torno a Charles Town. Mientras tanto, las naciones indígenas de la región se posicionaron en las fronteras de Carolina para aprovechar al máximo las nuevas oportunidades de comercio con bienes habituales, en particular pieles de ciervo. Hacia los primeros años del siglo XVIII, se enviaban desde el puerto de Charles Town no menos de 50 000 pieles al año, lo cual proporcionó a los colonos una riqueza sin precedentes. Su gobernador se jactó de que «Charles Town comercia casi 1000 millas al interior del continente». Una riqueza de tal magnitud atizó feroces rivalidades. Los muscoguis, para situarse en mejor posición, se expandieron por los

principales valles fluviales y pronto arrinconaron los mercados ingleses, además de centralizar su confederación en un Consejo Nacional para mejorar su capacidad negociadora con los europeos. Los muscoguis, con sus cerca de 15 000 miembros residentes en 60 localidades diferentes, se erigieron en la nación dominante del sur profundo.

En las sociedades matrilineales de los cheroquis, chickasaws, choctaws y muscoguis, las mujeres eran poderosos agentes políticos y económicos que decidían el destino de los cautivos —una significativa fuente de mano de obra— y disfrutaban de una notable libertad personal, lo cual multiplicaba la reserva de líderes válidos. La tierra se usaba, no se poseía, lo que permitía un régimen de propiedad flexible. Las matriarcas eran dueñas de las casas familiares y las mujeres controlaban las cosechas que cultivaban; la riqueza y el poder residían en la línea materna. Las solteras tenían completa autonomía y muchas elegían contraer matrimonio con mercaderes de Carolina con objeto de garantizar a sus familias acceso constante a sus bienes. Gracias al parentesco, estabilizaban transacciones en potencia frágiles entre indios y blancos, a la vez que desafiaban con astucia los roles de género europeos: las cheroquis podían convertirse en «mujeres de guerra» que entraban en batalla. Alrededor de 1700, soldados muscoguis planearon atacar a un grupo de colonos. Sophia Durant, miembro del prestigioso Clan del Viento, cabalgó a la localidad muscogui de Otciapofa y convocó a sus líderes. Cuando los soldados se presentaron, ella los amonestó e hizo que se marcharan. Estaba embarazada de nueve meses[4].

Las ambiciones inglesas también estaban aumentando. Al contrario que en la América francesa y en la hispana, en la inglesa eran las fincas coloniales, no los gobiernos imperiales y sus funcionarios, los principales agentes de expansión. Hacia finales del siglo XVII, había en Norteamérica casi 250 000 colonos ingleses y el crecimiento poblacional no daba signos de amainar. La América inglesa formaba parte de un vasto imperio mercantil y transatlántico dirigido con firmeza desde Londres, pero las colonias norteamericanas constituían a su vez un imperio expansivo de colonizadores: granjeros, plantadores, comerciantes y los autodenominados pioneros. En esa época, los colonos vivían más, tenían familias más

numerosas y eran menos sedentarios. También se hicieron más agresivos y exigían tierras indígenas y esclavos nativos, aunque carecían del necesario músculo militar para tomarlos [5] .

En 1696, un brote de viruela en Virginia ayudó a los colonos. La plaga fue de una virulencia inusual, quizá solo comparable a la de 1633-1634 que devastó a los pequots y a otras naciones nativas de las inmediaciones de Nueva Inglaterra. La viruela pasó de Virginia al Piedmont de Carolina y, desde ahí, siguió rutas comerciales y sendas de esclavistas del sudeste hasta llegar al valle del Misisipi, donde provocó un desastre: el río se convirtió en un corredor de transmisión de la enfermedad. La plaga mató a decenas de millares de indios, aunque la catástrofe poblacional fue inducida por los humanos: Virginia y Carolina del Sur integraron al sudeste en el mundo atlántico, lo cual permitió la entrada en los asentamientos nativos de un volumen sin precedentes de mercancías y también de gérmenes [6] .

Esta muerte masiva fue la conmoción que estaban esperando los colonos. El coronel James Moore, el oportunista y avaricioso gobernador de Carolina, la aprovechó para emprender una guerra privada a la sombra de la contienda dinástica por la sucesión de España. Entre 1702 y 1704, invadió Florida en repetidas ocasiones con ejércitos de aliados indios —muscoguis, yamasees, savannahs, alabamas y coushattas—, que trataban de recuperar la población tras el brote de viruela. Moore tomó la controvertida decisión de vender un alto número de armas de fuego a sus aliados indios, que arrasaron catorce misiones españolas y esclavizaron a 1300 indios apalaches. El de Moore solo era uno más de los muchos contingentes esclavistas. La carta fundacional de Carolina, en 1665, incluía a San Agustín y a todas las misiones españolas supervivientes; al limpiar la Florida de indios, españoles y del papado, Moore y el resto de carolinos estaban haciendo realidad el estatuto de la colonia.

Los colonos ingleses consideraban a los indios un recurso explotable y prescindible, una masa de cuerpos que podía dejarse de lado o utilizarse. Tal fue el origen del sistemático comercio de esclavos indios de las colonias inglesas, que convirtió el sudeste norteamericano en una zona de guerra. Los colonos cazaban

cautivos nativos y los indios atacaban a otros indios para capturar esclavos, el bien más preciado del continente. Hacia las postrimerías del siglo XVII, numerosas «sendas de guerra» se extendían desde el territorio onondaga, cerca del lago Ontario, a las localidades catawbas de los Apalaches meridionales [7] .

Este cambio de trato hacia los nativos americanos fue de excepcional dureza y provocó una drástica respuesta. En 1710, la Liga Iroquesa despachó a Londres a cuatro enviados: Tejonihokawara, Sagayenkwaraton, Onioheriago y Etowaucum. La reina Ana los recibió en el palacio de San Jaime, donde explicaron sus agravios a la soberana británica. Apodados «los cuatro reyes», cenaron con William Penn y otros miembros de la élite londinense y se reunieron con el arzobispo de Canterbury. Visitaron el yate privado de la reina y los muelles del Támesis y contemplaron la inmensidad de Londres desde la cúpula de la catedral de San Pablo. Puede que los cuatro reyes fueran un entretenimiento para la élite inglesa, pero los líderes británicos comprendían con claridad el papel central de los iroqueses en Norteamérica. Los comerciantes y herreros ingleses se cuidaron de ofrecerles condiciones satisfactorias [8] .

En 1711, la antaño poderosa nación tuscarora estaba muy debilitada por las incursiones esclavistas. En respuesta, los tuscaroras movilizaron 500 soldados, que destruyeron varias plantaciones en Carolina, mataron a más de un centenar de colonos y sembraron el terror por las colonias británicas. Los carolinos reclutaron efectivos de sus aliados catawbas, yamasees y apalaches para emprender una campaña que pronto se transformó en una expedición esclavista más. Se produjo una escalada de violencia. Los indios euchees quemaron a un comerciante inglés por sus fechorías. Al año siguiente, Carolina se dividió en dos colonias: Carolina del Sur y Carolina del Norte [9] .

Edward Hyde —el primer gobernador de Carolina del Norte— y sus partidarios capturaron centenares de indios y el sucesor de Hyde, Thomas Pollock, uno de los más ricos terratenientes de Carolina del Norte, capturó entre 1000 y 2000 tuscaroras en una sola incursión. James Moore aún se dedicaba a la caza de cautivos, pues, en 1713, mató o capturó a un millar de indios. Ese mismo año, el clan

matrilineal de los yamasees envió a Londres al «príncipe» yamasee, de 17 años de edad, con intención de establecer relaciones diplomáticas y mitigar la escalada de violencia. La misión fracasó y las expediciones esclavistas prosiguieron. Los yamasees libraron una guerra «de ocultamiento», basada en el uso sistemático de pantanos, que desconcertó a los dirigentes surcarolinos. La cifra de indios del sur esclavizados podría rondar los 50 000. Muchos de ellos eran embarcados con destino a las islas esclavistas del Caribe, mientras que otros fueron vendidos a los plantadores del litoral este, donde labraban campos de arroz y tabaco junto con los esclavos africanos. La población indígena de Florida se desplomó: pasó de 16 000 a menos de 4000. Las escasas misiones supervivientes eran cascarones vacíos, que atendían a naciones en lento declive [10] .

Pese a todo, los indios del sur estaban lejos de haber sido derrotados. En la primavera de 1715, Carolina del Sur envió agentes a censar las localidades nativas que rodeaban la colonia; a los indios eso les pareció el preámbulo de nuevas expediciones esclavistas. Los yamasees, muscoguis, choctaws y apalaches fueron a la guerra. Por su parte, Charles Craven, gobernador de Carolina del Sur, envió agentes a la localidad de Pocotaligo a amonestar a los yamasees por sus deudas impagadas —en buena parte, acumuladas en el comercio de ron— que ascendían a nada menos que 100 000 pieles de ciervo. Los yamasees se quedaron aterrados. En todo caso, esperaban que los carolinos negociaran, dado que Carolina del Sur era débil y Carolina del Norte estaba, pura y simplemente, en la ruina, pues no era más que un conjunto de plantaciones abandonadas, viviendas destartaladas y gente hambrienta. Al amanecer, una india, esposa de un comerciante, advirtió a los yamasees de que los agentes ingleses habían venido a espiarlos. Los líderes yamasees llevaron a la plaza principal de la localidad a Thomas Nairne, el agente indio de la colonia, y lo quemaron vivo. A continuación, en unión con muscoguis, choctaws y apalaches, empezaron a asesinar mercaderes y a destruir los asentamientos, plantaciones y guarniciones de los ingleses. Fue la contienda indígena más coordinada desde la revuelta de los pueblo de 1680. Murieron más de 400 colonos y las expediciones esclavistas —una aterradora variante del colonialismo de asentamientos— se terminaron. Dos líderes de los yamasees y dos de los muscoguis contactaron con los españoles de Florida para

establecer una alianza con el imperio español contra los ingleses. Parecían tener conocimiento de la debilidad de los españoles. Las redes de inteligencia de los indígenas las operaban intermediarios, mensajeros entrenados, traductores y líderes que hablaban con fluidez el lenguaje metafórico.

A la rebelión yamasee le siguió el alzamiento de los muscoguis. Ambas confederaciones utilizaban la guerra para comunicar a los ingleses cómo debían comportarse. Querían que estos adoptaran una nueva mentalidad y se adaptasen a los métodos indígenas de negociar, pactar y compartir. Los muscoguis sabían que un rechazo tan directo contra los métodos ingleses exigía una posición estratégica más fuerte. Guiados por Brims, un astuto mico o «líder», los muscoguis expandieron su red diplomática por todo el sudeste, establecieron lazos con los españoles en San Agustín y con los franceses en uno de sus asentamientos, Mobila. A finales de 1716, el Consejo Nacional muscogui envió embajadores a Nueva York a solicitar la intervención de los iroqueses. Con una bravata premeditada, los embajadores anunciaron representar a «50 naciones de indios». Impresionados, los iroqueses enviaron 20 embajadores a acompañar a la expedición de regreso a su país. Un año más tarde, los embajadores muscoguis viajaron en un buque español de Pensacola a Florida, desde donde fueron a Veracruz y, finalmente, a Ciudad de México, donde se les concedió audiencia con Baltasar de Zúñiga y Guzmán, virrey de Nueva España. La diplomacia indígena era a un tiempo contundente, sofisticada y de amplio alcance[11].

Conmocionados y desalentados por los contingentes indígenas y su expansiva diplomacia, los surcarolinos no lograron organizar un contraataque efectivo. Los cheroquis vieron la oportunidad y forjaron una alianza con los carolinos. Embaucaron a los colonos para que atacaran a sus rivales muscoguis, con lo que imposibilitaron que los ingleses ganaran la guerra. Carolina del Sur dejó de comprar cautivos indios y los restantes yamasees se trasladaron a Florida y lanzaron raids para mantener a raya a los ingleses. Carolina del Sur se había convertido en un fiasco. Casi todos sus ciudadanos permanecían escondidos en Charles Town y perdió su estatus de colonia en propiedad. Desde la contienda entre españoles y los pueblo, ninguna colonia europea había estado tan

cerca de ser barrida por los indios. Fue este momento cuando los líderes catawbas dieron al gobernador de Carolina del Sur los mapas que ponían en su lugar a los británicos. Los iroqueses creían que en los asentamientos residían espíritus malignos; de haberles preguntado al respecto, es posible que los británicos se hubieran mostrado de acuerdo. Los colonos adoptaron, con implacable eficiencia, el cultivo de arroz y la esclavitud africana. Hacia la década de 1720 la colonia estaba repleta de plantaciones arroceras, donde laboraban unos 20 000 esclavos de África occidental bajo un régimen brutal [12].

A principios de 1733, cuando los muscoguis avistaron los navíos, fueron a dar la bienvenida a los forasteros. Los recién llegados no eran muy numerosos, venían con familias y no blandían armas. Sin embargo, al poco de desembarcar, empezaron a talar árboles y a construir una estructura junto al río que comunicaba los asentamientos muscoguis. James Oglethorpe desembarcó, audaz y arrogante, en la costa atlántica por debajo de Carolina del Sur. Los aspirantes a colonos nombraron a la región Colonia de Georgia en honor de su rey, con lo que ignoraron tanto las pretensiones españolas como los derechos indígenas: esa tierra pertenecía a la Confederación Muscogui. Las matriarcas muscoguis eran poderosas agentes políticas y Mary Musgrove, hija de madre muscogui y padre inglés, servía de enlace y fomentaba las relaciones pacíficas con los extranjeros. No obstante, Patrick Gordon, gobernador adjunto de la provincia de Pensilvania, consideró prudente informar a Oglethorpe, miembro del Parlamento y entusiasta y controvertido reformador social, de la delicada posición estratégica de la colonia: «No me cabe duda de que es consciente de que los franceses poseen el Canadá y del vasto país que denominan Luisiana, en el río y ramales del Mississippi, que rodean todas estas colonias inglesas del continente, al norte y oeste». Aún peor, los franceses, «tratan en todo momento de separarnos de nuestros indios y trazan planes para sus incursiones» [13].

El consejo era necesario. Georgia, una anomalía entre las colonias británicas, fue, quizá, la más utópica de todas las empresas coloniales de Norteamérica. Fue creada para generar beneficios y proporcionar defensa contra imperios rivales, aunque también era

un proyecto filantrópico e idealista. No habría guerras, ni desposesión de los nativos americanos, ni esclavitud, ni juristas, ni licor. Solo una vida para la gente blanca humilde mucho mejor que la que podían tener en Europa. Georgia fue concebida como experimento de ascenso social que aliviaría la pobreza urbana de Inglaterra y ofrecería a los necesitados un hogar en Norteamérica. La colonia estaba dirigida por Georgia Trustees (Administradores de Georgia), un grupo de reformistas y humanistas londinenses que aspiraba a crear una colonia modelo donde granjeros libres constituyeran el núcleo central de la sociedad y obtuvieran sustento material y moral. Los administradores enmarcaron esta empresa en una misión de siglos de duración, el más reciente ejemplo de «la antigua costumbre de enviar colonias para la mejora de territorios distantes». No obstante, persistía una sombra de duda. Oglethorpe escribió que la ocupación «debe estar acompañada en todo momento de una fuerza suficiente que la defienda de invasores» [14] .

Georgia era un proyecto total. Debía ser una utopía blanca, una colonia tapón que confinara a los españoles en Florida y que también produjera bienes básicos y de lujo para el comercio atlántico. Los administradores, en una demostración de su mentalidad colonial, trataron de convertir a los habitantes nativos de la región en trabajadores para solucionar el gran dilema de la colonia: habían proscrito la esclavitud. Lo hicieron por su idealismo declarado, pero también por razones estratégicas, ya que querían evitar el problema de los esclavos cimarrones. La Florida española ofrecía libertad a los esclavos huidos de otras colonias a cambio de servicio militar, lo que convertía a todo esclavo de Georgia, en potencia, en un posible auxiliar del Ejército español. Oglethorpe calificó a los cimarrones de «enemigos secretos». Consternados, los georgianos acudieron a sus vecinos indios y pagaron a los muscoguis para que capturaran esclavos huidos de otras colonias inglesas. En 1734, los administradores de Georgia llevaron a Londres a una delegación de muscoguis del sur para conocer al rey Jorge II y a la reina Carolina. Los muscoguis exigieron comercio justo. En 1737, George Galphin, un ambicioso inmigrante irlandés, llegó a Carolina del Sur. Con intención de obtener pertenencia y provecho, Galphin creó un imperio privado mediante la adopción

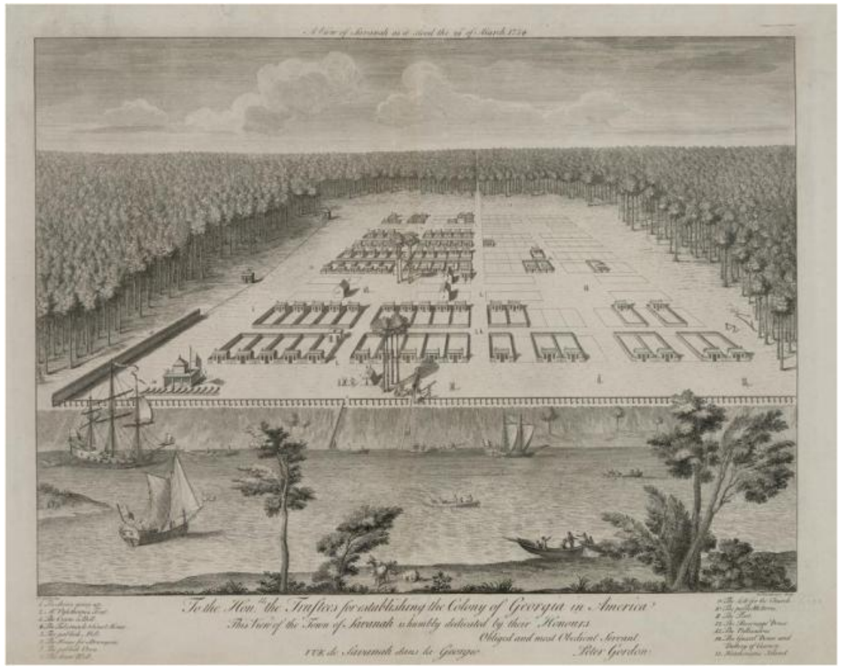
de indios y el fomento de los matrimonios mixtos. Se casó con Metawney, una mujer muscogui, la cual le permitió acceder al comercio de su pueblo[15].

Puede que los indios acogieran de buen grado los rescates, pero no sentían particular simpatía por los recién llegados, que erigieron una localidad, Savannah, sin pedir permiso a la Confederación Muscogui. Los cheroquis, muscoguis y choctaws acechaban a la diminuta colonia, que a duras penas sobrevivía con 3000 colonos y 600 esclavos africanos. Los cheroquis ocupaban una posición central de importancia estratégica, parecida a la de los iroqueses en el norte. Además, los indios estaban unidos de un modo que los colonos no podían ni soñar. Los cheroquis residían en un gran número de localidades. Cada una de estas tenía un líder y un consejo, que era inclusivo: hombres, mujeres y niños participaban y expresaban sus puntos de vista. Las mujeres acostumbraban a asesorar a los varones del consejo y los clanes matrilineales ejercían de árbitros de justicia. Un fuerte espíritu comunitario —gadugi— impregnaba el mundo cheroqui. Hombres y mujeres desbrozaban campos, quemaban sotobosque para generar fértil ceniza y recolectaban las cosechas. La mayoría de naciones indígenas tenía sistemas muy similares. Como en todas partes, los vínculos de parentesco lo eran todo: los cheroquis consideraban que un individuo sin familia no era una persona. La mayoría de europeos parecía encajar en esa categoría.

Para los europeos, las naciones indias meridionales eran formidables. Los georgianos vivían en el miedo constante a que sus esclavos africanos y nativos se rebelaran y un número alarmante de pobladores se marchó de la colonia. A pesar de ello, un número suficiente de colonos permaneció y sobrevivió para mantener la colonia en funcionamiento. Georgia no pudo ser declarada «fuera de peligro» hasta 1738. Oglethorpe se jactó de que «esta provincia contiene a los españoles en América y cubre las fronteras inglesas». Esperaba que «el Parlamento proporcione los suministros necesarios a los administradores para la gestión del gobierno civil y la mejora del país»[16].

No cabe duda de que la mejoraron, aunque esto requirió apaciguar a los indios. En 1739, Oglethorpe empezó a seducir a la

Confederación Muscogui, la potencia dominante en la región. Viajó a la localidad muscogui de Coweta —algo extraordinario para el gobernador de una colonia inglesa— y firmó un tratado con la confederación que controlaba el comercio a lo largo de los ríos Apalachicola y Chattahoochee por medio de una fuerza policial interclan. A cambio, Oglethorpe reconoció la soberanía muscogui al aceptar limitar la presencia territorial de Georgia en el sudeste: «Los ingleses no ampliarán o tomarán ninguna otra tierra salvo aquellas ya especificadas que la nación creek [muscogui] conceda a los administradores». El imponente régimen indígena del Malatchi Opeya Micco, o «Legítimo y Natural Príncipe de las Citadas Naciones», había puesto en su lugar a los georgianos. Las localidades muscoguis continuaron salvaguardando su nación [17] .



La Colonia de Georgia (ca. 1700). Library of Congress, Prints and Photographs Division.

Georgia, en realidad, no era ninguna excepción entre las colonias del Nuevo Mundo. Sus habitantes trataban a toda prisa de consolidar la colonia. Un año antes de las conversaciones del tratado, encargaron miles de cepas en Europa para plantar viñedos

y miraban con inquietud a los indios de la frontera, en particular a los choctaws, que parecían tener «10 000 combatientes establecidos en casi cincuenta localidades». Les preocupaban las estratagemas francesas y las invasiones españolas: estaban desesperados por tener seguridad y control. Oglethorpe, pese a su habitual optimismo, admitió que la colonia no estaba en absoluto segura, por más que hubiera firmado un tratado con los muscoguis. «La pobre gente que está aquí ha sido tan hostigada por sus amenazas y llevan tanto tiempo en armas que no han podido tomar las medidas necesarias para su subsistencia». Sin medidas inmediatas de emergencia, advirtió Oglethorpe, «habrá una Miseria tan grande que no podrá ser descrita» [18] .

Los colonos sintieron primero miedo y después rencor; las utopías suelen acabar estrellándose. Surgió un hombre llamado Patrick Tailfer. Era líder de un grupo que se hacía llamar los Descontentos (Malcontents), formado por colonos que rechazaban el control de los administradores y, en particular, la prohibición de la esclavitud. En 1741, Tailfer publicó A True and Historical Narrative of the Colony of Georgia, una acerba denuncia contra los administradores, que, aducía, les estaban negando una fortuna a los colonos. Un número cada vez mayor de colonos abandonó Georgia y los indios parecían estar rellenando el hueco, pues tomaban tierras y campos. Esta situación, decía Tailfer, era responsabilidad de Oglethorpe: «Lo primero que hizo después de llegar a Georgia fue hacer una suerte de solemne tratado con un grupo de indios fugitivos, que habían sido proscritos de su propia nación por ciertos crímenes y faltas». Dado que los administradores no rectificaron, los colonos empezaron a ocupar tierras indias. Hacia mediados del siglo XVIII, los muscoguis llamaban a los ingleses «ecunnaunuxulgee», esto es, «gentes que buscan con codicia tomar las tierras de los hombres pieles rojas» [19] .

Desde una perspectiva indígena, Georgia formaba parte de una dinámica mucho mayor. En las postrimerías del siglo XVII, los nativos americanos hicieron retroceder los avances imperiales en todo el continente. Sin embargo, a principios del XVIII, la presión de los colonizadores hambrientos de tierras empezó a ser incontenible en todo el litoral oriental. Hacia la década de 1730, a causa de la

inmigración y de las mejoras de los métodos de cultivo, la cifra de colonos ingleses alcanzó casi los 600 000. Si bien aún había numerosas comunidades nativas en las planicies costeras, ahora las colonias inglesas las eclipsaban por completo. Los indios estaban obligados a vivir en los márgenes de lo que, pocos años antes, habían sido sus tierras. Los colonos querían que se desprendieran de su carácter indio y que se asimilaran. La mayoría de indios que permaneció en su territorio se fusionó de forma selectiva, con intención de preservar su carácter indígena bajo una apariencia de obediencia. Se vestían, bebían, maldecían y rezaban como los ingleses e intentaban no llamar la atención. Era una estrategia de supervivencia que les granjeó más desprecio que aceptación: imitar conductas extranjeras era un sutil juego de prueba y error en el que cada error de estilo, tono o expresión podía hacerlos retroceder. Muchos optaron por vivir en casas de estilo inglés y se dedicaron a labrar con arados, criar ganado y levantar vallados. Otros se resignaron a vender su mano de obra como braceros, leñadores, curtidores, caldereros, marinos, soldados y cazadores de esclavos. Algunos dependían de la beneficencia y otros se convirtieron en vagabundos para preservar cierto grado de autonomía personal. Algunas mujeres nativas tomaron maridos africanos —ya no había suficientes hombres nativos—, para reconstruir familias. Algunos se convirtieron en aparceros por contrato.

Quizá el reto más difícil al que se enfrentaban los indios era calibrar hasta qué punto podían tener éxito y disfrutarlo con seguridad. Los colonos querían que los indios aceptaran su Dios, costumbres y valores, aunque una adaptación demasiado profunda podía ser peligrosa, puesto que haría que los ingleses los vieran como competidores. Si los indios lograban registrar sus propiedades, corrían el peligro de ser clasificados como «negros» y que anularan sus títulos; si prosperaban como granjeros o criadores de ganado, se arriesgaban a incurrir en la ira de sus vecinos ingleses menos capaces. Por cada indio que lograba abrir un nicho entre los ingleses, muchos más quedaban sometidos a vasallaje o a pura y simple esclavitud. En 1708, los plantadores surcarolinos tenían a 1400 nativos americanos en servidumbre y la Asamblea de Carolina del Sur proporcionaba a los catawbas «50 fusiles un millar de pedernales y 200 tw de pólvora 400 tw de balas» para tratar de

obtener más esclavos indios. Fue en ese momento cuando los nativos americanos empezaron a cuestionar a fondo sus estrategias de política exterior ante la agresión colonial. Esto dio lugar a la «moderna política india», que reconocía que los pueblos nativos tendrían que aceptar una mayor presencia de los colonos blancos en su mundo. Era necesario reevaluar todo, desde el comercio y la diplomacia a la guerra, la caza y la hospitalidad en un momento en que se reducía el espacio social entre ambos pueblos, que ahora necesitaban coexistir para poder sobrevivir.

En el transcurso del siglo XVIII, muchos de los derechos y privilegios que los indios habían disfrutado en las colonias inglesas —formar parte de jurados, dar testimonio, ser alguaciles, portar armas de fuego y moverse en libertad— desaparecieron. Los indios ya no podían esperar sentencias imparciales de los tribunales, ni tampoco podían dar por garantizados placeres básicos de la vida, como beber en público o vestir como les placiera. Una línea de color, legal y física —engendrada por el miedo y la sensación de debilidad— vino a separar a los ingleses de sus vecinos indígenas, que ya no podían poseer fincas, ni casarse con una persona blanca, tener múltiples esposas o pasear de noche sin llevar un salvoconducto y una linterna.

Los idiomas nativos fueron dejados de lado en las reuniones diplomáticas porque ahora los colonos exigían que los indios aprendieran inglés y se negaban a proporcionar traductores. Medallas y documentos escritos reemplazaron al wampum, los pictogramas y los tatuajes como medios de diplomacia intercultural. No obstante, las leyes contra la propiedad nativa, los matrimonios mixtos y la movilidad solo estaban en vigor dentro de las fronteras de las colonias inglesas y la gran mayoría de los nativos americanos vivía, por propia elección, fuera de dichas fronteras. Los indios del este, ahora dependientes de los bienes europeos, empezaron a matar ciervos solo por su piel y dejaban que la carne se pudriera, mientras que el wampum, producido en masa, perdió buena parte de su valor diplomático. Sin embargo, hubo muchas cosas que sobrevivieron, desde la cestería cheroqui a la cerámica catawba. Los indios se negaron a trasladarse y desaparecer y conservaron la conexión con los antiguos territorios indígenas, en desafío a las políticas racistas y genocidas de las colonias inglesas. Los pequeños reductos que

mantenían eran, a la vez, frágiles y vitales [20] .

Capítulo 16

Olían como los caimanes

Mientras los colonos ingleses dividían el litoral atlántico en varias colonias, los franceses se centraban en comerciar y en entablar relaciones diplomáticas con los nativos americanos. En marcado contraste con la mayoría de colonias inglesas, Nueva Francia fue edificada en estrecha colaboración con los indios, que, en el transcurso del siglo XVII, se convirtieron en socios mercantiles, aliados militares y parientes. Sin embargo, la intensificación de su rivalidad con los ingleses, en gran parte debida a diferencias religiosas, hizo que los reyes borbones comprendieran la realidad: que la mayoría de sus territorios norteamericanos era una ficción. Los franceses empezaron a expandir sus dominios de tal modo que configuró el continente indígena hasta bien entrado el siglo XVIII. Si hasta entonces las ambiciones galas se habían centrado en el valle del San Lorenzo y los Grandes Lagos, ahora se dirigieron cada vez más hacia el oeste y el sur.

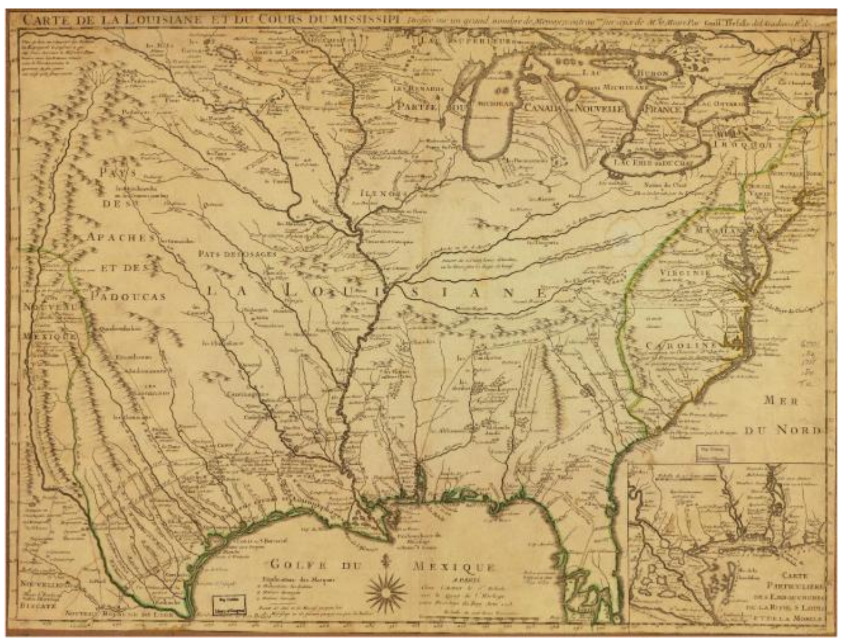
La exploración era vanguardia de la expansión. Ya en la década de 1670, los exploradores franceses confirmaron que el Misisipi no fluía al Pacífico, sino en dirección sur. En 1682, René-Robert Cavelier, sieur de La Salle, descendió el río con 23 franceses y 18 hombres, mujeres y niños nativos; a su llegada al golfo de México, reclamó para Francia toda la región desde aquel punto hasta los Grandes Lagos. Al inicio de su viaje al sur, La Salle construyó una serie de puestos avanzados para la Confederación Illini, formada por 10 000 miembros —más o menos la misma población que la de Nueva Francia—, cerca de la confluencia de los ríos Misisipi, Misuri y Ohio, con intención de avanzar el imperio francés en dirección sur con apoyo de los illinis. Llevaba años comerciando con los indios de los Grandes Lagos y sabía que los nativos americanos esperaban comercio y generosidad. Conocía las astutas componendas del terreno intermedio. La Salle navegó en dirección sur y ofreció

alianzas a los quapaws, taensas y natchez para garantizar el acceso al Golfo y extender el terreno intermedio hacia el mediodía. Cuando estaba entre los quapaws, reclamó para su rey toda la cuenca del Misisipi y la llamó Luisiana, un gesto vacío, y lo sabía. En su retorno río arriba, La Salle fundó Fort Saint-Louis en tierras que pertenecían a la Confederación Illini, cerca de las ruinas cubiertas de hierba de Cahokia. El fuerte debía constituir el núcleo de un nuevo dominio francés, el Pays des Illinois, el País de los Ilinueses. La resistencia más firme a esta expansión colonial no vino de españoles ni de ingleses, sino de los iroqueses, que llevaban años emprendiendo incursiones contra los illinis y los consideraban sus vasallos. Siempre que los franceses trataban de expandir su imperio, parecían topar con las Cinco Naciones, sus aliados de ida y vuelta. La construcción del imperio francés en la mitad inferior del continente fue experimental, vacilante y arriesgada [1] .

La Confederación Illini se convirtió en el aliado más importante de Francia en Norteamérica y esta alianza supuso una amenaza para las Cinco Naciones, que volvían a sufrir una nueva y devastadora epidemia de viruela que mató a un número «inmenso». Los recelos estratégicos se fundieron sin fisuras con la guerra del duelo, lo cual generó el episodio de expansión más explosivo de las Cinco Naciones. Los illinis también libraban su propia guerra del duelo, guiados por la idea de la nirapakerima, «lo adopto en lugar de los muertos». En 1680, 800 soldados iroqueses emprendieron un ataque coordinado contra la gran aldea de Kaskaskia, un bastión de los illinis. Según un aterrado sacerdote jesuita, los iroqueses «asesinaron y devoraron allí mismo a más de 600, sin contar a los que fueron quemando por el camino. Salvaron a los niños que podían vivir sin la leche de las madres a las que habían matado […] pero los otros fueron cruelmente asados y devorados». Los supervivientes huyeron y los iroqueses «no se preocuparon más por ellos». Expandieron sus incursiones por doquier y asaltaron a los andostagués, «que eran muy numerosos y a los cuales destruyeron por completo». El valle central del Misisipi se convirtió en una base nueva y segura de las guerras del duelo iroquesas; no había ni un solo fuerte francés entre las Cinco Naciones y el área oeste de los Grandes Lagos [2] .

Mediante la absorción simbólica y literal de otros pueblos nativos,

los iroqueses crearon un enorme vacío colonial en el interior. El colonialismo europeo en el corazón del continente no podía existir sin aliados indios. El gobernador de Nueva Francia, Louis de Buade, conde de Frontenac, fue franco al admitir que no podía detener su expansión. Ni siquiera se atrevió a intentarlo, pues temía que los iroqueses vieran «que no ofrecemos socorro alguno a nuestros aliados». Temía «una falta de poder que podría crear en ellos el deseo de venir a atacarnos»[3].



Este mapa europeo (1718) muestra la posición central de la Confederación Illini en el corazón del continente. Library of Congress, Geography and Map Division.

Dos años después de su descenso del Misisipi, La Salle se embarcó en una nueva misión, esta vez, desde Francia: una expedición de reconocimiento de cuatro naves y 300 personas para localizar desde el mar la embocadura del Misisipi y establecer una colonia en la costa del Golfo. Pero La Salle no encontró el punto de desembarco. Los franceses construyeron una pequeña base en la bahía de Lavaca y La Salle emprendió una serpenteante aventura en dirección nordeste. Entró en territorio de los caddos, donde lo mató un miembro contrariado de su grupo. La cosa no les fue mucho mejor a

los franceses de la diminuta colonia. Tenían problemas para cultivar la tierra y explotaban a sus anfitriones nativos, a los que robaban alimento y canoas. Tres años más tarde, en 1688, los karankawas, que dominaban la costa del Golfo desde el río Brazos a la isla Galveston, destruyeron el asentamiento en un asalto sorpresa [4] .

Pese a ser un fracaso, la expedición de La Salle reavivó la vieja ambición gala de enlazar la cuenca del San Lorenzo, el Pays d'en Haut, con el valle del Misisipi en un vasto imperio interior que se extendiera desde un mar oriental a un mar meridional. El imperio francés en Norteamérica nunca fue más que un conjunto de fuertes, aldeas y puertos dispersos y las colonias más populosas y consolidadas de los ingleses llevaron a los franceses a revisar sus objetivos y métodos. Necesitaban tener en el Nuevo Mundo un imperio centralizado que pudiera ejecutar una estrategia continental, contener a los ingleses al este de los Apalaches y dar el salto al Pacífico. Esta ambición imperial tenía que comenzar en el este con las Cinco Naciones, que, a principios de la década de 1680, mermaron y humillaron a Nueva Francia, se aliaron con Nueva York y comerciaron con los ingleses en contra de las objeciones de los franceses. Hasta que los iroqueses no fueran sometidos, el futuro de Nueva Francia estaría en peligro. Solo entonces hicieron los galos lo que mejor sabían hacer: forjar alianzas indias que les dieran acceso a las asombrosas riquezas del continente [5] .

En 1685, el gobernador Jacques-René de Brisay de Denonville llegó a Montreal con 500 infantes de Marina decidido a restablecer la maltrecha reputación de Francia en Norteamérica. Consciente de que no contaba con soldados suficientes para enfrentarse en batalla a las Cinco Naciones, decidió atacar los nuevos —y, desde el punto de vista francés, ilegales— puestos ingleses en la bahía de James. Las fuerzas galas capturaron varios centros de comercio de pieles e infligieron un doloroso golpe a los designios ingleses en el lejano norte. A continuación, Denonville marchó contra las Cinco Naciones con un contingente franco-nativo de 700 efectivos y prendió fuego a varias aldeas senecas y sus reservas de alimento. En represalia, los iroqueses asaltaron las aldeas fronterizas cercanas a Montreal. Los galos se echaron atrás y volvieron a atacar a los ingleses; se dio inicio así a lo que se conoció como Guerra del rey Guillermo. Los indios y sus aliados franceses devastaron la costa de Maine y parte

de Nuevo Hampshire y, en 1693, saquearon varios «castillos» mohawks en un inesperado golpe en pleno invierno. Tres años después, los galos movilizaron a más de 2000 soldados para arrasar asentamientos onondagas y oneidas. Los iroqueses, que ahora apenas sumaban unas 8000 personas, comprendieron que debían liberarse de una vez por todas de rivalidades imperiales y de guerras.

Las Cinco Naciones hicieron frente a esta agresión colonial con contención y audaz diplomacia, algo de una dificultad extraordinaria para una nación que había dominado a los intrusos europeos durante generaciones. Adoptaron una postura neutral que les permitió tratar con los ingleses de Nueva York y enfrentarlos a los franceses, que se vieron obligados a abrir negociaciones. Las Cinco Naciones hicieron la paz con los wyandots, odawas, illinis y miamis, lo cual dio libertad a sus soldados para enfrentarse al Ejército francés en el este. Las conversaciones con Nueva Francia y sus aliados nativos llegaron en el último momento para las Cinco Naciones, pues habían perdido casi la mitad de sus soldados; sus contingentes estaban reducidos a apenas 1200 hombres. Las Cinco Naciones habían desarrollado tal dependencia de los mercados y la tecnología de Europa que ya no podían hacer la guerra sin ellos. Los iroqueses se habían enfrentado en el pasado a numerosas amenazas existenciales y conocían la importancia de las percepciones. En poco tiempo, los galos vieron a los mohawks «actuar en perfecta libertad, y caminan a diario por las calles de Montreal con la misma confianza que si la paz hubiera sido perfectamente ratificada […] no queremos alarmarlos», concluyeron [6].

La astuta diplomacia de las Cinco Naciones allanó el camino para la gran cumbre de Montreal del verano de 1701. Llegaron más de un millar de delegados en representación de unas cuarenta naciones indígenas. Permanecieron durante meses y restablecieron el orden en su mundo encuentro a encuentro, ceremonia a ceremonia, negociación a negociación. Plantaron un árbol para que la paz general creciera de sus raíces y establecieron con los franceses lo que se conoció como el Gran Acuerdo, el logro estrella de la diplomacia franco-indígena. Los iroqueses, cuyo territorio todavía abarcaba más de 90 600 kilómetros cuadrados, se comprometieron a mantenerse neutrales en cualquier futuro conflicto entre Inglaterra

y Francia. Su Fiesta de los Muertos había de permitir a las personas adoptar una nueva mentalidad y poner fin a la violencia. Se trataba de un ardid estratégico: los interminables conflictos coloniales los entretenían y les ofrecían beneficios decrecientes. Los iroqueses aceptaron cesar sus operaciones en el Pays d'en Haut y los galos concedieron a los indios acceso privilegiado a su nuevo puesto comercial, Fort Pontchartrain, cerca del estrecho que une los lagos Hurón y Erie. Los franceses pensaban que, por fin, después de tanto tiempo, habían pacificado a los iroqueses. En realidad, estaban confundiendo sometimiento con sutileza diplomática.

El inicio del siglo XVIII fue un momento crucial para las ambiciones imperiales de Francia en el continente. Una vez reconciliados con los iroqueses, los galos podían tratar de hacer realidad sus frustradas ambiciones imperiales. Poco después, las Cinco Naciones enviaron al sur a sus ejércitos contra los catawbas, sugarees, saponis, tutelos, keyauwees y otras pequeñas naciones nativas del Piedmont. Para las Cinco Naciones, la paz con Nueva Francia no era ni una concesión ni una limitación. Al contrario, era una nueva maniobra estratégica que explotaba las facciones francófilas y anglófilas de la confederación, una partición intencionada que les daba opciones y permitía radicales maniobras de política exterior sin causar conflictos internos. Alarmado, el gobernador de Quebec declaró que «debemos temer más a las cinco [naciones] iroquesas que a las colonias inglesas». «La paz —anunció un líder iroqués— se hará realidad en su elemento». La contienda imbuida de espiritualidad, encarnada por las guerras del duelo, era normal. Los iroqueses libraron un conflicto intermitente contra los catawbas que se prolongó medio siglo. En última instancia, las Cinco Naciones hicieron la paz con sus propias condiciones [7] .

En el invierno de 1704, un destacamento multiétnico de 200 soldados franceses, mohawks, wyandots y wabanakis atacó el pueblo de Deerfield, Massachusetts. Los soldados entraron en la localidad antes del alba por tres puntos diferentes y sorprendieron a sus habitantes mientras dormían. Los asaltantes sabían con exactitud lo que tenían que hacer. Capturaron a Eunice Mather Williams, a su marido, el pastor John Williams, y a sus cinco hijos, seguros de que podrían obtener un respetable rescate por ellos. En total, mataron a 41 colonos ingleses y tomaron cautivos a más de

un centenar de hombres, mujeres y niños. La hija de los Williams, Eunice, de 7 años de edad, vivió siete años de cautiverio y su historia causó sensación en las colonias inglesas y en Nueva Francia. Adoptada por una familia mohawk, se convirtió al catolicismo, se casó con un mohawk, tuvo tres hijos, olvidó la lengua inglesa y pasó a ser conocida como Kanenstenhawi. Se negó a ser rescatada. Falleció en Kahnawake, cerca del valle del San Lorenzo, a la edad de 85 años[8].

El golpe contra Deerfield anunció el resurgir de la confianza y del expansionismo de Francia en Norteamérica. Los colonos, comerciantes y funcionarios franceses emergieron de las sombras de las Cinco Naciones y, poco a poco, retomaron lo que habían tenido que interrumpir en la década de 1680. El estallido de la Guerra de Sucesión española —en la que se vieron involucradas Francia, España y Gran Bretaña— insufló urgencia añadida a las maniobras galas. En las primeras décadas del nuevo siglo, el valle del San Lorenzo se hizo más seguro, más rico y más populoso: su población de 1700, de unos 15 000 habitantes, se triplicó con creces hacia 1750. Fantasías de una Nueva Jerusalén atrajeron a colonos y soldados de Francia y a ambos lados del río, a lo largo de más de 320 kilómetros, se extendió un reguero de granjas ribereñas. Los pueblos nativos del interior llevaban sus mercancías a Montreal, Trois-Rivières y Quebec y muchos de ellos estaban dispuestos a combatir del lado francés para mantener a raya a los ingleses.

Nueva Francia se estaba convirtiendo en un reino de poder colonial duro. La manifestación más obvia de su postura agresiva hacia los nativos americanos era la esclavitud india. Los franceses empezaron a comprar cautivos en el interior, en su mayoría niños, a odawas, ojibwes, potawatomis, miamis, meskwakis y wyandots. El Code Noir [Código Negro], que regulaba la esclavitud en las colonias caribeñas de Francia, comenzó a aplicarse en Nueva Francia. Muy pronto, la colonia tuvo a centenares de esclavos indios que trabajaban como molineros, jornaleros, estibadores, lavanderos y criados. Los galos denominaban panis a los indios esclavizados, un término de oscuros orígenes que implicaba la pérdida de libertad, su condición de esclavo y borraba toda identidad étnica. Algunas esclavas se convirtieron en concubinas y varias se casaron con franceses. Casi todos fueron sometidos a un intenso adoctrinamiento religioso y a

duras penas podían cumplir las exigencias de sus propietarios. El cautivo medio entraba en la colonia con apenas 10 años de edad y fallecía a los 18[9].

En el otoño de 1698, un grupo de colonos encabezado por un francés nacido en Canadá, Pierre Le Moyne, sieur d'Iberbille, y su hermano, Jean-Baptiste Le Moyne de Bienville, zarparon de la ciudad portuaria de Brest, en Francia, con dos fragatas y dos mercantes. Cincuenta y ocho días más tarde, las naves llegaron al golfo de México. Iberville siguió la costa norte del Golfo en busca de su objetivo principal, la siempre esquiva embocadura del Misisipi, en su laberíntico delta. Los hermanos pretendían revivir el viejo sueño expansionista de La Salle extinguido en 1688 por los karankawas: la conquista del valle del Misisipi. Las instrucciones de Luis XIV ordenaban a Iberville edificar fuertes para mantener a los carolinos lejos del río Misisipi y responder a la reivindicación española de la posesión exclusiva de la costa del Golfo. Sin embargo, navegaba casi por completo a ciegas. Los mapas existentes eran meros esbozos y la mayoría de nativos americanos de la región desconocidos.

La expedición se acercaba poco a poco a su destino, pero el hallazgo de más de 60 cadáveres recientes en una pequeña isla apaciguó los ánimos franceses, como también lo hicieron los primeros indios vivos que encontraron: estos les mostraron una cota de malla que había pertenecido, supuestamente, a Hernando de Soto, muerto 156 años atrás en la orilla oeste del Misisipi en una expedición de caza de esclavos. Iberville captó el mensaje: fumó el calumet con los indios y les entregó regalos que, en realidad, venían a ser a peajes de paso. No fue hasta que un grupo de indios le dijo que recordaban la expedición de La Salle cuando Iberville comprendió al fin que había llegado. Las naciones bayagoula y mongoulacha se apiadaron de los maltrechos forasteros y los alimentaron con maíz y pollo. Repuestos y fortalecidos, los galos construyeron un nuevo fuerte en una bahía que Iberville denominó Biloxi. Con sus cuatro bastiones y doce cañones, Fort Maurepas debía ser el cimiento de una nueva colonia en las Américas. Mientras tanto, Bienville contactó en el río Rojo con la nación yatasi, perteneciente a la poderosa Confederación Caddo.

No mucho tiempo después, un buque de guerra inglés de 16 piezas ancló cerca del campamento francés en Biloxi. A bordo de la nave iba un ingeniero francés, M. Secon, con una petición para el rey de Francia: si Luis XIV otorgaba libertad religiosa a la nueva colonia americana, Secon enviaría 400 familias de hugonotes franceses que ayudarían a contener las ambiciones coloniales de españoles e ingleses. El colonialismo en el Nuevo Mundo seguía en modo aventurero: las metrópolis nacionales eran meras abstracciones y un solo individuo podía establecer un feudo personal. El ambicioso plan de Secon llevó a Iberville a navegar de vuelta a Francia para obtener el apoyo de la corona para establecer una colonia propia. Tuvo éxito y, en 1701, regresó con una flota y el cargo de gobernador de la nueva provincia de Luisiana. Convencido de la necesidad de consolidar sus expuestos dominios mediante colonias satélites, Iberville celebró una ronda de conversaciones con las confederaciones indígenas limítrofes para explicar los objetivos franceses **[10]** .

Iberville sabía que el establecimiento de una presencia gala duradera en Luisiana requería reforzarla mediante comercio y alianzas. Estableció su nuevo puesto de mando colonial en la bahía de Mobila, cerca de la Confederación Choctaw, formada por 20 000 miembros; esta podía alardear de unas 50 localidades y 6000 soldados y se daba «un aire a los iroqueses en sus métodos de hacer la guerra». Contactó incluso con los chickasaws, la principal potencia bélica de la región. Aunque la Confederación Chickasaw tenía menos de la mitad del tamaño de la nación choctaw, nada menos que el 40 por ciento de los varones chickasaws poseían armas de fuego, suministradas por los esclavistas ingleses. En el momento en que Iberville buscaba ganarse a los choctaws, los chickasaws mantenían cautivos a centenares de choctaws. Los franceses, impresionados, calificaron las localidades chickasaws de «fuertes» **[11]** .

La fundación de Luisiana marcó una nueva fase en la pugna por Norteamérica. Los estrategas galos empezaron a pensar en términos continentales e imaginaron un vasto imperio con forma de media luna que se extendía de mar a mar. Anclado en el valle del San Lorenzo en el nordeste y en Luisiana al sur y en el centro el incipiente País de Illinois, que cimentaba la reivindicación francesa

del Misisipi, semejante imperio podía confinar a los españoles en el sudoeste y a los ingleses en el litoral oriental y pondría fin de una vez por todas a cualquier amenaza exterior. Al igual que había ocurrido décadas atrás en el Pays d'en Haut, los franceses tuvieron que aplacar a los indios para hacer realidad sus grandes ambiciones. Iberville, en un astuto gesto que se remontaba a la larga tradición gala de ganarse a los indios apelando a sus costumbres e inquietudes, les dijo a los choctaws y a los chickasaws que los franceses, al contrario que los ingleses, no querían esclavizarlos[12].

Tras haber obtenido el consentimiento indígena para acceder al curso bajo del Misisipi, este atrajo como un imán a los coureurs de bois itinerantes y se convirtió en la espina dorsal del resucitado imperio francés del Nuevo Mundo. Hacia 1700, un grupo de católicos quebequeses descontentos estableció una base —a la que dieron el nombre de la antigua ciudad de Cahokia, cerca de Kaskaskia— y ocupó un punto de importancia estratégica vital en el lugar de encuentro entre los bosques y las praderas, un lugar que ofrecía una amplia gama de recursos, desde bisontes a plantas silvestres y esclavos. La Confederación Illini dominaba el curso medio del río Misisipi en su confluencia con el Ohio y tenían en su órbita a varios grupos nativos: peorias, tamaroas, chepoussas y quapaws, entre otros. Los illinis estaban dispuestos a acoger a los franceses en su política inclusiva, siempre y cuando respetaran las costumbres nativas. Los galos, aunque todavía eran pocos —apenas 300 colonos vivían en las riberas del Misisipi— compartieron su riqueza y ganaron acceso al valle. A principios del siglo XVIII, Kaskaskia estaba en declive —víctima de la superpoblación y de la degradación del ecosistema—, con lo que es posible que los illinis consideraran a los galos como un posible recurso. Los jesuitas establecieron misiones en Kaskaskia y Cahokia, mientras que los franceses edificaron una cadena de puestos comerciales que enlazaban la costa del Golfo con los Grandes Lagos. En 1719, construyeron Fort Chartres para proteger el País de Illinois. Una vez más, los galos volvieron a asentar su imperio sobre un sustrato indígena[13].

Esta estrategia implicaba profundos retos. Aunque los colonos franceses eran más hábiles en la diplomacia nativa que sus rivales

españoles e ingleses, la enorme complejidad de la política indígena desbordaba hasta al más experimentado oficial galo. Fort Detroit, establecido en 1701, es un buen ejemplo. Los franceses animaron a los indios a asentarse cerca del fuerte; pensaban que, en unión con sus soldados, podrían rechazar a los ingleses del este. Sin embargo, la concentración de múltiples naciones originó un polvorín. Los antiguos aliados de Francia —illinis, miamis, odawas, ojibwes, potawatomis y wyandots— chocaron con los nuevos, los iroqueses, que rechazaban la presencia del resto de naciones. Los agentes galos no lograron intermediar y los agraviados iroqueses optaron por llevar el corazón del comercio de pieles de la francesa Montreal a la inglesa Albany, la cual, tras el Gran Acuerdo, se había convertido en un mercado floreciente. Los iroqueses trataron de intermediar el comercio entre los cazadores del interior y los ingleses. Le Pesant desencadenó otra tormenta. Le Pesant, un camaleónico ogimaag odawa, exigía una posición privilegiada en el comercio y la diplomacia de Francia, aunque parecía dispuesto a dejar a los galos si iroqueses e ingleses compraban pieles a los odawas. Los miamis pidieron a los franceses que mataran y cocinaran a Le Pesant.

En 1712, más de un millar de meskwakis se establecieron junto a Fort Detroit y anunciaron que el fuerte les pertenecía. Habían rechazado el terreno intermedio. Era una audaz maniobra, más dirigida contra sus rivales nativos que contra los franceses, y provocó una reacción inmediata. Los meskwakis pusieron sitio al fuerte y sus enemigos illinis, miamis, odawas, ojibwes y wyandots tomaron represalias. Fort Detroit y la región de los Grandes Lagos se convirtieron en zona de guerra, lo cual puso en peligro todo el sistema imperial francés: si Detroit caía, Nueva Francia se exponía a perder el pivote crucial que enlazaba Luisiana con Canadá y mantenía vivo el precario sueño imperial de Francia. El gobernador Charles de La Boische, marquis de Beauharnois, provocó una contienda genocida contra los meskwakis al armar profusamente a sus enemigos. Los meskwakis no tardaron en pasar a la defensiva y se retiraron a la parte oeste de los Grandes Lagos, donde se refugiaron entre sus rivales, los siux dakotas. En 1716, un contingente franco-indio de 800 efectivos atacó las aldeas fortificadas de los meskwakis en la región y forzó una tregua. En ese momento, la alianza india de Francia, sus cimientos en

Norteamérica, se estaba desintegrando. La política de poder de los meskwakis debilitó al imperio galo en su núcleo estratégico, en la zona puente donde se unen el valle del Misisipi y los Grandes Lagos. Los estrategas galos reportaron «un gran daño en el comercio mutuo entre las dos colonias», el País de Illinois y Luisiana [14] .

La tregua de 1716 salvó Fort Detroit y la alianza india de Francia en el Pays d'en Haut y, de forma indirecta, también protegió a Luisiana. Una vez asegurada, al menos por el momento, Nueva Francia pudo continuar la construcción de la frágil colonia. Desde 1712 era propiedad particular de un noble de inmensa riqueza, Antoine Crozat, marquis du Châtel, pero este prefería gestionarla desde la seguridad de Versalles, con lo que Luisiana languideció: tan solo tenía 215 habitantes franceses. Bienville creía que ni un solo soldado galo había disparado un mosquete. No obstante, en 1719 los funcionarios franceses adoptaron la inoportuna e inexplicable medida de expulsar del País de Illinois a los indios que no fueran cónyuges o hijos de esclavos, lo cual los enemistó con aquellos. El colonialismo francés, basado en las alianzas con los nativos americanos, parecía volverse contra sí mismo.

Ese mismo año, la tensión aumentó aún más con la llegada de John Law, un descarado economista y aventurero escocés que, tiempo atrás, había matado en duelo a un pretendiente rival. Law estableció en Luisiana un centro de transbordo, donde esperaba organizar un floreciente comercio fluvial con los indios. La corona gala cometió la imprudencia de arrendar la cuenca del Misisipi —en esencia, todo el centro del continente— a la Compañía del Oeste [Company of the West] de Law, con la esperanza de atraer a inversores y colonos a la endeble y expuesta Luisiana. En una singular jugada colonial, Law envió a más de 7000 colonos y 2000 esclavos africanos en cuatro años, lo que dotó así a Luisiana de unos sólidos cimientos demográficos. Pese a las objeciones del commandant del País de Illinois, Law hizo que esta colonia fuera transferida a la jurisdicción de Luisiana. Un economista sin experiencia militar o diplomática y escaso conocimiento o interés en los nativos americanos dirigía ahora la más nueva, extensa y precaria colonia de Francia. Nadie con la experiencia necesaria quería el cargo [15] .

Como en tantas otras ocasiones, los franceses recurrieron a sus aliados nativos para restablecer el orden. Los soldados iroqueses, siux y wyandots se unieron a los galos para castigar a los molestos meskwakis, que desestabilizaban el interior de Luisiana, lo cual dañaba el comercio. En última instancia, fueron los poderosos natchez quienes pacificaron la región. Los natchez tenían sus propios objetivos. Sabían que los franceses tenían una habilidad esencial —la capacidad de organizar alianzas indias mediante la generosidad— y aportaron su considerable potencial militar al conflicto que neutralizó a los meskwakis. La alianza natchez fue premiada con un puesto mercantil, un regalo que les otorgó una ventaja esencial sobre sus rivales. Los natchez ocupaban una tierra extraordinariamente fértil en el lado este del Misisipi y vivían en nueve localidades que albergaban a 6000 personas organizadas en un estricto sistema de castas de soles, nobles, gente honrada y comunes. Conforme a la antigua tradición del Misisipi, los natchez habían armado un Estado teocrático que veneraba al Sol. Cada localidad contaba con un montículo sagrado, que servía de centro espiritual y ceremonial para sus ciudadanos. Los viajeros galos se sorprendieron de que el río Misisipi contara «con un gran número de tribus en sus dos orillas», aunque consideraban que la Confederación Natchez «merece ser distinguida del resto, dado que su tribu la gobierna un soberano al cual obedecen con gran respeto y sumisión. Tiene una morada muy confortable, que, dentro de lo que permiten los recursos del país, cuenta con varios apartamentos. Nadie acude a su presencia sin que antes se le informe de su llegada». Los franceses mostraron particular interés por el hecho de que este líder supremo, el Gran Sol, «decide él solo acerca de los asuntos de la paz y de la guerra, así como de todos los asuntos importantes de interés público». Era una entidad que los galos podían comprender y, tal vez, ganar, con lo que existía una posibilidad de salvar su vacilante imperio [16].

En 1715, los micos de los natchez ofrecieron el calumet a Antoine de La Mothe Cadillac, gobernador de Luisiana, aunque este se negó a fumar. Fue un notable paso en falso. Compartir la pipa reafirmaba la amistad, las alianzas y la coexistencia. La negativa de Cadillac equivalía a rechazar la naciente alianza; mediante la comprensión mutua, el rey de Francia estaba obligado a proteger a los indios, los

cuales mantenían su autonomía y soberanía. Los soldados natchez mataron a cuatro comerciantes franceses y Cadillac respondió enviándolos un ejército a castigarlos. Un mico entregó a los franceses tres cabezas cortadas de natchez como ofrenda de paz, aunque estos empezaron a cuestionarse la conveniencia de permitir la presencia gala en su mundo [17] .

Seguros, aunque solo por el momento, los franceses reemprendieron la expansión de su colonia. En 1718, Bienville fundó Nueva Orleans en un cerrado meandro del Misisipi, en tierras de los indios chitimachas. Al cabo de poco tiempo, un cinturón de asentamientos ribereños se extendía decenas de kilómetros al sur y al norte del puesto inicial. Con el fin de proteger el crecimiento de Nueva Orleans, la compañía de Law construyó el Puesto de Arkansas, en la confluencia de los ríos Misisipi y Arkansas, donde sobrevivió bajo la sombra protectora de la localidad quapaw de Kappa. El puesto estaba destinado a ser un gran centro regional desde el momento en que la compañía de Law despachó a casi un centenar de esclavos africanos y blancos en régimen de servidumbre, que debían convertirla en un emporio agrícola gestionado por colonos alemanes importados. Estos últimos, temerosos a causa de los rumores de gérmenes y enfermedades, nunca llegaron. Law huyó y dejó atrás a docenas de hombres, mujeres y niños franceses.

Esos franceses abandonados pasaron a ser esclavos. Los quapaws los pusieron a trabajar en sus campos de la zona de Osotouy, una de sus cuatro localidades principales. Algunos se hicieron cazadores y se fusionaron con la población quapaw. De igual modo, decenas de desertores galos que escapaban de sus contratos y del servicio en el Ejército buscaron refugio entre los quapaws, al igual que cierto número de esclavos africanos cimarrones. Los funcionarios coloniales franceses rara vez se atrevieron a presionar a los quapaws para que devolvieran a sus súbditos. Un recién llegado habría pensado que Osotouy, y no Nueva Orleans, era la capital de la colonia [18] .

Los quapaws parecían uno de los pueblos más aislados sobre el continente: sus tierras se extendían más de 1600 kilómetros entre las colonias inglesas y francesas del este y viajar a Nueva Orleans por el curso del Misisipi empezaba a ser peligroso. Pese a ello,

lograron forjar una densa red de vínculos comerciales y diplomáticos mediante sus relaciones con los misioneros y comerciantes galos del País de Illinois. Se convirtieron en un centro de gravedad del corazón del continente, que atraía a personas hacia su mundo y acumuló un considerable poder moral y político. En sus numerosas tierras fronterizas, los quapaws decidían qué era un crimen y quién merecía ser castigado. Veían a los soldados franceses del Puesto de Arkansas como niños que requerían su protección; los galos habían quedado bajo la jurisdicción quapaw y debían comportarse en consecuencia. Estos, decididos a mantenerse apartados de la economía de mercado, producían muy poco para los franceses, apenas un millar de pieles de ciervo al año. Aun así, esperaban que fueran generosos con sus bienes y les dieran a los quapaws trato de aliados preferentes, a pesar de que estos establecieran vínculos comerciales con los mercaderes de Carolina. Cuando los galos necesitaban la asistencia de los quapaws para la diplomacia o la guerra, tenían que conseguirlo por medio del pago de tributos, algo que les salía a cuenta a los franceses. Los quapaws se mantenían leales y ayudaban a mantener con vida a Luisiana. Los franceses, además, construyeron un puesto comercial para los poderosos osages, o Ni-u-kon-ska, «gentes de las aguas medias», del centro del valle del Arkansas. Los osages sumaban 10 000, lo que les convertía en una de las mayores naciones del interior. Los comerciantes franceses los seducían con regalos —incluso con caballos—, aunque los osages no vacilaban en liquidar a los mercaderes galos que vendieran armas a los enemigos de los osages **[19]** .

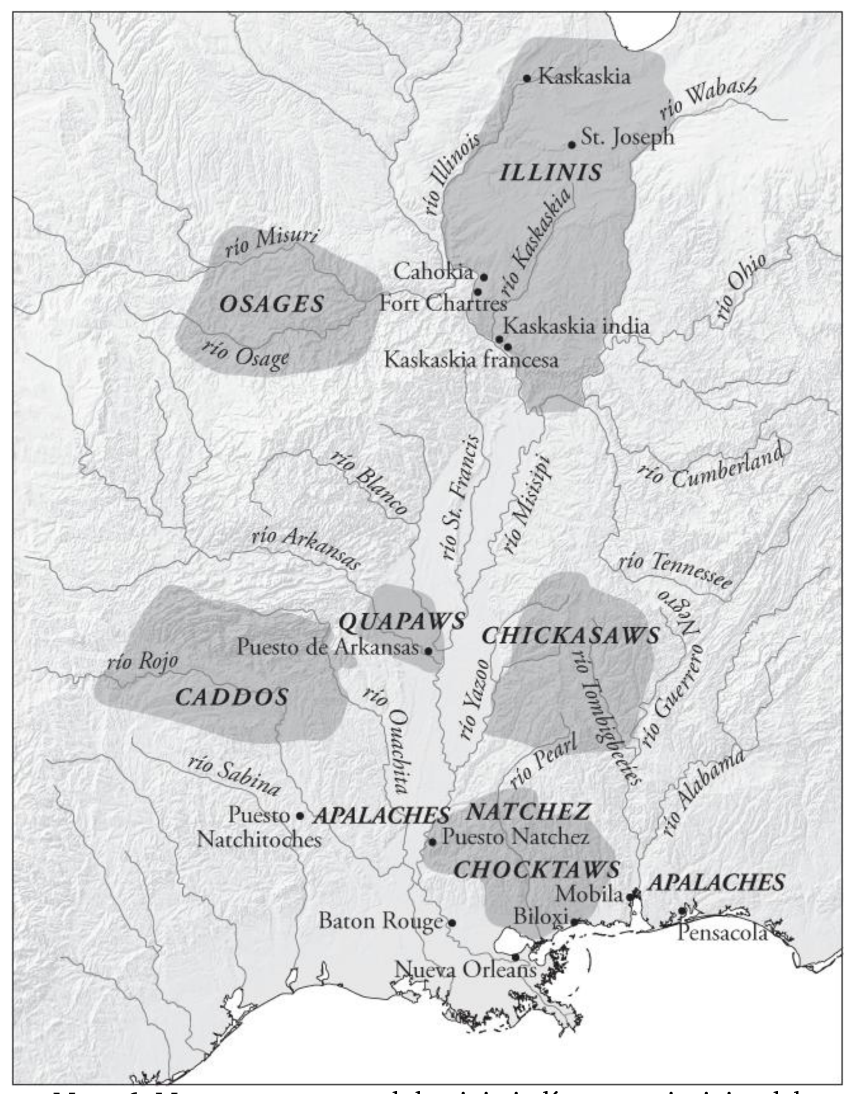
Desbordados por ambos lados por las maniobras de los indígenas, los franceses recurrieron al subterfugio. En 1723, Bienville, ahora gobernador de Luisiana, tomó medidas «para enfrentar entre sí a esos bárbaros, única forma de establecer seguridad alguna en la colonia para que así, con el tiempo, se destruirán entre ellos por sus propios medios». Estaba confundiendo deseos con realidades: los nativos americanos habían aprendido a identificar tales tácticas y a volverlas en contra de los colonizadores. Los muscoguis, que vivían entre los asentamientos británicos y franceses, enfrentaban entre sí a ambas potencias coloniales. El inglés James Adair, un veterano comerciante peletero, explicó el sistema: «Los ancianos, informados

desde hace tiempo por las partes enfrentadas, de sus diferentes puntos de vista, y de las intrigas de las potencias europeas, que les pagan un tributo anual bajo el vago pretexto de regalos, demostraban una habilidad sorprendente en cada giro de la baja política. Sostenían, como una máxima invariable, que su seguridad y bienestar dependía de una perpetua relación amistosa con nosotros y con los franceses; pues nuestro estado político de guerra con cada uno garantizaría por siempre sus libertades» [20] .

Los franceses, al operar en los márgenes de poderosas entidades indígenas, recurrían a gestos ostentosos para ocultar su debilidad. En 1725, Étienne de Veniard, sieur de Bourgmont —desertor, criminal y coureur de bois— vivía entre los indios junto con un grupo de mercaderes irregulares en el curso bajo del Misisipi. A cambio de expandir el comercio galo por este río de vital importancia estratégica, le concedieron carta de nobleza y el título de «Commandant del río Misuri», un título del todo vacío, pues el curso inferior del Misuri era un universo de profundo carácter indígena, gobernado por los osages, cuyo territorio cubría buena parte del centro del continente, entre los ríos Arkansas y Osage. Los osages se convirtieron en intermediarios entre la Luisiana francesa y las naciones nativas al oeste y el norte y regulaban el comercio río arriba, desde Nueva Orleans hasta poco antes del punto donde no se detenía por completo. Bourgmont, al parecer sin saber qué hacer con su título y los indios, llevó a Francia una delegación de líderes osages, missourias e illinis. Vieron Versalles, la Ópera de París, el Hôtel des Invalides y al quinceañero rey Luis XV. Los visitantes indígenas no estaban en absoluto impresionados. Uno de ellos se quedó estupefacto al ver hombres «que eran medio mujeres, con cabellos rizados, pendientes y flores en el pecho». Dijo que «olían como los caimanes» [21] .

El dominio osage en la parte inferior del corazón del continente crecía sin cesar. Rodeados de naciones que cazaban para subsistir y comerciar, los osages, como cualquier otro pueblo cazador, tenían poco que ofrecer a sus vecinos. La semejanza alimentó rivalidades y hostilidad, con lo que, al cabo de poco tiempo, los osages estaban en guerra con la mayoría de naciones limítrofes. Los franceses reconocieron su poder, pues construyeron a los osages un fuerte propio, provisto de abundantes armas. En lugar de alinearse con los

galos, a principios del siglo XVIII los osages emplearon estos fusiles para expulsar del valle del Arkansas a sus rivales nativos: taovayas, tawakonis, iscanis, guichitas y panis noirs. Las ambiciones de los osages crecieron: ahora, trataban de controlar todo el comercio de la vasta región, ya fuera de pieles, cueros, humanos o caballos, y monopolizaron el comercio del valle del Arkansas con ayuda de bloqueos estratégicos. Crearon el cargo de Protector de la Tierra, responsable de mantener alejados a los forasteros indeseables. Hacia la década de 1730, los osages controlaban un imperio fluvial conformado por 800 kilómetros del valle del Arkansas. Comerciaban con los ambulantes franceses y controlaban el flujo de bienes al sur y al oeste, combatían a los wichitas, pawnees y caddos y monitorizaban los bienes que llegaban a las Grandes Llanuras. Los galos no lograban ejercer influencia alguna sobre ellos, por lo que siguieron siendo sus fieles aliados y les concedieron una posición de gran privilegio a expensas de sus rivales nativos. Sin embargo, los osages castigaban con frecuencia a los comerciantes y voyageurs —mercaderes de pieles de larga distancia— de Francia, por crímenes e ignoraban las leyes europeas. Las autoridades galas rara vez protestaban, si bien en 1790 un oficial español se quejó de que «los osages [y lakotas] son las dos peores tribus que tenemos en el Misuri». En lugar de tratar de dominar a los osages, los franceses fumaban con ellos el calumet y los aplacaban con regalos. Los osages tenían líderes de guerra y líderes civiles, así como un consejo de sacerdotes con el que facilitar su política exterior de múltiples estratos. Las mujeres osages eran granjeras muy hábiles y su labor sentaba los cimientos de la hegemonía osage en el centro del continente. Gozaban de una autonomía considerable. Si una mujer osage estaba insatisfecha con su marido, se divorciaba arrojando las posesiones de este fuera de su cabaña [22] .



Mapa 6: Mapa que muestra el dominio indígena a principios del siglo XVIII sobre la disputada mitad inferior del continente.

Más al sur, en Luisiana, los franceses se enfrentaban a un desafío indígena más arduo: a finales de 1729, los natchez organizaron una rebelión. Los líderes galos, preocupados por las maniobras comerciales en el interior, no lograron proteger a sus aliados indios, que buscaban protección contra las incursiones esclavistas. Los natchez cortaron vínculos con los franceses. Estos, alarmados,

actuaron con precipitación: reclutaron a choctaws para cazar cabelleras natchez, lo cual desencadenó una contienda intermitente que se prolongó durante años. El commandant de Fort Rosalie, sieur de Chépart, un borracho inclemente y megalómano, atizó un violento sentimiento antifrancés entre los indígenas locales. Chépart presionó a los natchez para que abandonaran un pueblo que albergaba un montículo sagrado para dejar espacio para el ganado y las plantaciones de los franceses. En respuesta, los soldados natchez se pintaron el rostro de rojo, bebieron calderos de «medicina de guerra» y se dispusieron a eliminar a los galos de su mundo de una vez por todas. Se acercaron a Fort Rosalie y ofrecieron regalos a los franceses, lo cual distrajo lo suficiente a los soldados. El golpe, planificado con cuidado, causó más de 200 muertos franceses. Étienne Périer, que gobernaba Luisiana en calidad de commandant-general de la Compañía del Oeste, entró en pánico. No parecía saber qué hacer. Por fin reaccionó y ordenó a sus soldados destruir a los pacíficos y oprimidos indios chaouchas [23] .

«La colonia está a dos dedos de perderse», escribió en junio de 1730 un oficial francés. Hostigada por los residentes nativos descontentos y por las comunidades de cimarrones, Luisiana estaba atenazada por el miedo. Los colonos se atrincheraron y dejaron desatendidos los campos. El verano siguiente, las autoridades galas despacharon varios regimientos a castigar a los natchez, pero la operación fue abortada por el estallido de una rebelión de esclavos en la colonia. Esta petrificó a los franceses: nada menos que el 60 por ciento de la población de Luisiana era esclava, tanto nativos como africanos. Périer, humillado, presentó los dos alzamientos —el primero de una nación indígena, el segundo de esclavos americanos— como una conspiración, aunque apenas nadie lo escuchó. Tanto él como la Compañía del Oeste habían fracasado por completo. Para redimirse, Périer organizó una nueva campaña punitiva contra los natchez y esclavizó a unos 500, en su mayoría mujeres y niños. En uno de sus actos finales, la Compañía de Indias [Compagnie des Indes] trasladó a los cautivos a las islas azucareras del Caribe.

Los meskwakis, por su parte, también perdieron centenares de miembros a manos de los esclavistas franceses, por lo que, a finales de 1727, entraron en guerra y atacaron a los franceses y a sus aliados illinis y odawas. En 1731, la decadente colonia de Luisiana

pasó bajo control real. En un intento a la desesperada por redimirse, Beauharnois, gobernador de Nueva Francia, movilizó a fuerzas francesas y aliados indios para exterminar a los meskwakis. Su objetivo era «la total destrucción de dicha nación». Sin embargo, los galos no podían asestar «el golpe final»; tendrían que hacerlo sus aliados iroqueses. Franceses e iroqueses estuvieron a punto de lograrlo: tan solo sobrevivieron 500 meskwakis [24] .

La doble amenaza del poder indígena y la expansión inglesa desde el este aterrorizaba hasta el tuétano a los habitantes franceses de Luisiana. La guerra natchez mostró, con gráfica inmediatez, lo que ocurría cuando se despreciaba la soberanía, tradiciones y necesidades de los indígenas: violencia catastrófica, pérdida masiva de vidas y propiedades y el completo desmoronamiento de las instituciones coloniales. La violencia desanimó las inversiones galas en la colonia e impidió la construcción de un imperio en el bajo Misisipi. También enseñó a los colonos lo muy poco que podían hacer sin aprobación nativa. En Luisiana, los usos indígenas prevalecieron, lo cual convirtió un espacio colonial en uno híbrido. Las sociedades de los choctaws, illinis, quapaws y apalaches estaban intactas y exigían a los franceses adaptarse a sus tradiciones. Esto tuvo consecuencias de largo alcance para Luisiana. El Métissage —mestizaje— se hizo norma y definió los aspectos más íntimos de la vida de los colonos: prácticas sexuales, roles de género, crianza de niños. Los franceses en Luisiana llegaron a la conclusión de que, para sobrevivir en Norteamérica, los recién llegados debían unirse a sus habitantes indígenas y convencerlos de la necesidad de ser sus aliados. Los galos hicieron esto en todas partes y, a principios del siglo XVIII, todos los imperios europeos comprendían, aunque no siempre aceptaban, dicha realidad. También aprendieron que la forma más efectiva de forjar alianzas era la generosidad y el comercio, que podían convertir a los enemigos en parientes [25] .

Los funcionarios franceses, tras el conflicto y la pérdida de vidas, empezaron a aplacar a los indios con regalos y bienes; con ello, crearon una robusta economía fronteriza de trueque que estabilizó sus relaciones con los indios. Surgió una nueva alianza mejorada franco-india, basada en la Confederación Choctaw, la cual, incluso después de perder a centenares de sus miembros a manos de los

esclavistas de Carolina del Sur, sumaban más de 12 000 personas y podían movilizar 5000 soldados. Los choctaws dominaban más de 64 000 kilómetros cuadrados, con lo que superaban con creces a sus vecinos quapaws, alabamas, chickasaws, taensas, tunicas, natchez y houmas. Su comercio y captura de esclavos les había generado un considerable arsenal de armas de fuego y los convirtió en la potencia militar dominante de las tierras situadas entre los cursos bajos del Misisipi y del Yazoo. También acogían de buen grado la llegada regular de expediciones comerciales inglesas desde el este. Los grupos nativos más debilitados en las fronteras choctaws hallaban refugio en sus localidades fortificadas y los franceses pidieron a los choctaws que los ayudaran a restablecer el orden en Luisiana. Los choctaws castigaron a los chicasaws y a los natchez, cuyas expediciones de saqueo desestabilizaban la colonia y perturbaban el comercio. Los choctaws querían que la economía de la Luisiana francesa fuera viable, para que pudiera suplirles de armas de fuego, pólvora, plomo, herramientas y otros bienes.

Los choctaws combatían en beneficio propio. Por más que las autoridades galas desearan y necesitaran afirmar su soberanía sobre ellos, no podían negar el hecho de que los choctaws eran los dueños del curso inferior del valle del Misisipi. Los choctaws acogían de buen grado a los comerciantes llegados de la recién establecida colonia de Georgia, para vergüenza y espanto de los funcionarios galos. La Confederación Choctaw se había convertido en la última esperanza de Luisiana, un humillante cambio de papeles que el commandant de las fuerzas de Nueva Orleans tuvo que aceptar. Este llamó a la confederación «el bastión y la seguridad» de la colonia y admitió que «ninguno de los que hemos venido al país ignoramos la imposibilidad de mantener un país tan vasto como el que ocupamos con las escasas tropas y colonos que hay aquí y que se verían obligados a abandonarlo de inmediato si los choctaws nos negasen su ayuda y decidieran actuar contra nosotros» **[26]** .

Más al oeste, una segunda confederación indígena estaba a punto de entrar en la pugna por el interior y sus recursos: los Očhéthi Šakówiŋ, la gran alianza siux de los Siete Fuegos del Consejo. Un funcionario francés echó en cara a Nacido Sacro [Sacred Born], un itȟáŋčhaŋ —líder— de los dakotas mdewakanton, que sus soldados hostigaran a comerciantes franceses por cuestiones de trato correcto

y comercio justo. Nacido Sacro informó al funcionario de que el abuso fue cometido «de forma intencionada y premeditada». Los funcionarios galos querían convertir al importante Fort Beauharnois, en el alto valle del Misisipi, a orillas del lago Pepin, en ancla del enorme dominio de comercio de pieles del oeste de más allá del Misisipi. Los dakotas reclamaban la posesión de la región y retomaron la lucha contra la agresividad y arrogancia colonial allí donde los meskwakis la habían dejado. En el invierno de 1731, un contingente franco-iroqués-wyandot «causó la destrucción de la mayoría» de los meskwakis. Poco después, aparecieron en el lago Pepin 99 cabañas dakotas y 300 lakotas para monitorizar la política comercial y la conducta de los galos. Incapaces de desalojar a dakotas y lakotas, los franceses se vieron obligados a cerrar las actividades de Fort Beauharnois. Fue reabierto en 1731, al servicio de dakotas y lakotas. Los Očhéthi Šakówiŋ habían obligado al imperio francés a dar a los siux tratamiento de aliados preferenciales. En 1742, en una grandilocuente intervención, el gobernador Beauharnois invitó a casi todas las naciones nativas del oeste a las conversaciones de Montreal. Nacido Sacro y otros líderes dakotas se reunieron con Beauharnois, que estaba dispuesto a aceptar a los siux como aliados preferentes. «Hijos míos, os veo desnudos, por lo que os doy lo que necesitáis para cubriros», les prometió y autorizó el comercio regulado y sin restricciones con los Očhéthi Šakówiŋ, con la esperanza de extender la influencia mercantil de Nueva Francia al interior del oeste, por medio del creciente poder de la confederación. Sin embargo, en ese momento, los franceses dieron un mal paso que casi arruinó el naciente proceso de paz: en la cena de celebración, hicieron que jóvenes esclavos siux sirvieran a los delegados de esa nación. Beauharnois liberó a los cautivos, con lo que se sumó a los siux en el terreno intermedio, una concesión que logró ganar un poco más de tiempo para el convulso imperio norteamericano de Francia. Los galos, aunque maltrechos, todavía podían ser útiles. Dakotas y lakotas iniciaron un lucrativo comercio con ellos, que ahora frecuentaban sobre todo aldeas siux en los cursos de los ríos Misisipi y Minesota. Los Očhéthi Šakówiŋ empezaba a erigirse en la confederación nativa más poderosa en Norteamérica [27] .

Los siux, sin embargo, no explotaron a fondo su posición de ventaja:

estaban muy cómodos en su lugar en el mundo y sabían que el tiempo corría de su parte. Su poder y dominación no se tradujo en expansión agresiva, lo cual desafiaba las arraigadas y erróneas ideas de los europeos, que consideraban pérfidos y salvajes a los nativos americanos. Eran los funcionarios franceses quienes parecían estar deshaciendo al continente indígena. La desmedida ambición de estos dirigentes era hallar una ruta acuática desde el «mar del oeste», la imaginaria masa de agua que les permitiera acceder al océano Pacífico, y más allá, hasta las riquezas fabulosas de China. Los comerciantes galos siguieron enviando a los siux barcos enteros cargados de armas de fuego, pólvora y plomo, confiados en que la autoridad de los Očhéthi Šakówiŋ permitiría a Francia hacerse con la Norteamérica interior y las riquezas de China. En una maniobra extraordinariamente generosa y equivocada, los franceses construyeron tres fuertes: Fort Vaudreuil, bajo la embocadura del río Wisconsin; Fort Duquesne, en los confines superiores de Wisconsin; y Fort La Jonquière en la orilla oeste del lago Pepin. La política francesa había quedado separada por completo de la realidad. Un solo fuerte podía darle a una nación nativa una ventaja decisiva en la lucha por el dominio y ahora, de repente, los siux tenían tres. En lugar de pacificar a los Očhéthi Šakówiŋ, los galos habían creado al instante una superpotencia indígena que cambiaría de forma irrevocable la historia de Norteamérica [28] .

Capítulo 17

Una infinidad de rancherías

Durante más de un millar de años, la formidable Confederacion Hasinai controló un vasto dominio entre ríos de alrededor de 260 000 kilómetros cuadrados; sus principales localidades se extendían docenas de kilómetros a lo largo del curso del Neches, Angelina, Sabina y Rojo. La confederación eclipsaba al resto de potencias cercanas, tanto las indígenas como las europeas. A lo largo de generaciones, los hasinais se convirtieron en expertos comerciantes y sus hogares rebosaban de cuchillos de metal, fusiles, pólvora, balas, calderos, cuentas y tabaco. Era el tipo de régimen indígena que todos los colonos europeos soñaban con obtener.

Con el tiempo, la inesperada resistencia de Luisiana infundió el temor entre los funcionarios españoles de Nuevo México. Estos llevaban décadas monitorizando la expansión de la presencia francesa en la costa septentrional del golfo de México, que amenazaba las líneas marítimas españolas y sus minas de plata de México. Los líderes españoles trataron de contener a Luisiana, aunque sus esfuerzos fueron más simbólicos que efectivos: un puñado de misioneros enviados a los indios de las tierras que separaban ambas colonias; una guarnición establecida en la bahía de Panzacola con la que establecer una avanzada en la costa; y una línea de fuertes propuesta para bloquear el avance francés. En 1716, temerosos de que los comerciantes galos, con su reputado conocimiento de los usos indígenas, situaran a los indios de Nuevo México y sus inmediaciones bajo el auspicio de Luisiana, los españoles hicieron un nuevo intento de expandir su modesta red de alianzas indias en dirección oeste. Pretendían ganarse a los temibles hasinais y extender el terreno intermedio entre ellos.

Francisco Hidalgo, un irascible franciscano español, dio un paso de sorprendente torpeza. Remitió una carta a Cadillac, gobernador de Luisiana, en la que proponía que españoles y franceses colaboraran

en el establecimiento de misiones para los millares de indios que vivían entre Nuevo México y Luisiana. De forma igualmente sorprendente, Cadillac aceptó el ofrecimiento. El imperio norteamericano de Francia seguía estando muy lejos de ser una entidad burocrática bajo estricto control y Cadillac pretendía desplegar un poco de contrabando por cuenta propia con Nuevo México. Despachó a Louis Juchereau de Saint-Denis, un extravagante mercader quebequés, a preparar el terreno para la operación conjunta. Saint-Denis, siguiendo los ríos Misisipi y Rojo, se adentró en el corazón de la gran Confederación Caddo y, conducido por sus guías, viajó miles de kilómetros hasta Misión de San Juan Bautista, en el río Sabinas [1] .

Las autoridades españolas, atónitas, aunque también preocupadas, enviaron de inmediato una expedición de 75 colonos, frailes y niños a establecer una colonia mucho más al este, para contrarrestar los avances galos. Cabe destacar que con ellos viajaba Saint-Denis, sobre el papel bajo arresto, pero a todos los efectos como un miembro más de la expedición española enviada a contener a Luisiana. Encabezada por el capitán Domingo Ramón, la caravana recorrió la región durante casi medio año. Mostraron cruces y oficiaron misas para los indios que encontraron, nombraron lugares e identificaron por el camino recursos naturales, hasta que, al fin, llegaron a su destino: el territorio hasinai, donde hallaron «una infinidad de rancherías con maizales, sandías, judías, melones, tabaco y una flor de color pardo, que consumen en gran cantidad, cuyo nombre desconocemos». El capitán Ramón estaba jubiloso: «Nombré un capellán —reportó— y se construyó una iglesia y un asentamiento» [2] .

Con estos gestos ceremoniales, los españoles emprendieron un proyecto colonial entre los formidables caddos, que controlaban el equilibrio de poder en las tierras de frontera. Erigieron cuatro iglesias de madera cerca de asentamientos caddos y un presidio junto al río Neches. Una vez asegurado su dominio tras la barrera caddo, los españoles se dispusieron a la confrontación directa con los franceses. Hacia 1718, el presidio de San Antonio de Béxar y la misión de San Antonio de Valero hacían frente a la Luisiana francesa. Tres años más tarde, añadieron a su zona de tapón el presidio de madera de Los Adaes en desafío a Natchitoches, el

asentamiento galo situado al oeste, a apenas 11 kilómetros de distancia. En 1729, Los Adaes fue nombrada capital de la nueva provincia española de Texas, aunque su estatus era casi del todo simbólico. Apenas contaba con 250 residentes hispánicos y estaba completamente aislada de los centros de poder españoles. El depósito de suministros más cercano, Saltillo, estaba a casi 1300 kilómetros de distancia y la fabulosa senda regia, el Camino Real[*], no era más que una pista de tierra de Texas, mientras que las sendas y caminos indígenas, por el contrario, permitían a los soldados, comerciantes y diplomáticos nativos comunicarse con casi todos los grupos y naciones del sudoeste.

Como colonia, Texas era mísera. En decenas de kilómetros en derredor, los únicos habitantes eran nativos americanos. Los indios de la zona, los adaes, mantenían la capital con vida porque también les servía de colchón contra sus rivales. Los caddos esperaban de los españoles que les proporcionaran armas de fuego, herramientas, textiles y otros bienes, pero los aislados españoles de Texas no podían cumplir sus expectativas. Eran pobres de solemnidad, tanto, que tenían que obtener sus bienes de primera necesidad de Natchitoches, un asentamiento que los españoles consideraban ilegal. Estos trataron de compensar su falta de poder militar con eficiencia burocrática. El Reglamento[*] de 1729 incluía 196 artículos que definía los deberes de los comandantes de presidio. El diminuto contingente de soldados hispanos sería responsable de impedir al imperio francés entrar en Texas[3].

Los estrategas españoles y franceses preveían que sus colonias fueran rampas de lanzamiento imperial que facilitaran la expansión, aunque este objetivo estaba fuera del alcance de ambos imperios. Los colonos apenas podían hacer nada en Norteamérica sin el consentimiento y apoyo nativo, una limitación que les llevó a una reevaluación radical de sus ambiciones. La parte inferior del centro del continente se convirtió, a principios del siglo XVIII, en un universo de alianzas flexibles, identidades maleables y fracasos imperiales. Las colonias fundadas como núcleos de poder imperial mutaron en dominios de recursos de los indígenas. Al igual que en el Pays d’en Haut de décadas atrás, en el bajo valle del Misisipi las ambiciones imperiales divergían con respecto a la realidad.

Siguiendo la pauta establecida en el nordeste con anterioridad, ambos imperios chocaron, pese a estar a merced de poderosas naciones indígenas. En la década de 1720, del mismo modo que los españoles empezaron a sentirse amenazados por los franceses, estos consideraron la hostilidad española del oeste como un motivo de seria preocupación. No es que los galos temieran los logros hispanos: la visión oficial francesa era que España «ni ha establecido puestos, ni asentado colonias, ni obtenido derechos superiores a los franceses, que fueron los primeros en hacer exploraciones, erigir fuertes y establecer colonias en toda la parte de Florida luego conocida como Luisiana». Los franceses estaban preocupados porque los españoles habían ganado acceso a la Confederación Caddo mediante el reconocimiento de la soberanía de estos. Los españoles —misioneros, soldados y aspirantes a colonos—, muy conscientes de su incapacidad para imponer sus condiciones, aceptaron rigurosos controles fronterizos, que incluían viajar solo por caminos asignados, escoltados por los caddos y haciendo altos de días enteros bajo estricta vigilancia; al parecer, los caddos se aseguraban de que sus visitantes no portaran enfermedades mortales. Cuando los visitantes llegaban a sus localidades, los líderes caddos, acompañados de mujeres y niños, salían a recibirlos. Formaban en columna y escoltaban a los visitantes al interior del pueblo. Un colono francés se sorprendió de que los caminos caddos «estén tan bien apisonados como el de Orleans a París». Los forasteros podían entrar en el territorio de los caddos, pero tenían que estar sanos y ser humildes y generosos. Los españoles debían adecuarse a los rituales caddos y distribuir regalos y bienes que servían de símbolos de la alianza política[4].

Los indios mantenían a Luisiana pequeña, aislada, abarrotada y dócil con ayuda de la amenaza de violencia. Los chickasaws y los natchez saqueaban los convoyes de suministro anuales entre Nueva Orleans y el País de Illinois y asaltaban a los mercaderes galos y a sus aliados nativos, mientras que los choctaws abrían sus localidades a los comerciantes surcarolinos, que codiciaban el lucrativo comercio de cueros de ciervo y no tenían ningún escrúpulo para vender armas de fuego a los indios. Todo esto impulsó a los funcionarios franceses a apaciguar a los choctaws con regalos. Dirigidos por su controvertido líder guerrero, Zapatos Rojos

[Red Shoes], los choctaws comerciaban tanto con ingleses como con franceses; los enfrentaban entre sí y obtenían concesiones de ambos. Los galos, con intención de crear una entidad choctaw unificada que pudieran integrar en la jerarquía colonial francesa a las órdenes de los «padres» galos, trataron de ganar ventaja al ofrecer a los líderes choctaws espléndidos regalos. La jugada salió mal; entre estos, de organización matrilineal, el rol de «padre» tenía escasa autoridad. Aunque los franceses entregaron dones a más de un centenar de hombres choctaws, apenas obtuvieron nada a cambio. Estos mantuvieron todas sus opciones abiertas y siguieron comerciando por igual con ingleses y franceses [5] .

Menguada y manejada por los indios, Luisiana corría el peligro de convertirse en un peón de las complejas pugnas entre los protagonistas más poderosos: choctaws, chickasaws, españoles e ingleses. Las autoridades galas debían actuar. En 1736, el Ministerio de Marina ordenó eliminar a las naciones chickasaw y natchez. Los franceses movilizaron dos contingentes. Uno marchó en dirección sur desde el País de Illinois mandado por Pierre d'Artaguiette y el otro avanzó en dirección norte desde la bahía de Mobila a las órdenes de Bienville, gobernador de Luisiana, que llevaba años defendiendo la necesidad de acabar con los chickasaws. El contingente de Bienville, compuesto por casi 500 efectivos franceses y centenares de auxiliares indios —en su mayoría choctaws—, convergieron sobre los chickasaws y natchez para liquidarlos, pero 600 soldados chickasaws emboscaron al ejército durante la marcha y dispararon desde las lomas que rodeaban sus localidades; mataron a más de un centenar. Bienville ordenó una apresurada retirada a Nueva Orleans, donde le informaron de que los chickasaws también habían emboscado al ejército de Illinois de D'Artaguiette.

Bienville volvió a insistir en que solo la «destrucción completa» de los chicasaws podría salvar a Luisiana. Era un simple gesto. Su campaña dejó en la miseria a Luisiana, pues costó la mareante cifra de 120 000 livres. Poco a poco, los imperios rivales estrechaban el cerco; codiciaban el mayor activo de Luisiana, el comercio indio, así como el País de Illinois propiamente dicho. Este territorio, que abrazaba los ríos Misisipi, Ohio y Misuri, era la clave que permitía a Francia establecer un imperio en Norteamérica. Bienville puso a trabajar a sus tropas en la construcción de una carretera que les

permitiera emplear su artillería contra los chickasaws, aunque ni siquiera él parecía creer que funcionaría. Su sueño imperial —que compartía con su hermano Iberville— se había acabado. En defensa de sus actos, Bienville se quejó al rey de que los soldados franceses, además de cobardes, eran muy bajos, casi todos ellos por debajo del metro y medio. En 1740, Bienville anunció que no podía proseguir la guerra [6] .

Los nativos americanos habían sido los amos y torturadores de Luisiana, pero también podían ser sus rescatadores. Poco a poco, los agentes galos empezaron a aplacar a sus vecinos nativos con dones regulares, comercio y mediación de agravios entre nativos, así como entre estos y los franceses. Francia renunció *de facto* a sus ambiciones imperiales en la mitad inferior del centro del continente. Al igual que los franceses en el Pays d'en Haut, los pobladores de Luisiana enclavaron su colonia en el antiguo sustrato indígena. Aceptaron su debilidad ante la multitud indígena y crearon una versión del terreno intermedio de la región de los Grandes Lagos. De este modo, aunque galos e indios siguieron siendo pueblos diferentes separados por una enorme brecha cultural, pronto hallaron causas comunes. Sostenida por una combinación de resiliencia indígena y colonialismo restringido, Luisiana sobrevivió. Hacia 1740, Nueva Orleans tenía un populoso y vibrante distrito civil y asentamientos y diques se extendían a ambas orillas del Misisipi a lo largo de 67 kilómetros.

La expansión del terreno intermedio supuso una amenaza directa para los colonos británicos, que tenían problemas para establecer redes comerciales con los americanos nativos. Para rectificar esta situación, los comerciantes británicos de la bahía de Hudson empezaron, en la década de 1730, a armar con mosquetes a los creeks y assiniboines, lo cual les impulsó a expandir por la bahía sus operaciones de trampería y caza. Los franceses reaccionaron de inmediato. La dinastía Vérendrye de comerciantes y exploradores, dirigida por dos hermanos, se adentró en el corazón del continente con el fin de mercadear con los indios, al tiempo que cartografiaban vías acuáticas, cadenas montañosas y geografía humana. Los Vérendrye eran excelentes exploradores entre los europeos y establecieron Fort Maurepas en el extremo sur del lago Winnipeg.

Pese a ello, no tardaron en quedar desbordados por la complejidad de la política indígena. Trataron de establecer relaciones comerciales con la poderosa Confederación Cree, los antiguos aliados de Onontio —dakotas y lakotas—, pero estos los rechazaron. Ambas naciones disfrutaban de una posición de privilegio en el comercio galo desde finales del siglo XVII y las maniobras de los Vérendrye amenazaron dicha situación. Los indios mataron a Jean-Baptiste Vérendrye y a veinte de sus compatriotas en un asalto que buscaba preservar su estatus de privilegio en el comercio y la diplomacia francesa. Decapitaron los cadáveres, envolvieron las cabezas cercenadas en pieles de castor y colocaron los cuerpos formando un círculo. Era una advertencia: se estaban comunicando por medio de la violencia [7] .

La catástrofe de los Vérendrye en el interior del continente fue reveladora. En 1732, cuando se sumó la decimotercera colonia, Georgia, a la Norteamérica británica, la mayor parte del oeste del continente seguía siendo desconocido para los europeos. Para muchos de ellos, seguía siendo artículo de fe que buena parte del interior del occidente estaba bajo las aguas del «Mar del Oeste», que ofrecía un extraordinario atajo hacia China y sus mercados. Cuatro quintas partes del continente permanecían bajo control indígena, un llamativo alarde de resistencia y poder de los americanos nativos. Los indios tenían a raya a los colonizadores mediante la diplomacia, la guerra y la superioridad numérica. Aunque las epidemias recurrentes devastaban sus comunidades, los nativos americanos seguían superando en número a los cerca de 700 000 hispano-americanos, anglo-americanos y franco-americanos. Los galos habían renunciado a explorar el oeste y su sueño de un imperio continental [8] .

Gracias a su dominio diplomático y comercial, un íntimo conocimiento del territorio y su poder militar, las naciones y confederaciones indígenas de mayor tamaño desempeñaron un papel clave a la hora de contener la expansión europea. Se enfrentaron al colonialismo a su modo. Otras naciones nativas les hicieron frente haciéndose pequeñas. En el curso inferior del valle del Misisipi, los restos de las sociedades indígenas desintegradas se unieron para formar lo que los franceses denominaban petites nations, pequeñas entidades cuyos efectivos iban de las 50 personas

a unos pocos centenares. Hacia la década de 1720, había casi 40 grupos en las inmediaciones de Biloxi, Mobila, Nueva Orleans y otros asentamientos franceses. Las petites nations, móviles y políticamente ágiles, forjaron extensas redes diplomáticas, comerciales y militares entre sí, con los franceses y con las poderosas confederaciones indígenas. Mientras que choctaws, chickasaws y natchez se colocaban en el mismo núcleo de la geopolítica del centro del continente, las petites nations hicieron lo contrario: permanecían neutrales, dejaban abiertas todas las opciones, capturaban esclavos huidos para obtener recompensa, cazaban cautivos e imponían fronteras. Sobrevivieron a la tumultuosa década de 1760, cuando británicos y españoles establecieron alianzas defensivas con los americanos nativos, incluidos los de estas pequeñas naciones. Tras medio siglo de lucha, las petites nations empezaron a recuperarse y su población comenzó a crecer[9].

Hacerse pequeño servía de camuflaje, ya que permitía a los americanos nativos esconderse a plena vista. La movilidad servía para el mismo propósito. Los colonos, atados a aldeas, ciudades, plantaciones, campos y puertos, tenían problemas para controlar a gentes itinerantes cuya forma de ser era la misma antítesis de la fijación en el espacio de la dominación colonial. Aunque numerosos nativos americanos empleaban la movilidad como estrategia de supervivencia, ninguna otra nación lo fio todo a la existencia cinética tanto como los shawnees. Los antepasados de la gente shawnee, tras descender al centro de la tierra desde el Mundo Superior de más allá del Cielo, emprendieron una serie de épicas migraciones que les condujeron por diversas direcciones; atravesaron ríos y enormes extensiones de agua. Meteelemelakwe, el Creador, fue a verlos y les dijo que debían hacerse llamar los shāūwonoa. Se organizaban en cinco divisiones —chalaakaathas, mekoches, pekowis, kishpokos y thawikilas—, que durante el siglo XV se agruparon en una confederación en el curso medio del Ohio, uno de los grandes centros de Norteamérica en el que convergían personas, bienes y civilizaciones. El aumento de la pluviosidad y de la productividad agrícola que conllevó la Pequeña Edad de Hielo favoreció la concentración de personas y de poder para proteger las tierras de cultivo más selectas. El nombre shawnee se consolidó a

finales del siglo XVII. Para entonces, ya hacía mucho tiempo que el maíz era uno de los componentes básicos de su dieta [10] .

Durante décadas, los shawnees huyeron a las Cinco Naciones en retirada en dirección oeste, hacia la región de los Grandes Lagos. Se dispersaron por una vasta región; en 1686, La Salle, en busca de la embocadura del Misisipi, siempre esquiva, encontró a tres cautivos shawnees entre los franceses de Kaskaskia. Vio un atisbo de las medidas que tomaban los shawnees para dejar atrás su antigua vida. La Salle ofreció pagar un rescate para liberarlos, pero estos se negaron. Afirmaron que se habían casado y que «no eran tan contrarios a la naturaleza como para abandonar a mujeres e hijos». Ahora residían «en el país más fértil, saludable y pacífico del mundo» y estarían «privados de juicio si lo dejaran y se arriesgaran a ser abatidos por las tomahawk de los illinois, o a ser quemados por los iroqueses». En los inicios del siglo XVIII, había shawnees en la costa central del Atlántico, en el valle del Illinois, no lejos del recién establecido Fort Sainte-Louis, así como en lo más profundo del sur, cerca de la Florida española. Se habían transformado en diáspora [11] .

Muchos europeos creían que los shawnees renunciaron a todo lo colonial para salvarse. Estaban equivocados. Redefinieron la relación y optaron por interacciones más selectivas y efímeras que podían controlar. En lugar de retirarse, se establecieron más cerca de los colonos para comerciar y establecer alianzas con ellos. La Confederación Shawnee cambió de forma, relajó sus límites y, con ello, se hizo más flexible. Al igual que los iroqueses y los caddos, los shawnees construían asentamientos con rapidez, pero los abandonaban con igual velocidad en busca de nuevas posibilidades estratégicas. Tales maniobras los hacían casi imposibles de controlar. Los shawnees se tornaron aún más descentralizados y móviles, aunque esto no significaba que fueran una nación fracasada. Puede que los elementos más institucionalizados de su confederación se disolvieran, pero los vínculos profundos de parentesco entre los clanes mantuvieron a la gente en un plano común. Las divisiones entre clanes tenían un reparto claro de responsabilidades. Los thawikilas y chalaakaathas proporcionaban sachem, los pekowis nombraban jefes militares, los kishpokos dirigían la guerra y los mekoches nutrían la cohesión shawnee. Los

shawnees, con su confederación descabezada y basada en la movilidad, sorprendían, superaban y eludían a los colonos una y otra vez. Es probable que su confederación no tuviera más de 2000 personas [12] .

Los shawnees redefinieron su relación con la tierra y adoptaron un vínculo flexible con el lugar, si bien esto no significa que fueran sin rumbo. En todos sus nuevos destinos, establecían contacto con los locales y forjaban nuevos nexos políticos, económicos y espirituales. Con paciencia, encuentro a encuentro, tejieron una extensa red de parentesco que cubría la mayor parte del sudeste; era su propia versión del terreno intermedio. Convirtieron refugios seguros en su tierra natal al recrear con nuevos asociados, a menudo en miniatura, su viejo orden político de redes de clanes y aldeas. Los pekowis, tras establecerse en el curso bajo del Susquehanna, establecieron alianzas con los lenapes, piscataways y susquehannocks, que hacían frente a Pensilvania y Maryland como una entidad única. De forma más precaria, el sachem pekowi Opessa contactó con los iroqueses, que habían extendido sus operaciones cazadoras al sur, al valle del Susquehanna. En unión de los senecas, en 1710 negoció la paz con Pensilvania. Los ingleses, que apenas entendían las convenciones indígenas, reportaron que el «rey» shawnee, junto con el «rey» seneca, entregaron cinturones de wampum y exigieron «libertad para visitar a sus vecinos», así como libertad de movimiento «sin temor a la muerte o a la esclavitud». Numerosos shawnees se establecieron en la línea divisoria que marca el punto donde las planicies litorales se encuentran con el Piedmont y que separaba a los colonos españoles de los ingleses. Era una posición muy poderosa. En 1710, Opessa se reunió con Charles Gookin, gobernador de Pensilvania, en relación con una supuesta matanza de colonos ingleses. Gookin exigió la ejecución de los responsables, pero se retractó y optó por mostrar piedad. Conocedor del diálogo indígena-colonial basado en un esmerado equilibrio de compromisos mutuos, Opessa aseguró a los ingleses «que si volvía a suceder algo semejante, él mismo sería el Verdugo y que Quemaría a quienes se atrevieran a Hacerlo». Opessa, al apaciguar a los colonos al tiempo que reafirmaba la soberanía shawnee y su poder personal ante la ley inglesa, logró desactivar la situación con unas pocas palabras escogidas con sumo cuidado.

John Lawson, supervisor general de Carolina del Norte, elogió a los shawnees, a los que calificó de «célebre, marcial y amistosa nación de Indios». Al igual que numerosos pueblos nativos del sur, Opessa y los pekowis se resistían a ser reclasificados como «raza de color», ya que eso los habría marginado [13] .

Mientras los pekowis de Opessa recurrían a la palabra y a la diplomacia, otros grupos shawnees se unieron a la lucha de los munsees, tallapoosas y alabamas por contener la expansión colonial en el sudeste. Dicha tarea exigía, a un tiempo, agresividad y una diplomacia calibrada con inteligencia, porque la mayoría de sus territorios de refugio estaban sumidos en contiendas crónicas. Buena parte del sudeste al sur de los ríos Savannah y Tallapoosa se había convertido en un mundo inestable en el que los mercenarios ingleses cazaban esclavos indios, lo cual alimentaba la violencia, la destrucción y el odio. Los shawnees maniobraron con astucia por la mortífera zona devastada y se trasladaron de un lugar seguro a otro empleando los ríos para acceder a mercados, aliados y refugio. Para sobrevivir, debían mantenerse en casi continuo movimiento, porque las colonias limítrofes estaban creciendo rápidamente y recalibraban sus ambiciones.

Al principio del siglo XVIII, Pensilvania, Nueva York y Virginia dieron a las Cinco Naciones la condición de aliados preferentes. Con esto, se alinearon con la potencia dominante en el interior y dejaron expuestas a las naciones más pequeñas. En 1720, un sachem susquehannock recordó al gobernador de Pensilvania la idea de coexistencia de Penn: «William Penn estableció una Liga con ellos que debía durar tres o cuatro Generaciones […] ahora él está muerto y la mayor parte de sus ancianos también lo está, pero la Liga permanece». El sachem quería renovar la alianza «con su amigo, a quien siempre había considerado el representante de William Penn desde que este les dejó». No obstante, Pensilvania ya había adoptado la agricultura comercial y cada vez toleraba menos la presencia indígena en sus fronteras. La población de la colonia se multiplicó hasta los 49 000 y los shawnees se vieron arrastrados a un torbellino colonial donde los usurpadores de tierras, la imposición de venta de terrenos, las violaciones de tratados y las expulsiones eran la norma. Los pensilvanos argumentaron que los

shawnees nunca habían detentado derechos sobre la tierra; eran meros visitantes que habían abusado de su hospitalidad.

Dos años después, los tuscaroras sacaron sus conclusiones de la situación. Estos «abandonaron sus Castillos» y buscaron refugio bajo la protección de la Gran Liga de Paz y Poder. Las Cinco Naciones los acogieron «como Hijos nuestros que deben obedecer nuestras órdenes» y el conjunto pasó a ser las Seis Naciones. La expansión de la confederación sumió en el pánico a los colonos. Los comisionados de Asuntos Indios de Nueva York advirtieron de que los iroqueses «son el equilibrio del continente de América y si los franceses los llevan a su campo, se obrará la ruina de muchos miles de familias». Supondría, afirmaron, «la ruina y la destrucción de la mayor parte de este continente» [14] .

Con el fin de aportar claridad a esta peligrosa situación, en 1722, los gobernadores de Pensilvania, Nueva York y Virginia invitaron a los sachem iroqueses a Albany para exponerles el nuevo proyecto colonial de reconstrucción del este. Los gobernadores querían trasladar al oeste de los Apalaches a todos los indios del sur del Potomac y pidieron a los iroqueses que ejecutaran este plan, que venía a ser una limpieza étnica. Los enviados mohicanos aprovecharon la oportunidad para asentar el acuerdo en la política indígena. «Ahora, renovaremos y abrillantaremos la cadena de la Alianza —anunciaron los sachem—, pero una Cadena tiende a oxidarse si no está lubricada o engrasada, nosotros la untaremos con grasa o sebo de castor [y] el olor resultante durará un año entero». El tratado resultante no incluyó ni una palabra acerca de los derechos de los shawnees; eran demasiado pequeños para contar en la nueva era del imperialismo intensificado en el norte de América. Tan solo las Seis Naciones poseían la presencia requerida para ganarse el respeto de las autoridades inglesas. Casi de pasada, los gobernadores exigieron que las Seis Naciones «nunca molestaran a Virginia ni a ninguna de las otras provincias del Rey». Hacia 1730, la mayoría de shawnees había vuelto al valle del Ohio, junto con otros migrantes, entre los que se incluían lenapes, wyandots y miamis. Los shawnees se especializaron en comercio personalizado interfronterizo; operaban en los márgenes de las naciones más grandes y prosperaron. La pericia tecnológica de las mujeres nativas convirtió la región en un floreciente vergel agrícola. Además, había

una gran cantidad de bayas y frutos silvestres, lo que garantizaba una dieta equilibrada[15].

Los shawnees personifican las estrategias y compromisos que las naciones menores de Norteamérica tuvieron que aceptar una vez empezó a acelerarse el ritmo de expansión colonial. Empleaban la movilidad y no solo para aparentar ser más poderosos de lo que lo eran en realidad, sino también para hacerse indetectables. En 1755, Edmond Atkin, superintendente de Asuntos Indios, hizo la siguiente semblanza, no falta de admiración, de los shawnees: «Recios, audaces, astutos, los mejores viajeros de la América». Este adaptable pueblo, informó Atkins, «vivía antaño en el río Savanoe [Savannah]». Más tarde, marchó al oeste con los muscoguis inferiores durante la Guerra Yamasee, un conflicto entre Carolina del Sur y la nación yamasee, después de la cual «se retiraron al Misisipi […] durante muchos años no se supo adónde habían ido». En 1744, algunos shawnees regresaron y «se establecieron por cuenta propia en un poblado». Eran una pieza de una pauta más grande. Tras la devastadora epidemia de viruela de 1696, la mayor parte del sudeste se convirtió en un mundo de pequeñas entidades. La intensificación de las rivalidades coloniales hizo de la evasión y la dispersión estrategias esenciales de supervivencia en toda la mitad oriental del continente[16].

En la Florida noroccidental, los apalaches, la antaño formidable nación del Misisipi de decenas de miles de habitantes, sufrió un declive devastador causado por las epidemias y las incursiones esclavistas de ingleses y muscoguis. Hacia 1704, la mayoría de apalaches vivían agrupados en pequeñas localidades cercanas a las misiones españolas de la península de Florida. Un torrente de dos años de cacerías de esclavos y epidemias destruyó su universo casi al completo. Gran cantidad de apalaches pereció a causa de las enfermedades y entre 2000 y 4000 fueron capturados y vendidos como esclavos. Los supervivientes se dispersaron y huyeron a Pensacola y a la misión española de San Agustín. Un contingente de unos 400 apalaches caminó 480 kilómetros hasta la posesión francesa de Mobila, donde encontraron a varias petites nations. Al igual que estos grupos reducidos, los apalaches multilingües se ganaron la confianza de los franceses, a los que proporcionaban

mano de obra, apoyo militar y experiencia en la política indígena. Estudiaron los usos galos, desde los roles de género a la religión, y adoptaron los que consideraron necesarios. Lograron perdurar gracias a la integración [17] .

De igual modo, la Confederación Catawba del Piedmont meridional recurrió a diversas estrategias para rechazar las intrusiones coloniales y reafirmó su soberanía territorial mediante mapas y palabras. Con la intensificación de la presión colonial, a principios del siglo XVIII, los catawbas ampliaron su repertorio táctico y recurrieron cada vez más al terreno difícil contra las expediciones coloniales. Los colonos ingleses estaban atados a sus plantaciones, granjas, puertos y ríos, que cubrían sus necesidades materiales y aspiraciones culturales. Eran agricultores de las tierras bajas que solo estaban cómodos en terreno llano y nada dispuestos a moverse en vertical; tenían dificultades en las colinas y en las sierras. Estas últimas funcionaban como filtros naturales que separaban a los agresivos e indeseables colonos de los bien recibidos comerciantes que, en general, respetaban las costumbres indígenas. Además, la mayor altura dificultaba la propagación de enfermedades infecciosas y ayudaba a los catawbas a mantenerse a salvo [18] .

Los catawbas se convirtieron en captadores de personas. Las alturas y el terreno escarpado los protegían, pero solo hasta cierto punto. Las cacerías esclavistas y el ansia de tierras convirtieron la mayor parte del sudeste en un campo de batalla, que amenazaba con desbordar su santuario montañés. De forma gradual, incorporaron a su confederación a numerosos grupos de refugiados —cheraws, esaws, peedees, sugarees, waterees y otros—, a los que ofrecían recuperar poder, además de seguridad, comercio y normalidad. Los europeos que visitaban a los catawbas oían a veces más de veinte lenguas nativas. John Lawson los describió como una «gran nación», «de gran tamaño, pues tenía muchos millares de personas». No era más que una burda sobrestimación, pero su error refleja lo poderosos que parecían los catawbas en un mundo desestabilizado por la enfermedad y la guerra. En 1715, los catawbas derrotaron a sus enemigos más pertinaces, los waxhaws, además de rechazar a los ejércitos iroqueses que recorrían la cercana Gran Senda de Comercio, puerta de entrada al sudeste atlántico. En la década de 1730, mientras la expansión colonial se aceleraba en todo el este,

los catawbas vivían en relativa seguridad [19] .

Al igual que los catawbas, los lumbees hallaron seguridad y soberanía en las suaves colinas y en las alturas del Piedmont. Los lumbees, en origen un pueblo litoral que habitaba la isla de Roanoke y las marismas del río Lumber, llevaban resistiendo el avance colonial desde el siglo XVI. No obstante, al contrario que los catawbas, los lumbees se basaban en el número, pues integraron de buen grado a su familia y parentesco a decenas de ingleses recién llegados. A partir de la década de 1660, los lumbees soportaron una presión colonial creciente, originada por guerras, esclavitud y desposesión. Buscaron refugio en las marismas, terreno difícil, y las estribaciones de los Apalaches, donde los tentáculos coloniales no podían alcanzarlos. A principios del siglo XVIII, refugiados de las Tierras Altas de Escocia establecieron asentamientos cerca del país de los lumbees y los dos grupos formaron una alianza de conveniencia. Los escoceses se quedaron atónitos al hallar indígenas que hablaban inglés y que moraban en casas pequeñas rodeadas de granjas. Los lumbees, sin dejar de conservar un marcado carácter indígena, habían integrado en su vida palabras, comida, ideas, creencias y tecnologías de los ingleses [20] .

En los comienzos del siglo XVIII, los virginianos avanzaron con agresividad hacia el interior del Pidemont, siguiendo los cursos de los ríos Rappahannock, James, South Anna, Nottaway y Roanoke y obligaron a los indios de la zona a huir al oeste. Los refugiados se fusionaron en el tejido social de los catawbas mediante matrimonios y vínculos ficticios de parentesco. Ambos grupos, aunque orbitaban en torno a las apiñadas localidades catawbas, mantenían la distancia. Construían sus pueblos a un día de distancia a pie, lo bastante cerca para cooperar de forma efectiva y lo bastante dispersos para evitar atraer agresiones coloniales. No existía un centro patente que atacar y conquistar, solo una serie de localidades que no parecían constituir una amenaza contra las ambiciones inglesas. Gracias a no llamar la atención, los catawbas y sus aliados resistieron en el Piedmont. No podían detener el empuje colonial, pero sí ralentizarlo.

En las postrimerías de la década de 1710, los virginianos exigieron a los líderes catawbas el envío de cierto número de sus hijos para

educarlos en sus escuelas. Los colonos emplearon a los niños como rehenes para negociar la paz, lo cual revela el temor que les inspiraba la indomable nación catawba. Los ingleses no empezaron a establecerse en las tierras altas de Carolina hasta principios de la década de 1720, en la misma época en la que los natchez, chickasaws y choctaws castigaron a Luisiana por sus ofensas. A pesar de que los dominios coloniales se expandían por toda la mitad oriental del continente, los imperios europeos seguían hallando una resistencia feroz en sus tierras fronterizas[21].

Sexta parte

El corazón del continente (mediados-finales del siglo XVIII)

Capítulo 18

Perros mágicos

La criatura tenía muchos nombres y cada uno de ellos revelaba la admiración que había suscitado entre los pueblos que lo encontraron. Los lakotas lo llamaban šúŋka wakȟáŋ, perro sagrado; los pies negros, perro-alce; los comanches, perro mágico; los assiniboines, gran perro; y los sarcees, siete perros. La llegada del caballo fue un momento galvanizador de numerosos pueblos indígenas del oeste norteamericano y un punto de inflexión para el conjunto del continente. La comparación con el perro, el primer animal domesticado por los americanos nativos, refleja la magnitud de esta transformación.

Tras la gran rebelión del sudoeste, el caballo de las fronteras avanzó con rapidez desde Nuevo México, siguiendo la densa red de antiguas rutas comerciales indígenas que cubrían la meseta del Colorado, las Rocosas y las Grandes Llanuras. Hacia la década de 1730, la cadena de comercio de las Montañas Rocosas llevó caballos a las praderas del noroeste. Estos cruzaron varios cinturones climáticos, lo cual requería cuidadosas modificaciones en la forma de atender, alimentar y emplear a los animales. La expansión este-oeste fue aún más rápida debido a que planteaba menos problemas meteorológicos. En fecha tan temprana como 1708, los lakotas sicangus recibieron sus primeras monturas de comerciantes omahas[1].

El caballo moderno, Equus ferus caballus, había regresado a su lugar de origen después de una ausencia de casi un millón de años y su llegada desencadenó una revolución. Allí donde se dispuso de monturas, estas engendraron profundos cambios económicos, militares y políticos. Los pies negros llevaban viviendo mil años en el confín noroeste de las Grandes Llanuras y habían desarrollado un profundo apego a la tierra y a incontables tradiciones culturales, desde herramientas a armas, oraciones y deidades. Los pies negros

vivían al amparo del espinazo del mundo, una sucesión de sierras que Nááp i [Hombre Viejo], había creado para ellos. Con todo, los caballos cambiaron la vida de los pies negros. Saahkómaapi, un viejo indio cree que vivía entre los piikanis, uno de los tres grupos pies negros, recordó vívidamente cómo la llegada de los equinos cambió para siempre su mundo. Antes de los caballos, los pies negros estaban expuestos a los ataques del enemigo. «Los peegans [piikanis] eran siempre la tribu fronteriza —relató Saahkómaapi—, contra los cuales los indios serpientes [los shoshones del sur] lanzaban sus asaltos». En torno a 1730, unos 350 soldados piikanis marcharon a castigar a los shoshones. «En esta época las cosas de ambos bandos habían cambiado mucho —explicó Saahkómaapi—. Teníamos más rifles y flechas de punta de hierro que antes […] aunque nuestros enemigos, los indios serpientes y sus aliados, disponían de misstutim [perros grandes, esto es, caballos] sobre los cuales cabalgaban, raudos como ciervos, y se lanzaban contra los peegans, y con sus pukamoggan de piedra [mazas de punta redondeada] les golpeaban en la cabeza y perdieron de ese modo a algunos de sus mejores hombres. No entendimos bien esta noticia y nos alarmó, pues no teníamos idea de caballos y no podíamos comprender qué eran»[2].

Partieron a investigar. «Nos establecimos con mujeres y niños en grandes campos en la frontera del país de los indios serpiente —recordó Saahkómaapi—, dimos caza al bisonte y al ciervo rojo, que eran numerosos, y ansiábamos ver un caballo, del cual tanto habíamos oído». A los pedestres pies negros les resultaba difícil encontrar a los shoshones montados, pero, al fin, «cuando caían las hojas», supieron de un caballo «muerto de un flechazo en el vientre». Los pies negros se reunieron en torno al animal muerto y trataron de interpretar el extraordinario encuentro: «Todos lo admiramos y a todos nos hizo pensar en un venado que había perdido sus cuernos; no sabíamos qué nombre darle. Pero él era esclavo del Hombre, como el perro, que transportaba nuestras cosas; y por ello le llamaron Perro Grande». La geopolítica de las praderas septentrionales experimentó un cambio drástico e irrevocable; se desencadenó una carrera armamentística indígena. «El terror de aquella batalla y el de nuestras armas previno que se libraran más batallas generales —afirmó Saahkómaapi— y, desde

entonces, nuestras contiendas han consistido en emboscadas y sorpresas, con campamentos pequeños» [3] .

Los caballos trajeron una revolución. Desde la difusión del maíz por todo el continente, los nativos americanos no habían experimentado un incremento de poder similar. Los nómadas ecuestres podían hacer casi cualquier cosa —trasladarse, cazar, comerciar, combatir, matar, escapar y protegerse— de forma más rápida y eficiente. Hubo el tiempo anterior a los caballos y hubo el tiempo después de ellos. Los pies negros se hicieron más móviles, poderosos y ambiciosos, aunque, en potencia, más vulnerables: un solo asalto montado podía infligir mucho más daño que las partidas de guerreros a pie de antaño. Los pueblos nativos entraron en una nueva era tecnológica de la que se beneficiaron, pero de la cual tampoco podían escapar [4] .

De igual modo, el caballo trastocó la dinámica de poder en el oeste entre las naciones indígenas nómadas y los colonos europeos. Fundamentalmente, este cambio fue una cuestión de dominio de energía. Los perros, los únicos animales domesticados de los nativos americanos antes del caballo, eran omnívoros y solo podían emplear de forma indirecta el mayor recurso del oeste: la hierba. Dependían de su amo para obtener la carne de animales herbívoros, mientras que los caballos, con sus intestinos grandes y bien adaptados, podían procesar enormes cantidades de hierba rica en celulosa. El equino era un perro más grande y fuerte, pero, en el fondo, era un convertidor de energía. Mediante la transformación de energía vegetal inaccesible en potencia muscular tangible y disponible de inmediato, los caballos abrieron un asombroso atajo al sol, la fuente de toda energía sobre la tierra. Para los comanches, el sol era «la causa primaria de todas las cosas vivientes» y los caballos los llevaron más cerca de este, pues redefinieron lo que era posible: la biomasa de las praderas continentales era un millar de veces mayor que la de los animales de la región. Los comanches se conectaron así a un torrente, en apariencia inagotable, de hierba, carne y luz solar [5] .

Hizo falta tiempo para reunir rebaños sustanciales —los aspirantes a jinetes tenían que aprender a usar los animales, así como a entrenar, criar y proteger a las preciosas criaturas—. No obstante,

una vez lo hicieron, el mundo experimentó un cambio espectacular. Las distancias se hicieron más cortas, la caza era más fácil, el comercio más lucrativo y ahora podían causar daño a sus enemigos con más eficiencia. Las naciones que dominaran con más rapidez el arte ecuestre disfrutarían de enormes ventajas sobre las demás.

A principios del siglo XVIII, los pies negros, después de viajar durante generaciones en dirección a poniente, ocupaban un vasto territorio cerca de la base oriental de las Montañas Rocosas, entre los cursos superiores del Saskatchewan Norte y del Misuri. Aunque vivían en lo más profundo de las praderas del noroeste, donde los fríos inviernos eran duros para sus caballos, los pies negros forjaron un floreciente régimen ecuestre, que explotaba dos características favorables de los recursos ecológicos locales: su dominio era el cinturón del chinook, cuyos vientos secos y cálidos descendían por las laderas orientales de las Rocosas, con acceso al río Marías, cuyas empinadas orillas daban refugio a sus caballos en los crudos inviernos. Una familia piikani media poseía diez monturas, suficientes para la caza, el transporte y la guerra ecuestre. En ese momento, los pies negros ocupaban una posición enormemente ventajosa.

También se enfrentaban a un alto número de rivales y enemigos: shoshones, cuervos, cabezaplanas [Flatheads] y Pend d’Oreilles, todos ellos montados y deseosos de saquear los crecientes rebaños caballares de los piikanis. Se estableció una espiral brutal y agotadora de incursiones, represalias, retiradas y expansiones. Con el fin de liberarse, los pies negros hicieron un esfuerzo conjunto para acceder al armamento europeo: cuchillos, azadas y puntas de flecha de hierro y armas de fuego. Muy alejados de los mercados coloniales situados más al oeste, en el valle del Misisipi, en los Grandes Lagos y en Nuevo México, trabajaban por mediación de mercaderes indígenas. Los crees y los assiniboines se especializaron en intermediación comercial de larga distancia; acarreaban armas y bienes en dirección oeste desde los puestos comerciales ingleses de la bahía de Hudson —en 1713, el Tratado de Utrecht asignó a Gran Bretaña las tierras que rodaban la bahía— y desde los mercaderes franceses del Pays d’en Haut. En la década de 1730, los mismos comerciantes galos llegaron al lejano oeste y construyeron fuertes en los valles de Assiniboine y Saskatchewan. Sus mercancías, en

particular armas de fuego, dieron a los pies negros una asombrosa ventaja militar y psicológica sobre sus enemigos, que ahora tenían que combatir plomo con piedras y carne. Los pies negros llamaban a los franceses «verdadera gente vieja». El mundo se abría ante ellos[6].

Mientras los pies negros del norte de las Grandes Llanuras adquirían caballos y armas de fuego y perfeccionaban su uso, los recién montados lakotas se adentraban con sus expediciones de caza en las praderas occidentales. La geografía parecía invitarlos: una serie de ríos que fluían de norte a sur —que más tarde fueron denominados Des Moines, Little Sioux, Floyd, Big Sioux, Rojo del Norte, Sheyenne, James y Misuri— les permitieron crear, valle a valle, un enorme coto de caza.

A medida que los lakotas avanzaban hacia el oeste, las manadas de bisontes eran cada vez más enormes y podían adquirir y robar caballos a las naciones nativas que ya habían acumulado rebaños notables. Al contrario que los pies negros, los lakotas eran unos recién llegados del este y tuvieron que abrirse camino en dirección a poniente y sus bisontes, sus caballos y las praderas que sustentaban la riqueza animal. En los comienzos del siglo XVIII, los lakotas, tras combatir a otoes, omahas, poncas e iowas por el control de los valles, les habían obligado a todos a retirase. Los lakotas expandieron los dominios de los Očhéthi Šakówiŋ, los Siete Fuegos del Consejo, casi 320 kilómetros al oeste. Fue la primera expansión sostenida en dirección oeste de Norteamérica al otro lado de los Apalaches. Se hallaban a unos pocos pasos del río Misuri, una de las arterias principales de transporte y comercio del continente.

Sin embargo, el valle del Misuri —en particular su fértil tramo central— ya estaba ocupado por los pawnees, otoes, omahas, poncas, iowas, arikaras, hidatsas y mandans, muchos de los cuales se apiñaban en la región a causa de la expansión inicial de los lakotas. Habitaban el valle unas 50 000 personas, que combinaban la caza con la agricultura, con cosechas de maíz, calabacín y judías; sus campos y aldeas dominaban las orillas del río a lo largo de centenares de kilómetros. El Misuri albergaba la mayor concentración de humanos y riqueza del corazón del continente y ejercía una atracción irresistible sobre los lakotas, que, a lo largo de generaciones, habían ido alejándose de los centros agrícolas de los

Grandes Lagos y de la cuenca del Misisipi. En consecuencia, ahora se enfrentaban a dietas peligrosamente limitadas que los exponían a sufrir envenenamiento por exceso de proteína, un trastorno metabólico provocado por una dieta demasiado rica en proteínas y carente de carbohidratos y grasas.

Las naciones del valle del Misuri consideraban a los lakotas invasores agresivos y forasteros y trataron de rechazarlos. Los relatos invernales de los lakotas o waníyetu iyáwapi —calendarios pictográficos que conmemoran cada año con un único acontecimiento— muestran ataques de indios provistos de más caballos, más armas de fuego y más aliados. Los relatos de invierno de principios del siglo XVIII de los lakotas sicangus son una sucesión de choques, grandes y pequeños, con las naciones del valle del Misuri. Un enemigo al que no pudieron identificar golpeó a caballo; es posible que fuera el primer asalto montado al que se enfrentaban. «Llegaron y atacaron a caballo y acuchillaron a un muchacho cerca del albergue», cuenta un relato, que muestra a un soldado enemigo, tampoco identificado, montado en un caballo rampante mientras sostiene en el aire a un niño destripado. Los lakotas se hallaron en el limbo, incapaces de retirarse o de avanzar. Tuvieron que abrirse paso combatiendo. Aunque les llevó años, hacia la década de 1760 habían logrado consolidar un territorio en el curso del Misuri gracias a la alianza de conveniencia con la nación arikara. Los lakotas emularon a sus anfitriones y empezaron a labrar la tierra[7].

Los lakotas ganaron fama por su condición de nación ecuestre. Pese a ello, fue otra nación, situada mucho más al oeste, la que explotó a fondo el potencial del caballo. Durante los siglos XVI y XVII, un grupo de pobladores de habla uto-azteca se fue trasladando poco a poco desde la Gran Cuenca a las praderas meridionales. Era la última oleada de migrantes uto-aztecas del norte; sus predecesores habían viajado centenares de kilómetros más al sur, hasta llegar al centro de Valle de México, donde edificaron el vasto Imperio azteca. Estos migrantes tardíos dejaron de desplazarse antes que los protoaztecas. Se separaron de su grupo superior, los shoshones, que marcharon al norte y se establecieron en las praderas meridionales. Allí, contactaron con la frontera equina, que se desplazaba poco a poco en dirección norte[8].

En torno a 1700, este grupo escindido chocó con los utes, una segunda agrupación de pueblos ecuestres uto-aztecas. Los utes controlaban un extenso territorio al oeste de Nuevo México y lanzaban frecuentes incursiones contra la colonia para capturar caballos y cautivos. Los utes llamaron a los recién llegados kumantsi, «el que siempre quiere combatir conmigo», lo cual retrata la ambigua relación entre dos pueblos de ancestros comunes que llevaban separados desde hacía generaciones. Los utes y los kumantsi —comanches—, conscientes de sus rasgos comunes y sus intereses políticos coincidentes, establecieron una alianza. Los utes compartieron su tierra, caballos y armas de fuego con los comanches y los condujeron a una nueva era tecnológica. En menos de una década, estos aliados empezaron a atacar Nuevo México para capturar más caballos y cautivos. Fue la primera alianza indígena de dos pueblos ecuestres de toda Norteamérica y su fin era contener y explotar a una colonia española. En 1719, un preocupado funcionario español exigió «hacer la guerra a la nación ute y a las naciones comanches, quienes, siempre unidas, están cometiendo robos de rebaños de caballos en el nombre de la paz» [9] .

Los habitantes indígenas del sudoeste plantearon a la alianza un desafío mucho más formidable que los colonos españoles. Las naciones apaches —lipanes, faroanos, jicarillas, mescaleros, carlanas, chiricahuas cuartelejos, palomas, salineros, mimbreños y apaches de Sierra Blanca— después de integrar en sus filas en torno a 1715 a los cazadores-comerciantes jumanos, dominaban la mayoría de las praderas meridionales. Al igual que utes y comanches, los apaches formaron rebaños equinos de importancia, pero, al contrario que sus rivales nómadas, habían adoptado la agricultura sistemática, con extensos regadíos por los cauces fluviales. Las casas de adobe y los campos de maíz, judías, calabacín y calabazas de los apaches ocupaban los principales valles de las planicies sureñas. La Apachería cubría las zonas más preciadas de las praderas continentales, lo cual hacía inevitable el choque con la alianza ute-comanche.

Ambas coaliciones requerían para sus cosechas el suelo rico de los valles fluviales y las dos necesitaban acceder a los recursos de la región: leña, hierbas ribereñas altas en calorías, agua de baja

salinidad y refugio contra los gélidos vientos y tempestades de nieve del invierno. Los valles fluviales constituían la cuna de la existencia humana en las Grandes Llanuras; humanos y caballos no podían sobrevivir en ningún otro lugar. La alianza comanche-ute fue a la guerra por esos valles ribereños y se abrieron paso en dirección sur, de valle en valle; los ríos Arkansas, Rojo, Brazos y, al fin, el Cañadiano. Los adversarios también chocaron por acceder a los mercados de Nuevo México, la fuente más fiable de armas de fuego, herramientas de metal y caballos en todo el sudoeste. En última instancia, comanches y utes pudieron imponerse gracias a su movilidad de larga distancia, flexibilidad estratégica y unidad política. Estos concentraron fuerzas apabullantes contra los apaches, a los que expulsaron en dirección sur y oeste. A continuación, golpearon Nuevo México, en castigo a los colonos por combatir en el bando apache[10].

La coalición comanche-ute empezó a modelar las fronteras septentrionales de Nuevo México para cubrir sus necesidades. La gran industria del sudoeste era el tráfico de esclavos. Desde la gran rebelión de 1680, los administradores españoles respetaron las estrictas restricciones relacionadas con la esclavitud que protegía los derechos de los indios pueblo; muchos de ellos se habían convertido al cristianismo, lo cual hacía ilegal esclavizarlos. Para defender su autoridad en una provincia en la que estaban en minoría, los colonos españoles empleaban indios bárbaros[*] para obtener cautivos y disfrazaron este tráfico esclavista como rescates[*], lo cual implicaba que los indios bárbaros podían adquirirse a otros indios bárbaros para así convertir al cristianismo a los primeros. El tráfico de esclavos se hizo indispensable para Nuevo México y la colonia exportó cautivos a las minas de Nueva Vizcaya, Coahuila y Zacatecas y a las plantaciones de tabaco de Cuba. Los utes y los comanches vieron aquí una oportunidad. Poco después, empezaron a organizar partidas guerreras en una amplia región, en la que capturaban apaches jicarillas, navajos y pawnees. Las mujeres apaches, el principal objetivo de las cacerías de esclavos, se convirtieron en el núcleo del conflicto entre utes, comanches y españoles. Estaba en juego el honor masculino, el prestigio del imperio español, la integridad de las redes familiares y de parentesco y, de forma más directa, las vidas de las propias

apaches[11].

El año 1719 fue decisivo. Un funcionario español se quejó de que utes y comanches «van juntos con intención de interferir el escaso mercadeo que posee este reino con las naciones que vienen a por rescate. Impiden su entrada y su comunicación con nosotros». La alianza comanche-ute asfixiaba a Nuevo México y presionaba a los españoles para que concedieran a ambas naciones posición de privilegio en sus mercados. Un segundo informe llegó de un misionero español destacado en Gerónimo de los Taos, una misión fronteriza «tan próxima al paganismo, que, como suele decirse, están hombro con hombro». Los jicarillas habían venido a solicitar «sagrado bautismo». Desesperados por sobrevivir, hicieron a los colonos españoles una oferta irresistible: una alianza cristiana contra los belicosos infieles[12].

En otoño, Antonio Valverde y Cosío, gobernador de Nuevo México, partió con 600 efectivos españoles y auxiliares pueblo a destruir la alianza comanche-ute por «los asesinatos y robos que han infligido a este reino con sus invasiones hostiles». Su destino era El Cuartelejo, el renombrado bastión apache cerca del valle del Arkansas. Al aproximarse, el contingente entró en una tierra devastada de aldeas y maizales quemados: utes y comanches habían saqueado el fuerte y obligado a huir a los apaches. Un líder apache advirtió al gobernador de los rápidos cambios de las dinámicas de poder: «Si ellos [los españoles] continúan siguiendo al citado enemigo es evidente que se arriesgan a perder todos los caballos, que eran el principal medio de defensa del reino». Valverde dio media vuelta y anunció con escaso énfasis que los apaches «gozan de la protección de nuestro Rey y Señor —porque su tierra— solo pertenece a Su Majestad nuestro Rey y Señor Felipe V»[13].

Para empeorar aún más la situación, los españoles supieron que los franceses estaban edificando una colonia entre los pawnees en La Jicarilla, en el valle del Platte. Los galos enviaron un mensaje a los españoles en el que los trataban de mujeres, con intención de provocarlos para que salieran a combatir. Fue lo que hicieron los españoles el verano siguiente y sufrieron una derrota humillante: 32 soldados hispanos, un tercio de los efectivos de la guarnición de Santa Fe, perecieron, junto con una docena de auxiliares pueblo, un

golpe devastador para las ambiciones españolas en el interior continental. Los aliados pawnees y otoes de los franceses habían sido los principales combatientes y los que habían acabado con más enemigos, con lo que contribuyeron más que estos a detener la expansión septentrional de España [14] .

Los españoles, humillados, adoptaron una postura cada vez más defensiva y se hicieron fuertes en Nuevo México. En 1724, el coronel Pedro de Rivera, inspector de la corona enviado a examinar la situación de las guarniciones fronterizas de España en Norteamérica, recomendó que los colonos se limitaran a «conservar lo que ya tenían y gozar del fruto ya recolectado, que aumentar sus dominios sin la menor esperanza». Era, al tiempo, una evaluación clarividente de las relaciones de poder prevalecientes y un enorme error de cálculo. Los comanches, ahora el socio principal de la alianza comanche-ute, robaron y criaron caballos suficientes para montar a toda su gente. Ahora solo cazaban bisontes a caballo; cabalgaban junto a las enormes bestias en fuga y las abatían con flechas. La riqueza y las ambiciones de la nación comanche experimentaron un crecimiento explosivo. Una pequeña banda de cazadores podía entregar 300 animales en una hora y las mujeres comanches se hicieron expertas en curar pieles y carne y en preparar penmican —una mezcla desecada de carne de búfalo, bayas y grasa fundida— a muy gran escala [15] .

Los comanches se volvieron incontenibles: España había dejado pasar la oportunidad de suprimirlos. Los colonos españoles se recluyeron tras sus murallas y se alejaron de la política indígena de las praderas. Los apaches, privados del escaso apoyo que recibían de los españoles, abandonaron las planicies meridionales y se trasladaron al oeste y al sur. Hacia la década de 1730, la Apachería se extendía desde los territorios de los zuñis, o'odham y yavapais hasta Sierra Madre de Nueva Vizcaya y Sonora. La vieja Apachería devino la Comanchería. Los comanches extendían ahora su sombra sobre Nuevo México: lo vigilaban, lo controlaban y lo eclipsaban [16] .

A lo largo y ancho del continente, desde el sudeste al sudoeste, desde el interior profundo hasta las costas del Atlántico y del Golfo, las ambiciones coloniales se estrellaron contra las geografías de

poder indígenas. Fuera lo que fuese lo que Bienville, Law, Oglethorpe o Valverde creyeran o necesitaran creer, nada en el norte de América estaba decidido de antemano. A principios del siglo XVIII, el continente seguía siendo decididamente indígena. Los ingleses se mantenían confinados en el lado oriental de los Apalaches; los españoles podían jactarse de numerosas misiones y fuertes, pero sus colonias eran poco más que cabezas de puente reforzadas; y el colonialismo francés continuaba limitado *de facto* al valle del San Lorenzo y a un puñado de débiles posiciones en el curso inferior del Misisipi.

En el fondo, era una cuestión de distancia y de geografía. Norteamérica había quedado dividida en dos: estaba el estrecho y disperso cinturón colonial de las planicies litorales, dominadas por los europeos, y luego estaba el inmenso interior indígena, donde los territorios nativos se adentraban en lo que, para los europeos, era una vasta extensión ignota. Las dos Américas eran casi por completo opuestas. En el interior, el intercambio colombino favoreció a menudo a los indígenas. Aunque los comerciantes europeos llevaron tierra adentro gérmenes mortíferos, su impacto se mantuvo limitado y los indios pudieron acceder a nueva tecnología militar —armas de fuego, pólvora, metal y caballos— gracias a los mercados de la frontera colonial y a las extensas redes comerciales indígenas. En el cinturón de transición, donde los indios ni estaban demasiado cerca de las colonias europeas para caer bajo su sombra epidemiológica, ni demasiado lejos para no poder cosechar los beneficios de su comercio, surgieron varios regímenes indígenas. Estos, gracias a su situación geográfica privilegiada, estaban en situación de hacer frente a su modo la expansión colonial. En este cinturón emergente se podían amasar grandes fortunas y se ganaban y se perdían imperios [17] .

Capítulo 19

Guerras hasta el fin del mundo

Los lenapes se sintieron primero descontentos y, más tarde, disgustados y decepcionados. En agosto de 1735, el Gobierno de la Colonia de Pensilvania reveló una noticia asombrosa: habían hallado un documento de 1686 en el que la nación lenape, el aliado nativo más firme de Pensilvania, cedía a la colonia un tramo de tierra entre los valles del Delaware y del Lehigh. Los Penn —los tres hijos de William que habían heredado, uno tras otro, su propiedad— afirmaron que este pedazo de papel era un acuerdo válido. Sin embargo, el sachem de los lenapes, Teedyuscung, cuestionó la reclamación del valle del Delaware: según este, su pueblo nunca recibió un pago por la cesión de tierras de 1686 y, por tanto, el acuerdo estaba invalidado. Según veían este asunto los funcionarios de Pensilvania, los lenapes se habían comprometido a ceder un área que se extendía hasta donde podía llegar un hombre caminando durante día y medio, esto es, unos 65 kilómetros. El documento fue objeto de debates poco concluyentes hasta que Pensilvania se alió con las Seis Naciones. Impresionados por el completo control que los iroqueses ejercían sobre los pueblos nativos que los rodeaban, los Penn se envalentonaron y exigieron a los lenapes que cedieran el límite de 65 kilómetros. En la primavera de 1737, dos sachem de los lenapes —Tishcohan y Lappawinzo— aceptaron la caminata para determinar los límites del área cedida a Pensilvania.

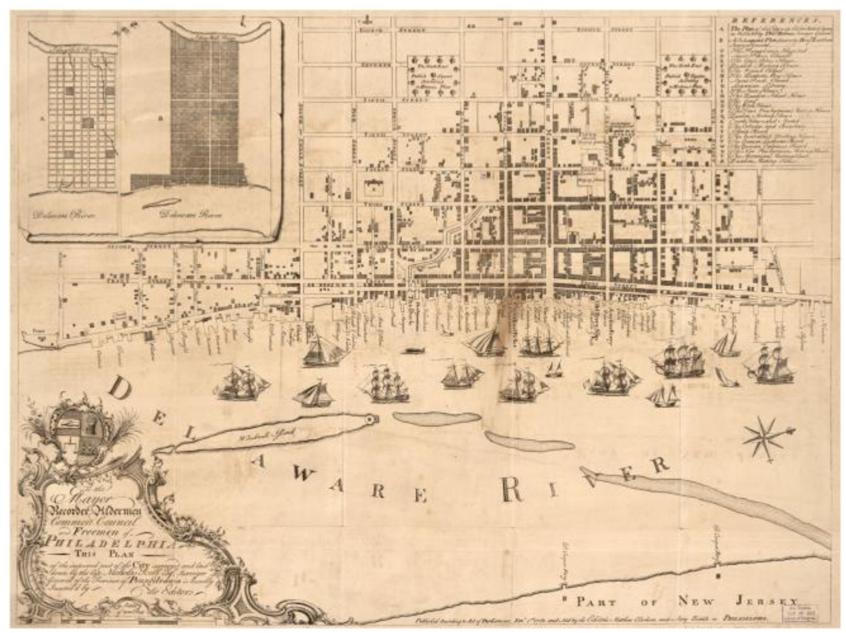
Sin embargo, para Pensilvania, 65 kilómetros ya no era suficiente. El ambiente geopolítico había cambiado y estaba en su nivel más beligerante desde la Guerra de Metacom, pues los colonos ingleses no dejaban de adentrarse en los dominios indígenas del oeste. Thomas Penn, el propietario de la colonia, contrató a tres expertos caminantes, uno de los cuales cubrió más de 95 kilómetros —corriendo, no caminando— por una senda muy bien despejada, lo cual robó a los lenapes más de 3100 kilómetros cuadrados. Los

lenapes se quedaron consternados y Teedyuscung calificó este asunto de fraude. Inquietos, los Penn se dirigieron a sus aliados iroqueses y les pidieron intervenir. Las Seis Naciones impusieron de inmediato la venta de tierras —lo que reafirmaba su autoridad sobre las naciones nativas menores de la región— y eso les dio ventaja en sus tratos con los ingleses. Los iroqueses no eran los pedigüeños de los Penn. Cuando los pensilvanos les trataron de cobrar la comida, los indios se sintieron profundamente insultados[1].

La tristemente célebre «Compra Andante» supuso un punto de inflexión en la historia del continente indígena. A mediados del siglo XVIII, los colonos ingleses empezaron a desposeer a los indios de forma más metódica. Las fronteras, la soberanía y la vida indígena fueron sometidas en el este a un ataque sin precedentes. Impulsados por una economía en expansión y por el influjo de inmigrantes alemanes, suizos, escoceses e irlandeses, en 1740, el sudeste de Pensilvania tenía 73 000 habitantes europeos. La ciudad de Filadelfia se había convertido en una urbe de 10 000 personas. La tierra —su propiedad, uso, división y pérdida— devino una cuestión candente. Fueron marginadas instituciones consolidadas como «la ceremonia en la linde de los bosques» y las fronteras comunes pasaron a ser territorio en disputa[2].

Desde los primeros contactos entre los nativos americanos y los europeos, la cadena de los Apalaches, con sus 2400 kilómetros de extensión desde Terranova hasta el sur, había sido la gran divisoria. Las personas que vivían a uno y otro lado de esta cordillera, a veces majestuosa y a veces escarpada, tenían escasas interacciones y no había nación, confederación, colonia o imperio alguno que pudiera justificar el control del territorio a ambos lados. Los Apalaches cortaban la mitad oriental del continente en dos mitades diferenciadas. Hacia finales de la década de 1720, los Apalaches constituían la frontera sólida entre las dos Américas: la colonial y la indígena. Las trece colonias inglesas controlaban la mayor parte de la planicie litoral entre la costa atlántica y las primeras estribaciones de los Apalaches. Una región fronteriza, diferente y —a ojos de los ingleses, subdesarrollada—, el llamado «país interior», separaba a las colonias de los Apalaches. Los colonos aspiraban a

integrar con rapidez el país interior en el Imperio británico; en realidad, la región delimitaba la línea divisoria, más allá de la cual los ingleses no tenían aspiraciones legítimas.



Mapa de Filadelfia (1776). Library of Congress, Geography and Map Division.

Tras varias generaciones de interacciones con los europeos, a veces violentas y otras veces pacíficas, las Seis Naciones sabían cómo controlar a unos colonos inquietos y hambrientos de tierras. En 1742, en una gran cumbre en la statehouse, o sede del Gobierno, de Filadelfia, el sachem onondaga Canassatego trató a los lenapes como aliados subordinados, lo cual relegó a los ingleses a un papel secundario. «Primos: que este Cinturón de Wampum sirva de reprimenda —amonestó a los lenapes en un lenguaje profundamente sexista—. Os conquistamos, os convertimos en Mujeres, sabéis que sois mujeres y ya no podéis vender Tierra». Canassatego les ordenó «retirarse de inmediato» de las tierras ancestrales iroquesas. Los colonos eran meros espectadores de la política de poder de las Seis Naciones. El año siguiente, se celebró una segunda cumbre para reducir las crecientes tensiones entre Pensilvania y los indios vecinos. Zillawoolie, enviado de las Seis

Naciones, se centró en los catawbas y prometió «persuadirlos y hacer que muestren buena conducta en todas partes», algo que los reticentes colonos de Pensilvania no se atrevían a hacer. Los iroqueses también exigieron derecho a viajar por Virginia según les placiera y reafirmaron su dominio sobre los valles del Delaware y del Ohio [3] .

De haber estado presentes en Filadelfia, los catawbas habrían protestado contra la presunción de las Seis Naciones. Las expediciones comerciales inglesas continuaron siguiendo la Gran Senda de Comercio entre la bahía de Chesapeake y el Piedmont que conducía a las localidades catawbas, a las que mantenían prósperas y poderosas. Los catawbas, como antiguos residentes del Piedmont, pensaban que podían limitarse a quedarse en su sitio y esperar que los bienes fluyeran a sus localidades. A cambio de sus valiosas pieles y cueros de ciervo, recibían armas de fuego, pólvora, plomo, herramientas de metal, telas, mantas, artículos de lujo y ron. Seguros de la solidez de su posición, se mantenían distantes; eran arrogantes, ofensivos incluso. En el verano de 1744, se retomaron las conversaciones en Filadelfia. Los catawbas remitieron un seco mensaje en el que informaban a los iroqueses de que «no eran más que unas mujeres; que ellos eran dos veces hombres, pues tenían dos P… [penes]; y que podían convertirnos en Mujeres, y que siempre estarían en Guerra con nosotros» [4] .

En una era en la que ya no era posible echar a los colonos al mar, los catawbas los mantenían en una situación de incertidumbre; los europeos temían que los indios iniciaran una guerra en cualquier momento. El nerviosismo que los catawbas infundían entre los europeos diferenciaba a este grupo indígena de los iroqueses y de su hábil diplomacia, así como de los shawnees y su movilidad estratégica, que empleaban para mantener alejados a los colonos. Los catawbas sabían que, tarde o temprano, tendrían que adaptarse a las nuevas circunstancias, pactar y negociar con los europeos, pero, mientras, se aferrarían a su independencia todo el tiempo que pudieran. Estaban decididos a preservar la soberanía indígena ante dificultades sin precedentes y reequilibrar el poder indígena en el continente [5] .

Otras naciones al este de los Apalaches adoptaron un método en

apariencia más contradictorio. Se basaron en la negociación y en el compromiso, lo cual requería una nueva mentalidad: los indios debían aceptar a los colonos —aunque manteniendo la distancia— para sobrevivir al colonialismo. A medida que las fronteras coloniales se iban acercando poco a poco, acogieron entre los dos grupos a los colonos de las tierras limítrofes. Esta estrategia exigía población, autoridad política y fina diplomacia. Los líderes de los muscoguis, cheroquis y chickasaws de las estribaciones de los Apalaches y del oeste de esta cordillera siguieron esta estrategia. Encajonadas entre los dominios de franceses e ingleses, estas tres naciones nativas conocían bien los métodos coloniales antes incluso de que los ingleses empezaran a avanzar colina arriba hacia sus granjas y asentamientos. Los indios dejaron en paz a los europeos y enfrentaron entre ellas a Luisiana, Carolina del Sur, Carolina del Norte, Virginia y Pensilvania, de las que obtuvieron regalos, armas y bienes manufacturados. Los colonos consideraban que las confederaciones indígenas —en particular las Seis Naciones— se habían dividido entre una facción profrancesa y una proinglesa, aunque tales divisiones eran más circunstanciales que permanentes. Los 20 000 miembros de los choctaws, al operar en un paisaje geopolítico diferente al oeste de los Apalaches, se dividieron entre aldeas «orientales», «occidentales» y «sixtown» [seis pueblos], para así poder hacer frente con más flexibilidad a las diferentes colonias[6].

Según los cánones europeos, los muscoguis, cheroquis, chickasaws y choctaws tenían una peligrosa descentralización y sus líderes eran demasiado débiles. Sin embargo, justo ahí radicaba el genio de su sistema político. La mayoría de sus líderes comandaba grupos reducidos que desconcertaban a los colonizadores: no había una sola persona a la que conquistar, solo una multitud de potentados, en apariencia inefectivos, que no servían para los propósitos de los colonos. En realidad, estos caudillos sabían cómo manejar a los recién llegados europeos. Viejo Salto [Old Hop][*], un anciano cheroqui, le dijo a un visitante europeo que un nuevo envío de tela roja le haría «parecer más hombre». Al obligar a los europeos a competir por su comercio, los muscoguis, cheroquis, chickasaws y choctaws prosperaron. En la década de 1740, los indios meridionales suministraban más de 100 000 pieles de ciervo solo a

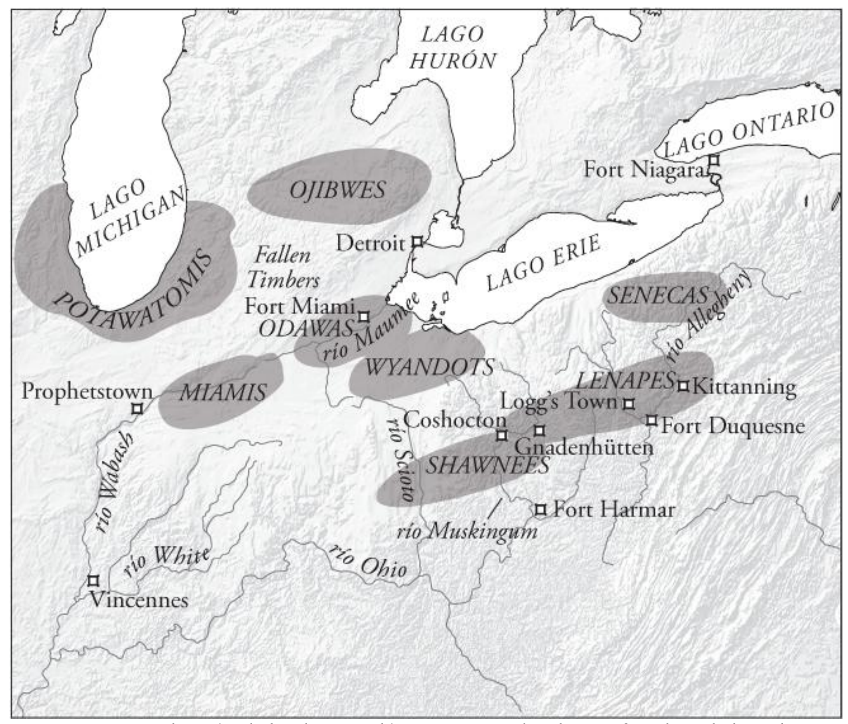
los mercados de Carolina del Sur y las mujeres cultivaban maíz suficiente para cubrir el consumo local y el de los mercados coloniales. Las ambiciones se dispararon y los muscoguis reclutaron a los shawnees «para facilitar la apertura de una comunicación en esa dirección con el Ohio e Illinois».

Zapatos Rojos, caudillo guerrero de los choctaws, maniobró con audacia en este laberinto de intereses enfrentados. Agrupó a sus soldados y empleó su lealtad como baza negociadora con gobernadores y mercaderes franceses e ingleses, a los que quería atraer a su influencia. En 1745, inició negociaciones —él solo— con los chickasaws y los ingleses. Los franceses asesinaron a varios miembros de la delegación de paz de los chicasaws. Zapatos Rojos vio una oportunidad: sus soldados liquidaron a tres franceses, lo cual dejó impactados a los cautos líderes civiles de los choctaws. Numerosos soldados choctaws empezaron a inclinarse del lado de Zapatos Rojos y su radical método de establecimiento de alianzas, que había desconcertado por igual tanto a los ingleses como a los galos. En última instancia, Zapatos Rojos fue demasiado lejos; él mismo y la nación choctaw se empeñaron en una devastadora contienda civil en la que perecieron 800 de sus soldados. Agotadas todas las opciones, los franceses contrataron a un asesino para que eliminara a Zapatos Rojos, misión que se cumplió en 1747.

Mientras los choctaws atravesaban dificultades, la Confederación Muscogui, formada por más de 10 000 miembros, se convirtió en una notable potencia del sur profundo; despachó expediciones de guerra a la Florida española y absorbió en sus filas a coosas, cowetas, yamassees, shawnees, alabamas y a los miembros de otras naciones debilitadas. Los ingleses y los franceses competían por los privilegios comerciales por medio de puestos emplazados astutamente, en los cuales los mercaderes autorizados trataban de forma honorable a los indios, pues, si no lo hacían, las consecuencias podían ser severas. A partir del momento en que los galos tuvieron dificultades para abastecer a sus clientes nativos, los comerciantes ingleses ocuparon el hueco que dejaron y sedujeron a los choctaws, que «se arrojaron desnudos en nuestros brazos, implorando nuestro auxilio, protección y amistad». Contentar a los indios con regalos en este entorno intensamente competitivo pasó a ser tan habitual que muchos líderes nativos no se molestaban en

aceptar en persona las ofrendas y enviaban en su nombre a hombres jóvenes [7] .

En el invierno de 1751, Charles Langlade, un caudillo franco-odawa, asaltó la localidad miami de Pickawillany con un grupo de soldados odawas, potawatomis y ojibwes. Mataron a trece miamis y capturaron a cinco comerciantes ingleses. Langlade propuso un intercambio de cautivos, pero los miamis solo liberaron a tres ingleses. Los hombres de Langlade capturaron al líder miami, Memeskia, lo hirvieron y se comieron su corazón. Los odawas liberaron a las mujeres miamis y contactaron en Detroit con los franceses, a los que llevaron cuatro cautivos y una generosa oferta de bienes comerciales. El golpe a Pickawillany amplificó en gran medida las crecientes tensiones entre británicos, franceses y nativos norteamericanos, lo cual aceleró la dinámica hacia la Guerra de los Siete Años [8] .



Mapa 7: El País del Ohio indígena a mediados y finales del siglo XVIII.

En ningún otro lugar fue tan evidente la intensificación de las ambiciones coloniales como en el País del río Ohio. De estratégica posición central, el Ohio era punto caliente y microcosmos del choque continental entre colonizadores e indígenas. La región albergaba las mejores tierras agrícolas de Norteamérica y los colonos ingleses la consideraban muy apetecible: el reino de la agricultura comercial y el paraíso de los especuladores de tierras. Por el contrario, para los nativos norteamericanos, el interior era su hogar, cazadero y bastión contra la expansión colonizadora y pretendían que lo siguiera siendo. Muchos de ellos habían sido desplazados dos veces y no tenían intención de moverse. Escrutaban a los recién llegados europeos, no solo en busca de indicios de enfermedades, sino también sus actitudes, si llevaban vestimenta adecuada y peinados aceptables, así como sus extrañas preferencias, todo lo cual transmitía humildad, arrogancia u obediencia. Los irlandeses rara vez obtenían su aprobación. Los indios comerciaban con los franceses tanto en el País del Ohio como en el del Illinois, lo cual mantenía en vigor el terreno intermedio. El punto donde se unían los ríos Monongahela, Allegheny y Ohio, conocido como las ramas del Ohio, era una encrucijada de redes de comercio de largo recorrido y era evidente que las rivalidades nativo-europeas se fusionarían en la guerra, en apariencia inevitable, entre Gran Bretaña y Francia, los principales imperios mundiales, que llevaban generaciones pugnando por la supremacía global. Tales tensiones crecientes alimentaron de forma directa la Guerra de los Siete Años, la primera conflagración de verdadero carácter mundial. Aunque el País del Ohio estaría en el centro de esta, la violencia no se detendría una vez terminara la Guerra de los Siete años. El medio siglo transcurrido entre 1740 y 1815 se caracterizó por una beligerancia casi constante y fue una era única de transformación de la historia del continente, durante la cual los nativos americanos frustraron una y otra vez las pretensiones hegemónicas de los europeos[9].

Al sudeste del País del río Ohio había un segundo universo de indiscutible carácter indígena, dominado por tuscaroras, yamasees, cheroquis, muscoguis y choctaws, que, en época reciente, se habían agrupado en poderosas confederaciones. Los cheroquis se dividían entre ellos entre los asentamientos de «tierra altas», «el valle» y

«tierras bajas», una táctica que les permitía enfrentar entre ellas a las diversas colonias inglesas y tratar con los franceses. Los cheroquis eligieron a la opulenta colonia de Virginia como principal socio comercial. La política indígena llevaba décadas centrada en contener el explosivo crecimiento de las colonias inglesas al este de los Apalaches, un objetivo que las naciones coloniales compartían con los galos. Hacia mediados del siglo XVIII, había 1,2 millones de colonos ingleses en el continente. La afluencia de ingleses, aunque suponía un desafío, también podía ser útil. Los nativos americanos accedieron al prodigioso «imperio de mercancías» de Inglaterra. Los muscoguis, de carácter multiétnico, establecieron relaciones comerciales con los carolinos, de los que obtenían armas de fuego, pólvora, plomo, ropa de cama, camisas, hachas, calderos, tabaco, joyería, cuentas y otros bienes de interés. Especificaban con detalle el tipo de mercancía que querían recibir y pronto se erigieron en la potencia económica y militar dominante de la región. Por su parte, las formidables Seis Naciones reivindicaban el País del Ohio por derecho de conquista y lo consideraba una de las bases de su independencia. Poco tiempo antes, un colono neoyorquino aseguró a su gobernador que «dondequiera que los indios iroqueses den su apoyo, inclinarán la balanza». Los colonizadores, al operar en un mundo de marcado carácter indígena, vivían en una tensión permanente. Los dirigentes británicos estaban decididos a ganar «en fuertes y también en asentamientos» a los galos, dado que «nuestras colonias estén en peor condición de lo que comúnmente se cree» **[10]** .



Incapaces de derrotar en batalla a las naciones nativas, los estudios topográficos y los mapas coloniales se convirtieron en una forma de ocupar las tierras indígenas sin necesidad de guerra. La densa descripción cartográfica de este mapa (mediados del siglo XVIII) tenía como objetivo enajenar sus tierras a los nativos americanos. Library of Congress, Geography and Map Division.

Los franceses compensaban de sobra su falta de efectivos con un sólido sistema de alianzas indias que habían obtenido gracias a una desmesurada generosidad. Desde la costa nordeste hasta los Grandes Lagos occidentales, y desde Luisiana al País del Illinois y a todo lo largo del valle del Ohio, los franceses contaban con el apoyo de docenas de naciones nativas. Con el fin de garantizar la supervivencia de su imperio norteamericano, los estrategas galos se dedicaron a consolidar sus posesiones dispersas en un vasto arco de asentamientos contiguos que se extendía desde el golfo de San Lorenzo, atravesaba el corazón de Norteamérica y se extendía hasta el delta del Misisipi. Semejante cordón confinaría las colonias inglesas al este y aseguraría para siempre la posesión del interior. No obstante, había un pero: los franceses no controlaban el valle del Ohio. Así y todo, por fortuna para los galos, la posición inglesa no era mucho mejor. Los muscoguis y las Seis Naciones, no los ingleses o los franceses, eran las potencias dominantes en el interior [11].

La Guerra de los Siete Años implicó a los indios desde el primer

momento. Los nativos americanos observaron la escalada que condujo hacia el conflicto. Estudiaron la mejor forma de superarlo y quizá incluso beneficiarse de él. Los shawnees empezaron por atacar a los iroqueses en 1753, para reafirmar su soberanía tanto ante las Seis Naciones como ante los europeos. Estos golpes condujeron a nuevos realineamientos y dieron lugar a una reacción en cadena que llevó a las naciones nativas a revisar sus opciones. Las Seis Naciones hicieron la paz con los catawbas; aspiraban a poner fin a una guerra de incursiones que se remontaba a un siglo atrás y restablecer la estabilidad. Los lenapes se unieron a los franceses y los shawnees declararon una «guerra perpetua» contra Gran Bretaña. Aunque los mandatarios galos estaban eufóricos, los shawnees no fueron aliados sumisos. Combatían a los británicos, aunque por sus propias razones y a su manera, y rechazaban de forma sistemática las exigencias y peticiones de los franceses. Su ambición principal era desembarazarse de las Seis Naciones, a las que consideraban un adversario mucho más peligroso que los imperios de británicos y franceses.

La contienda generalizada devino una encrucijada en la que numerosas naciones nativas redefinieron su relación con las potencias europeas y sus vecinos indígenas. Este conflicto casi no tenía precedentes: solo los imperiales iroqueses habían librado antes una guerra a escala subcontinental. Los indios mantenían en la incertidumbre a los colonizadores mediante la promesa de alianzas, apoyo militar y comercio, para luego retirar sus promesas cuando necesitaban que los colonos pujaran por su respaldo. Crearon un paisaje militar y diplomático que, a menudo, resultaba indescifrable para los europeos.

El 19 de abril de 1754, un teniente coronel novato llamado George Washington y la variopinta tropa que mandaba se convirtieron en la primera línea de defensa contra la invasión francesa del País del río Ohio. Al amanecer del 28 de mayo, Tanaghrisson —un líder iroqués nacido catawba, que, tras ser capturado, se había criado como un seneca— guio, en compañía de una docena de los suyos, a un contingente de la milicia provincial de Virginia a las órdenes de Washington. Bajo una lluvia incesante, los llevó hacia Fort Duquesne, un nuevo fuerte francés en la horquilla del Ohio. Al igual que otros iroqueses, Tanaghrisson se sentía ofendido por la

ocupación gala del curso alto del valle del Ohio, rico en animales y una de las regiones más codiciadas del interior.

Tanaghrisson —«medio rey», según los británicos— condujo a Washington y a sus hombres a un claro. Los soldados iroqueses viajaban con su familia y urgieron a Washington a que ocupara el terreno elevado, donde los no combatientes estarían seguros. Washington preparó a sus hombres para una emboscada en una cornisa rocosa que se elevaba sobre el campamento enemigo. Cuando los galos salieron de su refugio, hubo un breve intercambio de fuego de mosquete. Los soldados de Tanaghrisson bloquearon el sendero decisivo y obligaron a los franceses a retirarse a un claro donde quedaron expuestos. Estos pidieron rendirse, pero Washington, temeroso, ordenó abrir fuego a sus hombres. El capitán del destacamento francés, Joseph Coulon de Villiers de Jumonville, trató de explicar que se limitaba a defender las posesiones de su soberano, Luis XV. Tanaghrisson no estaba interesado. «Aún no estás muerto, padre mío», dijo. Hundió su hachuela en el cráneo de Jumonville y se lavó las manos con los sesos del cadáver.

A la sombra de Tanaghrisson, Washington hizo una ambigua entrada en la historia de Norteamérica. Regresó al campamento de los provinciales virginianos, a un lugar llamado la Gran Pradera, y escribió reportes para sus superiores, donde les informó de la mutilación de los cadáveres franceses. Ordenó edificar una modesta estructura, que llamó Fort Necessity, junto al río Monongahela, unos 100 kilómetros al sur de Fort Duquesne. El fuerte, único punto de apoyo británico al oeste de los Apalaches, tenía una empalizada de algo más de dos metros de altura y podía albergar a un máximo de 70 hombres. Washington organizó una oración en el interior de los muros. Unas siete semanas después, 700 soldados nativos y franceses asaltaron el indefendible puesto. Los 300 defensores, muchos de ellos bebidos, opusieron una débil resistencia. El contingente franco-nativo mató a 30 e hirió a 70. Derrotado y humillado, Washington firmó un documento en el que aceptaba la responsabilidad del «asesinato» de Jumonville. Acto seguido, se retiró con los efectivos británicos supervivientes a través de los montes de Allegheny. Aunque todavía no había declaración oficial de guerra, el ataque sorpresa de Tanaghrisson y la posterior rendición británica desencadenaron los acontecimientos. Gran

Bretaña y Francia se dispusieron a un choque colosal. En el País del Ohio, shawnees, lenapes y senecas-cayugas, que ya se estaban inclinando del bando galo, lanzaron ataques devastadores a lo largo de las fronteras de Pensilvania, Virginia y Carolina del Norte. Con objeto de sembrar discordia entre los iroqueses y los ingleses, los franceses le dijeron a Tanaghrisson que «los ingleses se van a repartir la tierra entre ellos»[12].

Los dos imperios tenían numerosas razones para ir a la guerra. Las causas originarias estaban en Europa, con sus rivalidades dinásticas, sus constelaciones de alianzas en constante cambio y sus reiteradas contiendas por las numerosas provincias europeas, pequeñas pero ricas. Ambos imperios, además, competían por el control de India y Norteamérica y sus recursos, con el fin de eclipsar la prosperidad del otro. Mucho dependía de lo que podían extraer de sus colonias de ultramar. La larga era de equilibrio geopolítico de la Gran Paz de Montreal de 1701, forjada entre las tres potencias dominantes del continente —el Imperio británico, el Imperio francés y la Liga Iroquesa—, había terminado.

Los iroqueses lo llamaban Warraghiyagey, «hombre que emprende grandes cosas». Sir William Johnson, mercader neoyorquino de inmensa riqueza y experimentado intermediario de la frontera, fue nombrado superintendente de Asuntos Indios en el Distrito Septentrional, lo cual, de hecho, equivalía a las Seis Naciones. Johnson mantenía unos vínculos más fuertes de lo usual con la Liga Iroquesa. Era marido, con arreglo a la ley consuetudinaria, de Konwatsi'tsiaiénni, o Mary Brant, cuyo hermano Thayendanegea, o Joseph Brant, era un destacado sachem mohawk que habitaba con igual facilidad tanto el mundo europeo como el indígena; recibía a sus visitantes con suntuosas cenas al estilo europeo y dirigía a los mohawks conforme a los valores iroqueses tradicionales. El puesto de Johnson era uno de los cargos gubernamentales más importantes de la América británica y gastó cuantiosas sumas en regalos, armas, alimentos, ropa y joyas para las Seis Naciones. Es posible que fuera el europeo más poderoso del continente. A pesar de ello, no pudo convencer a las Seis Naciones para que establecieran una alianza formal con Gran Bretaña. Nueva York llevaba apropiándose de territorio iroqués desde hacía años, lo cual los distanció de las Seis

Naciones.

En una conferencia de Albany, en junio de 1754, Hendrick Theyanoguin, un viejo sachem mohawk cubierto de cicatrices, que, en 1740, había hecho una visita sensacionalista a Londres en calidad de «emperador de las seis naciones», anunció que los iroqueses acogerían a los ingleses, aunque no establecerían una alianza militar. Tomó una vara y, al tiempo que la arrojaba sobre el hombro, dijo: «Vosotros nos habéis arrojado por encima del hombro y nos habéis despreciado, mientras que los franceses son un pueblo sutil y vigilante, que siempre utiliza todos los medios para seducir y atraer a nuestra gente». Para rematar su argumento, Theyanoguin explicó que los gobernadores de Virginia y Nueva Francia «se están disputando tierras que nos pertenecen». Era una jugada maestra en el momento crucial, justo cuando las expectativas bélicas británicas estaban en el fiel de la balanza. Theyanoguin anunció que el País del Ohio pertenecía a las Seis Naciones y que ni los ingleses ni los franceses podían entrar en él sin permiso de los indios. Necesitado de la neutralidad de las Seis Naciones, el general Edward Braddock se comprometió a respetar la soberanía de las Seis Naciones. Con ello, obtuvo permiso de paso para casi 1500 soldados, con los que partió en dirección oeste [13] .



Retrato de Thayendanegea, o Joseph Brant, por George Romney (1776). National Gallery of Canada.

Las naciones nativas tenían sus propios motivos para combatir. Lenapes, shawnees, odawas, potawatomis, eries, wyandots, miamis e iroqueses llevaban décadas sorteando con éxito las cambiantes contiendas coloniales. Sin embargo, una vez que el País del Ohio, un refugio indígena contra franceses e ingleses, se convirtió en una zona de guerra, las naciones nativas se vieron obligadas a revisar su postura. Sabían que era mejor tener cerca a dos imperios, no a uno solo; lo primero suponía una oportunidad, lo segundo

subordinación. La mayoría de indios del País del Ohio se unió a los galos, más complacientes, en la contienda contra los británicos. Las Seis Naciones establecieron una alianza informal con Gran Bretaña y se reservaron el derecho de decidir a qué campañas se unirían. La formidable Confederación Muscogui se mantuvo neutral, confiada en que ninguno de los dos imperios podía permitirse enemistarse con ellos. Teedyuscung, sachem de los lenapes, recordaba una y otra vez a los británicos que su pueblo había perdido buena parte de sus tierras en la «Compra Andante» y exigían la restitución de las fronteras anteriores a la venta. Tales exigencias tenían fuerza a causa de la amenaza francesa. Los funcionarios y mercaderes galos ofrecían a los nativos americanos servicios políticos como mediación de disputas entre ellos y los indios los recompensaron con su lealtad en el comercio y en la guerra. Este vínculo inquietaba a los británicos, que no podían igualar el alcance diplomático y comercial de Francia en el interior [14] .

En el Nuevo Mundo no siempre coincidían las ambiciones y la disciplina. Braddock era quisquilloso, arrogante e irremediablemente corto de miras. En una conversación con Benjamin Franklin, notable ciudadano de Pensilvania, Braddock anunció que tomaría Fort Duquesne, la posición clave de Francia en el País del Ohio, en tres o cuatro días. Franklin le advirtió de que «el único peligro que podría obstruir su marcha son emboscadas de los indios, los cuales, por medio de una práctica constante, son muy diestros en su despliegue y ejecución». Según Franklin, Braddock respondió que «sin duda, esos salvajes son un enemigo formidable para su bisoña milicia americana, pero, señor, contra las tropas regulares y disciplinadas del rey es imposible que causen impronta alguna» [15] .

Fort Duquesne suministraba armas a lenapes, senecas-cayugas y shawnees con tanta generosidad que estos podían ser puntillosos y exigir fusils de chasse o fusiles de caza, ligeros y cortos, fabricados en la factoría de Tulle, en Francia. Por el contrario, el contingente de Braddock solo incluía unos pocos indios y su comandante se negaba a consultarlos. Shingas, sachem de los lenapes, le preguntó a Braddock «qué pensaba hacer con la tierra y si podía expulsar lejos a los franceses y a sus indios». Ese respondió que «los ingleses la habitarían y heredarían». Preocupado, Shingas presionó al general

para que aclarara «si los indios que eran amigos de los ingleses podrían vivir y comerciar entre los ingleses y contar con terreno de caza suficiente para su propio sustento». La réplica de Braddock no tuvo ningún tacto: «Ningún salvaje heredará la tierra». Braddock no fue el único oficial británico que actuó con torpeza. Su plan básico fue aprobado por los funcionarios oficiales en el Palacio real de Whitehall, según el estudio de unos mapas que era imposible que comprendieran. Consideraban que los ríos, lagos y caminos de la ruta hacia Fort Duquesne no pertenecían a nadie [16] .

En la primavera de 1755, Braddock lanzó una expedición de un tamaño sin precedentes: mandó a una flota, cargada con cuatro regimientos, al golfo de San Lorenzo. Londres pretendía que conquistara los fuertes Duquesne y Niagara y que consolidara las trece colonias en un único organismo político-militar. Pese a todo, no parecía que los británicos tuvieran mucho interés en enfrentarse a los indios y a sus aliados franceses, pues los indios conocían el terreno mucho mejor, se movían con más rapidez a través de los espesos bosques y tendían terroríficas emboscadas. Robert Dinwiddie, gobernador de Virginia y miembro de una compañía de especuladores que codiciaba las fértiles tierras del País del Ohio, quedó decepcionado por la indecisión británica. «Toda la Norte América se perderá si se toleran tales prácticas —advirtió—. Ninguna guerra puede ser peor para este país que sufrir insultos semejantes. La verdad es que los franceses reclaman la posesión de casi toda Norteamérica, de la cual nos pueden expulsar cuando les plazca, o tan pronto como haya una guerra declarada». Edmond Atkin, el primer superintendente de Asuntos Indios del sur, reforzó el mensaje al escribir que «la importancia de los indios es conocida y comprendida por todos y no queda duda alguna de que la fortuna de nuestras colonias en el continente se sostendrá o caerá con el interés y favor de ellos». Era demasiado tarde. Lenapes y shawnees se habían distanciado ya de los británicos y estaban proporcionando información a los franceses [17] .

Braddock invadió, casi a ciegas, un mundo en el que los indios y los franceses habían vivido durante generaciones como aliados y parientes. En la década de 1750, el País del Ohio era la región más sólida del castigado, pero resistente, terreno intermedio franco-indio. Las aldeas multiétnicas de odawas, lenapes, shawnees,

kickapoos, mascoutens, potawatomis, wyandots, senecas-cayugas y muchos otros llenaban la región de pobladores y poder: sus habitantes podían sumar recursos, capacidades e ideas para superar una atmósfera de creciente violencia y convertir a los forasteros en parientes por medio de generosidad y el reparto de bienes. Casi todas estas naciones habían entrado en el terreno intermedio con los franceses y la mayoría seguía considerando al gobernador de Nueva Francia su Onontio, un padre benevolente que los protegía sin controlarlos. Este dominio indígena era la base de poder de Francia en Norteamérica. El plan de Braddock estaba desconectado por completo de la realidad[18].

Braddock nunca llegó a ver Fort Duquesne. La marcha de sus 2200 soldados por una senda militar de 4 metros de ancho formaba una columna de varios kilómetros: era un objetivo vulnerable. Flechas y balas que parecían salir de la nada detuvieron la lenta columna de Braddock a kilómetros del fuerte. Los tiradores nativos y franceses, camuflados entre la densa maleza y los bosques, liquidaron e hirieron a casi un millar de soldados británicos, a cambio de unas 40 bajas. Los soldados británicos, en su confusión, acabaron disparándose entre sí. Braddock recibió un tiro en el pecho y fue enterrado sin más ceremonia en mitad del camino. George Washington, uno de los edecanes de Braddock, organizó su segunda retirada a través de los montes de Allegheny. La esfera británica quedó conmocionada: un reducido grupo de indios había bloqueado el avance del Imperio británico con una campaña efectiva y profesional. Los franceses, por su parte, construyeron una coalición indígena multinacional formada por shawnees, lenapes, odawas, potawatomis e iroqueses[19].

Capítulo 20

El asedio a la América británica

El contingente franco-indio que derrotó a Edward Braddock estaba compuesto por más de 600 soldados nativos procedentes de medio continente. Llegaron impulsados por enemigos comunes, usos compartidos, ética comunitaria y la arraigada obligación de proteger a aliados y familiares. Los indios también compartían el temor y el odio a los británicos, que estaban haciéndose cada vez más arrogantes, conforme su imperio se expandía en un coloso global. Para los franceses, esta memorable victoria confirmó el valor de la colaboración bélica con los indios.

La alianza británico-iroquesa, por el contrario, quedó en entredicho. La derrota británica podía suponer una catástrofe para las Seis Naciones: el valle del Ohio era la puerta de entrada al interior y ahora estaba bajo control de los indios y sus aliados franceses. Las fronteras que separaban a indios de colonizadores se derrumbaron y los colonos ingleses se dejaron llevar por el pánico. La América británica no estaba preparada en absoluto para una crisis semejante. Pensilvania no tenía milicia, Maryland apenas una compañía y la Cámara de los Burgueses de Virginia, irritada por la pasividad del resto de colonias, gastaba con cicatería en sus fuerzas militares. Robert Hunter Morris, gobernador de Pensilvania, recurrió de inmediato al victimismo; anunció que la derrota de Braddock dejaba a su colonia «expuesta a las crueles incursiones de los franceses y sus bárbaros indios, que se deleitan derramando sangre humana y no hacen distinción alguna de edad o sexo, respecto a quienes se arman contra ellos». El miedo engendró primero ideas genocidas y después actos.

Los nativos americanos también desafiaron a Virginia, donde mataron a docenas de colonos, se llevaron un alto número de cautivos e hicieron retroceder la frontera. Esta guerra ágil y asimétrica, con su significativa diferencia entre el poder militar de

unos y otros, desconcertaba a los mandos militares británicos, acostumbrados a batallas regulares entre ejércitos de masas, en las cuales el factor decisivo era el volumen de fuego. Los franceses lo denominaban petite guerre, «pequeña guerra». George Washington lamentó el estado de las guarniciones fronterizas británicas, pues «considero que están muy débiles a causa de la falta de hombres, pero aún más por indolencia e irregularidad. No vi ninguna con disposición de defenderse». Este «ruinoso estado de las fronteras, y la vasta extensión de tierra que hemos perdido desde hace doce meses, le parecería increíble a quienes no sean testigos oculares de la desolación». Desesperados por dar una respuesta firme a la superioridad militar indígena, los jefes militares británicos redujeron la carga de marcha de la tropa a unos 13 kilogramos, lo cual aumentó la movilidad a cambio de debilitar su potencia de fuego[1].

Menguado por los nativos americanos, el proyecto imperial de Gran Bretaña estaba en crisis y la onda expansiva se sintió en todas sus colonias. Los funcionarios británicos temían las «consecuencias perniciosas» de la conquista francesa del País del Ohio: «Con la posesión del Ohio y sus ramales, están en disposición de atacar en cualquier momento, con gran ventaja, tanto nuestras provincias septentrionales como meridionales». Los aliados nativos de Gran Bretaña estaban decepcionados e inquietos. Scarouady, un destacado sachem oneida que confiaba en que la alianza con los británicos protegería a su nación, quedó expuesto de repente. En agosto de 1755, se celebró un consejo en Filadelfia en el que Scarouady pudo oír a los colonos quejarse de «su situación indefensa» y cómo «sus esposas e hijos sienten un terror mortal cuando oyen cualquier historia trivial y es difícil convencerlos para que se queden y cumplan con sus deberes familiares». A Scarouady debió de parecerle que los británicos habían perdido la voluntad de seguir luchando. A mediados de octubre, los lenapes atacaron un asentamiento británico junto a Penn’s Creek, al otro lado de Shamokin, en el río Susquehanna, en la Pensilvania central. Era la venganza contra la Compra Andante de 1737.

En lugar de asaltar Nueva Francia, cuya nobleza estaba militarizando la colonia con rapidez, numerosas colonias británicas empezaron a golpear a sus vecinos nativos, con el objetivo de

explotar el desorden. Los colonos codiciaban las tierras nativas por sus recursos y para que sirvieran de zonas tapón contra los ataques indios. Sin embargo, no podían derrotar a los indios en batalla por una simple razón: los británicos eran saqueadores oportunistas que se enfrentaban a contingentes indígenas con un alto grado de organización. A los británicos tampoco se les daba bien la diplomacia. En las deliberaciones celebradas en lugares como Shamokin, una localidad multiétnica a orillas del Susquehanna, las mujeres nativas servían de traductoras, intermediarias, mercaderes y sanadoras. Un mercader peletero británico quedó tan confuso que olvidó el día de la semana en que estaba. Un soldado británico calificó a los virginianos de «hatajo de muertos de hambre, harapientos y sucios» y se maravilló «del conjunto de criaturas salvajes en que se convierten nuestros hombres ingleses cuando pierden la sociedad». En noviembre, Scarouady viajó a Shamokin junto con Andrew Montour, un hombre de frontera, políglota y con antepasados iroqueses y franceses, para garantizar la lealtad de las Seis Naciones. Había mucho en juego, por lo que necesitaban una diplomacia franca, cara a cara; sin embargo, las barreras del idioma, las medias verdades y los malentendidos sumieron en el nerviosismo a colonos y nativos americanos. Los indios esperaban que los europeos dominaran el lenguaje ritual y metafórico indígena. Muchos se desconcertaron por el enorme volumen de papeleo colonial y así se lo hicieron saber a los británicos. Nervioso, Robert Dinwiddie, gobernador de Virginia, prometió «oponerse a los maliciosos designios de nuestros enemigos», en particular los de los todavía formidables iroqueses. Se comprometió a «enviar a un gran número de nuestros guerreros a desposeer [a los franceses] de las tierras que han invadido injustamente» [2] .

Allí donde pudieron, los colonos aprovecharon los precedentes indígenas. Mientras el proyecto colonizador de Gran Bretaña se desmoronaba poco a poco, las Seis Naciones subordinaron a los lenapes cautivos y los convirtieron en «mujeres» ficticias, que cultivaban la tierra y hacían para ellos trabajos propios de ellas. Los pensilvanos, aunque apenas comprendían esta metáfora de densas y múltiples capas, trataron de arrogarse el papel dominante de las Seis Naciones y se limitaron a anunciar su supremacía sobre los lenapes. Scarouady, en calidad de intermediario neutral, acudió al

gobernador Morris y le informó de que el consejo onondaga «había reprendido con gran dureza a los delawares [lenapes] por su conducta cruel y poco fraternal contra los ingleses». Scarouady les urgió «a arrepentirse y desistir». A Pensilvania esto no le bastó. En 1756, su milicia atacó la localidad lenape de Kittanning; mataron a cincuenta hombres, mujeres y niños. La colonia le declaró la guerra a los lenapes y empezó a pagar recompensas por sus cabelleras [3] .

Los lenapes respondieron. El sachem Shingas pensaba que, si detenían a los ingleses, «entonces podremos hacer lo que nos plazca con los franceses, pues les tenemos como en un aprisco de ovejas y podemos liquidarlos en cualquier momento». Los indios del País del Ohio continuaron atacando los asentamientos ingleses y obligaron a Pensilvania, Maryland y Virginia a centrarse en la protección de sus fronteras cuando deberían haber estado combatiendo a los franceses. Los escuadrones nativos, de gran movilidad, liquidaron o capturaron a centenares de colonizadores, que se batieron en caótica retirada hacia el este. Muy pronto, la frontera quedó a algo más de 150 kilómetros de Filadelfia. La repentina contracción de la América británica abrió una posibilidad para los franceses. El general Louis-Joseph de Montcalm-Grozon, marqués de Montcalm, planeó una campaña contra los fuertes británicos de la región de los Grandes Lagos [4] .

La guerra, y la pugna generalizada por la supremacía, seguían dos designios —colonial e indígena—, que convergía y divergía, en una pauta siempre cambiante. Los indios esperaban que los colonos compartieran su tecnología con los indios y los consideraran aliados y parientes, mientras que los británicos trataban de darles órdenes. En julio de 1756, los británicos invitaron a unos 500 delegados nativos a una cumbre en Easton, una asolada localidad pensilvana a unos 80 kilómetros de Filadelfia. Pacifistas cuáqueros arbitraron las conversaciones —estaban empeñados en una agria disputa política con el propietario, Thomas Penn, y buscaban ganar influencia política—, pero fue Teedyuscung, sachem de los lenapes, vestido con una casaca bordada de oro, el que dominó las negociaciones. Explotó las enormes incertidumbres provocadas por la conflagración global y propuso una paz general en la que participarían las Seis Naciones, además de exigir refugio para su pueblo en el valle de Wyoming, en Pensilvania. Todos los

participantes querían la paz. Teedyuscung aceptó el rol de «mujer», lo cual le permitió ejercer de pacificador ante la formidable confederación de las Seis Naciones y garantizar la entrada de los lenapes en la alianza. También instigó a los pensilvanos a que revisaran la legalidad de la Compra Andante de 1737. Los iroqueses parecían considerarlo un arrogante y un fraude. Impasible, Teedyuscung se comprometió a convencer a otros sachem de los lenapes para que negaran su apoyo a los franceses, lo cual, a su vez, abriría la puerta para un nuevo golpe británico contra Fort Duquesne. Al agitar la llave de la victoria frente a los ingleses, Teedyuscung, con solo el poder de sus palabras, aseguró la titularidad de unas tierras que siempre habían sido de los lenapes. Los escribas coloniales dejaron constancia de todo cuanto dijo, incluidas numerosas repeticiones para enfatizar, una práctica común en las sociedades orales que transmitía sinceridad y garantizaba la precisión. Pese a que el acuerdo final fue conciso hasta el extremo, se estableció una paz generalizada entre los indios del Ohio y el Imperio británico, que marginó a los franceses. La conferencia de Easton fue uno de los acontecimientos diplomáticos más relevantes de la Guerra de los Siete Años. Con los iroqueses satisfechos, al menos de momento, los británicos podían revisar su estrategia bélica[5].

Por otra parte, la no participación de las Seis Naciones negó a los británicos un aliado esencial, lo cual permitió a Montcalm proseguir su avance y tomar seis fuertes en menos de un año. La pérdida de Fort William Henry, una posición de vital importancia en el lago George, fue el momento más bajo de los británicos. La alianza franco-india, con su dominio de los ríos y tierras al oeste y sur de Albany, pareció frustrar a los británicos. Entonces, de repente, los galos perdieron empuje. La batalla de Fort William Henry fue un desastre para los británicos, pero también abrió una crisis inesperada para los franceses. Tras negociar las condiciones de capitulación, los soldados británicos abandonaron el fuerte, tras aceptar no tomar las armas durante dieciocho meses. No obstante, Montcalm no había consultado a sus aliados nativos, que no recibieron su paga. Privados de su legítima remuneración, atacaron a los británicos durante la retirada y acabaron con docenas de soldados provinciales, además de capturar a varios. Montcalm

interpretó de forma errónea todo lo sucedido y nunca más volvió a emplear a los auxiliares nativos. Para empeorar aún más la situación, en el otoño de 1757, los soldados franceses contagiaron la viruela a los indios. La enfermedad devastó sus localidades del interior y los distanció aún más de los franceses. Sin saberlo, Francia ya había perdido la guerra: tres años antes de su capitulación formal y seis antes del Tratado de París [6] .

Durante tres largos años, los británicos lo habían hecho casi todo mal. Sin embargo, a partir de 1757, empezaron a hacerlo casi todo bien. El punto de inflexión de la suerte de las armas británicas tuvo mucho que ver con la enérgica intervención de William Pitt, nuevo secretario de Estado para el Departamento del Sur, un cargo desde el que dirigía el esfuerzo bélico británico en Norteamérica. Pitt insistió en que los oficiales británicos llevaran a cabo una diplomacia proactiva con los indios. William Johnson empleó toda su habilidad como intermediario para reclutar soldados iroqueses. Las Seis Naciones, aunque habían quedado debilitadas y apenas sumaban 1100 soldados, podían movilizar miles entre las naciones nativas vecinas gracias a su poder militar. «Cuando vamos a la guerra —se jactaban—, nuestra costumbre es destruir una nación y ahí se acaba todo». Johnson, respaldado por la dominante Liga Iroquesa, dirigió la construcción de nuevos fuertes y blocaos que escudaban los asentamientos de las Seis Naciones. Reemplazó los fuertes franceses por los británicos, un golpe singular en una contienda que los iroqueses usaron para preservar su dominio en el interior de Norteamérica [7] .

Ante su peligrosa falta de provisiones para sus ejércitos, los británicos contactaron con los cheroquis, que habían convertido el sudeste en el territorio agrícola más productivo del continente. Estos llevaban años rechazando los intentos de captación de los europeos y sopesando con cuidado sus bazas, algo que inquietaba a los colonos vecinos, que atribuían a los cheroquis la mayoría de actos de violencia indígena-colonial en el sur. Hubo que esperar hasta el otoño de 1757 para que las matriarcas cheroquis, deseosas de obtener acceso a las armas y bienes británicos, autorizaran una guerra contra los enemigos del Imperio británico. Los cheroquis se comprometieron a «hacer la guerra en el Ohio y a no perdonar ni a los franceses que encontremos, ni a sus indios. La hachuela con la

que comenzamos es pequeña, pero esperamos obtener una de mayor tamaño, que nos permitirá hacer más de lo que hasta ahora hemos podido». Los cheroquis llevaban décadas cultivando lazos comerciales y diplomáticos con los ingleses y, a partir de ese momento, aportaron al conflicto global en curso su gran efectividad en la guerra de los bosques. Los líderes cheroquis remarcaron que se habían aliado con el rey británico, no con los colonos, y rechazaron todos los intentos británicos de convertirlos en auxiliares. Al igual que casi todos los indios que entraron en la guerra, los cheroquis libraron su propia contienda hombro con hombro con los británicos, a los que utilizaron para lograr sus objetivos. También contactaron con las Seis Naciones y recibieron cinturones de wampum, un compromiso de cooperación. Hacia abril de 1758, casi 600 soldados de 16 localidades cheroquis ofrecieron apoyo militar a los británicos, aunque dejaron claro que era una alianza entre iguales. Al contrario que en el Pays d'en Haut, donde dominaban las alianzas creativas y prácticas, los cheroquis exigieron garantías vinculantes de su soberanía, lo cual, a su vez, convenció a los muscoguis, chickasaws, catawbas y otros para unirse a los británicos. Como medida de seguridad, los cheroquis mantuvieron a los británicos en la incertidumbre al amenazar con unirse a los franceses en Luisiana. Estaban dando forma a una guerra global por medio de una hábil y poderosa política exterior que obligaba a los británicos a mantener su lealtad[8].

Los roles habían cambiado: de repente, los franceses apenas disponían de un puñado de aliados indígenas, en su mayoría abenakis desposeídos por la guerra. En junio de 1758, los británicos avanzaron contra la fortaleza de Luisburgo, en Île-Royale, una posición de vital importancia estratégica que guardaba el acceso al valle del San Lorenzo. Pitt nombró comandante en jefe al general James Abercrombie, un hombre metódico y lento. Abercrombie, por su parte, asignó a un completo novato, el general Jeffery Amherst, el mando de la operación de desembarco contra la fortaleza. La Marina británica bloqueó una flota francesa con destino a Canadá y Amherst logró dar el golpe de gracia mediante un calculado asedio de Luisburgo. Con 5000 bajas, era una derrota devastadora para Francia. Los buques británicos podían ahora navegar al corazón de Nueva Francia. En julio, Abercrombie lanzó un aparente ataque

suicida contra Fort Ticonderoga, pero logró conquistarlo. Esta batalla marcó, por fin, el retorno a la guerra a la europea. Fort Frontenac cayó en agosto después de un segundo sitio, que dejó expuestos los fuertes y puestos comerciales franceses en el Pays d'en Haut. Armhest, al ver la oportunidad de poner fin a la contienda en el sur, ordenó al general de brigada John Forbes que marchara contra Fort Duquesne, lo cual llevó la violencia de regreso al País del Ohio [9] .

Aterrorizados, los colonos de Virginia y Pensilvania buscaron refugio en las montañas de los cheroquis, mientras los soldados de esta nación lanzaban repetidos asaltos contra Fort Duquesne, ahora aislado, e impedían que le llegaran convoyes de suministros franceses. Forbes avanzó con cautela. La segunda batalla de Fort Duquesne sería diametralmente opuesta a la primera, librada cuatro años antes: si Braddock rechazó e insultó a los aliados nativos de Gran Bretaña, Forbes los integró, hasta tal punto que equipó a sus efectivos con mocasines, pinturas de guerra y mantas. Los británicos habían hallado una causa común en una guerra devastadora contra un enemigo compartido. Los lenapes ridiculizaron de forma abierta los intentos desesperados de los embajadores galos; dieron un puntapié a un cinturón de guerra que les trajeron, como si fuera una serpiente. En las etapas finales del conflicto, la diferencia más significativa entre los contingentes de británicos y franceses era la disparidad de sus aliados indígenas. El éxito y el fracaso dependía de seguir los consejos nativos. Cuando Forbes llegó por fin a Fort Duquesne, los franceses y sus aliados indios ya estaban en retirada. El comandante galo hizo volar el fuerte en un vano intento de enfurecer a los británicos [10] .

A partir de la primavera de 1758, Pitt impuso un control aún mayor sobre el esfuerzo bélico británico. Convencido de que la guerra no podía decidirse en los campos de batalla europeos, trató de lograr una decisión en América y se dispuso a lanzar a Amherst a la invasión decisiva de Nueva Francia. Alrededor de 900 soldados de las Seis Naciones se sumaron a la fuerza británica que saqueó Fort Niagara en junio de 1759. Su participación no implicaba que compartieran objetivos y prioridades con los británicos, por lo que estalló una intensa disputa por el botín de guerra. Los iroqueses no habían contribuido a excavar trincheras o a levantar fortificaciones,

pero, para irritación de los británicos, insistían en su derecho a saquear el fuerte conquistado. Johnson negoció. Las Seis Naciones estaban combatiendo una guerra paralela por la hegemonía del País del Ohio y sus pobladores, una contienda que coincidía, pero solo de forma esporádica, con los designios británicos. Estos no eran los únicos que desafiaban a los británicos. Los lenapes, al reafirmar su soberanía, cuestionaron el mismo motivo de la guerra. Al misionero moravo Christian Frederick Post, enviado de Pensilvania a los indios, le preguntaron: «¿Por qué vosotros y los franceses no lucháis en el viejo país y en el mar? ¿Por qué venís a pelear en nuestra tierra? Esto hace que todos crean que queréis tomar nuestra tierra por la fuerza y colonizarla». Post sabía cuál era su sitio. «No tengo ni un pie de tierra, ni deseo tener ninguna», respondió. Los lenapes y shawnees aceptaron retirarse de la alianza francesa [11] .

La decisiva invasión británica de Nueva Francia fue una operación en tres ejes, que se inició en el otoño de 1759 con la salida desde Luisburgo de una flota que remontó el San Lorenzo en dirección a Quebec. Montcalm, convencido de que la meteorología estaba de su lado, optó por no entablar combate, pues esperaba que el San Lorenzo se helara antes de que llegaran los británicos. El plan salió mal: las tropas británicas desplegaron con más rapidez de lo esperado, evadieron las baterías de Quebec y atrajeron a los galos a una batalla en la llanura situada frente a las murallas de la ciudad. Montcalm ordenó un golpe frontal a la desesperada, que fue detenido en las llanuras de Abraham por las sincronizadas descargas de mosquetería de los británicos. Los franceses rindieron la ciudad el 18 de septiembre: una crucial victoria británica que pronto quedó enturbiada por los acontecimientos del sur, donde los cheroquis mataron a unos colonos surcarolinos. Estos, hambrientos de tierras, se habían infiltrado en territorio de los indios, en una flagrante violación de la soberanía de los cheroquis. La milicia de Virginia mató a 26 rehenes cheroquis y estalló un conflicto abierto. A pesar de sus malos antecedentes en la lucha con los indios, Carolina del Sur le declaró la guerra a los cheroquis de las montañas y capturó algunos rehenes. Los británicos liquidaron a 22 y, en respuesta, los cheroquis pusieron sitio a Fort Loudoun. Durante la toma del fuerte, mataron y capturaron a más de un centenar de colonos. Liderados por Atagulgalu, mataron al comandante del fuerte y a 22 soldados

británicos en represalia. La soberanía de la nación cheroqui quedó intacta[12].

El segundo eje del ataque británico contra Nueva Francia llegó en el otoño de 1760: marchó contra Montreal a través del valle del Hudson, el lago Champlain y el valle del Richelieu. El bloqueo británico detuvo a tres buques franceses de suministro mal protegidos, lo cual paralizó la campaña de Francia antes incluso de que comenzara. Los galos de Quebec esperaban con inquietud ver aparecer los mástiles río abajo. Al final, vieron llegar mástiles, pero ondeaban la Union Jack. En ese momento, los franceses supieron que Nueva Francia estaba perdida.

Amherst lanzó el tercer eje, un avance hacia el lago Ontario, al mismo tiempo que el segundo. La punta de lanza de su ejército se componía de 700 soldados de las Seis Naciones; William Johnson había conseguido su participación a cambio de pagar una cifra exorbitante, 17 000 libras esterlinas, para consternación de Amherst. Los británicos y los iroqueses tomaron con facilidad los expuestos fuertes galos y descendieron el San Lorenzo en dirección a Montreal en bateaux y en dos balandras armadas: la Onondaga y la Mohawk. Los franceses estaban atrapados en una tenaza que se cerraba poco a poco. Puede que Amherst despreciara a los iroqueses, pero conocía su valía. Su mera presencia indicaba a los angustiados indios y colonos de Montreal que la lucha sería rápida y relativamente incruenta. El 6 de septiembre, Armherst recibió a Louis-Antoine de Bougainville, emisario francés, en su cuartel general situado en las alturas que circundaban Montreal, desde donde habría podido reducir la ciudad a cenizas con facilidad. Amherst comunicó a Bougainville que había venido a por Nueva Francia y que «no se conformaría con menos»[13].

Ante la incapacidad de la milicia de Carolina del Sur de derrotar a los cheroquis, Carolina del Norte y Virginia despacharon efectivos en ayuda de la colonia. En el verano de 1761, los ejércitos británicos y provinciales quemaron unas veinte localidades cheroquis en represalia. Guiados por las madres de los clanes, los cheroquis aceptaron la paz y la cesión de territorio. La diplomacia y el poder militar de los nativos americanos decidieron el resultado de la Guerra de los Siete Años: millares de indios combatieron junto

con los británicos para derrotar a Nueva Francia y expulsar a los galos del continente. Así y todo, cuando llegó la paz, muchos se dieron cuenta que Norteamérica era ahora un lugar más peligroso para ellos. Numerosas naciones indígenas aprovechaban la presencia de dos imperios para forzar compromisos y concesiones. Peter Wraxall, secretario de Asuntos Indios de Nueva York, explicó la lógica a los dirigentes británicos: «Preservar el equilibrio entre nosotros y los franceses es el gran principio rector de la moderna política india», dijo. Se hacía eco de las tácticas de los catawbas en el Piedmont. Ahora, esa estrategia estaba finiquitada. Libres de rivales europeos, los británicos empezaron a tratar a los indios como súbditos[14].

En 1761, el sachem Minweweh de los ojibwes se dirigió a los oficiales británicos de Fort Michilimackinac y les dijo: «El rey francés es nuestro padre [...] ¡aunque habéis conquistado a los franceses, todavía no nos habéis conquistado a nosotros! No somos vuestros esclavos. Estos lagos, estos bosques y montañas nos fueron legados por nuestros antepasados». En el alto Misisipi, un soldado illini animó a un oficial francés: «Valor, padre mío, no abandones a tus hijos, los ingleses nunca vendrán aquí mientras quede un solo piel roja». Los agentes franceses necesitaban escasos estímulos. Nueva Francia y Luisiana ya no existían, pero en el continente seguía habiendo millares de comerciantes, granjeros y funcionarios franceses. En el País del Ohio y en el Pays d'en Haut, muchas naciones nativas creían que los ejércitos del rey de Francia volverían pronto. Los indios maniobraron sin descanso para restablecer algún tipo de presencia gala en Norteamérica que sirviera de contrapeso a la América anglosajona, envalentonada y expansionista[15].

Los esfuerzos fueron en vano. El Imperio británico había engullido a Nueva Francia y los franceses no volverían. Los funcionarios imperiales de Francia llevaron sus ambiciones al Caribe, lejos de la masa continental norteamericana. Ahora que los británicos eran la única fuente de comercio y apoyo político, el mundo quedó desequilibrado. Sin un contrapeso imperial, las colonias británicas podían imponer sus condiciones a las naciones indígenas desde una posición de poder sin precedentes, además de enfrentarlas entre sí,

del mismo modo que antes los indios confrontaban a británicos y franceses.

George Croghan —un comerciante fronterizo de origen irlandés, especulador de tierras, bebedor entusiasta y empedernido y ahora agente indio de los británicos— impuso una drástica reducción de donativos y degradó a los nativos americanos de aliados respetables a meras entradas en un libro de contabilidad. El gobernador de Georgia extorsionó abiertamente a los muscoguis: «Podemos cubriros de bienes como la inundación de un gran río cuando se desborda —les dijo, aunque a continuación les advirtió—: Sabéis que, sin nosotros, no os pueden ir bien las cosas, aunque nosotros no os necesitamos; habéis elegido a los franceses y sabéis que ellos no pueden cubrir vuestras necesidades». El gobernador conminó a los muscoguis a que «observasen a los choctaws y a muchas otras naciones del Misisipi —que— son más parecidos a esclavos que a pueblos libres». En una amenaza apenas velada, urgió a los muscoguis a «portarse bien» con los británicos [16] .

El Tratado de París, firmado en febrero de 1763 entre Francia y Gran Bretaña, oficializó la degradación de los nativos americanos con la entrega de las tierras de los indios de los Grandes Lagos a Gran Bretaña sin consultarlos. Con patente arrogancia imperial, el tratado dividió Norteamérica entre España y Gran Bretaña. Gran Bretaña estableció la frontera en el valle del Misisipi. El tratado transfirió más de 200 000 kilómetros cuadrados entre los Apalaches y el río Misisipi y España cedió sus posesiones en Florida y la costa del Golfo. Ahora, Gran Bretaña disponía de trece colonias en el Nuevo Mundo: algunas diminutas, otras enormes. Al escribir La riqueza de las naciones, Adam Smith recomendó que Gran Bretaña se deshiciera de sus colonias, pues gestionar un imperio que se extendía por los siete mares era demasiado costoso y extenuante.

El tratado también canceló por completo la antigua estrategia indígena de enfrentar entre sí a los imperios de franceses y británicos para extraer concesiones de ambos. Cuando los indios tuvieron noticia de sus cláusulas, quedaron sumidos «en la desesperación». Un sachem shawnee les comunicó a los franceses que, si se quedaban, los shawnees podían ofrecerles el apoyo de 47 aldeas. Pero la exhausta Francia aceptó la erradicación de Nueva Francia. No lamentó la pérdida de Canadá: la costosa diplomacia

india lo había convertido en una carga para el Estado galo. La orden jesuita abandonó Norteamérica y un gran número de colonos españoles evacuó Florida en dirección oeste. La Luisiana francesa se convirtió en la Luisiana española. Trece mil acadios, descendientes de los inmigrantes franceses que se establecieron en Acadia desde principios del siglo XVII y que sobrevivieron a varias deportaciones en masa, se dispersaron por la costa este y Luisiana, además de Gran Bretaña y Francia. Este giro radical dejó sin hogar y sin liderazgo a decenas de miles de personas. El rey de España, Carlos III, dudaba de si debía aceptar la Luisiana, repleta de indios independientes, cuando la población española total de todo el norte de América apenas sumaba unos 25 000. En vista de lo poco que los galos habían podido sacar de la colonia, el rey Carlos temía que fuera un saco sin fondo. Aunque los británicos fueran los grandes vencedores de la Guerra de los Siete Años, su posición estaba lejos de ser segura: más de un siglo y medio después de la fundación de Jamestown, sus asentamientos seguían confinados al lado este de los Apalaches. Al oeste de la cordillera, los británicos solo tenían pretensiones territoriales, no posesiones [17] .

En los inicios de la primavera de 1763, el general Amherst, ahora comandante en jefe de Norteamérica y enemigo inveterado de los indios —calificaba a los nativos americanos de «alimañas dañinas»— se negó a entregar regalos a los líderes indígenas o a liberar a los prisioneros de guerra odawas. Los odawas y sus aliados se prepararon para ir a la guerra en defensa de su soberanía, civilización y dignidad. Las Seis Naciones enviaron cinturones de guerra por todos los Grandes Lagos inferiores y les urgió a unirse a ellos en la época en que el maíz estuviera plantado. A finales de primavera, el ogimaag guerrero Pontiac, de los odawas, celebró consejo con representantes de los anishinaabegs, potawatomis, lenapes, ojibwes, shawnees, wyandots y senecas-cayugas, a unos 16 kilómetros al sur de Fort Detroit. Pontiac, líder astuto y audaz, apeló al temor compartido de los indios a la agresión británica y a su sentimiento de parentesco, arraigado en los antiguos linajes nindoodemag, que cubrían la mayor parte de la región de los Grandes Lagos. Les impelió a expulsar de su mundo a los letales y arrogantes británicos.

Otras naciones nativas se movilizaron para preservar su poder y soberanía en un escenario colonial unipolar en el que los británicos podían imponer a los nativos americanos sus nociones de pertenencia y soberanía, basadas en fronteras inflexibles y dominios exclusivos. Las Seis Naciones adoptaron la vieja estrategia francesa de contener los asentamientos británicos en la costa. Otras naciones se enfrentaron directamente al Imperio británico. Afrentados y vulnerables, miles de soldados nativos se sumaron a una guerra general que abarcó todo el interior, desde el valle del Susquehanna al Misisipi. Era una lucha por la supervivencia contra los colonos británicos que avanzaban al oeste, en abierta violación de la soberanía indígena. Los funcionarios británicos no podían hacer nada por detener a los colonos, lo cual evidencia la naturaleza improvisada del imperio norteamericano de Gran Bretaña al oeste de los Apalaches. Los indios también protestaron contra su radical pérdida de estatus político en la Norteamérica de posguerra. La prolongación de la contienda paralizó casi por completo el comercio y los esenciales vínculos entre colonos e indios se volvieron peligrosamente frágiles. A los funcionarios británicos no parecía importarles. Ahora, iban a imponer su voluntad a los indios. Altiva y autoritaria, Gran Bretaña mantuvo a su Ejército en campaña y sus oficiales despreciaban los protocolos diplomáticos indígenas. Los colonos británicos empezaron a llamar a los indios «perros» y «puercos». Pensaban que podían ignorar sin más las demandas de los nativos **[18]**.

Los indios respondieron en consecuencia. En el País del Ohio, Neolin, un profeta lenape, anunció que había viajado al cielo, donde había hablado con el creador y que este le había dado instrucciones para expulsar a la gente blanca de las tierras indias. De regreso a la tierra, Neolin empezó a predicar las diferentes creaciones de la humanidad. El Amo de la Vida había creado varios tipos de personas —indios, negros y blancos— para cada región del mundo, aunque los europeos habían destruido ese designio divino con la colonización de América. El mensaje de Neolin contenía estrictas categorías raciales. Aunque se basaba en algunas enseñanzas e ideas cristianas, quería que los nativos americanos renunciaran al dios europeo, a sus bienes y a sus ideas acerca de la tierra. Pretendía que adoptaran una forma de vida más pura.

Aspiraba incluso a que los soldados nativos abandonaran la tecnología europea y volvieran al armamento nativo tradicional para ser autosuficientes cuando llegara la guerra. El plan de Neolin era paciente: todos sus soldados debían superar siete años de entrenamiento. Neolin, en sus prédicas en las inmediaciones de Fort Detroit, profetizó un nuevo mundo sin colonos británicos, sin enfermedades ni alcohol, el cual estaba arruinando y matando a un sinnúmero de indios. Los comerciantes llevaban brandy y ron a sus clientes nativos; se estima que, hacia la década de 1760, el consumo anual de ron en el Pays d'en Haut superó los 900 000 litros. Neolin quería que los indios emprendieran una guerra sobrenatural para salvarse: «Debéis retornar a ese estado feliz de antaño, en el que vivíamos en paz y abundancia, antes de que esos forasteros vinieran a turbarnos, y, sobre todo, debéis absteneros de beber su mortífero beson [licor] que nos imponen para incrementar sus ganancias y reducir nuestro número». El mensaje de purificación de Neolin llegó a numerosas naciones —chippewas, miamis, odawas, potawatomis, shawnees y wyandots—, que también tenían sus propios profetas[19].

Capítulo 21

Guerras de independencia mundanas y ultramundanas

Pontiac emprendió una guerra de este mundo que complementara la contienda ultramundana de Neolin. El líder odawa invocó al héroe mítico anishinaabeg Nanabozho, una gigantesca liebre embaucadora que cambia de forma. Los británicos supieron por medio de espías que los indios creían que el imperio «pretendía esclavizarlos a todos, mediante la toma de numerosos puestos en su país, por lo que debían intentar algo ahora, para recuperar su libertad». A primeros de mayo de 1763, Pontiac invitó a odawas, ojibwes, potawatomis y wyandots a un consejo en el que habló de la arrogancia británica y de la negativa de los colonos ingleses a aceptar las políticas del terreno intermedio. Pontiac, tras explicar la historia de Neolin, retó a su audiencia: «¿Por qué toleráis a los blancos en vuestras tierras? ¿Se debe a que no podéis vivir sin ellos?». Las ambiciones indígenas en el corazón del continente estaban expandiéndose más allá de la mera supervivencia [1] .

La pregunta de Pontiac era incisiva: el acceso a las armas de fuego y a la pólvora constituía ahora el factor decisivo en muchas de las contiendas indio-coloniales de Norteamérica. Poco después del consejo, Pontiac reclutó a 300 soldados y atacó Fort Detroit. Con ello, desencadenó una escalada bélica que agravó una situación ya de por sí cargada de violencia. El contingente nativo no logró tomar el fuerte, que estaba bien defendido, y lo sometió a asedio. Pontiac despachó mensajeros que llevaron cinturones de guerra de nación a nación, lo cual provocó ataques en todo el Pays d'en Haut. En el transcurso de tres meses, odawas, lepanes, ojibes, shawnees, senecas-cayugas y cheroquis asaltaron fuertes y guarniciones británicas y acabaron con no menos de 2000 colonos. Capturaron ocho fuertes y forzaron el abandono de dos más. Solo tres —Pitt, Detroit y Niagara— mantenían la presencia del Imperio británico en el interior y cada uno de ellos distaba de los demás entre 650 y 800

kilómetros; eran puntos aislados en un país indio. A todos los efectos, el sistema de fuertes era el imperio que las fuerzas británicas habían establecido en el oeste durante la Guerra de los Siete Años. Sus aliados indios barrieron la mayor parte de dicho imperio. Una vez corrió el rumor de que los soldados nativos vestían uniformes y medallas francesas, los británicos pasaron del temor al pánico: Pontiac combatía para hacer retroceder el reloj y restablecer la presencia gala en el continente. A finales de junio de 1763, los soldados de Pontiac pusieron sitio a Fort Pitt, una posición de importancia estratégica crucial en la confluencia del Monongahela con el Allegheny. Guarniciones y puestos cayeron como fichas de dominó. Los indios mataron a alrededor de un centenar de comerciantes ingleses. Fort Augusta, una posición defensiva en la región del alto Allegheny, quedó en manos de los nativos [2] .

Con los británicos concentrados en sus tres fuertes restantes, Pontiac redobló los esfuerzos contra Fort Detroit. A principios del verano, los británicos empezaron a enviar exploradores, cañoneras y bateaux al expuesto fuerte. La batalla terrestre se transformó en combate anfibio. Los indios, que ahora sumaban más de 800 efectivos, asaltaron las flotas de socorro y, con el tiempo de su lado, prosiguieron el asedio. Pontiac estableció una base 3 kilómetros al este. Los indios dejaron fuera de combate una balandra de seis cañones y capturaron varias embarcaciones de menor porte. En verano detuvieron un convoy de suministro y asesinaron o capturaron a unos 60 hombres. Pese a todo, Pontiac comprendió que no podía tomar el fuerte. El punto muerto descorazonó a sus seguidores, que empezaron a marcharse. Jeffrey Amherst, inveterado enemigo de los indios, estaba envalentonado: «Deseo que no se hagan prisioneros, si alguno de los villanos es hallado con armas». Sin embargo, las noticias de otros sectores no eran tan animosas para los británicos. En Fort Pitt, los defensores estaban aterrados; centenares de colonos habían acudido a refugiarse en sus abarrotados alojamientos. «Estamos tan hacinados en el fuerte que temo una enfermedad —escribió el comandante—. La viruela está entre nosotros» [3] .

Los indios aliados desplegados ante los muros de Fort Pitt exigieron a los británicos que abandonaran el bastión. Estos, alarmados por el

grado de cooperación de los indígenas, estaban cada vez más desesperados. Después de largos parlamentos, los soldados británicos entregaron a los indios dos mantas y un pañuelo de su hospital de viruela, con intención de que causara «el efecto deseado». Dos semanas antes, Amherst había preguntado por carta al coronel Henry Bouquet: «¿Podría organizarse el envío de la viruela a esas tribus de indios desafectos? Debemos, en esta ocasión, emplear toda estratagema en nuestro poder para reducirlos». Ante la respuesta afirmativa de Bouquet, Amherst contestó: «Haría bien en intentar inocular a los indios por medio de mantas, así como probar cualquier otro medio que sirva para extirpar esta raza execrable». No hay duda alguna acerca de lo ocurrido: el gobernador general Amherst exigió usar guerra biológica [4] .

Durante todo este tiempo, los vigías, soldados e informadores nativos de Pontiac le habían estado proporcionando información de los planes bélicos británicos. El 31 de julio, al mando de un grupo de casi 250 soldados, Pontiac emboscó a una columna británica en un paso de Parent's Creek. Sus hombres dispararon numerosas descargas contra las tropas expuestas, que eliminaron o hirieron a docenas. El combate pronto fue conocido como «Bloody Run» [arroyo sangriento]. La noticia de la desbandada electrizó al país indio. Los odawas y ojibwes enviaron soldados y los shawnees golpearon nuevos asentamientos británicos no autorizados al oeste de los Apalaches, donde hicieron cautivos y propagaron el terror [5] .

Unos 480 kilómetros al noroeste, un reducido grupo de ojiwbes del estrecho de Mackinac visitó a primeros de junio Fort Michilimackinac. Pontiac los había animado a hacerlo; al parecer, estaba orquestando una significativa expansión de la guerra de independencia indígena. El grupo de ojibwes incluía tanto mujeres como hombres, lo cual parecía anunciar intenciones pacíficas. «Todo parecía en perfecta calma», informó más tarde el comandante Robert Etherington, jefe del fuerte. Las mujeres y algunos hombres descansaban en el interior, mientras otros «se pusieron a jugar a la pelota» —lacrosse— frente a los muros. Jugaron durante horas, lo que reforzaba la sensación de tregua distendida. Entonces, de repente, lanzaron la pelota cerca de la puerta. Los jugadores hicieron como si fueran a buscarla, pero, en lugar de ello, agarraron

a Etherington y a su ayudante y los arrastraron a los bosques. En el interior del fuerte, las mujeres nativas sacaron hachuelas de las mantas y se las entregaron a los hombres, que mataron a quince soldados británicos y a un comerciante. Los ojibwes habían emitido un aviso mediante la violencia.

Los británicos supervivientes fueron hechos prisioneros. Es revelador que los ojibwes dejaran quedarse al personal francés del fuerte: todavía esperaban que los galos regresaran. Poco después, llegó un contingente odawa. Parecía ignorar el papel de Pontiac en el ataque. Según Etherington, los ojibwes «declararon en consejo [a los odawas] que si no nos echaban [a los británicos] del fuerte, cortarían toda comunicación con el puesto, lo cual destruiría todos los convoyes de mercaderes de Montreal, La Baya, St. Joseph y los puestos de la región superior». Bajo la amenaza de una escalada bélica, los ojibwes tuvieron que hacer una difícil elección entre prioridades estratégicas y emotivas: al igual que la mayoría de indios del Pays d'en Haut, querían liberar sus tierras de los arrogantes británicos, pero también necesitaban preservar la vital línea comercial en Fort Michilimackinac [6] .

Los británicos podrían haber ganado la guerra contra Pontiac en el verano de 1763 si Amherst hubiera sido más flexible y hubiera aceptado a los auxiliares nativos. Los nativos americanos eran la clave de todas las posibles victorias de los británicos, lo cual hacía a William Johnson, no Amherst, el mando británico más importante del continente. Amherst se quejó sin mucho énfasis del «presente estado alterado de los asentamientos de la frontera». En respuesta, Johnson le ofreció 300 soldados de las Seis Naciones, lenapes, shawnees y miamis. Amherst no estaba interesado. Parecía haber perdido su aptitud táctica. Al contrario que en la Guerra de los Siete Años, en la rebelión de Pontiac las tropas británicas no tuvieron la iniciativa. El esfuerzo bélico británico fue defensivo, lo cual benefició a los indios, que podían vivir sobre el terreno. Desde la perspectiva de los mandatarios británicos de Londres, la indecisión de Amherst había causado un desastroso alargamiento del conflicto. El general recibió orden de volver a Inglaterra en agosto de 1763. Con su marcha, sin embargo, el esfuerzo bélico británico no fue más proactivo. Benjamin Franklin retrató el ánimo general al escribir:

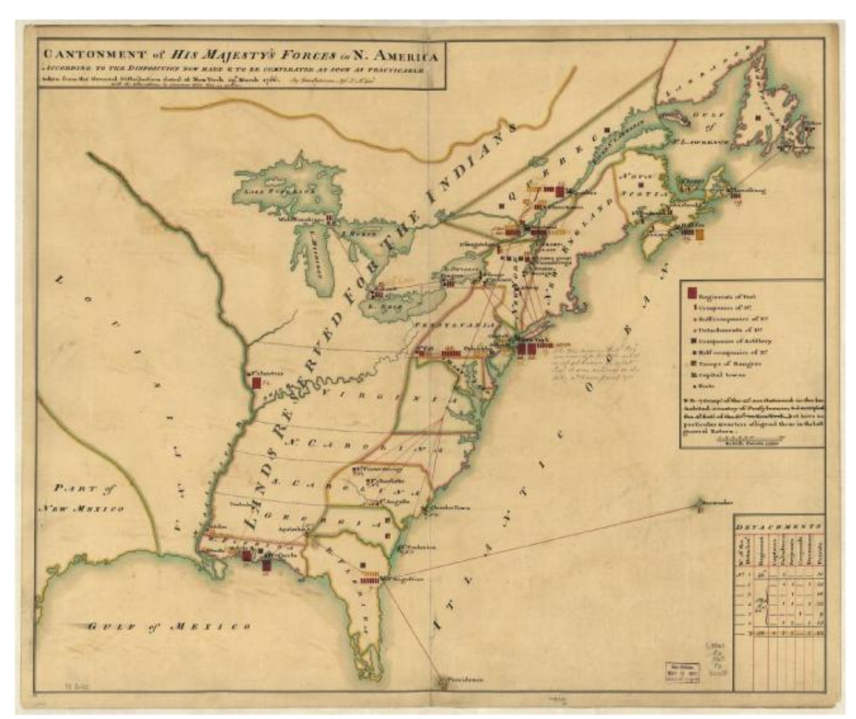
«No conozco nada tan susceptible de provocar una disputa seria con los indios como una invasión de su propiedad. Dejemos que los salvajes disfruten en paz de sus desiertos». En noviembre, los angustiados funcionarios británicos invitaron a 900 enviados de los chickasaws, choctaws, cheroquis y muscoguis a una conferencia en la que les garantizaron su intención pacífica[7].

Desde la perspectiva de Londres, su recién adquirido territorio norteamericano era, al mismo tiempo, una ventaja y una carga. El imperio de Gran Bretaña era de carácter marítimo y le costaba adaptarse a un entorno territorial. La solución de Londres a este problema, la Proclamación Real de octubre de 1763, solo complicó las cosas. Creó una frontera y una zona de tapón entre los territorios de británicos e indígenas a lo largo de la cresta de los Apalaches, que oficializaba la división en dos mundos separados de la mitad oriental del continente. Los funcionarios británicos calificaron la proclamación de instrumento de paz y estabilidad; Johnson creía que, con el respaldo del poder iroqués, «daría lugar a una Pax Britannica para Norteamérica». Sin embargo, sus repercusiones fueron mucho más ambiguas para los nativos de las Américas. La proclamación, hecha con la intención declarada de proteger las tierras indígenas mediante la prohibición de que los colonos británicos cruzaran los Apalaches, fue vista por numerosos nativos americanos como un rechazo, como un intento de aislarlos de los europeos y sus mercados. La Compañía de las Tierras del Misisipi [Mississippi Land Company], fundada para acelerar los asentamientos coloniales en los valles del Ohio y del Misisipi y proteger a los colonos de «las agresiones de los salvajes, con asistencia de las fuerzas de Su Majestad», solo contribuyó a distanciar aún más a los indios. Durante generaciones, el comercio de la frontera había sido un pegamento generador de riqueza que fusionó a indios y europeos y ahora corrían peligro de quedar separados. Una vez los bienes comerciales —armas de fuego, pólvora, plomo, telas, calderos, herramientas de metal y tabaco— dejaron de fluir, el frágil hilo de la cooperación podía romperse. Mientras que el Onontio francés aceptaba a los indios como aliados y parientes, la Proclamación Real los reducía a la condición de súbditos del imperio. La proclamación parecía consolidar la división del continente en dos Américas —la nativa y la no nativa—,

destinadas a existir en planos separados, lo cual cumplía, sin pretenderlo, la gran ambición de Neolin de dos mundos separados.

En su intento de equilibrar fundamentos mundanos y ultramundanos, los indios estaban sumidos en un dilema y los acontecimientos empezaron a volverse en su contra. El commandant francés del País de Illinois se negó a apoyar la causa indígena en la guerra del interior y la coalición de Pontiac empezaba a dar muestras de fatiga. Por fin, el sachem levantó el sitio de Fort Detroit el 10 de octubre de 1763 y ofreció una tregua. «Hermano mío —escribió al comandante Henry Gladwin, jefe del fuerte, empleando una potente metáfora de parentesco—, mi padre me dice que haga la paz, cosa que acepto; todos mis jóvenes han enterrado sus hachas». Pontiac quería que ambos bandos perdonaran y olvidasen. Ignoraba que al fuerte solo le quedaba harina para dos semanas [8] .

El nuevo comandante en jefe de las fuerzas británicas, el general Thomas Gage, planeó aprovechar la retirada de Pontiac con un golpe en dos fases durante la primavera de 1764. La primera partiría desde Fort Niagara: las tropas navegarían hasta Fort Detroit, desde donde tendrían a su alcance las localidades de lenapes y shawnees en el País del Ohio. Allí someterían a Pontiac. La campaña estuvo liderada por el coronel John Bradstreet, que disponía de 1400 regulares y más de 600 indios de las Seis Naciones, odawas, ojibwes, nipissings y mississaugas, que aspiraban a comerciar con los británicos, la potencia mercantil dominante tras la marcha de los franceses. El segundo ataque sería una invasión directa del País del Ohio desde Pensilvania. Comandada por el coronel Henry Bouquet, incluía unos 1200 efectivos y un destacamento de exploradores. En aquella época, había alrededor de 38 000 indios en el País del Ohio.



«Acantonamiento de las fuerzas de Su Majestad en N. América» (1766). Library of Congress, Geography and Map Division.

Bradstreet no estaba a la altura de la misión encomendada, del mismo modo que Braddock no estaba a la altura de la suya. Con tantos aliados nativos en su ejército, Bradstreet debía ser, a la vez, jefe militar y diplomático. No era esto último, ya que trataba a los indios como subordinados, por lo que, muy pronto, le fue abandonando un grupo tras otro de soldados nativos. Bradstreet se reunió con enviados de los odawas, ojibwes, wyandots y potawatomis. Estos convencieron al infortunado coronel para que firmara con ellos un tratado de paz. Bradstreet pidió a Bouquet que anulara su expedición hacia el País del Ohio. Bouquet estaba atónito: un oficial subordinado cancelaba su expedición tras aceptar un tratado que era dudoso en el mejor de los casos. En Fort Detroit, Pontiac izó la bandera blanca de Francia para ridiculizar el acuerdo. Bouquet prosiguió el avance a pesar de la petición de Bradstreet, pero los soldados shawnees, lenapes, miamis, senecas-cayugas y wyandots sabían que venía. Los indios, desde una altura cercana a Bushy Run Creek, detuvieron al contingente de Bouquet con un

incesante fuego de mosquetería. Los soldados y oficiales británicos sabían que Gran Bretaña tendría que negociar para escapar de una derrota completa [9] .

Los colonos británicos también estaban sufriendo y se sentían cada vez más indignados. Tras soportar el grueso de los asaltos nativos, esperaban ser recompensados con tierras y protección imperial, pero, en lugar de ello, muchos tuvieron que abandonar sus asentamientos, pues estaban en el lado equivocado de la línea arbitraria creada por la Proclamación Real de 1763. Si en algún momento hubo alguna fe genuina en la posibilidad de coexistencia pacífica en las fronteras de los Apalaches, esta fue destruida por las acciones de los «Muchachos de Paxton». Estos eran una milicia de autodefensa formada por colonos irlandeses de origen escocés. Enfurecidos por la rebelión de Pontiac, en el otoño e invierno de 1763-1764 propagaron el terror en el valle del Susquehanna y liquidaron a indios locales en una campaña de abierto genocidio. Los conestogas, un grupo multiétnico de refugiados indios, sufrió en particular el odio de los Muchachos de Paxton. El 14 de diciembre, una banda de unos 50 hombres de Paxton se lanzaron, borrachos y a caballo, sobre una localidad conestoga cerca de Lancaster, Pensilvania, y asesinaron a seis personas. El día 27 regresaron, de nuevo, con 50 efectivos. En menos de quince minutos, descuartizaron a catorce conestogas, ocho de ellos niños. La única razón de la matanza, al parecer, era su arraigado odio a los indios. En 1764, 500 paxtonianos marcharon sobre Filadelfia para presionar e intimidar al gobierno de la colonia. El pacifismo de la colonia, ya muy endeble, se desmoronó del todo y empezó a ofrecer premios por cabelleras indias: 134 dólares por hombre, 130 por mujer y 50 por un niño. Los funcionarios británicos parecían impotentes para detener a la milicia de autodefensa, que desafiaba de forma abierta a las autoridades y a las leyes británicas en Filadelfia, posiblemente, la ciudad más importante de Gran Bretaña en Norteamérica [10] .

El Imperio británico en Norteamérica estaba en crisis y Johnson y Gage, los principales mandos británicos, tenían que idear una estrategia para salir de la rebelión de Pontiac. Johnson, como era de esperar, situó a las Seis Naciones en el centro de su proyecto de

futuro. Si «hubiéramos apoyado como es debido» a las Seis Naciones, argumentó, «hace tiempo que habrían puesto punto final a la colonia del Canadá». Las Seis Naciones, tras expandir su poder durante la rebelión de Pontiac, reclamaban ahora «por derecho de conquista», un vasto dominio que se extendía desde la cordillera Azul hasta el valle del Ohio y cubría la mayoría de los Grandes Lagos inferiores. Aunque unidas y vigorizadas por la Gran Liga de Paz y Poder, las Seis Naciones nunca se habían consolidado en un imperio militar de pleno derecho. Pese a todo, después de un siglo de expansión territorial, habían conocido una serie de momentos imperiales. Aquel fue uno de ellos.

Lejos de apagarse poco a poco, la rebelión de Pontiac se estaba transformando en una contienda panindia. Los funcionarios británicos, para mitigar el resurgir iroqués, tuvieron que ofrecerles un comercio regulado y generoso y prohibir el tráfico de ron y la venta de tierras. Johnson advirtió de que «no existe posibilidad de expulsar con rapidez a los indios del norte y, aun cuando esto fuera posible, tal cosa destruiría nuestro comercio». Demasiado débiles para controlar la situación, los británicos necesitaban impedir a los indios unirse en una confederación todopoderosa. «Cada confederación, con la cual hacemos la paz, garantiza por separado a los ingleses un comercio seguro y libre paso a través de sus diversos países», aconsejó Johnson. Al tratarlos por separado, explicó Johnson, «podremos impedirles establecer entre ellos una unión demasiado firme»[11].

El anhelo británico de paz se intensificó aún más en 1764, una vez que Pontiac y otros líderes nativos expandieron sus operaciones al sur, al País de Illinois. Aunque los franceses habían firmado el Tratado de París, en el que renunciaban a su teórica posesión del País de Illinois, no actuaron en consecuencia. Siguieron seduciendo a los indios con regalos y mercancías y sus convoyes de pirogues [piraguas], cargados de armas de fuego, pólvora y otros bienes, seguían remontando y descendiendo el Misisipi, en apoyo del esfuerzo bélico indígena. Los choctaws, tunicas, avoyelles y mosopeleas entraron en guerra directa con los británicos y los presionaron para que dejaran de ocupar el País de Illinois. La región empezó a ser peligrosa para los británicos, lo cual animó a los indios a emplear un arma probada: los rumores. En muy poco

tiempo, los británicos tuvieron que ocuparse de destacamentos fantasma, estratagemas secretas y movilizaciones imaginarias, lo cual permitió a los indios de carne y hueso enviar cinturones de guerra a sus aliados a lo largo del río. Envalentonado por el apoyo de los choctaws y de los indios del País de Illinois, Pontiac prometió seguir luchando. Los británicos, por su parte, también lo hicieron. En sus documentos oficiales, la palabra «tribu» empezó a reemplazar al término «nación». Esto situaba a los indios varios grados por debajo en la escala imaginaria de desarrollo de las civilizaciones. En mayo y junio, los indios tomaron una guarnición tras otra y detuvieron el esfuerzo bélico británico. La coalición de Pontiac había inmovilizado a la mayor potencia militar del mundo por medio de una guerra y de una diplomacia flexibles [12] .

Sin embargo, la contienda no había terminado. Gage pasó al ataque. No habían aprendido nada, pues su ofensiva tuvo un inquietante parecido con la campaña anterior. Volvió a ser una invasión en dos fases liderada por el torpe Bradstreet y el mesurado Bouquet. El contingente de Bradstreet marchó en primer lugar en dirección a los Grandes Lagos. Su misión no era combatir, sino obtener la sumisión de los restantes grupos guerreros. Su contingente semejaba una extraña procesión. En su mayoría eran provincianos sin entrenamiento y regulares achacosos y Bradstreet se limitó a aceptar el sometimiento de los indios, sin verificar si este era auténtico. Hombre iluso y ambicioso, no tardó en verse como el gran señor de un feudo propio en los Grandes Lagos. A su llegada a Detroit, Bradstreet se enfureció al hallar solo un cinturón de wampum de Pontiac, del cual esperaba que acudiera en persona a someterse. Bradstreet tomó un hacha y partió en pedazos el cinturón, un acto que borró la última autoridad que todavía ejercía sobre los indios. Abandonó su artillería y volvió a duras penas con sus hombres hambrientos a Fort Niagara. Bouquet, mientras tanto, recibió ofrecimientos de paz de los shawnees y lenapes. Estableció su puesto de mando junto al río Muskingum, en el corazón del país indio [13] .

Los indios del Ohio no tardaron en tener noticia de la cuidadosa diplomacia de Bouquet. Estos, después de ocho años de guerra casi constante, ansiaban retornar a la normalidad. Muy pronto surgió un sincero impulso colectivo hacia la paz. Plenamente conscientes de

que no podían obligar a los indios a rendirse, los británicos fijaron sus esperanzas en Pontiac. La poderosa Confederación Wabash, formada por kickapoos, mascoutens, miamis, piankashaws y weas, solicitó a Pontiac que los representara en la negociación de un tratado con los británicos. Fue un punto de inflexión decisivo, que inclinó hacia la paz a la mayoría indígena. Las líderes wabash impelieron a sus homólogos masculinos a «escuchar el discurso de las esposas […] [y] olviden todo insulto proferido por esas naciones» [14] .

Gage, un hombre cauteloso a quien sus hombres llamaban «la Vieja», pidió a Johnson que organizara una conferencia de paz en Fort Niagara a principios de julio de 1764. Johnson despachó mensajeros por todo el Pays d'en Haut y diecinueve naciones nativas mandaron delegados al fuerte. Johnson, tras años de representar a las Seis Naciones, sabía cómo aplacarlos. Liberó varios cautivos y pidió a los indios que hicieran la paz. A cambio, les prometió restablecer el comercio en el interior y prohibir la venta de alcohol para restituir la confianza india en los británicos después de los horrendos métodos de Amherst. Johnson distribuyó regalos por valor de 38 000 libras, una cifra mareante. Gracias a Johnson, el Imperio británico compró la paz a varias naciones indígenas [15] .

Pontiac, relegado tras el decepcionante final del asedio de Fort Detroit, se erigió ahora en el nativo americano indispensable. Se metamorfoseó y se reinventó a sí mismo, como hizo Anishinaabe: pasó de ser un nativista ogimaag, a un negociador y un sachem cooperante. Los funcionarios británicos, conscientes de su magnetismo, empezaron a ensalzar su sabiduría y humanidad y crearon así una imagen, cierta solo en parte, de mediador y de líder de la alianza. Gage lo describió como un hombre astuto que «dispone de dos secretarios, uno que escribe para él y otro para leer las cartas que recibe y consigue que uno ignore lo que el otro traduce, y que los dos desconozcan las transacciones del otro».

Una vez fijada la arquitectura básica del mundo de posguerra, durante la primavera y verano de 1765 surgieron por todo el interior consejos de paz locales. A primeros de mayo, el agente indio George Croghan negoció con éxito con los shawnees, que devolvieron varios cautivos; esto hizo posible la paz. Los enviados

nativos dejaron claro que la paz no significaba capitulación. A finales de junio, Pontiac visitó Fort Erie, donde fumó el calumet y compartió una botella de vino con el comandante Robert Rogers. Poco después, Croghan se reunió con varias naciones que aceptaron una paz general si se restablecía el comercio. Johnson prometió a los sachem de odawas, potawatomis, ojibwes y wyandots un trato comercial generoso. La resistencia indígena obligó a los británicos a adoptar en sus posesiones norteamericanas la forma tradicional: en lugar de un imperio terrestre intrusivo, seguiría siendo un imperio marítimo, encarado al este, hacia el Atlántico [16] .

De igual modo, Johnson se reunió en su finca con los indios del País del Ohio, no lejos de Canajoharie, «castillo de arriba» para los mohawks. «Los ingleses nunca os han dado motivo para sospechar que violarán la fe de los tratados», anunció, falazmente, y les impelió a ser «hijos del Gran Rey» y «obedecerle y actuar de un modo diferente a como habían hecho hasta entonces». Los enviados de las otras naciones imitaron a Benavissica y presionaron a los funcionarios británicos para que resucitaran el terreno intermedio que había predominado entre los pueblos nativos y los franceses desde el siglo XVII hasta principios del XVIII. El sachem quería que Johnson asumiera el rol de Onontio: un padre afectuoso que ama y cuida a sus aliados indios. Johnson encajó en este papel con toda naturalidad.

Pontiac, que afirmaba hablar en nombre de numerosas naciones, dijo: «Mi Padre de Francia estaba en este país, le tomé de la mano y nunca obró ninguna mala acción». Hizo una promesa: «En este día, os tomo de la mano en nombre de todas la Naciones que represento». Pontiac aceptó como padre al monarca británico. Consciente de su delicada situación, insistió en una sola condición: al igual que los franceses antes de él, los británicos no debían reclamar la posesión de las tierras alrededor de sus fuertes en el País de Illinois. Los británicos serían arrendatarios en territorio indígena. Los funcionarios británicos aceptaron la petición, pues consideraban que podrían ignorarla una vez los indios regresaran a su casa. Para bien o para mal, las conversaciones resucitaron el terreno intermedio y sus ingeniosos compromisos, medias verdades y evasivas. La distancia entre los indios y los británicos era, en muchos aspectos, más amplia que una década antes, en el momento

del inicio de la guerra. Como también lo era la distancia entre Gran Bretaña y sus súbditos americanos. Pitt anunció que «en una buena causa, sobre bases sólidas, la fuerza de este país puede aplastar América y reducirla a átomos»[17].

Pontiac no supo interpretar la situación. Creía que el maltrecho terreno intermedio había resucitado, lo cual le permitiría reunir una perdurable comunidad indígena que sirviera de contrapeso al Imperio británico. Sin embargo, la mayoría de los indios no compartía su idea y rechazaba su estatus ficticio. Los británicos dejaron de cubrirlo de regalos y sus seguidores lo abandonaron. Frustrado y marginado, en el verano de 1766, Pontiac apuñaló a un sachem illini en una conferencia de paz. Eso debilitó aún más su ya frágil posición[18].

Capítulo 22

Una segunda muralla china

Sir William Johnson se estaba muriendo. Había sido el agente principal del único imperio europeo de Norteamérica y quería asegurar su legado en el poco tiempo que le quedaba. Pontiac viajó hasta Johnson Hall, residencia y puesto de mando de Johnson en la colonia de Nueva York, para firmar un tratado en nombre de sus seguidores. Este estipulaba que los indios «debían rendir la debida obediencia y sumisión, en la medida en que ello sea compatible con los derechos de los indios nativos». Con discreción, Johnson retiró las pretensiones británicas de soberanía absoluta sobre los nativos americanos. Al fin, después de tanto tiempo, era posible una paz genuina [1] .

En noviembre de 1768, Johnson invitó a más de 3000 representantes iroqueses, lenapes, shawnees y senecas-cayugas a Fort Stanwix, en Nueva York, para planificar el futuro de posguerra. Los iroqueses habían mantenido su neutralidad casi toda la Guerra de los Siete Años y solo se comprometieron con los británicos hacia el final, cuando su victoria era cierta. Johnson, su aliado más importante, experimentó un ascenso meteórico durante la contienda y ahora estaba entregado a complejas misiones diplomáticas en el País del Ohio, donde la obsesión colonial por las tierras alimentaba por igual la especulación y la ira entre colonizadores e indios. Johnson recibió orden de Whitehall de renegociar las fronteras de las Seis Naciones. Antes de la conferencia, les avisó de que no se permitiría la participación de mujeres, lo cual suponía una violación de protocolos diplomáticos de siglos de antigüedad [2] .

Así y todo, como en tantas otras cumbres nativo-coloniales de las décadas precedentes, las conversaciones de Fort Stanwix siguieron las convenciones de la diplomacia de la Cadena de la Alianza. «Trataré con toda la gente a su manera —comenzó Johnson—. Vuestros antepasados, desde los tiempos originarios, ordenaron y

recomendaron observar un conjunto de reglas, que establecieron para que las sigáis». Los funcionarios británicos limpiaron la sangre y el sudor con cinturones de wampum y comunicaron su pesar «por las numerosas pérdidas» sufridas por los indios. El sachem Canaghquieson, de los oneidas, respondió de la misma manera. Pero, entonces, para desconcierto de los indios, el tono cambió. Johnson mostró un nuevo mapa que reducía drásticamente el domino iroqués. De un plumazo, las Seis Naciones y otras naciones nativas cedieron a Gran Bretaña cerca de 80 000 kilómetros cuadrados del País del Ohio. En compensación, los indios recibirían bienes por valor de 10 000 libras. Un enviado de las Seis Naciones, cara a cara con Johnson, apeló a su historia compartida: «Ahora, hermano, tú, que conoces todos nuestros asuntos, debes comprender que nuestros derechos van mucho más allá en dirección sur». Los británicos atendieron a sus reproches y, acto seguido, apilaron bienes sobre una mesa mientras los sachem firmaban los acuerdos. Poco tiempo después, se desató una fiebre de tierras.

Los shawnees partieron de inmediato hacia el País del Ohio. Reportaron a sus aliados que Johnson había admitido la posibilidad de que las Seis Naciones no tuvieran autoridad para ejecutar una transferencia de tierras de semejante escala. Los shawnees se atrincheraron en el valle del Ohio y advirtieron de que allí los agrimensores británicos no estarían seguros. La escalada de amenazas, rumores, asesinatos y peleas desembocó en una guerra que nunca fue declarada. Johnson, al servicio de un imperio fantasma en descomposición, maniobró a la desesperada para eliminar a los shawnees y a sus aliados. Casi lo consiguió. Los shawnees se retiraron y se replegaron sobre sí mismos. Algunas influyentes mujeres shawnees, en representación de varios clanes, abogaron por la paz y la neutralidad política. Cuando los mercaderes franceses de Detroit les enviaron cinturones de guerra, las mujeres intervinieron. Los shawnees «excavaron un hoyo en el suelo y los enterraron para que nunca más resurgieran» [3] .

El Tratado de Fort Stanwix anunció un nuevo mundo, pero no era ni el que quería Johnson ni los indios. A partir de ese momento, sería la tierra, no el comercio o las alianzas, lo que definiría las relaciones entre los nativos americanos y los británicos de América. Durante la década de 1760, llegaron cada año alrededor de 15 000

inmigrantes: británicos, escoceses, irlandeses, alemanes y otros. El precio de la tierra se disparó y avivó la incertidumbre y el resentimiento. Era habitual que las familias de la colonia tuvieran de ocho a doce hijos, pero solo uno podía heredar las posesiones familiares. El resto estaba destinado a ser aparcero de los señores terratenientes. Nueva Inglaterra se expandía a un ritmo anual de dieciocho nuevas localidades y millares de neoyorquinos se instalaron en los valles del Mohawk y del Hudson. Los pensilvanos —entre ellos Daniel Boone— cruzaron ilegalmente la divisoria de la Proclamación Real. Se adentraron en el País del Ohio y viajaron en barcazas hasta las tierras que denominaron Ohio y Tennessee. El general Gage, que todavía era el comandante de las fuerzas británicas en Norteamérica, consideraba que la causa del problema era la corrupción sistémica: «Hombres interesados fomentan tales intromisiones».

La América británica desbordaba sus fronteras y estaba perdiendo su legitimidad a ojos de los nativos. El terreno intermedio diplomático, tras el breve resurgir de la rebelión de Pontiac, se tambaleaba. Attakullakulla, un enérgico líder de los cheroquis, presionó a los líderes británicos para que mediaran en los agravios al País del Ohio, lugar de choque de múltiples intereses nativos. Desesperadas por preservar la solidaridad indígena en el País del Ohio, las lideresas de los shawnees, wabash y lenapes obligaron a sus homólogos varones a que «olvidaran toda ofensa recibida». Era demasiado tarde para Pontiac. En 1769, un sachem de Peoria lo apuñaló por la espalda en la aldea francesa de Cahokia. Aunque Pontiac falleció marginado e incomprendido, el legado de su visión de la soberanía y los derechos de los indígenas resonó durante generaciones, junto con los de Wahunsenacawh, Metacom, Thayendanegea y Tecumseh [4] .

Durante generaciones, las rivalidades entre las naciones indígenas y los colonos europeos habían girado en torno a recursos, ríos, rutas y respeto o a la ausencia de estos. Entonces, la tierra pasó a ser la fuente de conflicto. El avance hacia poniente de los granjeros blancos dificultó la coexistencia fronteriza. Cuando intervenían los especuladores de terreno, las tensiones aumentaban de forma alarmante. Estos compraban tierra al por mayor y vendían los

títulos de propiedad a colonos del común. Aliados con los gobernadores y sus consejos, los especuladores acumularon títulos de propiedad, lo cual generó un mercado de venta. En un intento a la desesperada por retener sus tierras, los indios wappingers concedieron fincas a los colonos vecinos de Connecticut por periodos de 999 años[5].

Los colonos temían una escasez de tierras y las repercusiones fueron desastrosas para los nativos americanos. En el fértil País del Ohio, 6000 shawnees, lenapes y senecas-cayugas luchaban por conservar sus tierras y aldeas. Vivían en cabañas con ventanas de vidrio, trabajaban las granjas con azadas de hierro y hachas de acero, criaban puercos y vacas, cazaban con armas de fuego y vestían ropas manufacturadas. Los británicos podrían haber concluido que estaban usando la tierra «como es debido» —el criterio colonial clave para la civilización y la soberanía—, pero no lo hicieron. Los colonos no querían tener cerca a los pueblos nativos; querían sus tierras. La Proclamación Real era letra muerta.

En 1772, el Ejército británico evacuó Fort Pitt y clausuró así el único centro de autoridad imperial británica en la región. Al año siguiente, los colonos trataron de expulsar a los indios del territorio que llamaban Kentucky. El vacío de poder trajo una fiebre de tierras colonial, que inspiró a un autor anónimo a escribir en Virginia Gazette, que «ni siquiera una segunda muralla china, custodiada por un millón de soldados, podría impedir la colonización de las tierras del Ohio y sus aledaños». El general Gage tenía 7000 efectivos. Por su parte, John Murray, cuarto duque de Dunmore y gobernador real de Virginia, había puesto los ojos en una finca de 40 500 hectáreas en el oeste. Pudo plantear una usurpación masiva de tierras para su persona porque solo había unos 50 000 colonos al oeste de los Apalaches, una cifra suficiente para contener a los indios, aunque no para cuestionar su plan. Las ambiciones de lord Dunmore estaban impulsadas tanto por raza como por clase: quería limpiar el País del Ohio y Kentucky de nativos americanos y de blancos pobres[6].

El 16 de diciembre de 1773, un grupo de bostonianos disfrazados de indios mohawks organizó el llamado Motín del Té. Al arrojar té a las aguas del puerto de Boston, proclamaron una identidad

americana aborigen, diferente a la británica. Los nativos americanos pronto descubrieron de qué modo les iba a afectar esa nueva identidad americana [7] .

En la primavera de 1774, unos rufianes virginianos asesinaron a nueve senecas-cayugas en el País del Ohio y desencadenaron una guerra. Era una contienda que muy pocos querían, pero que tuvo que librarse porque ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a negociar. Dunmore despachó dos contingentes de milicias, cada uno de más de un millar de efectivos, a capturar a los shawnees y senecas-cayugas; también reclutó esclavos negros. Los indios escaparon y se centraron en el ejército meridional. Los soldados shawnees y senecas-cayugas descendieron el Ohio en balsas y consolidaron una posición cerca de los británicos. Se combatió a corta distancia, lo cual favorecía a los indios, que aprovechaban el terreno. La milicia logró defender su posición en feroces combates cuerpo a cuerpo y los aliados indios se retiraron disciplinadamente. «Sus hombres más valerosos se emplearon a fondo, mientras los otros arrojaban sus muertos al Ohio», informó un oficial británico, sin poder disimular su admiración. El sachem shawnee Tallo de Maíz [Cornstalk] firmó un armisticio con Dunmore en el campamento Charlotte, base de operaciones de este último. El conflicto, que en el futuro se denominó la Guerra de Lord Dunmore, había acabado en tablas.

Esto no le bastó a Dunmore. Se adentró en el País del Ohio con milicianos de Virginia y prendió fuego a asentamientos de los shawnees y de las Seis Naciones. Según los británicos, los shawnees habían renunciado a sus privilegios de caza en el País del Ohio y en Kentucky, aunque los shawnees cuestionaban dicha interpretación. La elaboración de tratados coloniales era azarosa, en el mejor de los casos. La milicia de Dunmore volvió a ocupar Fort Pitt; lo renombraron Fort Dunmore y proclamaron su autoridad civil y militar conforme a la ley de Virginia. El oeste se sumió en la anarquía. Poco después, Dunmore se presentó en el juzgado del condado de Westmoreland, en Hannastown, con 150 hombres armados. Sacaron a rastras del edificio a tres jueces de Pensilvania y los llevaron a Staunton, Virginia, a más de 300 kilómetros de distancia. La determinada resistencia indígena había provocado un enfrentamiento entre británicos [8] .

Londres estaba consternado. El Parlamento dejó de ceder tierras a los colonos, un acto que muchos consideraron un castigo y una traición. Gran Bretaña carecía de la fuerza necesaria para controlar los acontecimientos: su Ejército había sido reducido a 50 000 efectivos, menos de un tercio que el francés. A finales de junio de 1774, el Parlamento aprobó el Acta de Quebec, que concedió libertad religiosa a la provincia de Quebec, restableció el derecho civil francés y asignó el valle del Ohio a la provincia de Quebec. En otoño, doce de las trece colonias —Georgia vacilaba— enviaron delegados al Primer Congreso Continental de Filadelfia para oponerse al Imperio británico como un único organismo colectivo. Los invictos indios vieron la oportunidad: exigieron y lograron que la frontera oriental pasara por el río Ohio. Tal cosa anuló *de facto* las reivindicaciones occidentales de varias colonias del litoral y supuso una amenaza existencial para los colonos y especuladores de toda la costa este.

Esta frontera, sin embargo, no se mantuvo. Los autodenominados pioneros y especuladores de tierras, entre ellos Daniel Boone, acudieron a la fértil región de la hierba azul, donde abundaban los bisontes y otras piezas de caza mayor. En marzo de 1775, Boone exploró una senda a través del desfiladero de Cumberland —una cortadura de los Apalaches— con treinta hombres y erigió Boonesborough, una localidad más parecida a un fuerte, en el valle superior del río Kentucky, donde apenas había asentamientos indígenas. Muy pronto, la senda fue conocida como Wilderness Road [el camino de la tierra salvaje]. Más o menos en esa misma época, un ambicioso especulador norcarolino llamado Richard Henderson persuadió a los líderes cheroquis Attakullakulla, Oconostota y Raven [Cuervo] para que le vendieran más de 88 000 kilómetros cuadrados a cambio de una atractiva suma, 10 000 libras, y fundó la Colonia de Transilvania, que se extendía centenares de kilómetros por el curso del Ohio. Henderson había violado abiertamente la soberanía cheroqui y la línea de la Proclamación Real. Pese a ello, con asombrosa arrogancia, esperaba que Transilvania, su reino personal, se convirtiera en la decimocuarta colonia de la América británica. Tanto los colonos como los indios maniobraban en el interior como si el Imperio británico no existiera [9] .

En la primavera de 1775, los cheroquis se reunieron con representantes coloniales en Sycamore Shoals, en el corazón de sus terrenos de cultivo y de sus mejores cazaderos. Los americanos querían que los indios cedieran territorios, incluido el desfiladero de Cumberland. Arrastra Canoa [Dragging Canoe], un convincente líder guerrero de los cheroquis, rechazó las 10 000 libras que ofrecían los colonos y se marchó furioso. El incidente marcó el inicio de la resistencia cheroqui, que se prolongó más de medio siglo. Algunos líderes espirituales cheroquis, al hacerse eco del mensaje nativista de Neolin, empezaron a predicar las diferentes creaciones y erigieron una jerarquía racial entre los pueblos blancos y los indígenas. Hacia el inicio del siglo XIX, las naciones indias meridionales comenzaron a experimentar la colaboración panindia contra los autodenominados «americanos» que estaban lanzando ataques en todo el sudeste, desde la costa hasta el interior. Los esclavos negros fueron víctimas colaterales, porque la mayoría de indios los consideraban parte integrante de la máquina colonial. Los muscoguis se destacaron por sus asaltos contra las plantaciones en el asentamiento español de Nueva Madrid. Consideraban que en la localidad había demasiados virginianos[10].

La rebelión de Pontiac, el Tratado de Fort Stanwix, la Guerra de Lord Dunmore y la compra de Henderson; todo formaba parte de una misma pauta. Los británicos, con su larga historia de miedo y odio al indio, avanzaban hacia la eliminación de los pueblos nativos en el interior y más allá de sus fronteras. Este impulso fue magnificado, en gran medida, por la crisis creciente entre Gran Bretaña y los colonos. Mientras indios y colonizadores chocaban en el interior, las trece colonias luchaban por sus derechos como miembros del Imperio británico. Protestaron contra la Proclamación Real, las detestadas leyes del Azúcar y los Sellos, las leyes Townshend y el Acta Declaratoria; esta última proclamaba la plena soberanía británica sobre las colonias. Estas quedaron conmocionadas el 5 de marzo de 1770; ese día, en la denominada masacre de Boston, los soldados británicos dispararon y mataron a varias personas. Además, sus comerciantes se sentían maltratados por las leyes tributarias británicas. Los días 18 y 19 de abril de 1775, las batallas de Lexington y Concord forzaron el inicio de la

rebelión.

El año 1775 también fue crítico para los nativos americanos. En mayo, el comité del condado de Tryon, una comunidad fronteriza de habla germana del oeste de Nueva York, se quejó de que sus colonos estaban incómodos con sus vecinos nativos, «a los que tenemos gran temor, pues corre por el condado la noticia de que los usan para mantenernos atemorizados». Un año más tarde, cuando las trece colonias rompieron lazos con el Imperio británico, la Declaración de Independencia calificó a los nativos americanos de «despiadados indios salvajes», pues se daba por hecho que estos eran leales a los ingleses. El ilustrado Thomas Paine hizo una descarnada semblanza de los nativos americanos en su panfleto radical Sentido común (Common Sense): «El indio desnudo y sin tutor, es menos salvaje que el Rey de Gran Bretaña». John Adams indicó a Thomas Jefferson que «el poder siempre sigue a la propiedad». Las naciones nativas fueron, desde el principio, actores necesarios y ambiguos en la guerra, ya fuera en el campo de batalla, o como accesorios propagandísticos [11] .

Los nativos americanos tenían numerosas maneras de unirse, evadir, salir o incluso beneficiarse del conflicto. Los indios de Stockbridge que vivían en la frontera de Massachusetts se presentaron voluntarios para servir como milicianos antes incluso del inicio de la contienda. Desde la Guerra de Metacom, a finales de la década de 1670, fueron desposeídos gradualmente por los británicos, que se quedaron la mayoría de sus tierras en el sudoeste de Massachusetts. En la década de 1740, los misioneros moravos, una secta pietista de Sajonia que trataba a los indios como parientes e iguales, organizaron una misión en la localidad de Stockbridge junto con mohicanos de confesión cristiana. El caos de la Guerra de los Siete Años y el carácter racial de la rebelión de Pontiac dejó a los mohicanos en la miseria. Para los 300 indios de Stockbridge supervivientes, la Guerra de Independencia fue una oportunidad de recuperar tierras y de liberarse del imperioso dominio de las Seis Naciones. En la primavera de 1775, diecisiete soldados de Stockbridge se unieron a las tropas del general George Washington en Cambridge. Esto impelió al general Gage a escribir que: «Los rebeldes han abierto ellos mismos la puerta; han traído todos los salvajes que han podido contra nosotros y sus tiradores disparan a

todas horas contra nuestras guardias avanzadas». Mientras que las Seis Naciones, los cheroquis, los choctaws y otras grandes naciones nativas contuvieron al colonialismo gracias a su habilidad diplomática y a su poder militar, los indios de Stockbridge escaparon a la desposesión al fusionarse de forma selectiva con los colonos[12].

A finales de abril, tras los choques de Lexington y Concord, la milicia de Nueva Inglaterra sometió a asedio a Boston y su guarnición. El inicio de la Guerra de Independencia fue significativo: desde el principio se trató de una serie de contiendas locales entre numerosos bandos. La mayoría de las naciones nativas no quería implicarse en la contienda, aunque algunas vieron la oportunidad de resucitar la estrategia de enfrentar entre sí a las potencias coloniales. Otras fueron arrastradas sin remedio al conflicto. La no participación era casi imposible, porque la mayoría de los combates se libró sobre tierra indígena. En diciembre de 1775, el Congreso Continental anunció que «los indios de St. Francis, Penobscot, Stockbridge y Saint John, y otras tribus, pueden movilizarse en caso de verdadera necesidad y entregarles presentes es adecuado y apropiado». Era un gesto mesurado hacia los nativos americanos —la mayoría de los indios de la lista eran cristianos pertenecientes a pequeñas naciones—, pero pronto pasó a ser una política general[13].

Los patriotas, tras asumir que no podían vencer sin aliados indios, sin contar con su superior conocimiento del terreno y las armas nativas, en particular las hachas, contactaron, como la mayoría de potencias coloniales, con las Seis Naciones. Los iroqueses, aunque muy reducidos en número, seguían siendo una nación decisiva a causa de su autoridad moral y a su posición central entre el este colonial y el oeste indígena. Sin embargo, las Seis Naciones habían sido neutrales durante décadas. A primeros de junio de 1776, un oficial británico proclamó en Fort Niagara que la victoria británica era inevitable e invitó al caudillo guerrero de los senecas, Cuervo Volador [Flying Crow], a que se uniera al bando británico. Este rechazó la oferta con sorna: «Si eres un hermano tan fuerte, y ellos no son más que un débil muchacho, por qué pedir nuestra ayuda […] Dices que son locos, necios, perversos y taimados […] Yo te digo que vosotros lo sois y que son sabios, pues tú quieres que nos

destruyamos en vuestra guerra y ellos nos aconsejan vivir en paz». Las Seis Naciones no entraron en la guerra. Kayashuta, sachem de los senecas, lo expresó en términos más directos: «Seríamos necios si pensáramos que nos tienen en cuenta, a nosotros o a nuestros intereses, al querer llevarnos a una guerra innecesaria» [14] .

La neutralidad de Cuervo Volador planteó un dilema tanto a patriotas como a británicos. El Congreso Continental aceptó establecer alianzas militares con los nativos americanos y los británicos necesitaban aliados indígenas para atacar y defender sus fuertes de la región de los Grandes Lagos. Los británicos estaban desesperados por evitar los humillantes y agotadores asedios que habían tenido que soportar en las contiendas de Pontiac y de los Siete Años. Los oficiales británicos, gracias al uso de móviles soldados indígenas que conocían a fondo el terreno, esperaban crear un enorme perímetro protector a lo largo de las fronteras de Nueva York, Pensilvania, Virginia Occidental y Kentucky. En el mejor de los casos, los británicos podrían aislar al Ejército Continental en el litoral atlántico. Cuando menos, podrían obligar a George Washington, comandante en jefe del Ejército Continental, a dividir sus fuerzas. Las Seis Naciones, la potencia indígena dominante, desempeñaban un papel crucial en el plan británico.

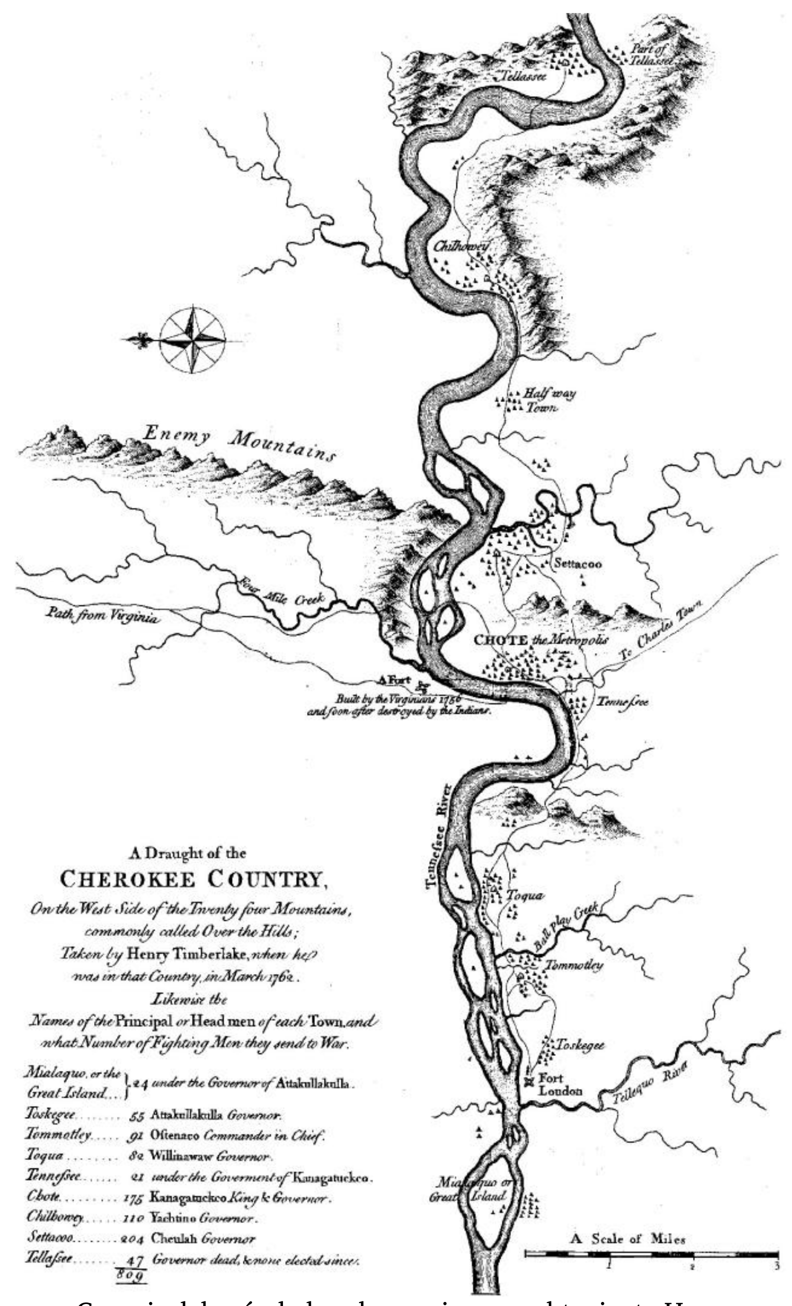
Los norteamericanos podían ahora obligar a las reducidas naciones indígenas a aportar soldados. En proporción, en el transcurso de la contienda, combatieron en las fuerzas patriotas más indios que colonos novoingleses. Sin embargo, las naciones indígenas de Nueva Inglaterra también tenían una veta subversiva. Los ministros mohicanos Samson Occom y Joseph Johnson reclutaron seguidores entre los pequots, narragansetts, niantics, moheganos y montauks para crear una entidad indígena independiente —Eeyawquittoowauconnuck o «villa de los hermanos»—, a unos 160 kilómetros al oeste de Albany. Occom y Johnson trazaron una línea racial entre los «hermanos nativos», de un lado, y los británicos del otro. Con ello, esperaban obtener un espacio protegido auspiciado por los oneidas. Occom era partidario aparente de la causa patriota, si bien condenaba los métodos agresivos que usaban tanto británicos como patriotas para obligarlos a unirse a ellos: «Siento sobremanera ver que la gente blanca de ambos bandos usa su influencia entre los pobres indios para llevarlos a su lado, desearía

que dejaran en paz a los pobres indios […] ¿Qué tienen ellos que ver con vuestras disputas?». La «villa de los hermanos», como base y como movimiento, fomentó una creciente resistencia panindia contra el imperialismo de británicos y estadounidenses [15].

A principios de abril de 1776, mujeres iroquesas, shawnees y odawas confeccionaron enormes cinturones de wampum —el más largo medía 3 metros— para invitar a la guerra a otras naciones nativas. Ese verano, Arrastra Canoa ignoró la desconfianza de los consejos cheroquis en torno a la resistencia panindia y aceptó un cinturón de guerra de los shawnees. Planeaba golpear a los norteamericanos en los condados occidentales de ambas Carolinas, con intención de mantener a los colonos lejos del territorio cheroqui del país montañoso, al oeste de los Apalaches. Chota, capital de su nación —calificada por un oficial británico de «metrópolis» del país de los cheroquis— se erigió en el músculo central de los contingentes probritánicos de shawnees, lenapes, odawas y mohawks. Arrastra Canoa, al mando de 500 soldados, cruzó las montañas y destruyó todos los asentamientos coloniales al oeste de los Apalaches meridionales. Un segundo contingente cheroqui de menor tamaño capturó a tres cautivas, una de las cuales era la hija adolescente de Daniel Boone. Los asaltos, en lugar de disuadir a los colonos, llevaron la guerra generalizada al país de los cheroquis. Durante finales del verano y el otoño, 6000 milicianos de Virginia y Carolina del Sur invadieron el territorio cheroqui del país de las colinas, destruyeron la mayoría de sus 43 asentamientos y obligaron a los 8000 miembros de la nación cheroqui a ceder tierras a ambos estados. Hacia el oeste, los muscoguis y choctaws se mantuvieron neutrales toda la contienda y conservaron sus territorios [16].

Terminada la guerra, los incipientes Estados Unidos no estaban consolidados en absoluto y tenían dificultades para unirse en una sola nación. La Guerra de Independencia finalizó, pero las tensiones, tanto domésticas como foráneas, permanecieron. Granjeros, obreros urbanos y colonos de la frontera mantuvieron una actitud rebelde, puesto que sus fuentes de ingresos y su seguridad estaban amenazados por unos indios a los que el nuevo Estado era demasiado débil para someter. El nuevo gobierno central estaba casi aplastado bajo el peso de la deuda de guerra, Gran Bretaña ocupaba numerosos fuertes en el País del Ohio, la divisa

estadounidense apenas tenía valor y solo existían dos carreteras —Braddock's Road y Forbes Road—, que comunicaban con el Trans-Misisipi. En lo geopolítico, el Tratado de París de 1783 dejó a Estados Unidos en el limbo, pues no resolvió casi ninguna de las cuestiones que hicieron estallar la contienda, y los diversos estados siguieron aplicando políticas extranjeras independientes. La doble amenaza de indios y británicos forzó al Gobierno federal a expandir sus competencias fiscales y militares. Una vez iniciada la expansión, la nueva república pudo aprovechar una ventaja singular: el crecimiento explosivo de su población, que se acercaba a los 2 millones [17] .



«Croquis del país de los cheroquis», por el teniente Henry Timberlake (1762).

Los chickasaws, liderados por Payamataha [Profeta Guerrero],

estaban del lado de Gran Bretaña. Décadas antes, Payamataha fue herido en batalla contra los galos y se convirtió en un fiel aliado de los británicos. Rechazó a los franceses, sus regalos y su taimada diplomacia y los atacó y aniquiló sin cesar. Una vez finalizó, afirmaba haber acabado con 40 soldados franceses. Acto seguido, se reinventó a sí mismo como un pacificador. Caudillo carismático y astuto, Payamataha movilizó a la nación chickasaw contra los galos en un rol dual de «jefe líder guerrero de la nación, que trata con todas las naciones». Era un pragmático que comprendía que los chickasaws, que apenas sumaban 1700 miembros, no podrían sobrevivir a una contienda prolongada. Adoptó el papel de diplomático y forjó alianzas con los choctaws, cheroquis, catawbas y quapaws. Se apoyó, en gran medida, en las mujeres de su nación, cuya hospitalidad y autoridad hicieron reales las alianzas. Payamataha no era un líder nativista del estilo de Pontiac. Ambicionaba una paz universal en el interior. No creía que el mundo se dividiera en razas diferentes, esto es, entre nativos americanos y los demás; para él, la única diferencia significativa era la que separaba a los chickasaws de los no chickasaws. Mantuvo a raya a las potencias coloniales y negoció con ellas por mediación del jefe principal, Mingo Houma. Cabe destacar que, en la década de 1770, la independencia de los chickasaws era más sólida que durante la generación precedente [18] .

En enero de 1777, en plena devastación de la contienda, tuvo lugar uno de los puntos de inflexión más importantes de la historia de los Estados Unidos, que puso en tela de juicio casi todas las estrategias bélicas. De forma abrupta y chocante, las Seis Naciones procedieron a la extinción ritual de su fuego central del consejo, por primera vez en la historia de la liga. De repente, el imperio iroqués desapareció. Se había declarado una epidemia y los iroqueses, entre muerte y padecimientos, se enfrentaron entre sí. Sorprendentemente, su confederación se dividió entre facciones incompatibles: los tuscaroras se alinearon con los incipientes Estados Unidos y los oneidas trataron de mantenerse neutrales, aunque al cabo de un tiempo chocaron con los mohawks y quemaron sus poblados. Los onondagas intentaron mantener la neutralidad, aunque acabaron por alinearse con el bando británico. Los senecas, atrapados en

medio, sufrieron pérdidas de gravedad. Con las Seis Naciones debilitadas por una contienda civil, los estadounidenses tenían ahora opciones estratégicas sin precedentes. En 1777, el río Ohio delimitaba la frontera entre las colonias americanas del litoral atlántico y los indios del País del Ohio. Los iroqueses habían luchado cuatro siglos contra potencias indígenas y coloniales y habían definido el continente de forma más profunda que ningún otro grupo o nación anteriormente [19] .

Con las Seis Naciones relegadas, la guerra se trasladó al oeste; el País del Ohio pasó a ser el núcleo del conflicto. Los norteamericanos necesitaban un oeste estable para consolidar su posición al este y los indios se interponían en su camino. Esto hacía que Fort Niagara tuviera una relevancia crucial: servía, al mismo tiempo, de cuartel general militar, puesto comercial, almacén de suministro, centro de refugiados, lugar de celebración de consejos y terreno intermedio en miniatura, donde se entremezclaban pueblos, ambiciones e ideas. Era también el puesto de mando del nuevo superintendente de Asuntos Indios, Guy Johnson —sobrino de sir William—, que orquestó maniobras diplomáticas tan ambiciosas como las de su tío. Los oficiales británicos suministraron a los indios armas y pólvora, que ayudaron a los soldados shawnees, lenapes, senecas-cayugas, wyandots y cheroquis a matar centenares de colonos en Kentucky, Pensilvania y Virginia Occidental. En el bando norteamericano, las milicias locales, contrariadas por la indecisión de las fuerzas regulares, asumieron un papel más importante [20] .

Entretanto, en el País del Ohio, los shawnees y los lenapes abrieron conversaciones con los patriotas. Aspiraban a forjar un acuerdo que les permitiera coexistir. Los patriotas, temerosos de enemistarse con los lenapes, los trataron con dignidad. Por su parte, los lenapes querían incorporar, no eliminar, a los norteamericanos llegados del oeste. Ojos Blancos [White Eyes] y Killbuck, sachem de los lenapes, junto con el sachem shawnee Tallo de Maíz, acudieron a Fort Pitt a proponer una asociación política, incrementar el comercio y emprender programas conjuntos de educación. Trataban de acercarse a los norteamericanos con el fin de hacerlos menos peligrosos. Ojos Blancos y Killbuck enviaron a sus hijos a una escuela de Nueva Jersey para fomentar así la tolerancia y la comprensión mutua. Sin embargo, infravaloraban el odio que les

profesaban los patriotas. Milicias descontroladas asesinaron a Tallo de Maíz en 1777. El Ejército Continental pactó un acuerdo inmediato con los lenapes: les prometieron que su nación tendría representación en el Congreso. En 1777, los seminolas, un pueblo mestizo de Florida, atacaron Fort MacIntosh en una ofensiva cuidadosamente coordinada en el este de Florida. Los británicos no castigaron a la joven nación seminola y las consecuencias de esto se hicieron sentir durante varias generaciones.

Durante el primer año de la guerra, los patriotas fueron ineficaces tanto en combate como en diplomacia. El choque de agosto de 1777 por el control del valle del Hudson, la batalla de Oriskany —una de las más sangrientas de la contienda—, se saldó con un resultado indeciso, sobre todo porque las Seis Naciones lucharon en ambos bandos. Los oneidas y algunos tuscaroras lo hicieron del lado patriota, mientras que los mohawks, liderados por Thayendanegea, o Joseph Brant, lo hicieron con los británicos. Molly Brant, una entusiasta líder moral que odiaba a los norteamericanos —habían expulsado a su familia del valle del Mohawk—, advirtió a los lealistas de la llegada de la milicia patriota. De ella se decía que «una palabra suya pesa más que un millar de cualquier hombre blanco». Consciente de que solo las victorias en el campo de batalla asegurarían el futuro de los oneidas, urgió a los soldados a entrar en combate y envió a su hermano a lanzar incesantes golpes contra los asentamientos norteamericanos en los valles del Hudson y del Susquehanna, con un grupo de lealistas británicos que se hacían llamar «voluntarios de Brant». El tiempo se agotaba. Joseph Brant y el líder mohicano Hendrick Aupaumut evocaron la metáfora del «puchero común» para restablecer el equilibrio de los espacios indígenas.

Más o menos por la misma época, los shawnees se dividieron entre una facción militante antinorteamericana y una facción neutral que se avenían con cautela con los británicos. En una imagen especular de la beligerancia patriota, los indios aliados de Ohio golpearon los asentamientos de Kentucky con asaltos metódicos durante años, en los que mataban personas, quemaban cosechas y obligaron a los famélicos colonizadores a retirarse a tres pequeños fuertes. Boone fue capturado y adoptado por Pez Negro [Blackfish], sachem de los shawnees, con lo que aceptó someterse a la dominación nativa.

Otros colonos fueron a por los indios. A principios de 1778, los hombres a las órdenes del general Edward Hand mataron y arrancaron las cabelleras a seis lenapes y munsees: un hombre, cuatro mujeres y un niño. Solo el miedo y el odio podían explicar tal atrocidad. Algunos lenapes se unieron a los odawas, potawatomis y miamis y entonaron canciones de guerra con ellos. Pensilvania ofreció una recompensa de 100 dólares por cada cabellera india. El País del Ohio se había vuelto ingobernable. El modo estadounidense de hacer la guerra era poco profesional, caótico e inefectivo. Burlándose del esfuerzo bélico patriota, un lealista observó que los ataques indios habían «convertido en un montón de cenizas la extensa frontera del Ohio»[21].

En Kentucky y Pensilvania se consolidó una dinámica similar. Allí, los ataques constantes de varias naciones indias contra los asentamientos fronterizos impulsaron al coronel George Rogers Clark, agrimensor y oficial de la milicia de Virginia, a castigarlos. Tras perder varios familiares en las guerras contra los indios, Clark quería erradicarlos. Emprendió una venganza personal y anunció que «esperaba en breve extirpar toda la raza de los indios y que, por su parte, no le perdonaría la vida a ningún hombre, mujer o niño al que pudiera poner la mano encima». No era una bravuconada sin sentido. Después de tomar varios cautivos, Clark los envió a un fuerte británico y ordenó ejecutarlos mientras los británicos observaban la matanza desde una distancia segura. Un joven sachem odawa que había recibido un golpe mortal de tomahawk, se arrancó el arma del cráneo y se la entregó a Clark, en un gesto de desprecio a su verdugo[22].

El 21 de junio de 1779, España declaró la guerra a Gran Bretaña. Esto impulsó a John Stuart, superintendente británico de Asuntos Indios en el distrito sur, a trabajar para persuadir a chickasaws y choctaws de que vigilaran el Misisipi y patrullaran el río en busca de actividades patriotas. Con dificultades tanto para reclutar como para derrotar a los soldados nativos, George Washington y su gabinete emprendieron una campaña de tierra quemada contra los senecas, a los que consideraban la más belicosa de las Seis Naciones. En otoño, Washington movilizó 5000 efectivos contra la nación. La campaña fue un rotundo éxito. «Cuarenta de sus

localidades han sido reducidas a cenizas, algunas de ellas grandes y espaciosas, como la de Chenisse —el castillo de Genesee, un bastión de los senecas—, que, por sí sola, contenía 128 casas. Sus cosechas de maíz han sido destruidas por completo». El golpe originó 5000 refugiados, que escaparon al valle del Niágara y se dispersaron unos 12 kilómetros a lo largo de sus orillas. Centenares perecieron de enfermedades y hambre. Fue también un ataque directo contra las mujeres iroquesas, «que eran las verdaderas dueñas, pues ellas trabajan las tierras». Los mohawks y onondagas perdieron enormes extensiones de territorio y se inclinaron aún más del lado británico, mientras que los oneidas actuaron de colchón para los británicos en la cabecera del río Mohawk. A cambio, recibieron garantías en relación con sus tierras. Washington consideraba que la situación había experimentado un giro decisivo; el dominio de las Seis Naciones, afirmó, «ha sido barrido y devastado» [23] .

En el invierno de 1779-1780, los indios aliados obtuvieron grandes cantidades de armas y pólvora de los británicos y destruyeron asentamientos norteamericanos a lo largo de un extenso cinturón fronterizo que iba desde Nueva York, en el norte, pasaba por Pensilvania y el oeste de Virginia, hasta Kentucky, al sur; en un eje este-oeste, iba desde los montes de Allegheny hasta el valle del Misisipi. Los oficiales británicos pretendían trasladar la zona principal de batalla en dirección oeste, con objeto de aliviar la presión sobre los contingentes que operaban en la costa oriental. Los ojibwes, lenapes, mohicanos, miamis y meskwakis se sumaron a mohawks, onondagas, cayugas y senecas en una enorme alianza británico-nativa. Estos soldados indígenas no eran auxiliares que proporcionaban apoyo al Ejército británico. Combatían por sus propios motivos, con sus propios métodos y a las órdenes de sus líderes; libraban su propia contienda dentro de la guerra general, con el propósito de proteger su soberanía. Sus móviles combatientes empleaban emboscadas, retiradas, reagrupamientos, asedios y, cuando era necesario, choques frontales. Cada vez que daban apoyo a las maniobras británicas esperaban ser recompensados. «Los indios se han acostumbrado a ser compensados con tal liberalidad que ahora sus exigencias son más bien ilimitadas», se desesperaba un oficial británico. Los iroqueses empezaron a llamar a Washington Hanadagá:yas, «destructor de ciudades» [24] .

Las tropas británicas y sus aliados iroqueses expulsaron a los oneidas del valle del Mohawk, prendieron fuego a sus aldeas y destruyeron la crucial zona tapón que protegía los asentamientos estadounidenses. Clark tenía prisa, porque sabía que los efectivos británicos del gobernador adjunto Henry Hamilton tratarían de hacerse fuertes en el País de Illinois en el comienzo de la primavera. Para alcanzar sus objetivos, ambos ejércitos tenían que entrar en el terreno intermedio, donde solo podrían operar si adoptaban la diplomacia indígena. Clark, en lugar de seguir los dictados de su odio antiindio y matar a Grand Coete, sachem de los piankashaws, intentó aplacarlo y lo comparó con Pontiac. Ante unos nativos americanos con los que no podía permitirse enemistarse, Clark hizo un torpe anuncio: «Aunque le parezca lo contrario, siempre he pensado que hemos adoptado el método equivocado de tratar con los indios y trataré lo antes posible de familiarizarme con el método francés y español, que debe ser preferible al nuestro. De no ser así, no podrían ejercer sobre ellos una influencia tan grande». Clark, con una nueva mentalidad y las palabras adecuadas, forjó vínculos con kaskaskianos, kickapoos y peorias. La milicia británica de Fort Sackville abandonó a Hamilton; los patriotas tomaron el fuerte y restablecieron su antiguo nombre, Vincennes. Cada maniobra, por enérgica o creativa que fuera, solo parecía prolongar la contienda. Docenas de expediciones guerreras indígenas partieron desde Fort Niagara en 1781 y en 1782. En Fort Pitt, un oficial se quejó de que «uno no puede enviar a su sirviente a 100 yardas sin que le arranquen la cabellera». El poder y la presencia norteamericana en el País del Ohio menguaban con rapidez [25] .

Mientras los patriotas y los británicos estaban ocupados con la guerra y sus muchos teatros de operaciones, la viruela viajó con los cuerpos de los soldados y desencadenó brotes locales en Quebec, Boston y los Grandes Lagos. Con las marchas de los ejércitos británicos y patriotas, la epidemia se desplazó al sur desde Quebec y al norte desde Pensacola a lo largo del litoral oriental. En 1781, los británicos, confiados en su victoria, gastaron 100 000 libras para proveer a los fuertes Niagara, Detroit y Michilimackinac con regalos para los indios: Niagara, por sí solo, entregó a los indios más de 100 000 litros anuales de ron. Sin embargo, la epidemia cambió el curso de la Guerra de Independencia al devastar al «regimiento

etíope» de lord Dunmore, un grupo de afroamericanos lealistas que huyeron de la esclavitud y se alistaron en el Ejército británico en su campaña del sur. En octubre, el principal contingente británico del general Charles Cornwallis quedó atrapado sin remedio en Yorktown, en la península de Virginia. La flota prometida de Nueva York fue interceptada por naves francesas, los aliados negros de Dunmore estaban falleciendo de viruela y sus regulares sucumbían a la malaria. Su contingente se desvaneció bajo un doble asalto de patógenos. Cornwallis capituló y su rendición puso fin a la Guerra de Independencia estadounidense [26] .

Aunque Gran Bretaña había dejado la contienda, los nativos americanos siguieron el combate. Su guerra de independencia no se había decidido aún y 1782 fue testigo de algunos de los combates más duros en el valle del Ohio. Las expediciones guerreras de shawnees, lenapes y senecas-cayugas acabaron con casi 900 colonos de Kentucky. En el Pays d'en Haut, las tropas británicas todavía ocupaban fuertes y se enfrentaban a indios que sentían nostalgia por Onontio y los comerciantes franceses, por sus regalos y su serenidad. La nostalgia era real, aunque también impostada. Servía para aterrorizar a los funcionarios británicos y obligarlos a hacer concesiones y mantener el flujo de bienes comerciales.

En 1782, el comandante Arent DePeyster, jefe de Fort Detroit, se excusó a su superior porque los indios «no están bien disciplinados». No fue porque no lo intentaran: «Me he esforzado mucho por someterlos a buena disciplina, pero he visto que es imposible cambiar su naturaleza. Los reúno, obtengo buenas promesas y los envío, pero, tan pronto como los pierdo de vista, cualquier nimiedad hace que se desvíen del plan original». Aunque DePeyster no lo explica, su reporte muestra que, después de veinticinco años de guerra casi constante, los nativos americanos seguían controlando el interior del continente [27] .

Para los británicos, las guerras de los Siete Años, de Pontiac, de Lord Dunmore y de Independencia fueron un único conflicto de veinte años de duración en el que trataron de preservar su hegemonía en Norteamérica y, por extensión, en el Caribe y en el Atlántico. El Tratado de París de 1783 extinguió esa vieja ambición. Las trece colonias se separaron del Imperio británico y las

reconocieron como Estados Unidos de América. Los nativos americanos no fueron invitados a las conversaciones del tratado y sabían que podían esperar un resultado desfavorable. Pese a ello, cuando llegaron las noticias, quedaron aterrados y conmocionados. El tratado concedía a Estados Unidos un enorme territorio entre los Apalaches y el río Misisipi, que incluía los Grandes Lagos meridionales. Estados Unidos era un imperio instantáneo, que reivindicaba unas tierras situadas mucho más allá de sus fronteras reales. El cambio fue tan abrupto que Jefferson, un expeditivo etiquetador, necesitó varios años para definirlo. Lo llamó «imperio de libertad». Para la mayoría de los nativos americanos, era un descarnado régimen de pillaje [28] .

Los europeos de la época consideraron el tratado de 1783 un punto de inflexión decisivo en la historia del continente norteamericano. Anunciaba el fin de los nativos americanos, que ya no podrían enfrentar entre sí a las potencias coloniales. Tal idea no era más que una ilusión. El incipiente Estados Unidos, aunque reivindicaba la posesión de una enorme extensión de territorio indígena, en realidad controlaba una cantidad muy reducida. Los nativos americanos, aliados con los patriotas o con Gran Bretaña, conservaron su supremacía territorial en Norteamérica en el transcurso de la larga contienda. La región de los Grandes Lagos y casi todo el oeste del Trans-Misisipi permaneció bajo dominación indígena, con consecuencias catastróficas para el Imperio británico: las posesiones británicas estaban confinadas al norte del río Ohio, lo cual les aislaba de las principales redes comerciales y diplomáticas.

En el verano de 1783, 35 naciones indias se reunieron en Sandusky, un asentamiento wyandot del País del Ohio. Allí, Joseph Brant hizo un llamamiento para establecer una alianza contra Estados Unidos. Para ello, empleó la antigua ley del «plato con una sola cuchara». Otros centraron su ira contra los británicos. Los iroqueses se quedaron «atónitos» una vez supieron que sus aliados británicos no habían hecho nada por ellos en París y limitaron su territorio dentro de los confines del nuevo Estados Unidos. Un año más tarde, en Fort Michikimackinac, Matchekwis, ogimaag de los ojibwes, calificó a todos los británicos de «mentirosos e impostores» por haberlos «animado a él y a otros a ir al Canadá para luchar y perder a sus hermanos e hijos». A pesar de todos los sacrificios de su pueblo,

dijo, los británicos «ahora los desprecian y les dejan morir de hambre». Los seminolas, que habían incorporado un gran número de esclavos fugitivos, avergonzaron a los británicos al preguntarles si tenían intención de venderlos como esclavos. Para los muscoguis, cheroquis y otros indios meridionales, las guerras de independencia siguieron en diversas formas durante generaciones [29] .

Las guerras de independencia, tanto las indígenas como las angloamericanas, abarcaron medio siglo y se libraron por cuestiones de respeto, recursos, tierra y soberanía. De modo más abstracto, se luchó por la legitimidad y por el mandato moral que determinaría el modo de hacer la guerra, de comerciar y de establecer relaciones diplomáticas. La cuestión del poder sentaba sus reales en el corazón del problema: no solo quién debía detentarlo, sino cómo debía aplicarse en un mundo en el que las naciones indígenas seguían invictas. Al participar de forma selectiva en las contiendas entre imperios, la mayoría de naciones nativas logró preservar su independencia y centralidad: una vez finalizaron los combates, la mayoría del continente siguió siendo indígena. Un número enorme de colonizadores norteamericanos cruzó los Apalaches en dirección oeste, pero no controlaba el interior, donde España, bajo dominio del poder nativo, apenas detentaba unos retazos de territorio de su enorme imperio teórico en Norteamérica: algunos frágiles asentamientos en el valle del Misisipi, un proyecto embrionario de misiones en la Alta California y la ingobernable Florida, donde los indios ejercían completo dominio. Las autoridades españolas pretendían controlar la inmensa colonia de Luisiana con 500 soldados. Aún más crucial: los nativos americanos seguían dominando el decisivo País del Ohio, donde los asentamientos de iroqueses, senecas-cayugas, lenapes y shawnees superaban con creces los poblamientos coloniales. Los escasos fuertes, asentamientos y guarniciones norteamericanos de la región eran enclaves defensivos [30] .

Pese a todo, el Tratado de París y sus repercusiones agudizaron el choque entre los pueblos nativos y los colonos. El Imperio británico, con sus funcionarios y sus soldados de la corona, fue reemplazado por un nuevo imperio norteamericano de colonizadores que reclamaban tierras nativas al tiempo que se declaraban víctimas de los indios. Los nativos americanos, aunque no constituían en

absoluto un solo pueblo, se impusieron y siguieron considerándose a sí mismos naciones soberanas. El conflicto por la independencia estadounidense creó una nueva nación soberana, pero las guerras de independencia indígenas salvaron a docenas de naciones ya existentes.

Séptima parte

Las revoluciones americanas (finales del siglo XVIII, principios del XIX)

Capítulo 23

El crisol americano

Las conversaciones llevaban en marcha varios días y los participantes empezaban a ponerse nerviosos. En el otoño de 1778, con la Guerra de Independencia aún por decidir, los comisionados estadounidenses invitaron a los delegados lenapes a negociar un tratado en Fort Pitt, en el corazón del País del Ohio. Ambos bandos declamaron elaborados discursos para establecer entendimientos mutuos y eliminaron con paciencia los obstáculos hacia la paz. Así y todo, los problemas persistían. Los comisionados creyeron necesario explicar el artículo 6 del tratado propuesto, el cual rezaba: «Los enemigos de Estados Unidos han tratado, por todos los artificios en su poder, de inculcar a la generalidad de los indios que Estados Unidos pretende [...] extirpar a los indios y tomar posesión de su país». Por medio de su nuevo y agresivo Gobierno nacional, Estados Unidos se convirtió en un país de colonizadores autoconscientes que no toleraba la presencia de pueblos indígenas en sus teóricas fronteras. Los agentes estadounidenses temían las repercusiones de tal acusación: su nueva nación, de apenas dos años de edad, era acusada de monstruo genocida, lo cual daba crédito a arraigados temores nativos. Estados Unidos no podía permitirse semejante renombre, porque su posición en el continente indígena estaba lejos de estar consolidada[1].

Las contiendas de los Siete Años, de Pontiac, de Independencia y de Lord Dunmore posicionaron a los nativos americanos para contener con firmeza a Estados Unidos. La región de los Grandes Lagos mantenía un carácter decididamente indígena, España seguía distraída por el conflicto con Gran Bretaña y Estados Unidos estaba paralizado por una deuda bélica de 75 millones de dólares. El nuevo Departamento de Finanzas imprimió tanto dinero que provocó una inflación ruinosa. Pese a que perecieron en las guerras más de 25 000 estadounidenses —muchos debido a las enfermedades—, los

salarios se desplomaron en más de un 25 por ciento. Los patriotas maltrataban a los lealistas y confiscaban sus propiedades. Se marcharon 60 000 de la joven república, junto con unos 15 000 esclavos y 5000 libertos negros. En Massachusetts, los granjeros pagaban un tercio de sus ingresos al estado, lo cual desencadenó la Rebelión de Shays de 1786, que obligó al gobernador a movilizar 4000 voluntarios para suprimir el alzamiento. Estados Unidos se tambaleaba y su autoridad moral estaba sumida en el caos [2] .

Por el contrario, los nativos americanos podían consolarse en el hecho de que habían sobrevivido a los tres conflictos consecutivos que sacudieron el norte de América a finales del siglo XVIII. Estados Unidos era, en ese momento, la fuerza dominante al este del Misisipi, pero su alcance ni siquiera llegaba hasta esa atractiva frontera. Aunque Gran Bretaña seguía ocupando fuertes en el interior para proteger el comercio peletero, su recurso más importante en Norteamérica, carecía de una estrategia de reconquista coherente. Gracias a la presencia continuada de británicos y españoles, por más reducida que fuera, las naciones nativas podían volver a aplicar sistemáticamente las estrategias que habían mantenido a raya a las potencias coloniales competidoras. Muchas naciones nativas forjaron nuevos contactos para preservar su soberanía, mientras los promotores y especuladores de terreno estadounidenses se esforzaban febrilmente por atraer más colonos a los Trans-Apalaches, la enorme región situada entre los Apalaches y el río Misisipi, y en particular al fértil País del Ohio. Allí, personajes como Daniel Boone ejercían en esa época de especuladores de poca monta [3] .

Estados Unidos, agotado por la guerra y casi aplastado bajo el peso de la deuda, no proporcionó guarniciones adecuadas a los fuertes que acababa de ganar en el interior. En consecuencia, no había un control federal efectivo en Trans-Apalaches. La ausencia de una autoridad dominante —ya fuera estadounidense, británica o indígena— sumió a la región en una pugna de todos contra todos. Una masacre genocida marcó la pauta. En el otoño de 1782, David Williamson, un acaudalado jefe de la milicia pensilvana, conocido por su afán de matar indios, llevó a un grupo armado a Gnadenhütten —«tiendas de gracia»—, una pacífica localidad lenape donde los indios permitían residir entre ellos a los

misioneros moravos. Los estadounidenses entraron enarbolando una bandera inglesa y los misioneros les ofrecieron alimento. Los milicianos hallaron herramientas de metal en el pueblo y concluyeron que los indios lo habían robado de asentamientos estadounidenses. Alzaron sus martillos y aplastaron los cráneos de 96 niños, mujeres y hombres, que entonaron hasta el fin un himno cristiano. A muchos les arrancaron la cabellera. Los estadounidenses no hicieron intento alguno de disculparse o compensar la masacre, que se convirtió en una declaración de guerra. Este incidente, junto con otras atrocidades recientes, en particular la frenética oleada de asesinatos de los Muchachos de Paxton, llevó la reputación de la joven república estadounidense a su punto más bajo [4] .

Menos de un año después de la matanza de Gnadenhütten, Thayendanegea, sachem de los mohawks, de acuerdo con la cumbre panindia de Sandusky del verano anterior, urgió a las naciones indias del centro del valle del Misisipi y del País del Ohio a marchar contra Estados Unidos: «Haya paz o haya guerra, nunca nos deberá desunir, pues nuestros intereses son similares, y no se haga jamás cosa alguna si no es expresada por la voz del conjunto». Las naciones nativas formaron lo que se conoció como la Confederación India, el mayor movimiento de resistencia panindia de la historia de Norteamérica. Tenía un objetivo primordial: impedir a Estados Unidos, ahora una nación de 4 millones de personas, robar tierras nativas. Los miembros de la confederación pretendían restablecer las fronteras coloniales anteriores a 1776 y, en una medida radical, acordaron que ninguna nación pudiera vender sus tierras sin el consentimiento de las demás. Las naciones miembros —shawnees, illinis, miamis, lenapes, potawatomis, wyandots, odawas, ojiwes, piankashaws y wabash— estipularon que todas las decisiones debían ser unánimes, para así presentar un frente unido ante los estadounidenses. Los omnipresentes shawnees, con su profundo conocimiento de las potencias coloniales, sus múltiples contactos con naciones nativas distantes y su dominio de los idiomas, se erigieron en los arquitectos principales de la coalición y coordinaron alianzas indígenas contra los salvajes estadounidenses.

Alarmado, el coronel William Crawford, viejo amigo de George Washington, decidió atacar sin permiso a los indios en el río Sandusky. Los indios se impusieron, capturaron 40 estadounidenses

y los condujeron a Sandusky. Según un relato, los indios despojaron a Crawford de su ropa y le hicieron saber que iba a ser quemado. Mujeres nativas colocaban sobre su piel carbones encendidos mientras ignoraban las súplicas de Crawford, que imploraba una bala misericordiosa. Mientras Estados Unidos debería trabajar para establecer alianzas con las naciones indígenas, la mayoría de las cuales no habían derrotado aún, colonos y soldados descontrolados provocaban la enemistad de una nación tras otra.

Cegados por el hambre de tierras y por su despiadado racismo, los estadounidenses estaban fomentando un peligroso ambiente de violencia, odio y venganza en sus mal protegidas fronteras. Fort Pitt, una posición de importancia esencial, tenía 110 soldados, la mayor parte alcohólicos, desnutridos y mal pagados. Desde el punto de vista militar, el fuerte era una cáscara vacía. El País del Ohio, se desesperó un estadounidense, «está en una situación terrible, después de que los indios lo hayan arrasado casi por completo este verano; y la mayoría de hombres útiles ha muerto». El Congreso, creado en 1781 por los Artículos de la Confederación, solo podía mantener 200 efectivos en el crucial valle del Ohio. El Gobierno adolecía de una peligrosa descentralización y delegaba el poder en los estados individuales [5] .

Por el contrario, una filosofía política común, basada en un nativismo espiritual y profético, estrechó los lazos de las naciones de la Confederación India. Su incipiente pensamiento racial definió a los nativos americanos como una raza diferente a la de los anglo-americanos: un número cada vez mayor de indios empezó a considerarse gente de color, separadas de los blancos. Su creciente rebelión convirtió el País del Ohio en el punto central de las contiendas indígeno-coloniales. Encrucijada donde se decidiría el futuro del continente, fue testigo de una mareante constelación de alianzas, algunas provisionales, otras más duraderas. «Ohio» proviene de ohi:yó, palabra iroquesa que significa «bello» y «bueno». La región lo siguió siendo por el momento [6] .

A finales del siglo XVIII, surgió en las planicies del litoral meridional un ambiguo movimiento de resistencia. Los poderosos muscoguis llevaban años enfrentándose a desafíos, tanto internos como externos, y adolecían de una peligrosa división. Alexander

McGillivray, hijo de una muscogui de alto estatus y de un irlandés de origen escocés, tuvo un papel central en el movimiento. Era rico, pues había acumulado esclavos negros y estableció una plantación cerca de las aldeas muscoguis. Anunció que «la Corona de España obtendrá y consolidará una poderosa barrera en estas regiones contra los ambiciosos invasores estadounidenses». Con objeto de erigir semejante obstáculo, maniobró hasta el núcleo del gobierno muscogui gracias a su dominio de la fuerza policial de base de clanes y del Consejo Nacional muscogui. Figura poderosa y controvertida, McGillivray era un estudioso de la historia natural, un tratante de esclavos y un habilidoso diplomático que ofreció sus servicios tanto a británicos como a españoles; a estos últimos les prometió que subordinaría a los muscoguis a España. Trabajó con discreción para la notoria firma comercial escocesa Panton, Leslie & Company, que suministraba municiones a los soldados muscoguis, al tiempo que usaba sus contactos muscoguis para potenciar su influencia y crear una colonia personal en territorio de esta nación. Con el tiempo, McGillivray obtuvo la mayor parte del comercio de Florida para Panton, Leslie & Company y, por extensión, para sí mismo. También destacaba en lo físico; al contrario que la mayoría de varones muscoguis, no tenía tatuajes [7] .

Hoboithle Micco —«Rey de Tallasee» para los estadounidenses— se oponía a McGillivray, aunque él también operaba fuera del Consejo Nacional muscogui. A causa de su división, los muscoguis eran vulnerables a los especuladores de terrenos y a funcionarios coloniales hostiles. En 1785, Georgia se apropió de grandes extensiones de territorio de los muscoguis mediante el Tratado de Galphinton, que fue negociado por Hoboithle. Un año más tarde, los muscoguis cedieron una extensa franja de terreno a la colonia, con intención de aliviar la presión de los colonos hambrientos de tierras. La táctica fracasó. McGillivray, convencido de que el Gobierno federal no codiciaba tanto como los georgianos los terrenos de los muscoguis, decidió ir a Nueva York, en aquella época sede del Congreso. Con un séquito de treinta muscoguis, viajó al este en un carro de caballos y, por orden del presidente, fue agasajado en todas las ciudades del recorrido. McGillivray negoció con astucia y obtuvo un puerto franco para la costa de Georgia, lo cual le dio el

monopolio *de facto* sobre el comercio muscogui. Sin embargo, ya había gastado la mayoría de su capital político en sus diversos planes y muchos muscoguis lo rechazaban. En su lecho de muerte, McGillivray anunció que deseaba morir como un indio, pero dejó la mayoría de sus posesiones a sus hijos, lo cual violaba los usos hereditarios tradicionales de su nación[8].

Estados Unidos tenía que tratar con cautela a las naciones indígenas. Al igual que los estadounidenses, los nativos americanos se independizaron de la agresión colonial por medio de la guerra y los estadounidenses no podían imponerles sin más sus condiciones, en vista de su número y de su poder militar. Los indios del Ohio, seguros en su posición, negociaron tratados con la república estadounidense. El más importante fue el Tratado de Fort Stanwix, en 1784, por el cual las Seis Naciones, divididas y debilitadas, cedían su condición de «tíos» de los indios del País del Ohio y sus tierras. Los delegados estadounidenses se apresuraron a declarar a las Seis Naciones «pueblo sometido», aunque tal proclama era una mera ilusión, pues los iroqueses seguían siendo una fuerza que tener en cuenta. Las Seis Naciones, con una cifra aproximada de 8000 miembros, revisaron el acuerdo diez años más tarde en el Tratado de Canandaigua, que establecía una relación de gobierno a gobierno entre las Seis Naciones y Estados Unidos, y reconocía la reivindicación iroquesa de extensas franjas del curso del río Niágara. Thayendanegea insistió en que las Seis Naciones seguían siendo «un pueblo libre e independiente»[9].

Los otros tratados con los indios del País del Ohio fueron más ficticios que reales. Aunque Estados Unidos no había derrotado ni conquistado a shawnees, wyandots, lenapes, odawas, miamis, chippewas, potawotomis y kickapoos, los funcionarios estadounidenses reivindicaron la posesión del País del Ohio. Georgia y Carolina del Norte reclamaron enormes extensiones de tierra en el oeste por derecho de conquista, una justificación dudosa, en el mejor de los casos. Estados Unidos vio una oportunidad y reclamó el País del Ohio. En 1787, el Congreso aprobó la Ordenanza Noroeste, que organizaba el gobierno del Territorio del Noroeste y autorizaba la creación de estados estadounidenses en el territorio indígena del Ohio. El Congreso, nervioso, prometió a los nuevos estados igualdad con los originarios

de la república: un territorio que sumara 60 000 pobladores libres podría solicitar la condición de estado. Era un acelerador del colonialismo de asentamientos. Las autoridades estadounidenses esperaban la rápida desposesión de los indios y una expansión ordenada hacia el oeste [10] .

El Gobierno estadounidense estaba mucho más preocupado por los planes separatistas blancos, como la república independiente del valle del Misisipi, que por los derechos indígenas. Gran parte de los nuevos terrenos del oeste fueron vendidos en bloques enormes a compañías de tierras. En 1787, la Ordenanza Noroeste abrió el nuevo oeste a colonos, que debían ser «fuertes y trabajadores». Decenas de miles de estadounidenses cruzaron los Apalaches por múltiples puntos, lo cual obligó a las naciones nativas a actuar con más cuidado. Los muscoguis permitieron entrar en su país a Benjamin Hawkins, agente estadounidense de Asuntos Indios; este, con descarada arrogancia, les ofreció civilizarlos, lo cual, para empezar, requería retirar a las mujeres del trabajo en el campo. En 1789, Henry Knox, secretario de Guerra de Washington, emprendió un programa sistemático para civilizar a los indios. El plan era innecesario, pues los nativos americanos ya estaban civilizados. Un comentarista observó con irritación que los cheroquis y chickasaws «cultivan la tierra más que los demás indios» [11] .



Mapa 8: Reivindicaciones territoriales en el interior, superpuestas y enfrentadas, a finales del siglo XVIII.

La Ordenanza Noroeste, el intento estadounidense de consolidarse en una nación, había fracasado. Estados Unidos era demasiado pobre y débil para crear nuevos estados: carecía de soldados para obligar a los indios a ceder territorios suficientes. En un precario giro de los acontecimientos, los colonos tendrían que ser la fuerza impulsora de la expansión estadounidense en el País del Ohio. El Congreso, por su parte, vendió la mayor parte de una tierra que no poseía a un consorcio de Nueva Jersey. El Congreso de la Confederación, en lugar de tratar de expulsar a los indios por la fuerza, vendió millones de hectáreas a especuladores de tierras, que,

a su vez, podía venderlas por parcelas de 160, 640 y 5760 acres [64, 259 y 2330 hectáreas]. La estrategia era obvia: una vez vendida la tierra, los colonos erradicarían por sí mismos a los nativos americanos. Thomas Jefferson esperaba la desposesión inminente de las naciones nativas en el País del Ohio, aunque las ventas fueron decepcionantes. Había un exceso de especuladores, demasiados indios y muy pocos efectivos estadounidenses. Para eludir las leyes indígenas que prohibían a los hombres no nativos adquirir tierra nativa, centenares de estadounidenses se casaron con nativas[12].

Los movimientos de resistencia indígena se estaban multiplicando. Mientras la Confederación India combatía para mantener indígena el País del Ohio, en el sur, los cheroquis se movilizaron contra los colonos que invadían sus dominios por dos frentes diferentes: el Piedmont meridional y el gran valle de los Apalaches, una cadena gigantesca de crestas, acantilados, tierras bajas y bosques. Los cheroquis todavía se estaban recuperando del caos de las sucesivas guerras y especuladores oportunistas intentaron crear un nuevo estado, Franklin, en su territorio. Aunque este nunca se materializó, los cheroquis se vieron obligados a ceder tierra, la suficiente para que Tennessee cumpliera los requisitos para ser un estado. Perdieron más de la mitad de su territorio. En 1792, la nación cheroqui, formada por 7000 miembros, se vengó: una serie de asaltos destruyó propiedades y liquidó invasores blancos e infligió daños suficientes para detener la invasión de colonos. Otros grupos de cheroquis contactaron con los españoles en Florida, donde el gobernador Esteban Rodríguez Miró les dio una cálida acogida. Miró necesitaba con desesperación aliados para proteger la frágil colonia[13].

Al igual que los cheroquis, sus vecinos chickasaws se enfrentaban a una creciente presión colonial. Los líderes de los chickasaws, cuando no eran coaccionados o manipulados por espías y comerciantes de Estados Unidos, los contactaban enviados españoles, que los azuzaban para ir contra Estados Unidos. Esta nación, formada por unos 2000 miembros, trató de mantenerse neutral en las contiendas coloniales de los nativos, pero empezaba a ser imposible. Los chickasaws, además, chocaron con los muscoguis, illinis, miamis, kickapoos y osages por derechos de caza y por los

vitales privilegios comerciales. Al cabo de un tiempo, se dividieron en facciones rivales encabezadas por dos líderes: Piomingo, favorable a Estados Unidos, y Ugulayacabe, partidario de los españoles. Piomingo estableció su base en Tchitchatala, un fuerte de 25 × 24 metros, desde donde protegía la independencia chickasaw, como «pueblo para nosotros». La mayor parte del sudeste estaba bajo una sólida soberanía indígena, lo cual permitía expandirse a los indios y a sus aliados no nativos [14] .

La debilidad del Gobierno estadounidense abrió oportunidades para aventureros como William Augustus Bowles, un audaz y carismático bucanero que se hacía llamar emperador de la nación muscogui. Al igual que McGillivray, Bowles podía ser de utilidad para los indios. Disponía de una extensa red diplomática: en 1790, escoltó a Londres a una embajada de muscoguis y cheroquis para solicitar su apoyo a «Estados Unidos de creeks y cheroquis». Las ambiciones de Bowles eran más grandiosas que las de McGillivray, lo cual convenía a los indios: planeaba crear en el sudeste un estado soberano con fuerzas armadas y política exterior propia. Esto dio lugar al estado soberano de Muskogee, con cuartel general en Miccosukee, una localidad seminola en el rincón noroeste de la península de Florida. Esta atrajo a un gran número de esclavos negros fugitivos.

Bowles trabajó sin cesar con muscoguis, seminolas y esclavos libertos para obtener privilegios de comercio en la costa del Golfo. Los aliados, además, capturaron naves españolas frente a las costas de Florida y, en 1800, el estado de Muskogee le declaró la guerra a España. Al año siguiente, los seminolas, que apenas sumaban 1200, capturaron 38 esclavos en una plantación junto al río San Juan, en el este de Florida. Sin embargo, la guerra marítima era una empresa audaz, pero no sostenible. El estado de Muskogee, carente de contactos con los fuertes del interior y sus bienes esenciales —armas y pólvora— murió con Bowles, fallecido en 1805 en una prisión de La Habana. Con todo, el poder indio de la región perduró. Benjamin Hawkins, el veterano superintendente de los indios meridionales, tuvo que admitir abiertamente que no podía controlar a los seminolas. La escasa presencia española en Florida, consecuencia de la dominación seminola sobre la región, le sirvió a Estados Unidos para justificar en 1821 la anexión de la colonia [15] .

De igual modo, la debilidad de Estados Unidos animó a los indios y a los británicos a establecer alianzas. Los indios consideraban a los británicos socios útiles que podían abastecerlos, armarlos y combatir a su lado para sostener en el País del Ohio la frontera entre los dominios de indígenas y estadounidenses. Los británicos estaban guerreando contra Estados Unidos por mediación de los nativos americanos, aunque esto no significaba que los indios fueran peones de las sempiternas ambiciones imperiales de Gran Bretaña. La América británica, limitada a Canadá, tenía que recurrir a sus aliados indígenas para lograr sus ambiciones. Los indios necesitaron poco para convencerse. La Confederación India y las naciones del País del Ohio unieron sus fuerzas con el propósito de proteger sus tierras y, con objeto de prevalecer, necesitaban con urgencia armas, pólvora y plomo de Gran Bretaña. Lo que para los británicos era una pugna por prestigio y posición en el escenario mundial, para los nativos americanos era la continuación de su lucha de independencia. Era obvio que no podían derrotar a Estados Unidos en una guerra; luchaban por mantener lejos a sus agresivos colonizadores. Algunos contactaron con España, la nueva superpotencia territorial [16] .

A finales de agosto de 1784, una delegación de 260 líderes nativos del País del Ohio, en representación de las naciones iroquesa, cheroqui, chickasaw, choctaw, shawnee y lenape se reunió con don Francisco Javier Cruzat, gobernador adjunto de la Alta Luisiana, en su cuartel general de San Luis. El portavoz de la coalición indígena se dirigió a Cruzat como «padre español». Acto seguido, inició su discurso: «Desde el momento en que tuvimos el infortunio de perder a nuestro padre francés y supimos que los españoles serían nuestros vecinos, experimentamos un gran anhelo por conocerlos y establecer con ellos una amistad sincera que nos garantice su afecto. El Amo de la Vida dispuso que nuestras tierras fueran habitadas por los ingleses y que estos nos dominen de forma tiránica, hasta que ellos y los estadounidenses separaron sus intereses y formaron dos naciones diferentes. Este suceso fue el mayor golpe que nos podrían haber asentado y casi supuso nuestra total destrucción. Los estadounidenses, mucho más ambiciosos y numerosos que los ingleses, nos sacaron de nuestras tierras, formaron grandes

asentamientos y se extendieron como una plaga de langostas por los territorios del río Ohio que habitamos». Los pueblos nativos se estaban adaptando a un nuevo universo donde casi todo era más difícil y peligroso [17] .

Cruzat encajó con facilidad en el puesto vacante de Onontio. No había otra opción. La Luisiana española solo era una colonia sobre el papel: España apenas destinaba 500 soldados a patrullar la inmensa provincia. Cruzat dio la bienvenida a los «dignos jefes y guerreros de las seis naciones que en este momento que dan su mano. Es imposible expresar la extrema complacencia con que os recibo entre mis brazos como Buenos hijos a los que estimo y amo de verdad». Contrastó la acogedora política de España con la agresividad creciente de los estadounidenses y lamentó «el lastimoso estado de vuestras aldeas». Invitó a la delegación a que examinara sus políticas y juzgaran «si los españoles merecen el renombre maligno que los americanos se esfuerzan en inspirar». En una repetición de la política india de Francia, Cruzat ofreció a sus visitantes a formar una alianza en la cual «todos los habitantes, hijos míos, que veis aquí, y que os tratarán como a vuestros hermanos, os acogerán en sus hogares como si todos perteneciérais a nuestra nación». Fue una audaz intervención diplomática en un momento de intensa presión. Los estadounidenses se estaban adentrando en la Luisiana española y muy pronto tratarían de «hacerse fuertes en ciertos puntos sobre las orillas del Misisipi». Si querían tener alguna posibilidad de éxito, los españoles necesitaban aliados indios. La Luisiana española solo tendría una oportunidad de sobrevivir si cheroquis, muscoguis, choctaws, chickasaws y seminolas aceptaban los ofrecimientos españoles de cooperación [18] .

En ese momento, los españoles de la Luisiana fueron para los indios del sudeste lo que los franceses habían sido para los numerosos refugiados indios desplazados por los iroqueses en el siglo XVII: socios comerciales, aliados militares y padres y parientes ficticios que atendían sus necesidades. A cambio, los desesperados españoles obtuvieron aliados que podían proteger la vasta y frágil colonia. Luisiana era una entidad enorme que cubría más de 2 millones de kilómetros cuadrados entre el valle del Misisipi y las Montañas Rocosas donde solo residían entre sus confines 30 000 colonos. Era

evidente que España nunca podría imponer su soberanía en toda la provincia. Lo que más preocupaba a los españoles era el río Misisipi, que daba acceso al interior del continente. La creciente centralidad del río convirtió Nueva Orleans en el foco de la rivalidad hispano-estadounidenses [19].

Al igual que muchas naciones indígenas, España optó por una estrategia de contención ante Estados Unidos. Mientras los indios trataban de mantenerlo lejos del interior, los españoles intentaban apartarlo de Nueva Orleans, la costa del Golfo y el valle del Misisipi. Los intereses de indígenas y españoles coincidían y la Luisiana española pasó a ser un refugio para los indios. De forma más inesperada, también se convirtió en el hogar de miles de colonos estadounidenses dispuestos a unirse a los españoles. Los funcionarios españoles aspiraban a crear «un muro viviente de ciudadanos trabajadores» por medio de la inmigración desde las colonias vecinas. En 1787, Miró, gobernador de Florida, anunció que: «No debemos perder un instante y poblar la Luisiana con individuos que juren solemnemente alzarse en armas contra todo intento de invasión desde Kentucky». Miró quería soldados-ciudadanos, católicos a ser posible, aunque no clérigos. Admitió que el plan era peligroso, pero «las circunstancias nos obligan a asumir este riesgo». Al cabo de poco tiempo, 20 000 estadounidenses se habían establecido en la Luisiana española. Era obvio que les atraía la tierra, sin afinidad alguna por los españoles. Daniel Boone se enzarzó en litigios y en especulación de tierras y pronto se marchó de Kentucky. Otros optaron sin más por saquear los asentamientos españoles [20].

Las autoridades españolas también invitaron a los estadounidenses a establecerse en Florida. Al respecto, el secretario de Estado Jefferson comentó, en la primavera de 1791, que la inmigración es «el medio de entregarnos de forma pacífica, aquello que, de otro modo, nos costaría una guerra […] desearía que cien mil de nuestros habitantes aceptaran la invitación». Jefferson, que nunca fue un planificador realista, no supo ver el peligro que el plan español planteaba a la joven república estadounidense. En esta época febril de estratagemas inverosímiles, las naciones y los imperios eran, en el mejor de los casos, entidades abstractas. Un tal Pierre Penet, un aventurero francés hambriento de poder, contactó

con los oneidas y les prometió traer a 10 000 franceses a Norteamérica y resucitar el imperio francés. El plan era irreal, pero eso solo puede verse desde la distancia histórica. Los franceses siguieron entrometiéndose en los planes de españoles y británicos mediante pequeñas intervenciones. La presencia gala era palpable en los centenares de obstinados e independientes voyageurs, que comerciaban con los indios en el interior profundo y en los 35 centros de tráfico peletero de la región de los Grandes Lagos, dirigidos por criollos franceses —«nacidos nativos»—, que ofertaban a las naciones del interior armas, pólvora, calderos, cuentas y otros bienes manufacturados. Prairie du Chien, en el alto Misisipi, se convirtió en el centro neurálgico de este tráfico. Los criollos consiguieron autorización de entrada una vez reconocieron la soberanía meskwaki en la región. Al cabo de poco tiempo, matrimonios mixtos entre hombres franceses y mujeres nativas solidificaron el asentamiento, donde las mujeres metis —de orígenes europeos e indígenas— ejercían de mediadoras culturales. La población meskwaki creció de forma espectacular. También comerciaban en Prairie du Chien potawatomis, sauks, kickapoos, illinis, ho-chunks e iowas.

En 1792, Edmond Charles Genet, embajador francés en Estados Unidos, y George Rogers Clark, antiguo general del Ejército Continental, se unieron a un variopinto grupo de colonos y maleantes de Kentucky que pretendía expulsar a España del valle del Misisipi y capturar Nueva Orleans enarbolando bandera francesa. Solo cancelaron su expedición cuando el presidente Washington los amenazó con enviar al ejército. Existía una posibilidad real de que el oeste de Trans-Misisipi, o una parte de este, se hiciera francés: la Revolución francesa de 1789 creó una nación con una suprema convicción en su rol y misión en el mundo, dotada de unos recursos para llevar a cabo sus ambiciones imperiales que sobrepasaban los del L’Ancien Régime. Los agentes franceses en Norteamérica y los soldados estadounidenses continuaron con sus estratagemas [21] .

Mientras Estados Unidos observaba con inquietud las conspiraciones de británicos, españoles y franceses, los nativos americanos temían la agresividad y la volatilidad estadounidense,

tanto militar como diplomática. A finales de 1786, en el asentamiento wyandot de Brownstown, cerca del lago Erie, la mayoría de las naciones de la Confederación India se reunió para detener las intrusiones coloniales en las regiones que los estadounidenses llamaban País de Kentucky y Territorio del Ohio. Thayendanegea evocó el caldero común, símbolo de la alianza, y anunció: «Es seguro que, antes de que las naciones cristianas visitaran este continente, éramos los únicos señores de su suelo». Su primera labor era revocar los tratados anteriores, muchos de los cuales habían sido negociados con unos pocos líderes nativos, elegidos con sumo cuidado por los funcionarios estadounidenses. «Todos los tratados que se acuerden con Estados Unidos —declararon los jefes de la Confederación India— deberán serlo con la voz general del conjunto de la Confederación». Además, decretaron que «toda cesión de nuestras tierras debe hacerse de modo público y por la voz unida del conjunto de la Confederación; todos los tratados parciales son declarados nulos y sin efecto». Terca y desafiante, la Confederación India combinó una diplomacia vigorosa con la guerra, pasando de una a otra según dictaran las circunstancias. Conscientes de que la Ordenanza Noroeste buscaba despojar a los indios de sus tierras, los aliados, en cooperación con los británicos, remitieron un mensaje al Congreso estadounidense. En este, daban por no válidos los tratados de 1784-1786: los nativos americanos habían sido calificados, falsamente, de pueblo conquistado sin derechos. El Congreso rehusó negociar y la Confederación India entró en guerra y atacó a los colonos invasores por todo Ohio y Kentucky. Sus líderes enviaron cinturones de wampum a otras naciones nativas y les invitaron a sumarse a una campaña panindia de protección de la soberanía indígena [22] .

Por su parte, los colonos estadounidenses creían que la tierra estaba a disposición de quien la quisiera; entre diciembre de 1787 y junio de 1788, 6000 autodenominados «pioneros» se adentraron en el País del Ohio. Intentaron tratar con respeto a los indios residentes, pero su número era «casi increíble», reportó el general de brigada Josiah Harmar. Un año más tarde, Estados Unidos —dotado ahora de una constitución y de nuevos departamentos ejecutivos de Estado, Guerra, Tesoro y Justicia— organizó una campaña para extender su autoridad a ambos lados de los Apalaches, hazaña que

solo las Seis Naciones habían logrado en el pasado. El plan tenía dos partes: guerra contra los indios del País de Ohio y diplomacia con los del sur. El programa fracasó casi de inmediato. Los agentes estadounidenses estaban dispuestos a negociar un tratado con los indios del Ohio, pero el general Arthur St. Clair, gobernador federal del Territorio del Noroeste, manipuló las conversaciones e informó a los indios de que eran pueblos sometidos que habían perdido la titularidad de sus tierras [23] .

En 1789, bajo coacción, los wyandots, iroqueses y lenapes firmaron el Tratado de Fort Harmar, en el que cedieron grandes extensiones de terreno. Aunque los agentes estadounidenses seguían cortejando a las Seis Naciones —se apoyaban en su autoridad para establecer y preservar la paz en el interior—, los funcionarios estadounidenses eran cada vez más reacios a administrar las naciones indígenas por medio de los iroqueses. Para sorpresa de todos, Estados Unidos obligó a las Seis Naciones a renunciar a todos sus derechos sobre el País del Ohio. Esta pérdida, ocurrida doce años después de la extinción del fuego del consejo central de la confederación, marcó el hundimiento final de siglos de dominación iroquesa en el interior norteamericano. Ninguna otra nación había hecho tanto por frustrar la expansión colonial, ya fuera francesa, neerlandesa, británica o estadounidense. Los iroqueses obtuvieron reservas al sur del lago Ontario y nunca fueron expulsados de sus antiguas tierras ancestrales.

A pesar de la pérdida de poder militar, la autoridad moral de las Seis Naciones seguía siendo palpable. Exigieron compensaciones por las tierras perdidas y presionaron a los agentes estadounidenses para que respetaran sus tradiciones. Instruyeron al comisionado que les habían asignado, Timothy Pickering, un estricto yanqui, en sus protocolos diplomáticos, en sus ceremonias y en sus conceptos de justicia. Una de las cuestiones más problemáticas era cómo responder a los asesinatos. Los funcionarios estadounidenses exigían juicios y ejecuciones en público, mientras que los iroqueses preferían cubrir las tumbas de las víctimas con regalos y así aliviar el dolor y restablecer el orden. Al cabo de un tiempo, Pickering llegó a la conclusión de que los colonos de la frontera eran «mucho más salvajes y vengativos que los mismos indios». Esto impelió al presidente Washington a afirmar que «resulta de lo más

mortificante descubrir que el grueso de los habitantes de la frontera considera que el asesinato de indios en época de paz no es ningún crimen y que sus asesinos solo son culpables de dejarse atrapar»[24].

Lo que Washington ordenaba desde la ciudad de Nueva York contaba poco en el interior. En la primavera de 1790, St. Clair recibió orden de adentrarse en el País del Ohio con un contingente estadounidense para eliminar indios y capturar más territorios indígenas. Al igual que muchos otros oficiales de alto rango, esperaba imponer las transacciones de terrenos y obtener un beneficio personal. La misión no fue bien. «Siento mucho tener que comunicar —informó a Washington— ¡que no tiene muy buen aspecto! Que los indios Ouabush [wabash] hayan resuelto guiarse en todo por los de la aldea Miami, es casi lo mismo que afirmar que continuarán las hostilidades». De forma humillante, St. Clair tuvo que comunicar al presidente que los colonos norteamericanos «están reducidos a la pobreza más absoluta». Washington se comprometió a «transmitir a los indios una honda impresión del poder de Estados Unidos». Un segundo oficial, el general de brigada Charles Scott, hizo una oferta de paz a los indios aliados, aunque desveló su nerviosismo al incluir una torpe amenaza: «Si declinan esta invitación y continúan sus hostilidades no provocadas […] sus guerreros serán masacrados, sus aldeas y localidades saqueadas y destruidas, sus esposas e hijos conducidos al cautiverio […] pueden estar seguros de que, aquel que escape a la furia de nuestros poderosos jefes, no hallará lugar de descanso en este lado de los Grandes Lagos»[25].

Ansioso por redimirse, St. Clair volvió a intentarlo en el otoño de 1791. En esta ocasión, el objetivo de sus 1400 soldados federales eran los asentamientos indios junto al río Maumee. Aquejado de gota, St. Clair acampó dieciséis veces durante la marcha. Weyapiersenwah [Casaca Azul], jefe de guerra de los shawnees, y el caudillo guerrero de los miamis, Meshekinnoqquah, o Pequeña Tortuga [Little Turtle], avanzaron al encuentro de los invasores con más de un millar de soldados shawnees, miamis, potawatomis, odawas, lenapes, sauks, ojibwes y meskwakis. Los indios golpearon antes del alba. No solo protegían sus tierras, sino también sus hijos; no podía haber margen de error. Al cabo de tres horas de feroz

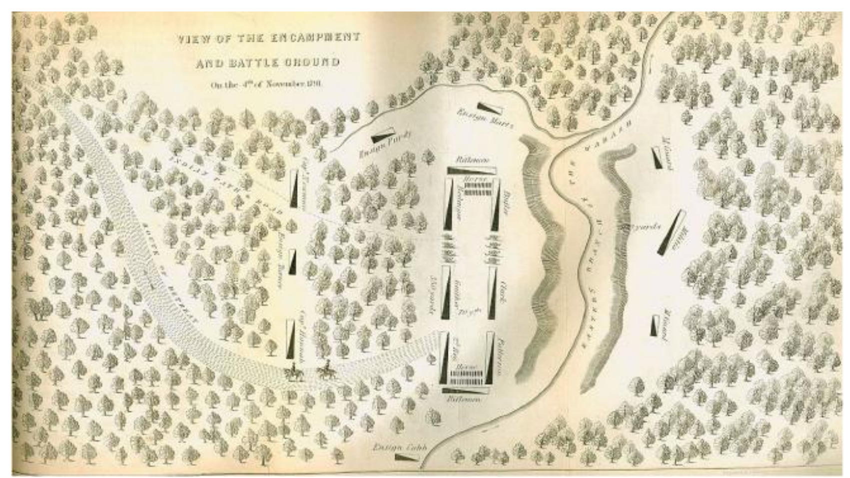
combate, los soldados estadounidenses se batieron en una caótica retirada. El porcentaje de bajas norteamericanas fue asombroso: un 97,4 por ciento, la peor derrota de colonos y estadounidenses en todas las guerras indias de las colonias y de la joven república. Presa del pánico, los soldados abandonaron la mayor parte de sus provisiones y munición. Hacia finales de 1791, todos los estados de la costa atlántica, salvo Georgia, abandonaron la ficción de que sus fronteras se extendían hasta el confín occidental, el río Misisipi. Henry Knox, secretario de Guerra, un hombre que no se alarmaba con facilidad, avisó de que «los habitantes piden y exigen protección; si no se les concede, sembraremos la semilla del descontento; de una situación local surgirán sentimientos de intereses separados». La posición de Estados Unidos era tan tenue que los líderes canadienses empezaron a planear un estado indígena independiente que sirviera de barra entre los territorios de Estados Unidos y Canadá [26] .

Para librar una guerra efectiva contra la Confederación India, Washington necesitaba 200 000 dólares anuales, una suma que el Tesoro, simple y llanamente, no podía proporcionar. La enormidad del reto parecía desbordar a Knox, que lamentó que «Estados Unidos ha nacido como nación bajo la carga de una frontera de inmensa longitud». Con esta afirmación reveló un sesgo intencionado: no era la frontera el problema, sino las decenas de millares de indios que la poblaban. A Knox, un paternalista a ultranza, no le gustaban los rudos colonos norteamericanos y había llegado a sentir simpatía por los nativos americanos. Al contrario que la mayoría de dirigentes estadounidenses, no consideraba o trataba a los indios como pueblos conquistados. Sin embargo, el punto de vista de Knox era minoritario. El Gobierno de Estados Unidos había empezado ya a planear una cadena de fuertes en el País del Ohio. «Mientras se tolere que Gran Bretaña conserve tales puestos, nunca podremos imponernos a los indios», se desesperaban los representantes del Congreso estadounidense [27] .

La Confederación India explotó sin tardanza la debilidad de Estados Unidos. El líder guerrero cheroqui Arrastra Canoa envió soldados a unirse a la confederación y, al año siguiente, los muscoguis le comunicaron que «1000 creeks participarían esta luna en actos hostiles». La Confederación India estableció su cuartel general en

Glaize, una antigua aldea mercantil cerca de la confluencia de los ríos Maumee y Auglaize, donde florecían extensos maizales y el comercio de pieles, lo cual proporcionaba a los aliados una sólida base económica. La Confederación India podía ahora operar en una vasta región situada entre los Grandes Lagos, al norte; el valle del Ohio, al sur; el valle del Misisipi, en el oeste; y las fronteras de Pensilvania y Virginia, al este y mantener a raya a decenas de miles de colonizadores. Estaba ocupando el vacío de poder que el declive de las Seis Naciones había dejado en el interior.

Al cabo de poco tiempo, la violencia se desbordó desde el interior, desde Ohio y Kentucky a Carolina del Norte. Confiados de su posición, los miamis no venían motivo para negociar con los estadounidenses. John Marshall, un ambicioso político que abogaba por un gobierno federal fuerte, temía una inminente rebelión de colonos, que pondría en peligro a la joven república. Washington ordenó al Ejército estadounidense aniquilar a los indios que resistieran y capturar el mayor número posible de mujeres y niños. Incapaz de eliminar a los indios aliados en batalla, el presidente de Estados Unidos recurrió al terror y a la guerra total contra los no combatientes, campos, huertos y núcleos comerciales. El trabajo de las mujeres sostenía a la Confederación India, de modo que la milicia de Kentucky decidió saquear los hogares de los nativos. En Fort Washington, cerca de la confluencia de los ríos Ohio y Miami, efectivos estadounidenses apresaron a docenas de mujeres y niños, a los que mantenían como rehenes. Los norteamericanos estaban desesperados. En abril de 1794, Thayendanegea se reunió con Henry Knox, secretario de Guerra de Estados Unidos, y le comunico que los iroqueses «comparten la misma opinión que el pueblo estadounidense; ustedes se consideran un pueblo independiente; nosotros, los habitantes originales de este país, y soberanos de su suelo, nos consideramos de igual modo independientes y libres, como cualquier otra nación o naciones. Este país nos fue concedido por el Gran Espíritu». Numerosos grupos nativos se hubieran mostrado de acuerdo [28] .



Mapa del campamento y retirada del general St. Clair, 4 de noviembre de 1791 (fecha y autor desconocidos).

Desbordado por el poder indígena, Estados Unidos se enfrentaba a una crisis que sus líderes no habían anticipado. Del mismo modo que Gran Bretaña no supo consolidar su imperio después de expulsar a los franceses del interior, Estados Unidos parecía estar perdiendo el control sobre las colosales posesiones que había obtenido en 1783. El fracaso, hasta cierto punto, fue cultural. Los colonos del oeste sentían un profundo rechazo hacia el poder y el gobierno centralizado, una desconfianza magnificada por el dominio indígena en el vasto interior. Los colonos no querían ser gobernados a distancia por un legislativo que no les daba armas ni los mantenía a salvo. El pésimo historial del ejecutivo a la hora de proteger a sus colonos del oeste de ataques nativos y británicos amenazaba con seccionar la incipiente república en dos mitades, la oriental y la occidental.

Uno de los agravios más sentidos era la incapacidad gubernamental de obtener de España el derecho de navegación por el Misisipi. El río era la puerta de acceso a los mercados del Caribe, Sudamérica y Europa y los colonos del oeste consideraban que la ineptitud del ejecutivo les estaba privando de una fortuna. Los clubes políticos de Pensilvania y Kentucky debatían la posibilidad de cortar lazos con Estados Unidos y algunos pretendían formar una república independiente en el valle del Misisipi. William Blount, un senador

de Tennessee que había hecho cuantiosas inversiones en las tierras del oeste, se planteó tomar parte de Luisiana y acordar una paz independiente con Gran Bretaña. Los muscoguis lo llamaban Fushe Micco, «el rey del suelo». El rey del suelo se echó atrás, pero muchos colonos del oeste no lo hicieron. En julio de 1794, el Gobierno federal impuso un arancel a los granjeros y destiladores del oeste de Pensilvania; esto desencadenó lo que se conoció como la Rebelión del whiskey. Washington envió 13 000 milicianos y el alzamiento se extinguió sin derramamiento de sangre. No obstante, los agravios subyacentes persistían y hacían que las regiones fronterizas de todos los estados al sur y al oeste de Nueva York estuvieran inquietas y agitadas.

La Rebelión del whiskey obligó al indeciso ejecutivo estadounidense a actuar. La resistencia indígena, combinada con los agravios de los colonos, planteaba una amenaza demasiado grave. Los funcionarios norteamericanos invitaron a los indios del Ohio a negociar un tratado, pero las conversaciones fracasaron. Knox despachó contra la Confederación India un contingente comandado por un alcohólico, al general Anthony «Mad» [loco] Wayne, para destruir sus asentamientos a orillas del río Maumee, al oeste del lago Erie. Al contrario que Harmar y St. Clair, Wayne no subestimó a los indios: definió su base de Grand Glaize como el «gran emporio de los indios hostiles del oeste», rodeado de «campos y huertos muy extensos y cultivados», que «muestran el trabajo de muchas manos. Los márgenes de esos bellos ríos [...] Asemejan una sola aldea durante muchas millas, tanto río arriba como río abajo de ese lugar; nunca he contemplado campos de maíz tan inmensos, en ningún confín de América, desde el Canadá a Florida». Wayne había atisbado el naciente poder indígena del corazón del continente, alzado en armas contra Estados Unidos. Los indios parecían estar mucho mejor organizados, y tener más autoridad, que los estadounidenses **[29]** .

La Confederación India movilizó a centenares de soldados y los británicos edificaron un nuevo fuerte en el Maumee en apoyo de sus aliados nativos. El Gobierno estadounidense estaba gastando un millón de dólares anuales para combatir a la Confederación India, muy por encima de la cantidad que había previsto Washington apenas unos años antes. Wayne, consciente de que no podía ganar

un conflicto prolongado, marchó con su ejército, «la Legión de Estados Unidos», formada por más de 3000 efectivos, directo al corazón del territorio indígena, el País del Ohio. Fue una contienda sucia. La marcha determinó la pauta: no habría cuartel, solo derramamiento de sangre. Las tropas de Estados Unidos quemaron maizales, arrasaron aldeas y asesinaron a mujeres y niños. La táctica era por igual una estrategia y una reafirmación de la hegemonía estadounidense. Wayne forzó una batalla en Fallen Timbers, cerca de Fort Miami, y la ganó. La derrota hizo tambalearse a la Confederación India.

Los líderes de los shawnees, lenapes y miamis se centraron en evacuar mujeres y niños. Abandonaron sus localidades y se retiraron por el curso del Maumee, con intención de refugiarse con los británicos en Fort Miami. Sin embargo, temerosos de las represalias estadounidenses, los británicos les negaron la entrada. Fue una traición devastadora que dejó expuesta a la Confederación India. La alianza se desmoronó y sus miembros se retiraron a sus respectivos dominios en el País del Ohio. Knox captó parte del momento crucial al escribir acerca de «la completa extirpación de casi todos los indios en las partes más populosas de la Unión. Algún futuro historiador señalará las causas de esta destrucción de la raza humana de color atezado». Las autoridades de Londres empezaron a temer que la guerra india en Norteamérica afectara el esfuerzo bélico de Gran Bretaña contra la Francia revolucionaria [30].

En noviembre de 1794, mientras se propagaban ideas sediciosas entre los colonos, Estados Unidos acordó el Tratado de Jay con Gran Bretaña, por el cual los británicos cedían a Estados Unidos los fuertes Detroit, Michilimackinac y Niagara y cortaban todo vínculo con los nativos americanos al sur de la frontera entre Canadá y Estados Unidos. La posición de los indios del Ohio se hizo insostenible. Privados del apoyo y las municiones de Gran Bretaña, no podían proseguir la contienda. En el invierno de 1795, Estados Unidos auspició conversaciones de paz en el puesto de mando del general Wayne, en Fort Greenville. Los agentes estadounidenses, en busca de estabilidad en el interior, intentaron convencer a las naciones nativas para que hicieran las paces con Estados Unidos; a cambio de cesiones de tierras, ofrecieron a los indios anualidades a perpetuidad por valor de 9500 dólares. Los agentes estaban

obsesionados por lo que los indios pensaran de ellos y querían que estos reconocieran públicamente la legalidad de las transferencias de territorio. Para los indios, la sinceridad era esencial y vigilaban a los colonos en busca del más pequeño indicio de engaño o de burdo interés propio: los estadounidenses estaban expuestos.

Exhaustos por casi cuatro décadas de conflictos, y satisfechos con el apoyo británico, Pequeña Tortuga y Pezuña Negra [Black Hoof], sachem de los shawnees, aceptaron el tratado, como también hicieron los caudillos de los wyandots, lenapes, shawnees, odawas, chippewas, potawatomis, miamis, kickapoos, ojibwes y kaskaskianos. Así y todo, cuando los indios conocieron los detalles específicos del Tratado de Greenville, quedaron horrorizados. Su dominio había quedado reducido a un fragmento del rincón noroeste del País del Ohio, 240 kilómetros al norte del río Ohio. El resto —dos tercios del País del Ohio— quedó abierto a la colonización estadounidense. Estados Unidos se erigía en un régimen colonial con todas sus características y, además, se reservaba el derecho exclusivo de adquirir el resto de tierras de los indios del Ohio.

Al igual que el gobernador adjunto Cruzat, once años antes, George Washington trató, in absentia, de asumir el rol de «padre» afectuoso y mostrarse amable y protector. Estados Unidos sería generoso y ofrecería a los indios aperos de labranza, simientes, armas y educación. Los funcionarios estadounidenses tildaron su generosidad de «programa civilizador». Un programa de inspiración ilustrada que buscaba rescatar a los nativos americanos del «salvajismo» y llevarlos a la civilización anglo-americana mediante el fomento de la agricultura y un estilo de vida sedentario. Los funcionarios tuvieron el buen sentido de abstenerse de detallar sus planes en las conversaciones de Fort Greenville. En estas, Pequeña Tortuga tomó la palabra y retó al general Wayne: «La línea divisoria entre los indios y Estados Unidos —protestó el líder miami— separa de los indios una gran parte del país, que mis ancestros gozaron desde tiempo inmemorial, sin violencias ni disputas. Las improntas de las casas de mis antepasados se ven por doquier en esta parte […] Es bien sabido por todos mis hermanos presentes que mi antecesor prendió el primer fuego en Detroit». Tarke, un sachem de los wyandots, advirtió a los estadounidenses de que «nuestra

tomahawk permanece en vuestra cabeza; los ingleses me la dieron para ponerla allí»[31].

Los primeros veinte años de Estados Unidos estuvieron jalonados por guerras casi constantes con los nativos americanos. La larga lucha por las tierras del oeste vació los cofres de la naciente república: casi cinco sextas partes del gasto federal total, año tras año. Mientras los estadounidenses —tanto colonizadores como soldados— luchaban con los indios y les arrebataban su tierra, Estados Unidos se enfrentaba a un nuevo reto imperial: organizar el asentamiento, integración y protección de un dominio que cubría la mitad del continente y que contenía unos 5 millones de ciudadanos. El sistema colonial británico, centrado en el Atlántico que había heredado Estados Unidos, ya no servía. Con el fin de sobrevivir, la nación federal tuvo que centralizar todas las entidades locales y regionales bajo su autoridad. El presidente y el Gobierno federal asumieron nuevas competencias por mediación de la Ley de Comercio e Intercambio de 1790, que les autorizaba a controlar el comercio indio, a expulsar y castigar a usurpadores de tierras indias, a monopolizar la negociación de tratados con los nativos americanos y a excluir a los estados individuales del proceso.

En 1795, el Congreso estableció una red de «factorías», economatos diseñados para promocionar la paz. El comercio regulado por el Gobierno, se creía, protegería a los indios del fraude, el alcohol y los abusos y ayudaría a civilizarlos. Años más tarde, Jefferson captó la lógica al escribir que «el comercio es el gran motor con el cual los coaccionamos y no la guerra». Se construyeron factorías por todo el noroeste, un cambio espectacular que, poco a poco, acercó la política india de Estados Unidos a la británica, de un carácter más amable[32].

Las nuevas iniciativas federales, pese a su carácter paternalista, manipulador y polémico, aportaron cierto grado de estabilidad en Trans-Apalaches. La clave era un comercio regulado y constante, lo cual había sido una exigencia de la Confederación India durante toda su existencia. Los indios podían ahora esperar, al menos hasta cierto punto, un trato justo. Sin embargo, estos privilegios comerciales tuvieron que obtenerse por medio de una política exterior enérgica y de duros regateos: los dos partidos políticos de

Estados Unidos —federalistas y republicanos— planeaban convertir el País del Ohio en una armoniosa colonia de asentamiento dirigida por aristócratas, el Hudson del Ohio [*]. En poco tiempo, se materializaron planes coloniales occidentales, desde el lago Ontario, al norte, hasta el valle del Savannah, en el sur. Una red de carreteras de densidad creciente unía a los diferentes estados, a los que permitía hundir sus tentáculos más y más profundamente en los dominios indígenas del oeste. La demanda creciente de tierra conllevó un diluvio de colonos al valle del Ohio. Washington no resultó ser un padre protector del estilo del modelo francés o español. La Confederación India se disolvió por sí misma, aunque solo de forma temporal. Muy pronto, un resuelto líder la reavivaría [33].

Capítulo 24

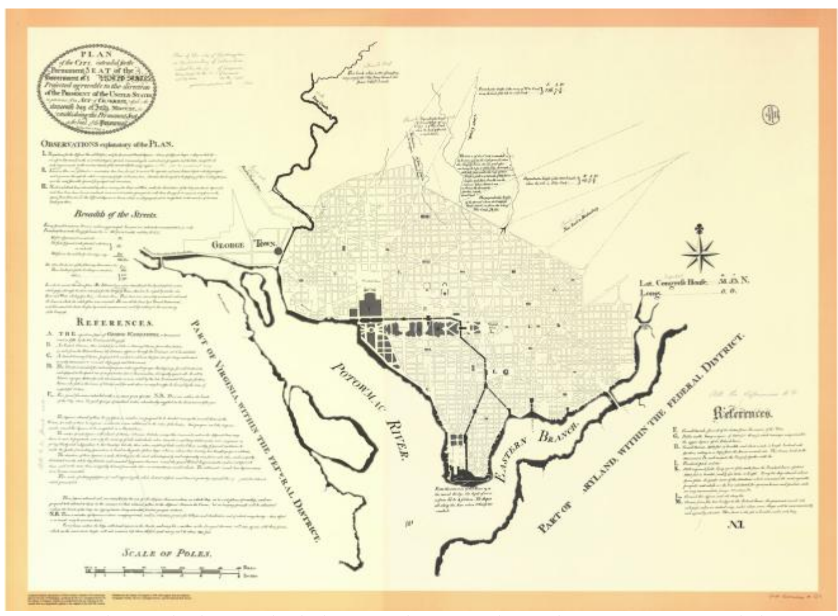
Promesas del Oeste

Los pueblos nacotchtank, patawomeck, piscataway y pamunkey estaban estupefactos. Soldados, ingenieros y constructores estadounidenses infestaban el valle del río Potomac, morada de sus ancestros desde hacía milenios. Una nueva ciudad, diseñada por el ingeniero francés Pierre Charles L'Enfant, se alzaba poco a poco en el valle. Conocida como «Ciudad de Washington», había de ser la sede de un imperio nuevo y autoconsciente.

A principios de la década de 1790, tras reivindicar la posesión de un ingente territorio contiguo de más de 2,3 millones de kilómetros cuadrados, Estados Unidos era la cuarta nación más grande del mundo, después de Rusia, China y Turquía. Los mandatarios estadounidenses confiaban en imponer sus condiciones a sus rivales coloniales. El derecho de navegación en el río Misisipi seguía siendo una cuestión candente con España. Conscientes de que no podrían contener mucho tiempo a las naciones nativas y a los estadounidenses, los españoles firmaron en 1795 el Tratado de San Lorenzo del Escorial, o Tratado de Pinckney, que establecía la frontera norte del oeste de Florida en el paralelo 31. España también entregó un tramo del río Yazoo de unos 160 kilómetros y concedió a Estados Unidos transporte libre de aranceles a través del puerto de Nueva Orleans. Muy pronto, el tráfico estadounidense en el Misisipi experimentó un gran auge [1] .

Este éxito comercial, no obstante, era precario, porque Estados Unidos seguía siendo demasiado débil para someter a los nativos americanos que dominaban el interior, así como sus ríos y recursos. De igual modo, el país era un experimento político arriesgado, que muchos estadounidenses y europeos consideraban improbable. Era una democracia y, por tanto, una entidad volátil, propensa a súbitos cambios de prioridades y políticas. También era un imperio de colonizadores, pues casi la mitad de su supuesta superficie se

componía de territorios indígenas que no habían sido cedidos. Había demasiadas soberanías superpuestas y en competencia dentro de sus teóricas fronteras y dentro de Estados Unidos existían numerosas naciones indígenas independientes, llamadas «naciones extranjeras residentes» bajo su teórica soberanía y cuidado. En realidad, Estados Unidos solo controlaba porciones de sus mastodónticos dominios. Sus fronteras no eran en absoluto indiscutibles: tenían que imponerse por medio de la violencia una y otra vez. Un viaje desde la capital de la nación a los Países de Illinois y Ohio requería alrededor de dos meses. Al contrario que la mayoría de imperios, Estados Unidos trató de gobernar sus territorios desde los márgenes, no desde el centro [2] .



«Plano de la ciudad destinada a ser la sede permanente del Gobierno de Estados Unidos», por Pierre Charles L’Enfant (1791). Library of Congress, Geography and Map Division.

Los mapas coloniales oficiales eran más claros. Desde principios de la década de 1790, cada potencia colonial dirigía un dominio independiente. Los tratados concedieron a Estados Unidos soberanía sobre el País del Ohio y los colonos se establecieron en él en una serie de acometidas de ocupación de tierras. Gran Bretaña obtuvo

un territorio enorme al norte de una línea que recorría los Grandes Lagos, además de conservar la Tierra de Rupert, un territorio británico que incluía toda la cuenca de la bahía de Hudson y se extendía hasta las Montañas Rocosas; los cimientos de un sistema de comercio transcontinental. El golfo de México fue un «lago español» desde 1783, que escudaba las islas caribeñas, México, Nuevo México y Florida contra intrusiones extranjeras. Con las poderosas confederaciones indígenas de su lado, España tenía lo necesario para aislar a Estados Unidos del Golfo y del oeste. Parecía que podrían darse cinco oestes: el francés, el británico, el estadounidense, el español y el siux. De todos ellos, el más factible era este último[3].

Después de más de treinta años de completa ausencia en Norteamérica, Francia escenificó su retorno en la década de 1790. Había logrado conservar la mitad oriental de Santo Domingo, la isla caribeña productora de extraordinarios rendimientos, gracias al café y al azúcar; contenía casi medio millón de esclavos y cada año enviaba a los mercados franceses bienes por valor de 200 millones de livres. El 1791, el brutal régimen galo provocó una rebelión en masa de los esclavos liderada por Toussaint Louverture, un antiguo esclavo. La revuelta lo llevó al poder, lo cual inquietó tanto a Napoleón como a Jefferson, así como a todos los propietarios esclavistas de todo el sur estadounidense: temían que el espíritu de la rebelión de los esclavos se extendiera al norte. Los kentuckianos, alarmados y contrariados, amenazaron con dejar la unión[4].

Los franceses solicitaron ayuda a Estados Unidos, su antiguo aliado revolucionario, pero el Gobierno estadounidense ya había iniciado un acercamiento a Gran Bretaña que culminaría en el Tratado de Jay de 1794. Gran Bretaña y Francia estaban en guerra, por lo que Estados Unidos tendría que elegir un bando. Ante el rechazo estadounidense, los galos establecieron una nueva avanzada en el continente, que incluía puertos en la costa del Golfo, en parte para vigilar Santo Domingo. El primer cónsul de Francia, Napoleón Bonaparte, ofreció comprar Luisiana al rey Carlos IV de España, que estaba deseoso de deshacerse de la colonia, un pozo sin fondo de caudales cuyos colonos no habían logrado hallar recursos que la sostuvieran. En el Tratado secreto de San Ildefonso, en 1800,

España entregó a Francia casi un 9 por ciento de Norteamérica. A cambio, Napoleón asignó a España el gran ducado de Toscana. La fortaleza gala, calcularon Carlos y sus consejeros, podrían lograr lo que España no podía: reducir al arrogante y advenedizo imperio estadounidense. El Gobierno de Estados Unidos estaba profundamente preocupado: una segunda Luisiana francesa, de nuevo basada en una estrecha cooperación con los indios, constituía una grave amenaza. Los franceses «podrían presentar toda clase de atractivos a los habitantes de los asentamientos de más allá del Allegheny […] e imbuirlos poco a poco la idea de formar un imperio independiente». Es más, decenas de miles de nativos americanos recibirían con los brazos abiertos el retorno del Onontio francés, que les podría armar, guerrear a su lado y suministrarles bienes a través de Nueva Orleans [5] .

Cuando el presidente Jefferson tuvo noticia de la transferencia de territorio, comprendió de inmediato que la misma existencia de Estados Unidos corría peligro: «Existe sobre el globo un único punto, cuyo poseedor es nuestro enemigo natural y habitual. Es Nueva Orleans, por el cual debe pasar camino del mercado tres octavas partes del producto de nuestro territorio». Por su parte, Napoleón planificó con esmero una campaña contra Louverture. Despachó al otro lado del Atlántico una armada con 50 000 hombres, aunque pronto recibió la noticia de que el contingente de Louverture y la fiebre amarilla habían frustrado la invasión francesa. Jefferson, inquieto, envió en 1803 a París a James Monroe en embajada especial, con permiso para adquirir Nueva Orleans y, si fuera posible, la mayor parte de Florida. Napoleón, decepcionado por la victoria de Louverture, ofreció en su lugar Nueva Orleans y toda la Luisiana por solo 15 millones de dólares. Sobre el papel, la compra de Luisiana fue una transacción de terrenos más que espectacular, que prometía casi duplicar el tamaño de Estados Unidos; además, entregó a los estadounidenses el valle del Misisipi, llave maestra de Norteamérica. El gran río era el espinazo de un enorme sistema de tributarios navegables que conectaban 3,8 millones de kilómetros cuadrados del interior con los canales comerciales del golfo de México y del Atlántico. Se estaba perfilando el nuevo imperio norteamericano en el oeste. Jefferson anunció que, en ese momento, los estadounidenses tenían «espacio

para todos sus descendientes, para las próximas 1000 generaciones y las 1000 siguientes»[6] [*].

Durante las eufóricas celebraciones en Washington D. C., y en otros lugares, muy pocos se pararon a pensar que casi toda la extraordinaria extensión adquirida estaba bajo control indígena. De igual modo, los estadounidenses tampoco vieron que Francia había reivindicado el territorio transferido solo hasta la confluencia del Misuri con el Misisipi, lo cual invalidaba la transacción. Jefferson sondeó la idea de convertir la compra de Luisiana en una gigantesca colonia india. Además, había un segundo factor que ponía en peligro la compra. Lo que Estados Unidos había adquirido a Francia era el derecho preferente derivado de la doctrina del descubrimiento, que le daba exclusividad para obtener los títulos de propiedad indígena, ya fuera por conquista o por contrato. Estados Unidos, demasiado débil para reducir a los indios a la condición de súbditos, tuvo que negociar contratos con las naciones nativas soberanas. Lo hizó en 222 ocasiones, entre 1804 y 1970; las cesiones mayores tuvieron lugar antes de 1867[7].

Jefferson, un erudito que parecía incapaz de resistirse a ninguna oportunidad de planificar y hacer mejoras —ya fuera en Monticello[*] o en Estados Unidos— se dispuso a transformar su nación en un gigante agrícola y comercial, independiente de los corruptos imperios europeos. Abogaba también por la expansión de la esclavitud en dirección oeste para aliviar las tensiones crecientes entre la mitad septentrional y la mitad meridional del país. Todos estos planes dependían de la rápida colonización del oeste, que, a su vez, exigía la rápida desposesión de los nativos americanos y la imposición de la soberanía estadounidense. Era evidente que esto no podía ser una operación militar: por ley, el tamaño del Ejército de Estados Unidos no podía exceder 3289 oficiales y clases de tropa. Este reducido ejército asignaba una cantidad lastimosa de efectivos, solo 2000 hombres, al oeste de los Trans-Apalaches.

El arma que eligió Jefferson fue el incipiente programa civilizador de Estados Unidos, diseñado para convertir a los cazadores nativos en agricultores y a las mujeres nativas en amas de casa gracias a las herramientas y reeducación adecuadas. Esta especie de ingeniería social sistemática, creía Jefferson, liberaría tierras para los colonos

estadounidenses sin necesidad de guerras y allanaría el camino hacia su comunidad ideal de propietarios rurales. Era prometedor, desde su perspectiva, que las mujeres cheroquis aceptaran de buen grado los programas, pues consideraban que este mejoraba, no erradicaba, su antigua civilización. Kaiiontwa'kon [Plantador de Maíz], un destacado líder militar de los senecas, adoptó el sistema de factorías y permitió a los cuáqueros vivir en las localidades de los senecas, muy reducidas. Es probable que se hubiera arrepentido de haber sabido lo que pensaba Jefferson del asunto: «En verdad, el objetivo final para su reposo y felicidad [de los indios] es permitir que nuestros asentamientos y los suyos se encuentren y se fundan entre sí, que se entremezclen y devengan un solo pueblo, de forma que se incorporen a nosotros». Los funcionarios estadounidenses estimaban que la implementación entre los senecas influyentes del programa de civilización desencadenaría un efecto dominó entre las demás naciones nativas. Benjamin Hawkins, agente de los poderosos muscoguis, pensaba que podría convencer a sus protegidos para que probaran «los dulces de la civilización» y aprender «el valor de la propiedad y la necesidad de defenderla». Las mujeres cheroquis que optaron por el programa de civilización creían que este potenciaría su economía y consolidaría su territorio. Aprovecharon la oportunidad para adquirir ruecas, telares y ropas de estilo anglo-americano. En los inicios del siglo XIX, las mujeres cheroquis poseían casi 20 000 puercos, 20 000 vacas, más de 6000 caballos y 129 esclavos **[8]**.

Sin embargo, no hubo efecto dominó. La respuesta de los senecas abogaba por la resistencia, no la asimilación. Skaniadariyo, o Lago Hermoso, el medio hermano alcohólico de Kaiiontwa'kon y pariente de su clan, tuvo cuatro visiones en 1799 y 1800. En la primera, estaba solo y tres mensajeros le ofrecieron fresas. En la segunda, estaba en una casa de consejo de los iroqueses y, más tarde, viajó al Mundo del Cielo, donde comprobó las dificultades de los cazadores senecas para obtener piezas. En la tercera visión, descubrió que la caza y las disputas estaban cerca de terminarse. En la cuarta, Skaniadariyo empezó a seguir la senda blanca que conducía a la regeneración espiritual. Mientras que los planes de Jefferson para el continente estaban impulsados por consideraciones económicas y geopolíticas, la visión de Skaniadariyo era, por encima de todo,

espiritual. Su profético Gaihwi:io, o «buen mensaje», gestó la religión de la Casa Comunal, que buscaba restablecer el equilibrio del mundo. Skaniadariyo quería que las personas fueran amables entre ellas, que se abstuvieran de beber alcohol y que practicaran el culto de forma adecuada; todos aquellos que no siguieran sus códigos y vivieran de forma virtuosa serían tachados de pecadores y pasarían la otra vida en el infierno. Mezcla de cristianismo y de espiritualidad indígena, el mensaje de Skaniadariyo fue uno de los muchos nuevos movimientos indígenas que desafiaron las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos y su dañina influencia sobre las tierras nativas [9] .

Mientras los senecas organizaban su desafío espiritual contra la arrogancia y el expansionismo de Estados Unidos, los lakotas planteaban un reto geopolítico. A mediados del siglo XVIII, los lakotas, tras convertirse en una nación de pleno derecho, se hicieron fuertes en el curso medio del Misuri auspiciados por los arikaras y se familiarizaron poco a poco con los usos, políticas y geografía del antiguo mundo fluvial. La vertiente del río Misuri —la más grande de la enorme cuenca del Misisipi— constituía una soberbia red de transporte. Desde la ribera oeste del Misuri, ocho atractivos tributarios —los ríos Blanco, Malo, Cheyenne, Moreau, Grand, Cannonball, Heart y Cuchillo— ofrecían múltiples puntos de acceso al oeste y a las praderas de hierba corta de las Grandes Llanuras. Los valles, además, proporcionaban estables fuentes de agua, hierba y álamos para los rebaños caballares en expansión de los lakotas. Atraídos por sus oportunidades y sus recursos cruciales, los lakotas dieron otro salto en dirección oeste. La pugna por el continente se desplazó al oeste, hacia el Trans-Misisipi.

En 1776, los lakotas —exploradores indígenas atraídos hacia tierras remotas por leyendas y mitos— llegaron a Pahá Sápa, las Colinas Negras, a unos 480 kilómetros al oeste del río Misuri. Pahá Sápa era un lugar extraordinario en todos los aspectos. Era una solitaria elevación que sobresalía de los pastizales; sobre las colinas, las agujas de los pinos de ponderosa refulgían negros bajo el sol. Hacia el cielo se extendían monumentales pilares de granito y sus cuevas subterráneas parecían llegar hasta el mismo centro de la Tierra.

Para los lakotas, Pahá Sápa era el centro del mundo, «el corazón de

todo lo que es», la parte más vieja de la Tierra y el lugar donde el bisonte y los primeros humanos salieron de una profunda sima, guiados por Iktomi, el héroe mitológico del pueblo siux. La Danza del Sol, la ceremonia de gratitud, humildad y unidad, adquirió una importancia decisiva en el ciclo anual de los lakotas y fomentó una colaboración más estrecha entre las oyátes, o naciones, de los lakotas. La coalición de las oyátes lakotas era una alianza inconstante, reflejo del estilo de vida nómada de un pueblo de jinetes, que dependía en un grado extraordinario de un único animal, el bisonte, del que obtenían sustento, materia prima, cobijo y realización espiritual. Con sus aliados dakotas, yanktons y yanktonais dominando el curso superior del Misisipi, hacia el este, la alianza siux, los Očhéthi Šakówiŋ, o Siete Fuegos del Consejo, eran los señores de un enorme bloque del interior de Norteamérica. Fue también en Pahá Sápa donde la antigua historia de Ptesáŋwiŋ, o «Mujer cría de búfalo blanco», cobró nueva relevancia y significado: ella enseñó a los lakotas el rito de la pipa sagrada, una de las siete ceremonias vitales que mantenían íntegra y poderosa a la alianza de los Očhéthi Šakówiŋ.

Durante la mayor parte del año, la alianza no existía de ningún modo concreto; en esa época, docenas de bandas locales iban de un lado a otro de su enorme dominio en busca de caza, mercancías y pastos. Sin embargo, cada primavera, lakotas, dakotas, yanktons y yanktonais se reunían en las ferias comerciales que también servían de convenciones políticas en las que sometían a público escrutinio las grandes decisiones. Tales reuniones, a menudo celebradas en el río James, en el centro del dominio del Očhéthi Šakówiŋ, constituían la base de la gran alianza siux. Estas permitían a sus miembros compartir recursos, reunir información, sincronizar políticas locales de las diferentes oyátes e identificar peligros y oportunidades. En reuniones cara a cara, fumaban el calumet y reafirmaban la identidad compartida de la formidable alianza de los Siete Fuegos del Consejo. Esta confederación constituyó los cimientos del poder lakota y siux durante más de un siglo. Aunque el pueblo siux no podía saberlo, el Očhéthi Šakówiŋ era ahora la potencia indígena más poderosa del continente, tras el debilitamiento de los iroqueses y cheroquis durante la Guerra de los Siete Años.

En 1879, Caballo Americano [American Horse], un anciano de los oglalas, explicó a un oficial del Ejército de Estados Unidos, William Corbusier, un pasaje muy específico de un relato de invierno[*]. Este detallaba el descubrimiento lakota —o regreso— de Pahá Sápa, en 1776, año en que Toro en Pie [Standing Bull] llegó a la cordillera. Era la primera entrada del relato, la cual marcaba el inicio de la historia documentada del pueblo de Caballo Americano [American Horse] y, por extensión, de la nación lakota. Esta versión de la historia lakota establecía una trayectoria paralela entre la nación lakota y Estados Unidos: en 1776, según Caballo Americano, tuvo lugar el nacimiento de dos naciones en el norte de América, las dos destinadas al descubrimiento de nuevos mundos, al dominio, la gloria militar y, por fin, a un terrible y violento choque mutuo. Es posible que Caballo Americano estuviera tratando de recordar a Corbusier la relación de respeto que hubo en otro tiempo entre las dos naciones principales del interior norteamericano. Quizá apelaba a un pasado compartido, con el objetivo de planificar un futuro en común[10].

La creación de una alianza lakota más firme —en el seno de la Confederación Siux— era un signo de debilidad, no de fortaleza. Los lakotas habían sido expulsados del valle del Misuri por los agricultores nativos; los consideraban rivales indeseables, pues competían por los mejores cazaderos, por el comercio con los europeos y por puntos estratégicos en los protectores acantilados ribereños del Misuri. Además, sus caballos y poblados de tipis consumían demasiada hierba y álamos. Sin embargo, el fin de la rebelión de Pontiac, en 1766, posibilitó el resurgimiento del comercio de pieles en el Trans-Misisipi. El incremento de la demanda de armas, pólvora, plomo y herramientas de metal avivó intensas rivalidades por los privilegios comerciales del alto valle del Misuri, donde varias naciones indígenas habían sufrido durante años un acceso poco constante a la tecnología y los bienes europeos. La mayor necesidad era pólvora y plomo: cuando se agotaban, el oeste indígena retrocedía a la Edad de Piedra.

A principios de la década de 1770, los lakotas oglalas y sus parientes yanktonais asaltaron un poblado de agricultores y comerciantes de los indios mandans, a unos 320 kilómetros al norte de los habituales territorios de acampada de los oglalas. «Quemaron

por completo a los mandans», recoge un informe invernal de los oglalas. El saqueo de la localidad mandan fue un punto de inflexión y marcó el inicio de una larga dominación lakota a lo largo del Misuri. Los lakotas, una vez obtuvieron realización espiritual y material en las Colinas Negras, se hicieron fuertes en el valle del Misuri.

La virulenta epidemia de viruela iniciada en 1781 —la misma que devastó al ejército de Cornwallis en Yorktown— tuvo una importancia clave en la expansión lakota por el alto valle del Misuri. Este brote castigó a los lakotas, que es posible que nunca antes habían estado expuestos a la viruela, pero destruyó casi por completo a las naciones agrarias, más sedentarias, de la región. Puede que pereciera más del 75 por ciento de los arikaras, lo cual redujo a la antigua civilización misuriana a una sombra de sí misma: los arikaras pasaron de 32 localidades a 3, «tristes restos», en palabras de Antoine Tabeau, empleado de la empresa peletera franco-española Clamorgan, Loisel and Company, con sede en San Luis. Al norte de los arikaras, los mandans, antaño numerosos, ahora solo podían habitar tres pueblos. Los hidatsas perdieron a la mitad de su gente. Antes de la epidemia, el alto valle del Misuri acogía a decenas de miles de indios agricultores; después de esta, solo quedaban 8000. Los dominios de granjas y pueblos, en otro tiempo extensos, se disolvieron en núcleos aislados y expuestos. Según un cuento de invierno lakota de 1781-1782, «vinieron y atacaron a caballo el tiempo del último invierno». Fue el último ataque exitoso de los indios agricultores. Con el tiempo, los lakotas eliminaron la amenaza de las debilitadas naciones agrarias [11] .

En 1793, aprovechando que la epidemia había debilitado de forma espectacular a los mandans, los lakotas asaltaron una localidad mandan de 58 cabañas y liquidaron a casi todos los que estaban allí. Los supervivientes, desesperados por alejarse de los lakotas, huyeron al norte. De repente, se abrió ante los lakotas un tramo de 320 kilómetros del río Misuri. Estos lo ocuparon y, de ese modo, extendieron su dominio misuriano hasta muy al norte. El momento era propicio [12] .

El comercio de pieles empezaba a florecer como nunca en el corazón del continente. Durante décadas, el comercio en los valles

del Arkansas y del bajo Misuri estuvo dominado por la nación osage, que, en ese momento, contaba con casi 20 000 miembros. Estos vendían armas y bienes manufacturados españoles en dirección oeste, a los indios de las llanuras, a cambio de pieles y mantos de bisonte. Los osages, respaldados por la familia Chouteau, los principales mercaderes de San Luis, que empleaban a expertos comerciantes franceses, generaban alrededor del 50 por ciento del negocio de la localidad y cosechaban enormes beneficios. Los Chouteau se casaron con familias de la élite osage, con lo que insertaron en vínculos de parentesco su asociación; eso les permitió intermediar transacciones mercantiles en todo el centro del continente. En los comienzos de la década de 1790, el curso bajo del Misuri empezaba a estar abarrotado de mercaderes. Los gobernadores españoles de Luisiana prohibieron comerciar con los osages, pero los Chouteau persistieron y apoyaron a los osages contra el imperio español. Encabezados por Pawhuska, los osages mantuvieron a los cazadores blancos lejos del valle del Arkansas, que había sido la sede del poder osage durante medio siglo. Los Chouteau, por su parte, siguieron enviando comerciantes río arriba en busca de territorios peleteros sin explotar. Las aldeas lakotas que se extendían por las orillas del Misuri eran, de forma inevitable, la primera parada de estos[13].

Estos impulsos comerciales chocaban con las ambiciones geopolíticas de los funcionarios españoles de San Luis, muy inquietos ante los desafíos imperiales que llegaban desde el norte. Los comerciantes canadienses se establecieron entre los mandans y desviaron hacia el norte el tráfico peletero del alto Misuri. Los márgenes de beneficio de los mercaderes de San Luis se desplomaron: de casi un 300 por cien, pasaron al 25. Desesperadas por mantener vivo el negocio, las autoridades españolas concedieron permisos para comerciar con los indios del alto valle del Misuri y así mantener a raya a los mercaderes canadienses. Había demasiado en juego. Si tenían éxito, muchos creían que la Norteamérica española podría salvarse. Era artículo de fe que, en algún punto de la parte superior del valle del Misuri, había una ruta fluvial hacia la costa del Pacífico, la clave de un imperio español duradero en el corazón del continente. Sin embargo, los españoles nunca tuvieron oportunidad de comprobarlo. Los comerciantes

franco-españoles estaban a punto de chocar contra una barrera lakota cuya existencia ignoraban. Al igual que el valle del Ohio en el pasado, el valle del Misuri se estaba convirtiendo en un punto candente de las pugnas nativo-coloniales.

En 1793, un emprendedor comerciante, Jacques d'Eglise, remontó el río con intención de alcanzar el país de los mandans. Los lakotas lo detuvieron a unos 480 kilómetros de su objetivo y confiscaron la mayoría de sus mercancías. A partir de ese momento, lakotas y yanktons adoptaron la política de controlar el tráfico comercial con rumbo norte que partía de San Luis. Sabedores de que el pillaje directo podía suprimir del todo el comercio fluvial, los lakotas cobraban peajes; los mercaderes tenían que pagar por navegar río arriba con armas, pólvora, plomo y otros bienes, lo cual convirtió el valle del Misuri en una máquina de producir tributo. En 1794, Jean-Baptiste Truteau, empleado de la Compañía Peletera del Misuri [Missouri Fur Company], se embarcó a una expedición comercial muy al norte, al país de los mandans, donde planeaba construir un fuerte. Lo detuvieron soldados yanktons, que abordaron su pirogue atestada de mercancías y lo llevaron a una aldea lakota situada río arriba. Allí, los lakotas condenaron la expedición de Truteau y tacharon a los comerciantes que intentaban remontar el río para llegar a los arikaras y mandans de «malos hombres, siempre hablando cosas malas contra ellos y urgiendo a esa nación [los arikaras] a que los matasen». La pólvora que llegara a manos de los arikaras y los mandans, explicaron los lakotas a Truteau, «solo se usaría para matar a los siux». Pidieron a Truteau que «abriera los malos caminos con grandes presentes de mercancías». Era una petición, apenas disimulada, de tributo. «Fue un auténtico saqueo», se quejó en su diario el humillado comerciante. La lista de bienes perdidos anunciaba la lluvia de beneficios que generaría la política fluvial de los lakotas-yanktons: ropa, tabaco, cuchillos, hachas, mantas, bermellón, pedernales, sacatrapos[*], pólvora y «un número de balas en proporción». Los lakotas también querían que Truteau los ayudara a establecer una relación apropiada con el gobernador de la Luisiana española y sus mercaderes. Truteau así lo hizo. Su reporte retrató a los lakotas como «los mejores cazadores de castores» de la Luisiana española[14].

A mediados de la década de 1790, el dominio lakota en el alto valle

del Misuri era un hecho evidente. Además de explotar de forma sistemática el tráfico fluvial franco-español, los lakotas también dominaban a los agricultores nativos de la región, los granjeros del valle del Misuri. Los lakotas combinaban saqueo y extorsión con diplomacia y comercio. El conjunto formaba una flexible economía de violencia que dejaba a los arikaras, a los hidatsas y a los blancos locales atemorizados, desprovistos y sumisos. Los lakotas, gracias a la movilidad que les proporcionaban sus monturas, creaban demanda artificial para sus propias exportaciones al mantener a los bisontes alejados del territorio de los arikaras, con lo que cosechaban cuantiosos beneficios. Tabeau vio a los soldados lakotas rodear un asentamiento arikara con sus tipis, «formando una barrera que impide acercarse a los búfalos». Al emplear el hambre como arma, los lakotas podían «fijar, como ellos deseen, el precio de aquello que les pertenece y obtener, en intercambio, las grandes cantidades de maíz, tabaco, judías y calabazas que exigen». Aunque los arikaras proporcionaban gratis a los lakotas las tres hermanas —calabacín, judías y maíz—, estos obligaban a los arikaras a comprarles arcos y flechas, a pesar de que los arikaras estaban «rodeados de bosques aptos para abastecerlos». Este «comercio ruinoso» convirtió a los 3000 arikaras supervivientes en vasallos lakotas. Como explicó Tabeau, los lakotas consideraban a los arikaras «una suerte de siervo, que cultiva para ellos y, como dicen, asumen el lugar de las mujeres». Las localidades arikaras de la confluencia del Misuri con el Grand pertenecían ahora a los lakotas. Tabeau quedó relegado y se quejó amargamente de que los lakotas «hacen creer a los ricaras [arikaras] que trato [a los arikaras] como esclavos» **[15]** .

Seguros de su lugar en el mundo, los lakotas se redefinieron y se adaptaron a los contornos del río que les daba vida. Se hicieron fuertes en puntos de importancia estratégica de las riberas del Misuri y estrecharon vínculos. De forma gradual, solidificaron su laxa alianza en una nación, basada en el líquido espinazo de su mundo. Frecuentaban las Colinas Negras para su rejuvenecimiento espiritual y sus asambleas políticas. Búfalo Lento [Slow Buffalo], un destacado itȟáŋčhaŋ, anunció: «Somos siete bandas y, a partir de este momento, nos disgregaremos por el mundo, de modo que nombraremos a un jefe para cada banda […] El Misterioso nos ha

dado este lugar y ahora depende de nosotros expandirnos. Daremos nombre a cada persona y a todas las cosas». A principios del siglo XIX, los lakotas asumieron su forma sacra en siete oyátes: hunkpapas, minneconjous, oglalas, sans arcs, sicangus, sihasapas y two kettles [dos calderos]. Eran ahora «aliados contra todos los otros humanos». Búfalo Lento envió a otros itȟáŋčhaŋ al este, oeste y al norte, pero no al sur. «Otro pueblo llegará por esa dirección», afirmó [16] .

La llegada de ese «otro pueblo» llevaba años preparándose. El presidente Jefferson ansiaba consolidar la autoridad estadounidense en cuanto a la compra de Luisiana, pero le intimidaba el inmenso tamaño y la apabullante pluralidad étnica de su adquisición; pensaba que la colonización de Luisiana requeriría un millar de generaciones. Apenas sabía nada acerca de las lealtades de las naciones indígenas de la región y temía que buscaran alianzas con la Canadá británica, al norte, o Nueva España, al oeste y sur [17] .

Ansioso por consolidar su asombrosa adquisición, Jefferson preveía en un principio enrolar a 30 000 voluntarios estadounidenses, cada uno de los cuales recibiría unas 64 hectáreas de tierra a cambio de dos años de servicio militar. Al fin, optó por una estrategia más ágil: una pequeña expedición exploratoria que recorriera la inmensa extensión de territorio con el objetivo de establecer alianzas con los indios locales, afirmar la soberanía estadounidense en la región y hallar la legendaria vía fluvial a través de la mitad occidental del continente. Jefferson empezó a preparar a su secretario privado, Meriwether Lewis, para el mando del Cuerpo de Descubrimiento, una nueva unidad del Ejército de Estados Unidos, que ejecutaría la primera y crucial zambullida en el enorme territorio. Lewis tendría que ser soldado, diplomático y experto en historia natural, todo en uno. A su vez, reclutó a William Clark, un oficial retirado del Ejército que serviría de jefe adjunto. Esperaban encontrar una multitud de indios dóciles que les proporcionaran víveres y guía hasta su destino. Además, tenían mucha prisa: Jefferson temía que alguna potencia extranjera reclamara la posesión de la costa del Pacífico antes de que Estados Unidos pudiera hacerlo. Jefferson, nervioso, quería ejecutar un plan irreal: expulsar a la mayoría de indios orientales al oeste del Misisipi, donde establecerían un vasto

imperio comercial destinado a canalizar productos indígenas, en su mayor parte pieles y cueros, hacia los mercados del este [18].

Desde el principio, los lakotas determinaron los planes de Lewis y Clark. Para los estadounidenses, San Luis era la puerta de entrada al Trans-Misisipi y al Misuri, además de la vía natural para los colonos. Esto convertía a los lakotas, que, en ese momento, controlaban con mano de hierro la sección superior del río, en la nación nativa a la que debían vencer. En el otoño de 1803, Jefferson obtuvo el diario de Truteau y lo compartió con Lewis y Clark. Describía en detalle la política de poder lakota en el curso alto del Misuri. Según Truteau, los lakotas sumaban «de 30 a 60 000 (?) hombres y abundan en armas de fuego», esto era una burda exageración que sobreestimaba la población lakota entre tres a seis veces más, si bien captaba el profundo control que los lakotas, con su gran movilidad, ejercían sobre la parte superior del valle del Misuri. Resultaba obvio que los estadounidenses no podrían imponer su autoridad en Luisiana hasta que ganaran y sometieran a los lakotas. «Aunque ustedes no pasarán por asentamiento alguno de los siux, es probable que encuentren a sus partidas —advirtió Jefferson a los dos capitanes—. A esa nación —remarcó— deseamos en particular causar una impresión amistosa, debido a su inmenso poder». No está clara la lógica que seguían Jefferson y sus asesores cuando decidieron que Lewis y Clark podrían imponer, con unos 40 hombres, la autoridad estadounidense sobre la enorme adquisición. No obstante, esa cifra era una mejora: en un principio, Jefferson planeó enviar «doce o quince hombres» [19].

Lewis y Clark se adentraron en lo desconocido: la mayoría de mapas disponibles del río Misuri eran meros croquis. Los comerciantes españoles y franceses conocían el interior mucho mejor que ningún estadounidense y los británicos de Canadá sabían más de las dinámicas de poder de la región que sus rivales de Estados Unidos. Los funcionarios británicos estaban desde 1799 en contacto con los lakotas, «una nación que, incuestionablemente, son los indios guerreros de América […] todos montados, reúnen unos 6000 hombres». Al contrario que los estadounidenses, los británicos habían aprendido que era muy poco lo que podían hacer los pueblos blancos sin llegar a un acuerdo con los indios [20].

En el otoño de 1803, poco más de un año antes de la partida de Lewis y Clark, los lakotas sicangus recibieron una embajada de las naciones meridionales de los omahas y los poncas. Los dos pueblos agrarios semisedentarios «suplicaron con urgencia» a Búfalo Negro [Black Buffalo], un itȟáŋčhaŋ de los sicangus que hacía poco había «ascendido a primer rango», establecer relaciones comerciales con los poderosos lakotas. En lugar de ello, sirvieron de peones en una pugna por el poder entre los lakotas. El Partisano, un ambicioso itȟáŋčhaŋ rival, envió a seis soldados a abortar la paz de Búfalo Negro con los omahas y los poncas. Fracasaron y los poncas devolvieron el golpe, pero, por error, atacaron la aldea de Búfalo Negro. Para salvar su prestigio, Búfalo Negro tomó represalias: sus soldados mataron a más de la mitad de los habitantes de un asentamiento ponca —quizá 150 hombres, mujeres y niños— y a 75 en una aldea de los omahas. Los poncas, «otrora muy numerosos», se tornaron «muy templados». Poco después, los poncas y los omahas se establecieron en una misma localidad, que no planteaba desafío alguno a los intereses lakotas. Lewis y Clark ignoraban estos drásticos cambios. Estaban adentrándose en una fluida dinámica geopolítica que no podían ni comprender ni manipular. Los lakotas estaban consolidando su dominio sobre el alto Misuri justo antes de la llegada de los agentes imperiales de Estados Unidos [21] .

El Cuerpo de Descubrimiento partió de San Luis el 14 de mayo de 1804. Remontó el río en dos pirogues y un esquife de 16 metros de eslora armado con una culebrina de bronce. No tenía ninguna prisa: el cuerpo quería hacer alarde de su poder y generosidad ante los indios y eso requeriría tiempo. Lewis y Clark llevaban 4600 agujas de coser, más de 1500 leznas para mocasines, 2800 anzuelos de pesca, 18 000 pares de tijeras, 180 espejos de peltre pulido y 130 hatos de tabaco. Todo ello para contentar y ganarse a las naciones nativas que hallaran. En Monticello, Jefferson se sumió en el nerviosismo desde el momento en que la expedición salió. Un mes después de la partida del Cuerpo de Descubrimiento, escribió que Lewis y Clark «debían mantenerse firmes» ante osages y lakotas, «porque en sus dependencias somos miserablemente débiles». Consideraba que los osages eran «los hombres más espléndidos que jamás hayamos visto» y «una gran nación». Además de su primera idea de una deportación masiva de indios, Jefferson sopesaba ahora

el inverosímil proyecto de convertir el territorio de Luisiana en un laboratorio natural, donde hombres verdaderamente ilustrados —entre los que se incluirían indios integrados—, se convirtieran en modelos para el resto del mundo[22].

Cuando el Cuerpo de Descubrimiento remontaba el río, lo primero que veían los indios en su ruta solía ser el elevado mástil y la gran vela del esquife. Cuando la nave se acercaba más, los indios observaban el arma de aspecto amenazador emplazada a proa: una culebrina. Las dos pirogues le seguían. El problema de Lewis y Clark era que su aparición enviaba un mensaje contradictorio a los indios. No estaba claro si eran soldados o diplomáticos, o si venían a mandar o a mercadear con la población nativa. Lewis y Clark disponían de tecnologías y posesiones extraordinarias, pero era obvio que no eran como los comerciantes franceses o españoles, que eran generosos con sus bienes sin exigir obediencia y sumisión.

En agosto, el Cuerpo de Descubrimiento se enfrentó a su auténtica primera prueba en una localidad otoe-misuria, situada sobre la confluencia del Misuri con el Platte. Lewis y Clark debían seguir un elaborado procedimiento diseñado por Jefferson: desfilaban frente a los indios, daban charlas convencionales en las que explicaban sus intenciones —traducidas por Pierre Dorion, el talentoso intérprete de la expedición— y entregaban medallas para «crear» jefes. La introducción habitual era un sonoro cañonazo. Sin embargo, esta teatralidad imperial no impresionó en absoluto a los otoes. Tras una larga pausa en las conversaciones, su líder, Caballo Grande [Big Horse], presentó demandas a los estadounidenses. «Vine aquí desnudo y volveré a casa desnudo», se quejó. Esperaba recibir bienes que compartir con sus seguidores. «Una cucharada de vuestra leche los calmará a todos», informó a los recién llegados. La leche, símbolo de la generosidad, también podría convertir a los forasteros estadounidenses en aliados y quizá en parientes[23].

Diez semanas después, el Cuerpo de Descubrimiento contactó con los yanktons en la confluencia con el río James; sabían que se adentraban en el territorio de la poderosa Confederación Siux. Clark estaba «muy enfrascado» en escribir un discurso: lo último que querían los capitanes era provocar a los yanktons con palabras decepcionantes. Enviaron a los indios una canoa cargada de tabaco,

maíz y calderos de hierro. A la mañana siguiente, los yanktons desfilaron para los forasteros con sus mejores galas; Lewis y Clark, vestidos con el uniforme de oficial, izaron la bandera y ordenaron saludar al cañón. Lewis pronunció su discurso habitual acerca de comercio, cooperación y del Gran Padre en Washington D. C., que reclamaba para él la tierra en la que estaban. A continuación, repartió regalos entre los notables yanktons, con intención de crear jefes de más autoridad, mediante los cuales podrían controlar la Confederación Siux. Estrecha la Mano [Shake Hand], itȟáŋčhaŋ de los yanktons, comprendió la táctica a la perfección. «Escuchad lo que tengo que decir —ordenó—. Recibí una medalla inglesa cuando fui a verlos, acudí a los españoles y me dieron una medalla y algunas mercancías, desearía que hicierais lo propio por mi pueblo». Medio Hombre [Half Man], otro itȟáŋčhaŋ yankton, advirtió a los estadounidenses de que «las naciones de más arriba no abrirán los oídos y me temo que vosotros no podréis abrírselos». Se estaba refiriendo a los lakotas, que cada vez acumulaban más poder. La nación arikara, «desgastada por las pérdidas», trató de establecer una alianza con los mandans y los hidatsas, pero los lakotas no lo consintieron. Lewis y Clark se quedaron intranquilos, por lo que decidieron dejar a Pierre Dorion entre los yanktons, en un gesto de buena voluntad [24] .

Es probable que los lakotas fueran informados de la llegada de la expedición estadounidense por sus aliados del curso inferior del río. Cuando los sicangus, la oyáte lakota de más al sur, avistaron el Cuerpo de Descubrimiento, despacharon a jóvenes nadadores al esquife a imponer su control de fronteras. Por lenguaje de signos, los nadadores informaron a los estadounidenses de la cercanía de dos aldeas lakotas. Se organizó un consejo en la confluencia del siguiente río, el Malo. No fue bien. En la reunión, celebrada en un banco de arena en mitad del río, Lewis y Clark reconocieron a Búfalo Negro la dignidad de «Gran Jefe», lo cual enfureció al Partisano —el itȟáŋčhaŋ sicangu rival—, que también estaba presente. Los sicangus se negaron a desembarcar del esquife y el Partisano amenazó con quedarse una de las pirogues de la expedición como tributo. Búfalo Negro asió el cable del pirogue, mientras el Partisano caminaba con toda calma hacia sus soldados, que tensaron arcos y amartillaron fusiles. Búfalo Negro reafirmó su

autoridad al afirmar que «él también tenía guerreros». Si los estadounidenses «continuaban con esto», le advirtió, sus guerreros los seguirían y «los matarían y capturarían [a todos] poco a poco». Clark, que solía ser un soberbio solucionador de problemas, recurrió en ese momento a la burda intimidación: anunció que una carta «a su gran padre el presidente» haría «que los destruyeran a todos en un instante».

Clark malinterpretó la situación y ofreció su mano a Búfalo Negro, que lo ignoró y caminó hacia sus soldados, a los que desplegó en posición para aniquilar a los estadounidenses, aunque no les ordenó abrir fuego. La serena autoridad de Búfalo Negro desactivó la tensa situación, que estuvo muy cerca de acabar con la expedición de Lewis y Clark. Búfalo Negro pidió que se permitiera a las mujeres y niños de los sicangus subir a la pirogue, «puesto que nunca habían visto una semejante». Una vez embarcaron, Búfalo Negro y dos hombres sicangus se sumaron al grupo, con lo que tomaron el control efectivo de la embarcación. Avanzaron kilómetro y medio río arriba y anclaron la nave cerca de una isla, a la que Clark, humillado, llamó «isla del mal humor, dado que lo estábamos». A la mañana siguiente, Búfalo Negro guio a los estadounidenses al fuerte sicangu que servía de bastión meridional del dominio lakota. Lewis y Clark quedaron en ese momento inmersos en una escenificación de los lakotas. Desembarcaron y los soldados lakotas los sentaron sobre mantos blancos de bisonte y los transportaron por una aldea con forma de anillo de alrededor de un centenar de tipis, todos ellos hechos de mantos de búfalo curtidos con lujo, un Versalles indígena hecho para impresionar. Los capitanes, rodeados por 70 soldados, fueron conducidos al tipi del gran consejo. Allí vieron numerosos símbolos del alcance internacional de los lakotas: cautivos omahas, una bandera estadounidense, dos españolas, elaboradas pipas de calumet y bolsas de medicina. Un relato, construido con sumo cuidado, de poder geopolítico y sobrenatural [25] .

Los lakotas habían dejado en evidencia la ficción en la que se basaba el Cuerpo de Descubrimiento. Lewis y Clark trataron de aferrarse a su relato conquistador, según el cual venían a imponer la autoridad de Estados Unidos en el valle del Misuri. En realidad, la expedición hizo que los lakotas consolidaran su supremacía en el valle. En lugar de extender el imperio americano al interior del

continente, Lewis y Clark provocaron una impresionante respuesta imperial indígena que frustró el proyecto jeffersoniano para el continente. Tras alcanzar la relativa seguridad del país de los mandans, cerca de la curva oeste del Misuri, el Cuerpo de Descubrimiento erigió una empalizada, a la que dieron el grandilocuente nombre de Fort Mandan. Allí, Clark hizo balance de la expedición hasta la fecha. Era decididamente dispar. Aunque el cuerpo había logrado acceder a los comerciantes mandans, los lakotas los habían humillado por completo. Clark escribió «siux» —no empleó el término «lakota»— tan a menudo en su diario que logró deletrear «siux» de 37 formas diferentes con su idiosincrática ortografía. Clark desvela su rabia, pues tildó a los lakotas de «los malhechores de esta raza salvaje más viles, que siempre serán los piratas del Misuri». Los lakotas, lejos de ser piratas oportunistas, eran, en realidad, los protectores de la recién establecida hegemonía indígena.

Cuando Lewis y Clark planearon su viaje río arriba, y desde allí en dirección oeste, sabían que los siguientes retos serían más físicos que políticos. Se adentrarían en territorios más áridos y tendrían que superar numerosas cadenas montañosas, que se hacían más grandes cuanto más viajaban al oeste. Necesitaban ayuda. En noviembre de 1804, conocieron en Fort Mandan a Toussaint Charbonneau, un mercader de la Compañía del Noroeste [North West Company], y a su joven esposa embarazada, Sacagawea, hija de una mujer de los shoshones lemhis. Sacagawea fue capturada en 1800 por los hidatsas en los tres brazos del Misuri y pasó cuatro años de cautiverio hasta que Charbonneau la rescató. Sacagawea viajó en dirección oeste con Lewis y Clark e identificó accidentes geográficos clave, que ayudaron a orientar a los capitanes; además, cuando la expedición alcanzó el límite del tramo navegable del Misuri, facilitó la compra vital de caballos a comerciantes shoshones. Increíblemente, el líder de los shoshones resultó ser su hermano Cameahwait. No está claro por qué Sacagawea decidió quedarse con los estadounidenses, pero lo cierto es que sus aportaciones fueron esenciales. Los caballos que logró obtener permitieron al cuerpo alcanzar el Pacífico. También mantuvo a salvo a los estadounidenses con su mera presencia: los indios consideraban que un grupo que incluía una mujer y, poco después,

a un bebé, debía de ser de carácter pacífico. Clark, aliviado, reportó que «una mujer en una partida de hombres es un símbolo de paz» [26] .

Lewis y Clark viajaron por un mundo indígena que apenas comprendían. Mientras remontaban el río, pasaron por alto un acontecimiento de importancia en el Misuri: los indios cuervos entraron en la historia escrita al desfilar frente a los indios hidatsas y mandans en el río Cuchillo, un afluente del Misuri. Un comerciante de pieles francés dejó constancia del hecho. Tiempo después, el mercader regresó con los cuervos, los agasajó con hachas y cuchillos y fumó con ellos. Con esto, los cuervos entraron, como aliados franceses, en un nuevo universo común de indios y europeos [27] .



Célebre mapa (1814) que muestra la «senda» de Lewis y Clark a través del oeste de Norteamérica, desde el Misisipi al océano Pacífico. Library of Congress, Geography and Map Division.

El Cuerpo de Descubrimiento completó su épico viaje de ida y vuelta a la costa del Pacífico en menos de dos años. En abril de 1806, regresaron a San Luis, tras haber organizado más de cincuenta conferencias con los indios. La llegada fue un espectáculo de fervor nacionalista. Los exploradores volvieron explicando los impensables recursos naturales y la inmensa escala del continente hacia el oeste. En una cena de homenaje, Lewis y Clark fueron comparados con Cristóbal Colón y el Misuri fue tildado de «vehículo de riqueza para todas las naciones del mundo». Se brindó por «el

comercio de Estados Unidos […] base del ascenso político de América»[28].

En ausencia de Lewis y Clark, el mundo había cambiado. El general James Wilkinson inició una expedición propia de exploración del alto valle del Misisipi, en parte para reivindicar la soberanía estadounidense —los mercaderes canadienses llevaban descendiendo por el río desde hacía años—, aunque también para crear un feudo propio de comercio de pieles. Wilkinson, hombre de lealtades inusualmente maleables, era conocido como «Agente 13» en la época que fue espía al servicio de España, durante la cual trabajó para entregar Kentucky al imperio español y avisó a los españoles de la expedición de Lewis y Clark. Tras la compra de Luisiana, Wilkinson presionó para ser gobernador del territorio. Jefferson le dio el puesto.

Si Lewis y Clark trataron con los lakotas, Wilkinson contactó con sus parientes los dakotas, que dominaban la mayor parte del alto valle del Misisipi. Emitió una proclama que prohibía a los comerciantes británicos el acceso a los valles del Misuri y del Misisipi y despachó al teniente Zebulon Pike río arriba. Este alcanzó a los dakotas en la confluencia de los ríos Misisipi, Chippewa y Sainte-Croix, donde andaban atareados cazando castores. Se reunió con los líderes de los siux-mdewakanton y propuso construir un fuerte y un puesto comercial para ellos. Sus itȟáŋčhaŋ Cuervo Pequeño [Little Crow] y Penichon firmaron un tratado redactado a toda prisa con apenas 250 palabras. Sabían que la presencia de comerciantes estadounidenses les permitiría enfrentar entre ellos a los mercaderes británicos y estadounidenses y obtener de ambos mejores tratos.

Las maniobras desautorizadas de Wilkinson y Pike revelan lo muy fragmentada y débil que estaba la joven nación más allá de los estados originales del este. Los estadounidenses consideraban a los indios gentes no estatales sin civilizar. En realidad, los nativos americanos solían estar mucho mejor organizados que sus adversarios. Los lakotas y los dakotas, junto con la mayoría de naciones indígenas, disponían de sofisticados sistemas de toma de decisiones basados en consejos nacionales regulares y participación directa del pueblo de la nación: la mayoría de naciones nativas tomaba decisiones fundamentadas en el consenso y, con frecuencia,

incluía a hombres y mujeres en las deliberaciones. En consecuencia, los nativos americanos podían presentar un frente unificado a foráneos y a enemigos.

A partir de 1806, los lakotas patrullaron de forma metódica el Misuri por una extensión de más de 650 kilómetros e inspeccionaban naves y flotas y exigían el pago de tributos. A veces organizaban emboscadas desde las aldeas sometidas de los arikaras y sacaban el máximo partido a los intrusos estadounidenses. Contuvieron la expansión occidental de Estados Unidos, pues frustraron las ambiciones de destacados empresarios estadounidenses como John Jacob Astor y Manuel Lisa. El control del Misuri era una empresa enormemente lucrativa que podría haber dividido a los lakotas, pero sus líderes tenían experiencia en tales asuntos, que se remontaba a sus encuentros con los mercaderes españoles en la década de 1790. Conforme a los valores tradicionales de los lakotas, comandaban desde primera línea y distribuían el botín de forma equitativa y, a menudo, renunciaban a este para cederlo a sus seguidores. La recompensa era lealtad, consenso y capacidad de resistencia. La trayectoria de la nación osage fue casi el polo opuesto. Carentes de los efectivos y de la movilidad equina de los lakotas, eran vulnerables a la agresión colonial. En 1808, William Clark y Pierre Chouteau —el primero un célebre explorador, el segundo un político— se reunieron con Pawhuska y Nezuma, líderes de los osages, a los que exigieron cesiones de tierras que sumaban más de 207 000 kilómetros cuadrados. Esto devastó a la nación osage. En compensación, recibieron una factoría bajo patrocinio estadounidense, la primera al oeste del Misisipi [29] .

Capítulo 25

El demonio blanco de fauces abiertas de par en par

La naciente república estadounidense era un camaleón, aunque no por propia voluntad. Situada en el extremo oriental de un continente indígena formado por centenares de naciones nativas, la república tuvo que ajustarse en todo momento a la presencia y territorialidad indígena dentro de sus fronteras autoimpuestas. Cada nación nativa con la que los estadounidenses entraban en contacto era única, lo cual les obligaba a calibrar una y otra vez su política exterior. Enfrentarse a los lakotas, con su elevada movilidad, suponía un reto distinto a las benévolas naciones y confederaciones nativas de tipo sedentario y base agraria.

Mientras los lakotas consolidaban su dominio en el valle del Misuri y frustraban las ambiciones estadounidenses en el interior, otras naciones nativas se enfrentaban a la agresiva república estadounidense, que no parecía tener ningún respeto por las fronteras ni por la soberanía nativa. Tal arrogancia dejó la puerta entreabierta a las estratagemas británicas. En 1802, William Henry Harrison, el poderoso gobernador del Territorio de Indiana, advirtió de que los agentes británicos que operaban desde el alto Canadá estaban intentando «hacer creer a los indios que Estados Unidos pretende destruirlos mediante la viruela, transmitida a través de los bienes que reciben de nosotros»[1].

En 1804, Harrison —a imitación de los subterfugios de James Wilkinson— ocupó casi 2600 kilómetros cuadrados de tierras nativas con un tratado fraudulento, que llevó a las naciones nativas a buscar soluciones indígenas a la catástrofe del colonialismo. En junio de 1805, los Očhéthi Šakówiŋ tomaron la iniciativa. Evocando la ley del «plato de una sola cuchara», enviaron pipas de guerra a los sauks, meskwakis, odawas y potawatomis. Les pidieron que hicieran la paz con los osages al oeste del valle del Misisipi, con el fin de poder concentrarse en combatir a «la nueva nación blanca

que está invadiendo nuestras tierras». Los siux también mandaron una pipa de la paz a los británicos de Fort Amherstburg, en la embocadura del río Detroit, y les invitaron a unirse a los Očhéthi Šakówiŋ contra los estadounidenses. Los osages, debilitados y disgustados, optaron por medidas más directas: informaron a los funcionarios estadounidenses en el País del Ohio de que «emprenderían el camino de la guerra y saquearían los convoyes de plata que navegan entre diversos puntos, como habían hecho con éxito algunos años antes». Los osages y la familia Chouteau de San Luis crearon un ejército propio de 300 soldados. Los osages advirtieron a George Sibley, el agente que tenían asignado, de que nunca señalara con el dedo [2] .

Los shawnees valorarían el desafío de los osages. El Gobierno de Estados Unidos estaba comprando tierras indígenas en el norte del País del Ohio, pero no cumplió el pago de las anualidades acordadas. La naciente coalición indígena de los siux, sauks, meskwakis, odawas y potawatomis avanzó hacia la guerra. En la primavera de 1805, se desencadenó una epidemia entre los shawnees kishpokos, lo cual reforzó el miedo y el resentimiento. Lalawéthika, un borracho y fallido chamán shawnee, se sumió en un profundo trance similar a la muerte. En su visión, viajó a un lugar donde tuvo que afrontar sus pecados. Conoció a Meteelemelakwe, el Creador. A partir de ese momento, el camino estaba claro para Lalawéthika. Se convirtió en Tenskwatawa, «Puerta Abierta», un profeta, y empezó a predicar y sanar el alma y la mente de los pueblos nativos. Sobre la base de las enseñanzas del profeta lenape Neolin y del cristianismo, los conminó a rechazar todo aquello blanco que los corrompían: alcohol, ropas, esposas, niños mestizos, ganado, puercos, ovejas, pollos, ruecas y pan. Otro santón shawnee, Le Maigouis, condenó a los estadounidenses con particular desprecio y los calificó de «espuma de las grandes aguas agitadas por el espíritu maligno, que fue empujada a los bosques por un fuerte viento del este. Son numerosos y los odio». El profeta, al observar la creación de Meteelemelakwe a través de una lente racial, situaba a blancos e indios en mundos diferentes. Lo vital era ser indios independientes, en lo espiritual y en lo material. Tenskwatawa estaba borrando a los estadounidenses del universo shawnee por medio de la palabra.

Para Tenskwatawa, la exigencia de pureza lo abarcaba todo, pues iba más allá de la raza. Con intención de proteger a su gente de la dependencia de los mercados extranjeros, prohibió la caza comercial y el mercadeo de pieles con los colonos. Enfatizó las diferencias entre indios y blancos y tildó a los estadounidenses de gentes no humanas, que habían surgido del mar en forma de gran serpiente. Además, Tenskwatawa pretendía reformar a sus hermanos indios. Rechazó la poligamia y los matrimonios mixtos y quería que su gente asumiera roles de género apropiados, embebidos en el dominio masculino. Los hombres debían ser soldados y proveedores, las mujeres agricultoras y cuidadoras, apartadas de la esfera pública. Las mujeres habían sido esenciales para la creación y pervivencia del terreno intermedio, de generaciones de antigüedad, entre nativos americanos y franceses; el veto del profeta a la participación femenina en la vida pública casi destruyó dicho terreno intermedio. Las directivas de Tenskwatawa no quedaron sin respuesta. La profeta indígena Beade, una antigua morava, movilizó el espiritualismo lenape con el objetivo de erradicar el robo, la fornicación, el asesinato y la maldad, lo cual suponía un sutil desafío al inquebrantable régimen de géneros del profeta. Tenskwatawa ordenaba cacerías de brujas contra los escépticos [3] .

Tenskwatawa explotó la espiritualidad indígena y la enemistad entre indios y estadounidenses en el País del Ohio, que se venía gestando desde hacía mucho tiempo y halló una audiencia entusiasta. Su mensaje corrió como la pólvora entre las naciones indias, desde los Grandes Lagos a lo más profundo de las praderas continentales. Prohibió las cesiones individuales de tierras a Estados Unidos y proyectó una enorme alianza indígena que presentara un frente unido contra los estadounidenses. Estableció su cuartel general en Greenville, al oeste del País del Ohio, desde donde emprendió una campaña que era, al tiempo, militar, religiosa y espiritual. Condenó los programas de civilización de los estadounidenses, a los que tachaba de complot para reducir a los indios a la esclavitud. El Gran Espíritu, Aasha Monetoo, había entregado a los shawnees, además de la tierra, mishaamis, hatos sagrados que contenían el bienestar de la nación y permitirían a los shawnees conservar siempre la tierra.

Aunque separaba a los indios de los europeos, Tenskwatawa hurtó elementos de la ideología cristiana —el demonio, el cielo, los sermones— y alentó a millares de shawnees, lenapes, wyandots, potawatomis, kickapoos, odawas, ojibwes, sauks, ho-chunks y otros. Hizo ejecutar a varios brujos pertenecientes a los lenapes integrados y ordenó la destrucción de sus tradicionales bolsas de medicina y objetos cargados de espiritualidad, debido a que sus propietarios eran pecadores. Su visión era total: estaba rehaciendo el mundo de nuevo. Para desazón de los agentes estadounidenses, centenares de indios de los Grandes Lagos peregrinaban a escucharlo. A principios de 1808, Tenskwatawa trasladó su base a Prophetstown [Villa del Profeta], un nuevo asentamiento multiétnico en la confluencia de los ríos Wabash y Tippecanoe. Poco después, su hermano, Tecumseh, «Estrella fugaz» en lengua shawnee, se reunió allí con él. Tecumseh llevaba combatiendo a los europeos desde los 15 años. La madre de los hermanos era una muscogui, lo cual ayudó al ambicioso plan de alianzas del profeta. Jefferson estaba intranquilo: escribió al gobernador territorial de Michigan que «si alguna vez nos vemos obligados a alzar el hacha contra tribu alguna, no la bajaremos hasta que esa tribu haya sido exterminada, o expulsada al otro lado del Misisipi». Había surgido una nueva alianza indígena que continuaría la misión de la Confederación India.

En Prophetstown convergía y se entremezclaba una multitud de intereses y ambiciones locales. Era un centro de rumores, embustes, espías, medias verdades y alianzas de conveniencia entre indios, estadounidenses, británicos y franceses. Todo ello intensificado por un consumo masivo de alcohol, la mercancía que estaba eclipsando al resto en el País del Ohio. Prophetstown era nuclear en lo geográfico y fluida en lo social, un entorno casi idóneo para un líder ambicioso que buscara ascender. Con ayuda de Tecumseh, Tenskwatawa relegó a los jefes locales y concentró el poder en sus manos. Había una tensión palpable entre Tenskwatawa el fanático y Tecumseh el pragmático: el segundo seguía comerciando con los franceses, que seguían constituyendo una relevante presencia en el País del Ohio.

En 1809, a los colonos les invadió el pánico a causa de los rumores de inminentes asaltos indios en el curso del río Wabash, hasta Vincennes, capital del Territorio de Indiana. El gobernador Harrison

no sabía qué hacer. Lo que los estadounidenses denominaban el Noroeste acogía a casi 30 000 nativos americanos, cuyo número crecía con rapidez. Las mujeres de los ho-chunks, illinis, sauks y meskwakis extraían plomo a razón de 180 000 kilogramos anuales, lo cual daba a su pueblo armas, respeto y poder. Este éxito tan concreto y mesurable alarmó a los colonizadores: los indios no estaban desapareciendo. La paranoia se propagó por toda la frontera blanca [4] .

Mientras dejaban que rumores y éxitos hicieran su labor agitadora, Tenskwatawa y Tecumseh se disponían para la guerra. Para ello, sacaron el máximo partido al carácter multiétnico, shawnee y muscogui, de los orígenes de Tecumseh. Este último, tras erigirse en el líder principal, se embarcó en una gira diplomática de más de 3000 kilómetros para reclutar aliados entre los indios meridionales. Un periodo de tres meses de terremotos dio mayor urgencia a su mensaje —el propio mundo parecía estar cambiando—, de modo que, hacia el invierno de 1811, los indios confederados estaban preparados. Sin embargo, había divisiones entre ellos. Pushmataha, un curtido líder de los choctaws, rechazó a Tecumseh y lo calificó de forastero y agitador. Solo unos pocos choctaws se unieron al movimiento.

Tecumseh y Tenskwatawa también contactaron con los británicos. Les pidieron que abastecieran de armas a los indios y que se sumaran a su ataque contra Estados Unidos. Los estadounidenses del Noroeste creían enfrentarse a una conspiración india a gran escala. El gobernador Harrison advirtió de que «si no se toman medidas decisivas y enérgicas para romper la combinación formada por el Profeta, muy pronto veremos aliadas contra nosotros a todas las tribus indias de estos confines». Harris consideraba a Tecumseh «uno de esos genios poco comunes que, de vez en cuando, surgen para obrar revoluciones y revertir el orden de las cosas». Tenskwatawa hizo fortificar su base y Harrison movilizó a su milicia.

Llenos de miedo, los colonizadores imploraron al presidente James Madison ayuda contra la emergente coalición antiestadounidense: «Los bandidos a las órdenes del profeta suscitan inquietud allí donde están ahora. El pueblo está muy alterado y alarmado». Los colonos le recordaron al presidente que «el país occidental, señor,

está en deuda con su predecesor por un compromiso inquebrantable con su prosperidad». Por su parte, Harrison escribió a Tenskwatawa para garantizarle que «no es intención de Estados Unidos adquirir más tierras». El Territorio de Indiana tenía alrededor de 25 000 habitantes blancos y muchas más tierras «de las que podían ocupar». Aquí, el reto indígena a los imperialistas estadounidenses consistió en incesantes actos de resistencia local, no las espectaculares maniobras militares y diplomáticas de las Seis Naciones, los lakotas, los cheroquis, los chickasaws, los choctaws, los catawbas y los comanches [5] .

Mientras Tecumseh seguía en el sur, expandiendo la alianza y reclutando soldados, Harrison, envalentonado por la ausencia de Tecumseh, tomó la iniciativa. Necesitaba actuar con rapidez para retener a su milicia, pues la fiebre guerrera de los soldados-colonos se agotaba con rapidez. Marchó directo con un contingente de regulares y milicianos a Prophetstown y la incendiaron por completo. Tecumseh, privado de repente de su vital base de poder local, revisó sus ambiciones. En 1812, la violencia localizada dejó paso a un conflicto mucho mayor: Estados Unidos le declaró la guerra a Gran Bretaña, en parte debido a que los británicos se habían aliado con los indios del Ohio contra ellos. Benjamin Hawkins recibió informes de «profetas» fanáticos que condenaban todo lo estadounidense. La contienda de 1812 fue un conflicto regional entre Estados Unidos y los nativos americanos, además de una conflagración imperial originada por el reclutamiento forzoso de marinos norteamericanos en la Armada británica y las violaciones de estos de los derechos marítimos estadounidenses. Madison llevó a Estados Unidos a la guerra contra Gran Bretaña con el poco realista convencimiento de que, con una minúscula marina de solo dieciséis naves, su nación se impondría a la primera potencia marítima del mundo. Para empeorar aún más el escenario, el conflicto permitió escapar a un gran número de esclavos negros, que se unieron al combate contra los estadounidenses [6] .

Si el conflicto británico-estadounidense era una rareza, la guerra nativo-estadounidense fue una brutal contienda por el territorio y la supervivencia. Había centenares de miles de indios en Trans-Apalaches y casi todos se convertirían en enemigos de Estados Unidos si los provocaban. La guerra supuso para los pueblos nativos

una oportunidad de hacer retroceder el colonialismo, en un momento en que Estados Unidos se tambaleaba debido al coste de sus muchas guerras. Las contiendas y el establecimiento de tratados con los nativos americanos se habían convertido en el gasto más cuantioso y en el mayor fracaso del presupuesto federal. Los estadounidenses se enfrentaban ahora a la confederación de Tecumseh, formada por shawnees, potawatomis, kickapoos, ho-chunks, menominis, odawas y wyandots. Los aliados indios pretendían empujar a los estadounidenses al este del río Ohio y establecer control sobre los valles fluviales que facilitaban las movilizaciones. El objetivo final de los indios era Fort Detroit, posición fundamental y punto de inicio de la rebelión de Pontiac.

La batalla de Fort Detroit, en 1812, fue uno de los momentos más brillantes de Tecumseh. Al parecer, hizo desfilar a sus soldados tres veces alrededor del fuerte, para crear la ilusión de un ejército mucho más grande del que tenía en realidad; con esta treta, logró que el general William Hull se rindiera sin combatir. La guarnición emprendió una humillante y desastrosa retirada estratégica. El coronel Lewis Cass lamentó haber «dejado por completo la orilla canadiense y abandonado a su suerte a los desdichados habitantes, cuya protección depende de nuestra voluntad y poder». A continuación, Tecumseh y sus aliados británicos centraron su esfuerzo sobre Fort Meigs, río abajo del curso del Maumee. Con un contingente de más de 2000 soldados, pusieron sitio a la enorme fortaleza. No lograron tomarla y las circunstancias empezaron a volverse en contra de la confederación de Tecumseh y sus aliados británicos[7].

En otros lugares, los movimientos de resistencia indígena se cerraron sobre sí mismos, en un intento de proteger el núcleo de sus culturas, identidades y soberanía. Una facción disidente de los muscoguis, los llamados bastones rojos [Red Sticks], se rebeló contra los ricos líderes muscoguis que dominaban el Consejo Nacional y aceptaban los programas civilizatorios estadounidenses que Benjamin Hawkins defendía con tanto entusiasmo. Liderados por el carismático profeta Hillis Harjo, los bastones rojos se apropiaron para su causa de la vara roja de la justicia: combatían con mazas de guerra o atássas pintadas de rojo y continuaron la

resistencia militar de Tecumseh. La nación muscogui se dividió, con arreglo a diferencias culturales y de clase, entre los acaudalados muscoguis de arriba y los muscoguis de abajo, más pobres. Los muscoguis ricos incrementaron los poderes del Consejo Nacional, con lo que marginaron así a los de abajo, los cuales se distanciaron de la Confederación Muscogui. Al igual que Neolin y Skaniadariyo, los bastones rojos aspiraban a purgar su mundo de elementos extraños —ruecas, forjas, ganado, puercos, ovejas, semillas de algodón, cuentas de cristal, aperos agrícolas y pan—, que simbolizaban la sesgada concentración de poder en manos de los micos muscoguis. Empezaron a matar a los muscoguis de arriba y a sus esclavos africanos. Los bastones rojos también trataban de imponer los roles de género tradicionales de los muscoguis: agredieron a una mujer blanca, la señora Grayson, a la que desnudaron y humillaron. Hawkins y los gobernadores de Tennessee, Georgia y Misisipi se dejaron llevar por el pánico. Desesperados por contener el caos, el general Wilkinson ocupó Mobila para contener a los españoles en Florida.

En ese momento, el alzamiento de los bastones rojos se extendió y ya no solo incluía asentamientos muscoguis, sino también seminolas, armados por los españoles de Pensacola. Inspirada por Tecumseh, la guerra adquirió un palpable matiz antiestadounidense. Los seminolas lograron las últimas victorias indígenas y liberaron esclavos africanos, que, a su vez, atacaron a los efectivos estadounidenses en la Florida española, lo que los mantuvo lejos de su territorio. Los seminolas y sus aliados africanos necesitaban que la Florida española sobreviviera, dado su carácter de refugio contra los esclavistas, plantadores y especuladores estadounidenses. Había mucho en juego porque los puntos de asentamiento eran muy pequeños: el 90 por ciento de la provincia era arena [8] .



Esta paternalista pintura (ca. 1805) muestra a Benjamin Hawkins en su plantación a orillas del río Flint, en la Georgia central, enseñando a los muscoguis —que eran expertos granjeros— a utilizar el arado. Greenville County Museum of Art.

En el verano de 1813, los bastones rojos devastaron las plantaciones fronterizas y durante el otoño expandieron el conflicto desde el valle del Tennessee a la costa del Golfo y desde el río Tombigbee al valle del Tallapoosa. En agosto, centenares de bastones rojos asaltaron Fort Mims y la cercana Tensaw, una localidad muscogui poblada en su mayor parte por metis, donde liquidaron a más de 500 milicianos y civiles. Tal masacre reveló profundas grietas en el seno de los muscoguis: ahora, se dividían entre nativistas y acomodacionistas ricos. Discrepaban acerca del grado de americanización que podía tolerar su mundo. Los bastones rojos mantenían atemorizados a los colonos: atacaban asentamientos, mataban ganado, confiscaban propiedades y reducían a los colonos varones a la condición de «mujeres» y así se lo hacían saber. En octubre, en una batalla a la desesperada en el río Támesis contra un ejército estadounidense mucho mayor, el contingente de Tecumseh y sus aliados británicos sufrió una completa derrota. Durante la retirada, Tecumseh recibió una bala en el pecho y falleció en el acto. Dejó una confederación agotada y un hermano sin rumbo. La

resistencia pereció con él: la población no nativa de Ohio se había disparado hasta los 800 000. Tenskwatawa tenía disputas con indios y con oficiales británicos por igual y su resistencia se extinguió [9] .

Los británicos ya no necesitaban tratar a los nativos americanos como pueblos independientes que ocupaban territorios soberanos entre el Imperio británico y la república estadounidense. El País del Ohio se convirtió en un espacio de colonización. Poco después de la caída de Tecumseh, cayó el último núcleo del terreno intermedio. Esto suponía el fin de una forma de resistencia indígena al colonialismo de notable creatividad y efectividad. Ahora que se había cerrado el círculo, los indios volvían a ser de nuevo salvajes y extraños para los blancos y los franceses unos intrusos [10] .

Después del sometimiento de la alianza panindia del País del Ohio, el general Andrew Jackson, con una ambición desmedida, se lanzó a la conquista de los divididos muscoguis del sur. Movilizó un contingente de casi 3000 estadounidenses y centenares de soldados cheroquis, choctaws y chickasaws y se lanzó sobre los bastones rojos. Acabó con casi 1500 en una campaña genocida que culminó en el ataque de Horseshoe Bend, en el Territorio del Misisipi, donde perecieron más de 800 bastones rojos. En los tratados subsiguientes de 1814 y 1816, los muscoguis, tras haber perdido casi 2000 soldados, entregaron más de 100 000 kilómetros cuadrados, una enorme extensión de tierra con forma de L en el corazón del sur indígena, presagio de las futuras deportaciones de los indios meridionales.

Por fin —y después de un enorme derramamiento de sangre— Estados Unidos se afianzaba. El País del Ohio había sido durante décadas una herida abierta y ahora los estadounidenses tenían oportunidad de cerrarla. Los muscoguis perdieron la mayoría de sus soldados y Jackson —que pronto fue un entusiasta asesino de indios —, anunció que los estadounidenses estaban «poniendo tanto cuidado en evitar injusticias con esas tribus que estaban siendo injustos con ellos mismos». Este anuncio revela algo de la retorcida visión mundial de Estados Unidos y su desprecio por los hechos. Jackson impuso un tratado punitivo a los muscoguis que recordaba la crueldad genocida de los Muchachos de Paxton y la masacre de Gnadenhütten. La larga era de las guerras de independencia había

llegado a un ambiguo fin[11].

Más al oeste, en los territorios españoles de Luisiana, Texas y las dos Californias, el colonialismo asumió una forma diferente ante el desbordante poder indígena. Mientras Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia libraban una serie de guerras por el control del continente, en las que ganaban y perdían territorios en una pauta siempre cambiante, los españoles permanecieron confinados en el oeste, a lo largo del río Bravo y más allá de las Rocosas, hasta hundirse poco a poco en la irrelevancia. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII, los Borbones llevaron un movimiento modernizador de inspiración ilustrada que dio al imperio español de Norteamérica una inyección de nueva vida.

Una variante del colonialismo español siempre había promovido la coexistencia con los indios, los cuales, se pensaba, podían convertirse en útiles súbditos del imperio si se dirigían de forma adecuada. Los reformistas borbónicos de las postrimerías del siglo XVIII llevaron esta práctica al límite. Los funcionarios españoles empezaban a recurrir a los científicos, en lugar de a los soldados, y se dedicaron a recopilar información relacionada con las numerosas naciones indígenas de sus remotas fronteras, un primer paso crucial hacia la comprensión mutua, la coexistencia y la paz. En su afán por civilizar y pacificar a los indios indómitos —indios bárbaros[*]—, los españoles empezaron a ver a los indios como «especímenes» en un colosal experimento científico que buscaba crear un nuevo pueblo en el Nuevo Mundo. Los reformistas creían que, alma a alma, era posible construir un imperio español perdurable en Norteamérica[12].

El gran experimento murió antes de nacer: se estrelló contra la resistencia coordinada de los indígenas. Los apaches redujeron Sonora a «una lamentable destrucción y declive», que obligó a los colonos españoles a abandonar sus minas y asentamientos. España, simple y llanamente, era demasiado débil para extender su imperio sobre los indios y los funcionarios borbónicos vetaron la guerra ofensiva, considerada demasiado arriesgada y contraproducente. En 1767, los jesuitas españoles fueron expulsados de las Américas, en parte porque estaban dejando vacíos los cofres del imperio y porque la debilitada corona de España codiciaba las extensas propiedades

de la orden. Más de 2000 jesuitas españoles abandonaron las Américas[13].

La retirada imperial de España tuvo costes de largo alcance: las colonias españolas de ambas Américas quedaron sitiadas y confinadas por los indios bárbaros. A partir de la década de 1760, el imperio español se sumió en una crisis hemisférica. Rechazados por los indios, los mandatarios españoles volvieron a la vieja práctica de combinar las operaciones bélicas con el establecimiento de misiones. La guerra ofensiva volvió a formar parte de la lista de opciones estratégicas. En 1767, José de Gálvez, el dinámico ministro de Indias, envió un ejército de 1100 soldados a Sonora para pacificar a los apaches y a los seris, una nación de pescadores, cazadores y recolectores que moraban las áridas costas del golfo de California. Los seris atacaban las bases españolas en Sonora desde el oeste, mientras que los apaches avanzaban por el este. Esto privaba al imperio español de una fortuna: Sonora era uno de los distritos mineros más lucrativos del continente. La campaña de Gálvez se saldó en un rotundo fracaso. Los seris utilizaron el terreno escarpado y rechazaron repetidos asaltos españoles desde su bastión volcánico de Cerro Prieto. Dos años más tarde, Gálvez en persona visitó a los seris y les ofreció dos opciones: paz o exterminio. Estos no se inquietaron. En todo caso, esperaban que los españoles pidieran la paz[14].

Este humillante intercambio de papeles impulsó al imperio español a reinventarse. Los territorios en mayor riesgo fueron ascendidos al estatus de virreinatos, con elevados presupuestos y burocracias. En 1786, el virrey Bernardo de Gálvez, sobrino de José de Gálvez, escribió el tratado reformista Instrucciones para el gobierno de las Provincias Internas de la Nueva España. Se trataba de un nuevo plan de control de los indios que abogaba por un comercio sin restricciones con el objetivo de forjar la paz por medio de «tretas». El comercio, aducía, era el método más efectivo de someter a los indios. «El interés del comercio estrecha y enlaza las voluntades de los hombres —proclamó— y es lo que deseo que se establezca con los Indios en esas provincias». Gálvez consideraba el mercadeo una estrategia rentable que llevaría a los indios al redil español: «Nos tendría mucha cuenta satisfacerles sus deseos, menos gastaría el Rey que lo que ahora, expende en considerables inútiles aumentos de

Tropas, los Indios no podrían vivir sin nuestros auxilios, llevarían sus Armas contra ellos mismos en nuestro obsequio, y de sus inclinaciones guerreras, ó acaso mejorando sus costumbres con el buen exemplo, abrazarían voluntariamente la Religión y el Vasallaje […]». Si algo caracterizaba a Gálvez, era su carácter metódico. Autorizó la venta de armas de fuego con los indios, si bien especificó que los mosquetes debían tener «caxas y llaves endebles sin el más fino temple», así como cañones largos que dificultaran su uso en la guerra ecuestre. Este nivel de especificidad era típico de la maquinaria burocrática española, aunque también revelaba el temor del virrey a la amenazadora presencia indígena en las frágiles fronteras de Nueva España, acechada por rivales coloniales. Incluso Rusia mostraba interés y maniobraba para disputarle a España sus posesiones en Norteamérica [15] .

Los nativos americanos —tinglits, haidas, tsimshians, kwakiutls, bella coolas, kwalhioquas y muchos otros— conocían en detalle las mejores rutas de navegación y pesquerías del confín noroeste de Norteamérica; en el transcurso de siglos, forjaron una impresionante civilización marítima que colmó de riqueza sus asentamientos costeros. En 1725, una nave inusual ancló en la costa noroeste: Pedro el Grande, zar de Rusia, envió al navegante danés Vitus Bering a explorar la región en busca de posibles aventuras colonizadoras. Bering zarpó de la península de Kamchatka y confirmó la existencia de un estrecho entre Asia y Norteamérica, lo cual permitiría a los buques rusos seguir el litoral del noroeste en dirección sur. Aunque el estrecho fue un importante descubrimiento, los rusos no lo explotaron hasta la década de 1740, cuando sus comerciantes peleteros entraron en California. El hallazgo de Bering dio origen a un comercio de pieles de nutria marina, enormemente lucrativo, con los indios del golfo de Alaska: la creación de una «Nueva Rusia» parecía una posibilidad real. Españoles, británicos y estadounidenses también entraron en el negocio de las pieles y muy pronto hubo un auge comercial a lo largo de toda la costa del noroeste. Sin embargo, los mercaderes rusos trataban con dureza a los indios: los obligaban a cazar pieles de nutria marina mientras retenían como rehenes a sus mujeres [16] .

Los indios locales —tlingits, haidas, salish, makahs, entre otros— se

hicieron más ricos y sus grandes casas aumentaron aún más de tamaño, conforme crecían sus ambiciones artísticas e incorporaban cobre y otros nuevos materiales. Las mujeres nativas producían cestería para los mercados europeos y los hombres pieles para los mercaderes rusos, los cuales vendían la mayor parte a China. El salmón era la base de la vida indígena de la región, ya que les proporcionaba enormes cantidades de proteínas y grasas. En el río Columbia, los rápidos y las cascadas acogían inmensos cardúmenes y los indios capturaban los salmones durante la remontada, con cestas sumergidas en el agua. Un solo cesto podía dar más de 2200 kilogramos de pescado. Las mujeres desecaban y conservaban las capturas y oficiaban los rituales y ceremonias adecuados que garantizaran la abundancia futura. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, el Noroeste indígena era parte integrante de un sistema comercial transpacífico en crecimiento. Para los pueblos nativos, la mayor amenaza no eran los colonizadores, sino las enfermedades —viruela, sarampión, tuberculosis, disentería, gripe—, propagadas por la expansión de las redes comerciales. Las epidemias también mataban europeos, de modo que el sufrimiento compartido creó en el Noroeste del Pacífico un terreno común entre nativos americanos y recién llegados, que intercambiaban sus respectivos conocimientos médicos y medioambientales [17] .

Los éxitos rusos en Norteamérica obligaron a los españoles a ampliar su alcance. En busca de plata y de almas, los soldados y colonizadores españoles se aventuraban esporádicamente desde Nueva España por dos corredores principales: siguiendo la costa y a través de Nueva Vizcaya. Aunque solo habían levantado unas pocas bases en el Pacífico, consideraban suya tanto la Alta como la Baja California. Los funcionarios españoles enviaron expediciones por tierra y por mar a la Alta California, donde establecieron una misión y presidio en la bahía de San Diego. A principios de junio de 1770, un buque español ancló en la bahía de Monterrey y tomó posesión formal de la nueva colonia. Los españoles se embarcaron de inmediato en la construcción de una misión y presidio en Monterrey. El padre franciscano Junípero Serra, antiguo profesor universitario, empezó a salvar almas [18] .

Los españoles, faltos de soldados y de poder militar, tuvieron que apelar, una vez más, a los pueblos nativos. La costa de la Alta

California estaba habitada por 60 000 indios, una base de inusual cantidad para una colonia. Al igual que en Texas, los españoles erigieron una colonia sobre cimientos indígenas: establecieron misiones con intención de atraer a los indios a su órbita con sacramentos y la promesa de la vida eterna. La empresa se reveló exasperantemente difícil. Los potenciales conversos hablaban más de noventa lenguas diferentes y vivían en docenas de comunidades autónomas que jalonaban centenares de kilómetros de fértiles costas. Tenían sus propias deidades, ceremonias, mitos, himnos y casas de culto; ya tenían una religión y no les interesaba ninguna otra.

El imperio español era una alianza entre la corona española y la Iglesia, que establecía una comunidad moral de leyes divinas y naturales. Las autoridades españolas estimaban que el suyo era un imperio abierto, tolerante de los diversos pueblos y credos. Los franciscanos creían que el mundo estaba entrando en la tercera edad, la era del Espíritu Santo, en la que la coerción y la violencia ya no serían necesarias; se cumpliría la promesa de Dios, la Nueva Jerusalén se convertiría en la capital del reino mesiánico, todos los habitantes de la Tierra se convertirían y el mundo actual llegaría a su fin. Esta visión de conversión no violenta alcanzó su apogeo en el «Estado» jesuita del Paraguay, donde vivieron unos 200 jesuitas —hasta 1767— entre 150 000 indios guaraníes. Los jesuitas descartaron el sistema feudal de la encomienda, común al resto del imperio, y establecieron una economía autosuficiente. La mayoría de misioneros se abstuvo de adaptar los espacios sacros indígenas al culto católico y permitieron que siguieran siendo visibles los lugares religiosos nativos, a pesar de estar convirtiendo a grandes grupos de población. No obstante, el Estado jesuita fue una excepción. En Norteamérica, el imperio español era débil y vulnerable, lo cual atizaba el miedo y la intolerancia. Los españoles consideraban el concepto «religión indígena» un oxímoron; cuando los indios se negaban a convertirse, recurrían de inmediato a la violencia desforada. Su ambición primordial era llevar a su redil a los nativos americanos: a ser posible, de forma pacífica, pero con violencia cuando hallaban resistencia [19].

Los franciscanos de la Alta California también condenaron los usos y modo de vida de los indígenas y se lanzaron a transformar a los

indios por medio de una meticulosa ingeniería social. Todo, desde el lenguaje corporal a las prácticas sexuales y nombres, debía cambiar. Las misiones eran instituciones totales donde los indios estaban bajo un intenso control, aislados de su vida tradicional; con el tiempo, llegó a haber veinte misiones. Los misioneros se esforzaron por borrar la espiritualidad indígena y el bautismo empezó a reemplazar a las redes de parentesco como base de la identidad, lo que fracturó una institución estabilizadora esencial. En lugar de tías, tíos, sobrinos y sobrinas, los indios pasaron a dividirse entre neófitos y gentiles[*]. Dada su carencia de fondos, misioneros y soldados recurrieron en demasía a la intimidación, azotes, quemas y ejecuciones para mantener a raya a sus súbditos. Se controlaba la indumentaria de forma muy estricta y tanto mujeres como hombres tenían que llevar vestidos que cubrieran todo el cuerpo. A principios de la década de 1770, los colonos españoles gestionaban cinco complejos de misión-presidio en la costa de la Alta California, que proyectaba una inquietante sombra sobre la California indígena. Los niños indios tenían que acudir a las escuelas de las misiones a aprender la doctrina cristiana, se condenó la poligamia y el divorcio —una vía de escape vital para mujeres con matrimonios disfuncionales— se hizo más difícil. Los frailes franciscanos, que ascendían a 215, pretendían implantar su propia ideología sexual para extinguir la indígena tradicional.

La situación llegó a un punto crítico el 4 de noviembre de 1775. Docenas de indios kumeyaays entraron en la misión de San Diego de Alcalá y pidieron ser bautizados. Los misioneros les dieron la bienvenida y los indios se retiraron a pernoctar. El golpe llegó por la mañana. Durante la noche, los kymeyaays se reunieron en el rancho de un colono español donde residía un centenar de neófitos. Los indios prendieron fuego a la misión de madera. Los españoles, presa del pánico, trataron de refugiarse en los otros edificios del complejo, pero los indios los siguieron e incendiaron uno tras otro. Los españoles de la misión estaban aislados por completo. La misión de San Juan Capistrano, a 10 kilómetros de distancia, también ardió. Por la mañana, los frailes hallaron el cuerpo del padre Luis Jaime en un arroyo, con las vísceras al lado. El gran proyecto franciscano de California estaba difunto al cabo de un año. Los indios reafirmaron su soberanía, tanto territorial como espiritual, y

los españoles «habían conocido su poder [de los indios]». A regañadientes, las autoridades españolas empezaron a ofrecer concesiones a los colonos para consolidar su cinturón misionero. En 1785, los indios kumivits conspiraron para derrocar a los franciscanos y restablecer el control indígena. Los lideraba Toypurina, una mujer de elevado estatus, lo cual confundía y repugnaba a los españoles. El alzamiento fue sofocado y Toypurina aceptó bautizarse, lo cual le permitió permanecer en el poder. En público, se comportaba como los franciscanos esperaban que hiciera; de ese modo, protegía a su pueblo y a sí misma [20].

A finales del siglo XVIII tuvo lugar un cambio radical en las relaciones indígeno-coloniales. La pugna por la tierra dejó de estar impulsada por la aplicación descarnada del poder: las potencias coloniales empezaron a recurrir cada vez más a la legislación en sus tratos con los indios. La ley, como instrumento de desposesión, formó parte del colonialismo europeo desde el principio, aunque las potencias coloniales no lograron convertirla en instrumento efectivo de conquista y control hasta los últimos años del siglo XVIII. El cambio vino de la mano de una serie sistemática de tratados. Estos se convirtieron en el medio más efectivo de Estados Unidos para separar a los nativos americanos de sus tierras. Entre 1783 y el estallido de la Guerra de Secesión, las naciones nativas acordaron más de 300 tratados con el Gobierno de Estados Unidos, en los que negociaron con dureza e ingenio. La mayoría de tratados transfería tierras a Estados Unidos, pero no eliminaba la soberanía indígena. Los mapas coloniales mostraban a las naciones indígenas encerradas en sus dominios respectivos, pero, en realidad, los nativos americanos seguían cazando, comerciando, haciendo la guerra y la diplomacia a su voluntad. La elaboración de tratados era una actividad delicada, que tenía tanto de arte como de reto psicológico. Numerosas naciones nativas rechazaban los acuerdos por escrito: les bastaban palabras, canciones y danzas. Para numerosos indios, la paz era una mentalidad [21].

Los nativos americanos estaban lejos de estar derrotados. Infligieron daños enormes a los invasores, a los ejércitos británicos y a regulares y milicias locales estadounidenses, a menudo con apoyo de los comerciantes y agentes franceses y españoles, así como

mantuvieron el carácter indígena de la mayor parte de la mitad oeste del continente. La expedición de Lewis y Clark, que reforzó las aspiraciones estadounidenses en el noroeste del Pacífico, solo pudo emprenderse porque los lakotas lo permitieron. La resistencia nativa, en particular en el País del Ohio y en la región de los Grandes Lagos, mantuvo bajo dominio indígena un vasto segmento del continente. Entre las potencias coloniales y las naciones indígenas, entre la desposesión y la supervivencia, se alzó la Confederación India en sus diversas transmutaciones. Su determinada resistencia tuvo una consecuencia vital: ganó tiempo —décadas— para las naciones indígenas del oeste.

Octava parte

La era de los imperios ecuestres (mediados-finales del siglo XVIII)

Capítulo 26

La larga era de las deportaciones

Los esclavistas estadounidenses de Florida estaban atónitos y aterrorizados. En 1815, centenares de seminolas, bastones rojos y esclavos fugitivos se dirigieron al norte de Florida en busca de seguridad. Su destino era lo que los estadounidenses, con desprecio, llamaban «Negro Fort». Tras la Guerra de 1812, los británicos dejaron el fuerte abastecido de armas para los indios y sus aliados negros con el fin de proporcionarles refugio y clavar una espina en el flanco estadounidense. El fuerte se alzaba sobre un empinado acantilado en el curso inferior del Apalachicola, una soberbia posición que permitía a los defensores controlar los accesos al interior y vigilar las actividades en la costa del Golfo. La fortificación, muy bien armada, desafiaba a los colonos y soldados estadounidenses que avanzaban en dirección sur desde Georgia y Alabama y establecían fuertes con nombres de gobernadores y generales estadounidenses. Estas posiciones anunciaban el poder militar de Estados Unidos y su autoridad administrativa tras la contienda de 1812, pero Negro Fort, con su mera presencia, desafiaba las pautas hegemónicas estadounidenses: la supremacía blanca, el orden racial excluyente y la arrogancia manifiesta y descarnada[1].

También en 1815, unos 4800 kilómetros al noroeste, los lakotas sans arcs construyeron cabañas de tierra en Peoria Bottom, en la confluencia de los ríos Misuri y Malo. Poco después, las mejoraron y las convirtieron en casas de madera. Se estaban preparando para la inminente bonanza comercial. Como era habitual en las situaciones de posguerra, el comercio florecía y ningún lugar del continente vivió un auge como el del alto valle del Misuri. Los colonos de Tennesee y Kentuchy avanzaron sobre el valle inferior del Misuri y expulsaron a los osages, los únicos rivales de los lakotas. El comercio se desplazó al norte, lo cual les generó ganancias

inesperadas. Muy pronto, tres grandes compañías peleteras compitieron por los mantos de bisonte de los lakotas. La más formidable era la gigantesca Compañía Americana de Pieles [American Fur Company] de John Jacob Astor. Su posesión más preciada, Fort Tecumseh, era, en esencia, un puesto lakota establecido sobre tierras de los oglalas y sicangus [2] .

En 1822, en Prairie du Chien, un consejo vecinal recién establecido aprobó una norma que prohibía a la gente blanca «ocultarse o andar a hurtadillas después de las 10 en punto de la noche». Los líderes de la comunidad criolla de comerciantes de pieles trataban de controlar las acciones y conducta de los estadounidenses. La nueva ley tenía un claro elemento racial, aunque, en realidad, buscaba proteger un mundo plural. La gente de Prairie du Chien estaba preservando una comunidad de genuino carácter mestizo, en la que se superponían las diferentes costumbres, tradiciones, leyes y políticas. Los criollos y sus aliados indígenas estaban salvaguardando su soberanía territorial y cultural contra el Estado estadounidense [3] .

Fort Tecumseh, Negro y Prairie du Chien, en conjunto, revelan la crisis racial y geopolítica de Norteamérica de principios del siglo XIX. Después de numerosas guerras, los indios del este no solo habían resistido, sino que estaban creciendo con rapidez: su población, sumada, alcanzaba los 100 000 y los lakotas y otros indios occidentales también podían mirar al futuro con confianza. En el verano de 1815, siete meses después del Tratado de Gante, que puso fin a la Guerra Anglo-Estadounidense de 1812, los funcionarios estadounidenses organizaron negociaciones con los indios del oeste en Portage Des Sioux para restablecer el orden en el interior. Los lakotas se habían mantenido fuera de la contienda, pero tenían un hondo interés en la definición del mundo de posguerra. Cuervo Pequeño, líder de los dakotas mdewakanton, temía un realineamiento geopolítico en el que los británicos se aislaran en Canadá. Como se lamentó a un representante británico: «Después de que hemos combatido, soportado numerosas penurias, perdido parte de nuestra gente y suscitado la venganza de nuestros poderosos vecinos, hacéis la paz para vosotros y nos abandonáis a nuestra suerte, para obtener las condiciones que podamos. Ya no necesitáis nuestros servicios».

Los representantes británicos se habían comprometido a proteger los derechos de sus aliados indios mediante la creación en el Noroeste de una enorme zona tapón indígena, de 650 000 kilómetros cuadrados, que contuviera el expansionismo estadounidense. Sin embargo, los británicos carecían de capacidad para imponer sus planes. La batalla de Nueva Orleans, hacia el final de la contienda, fue un desastre humillante para los británicos, que eliminó la escasa influencia que todavía podían ejercer sobre Estados Unidos, cada vez más imperialistas. Los indios del este tendrían que enfrentarse por sí solos a Estados Unidos. Era una perspectiva desalentadora: aunque la población india se estaba recuperando, había unos 4 millones de estadounidenses en Trans-Apalaches [4] .

Las negociaciones sinceras, los astutos compromisos y los intentos genuinos de coexistencia fueron reemplazados rápidamente por programas impuestos de civilización, catastros de tierras y cesiones coercitivas de tierras disfrazadas de tratados. Los dirigentes y los ciudadanos de a pie estadounidenses propusieron diversos planes para transferir a los colonos las tierras de los indios. Isaac McCoy, un ferviente misionero bautista, propuso en 1823 una «Canaán india», un refugio en algún punto al oeste del Misisipi. Lo llamó «Aboriginia». La suya no fue la única idea radical. Guwisguwi, o John Ross, jefe principal de la nación cheroqui, ofreció una solución a la crisis candente: el presidente Andrew Jackson debía deportar al oeste a todos los georgianos blancos [5] .

La colisión por la tierra se aceleró con la fundación de Estados Unidos, si bien dos decisiones posteriores del presidente Jefferson expandieron el alcance de la disputa. La primera fue la determinación unilateral de adquirir Luisiana en 1803, lo cual normalizó las transferencias de territorios enormes. La segunda llegó cuatro años más tarde, cuando encargó a Meriwether Lewis, el nuevo gobernador del Territorio de la Alta Luisiana, negociar una transferencia de tierras con los osages. Pawhuska, líder de los osages, cedió a Estados Unidos más de 200 000 kilómetros cuadrados entre los ríos Misuri y Arkansas en un intento de alcanzar un entendimiento con los estadounidenses. La transacción fue controvertida y numerosos osages tacharon a Pawhuska de usurpador. Los lenapes también sufrieron: sus tierras ancestrales,

cerca de Cabo Girardeau y Nuevo Madrid, de repente, pasaron a ser territorio de Estados Unidos. No obstante, Jefferson, a pesar de lo inverosímil de la idea, seguía creyendo que, si los nativos americanos aceptaban ceder lo que él calificaba de tierras excedentes, entonces la coexistencia sería posible [6] .

Las inmensas transferencias de tierras animaron al Gobierno de Estados Unidos a trasladar a un grupo de cheroquis occidentales al Territorio de Arkansas. Unos jefes de esta nación fueron obligados a ceder territorio, en violación de la tradición cheroqui que prohibía las ventas individuales de tierras. Los cheroquis crearon una fuerza policial, la Guardia Ligera a Caballo, para proteger la propiedad, tanto la comunal como la privada. Jefferson emprendió la primera deportación de indios organizada por el Estado: en menos de dos años, alrededor de un millar de cheroquis fue trasladado a Arkansas en contra de su voluntad. Los terremotos consecutivos de 1811 y 1812 convirtieron la región en un remanso cenagoso. Los osages residentes en el territorio consideraban a los cheroquis unos intrusos e iniciaron un movimiento milenario de Danza de los Espíritus [7] .

Florida siempre había constituido un reto para los mandatarios y militares estadounidenses. El calor, la arena, los cenagales y la mezcolanza étnica los desconcertaban. Florida, además, hacía vulnerable a Estados Unidos. Los estadounidenses estaban ansiosos por consolidar la frontera meridional del país y poner fin a la colaboración entre indígenas y cimarrones en Florida, que suponía una amenaza contra el régimen esclavista del sur: mientras Florida permaneciera sin ocupar, los esclavos fugitivos huirían allí. Los funcionarios estadounidenses también estaban inquietos por las incursiones de británicos en Florida. Estos trataban a los indios con calculada deferencia y reconocían abiertamente su debilidad. Les solicitaban ayuda, llamándolos «vosotros, bravos jefes y guerreros». Tanto los británicos como los españoles habían reivindicado Florida, pero ahora Estados Unidos trataba de tomar todo el territorio.

En 1816, el general de división Andrew Jackson recibió orden de destruir Negro Fort, un poderoso símbolo de libertad negra, dado que lo defendían soldados afroamericanos. Jackson aprovechó la

oportunidad: quería demostrar una fuerza imparable ante indios, negros y españoles, lo cual reforzaría su gran aspiración: la presidencia de Estados Unidos. Los 5000 miembros de la nación seminola y sus aliados los bastones rojos advirtieron a los estadounidenses de que «si el país es atacado, combatirían». El Ejército de Estados Unidos organizó contra Negro Fort una operación con tres elementos: importantes fortificaciones de asedio en torno a la posición, un ataque de infantería y un asalto anfibio con cañoneras. Los defensores, que incluían soldados muscoguis y choctaws, opusieron una feroz resistencia, pero el fuerte se derrumbó debido a que la cañonera n.º 154 acertó con una bala de cañón precalentada en el pañol de pólvora de la fortificación, lo que provocó una explosión devastadora. De los 334 defensores, 270 perecieron al instante [8] .

En 1818, John C. Calhoun, secretario de Guerra, envió a Jackson de regreso a Florida a poner fin a la colaboración oficiosa entre seminolas, británicos y negros, que amenazaba las operaciones estadounidenses de caza de esclavos en Florida. Jackson ignoró las órdenes de Calhoun y ocupó territorio español, con lo que dio a Estados Unidos una mayor presencia en Florida. Un año más tarde, España, en el Tratado Adams-Onís, cedió Florida oriental a Estados Unidos y renunció a sus reivindicaciones sobre la costa del Pacífico. Los seminolas partidarios de los españoles declinaron la oferta de trasladarse al territorio español de Texas. La decisión mereció la pena: en 1823, los seminolas firmaron con los agentes estadounidenses el Tratado de Moultrie Creek, que les garantizaba una reserva que cubría buena parte de la península interior. El Tratado de Payne’s Landing, nueve años más tarde, llegó en circunstancias más turbias. Los seminolas negociaron duro por conseguir un territorio mayor, si bien parecían aceptar trasladarse en menos de tres años al «país indio» —la tierra que se extendía al oeste del Misisipi—, donde formarían parte de la nación muscogui [9] .

Los seminolas y sus aliados negros rechazaron la fraudulenta cesión de tierras, lo cual hizo estallar una guerra no declarada. Los aliados emplearon tácticas guerrilleras que aprovechaban el difícil terreno —ciénagas, maleza, lomas, arrecifes, islotes y selvas— para desbordar a los efectivos estadounidenses, cuyos mapas de librería

se tornaron inservibles de repente e hicieron inútil el trazado de fronteras. Los modernos barcos de vapor no podían navegar los ríos de Florida, poco profundos, de modo que los estrategas estadounidenses plantearon utilizar globos de aire caliente para detectar a los escurridizos seminolas. Hacia mediados de 1830, el coste de la guerra para Estados Unidos superaba los 20 millones de dólares, una cifra superior al precio de Luisiana. Los seminolas, por su parte, obtenían municiones de mercaderes cubanos, que codiciaban el ron, la gallineta, el salmonete, el pompano y el mero de los indios.

El 29 de diciembre de 1835, un reducido destacamento seminola liderado por Osceola, un brillante estratega nacido en plena contienda y criado como un muscogui por su madre, atacó Fort King, en el centro-norte de Florida, y mató a cinco estadounidenses. Osceola y sus hombres emboscaron a dos compañías del Ejército de Estados Unidos en Fort Brooke, en la embocadura del río Hillsborough, el campo de reagrupamiento para la deportación de los seminolas de Florida. Los tiradores de Osceola liquidaron a más de 50 soldados estadounidenses con una sola descarga, que sumió a estos en el caos. Solo sobrevivieron tres soldados. Fue la primera batalla de lo que se conoció como la Segunda Guerra Seminola. Los seminolas asaltaron las plantaciones de azúcar y algodón, donde liberaron esclavos negros e infligieron enormes pérdidas de vidas y propiedades. Entablaban negociaciones y, a continuación, retomaban sus tácticas guerrilleras, que sacaban de quicio a los estadounidenses; estos temían que la resistencia unificada de seminolas y negros podía desencadenar una rebelión en todo el sur: la inclusiva sociedad seminola era una negación del orden racial de los blancos sureños. La población indígena de Florida, en lugar de desaparecer o ser deportada, estaba aumentando.

Mientras el Ejército de Estados Unidos estaba ocupado luchando contra seminolas y británicos, los estadounidenses veían con creciente impaciencia la presencia de nativos americanos en sus otras fronteras. A principios del siglo XIX, más de 123 000 indios —demasiados, en opinión de la mayoría de los estadounidenses— vivían entre los Apalaches y el río Misisipi. En 1817, el Consejo Nacional cheroqui, después de adoptar un código legal escrito,

aprobó seis artículos que centralizaban el poder y creaban el Comité Nacional cheroqui, lo cual les permitía hacer frente a las autoridades estadounidenses como una nación independiente de pleno derecho. A los políticos y plantadores del sur no les importó. Querían deportar hasta el último indio y así hacer espacio para el «rey algodón». Las poblaciones de cheroquis, muscoguis, chickasaws y seminolas habían crecido con rapidez: en la década de 1820, sumaban un total de 70 000. Establecieron tratados con Estados Unidos, obtuvieron garantías de soberanía y construyeron caminos, tiendas, tabernas, iglesias, campos vallados, plantaciones de algodón, molinos y escuelas. Sequoyah, un brillante erudito cheroqui, inventó un alfabeto para su pueblo.

Buena parte de esto era una estrategia calculada: los cheroquis siguieron el estándar estadounidense de civilización para convencer al Gobierno de que los dejara permanecer en su tierra ancestral. Publicaban periódicos, tenían una tasa de alfabetización del 90 por ciento y eran prósperos, pues mejoraron sus tierras por medio de cultivos intensivos. Los cheroquis, junto con los chickasaws, choctaws y muscoguis, empleaban mano de obra de esclavos negros y, a menudo, superaban el rendimiento de sus vecinos blancos de Georgia, Alabama y Misisipi, a pesar de que sus regímenes esclavistas eran mucho menos brutales. Las mujeres choctaws enviaban al mercado más de 9000 metros de tela cada año. Tales logros anunciaban problemas: pocas cosas enfurecían más a los colonos estadounidenses que ser superados por los indios. El odio hacia estos se volvió despiadado en todo el sur [10] .

Sin embargo, los blancos sureños también se estaban reinventando: se hicieron expertos capitalistas. En la década de 1790, la desmontadora de Eli Whitney supuso un cambio radical en el sur estadounidense, pues transformó una provincia rural en el Reino del Algodón. Hacia la década de 1820, los molinos algodoneros dominaban el paisaje sureño y explotaron su enorme potencial económico. El sur profundo se convirtió en el principal productor mundial de algodón en bruto, que cubría alrededor de la mitad de la demanda global. En poco tiempo, el nuevo nexo finanzas-seguros-transporte fusionó la esclavitud meridional y el capital del norte, lo que creó un irresistible régimen mercantil. La república de propietarios jeffersoniana quedó reducida a un mero artefacto

filosófico. Tuvieron lugar en este periodo tres deportaciones de carácter racial. La primera, orquestada por los plantadores sureños, trasladó a 400 000 esclavos negros de los antiguos estados esclavistas del sur superior a los nuevos estados del sur profundo, donde se dedicarían al cultivo de algodón. La segunda, respaldada por los colonos sureños y por los emergentes capitalistas del algodón, aspiraba a purgar el Reino del Algodón de indígenas meridionales, en particular los cheroquis, chickasaws, choctaws y muscoguis, propietarios de las tierras más fértiles del continente. Según la visión de los blancos, los indios ocupaban demasiado espacio, por lo que serían enviados a una zona designada en el oeste que se conoció como el Territorio Indio. La tercera deportación, organizada por el ejecutivo de Estados Unidos, reubicó en el oeste a millares de indios del norte. El presidente John Quincy Adams propuso un experimento de «colonización benevolente», que trasladaría a ultramar a los nativos americanos y afroamericanos, donde podrían cultivar sus propias versiones de la civilización. Solo un puñado de líderes nativos consideró el plan [11] .

Los indios resistieron con ferocidad los planes de deportación y tenían argumentos convincentes: el Congreso estaba preocupado por que el suministro de suelo público superara con mucho a la demanda. Incluso en la Georgia hambrienta de tierras, los colonos admitían tener demasiado suelo que cultivar. Era evidente que los motivos subyacentes que impulsaron la desposesión indígena no fueron económicos, sino raciales. En 1821, el gobernador de Georgia anunció que ambicionaba reemplazar «a todos los indios pieles rojas por población blanca». Tres años después, el secretario de Guerra Calhoun, sin informar al Congreso, creó la Oficina de Asuntos Indígenas, una nueva división integrada en el Departamento de Guerra, con lo que proporcionó a la nación su propia oficina colonial. Poco después, James Monroe propuso al Congreso un santuario en el oeste donde los indígenas sureños podrían ser reubicados. Era su versión de una solución humanitaria [12] .

Los indios sureños, enfrentados a un programa de limpieza étnica patrocinado por el Estado, sabían que retroceder ante la agresión estadounidense significaba la desposesión y la derrota. Los estadounidenses solo reconocían un tipo de civilización —la suya—,

lo cual hizo que los indios tuvieran que asumir una versión de dicha civilización si querían sobrevivir como naciones independientes. El resultado de esto, además de periódicos y plantaciones, fue un pensamiento racial revisado. Guwisguwi, líder de los cheroquis, vivía en una casa de dos plantas, tenía una finca con varios huertos y poseía diecinueve esclavos negros y un transbordador. Se presentaba a sí mismo como un aristócrata y un líder y lo hacía bien, demasiado bien, de hecho. La importancia de Guwisguwi como propietario de esclavos irritaba a sus vecinos blancos y cuestionaba las ideas estadounidenses acerca de que los indios no eran civilizados y, por tanto, susceptibles de ser deportados. Las ideas raciales empezaron a introducirse en el derecho matrimonial cheroqui. En 1824, los líderes cheroquis, en su mayoría acaudalados plantadores y esclavistas, aprobaron una ley a pesar de las protestas de las mujeres cheroquis. Esta sentenciaba que «los matrimonios entre esclavos negros e indios, o blancos, no serán legales». Los infractores recibirían 59 latigazos sobre la espalda desnuda. Las mujeres indias y blancas que desposaran a un «negro» esclavo serían castigadas con 25 latigazos. En 1825, una enmienda de la ley racial decretó que los hijos de hombres cheroquis y mujeres libres podían ser ciudadanos cheroquis, pero no así los descendientes de cheroquis y mujeres negras libres, una noción que no tenía ningún sentido en una sociedad que definía la pertenencia por medio del parentesco. Sin embargo, un número creciente de cheroquis veía ahora el mundo a través de una lente racial, aun cuando no consideraran la raza una característica personal inmutable [13] .

La Constitución cheroqui, basada en el modelo de la Constitución estadounidense y ratificada en julio de 1827, declaró que los cheroquis eran un pueblo soberano en igualdad con Estados Unidos. Proclamaba «las fronteras de esta nación, que abarcan las tierras solemnemente garantizadas y por siempre reservadas para la nación cheroqui en los tratados acordados con Estados Unidos». Los cheroquis instauraron mecanismos que garantizaban que todas las anualidades por las tierras cedidas fueran a su Consejo Nacional. Este creó un legislativo bicameral, en parte para consolidar el poder y en parte para anunciar a Georgia la soberanía cheroqui. El consejo era un efectivo órgano de gobierno dirigido por un líder principal. Gestionaba el sistema de justicia y monopolizaba la negociación de

tratados y las ventas de tierras. Guwisguwi ejercía de líder principal y se apoyaba en hombres y mujeres educados en internados estadounidenses. Los tradicionalistas fueron marginados y se relegaron las prácticas e instituciones antiguas, como las venganzas de clan y la herencia matrilineal.

Estas y otras reformas crearon una nación soberana tal y como la entendían los blancos estadounidenses, aunque no lograron que aceptaran a los cheroquis. Estaban dispuestos a entablar conversaciones de nación a nación con los representantes estadounidenses, pero fue inútil. La asamblea de Georgia exigió a John Quincy Adams que reubicara a los cheroquis y cuando este se negó, la asamblea negó la soberanía de los indios. La situación paralela de los chickasaws dio un nuevo nivel de sofisticación a la resistencia indígena. La nación chickasaw aceptó un tratado que parecía garantizar sus asignaciones, pero fue incumplido por los agentes gubernamentales y los especuladores estadounidenses. Los chickasaws no se hacían ilusiones acerca de la honestidad del Estado estadounidense, pues habían vendido sus tierras —26 000 kilómetros cuadrados, algunas de las más fértiles del continente— antes de que se las arrebataran. Invirtieron el dinero resultante en bonos del Gobierno de Estados Unidos, que, paradójicamente, proporcionó crédito y liquidez a los especuladores, lo cual les permitió poner más tierras nativas en el mercado. La colusión era el método preferido por los especuladores. Estos se asociaban, fundaban compañías ficticias e inundaban el mercado. Cuando los precios se hundían, empezaban a comprar [14] .

No todos los intentos estadounidenses de resolver el «problema indio» fue una cuestión de tierras. En 1827, Richard Mentor Johnson, el político fronterizo que había matado a Tecumseh catorce años antes, estableció la Academia Choctaw [Choctaw Academy], el primer internado nacional indio, en una plantación de Great Crossings, en el corazón de Kentucky. Era una escuela secular experimental al servicio de un grupo de estudiantes panindios y su gran misión era «civilizar» nativos americanos. Los choctaws representaban la mayoría, pero la academia también atrajo a estudiantes dakotas, ojibwes y seminolas, muchos de ellos de familias acaudaladas. La Academia Choctaw fue un intento de reducir el abismo cultural entre estadounidenses y nativos

americanos por medio de la educación y, con el tiempo, de la integración. Los líderes choctaws adoptaron formarse para así proteger a su nación. La academia iba contra todo aquello en lo que creían los blancos sureños. Estos consideraban absurdo acordar tratados con los indios y, si les hubieran preguntado, es posible que hubieran dicho lo mismo de la academia. La financiación se agotó y la academia decayó. Se descubrió que Johnson era un depredador sexual que había violado a varias mujeres negras esclavas [15].

El general Andrew Jackson asumió la presidencia en 1829 y anunció que la «reubicación de indios» —término eufemístico donde los haya— era su mayor ambición. No reconocía la soberanía indígena, pues había declarado con anterioridad que el Congreso tenía «derecho a tomarla y librarse de ella». Los acontecimientos se aceleraron de forma peligrosa para los cheroquis. La Asamblea General de Georgia peleó por extender su jurisdicción sobre el territorio de los indios y, un año más tarde, se encontró oro en la región de Dahlonega, en el norte de Georgia, lo cual desencadenó la primera fiebre del oro de la historia de Estados Unidos. Esta tierra pertenecía a la nación cheroqui. Jackson argumentó que «aunque gasta espléndidamente en este asunto, el gobierno ha derrotado constantemente su propia política y los indios, en general, al retirarse más y más en dirección oeste, han mantenido sus hábitos salvajes». En marzo de 1830, los cheroquis despacharon enviados a Washington D. C. Se alojaron en el Hotel Brown, a la misma distancia de la Casa Blanca y del Congreso. La Cámara de Representantes debatió la expulsión de indios del sur por espacio de dos semanas. En última instancia, aprobaron la Ley de Traslado Forzoso de los Indios por un margen irrisorio de 102 a 97. En el Senado, la ley ganó por 28 votos a 19. Jackson declaró que el nuevo dominio indígena en el oeste sería denominado «Territorio Indio».

Jackson obtuvo lo que quería. Sin embargo, su Administración apenas había esbozado un esquema rudimentario de cómo deportar a 80 000 indios, cifra propuesta por un representante de Nueva York. Se entabló una intensa lucha en Washington, en la que hubo filántropos partidarios de los nativos, funcionarios gubernamentales a favor de la reubicación y abundantes argumentos justificativos de la limpieza ética y el exterminio. El presidente Jackson invitó a los

chickasaws, choctaws, muscoguis y cheroquis a una reunión en Franklin, Tennessee, cerca de su plantación, pero estos declinaron. Veían con claridad el descarnado juego de poder de Jackson. Los cheroquis recurrieron al antiguo fiscal general de Estados Unidos, William Wirt, para que los defendiera en los tribunales. En La nación cheroqui contra el estado de Georgia, Wirt argumentó que era inconstitucional que Georgia aplicara sus leyes a la nación cheroqui porque violaba tratados, la ley suprema de la tierra. La principal motivación de Wirt era humillar a Jackson, a quien despreciaba. John Marshall —presidente de la Corte Suprema estadounidense— y el juez John McLean, de Ohio, alegaron que la nación cheroqui no era un Estado extranjero, sino «una nación doméstica dependiente» cuya relación con Estados Unidos era equivalente a la existente entre «un tutelado y su custodio». El 18 de marzo de 1831, Marshall desestimó el caso porque la nación cheroqui no estaba legitimada para obtener alivio judicial. El tribunal enmarcó su decisión en términos generales, lo cual hacía extensiva la reubicación a todas «las tribus que residen dentro de los límites reconocidos de Estados Unidos» **[16]** .

Es posible que el veredicto de la Corte Suprema estuviera influido por la amenaza de Jackson, que, un mes antes, había manifestado que el ejecutivo estadounidense no daría protección a los choctaws contra el estado de Misisipi. Los cheroquis volvieron a intentarlo un año después y Marshall dictaminó que la soberanía de la nación cheroqui estaba protegida por un tratado federal que hacía inconstitucional las reivindicaciones de Georgia sobre el territorio cheroqui. Jackson había sido frustrado y avergonzado por una coalición de indios, filántropos, cristianos evangélicos y el juez supremo de la nación. Le costó digerir el fracaso. Jackson, al igual que los plantadores alarmados y los políticos sureños, quería destruir la soberanía indígena para consolidar la soberanía de los colonos, por lo que se limitó a ignorar el dictamen de Marshall.

Jackson movilizó las competencias de la Oficina de Asuntos Indígenas y las deportaciones sistemáticas en masa se iniciaron poco después. En una descarnada ironía, los programas de civilización de Estados Unidos seguían en activo mientras los agrimensores seleccionaban personas para su expulsión. El Ejército estadounidense se encargó de decidir quién tenía que marcharse.

Los líderes choctaws, que incluían a mujeres muy respetadas, las denominadas «personas amadas», intentaron negociar en 1830 un tratado de reubicación, pero las conversaciones fracasaron. Los funcionarios estadounidenses firmaron un tratado con un grupo minoritario de choctaws que cedió 4 millones de hectáreas: eran todas las tierras que les quedaban a los choctaws en el Misisipi. En el invierno de 1831-1832, 2000 choctaws fueron escoltados en dirección oeste en una operación muy mal planificada que los dejó a merced del frío gélido y de un nuevo asesino, el cólera. Debido a la insuficiente vigilancia gubernamental, los colonos y funcionarios blancos violaron y asesinaron a una cifra incontable de mujeres nativas. Más de 3000 muscoguis perecieron durante su reubicación, lo cual desencadenó un año de guerra intermitente que devastó grandes extensiones de Alabama y Georgia. Los cheroquis tuvieron que ver cómo los colonizadores se sorteaban sus tierras [17] .

En medio de todo esto, falleció Botines [Shoeboots], un patriarca de la élite cheroqui; dejaba a su esposa Doll, que era negra, y cinco hijos. Botines y Doll habían vivido durante décadas como amo y esclava. Los tres hijos mayores no formaban parte del patrimonio de Botines y eran, por tanto, libres a efectos legales, pero Doll seguía siendo una esclava conforme a la ley, al igual que sus dos hijos menores. La familia, dividida por raza y vínculos, luchó por mantenerse unida, pero la orden de 1824 que ilegalizaba los matrimonios mixtos entre cheroquis y negros los dejó en un limbo racial, mitad libres, mitad esclavos [18] .

Ese mismo año de 1824, el profeta shawnee Tenswatawa se hallaba en Fort Detroit, donde Lewis Cass, gobernador territorial de Michigan, trató de convencerle para que abandonara a sus últimos discípulos y se convirtiera en el catalizador de la reubicación de los shawnees en el oeste. Tenskwatawa prefirió quedarse donde estaba y vivir a la usanza tradicional de los shawnees. Siguió criticando la política india de Estados Unidos, pero, al cabo de un tiempo, el compasivo William Clark le convenció para que aceptaran una reserva con tierra de calidad cerca de San Luis, la puerta de entrada al oeste de la república estadounidense [19] .

Las autoridades estadounidenses llevaban mucho tiempo preocupados por los indios meridionales, que habitaban las mejores

tierras de cultivo del continente. Conforme se disparaban las ambiciones, la Oficina de Asuntos Indígenas, encarnación oficial del imperio estadounidense, empezó a seleccionar indios para su reubicación en el Territorio del Noroeste. El meridiano 95 se convirtió en la «frontera india permanente», una estricta línea divisoria racial en el corazón del continente. En cuestión de poco tiempo, los funcionarios estadounidenses empezaron a vigilar dicha línea, que, desde su punto de vista, era peligrosamente porosa y difusa: no existía ningún plan que especificara dónde deberían asentarse las naciones indias deportadas. En Prairie du Chien, el gobierno territorial de Wisconsin interfirió en el derecho de propiedad y en las prácticas matrimoniales indígenas, en un esfuerzo concentrado por tomar el control del territorio nativo. Las mujeres criollas opusieron una vigorosa resistencia; al proteger las antiguas redes de parentesco y las familias mixtas, desafiaron la obsesión estadounidense por la tierra y la uniformidad. Se apoyaban en la caridad, la mediación transcultural, en las antiguas tradiciones de hospitalidad y en su pericia como sanadoras y comadronas. En esa misma época, los estadounidenses despedazaron en San Luis los últimos restos de la antigua civilización de constructores de montículos cahoquiana: la supresión de los indígenas se había convertido en una epidemia [20].

Los sauks, meskwakis, potawatomis, kickapoos, iowas, miamis, shawnees, lenapes, wyandots, odawas, senecas y anishinaabegs estaban condenados a la deportación, lo cual desencadenó una resistencia decidida. Los sauks, liderados por el jefe Halcón Negro [Black Hawk], de 65 años de edad, llevaban viviendo al oeste del lago Michigan desde que los iroqueses los expulsaron al oeste, a finales del siglo XVII. Los sauks estaban expuestos, tras la supuesta firma de un tratado con Estados Unidos por el que vendían vastas extensiones de tierras. A pesar de la feroz oposición de las mujeres sauks, que estaban decididas a proteger sus maizales, Halcón Negro tuvo que resignarse a ver al 80 por ciento de su pueblo partir hacia lo que se conoció como Territorio Indio. Halcón Negro se hizo fuerte en la localidad de Saukenuk con sus partidarios. El enfrentamiento llegó a su punto culminante en 1831: el general Edmund P. Gaines movilizó a 1500 milicianos a caballo, pero Halcón Negro huyó al oeste y cruzó el Misisipi, lo que negaba así a

los estadounidenses su victoria. La milicia, frustrada, profanó las tumbas de los nativos.

En abril de 1832, Halcón Negro volvió a cruzar el Misisipi en dirección al País de Illinois, donde proclamó su soberanía sobre las tierras en disputa. Reunió un contingente multinacional de 1100 soldados, lo cual llevó a los estadounidenses a movilizar 4000 efectivos y centenares de milicianos a caballo. Fue una guerra sucia; los estadounidenses enviaban soldados desde Fort Atkinson a dar caza a los indios y a masacrar mujeres y niños. Los estadounidenses estimaron necesario hacer remontar el Misisipi al Warrior, un vapor armado. El 1 de agosto, en la confluencia con el río Bad Axe, los aliados indios recibieron un bombardeo masivo de los cañones estadounidenses y, con esto, se terminó la contienda. A su finalización, habían muerto más de 500 indios y Halcón Negro huyó al norte. El Gobierno federal lo capturó y lo llevó a Washington D. C., desde donde lo enviaron de gira, como si fuera una curiosidad, por las ciudades del este [21] .

El conflicto de 1832, que fue conocido como la Guerra de Halcón Negro, dejó claro a los indios que la resistencia violenta contra la reubicación no podía lograr gran cosa. Los líderes nativos contactaron con filántropos solidarios, religiosos y hombres de frontera. Davy Crockett condenó la Ley de Traslado Forzoso de los Indios de 1830, a la que calificó de «opresión descomunal», y el filántropo Edward Everett advirtió al presidente Jackson de que «el mal, señor, es enorme; la violencia, extrema; la violación de la confianza del público, deplorable; el inevitable sufrimiento, incalculable». Guwisguwi, John Ridge, Elias Boudinot (también conocido como Buck Watie) y muchos otros líderes cheroquis lucharon contra la ley de traslado en los tribunales, en reuniones con los mandatarios estadounidenses y en las páginas del Cherokee Phoenix —el primer diario de los nativos americanos—, pero no lograron anularla. Reformadores y misioneros blancos cuestionaron las políticas integradoras y la noción de que los estados individuales tenían derecho a imponer regulaciones sobre las tierras de los nativos americanos. Ganaron el caso en la Corte Suprema, pero Jackson se negó a aplicar la sentencia. Las antiguas líneas que separaban a la nación cheroqui se ahondaron: sus miembros se dividieron en grupos enfrentados, entre partidarios de pactar o de

resistir. En 1835, el Partido del Tratado, un grupo minoritario de líderes cheroquis, se reunió con funcionarios estadounidenses en Nueva Echota, la capital cheroqui. Entre los líderes del grupo figuraban Guwisguwi y Buck Watie, que creían que los cheroquis debían aceptar un tratado de reubicación antes de que les impusieran uno. El 29 de diciembre, Guwisguwi firmó el Tratado de Nueva Echota, que cedía todas las tierras cheroquis al este del Misisipi a Estados Unidos a cambio de 5 millones de dólares. Esperaba, al menos, poder definir las condiciones de la desposesión de su pueblo.

La mayoría de cheroquis calificó al Partido del Tratado de traidores y se negaron categóricamente a abandonar su casa. Con el respaldo de algunos estadounidenses, presentaron una petición al Senado de Estados Unidos para que anulara el Tratado de Nueva Echota, pero la fuerza retrógrada de los senadores sureños era demasiado fuerte. En 1838, Martin Van Buren, sucesor de Jackson en la presidencia, ordenó al Ejército trasladar a punta de pistola a 15 000 cheroquis reacios al Territorio Indio. Para entonces, los cheroquis estaban demasiado escindidos como para resistir. En el Sendero de Lágrimas [*] puede que perecieran unas 4000 víctimas de las enfermedades, los elementos y el consumo de agua contaminada. Hordas de especuladores blancos se lanzaron a explotar la deportación. El ejecutivo federal cobró a los especuladores 2,1 millones de dólares por debajo del valor de mercado por las tierras cheroquis robadas [22] .

La reubicación parecía una empresa abrumadora. Sin embargo, millares de indios evitaron el traslado forzoso al oeste: escaparon por propia voluntad de sus tierras y se hicieron invisibles e inalcanzables con la retirada al terreno quebrado. Se hicieron nómadas, convirtieron su profundo conocimiento del terreno en un arma y se ocultaron en pantanos, bosques y otros lugares de difícil acceso que conocían al detalle. Algunos huyeron a las montañas y otros permanecieron quietos, ocultos en el ángulo ciego de soldados y funcionarios estadounidenses. Neutralizaron *de facto* el poder militar y administrativo de Estados Unidos y preservaron su soberanía. Un grupo de choctaws puso tanta distancia entre ellos y los estadounidenses que los funcionarios se limitaron a borrarlos de las listas de reubicación. Siempre que fuera posible, los indios

fugitivos buscaban refugio en los lugares más traicioneros y de mayor significación espiritual del sur. Con tales maniobras, se mantenían fuera de los registros de deportación de la Oficina de Asuntos Indígenas y, de este modo, preservaron el sur indígena: alrededor de un 20 por ciento de los nativos americanos destinados a la deportación permaneció en su territorio, lo que humillaba así la creciente maquinaria burocrática del Gobierno de Estados Unidos [23] .

También los incontenibles seminolas empezaron a sentir el peso de la agresión estadounidense. En 1836, Winfield Scott, uno de los generales más destacados de Estados Unidos, fue enviado a Florida a someter a los seminolas e imponerles la rendición incondicional. Los efectivos estadounidenses azuzaron a sabuesos cubanos contra los seminolas y mataron y capturaron a unas 2400 personas. Osceola, estratega de los muscoguis, fue capturado en 1837 durante una tregua. En compañía de 237 de los suyos, marchó encadenado a Fort Marion, donde fue recluido; falleció en Fort Moultrie un año después. El médico del fuerte seccionó y embalsamó su cabeza. En ese momento, un gran número de seminolas se retiraba —en una acción estratégica y deliberada— a los manglares y ciénagas del cañaveral de la Florida. Hacia 1841, después de años de guerra selvática sobre terreno inestable, donde agua y suelo cambiaban de lugar a menudo, casi la mitad de los 4000 soldados estadounidenses en Florida estaban enfermos, tras demasiado tiempo de exposición a exóticas enfermedades tropicales. El Gobierno estadounidense anunció el fin de las hostilidades. Alrededor de 4000 seminolas y antiguos esclavos negros fueron deportados al Territorio Indio. Apenas seguía combatiendo un millar de seminolas, pero, hacia 1842, solo quedaban unos pocos centenares. Coacoochee, líder de los seminolas, resistió la reubicación al llevar a su gente a México. Estados Unidos proclamó la victoria en una contienda en la que no hubo ganadores [24] .

Hacia finales de la década de 1840, alrededor de 100 000 nativos americanos —tanto del sur como del norte— habían sido trasladados al Territorio Indio. La América indígena se convirtió en un mundo de agudos y estridentes contrastes. Mientras los indios meridionales y septentrionales marchaban bajo coacción al oeste,

los lakotas empezaron, en la década de 1830, a alejarse del valle del Misuri y desplazarse al oeste. Ambos traslados no podían ser más diferentes. Mientras que el desplazamiento occidental de los indios del sur y del norte fue forzado, bajo la amenaza de la violencia patrocinada por el Estado, el desplazamiento a poniente de los lakotas fue una simple expansión de sus tierras ancestrales. Para los indios meridionales, el viaje al oeste fue un callejón cultural sin salida. El movimiento lakota anunciaba un nuevo comienzo.

Los lakotas respondían a la llamada de Ptesáŋwiŋ, la «Mujer cría de búfalo blanco», un ser sobrenatural que les ofrecía acceso a millones de bisontes y realización espiritual. También les impulsaba el magnetismo de Pahá Sápa, las Colinas Negras, el mítico lugar de nacimiento de su pueblo, donde, en 1776, habían llegado los primeros exploradores lakotas. La misma geografía parecía convocarlos: desde el río Misuri ocho grandes afluentes, de riberas repletas de pasto, álamos y protectores bosques ribereños, apuntaban al oeste como si fueran dedos. El Misuri se convirtió en una base de ambiciosas expediciones. Los valles fluviales fueron los cimientos del expansivo dominio lakota del oeste. Estos habían dado un paso irreversible al separarse del valle del Misuri, su hogar durante generaciones. Fue en este punto cuando Pahá Sápa, que ya era un santuario espiritual, se convirtió en el centro político-económico del mundo de los lakotas. Pahá Sápa se distinguía por su microclima único de gran altitud, con lluvias generosas, veranos frescos, suntuosos pastizales y enormes manadas de bisontes. Era el lugar sacro donde podía hacerse realidad la promesa de Ptesáŋwiŋ de realización espiritual y material.

Los lakotas sabían que Pahá Sápa era un territorio de fuerte carácter político, disputado por varias naciones nativas. Los lakotas tendrían que combatir para retornar a su mítico lugar de origen y estaban en franca desventaja. Los kiowas, cuervos y shoshones, cuyos territorios circundaban las Colinas Negras, se habían convertido décadas antes en pueblos ecuestres y estaban decididos a mantener alejados a los intrusos. Arapooish, un destacado líder de los cuervos, anunció que el Gran Espíritu había situado el dominio de los cuervos, «justo en el lugar adecuado [...] al norte es frío; los inviernos son largos y crudos, sin hierba; no puedes mantener allí a los caballos, debes viajar con perros. ¿Qué es un país sin caballos?».

Al expandirse en dirección oeste a lo largo de los tributarios del Misuri, los lakotas chocaron con varias naciones. Las pinturas manuales de los costados rocosos de Pahá Sápa atestiguan la violencia de la colisión: los puntos rojos indican enemigos muertos; se ve a un soldado asestar un golpe que cuenta [*] a un enemigo con una vara, para mostrar su valor; una mujer cabeza abajo, posible baja bélica. Los lakotas, a falta de los grandes rebaños equinos de los cuervos, shoshones y otros rivales, tuvieron que recurrir a la diplomacia para consolidar su posición. Forjaron una alianza con los cheyenes y aparahoes, que ya eran pueblos ecuestres, expulsaron a cuervos, kiowas y shoshones e hicieron suyas las Colinas Negras. Los lakotas empezaron a invernar en Pahá Sápa [25] .

Fue uno de los momentos más trascendentales de la historia de Norteamérica. Los lakotas ocupaban un punto fundamental en el corazón del continente, desde donde podían extenderse en todas direcciones. Pahá Sápa se convirtió en base de empresas de pretensiones crecientes. La caza a caballo pasó a ser el único método para apresar bisontes y las expediciones de los lakotas arrebataban caballos a cuervos, kiowas, poncas, pawnees y otros. Además, había millones de caballos salvajes —progenie de caballos escapados de las entradas [*] de los españoles— en las Grandes Llanuras, entre el valle del río Platte Norte y los lakotas estaban justo en esa línea divisoria. Edwin Thompson Denig, un veterano comerciante de pieles del oeste, reportó esta inesperada abundancia: «Los animales salvajes eran perseguidos de uno en uno, hasta que quedaban tan agotados que se les podía echar el lazo […] con frecuencia, de 40 a 60 cabezas era el fruto de una sola expedición». Una segunda ventaja fue la vacuna contra la viruela. Deseosos de contentar al emergente poder indígena, los funcionarios estadounidenses vacunaron a 900 lakotas durante una epidemia iniciada en 1832. Los lakotas sufrieron varias muertes, pero los pawnees, a los que no se ofreció la vacuna, perdieron 4000 personas, la mitad de sus miembros. Los relatos invernales de los lakotas no informan de epidemias entre 1820 y 1837. Hacia finales de la década de 1830, los lakotas sumaban más de 11 000. En 1837, la viruela regresó al valle del Misuri y volvió a devastar una vez más a los pawnees, mientras que los lakotas quedaron incólumes. Estos destruyeron una gran aldea pawnee, la última que quedaba,

con un rápido asalto a caballo. Los lakotas dominaban ahora el centro de las Grandes Llanuras y su riqueza animal [26] .

Al igual que los comanches un siglo antes, los lakotas aprovecharon a fondo los espectaculares beneficios de la equitación: el atajo al acceso a la energía solar, la compresión del espacio, el formidable incremento de poder militar, el fácil acceso a otros pueblos y sus mercados. Y, también como los comanches, los lakotas asumieron un nuevo modo de estar en el mundo. Armaron una economía híbrida de nomadismo pastoral y caza del bisonte, que requería un ciclo anual de actividades orquestado con sumo cuidado. En la estación del frío, los indios se dispersaban por los protectores valles fluviales y se distanciaban de otros; durante los largos meses invernales, los lakotas hacían lo menos posible y subsistían a base de pemmicán y verduras en conserva, todo ello preparado por las mujeres. El objetivo principal en los meses de invierno era mantener con vida al mayor número posible de caballos. Por el contrario, en primavera y verano los lakotas trabajaban todo lo que podían: acumulaban bayas y fruta, adiestraban y pastoreaban caballos y robaban más monturas a sus enemigos. En junio, cuando el bisonte se reunía para la época de apareamiento, los lakotas emprendían cacerías comunales y hacían acopio de carne, grasa y mantos de búfalo que les permitirían superar el siguiente invierno. El ciclo anual culminaba con la Danza del Sol, una ceremonia de humildad y sacrificio oficiada por santones a quienes los espíritus habían confiado palabras sagradas. La Danza del Sol restablecía el equilibrio del universo y reafirmaba la unidad del pueblo lakota en una sola estirpe, los takúkičhiyapi. La Danza del Sol empezó a ser un acontecimiento anual en la década de 1830.

Los lakotas se convirtieron en la potencia dominante de las vastas praderas continentales. Después de años de animado comercio con Fort Pierre, situado en el valle del Platte y perteneciente a la Compañía Americana de Pieles, ahora se negaron a llevar sus pieles y cueros al fuerte. Exigieron que la gigantesca compañía de Astor —el primer monopolio comercial de Estados Unidos— construyera para ellos puestos locales y móviles. Astor cedió, en violación de su política de estricta centralización. A continuación, y a consecuencia del épico viaje del vapor Yellow Stone hasta la confluencia del Misuri con el Yellowstone, la compañía de Astor compró Fort

Laramie, en la confluencia de los ríos Laramie y Platte Norte, y erigió varias sucursales abastecidas por vapores y caravanas de carros tirados por bueyes. Todos estos puestos estaban al servicio de los lakotas, lo cual les dio una ventaja decisiva sobre sus rivales. El núcleo del comercio peletero estadounidense se trasladó en dirección oeste. Muy pronto, cuatro fuertes —Vrain, Vasquez, Jackson y Lupton— se alzaron en el curso superior del río Platte Sur. Estos también atendían a los lakotas y estos consideraban que Fort Pierre les pertenecía [27] .

Los lakotas explotaron sus ventajas estratégicas y se dispusieron a expulsar a las naciones agrícolas —pawnees, omahas y otoes— de los valles fluviales de las llanuras centrales. Los lakotas necesitaban los valles y sus recursos para sus pujantes rebaños de caballos. Los relatos invernales de finales de la década de 1830 y principios de la de 1840 hablan de un explosivo empuje de poder y ambición: «Combatió a los pawnees sobre el hielo del Platte Norte»; Perro Loco «transportó la pipa y tomó la senda de la guerra»; «mató a veinte cabañas de arapahoes»; «robó doscientos caballos a los Cabezas Planas»; «Pluma en la Oreja robó 30 ponis moteados»; «mató a cuatro cabañas de shoshones y trajo a casa numerosos caballos». Los relatos de mediados y finales de los años cuarenta del siglo XIX retratan a una formidable nación lakota, segura y próspera. «Cantidades inmensas de carne de búfalo»: «carne de búfalo en abundancia»; «muchos festines». Los relatos de invierno también revelan el creciente alcance territorial de los lakotas. Los de 1848 y 1851 están repletos de crónicas de combates con los indios cuervos, la nación equina rival que dominaba el País del río Powder, entre las Colinas Negras y las montañas Bighorn. Los lakotas también pelearon con los assiniboines, en las llanuras del noroeste, por cazaderos y puestos comerciales. Estaban extendiendo su poder muy lejos, en dirección oeste y norte. Se estaban reinventando en un imperio [28] .

Sin embargo, a pesar de su creciente alcance, el suyo no era un imperio territorial al estilo europeo. Por el contrario, buscaba amasar población, recursos y poder espiritual. Los contingentes de los lakotas se aventuraban lejos de la zona central de Pahá Sápa, para capturar caballos y humanos y mantener a sus enemigos lejos de sus cazaderos. Ahora dominaban el comercio peletero entre los

valles del alto Misuri y del Platte Sur y sus móviles partidas guerreras mantenían asediados a los debilitados pueblos agrarios de los pawnees, otoes, poncas, omahas, arikaras, mandans e hidatsas, a los que robaban maíz, caballos y gente. En sus asentamientos, las mujeres lakotas procesaban cada año decenas de miles de mantos de búfalo para los mercados estadounidenses y, a cambio, obtenían munición, ropa y artículos de lujo para su pueblo, con los que salvaguardaban el poder militar y el prestigio de su nación. Las siete oyátes de los lakotas seguían la misma política: mantenían móvil a la población y al poder y los canalizaban allí donde se necesitaran. Sus maniobras hacían que los lakotas parecieran más formidables de lo que lo eran en realidad y les permitían controlar un fragmento sobredimensionado del continente. El predominio lakota descansaba sobre su capacidad, propulsada por el caballo, de conectar y explotar nódulos clave: valles fluviales, terrenos de caza privilegiados, aldeas nativas productoras de maíz, puestos comerciales estadounidenses y Pahá Sápa. El suyo era un imperio cinético cuyo poder derivaba de la repetición sistemática de actos políticos básicos: incursiones de corto y largo radio de acción, extracción de tributos y misiones diplomáticas, que daban a su imperio un carácter intermitente: podía estar por doquier en un momento y ocultarse al siguiente. Los estadounidenses nunca fueron conscientes de su existencia.

Los lakotas, con el fin de mantener su poder oculto a los forasteros —en su propio territorio, más allá del alcance imperial—, necesitaban un sistema gubernamental sofisticado. La thiókšpaye, o banda local, era la unidad política básica de la nación lakota. Había varias docenas de thiókšpaye, lideradas por itȟáŋčhaŋs. Cada banda tenía un consejo que arbitraba disputas, gestionaba las relaciones con otros asentamientos y autorizaba la guerra. Cuando un consejo decidía poner en marcha la banda al completo, la autoridad pasaba de forma automática a los wakíčuŋzas, o decisores, y a los akíčhitas, o mariscales, cuyos rostros con franjas negras anunciaban su autoridad. A mediados de siglo, ante la expansión de su poder e influencia, los lakotas innovaron. Crearon dos nuevos cargos de liderazgo: načas, jefes especializados en asuntos comunes a las oyátes; y wičháša yatáŋpikas, esto es, portadores de camisas, «hombres muy elogiados», los cuales constituían un comité

administrativo, homólogo de las sociedades militares tradicionales que sostenían la ética del guerrero. Tales reformas ayudaron a establecer un sistema de gobierno más centralizado sobre el que sostener un imperio. El momento de la reforma se reveló idóneo[29].

Mientras los lakotas se transformaban en un imperio, Thomas Hart Benton, senador por Misuri, anunció en 1846 que el único imperio del continente pertenecía a los estadounidenses: «¡La raza blanca recibió, ella sola, el divino mandato de someter y poblar la tierra! Pues fue ella la única raza que lo ha obedecido, [y] la única que buscó tierras nuevas y distantes e incluso un nuevo mundo, que someter y poblar […] La raza roja ha desaparecido de la costa del Atlántico: las tribus que se resistieron a la civilización hallaron el exterminio. Esto es motivo de lamento para muchos. Por mi parte, no puedo protestar contra lo que me parece un resultado de la ley divina». Numerosos estadounidenses compartían las ideas de Benton acerca de que los pueblos indígenas eran una raza sentenciada, aunque los lakotas muy pronto los corregirían y dejaron claro que no había nada de predestinación en el cínico expansionismo de Estados Unidos[30].

El oro fue la causa de la intrusión más reciente de Estados Unidos en dirección oeste. A principios de febrero de 1848, se hallaron unas vetas de inusual riqueza en Sutter's Creek, en California, que desencadenó una fiebre del oro. En 1849, 27 000 expedicionarios cruzaron las praderas centrales siguiendo el curso del río Platte. Semejante invasión era inaceptable para los lakotas, que habían emprendido su expansión en dirección oeste más de una década antes que los estadounidenses. El valle del Platte les pertenecía y dependían de sus dones esenciales: agua potable, pasto, madera de álamo y cobijo para caballos y personas. En 1846, un joven itȟáŋčhaŋ de los oglalas, Temen Incluso a sus Caballos [They Fear even his Horses], avisó a los estadounidenses de que estaban causando daños en el curso del río Platte, donde los colonos con rumbo a Oregón consumían recursos esenciales. Exigió que el Gran Padre, tȟuŋkašila, —el presidente de Estados Unidos— compensara a los lakotas por los perjuicios ocasionados.

En realidad, los lakotas se enfrentaban a una catástrofe mayor: los

viajeros portaban el cólera. En 1848-1849 falleció uno de cada siete lakotas. Estos se distanciaron de los enfermizos colonos, pero, aun así, siguieron muriendo. Muy pronto, hubo llamamientos a acabar con todos los intrusos. De un modo muy similar al profeta lenape Neolin, un siglo antes, los lakotas empezaron a ver a los blancos estadounidenses como una categoría diferente de humanos: se convirtieron en wašíčus, o gente blanca. Cundió el pánico entre los funcionarios estadounidenses. De repente, el acceso de la nación al oro californiano corría peligro. Si los lakotas iniciaban una guerra, Estados Unidos la perdería. Fort Laramie, recién readquirido por el Ejército de Estados Unidos, era el único bastión militar de alguna entidad entre las estribaciones de las Rocosas y la costa del Pacífico.

El Ejército y el Gobierno de Estados Unidos interpretaron la situación correctamente y, en la primavera de 1851, enviaron mensajeros para invitar a los indios de las llanuras a una conferencia de paz en Fort Laramie. Diez mil indios —lakotas, shoshones, arapahoes y cheyenes— se reunieron en Horse Creek, cercano al fuerte. Los lakotas llegaron sin prisa alguna, para anunciar su autoridad. Dominaron las conversaciones desde el principio. Temen Incluso a sus Caballos celebró consultas con las comunidades lakotas y se garantizó una sólida presencia; cuando los pawnees supieron el tamaño de la delegación lakota se negaron a participar. Por su parte, los funcionarios estadounidenses recurrieron a la escenificación imperial estándar, con la entrega de uniformes, medallas y certificados de rangos militares diversos. Los líderes indios, a partir de ahora, serían tenientes y generales y cada uno de los rangos entre uno y otro, un intento demasiado obvio de ganarlos. Los estadounidenses también pidieron a cada nación que nombrara jefes principales, con quienes pudiera negociar la Oficina de Asuntos Indígenas.

Convencidos de haber creado nuevos y acomodaticios jefes, los funcionarios estadounidenses pasaron a abordar las dos cuestiones candentes: tierra y fronteras. El coronel David Mitchell, superintendente de Asuntos Indios, presentó el plan gubernamental. El centro del continente quedaría dividido en tres bloques. Los lakotas, cuervos, mandans, assiniboines, cheyenes del norte y arapahoes septentrionales compartirían un dominio en el norte; los comanches, kiowas y apaches de las llanuras tendrían un territorio

en el sur; los arapahoes del sur y los cheyenes del sur dispondrían de uno en el centro. La ruta de Oregón, al norte, y la ruta de Santa Fe, en el sur, delimitarían las fronteras de los tres dominios indígenas y, de este modo, se garantizaría el acceso estadounidense al oro. El plan abolía la frontera india permanente y la reemplazaba por una segregación racial. Tierra Azul Claro [Clear Blue Earth], portavoz de los sicangus, comunicó la respuesta lakota: «Hemos tomado una decisión diferente a la tuya, Padre, acerca del jefe de la nación —proclamó—. Queremos un jefe para cada banda y si nombraras uno o dos jefes por banda, sería mucho mejor para ti y para los blancos —dijo, para aleccionar a los estadounidenses—. Entonces, convertiremos en soldados a nuestros jóvenes y haremos que sean buenos hombres con los blancos y otros indios. Pero, Padre, no podemos hacer un único jefe». Los lakotas habían sabido ver el ardid estadounidense para interferir en la política de los lakotas. Tierra Azul Claro rechazó, con toda calma, los planes estadounidenses[31].

Acto seguido, Tierra Azul Claro detalló la postura lakota: «Somos una banda grande y poseemos la mitad de todo el país […] podemos cazar en cualquier lugar». Halcón Negro, el portavoz principal de los oglalas, reforzó el mensaje: «Si hay algo que conozco —dijo— es este país, pues me crie en él. Habéis dividido el país y eso no nos gusta. En este vivimos y cazamos, cazamos desde el Platte hasta el Arkansas». Los agentes estadounidenses habían determinado que el río Platte sería la frontera meridional del dominio de los lakotas, pero estos exigían las llanuras centrales hasta el río Arkansas por derecho de conquista. «En otro tiempo, esas tierras pertenecieron a los kiowas y a los cuervos —explicó Halcón Negro—, pero barrimos de allí a esas naciones y en esto hicimos como hacen los hombres blancos cuando quieren las tierras de los indios». Los lakotas manifestaron abiertamente que aspiraban a extender sus dominios 320 kilómetros en dirección sur. En el norte de las Grandes Llanuras, las fronteras coloniales tendrían que adaptarse a las de los lakotas: los estadounidenses debían desplazar a los pawnees al sur para dejar espacio a los lakotas. Estados Unidos se había puesto del lado del poder. Ansiosos por proteger la ruta de Santa Fe, los agentes estadounidenses trataron de convencer a comanches, kiowas y apaches de las llanuras que se establecieran en

un territorio al sur del río Arkansas. Los indios aceptaron los regalos, acordaron un tratado y siguieron asaltando las caravanas de intrusos [32] .

Mediado el siglo XIX, una vez finalizadas las reubicaciones forzosas masivas, el conjunto de la América indígena se había trasladado al oeste. Casi 100 000 indios habían sido expulsados desde el este del Misisipi y se gestó al oeste del río un universo indígena completamente nuevo. Las reservas nativas era un signo de debilidad estadounidense, no de fortaleza. Estados Unidos, simple y llanamente, carecía de la capacidad de derrotar y domesticar a los indios o, como demostró su experiencia con la nación dominante de los lakotas, ni siquiera era capaz de mantenerlos a raya [33] .

Capítulo 27

La supremacía comanche

Muy al sur de los lakotas habitaba una segunda potencia indígena dominante, la nación comanche, formada por casi 40 000 miembros. Los comanches habían vivido dos fases expansivas. La primera, a principios del siglo XVIII, se basó sobre todo en la violencia. Los comanches, poderosos recién llegados, moldearon las fronteras septentrionales de Nuevo México con arreglo a sus necesidades e infundieron el temor entre los indios locales y los españoles. La segunda fase, en los inicios del siglo XIX, recurrió a una combinación de diplomacia y coerción. Los comanches siguieron atacando las aldeas apaches y tomando cautivos, que redimían en los mercados de esclavos de Nuevo México, pero, hacia mediados de siglo, empezaron a enseñar a los funcionarios españoles la forma apropiada de hacer negocios. Esperaban que estos los entregaran regalos para crear una adecuada relación amistosa, nunca discutir los precios y no ofrecer bienes de calidad inferior. Aún más importante, los españoles tendrían que comerciar sin restricciones con armas, pólvora y plomo. Si no lo hacían, los ejércitos a caballo de comanches y utes golpearían Nuevo México para obligarlos a obedecer.

Los moradores de la localidad milenaria de Taos Pueblo sacaron conclusiones con respecto a la situación. Al ser el asentamiento pueblo más septentrional, Taos era una comunidad de frontera con una población mixta. Empezó a propagarse el rumor de que los habitantes de la localidad, los taoseños, estaban proporcionando información a los comanches y a los utes acerca de los movimientos de las tropas españolas. Los taoseños parecían haber llegado a la conclusión de que les iría mejor auspiciados por los comanches que bajo el teórico régimen español. Alarmado, el gobernador de Nuevo México, Joaquín Codallos y Rabal, decretó que se ejecutara a todo taoseño hallado a más de una legua de la localidad. Los comanches

arrasaron el asentamiento fronterizo de Abiquiú, en el norte de Nuevo México, y Codallos despachó a 500 efectivos de caballería española y auxiliares indios, que mataron a más de un centenar de comanches y utes, tomaron a más de dos centenares de cautivos y capturaron casi un millar de caballos [1] .

De forma paradójica, esta derrota marcó el inicio de la supremacía comanche en el sudoeste. Quebrantados por la derrota, los comanches reconfiguraron su política exterior y contactaron con las naciones nativas vecinas. También establecieron tratos con comerciantes franceses de tierras distantes e intercambiaron caballos, mantos de bisonte y cautivos por armas, munición, telas y otros bienes manufacturados. El auge comercial sirvió de arma política. Cuando los funcionarios españoles tuvieron noticia de que 33 comerciantes franceses se habían reunido con los comanches cerca de Taos, dentro de las fronteras de Nuevo México, y que les habían vendido «abundantes mosquetes» a cambio de mulas, supieron que el equilibrio de poder había empezado a cambiar en el sudoeste. Los soldados comanches y utes, armados con mosquetes modernos y lanzas de punta de hierro, golpearon las fronteras orientales de Nuevo México con ataques incesantes, a menudo nocturnos, en los que capturaban caballos y cautivos.

La implicación de mercaderes galos aumentó los riesgos para los españoles. En 1749, las autoridades españolas invitaron a los comanches y a los apaches lipanes a celebrar conversaciones en San Antonio. En presencia de representantes de los presidios, el Estado y la Iglesia, los comanches enterraron el hacha, una lanza y un caballo vivo en la plaza de armas y sellaron la paz con los lipanes. Los españoles liberaron a 137 cautivos apaches, con la esperanza de retenerlos a su lado. El gobernador Tomás Vélez Cachupín se quejó con amargura de que «el comercio que han iniciado los franceses con los cumanches por mediación de los jumanes [wichitas] resultará en un gran prejuicio para esa provincia. Aunque la nación cumanche realiza un comercio similar con nosotros, acudiendo al pueblo de Taos […] siempre que se presenta la ocasión de robar caballos o atacar a los pueblos de Pecos y Galisteo, no dejan de aprovecharla». Sin embargo, Cachupín no podía cerrar los mercados de Nuevo México a los comanches, pues temía que, de hacerlo, empujaría a los indios al redil francés o, aún peor, a una guerra.

Todo lo que podía hacer era quejarse del «perverso comercio» y hacer la vista gorda. Centenares de apaches buscaron refugio en Nuevo México para tratar de alejarse de los comanches.

El sincero informe de Vélez Cachupín revela la debilidad de Nuevo México en sus fronteras. El gobernador se resignó a garantizar «amistad y comercio con la tribu comanche, alejándolo en todo lo posible de los franceses, porque la tribu comanche es la única que podría impedir el acceso [francés] a dicho terreno, lo que sería la ruina de Nuevo México». Si los españoles no apaciguaban a los comanches, advirtió a sus superiores, «se perderá una rama de mercado de extrema utilidad, y los franceses de Nueva Orleans lo adquirirán por completo». Nuevo México se resignó a pagar a los comanches para salvarse: los españoles empezaron a pagar por la paz y continuaron haciéndolo durante las siguientes generaciones. Alrededor de 1750, Vélez Cachupín convirtió Taos en un mercado comanche, donde, según las palabras de un visitante español, muy críticas: «Abandonan toda prudencia […] Aquí, en suma, se reúne todo lo posible para comerciar y trocar con esos bárbaros, a cambio de pieles de búfalo, y, lo que es más triste, a cambio de esclavos indios, hombres y mujeres, grandes y pequeños, una gran multitud de ambos sexos, pues ellos son el oro y la plata del tesoro más valioso de los gobernadores, quienes se sacian los primeros y a grandes bocados de esta mesa, mientras el resto come las migajas»**[2]**.

En 1751, una de las escasas victorias militares españolas solo sirvió para profundizar el acercamiento entre comanches y españoles. En represalia contra un asalto comanche contra la localidad española de Pecos, Vélez Cachupín cercó a 300 soldados comanches en un cañón del Llano Estacado, una gran planicie de las Altas Llanuras occidentales, donde liquidó a 112 y capturó a 33. Conmocionados, los supervivientes hicieron una cruz de madera y se la ofrecieron a Vélez Cachupín «con gran veneración, la llevaron a sus labios y a los míos». Los españoles habían nivelado momentáneamente el terreno de juego y los comanches aceptaron hacer la paz con Nuevo México. Vélez Cachupín les reconoció su condición de nación soberana en un tratado y les concedió acceso preferencial a los mercados españoles. Los utes quedaron marginados, lo cual provocó el ocaso de la alianza comanche-ute. Los comanches, con su rápido

crecimiento poblacional, empequeñecieron la alianza. Con el apoyo de España, los comanches tomaron las tierras apaches al norte del Llano Estacado. Esta secuencia de acontecimientos determinó la pauta de la política exterior colonial con las potencias coloniales durante los cien años siguientes [3] .

Mediado el siglo, los comanches disponían de suficientes caballos para librar guerras montadas a gran escala y para su necesaria expansión: su gran población y sus crecientes rebaños equinos exigían una mayor base de recursos. Formaron una amplia alianza con los taovayas, tonkawas, wichitas, hasinais y osages —los españoles, consternados, los llamaban norteños— y avanzaron en dirección sur desde el Llano Estacado hasta adentrarse en las planicies de hierba corta y sus enormes manadas de bisontes y caballos salvajes. Sus «perros mágicos», descendientes de caballos berberiscos criados en el desierto, florecieron en esas regiones y mejoraron la dieta, la movilidad, el poder militar y el acceso a los mercados de los comanches. Estos atajaron radicalmente su modo de vida. La caza ecuestre del bisonte constituía ahora el núcleo de su existencia. Comer pescado pasó a ser tabú, la recolección de alimentos de origen vegetal declinó y la carne aviar se convirtió en un alimento de emergencia que solo se ingería cuando fallaba todo lo demás [4] .

Potenciados por los caballos, los comanches se lanzaron a controlar las llanuras meridionales y la riqueza animal de la región por medio de la guerra. Las planicies de los búfalos no estaban a disposición del primero que llegara, de modo que el empuje comanche desencadenó una larga y enconada contienda con sus antiguos enemigos, los apaches lipanes, que dominaban la región y habían convertido muchos de sus valles fluviales en florecientes campos de cultivo. Sin embargo, este éxito agrícola fue la perdición de los lipanes. Atados a sus campos, no tuvieron la menor posibilidad contra millares de soldados comanches a caballo. Desesperados por obtener ayuda española, los líderes lipanes hicieron una propuesta que los funcionarios coloniales no podían resistir: prometieron convertirse al cristianismo. Las mujeres lipanes empezaron a llevar cruces en señal de paz y los españoles construyeron un complejo de misión-presidio en la Apachería, en el valle del río San Sabá,

centenares de kilómetros al sur de Nuevo México y a 220 kilómetros de San Antonio. En junio de 1757, 3000 comanches visitaron el complejo en construcción; el asalto llegó ocho meses más tarde.

A mediados de marzo de 1758, un contingente de 2000 norteños se concentró a las puertas de la misión. Informaron a los españoles del fuerte de que «venían con intención de matar a los apaches». El paraibo —líder— comanche vistió uniforme francés y, a continuación, la fuerza puso sitio al fuerte y prendió fuego a los edificios de madera de la misión. Los defensores estimaron que los indios disponían de un mínimo de 1000 mosquetes franceses. Solo murieron ocho españoles, pero el efecto de choque fue catastrófico. Las armas y uniformes galos anunciaban el largo alcance de los contactos diplomáticos de los norteños y la devastación causada —destruyeron ornamentos eclesiásticos, decapitaron una efigie de san Francisco, dejaron sobre el altar de la iglesia cadáveres con ojos y cabelleras arrancadas— expresaba un profundo odio contra todo lo español [5] .

El saqueo de la misión de San Sabá fue un significativo punto de inflexión en la historia del oeste norteamericano y su onda expansiva reverberó hasta Ciudad de México. Los comanches integraron en sus filas a algunos lipanes y exiliaron a decenas a las tierras desérticas de más al oeste. Los misioneros españoles se retiraron con el resto de los lipanes a nuevas misiones, a casi 150 kilómetros al sur de la Comanchería. De repente, numerosos pueblos apaches se vieron sometidos a una alarmante marginación. Las rancherías —asentamientos— de los comanches se habían vuelto demasiado poderosas para que los apaches pudieran desafiarlas, con lo que estos empezaron a asaltar las rancherías españolas de Nuevo México y Texas. Un gran número de lipanes buscó refugio en el sur, donde se establecieron en el curso del río Bravo y se aventuraron hasta Coahuila. En 1760, la localidad pueblo de Galisteo se había convertido en «el habitual teatro de la guerra con los comanches, quienes tienen a este pueblo de mala manera». En Santa Fe, los españoles estaban en constante vigilancia ante la llegada de comanches [6] .

Los comanches fueron una superpotencia territorial instantánea. En ese momento, la Comanchería se extendía más allá del río Arkansas,

en el norte. Desde allí, se curvaba en un arco de 960 kilómetros hacia el sur, hasta llegar a la falla de Balcones, donde la estepa herbácea deja paso a la planicie litoral. La frontera oeste de la Comanchería seguía el trazado del río Pecos cerca del mismo núcleo de Nuevo México, junto al curso superior del Bravo. Cubriendo alrededor de 650 000 kilómetros cuadrados de praderas, fue, por un amplio margen, el territorio indígena más expansivo de Norteamérica.

El vasto dominio posibilitó un rápido crecimiento económico gracias al sostenimiento de grandes rebaños caballares. En un mundo donde el poder y la supervivencia dependían de la riqueza equina, tener muchos caballos constituía verdadera opulencia. Los comanches podían cazar con más efectividad y mantener un constante incremento poblacional. Con unos 40 000 pobladores, los comanches dejaron pequeña la alianza norteña y explotaron esta ventaja. Francisco Antonio Marín del Valle, sucesor de Vélez Cachupín en el gobierno de Nuevo México, supo por un cautivo comanche que «un bárbaro se ha alzado entre dicha nación con la apariencia y atributos de un reyezuelo. Tiene junto a su persona una guardia de hombres armados, pajes que le sirven cuando monta y desmonta de su caballo, y sostienen un dosel o sombra de pieles de búfalo en los que toma asiento. Todos le obedecen». Este «bárbaro» —Cuerno Verde [Green Horn]— organizó un cambio drástico entre los comanches: un poder comanche centralizado, apoyado por las sociedades militares. Cuerno Verde murió en combate poco después de su ascenso, pero su hijo asumió su posición y su nombre[7].

El gobernador Marín del Valle, un hombre banal y cauteloso, interpretó mal la situación. Armó a los apaches, los cuales constituían una amenaza para los comanches. Ahora, los apaches podían usar armas españolas para matar comanches, que no tenían un acceso fiable a la tecnología europea. Cuerno Verde el joven tomó las riendas y emprendió un conflicto intermitente que se prolongó más de una década. Sus soldados saqueaban aldeas fronterizas, tomaban cautivos y caballos y propagaban el terror. Hacia finales de la década de 1770, varios asentamientos de Nuevo México estaban en ruinas y Texas había quedado paralizada. La población de Texas, que ya era antes exigua, se estaba

desplomando, lo cual sumió al territorio en la irrelevancia. Los comanches usurparon el comercio de los wichitas a lo largo de los ríos Rojo y Brazos y atacaron a los taovayas. Absorbieron a un gran número de ellos en las filas de los comanches, al tiempo que impedían a osages, hasinais y españoles acceder al territorio de los búfalos. Los paraibos comanches patrocinaban ferias comerciales en el curso superior del Arkansas con sus clientes del norte. Varios grupos nativos se hicieron dependientes del suministro de caballos comanches y quedaron ligados como leales aliados a la nación y orbitaban alrededor de ella.

Las repercusiones de las maniobras comanches llegaron muy lejos y a numerosos lugares. Los utes se aliaron con los paiutes y se reubicaron en la Gran Cuenca. Allí, junto con apaches, navajos y tohono o'odham, entre otros, se dedicaron a hacer cautivos para los mercados esclavistas de Nuevo México y a extorsionar con peajes a los estadounidenses que seguían el Viejo Sendero Español en dirección oeste. A principios del siglo XIX, Nuevo México rebosaba de esclavos indios, la mayoría mujeres y niños. El tráfico de esclavos era el comercio más lucrativo de la Gran Cuenca, que alimentaba los anhelos, la animadversión y el miedo. Aunque nadie en el continente —ni siquiera los comanches— lo sabía aún, el punto focal de la resistencia indígena se había trasladado de los países de los ríos Ohio e Illinois a las potencias nómadas del oeste[8].

La supremacía comanche precipitó a los colonizadores españoles a una chocante y abrupta pérdida de su supuesto poder: en fecha tan tardía como 1779, los mandatarios españoles seguían planeando un grandioso futuro imperial para Nuevo México y Texas. Teodoro de Croix, comandante general de las recién creadas Provincias Internas[*], una enorme unidad administrativa del imperio español, abogaba por la construcción de una cadena de avanzadas a lo largo del río Rojo, «un paladión de guerra» que debía ser «la llave maestra del norte, donde se tratará por la mediación a las naciones amistosas, y a las no amistosas, como comanches y osages, serán ganadas, o, con ayuda de las naciones amigas, conquistados». Abandonando la postura negociadora de los funcionarios borbónicos, Croix planteó una guerra de exterminio contra los

apaches, aunque después cambió de idea. Los comanches suponían una amenaza más honda contra los designios españoles y la España borbónica se movilizó para someterlos. Juan Bautista de Anza, el nuevo gobernador de Nuevo México, hizo lo que pocos líderes españoles habían osado hacer: fue a la guerra contra los comanches.

En lugar de esperar al golpe de los españoles, Cuerno Verde el joven tomó la iniciativa y partió con un pequeño destacamento de 50 efectivos a atacar Taos. Mientras tanto, Anza había salido con 800 soldados españoles de Santa Fe, en dirección noroeste; tras seguir los bordes de la llanura abierta, asaltó una ranchería comanche de 120 cabañas en el extremo septentrional de la Comanchería. Los españoles mataron a 30 mujeres y 18 hombres y tomaron a 34 cautivas. Los supervivientes le explicaron a Anza que aquella era la ranchería de Cuerno Verde. Anza persiguió a Cuerno Verde y a sus soldados hasta una garganta, con lo que neutralizó su ventaja ecuestre. Cuerno Verde murió y Anza regresó a Santa Fe enarbolando el tocado de su enemigo derrotado. Sin embargo, el verdadero desastre estaba por llegar. En 1780, la viruela golpeó a los comanches. Puede que perecieran 16 000 a causa de la misma epidemia que asoló en el este al ejército de Cornwallis. Los comanches se cerraron sobre sí mismos y limitaron sus expediciones de pillaje. De repente, los poderosos comanches se tornaron anodinos y vulnerables. En 1781, entablaron conversaciones de paz con Nuevo México[9].

Poco tiempo después, llegó ayuda de una fuente inesperada: el Tratado de París de 1783. España estaba indignada por la extensión de la frontera meridional de Estados Unidos hasta el paralelo 31, lo cual ignoró las reclamaciones españolas en cuanto a la confluencia del Ohio con el Misisipi. Estados Unidos se negó a negociar y los españoles quedaron en el limbo. La solución que España dio a esto también resolvió la crisis de los comanches. Fue durante esta época cuando España adoptó su política india secular para proteger sus enormes dominios territoriales: ofrecía apoyo a las naciones nativas en forma de regalos, comercio y tratado. El rey Carlos III nombró virrey de Nueva España a Bernardo de Gálvez. La misión de Gálvez era convertir las nueve provincias septentrionales —el oeste norteamericano de España, en realidad— en un gigantesco tapón territorial contra Estados Unidos. Texas, como provincia más

oriental, tenía una importancia crucial. Gálvez asignó a su gobernador, Domingo Cabello y Robles, la tarea de consolidar su frontera. Cabello vaciló; no parecía tener estómago para enfrentarse a los comanches. Reclutó a Pedro Vial, un experimentado comerciante con los indios, y a Francisco Xavier Chaves, un herrero, para que contactaran con ellos. Chaves había sido adoptado por los comanches a los 8 años de edad y hablaba su lengua con fluidez. Cabello envió a los dos al interior de la Comanchería con 2 sirvientes, 4 mulas, 6 caballos y regalos por valor de 400 pesos, una suma con la que podrían comprarse tres esclavos blancos en San Antonio [10] .

En los inicios del otoño de 1785, 200 soldados comanches cabalgaron por el valle del río Rojo, formados en dos líneas, al encuentro de los emisarios españoles. Los españoles los saludaron con una descarga. Vial describió a los dos enviados comanches como «los grandes capitanes de la nación, a quienes escuchan con gran respeto y atención. Uno es llamado el Capitán de la Camisa de Hierro» —es probable que se tratara del paraibo de los comanches del oeste, más conocido como Ecueracapa— «por vestir una cota de malla que tomó de un capitán apache, y el otro es llamado Capitán de la Cabeza Rapada, por llevar media cabeza de este estilo y la otra con el cabello muy largo». A continuación, vinieron «diez más a los que llaman jefes y que las otras naciones llamaban capitanes chiquitos. Cada uno de ellos trajo a algunos ancianos notables indios y a numerosos jóvenes». La ranchería era un microcosmos de la nación comanche y sus rápidos cambios. Los comanches concentraron el poder en manos de líderes probados que tenían la necesaria autoridad para negociar directamente con las potencias coloniales y, si era necesario, ir a la guerra. Después de haber sido humillados por Anza en la guerra, seis años antes, y devastados por la viruela, los comanches adoptaron estrictas medidas de control fronterizo para mantenerse a salvo. Preguntaron a Vial y a Chaves si «portaban alguna enfermedad que trajera la muerte a su nación».

Los comanches convocaron un gran consejo. Vial y Chaves colocaron una bandera española en el interior «de un gran círculo que habían formado los indios, sentados sobre el suelo, hasta cuatro filas de profundidad, en nuestra opinión eran unos 700. Rodeaban el citado círculo infinidad de hombres jóvenes, mujeres y niños».

Vial y Chaves trasladaron una oferta de paz. Hicieron que Guersec, un caudillo de los taovayas, anunciara que «es más importante para nosotros tener amistad con los españoles que con los cumanches, porque nuestro Padre, el capitán grande de San Antonio, nos da y suministra armas, pólvora, balas, cazuelas, hachas, azadas, cuchillos, etc. […] Os hago saber que para nosotros es más importante mantener amistad con los españoles, que con vosotros». Sin inmutarse, Ecueracapa anunció: «Estamos dispuestos a acordar una paz firme, una vez que nuestro padre, el capitán grande de San Antonio, la acepte de corazón, la única condición de nuestra parte es que nos deje paso y no se oponga a que hagamos la guerra a los lipanes, nuestros antiguos enemigos. Y de esta manera, iremos a visitar con frecuencia a nuestro padre, el capitán grande de San Antonio, con confianza». Los comanches, como había dejado claro Ecueracapa, serían aliados en pie de igualdad con el imperio español. A la conclusión del consejo, Vial y Chaves escoltaron a tres paraibos comanches a San Antonio, donde les atendió el gobernador Cabello y les hizo desfilar por las calles junto con varias mujeres comanches, cuya presencia era esencial para el proceso de paz. Los comanches establecieron un tratado formal. Este se limitaba a pedirles que informaran al gobernador cuando marcharan contra los apaches, que seguían siendo aliados de España. Con el fin de satisfacer aún más a sus nuevos aliados, Cabello construyó una casa de bajareque[*] de 43 metros de largo para los comanches que visitaran el valle del río San Antonio, para que pudieran tomar en privado sus baños diarios[11].

En el invierno de 1785, Anza se reunió con Ecueracapa en Big Timbers, en el curso alto del Arkansas, el principal centro de comercio comanche. Acudieron 6000 comanches occidentales a presenciar los actos. Ecueracapa, astuto gestor, estaba totalmente preparado para el reto. Para garantizar su elección como líder de los comanches occidentales, avisó de que «se uniría al bando español» si le negaban el cargo. Hizo que sus agentes asesinaran a Toroblanco, un paraibo rival que se oponía a los españoles, y, de ese modo, allanó el camino de la paz con Nuevo México. Ecueracapa, además, no solo era despiadado, también era un destacado estratega militar y un sagaz político. Aunque implacable en la política doméstica, su ambición en la política externa era la

paz con España. La oportunidad se presentó cuando sus espías encontraron a un indio que había quedado separado de una partida de caza de los españoles. Ese hombre, José Chiquito, hablaba español con fluidez y Ecueracapa decidió usarlo como mensajero. En enero de 1786, Ecueracapa ejecutó al líder de una facción comanche disidente que había atacado Pecos y anunció a Santa Fe de su inminente visita. Se reunió con el mayor número posible de rancherías para crear un amplio consenso de paz, un imperativo de la política comanche [12] .

Ecueracapa llegó a Santa Fe a finales de febrero, escoltado por una columna de caballería española, y cabalgó con toda calma por la calle principal, que estaba bordeada de espectadores. Llegó al palacio del gobernador y desmontó. Abrazó a Anza, gesto que marcó el tono de las conversaciones. Ecueracapa tenía un proyecto claro para el mundo de posguerra: aspiraba a una paz general entre el imperio español y el emergente imperio comanche. La paz, exigió, debía enmarcarse en un comercio recíproco, que requería que los comanches dispusieran de «paso libre y seguro desde Pecos a Santa Fe». De forma más alarmante para los españoles, Ecueracapa exigió el derecho de «establecerse y subsistir a corta distancia de los asentamientos». También quería que españoles y comanches se unieran para combatir a sus «enemigos comunes, los apaches». En consecuencia, esperaba que los primeros cortaran los vínculos que tenían con los últimos grupos apaches de la frontera de Nuevo México. Ecueracapa estaba proclamando que los comanches eran un imperio. El orden geopolítico que planeaba para el sudoeste del continente se basaba en un eje comanche-español. El proceso de paz se trasladó a Pecos, donde Anza dio a Ecueracapa un bastón de mando. En un gesto simbólico, Ecueracapa se lo entregó a Tosacondata, el segundo en el mando; con esto, Ecueracapa estaba ampliando el liderazgo de la nación comanche que se disponía a eclipsar a Nuevo México, la colonia española más poderosa de Norteamérica.

Ecueracapa orquestó el proceso de paz con confiada calma y bajó los humos a Anza. El gobernador tuvo que improvisar para reafirmar la autoridad española. Invitó a Ecueracapa a una reunión privada, donde le entregó «una prenda o credencial de forma que, cuantos más testimonios tuviera entre ellos, mejor podría demostrar

a sus rancherías dispersas que toda su nación estaba incluida en la paz». Pretendía que Ecueracapa, de quien pensaba que era un «genio notable», «se hiciera cargo del gobierno y de la dirección absoluta de sus intereses nacionales». Era el método español estándar de reclutar caudillos indígenas y Ecueracapa se dio perfecta cuenta. También habían invitado a Santa Fe a enviados utes, pero Anza mostró escaso interés por ellos. Ecueracapa tomó el control de las conversaciones e hizo la paz con los utes. Los funcionarios españoles quedaron entusiasmados al ver que los enviados comanches «muestran un gran interés por comprender nuestra lengua, de adaptarse a nuestros usos en todo aquello que puedan imitar, incluso en asuntos de religión». Los españoles consideraban esto sumisión. Es más probable que los comanches, que habían tenido un contacto muy fugaz con el cristianismo, estuvieran estudiando a sus nuevos aliados y sus extrañas creencias [13] .

Mediante el establecimiento de tratados con los comanches, los mandatarios españoles creían estar forjando líderes más poderosos con los que negociar y que manipular, para así controlar a la nación india desde dentro. En realidad, las estratagemas españolas solo lograron acelerar el proceso, ya iniciado, de centralización comanche. Los dos Cuernos Verdes iniciaron el proceso y Ecueracapa lo llevó más lejos, al negociar con firmeza con los españoles y otros extranjeros. Ecueracapa era el paraibo principal de los kotsetekas, «comedores de búfalos» —una de las tres divisiones de los comanches—; y su autoridad no incluía a los yamparikas, «comedores de raíces»; ni a los jupes, «gente de madera». Este sistema de gobierno descentralizado quedó obsoleto en el nuevo orden, en el cual los comanches dominaban buena parte del sudoeste junto con los españoles, que se estaban convirtiendo en sus aliados subordinados. Cuando Ecueracapa entregó el bastón de mando de Anza a Tosacondata, estaba trazando un sistema gubernamental más robusto. Ecueracapa ofreció a su hijo menor a Anza, que prometió tratarlo «como a su propio hijo». Con tal gesto, Ecueracapa borró toda distancia jerárquica entre el gobernador y él mismo. Anza, a continuación, recibió a la embajada de los navajos y pidió a Ecueracapa hacer una visita sorpresa «para que así los navajos, habiéndoles visto, quedasen impresionados por el temor y

el respeto que le tienen a esta belicosa nación». Anza había aprendido rápido dónde radicaba el poder [14].

Liderados por Ecueracapa y Tosacondata, los comanches entraron en una tercera fase expansiva, que consolidó su hegemonía en el sudoeste. Era el momento en que la concentración de poder de Ecueracapa, en potencia peligrosa, dio sus frutos. Los comanches empleaban una mezcla fluida de diplomacia, comercio, coerción y captación para obtener recursos esenciales y los soldados españoles y comanches unieron fuerzas para expulsar a los apaches de las fronteras de Nuevo México. Los españoles autorizaron el libre comercio con los comanches, lo cual dio lugar al surgimiento de un nuevo grupo especializado de comerciantes de orígenes étnicos diversos, los comancheros [*].

Así alentados, los comanches construyeron un extensivo sistema comercial basado en los valles fluviales que recorrían las planicies meridionales. Su corazón era Big Timbers, una franja de tierra espesamente arbolada del curso alto del Arkansas, que ofrecía refugio a los caballos durante los duros inviernos de las llanuras. La cría caballar en el frío norte era difícil y la mayoría de indios de las llanuras del norte tenía dificultades para obtener números suficientes para una caza montada efectiva. Los comanches, por el contrario, puede que poseyeran más de 100 000, muchos más de los que necesitaban: alrededor de dos tercios de sus monturas eran animales sobrantes empleados en el comercio. El centro mercantil del alto Arkansas se convirtió en un imán para los indios vecinos, que completaban sus rebaños en las ferias de los comanches. A cambio, estos recibían armas de metal y de fuego, munición y otros bienes manufacturados que las naciones del norte obtenían de los comerciantes franceses y británicos. Los kiowas abrieron su Danza del Sol a los comanches para empoderar a su principal aliado. El comanche se convirtió en la lingua franca comercial de toda la frontera del sudoeste, lo cual indicó un cambio notable en la dinámica de poder indígena-colonial.

Mientras los comanches erigían una nación más centralizada y, al cabo del tiempo, un imperio, los apaches preservaron el sistema político fluido, estacional y dinámico que les había servido antes de la supremacía comanche. La autoridad de los caudillos apaches, o

nantans, no solía ir más allá de los grupos de parentesco más inmediatos. El sistema de gobierno horizontal les fue bien a los apaches, pues les permitió expandir su base de recursos unos 480 kilómetros al oeste del valle del Pecos sin conflictos internos de importancia, si bien el ascenso comanche lo sumió todo en la precariedad. A principios del siglo XIX, la población apache de las planicies meridionales apenas sumaba unos 5000. Las autoridades españolas tachaban a los apaches de paganos y «salvajes indomables» que debían ser exterminados [15] .

El éxito de los comanches como nación ecuestre radicó en una desviación de la pauta acostumbrada del imperialismo ecológico, que debilitó a un sinnúmero de naciones indígenas a causa de las malas hierbas agresivas y las enfermedades contagiosas. La mayoría de plantas autóctonas de las Américas no habían evolucionado para coexistir con grandes rumiantes y cuando la fauna de Eurasia llegó en el siglo XVI, muchas de estas fueron devoradas de inmediato y reemplazadas por hierbas europeas más resistentes. Sin embargo, en las Grandes Llanuras de Norteamérica, las plantas evolucionaron con los grandes rumiantes —en particular el bisonte— y eran, por tanto, extremadamente resistentes a la invasión faunística de Europa. Cuando los comanches comprendieron el alcance de su ventaja, aligeraron drásticamente su economía y su modo de vida. Dejaron de emplear alrededor de un centenar de plantas, abandonaron dos tercios de su tradición etnobotánica y establecieron relaciones comerciales con agricultores pueblo, pawnees, poncas, kansas, wichitas e iowas, que les proporcionaran carbohidratos en forma de maíz, calabacín y judías. La Comanchería se convirtió en un potente impulsor comercial que enviaba proteínas y grasas y recibía carbohidratos. Un flujo constante de las sociedades agrarias vecinas de maíz, judías, calabacín, semillas e incluso pan horneado permitió a los comanches seguir una dieta casi ideal: de moderada a alta en proteína, hierro y vitamina B12; alta en carbohidratos complejos; y baja en grasas saturadas, colesterol y sodio. Su población empezó a recuperarse del catastrófico brote de viruela de 1780 y mantuvo una trayectoria ascendente a pesar de las numerosas epidemias posteriores [16] .

En la misma época, los comanches empezaron a comerciar con los

mercaderes estadounidenses que operaban desde Luisiana en dirección oeste, de este modo, conectaron su economía de base animal en una naciente economía capitalista que podía proporcionarles herramientas y armamento moderno. Los wichitas y los pawnees se erigieron en intermediarios clave, que suministraban bienes manufacturados estadounidenses a la Comanchería y caballos comanches a la Luisiana. Los omahas, todavía una nación soberana, enviaron una embajada a la Comanchería e intercambiaron casi todas sus armas y municiones por caballos, los cuales necesitaban para protegerse de los lakotas[17].

Los comanches, seguros y dominantes, empezaron a remodelar el gran sudoeste para cubrir sus necesidades. En unión de Nuevo México y Texas, expulsaron al resto de apaches de sus fronteras y, con ello, los eliminaron al fin como amenaza. Los españoles edificaron ocho reservas gestionadas por los militares —las primeras de Norteamérica— en el norte de Chihuahua y Sonora, tanto para confinar como para proteger a los apaches. Los dirigentes españoles llamaron a los chiricahuas apaches de paz[*] y estos pronto conformaron alrededor de la mitad de la población apache meridional. Los jefes militares españoles trataban de controlar la movilidad equina de los chiricahuas atándolos al suelo, pero estos tenían sus propios planes: trataban las reservas como zonas de recursos que podían apoyar las operaciones en su exterior.

Las autoridades españolas, frustradas, querían confinar a los apaches. Necesitados de ingresos, llevaron a cabo una egoísta empresa: empezaron a vender cautivos apaches a Nueva España y a las indias azucareras del Caribe, donde había demanda de esclavos indios desde que Cristóbal Colón inaugurara el tráfico esclavista. En 1791, tres apaches chiricahuas, en compañía de soldados españoles, recorrieron 1600 kilómetros hasta la capital de México, donde solicitaron a los funcionarios españoles el retorno de sus familiares cautivos. Atrapados entre los imperialistas comanches y los agresivos españoles, la posición de los chiricahuas y otras divisiones apaches se tambaleaba. Necesitaban a todos y cada uno de los miembros de su nación para sobrevivir. Los emisarios chiricahuas solo lograron rescatar a un cautivo; los otros habían sido vendidos como esclavos. Cuando estalló la guerra entre los españoles y los apaches meridionales y sus aliados mescaleros, un tercio de los

apaches y de los mescaleros pereció o fue esclavizado y deportado a Cuba. La violencia dejó tras de sí naciones rotas. A principios del siglo XIX, hubo muchas más deportaciones a Cuba y al centro de México; fue la versión novoespañola de la reubicación india [18].

Por su parte, los comanches prosiguieron su metamorfosis. Moraban en una divisoria ecológica donde las condiciones climáticas eran cada vez más desfavorables a la ganadería, aunque convirtieron ese factor en un espectacular éxito comercial que los hizo aún más poderosos. Varios millares de comanches pasaban la mayor parte del invierno refugiados en Big Timbers, donde sus caballos subsistían a base de corteza de álamo, un alimento de último recurso. Emprendían rápidas cacerías, con cuidado de no ejercer demasiada presión sobre el bisonte: querían que las bestias se quedaran donde estaban. No permitían a los visitantes cazarlos y preferían alimentar ellos mismos a sus invitados. Las esposas mayores se encargaban de las haciendas: gestionaban la mano de obra esclava, comerciaban con forasteros y supervisaban la crianza de niños. Lideradas por los paraibos, las mujeres asumieron un papel más importante en la ganadería, algo que escandalizó a numerosos observadores no nativos. Un visitante afirmó que «el matrimonio entre los comanches es una compra que hace el hombre, no un contrato entre dos individuos». Era una miope observación, si bien ilustraba el modo en que una nación indígena se reinventaba en imperio, con el trabajo femenino como motor [19].



Pintura de George Catlin (1834). En ella pueden verse soldados comanches a caballo acudir al encuentro de dragones de Estados Unidos. Los primeros se sitúan entre los estadounidenses y su asentamiento de tipis, que impone un estricto control fronterizo para mantener a enemigos y patógenos alejados del territorio comanche. Smithsonian American Art Museum.

Después de años de agitación política y guerra con el imperio español, en 1821, México rompió con España y se erigió en nación independiente. Agustín de Iturbide, líder de las fuerzas realistas, fue proclamado emperador de México. En el norte, se enfrentó a una situación alarmante, donde los comanches habían reducido a Texas a la condición de colonia cliente. La debilidad de Texas parecía abrir la puerta a Estados Unidos, que podía entrar y quedársela. En 1822, Guonique, paraibo de los comanches, fue invitado a la coronación de Iturbide y «él y su séquito fueron agasajados generosamente». En ese momento, los comanches eran los aliados nativos preferidos de San Antonio [20] .

La liberalidad de México compró algunos años de relativa calma.

Sin embargo, a partir de mediados de la década de 1820, los comanches —en alianza con los kiowas— volvieron a marchar hacia el sur en busca de caballos y cautivos. Saquearon Texas, Nuevo México, Coahuila y Chihuahua y sumieron en la inquietud a las autoridades mexicanas, que se sentían impotentes ante «las hordas salvajes que infestan la frontera norte». Los soldados comanches y kiowas convirtieron las colonias septentrionales de México en una vía de paso para sus ejércitos rumbo al sur. El Gobierno mexicano parecía del todo incapaz de proteger a sus ciudadanos, que ahora, en una aplastante mayoría, eran anglo-americanos que llevaban emigrando a Texas desde la década de 1790, atraídos por generosas concesiones de tierras[21].

La capacidad bélica de los comanches alarmó a los texanos y los alejó de la república mexicana, que les parecía débil. A primeros de marzo de 1836, en Washington-on-the-Brazos, delegados de más de cuarenta comunidades texanas cortaron vínculos con México. Sam Houston, el primer presidente de la «república de la estrella solitaria», trató de estabilizar las relaciones con los comanches por medio del comercio, pero en 1838 perdió las elecciones contra Mirabeau B. Lamar, un enemigo acérrimo de los indios. Estos fueron tachados de «negratas de piel roja»[*] y Lamar libró una feroz guerra contra los comanches. En marzo de 1840, un grupo de ellos visitó San Antonio. Llevaban atado a un solitario cautivo blanco. Los comanches tenían cautivos a numerosos texanos y liberar solo a uno los enfureció; los texanos abatieron a 35 comanches a quemarropa en la plaza[*] y en las calles de la localidad. Tras la masacre, Potsanaquahip [Joroba de Búfalo] descendió con sus soldados el valle del río Guadalupe hasta la costa del Golfo, donde saquearon las localidades de Victoria y Linnville, en lo que pasó a ser conocido en el folclore de la frontera texana como la Gran Incursión. Voluntarios texanos emboscaron a los comanches durante la retirada y acabaron con 140 hombres, mujeres y niños.

Esta agresión causó el efecto contrario. Los comanches unieron fuerzas con dos ambiciosos comerciantes de San Luis, Charles y William Bent, y les pidieron que erigieran un puesto comercial cerca de Big Timbers, en el norte de la Comanchería. Fort Bent era enorme, con un bastión amurallado de adobe y dos plantas de altura. En 1840, los comanches, kiowas, cheyenes y arapahoes

establecieron una alianza, la «Gran Paz». Gracias al fuerte y a sus contactos en el este, los comanches expandieron radicalmente su esfera comercial. Lamar perdió las elecciones de 1841 contra Houston, que invitó a los comanches a entablar conversaciones de paz. Para poner nerviosos a los texanos, Potsanaquahip demoró la respuesta. Cuando esta llegó, exigió una línea fronteriza que entregaba a los comanches toda Texas, excepto un cinturón de 200 kilómetros a lo largo de la costa del Golfo. Houston, en el tratado, entregó a los comanches la mitad del territorio texano reclamado. Texas estaba a merced de estos [22] .

Una vez reducida Texas, los comanches pudieron remodelar el sudoeste conforme a sus necesidades. Fort Bent pasó a ser el ancla del norte del imperio comanche y sus aliados. Era un vital punto de suministro donde las cuatro naciones de la Gran Paz obtenían armas, munición, caballos, herramientas de metal, mantas y otros bienes. Muy pronto, la Comanchería rebasó sus límites. Los rebaños caballares de los cuatro aliados excedieron la capacidad de sostenimiento de la Comanchería, lo cual conllevó una difícil decisión: reducir los rebaños o volver a expandirse. Los comanches no buscaban la guerra, pero tampoco podían aceptar hatos menos numerosos: el poder comanche, individual y colectivo, se basaba en la riqueza equina. Los comanches marcharon al sur y fueron a la guerra con México para conseguir monturas, pastos y cautivos. Las expediciones, que siempre habían sido una empresa de importancia, estaban a punto de convertirse en una industria. Los comanches llevaron a decenas de cautivos mexicanos a la Comanchería para cuidar de sus crecientes caballadas. La esclavitud devino una relevante institución en el mundo comanche, aunque no estaba estructurada ni gestionada de manera rigurosa. Un elevado número de esclavos acabó siendo adoptado en las casas comanches. Los llamaban kwuhupus, «mis cautivos» [23] .

La zona de concentración de las operaciones con destino a Texas y México era Big Spring, un estanque de aguas artesianas situado cerca del nacimiento del Colorado. Desde allí, dos líneas troncales conducían a los ejércitos indígenas hasta el río Bravo, donde ambas líneas se bifurcaban en cuatro, que llevaban al interior de México. Hacia mediados de la década de 1840, los contingentes comanches

operaban en los trópicos mexicanos y sus expediciones parecían migraciones estacionarias. Su destino principal era el Bolsón de Mapimí, una vasta cuenca desértica cuyos arroyos no discurrían hacia el mar, sino hacia el centro de la meseta, donde nutrían una rica vida animal y vegetal. El Bolsón se convirtió en una colonia comanche autosuficiente sobre suelo extranjero. «En las estaciones de otoño e invierno —escribió un visitante estadounidense, los comanches— disfrutaban de la posesión ininterrumpida de una amplia extensión del país, desde donde hacen sus incursiones al corazón de México». Los mexicanos pensaban que los comanches estaban liderados por «capitanes» y «generales» que imponían una estricta disciplina. No estaban muy desencaminados: «Cuando marchan en formación de guerra —comentó un segundo observador —, exploradores y espías cabalgan por delante y luego viene el jefe de la tribu al frente de su pueblo, con las mujeres detrás. Si el enemigo lanza un ataque sorpresa contra un campamento en ruta, las mujeres defienden a su progenie, en caso necesario con arcos y cuchillos, y pelean hasta la muerte si no pueden huir». El expansionista Partido Demócrata estadounidense soñaba con incluir Sonora en Estados Unidos, pero fueron los comanches y los kiowas quienes hicieron realidad semejante ambición, aunque de forma no permanente.

Entre 1834 y 1847, los comanches y sus aliados kiowas emprendieron más de 40 grandes expediciones al interior de México, cada una de ellas de un mínimo de 100 soldados. Los wichitas siguieron su estela y lanzaron incursiones contra los agresivos texanos, en busca de caballos, cautivos y venganza y, al noroeste, los chiricahuas y los tohono o'odham empezaron a adentrarse en México. La experiencia de la reserva de los apaches de paz fracasó; para los chiricahuas, las incursiones de largo radio de acción era un medio de adquirir cautivos y también de huir de la agresión de comanches y kiowas. Los chiricahuas marchaban al sur desde sus bastiones desérticos y gracias al uso que hacían del terreno escarpado era difícil dar con ellos y derrotarlos. Muy pronto, Sonora y Chihuahua peligraron. Los asaltos apaches dividieron dos estados mexicanos: Chihuahua solía permitir a los apaches atravesar su territorio sin oposición en dirección a Sonora. Los apaches «despoblaron nuestras fronteras», se quejó con

desesperación José Aguilar, gobernador de Sonora. Parece haber cierta dosis de envidia en su reporte acerca de las aldeas de los papagos gileños de Sonora, las cuales «están bien agrupadas, casi con profesionalidad militar, para facilitar su defensa contra el apache». Las autoridades texanas consideraban que los comanches veían a los mexicanos como «los guardianes de su ganado y la nación de la que obtienen esclavos». En un mundo donde el poder dependía de la riqueza equina, tal cosa era verdadera opulencia [24] .

Los comanches saqueaban México por sus bienes móviles —caballos y cautivos—, aunque, a un nivel más profundo, buscaban ahorrar energía, pasto y mano de obra. México se convirtió en una válvula de seguridad ecológica: cada persona y cada caballo que los comanches llevaban con ellos conservaba los cruciales recursos naturales de la Comanchería. Con cada caballo hurtado, los comanches obtenían algo más que el propio animal; también extraían los años de trabajo y millones de calorías empleadas en haber criado el animal hasta la madurez. Por medio del pillaje, los comanches impusieron, entre la Comanchería y México, una división desigual del trabajo y del intercambio ecológico [25] .

Las expediciones también contribuyeron a crear nuevas conexiones. El flujo en dirección norte de la riqueza mexicana permitió a los comanches expandir sus redes comerciales. Estos entablaron contacto en el Territorio Indio del oeste con los indios deportados del sudeste. Al principio hubo violencia, pero los cheroquis se adaptaron con rapidez a la nueva situación; reconstruyeron dinámicas comunidades que disponían de granjas, plantaciones, minas de sal, transbordadores, tiendas mercantiles y 126 escuelas públicas. Los cheroquis entraron en una «edad dorada». Una vez los comanches forjaron vínculos mercantiles con los indios reubicados del sudeste, el comercio comanche en el Territorio Indio se disparó gracias a los prósperos cheroquis. En las fronteras de la Comanchería y del Territorio Indio, entraron en contacto dos de las naciones indígenas más influyentes del continente [26] .

Potenciados por nuevos establecimientos comerciales, los comanches alcanzaron su apogeo en la década de 1840. Es posible que, en esa época, uno de cada diez nativos americanos fuera

comanche. Los estadounidenses lo ignoraban y, aun en caso de haberlo sabido, no se lo habrían podido explicar. Su red de sendas guerreras se extendía sobre todo en dirección sur y cubría la mayor parte de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí. Habían convertido enormes áreas de México en una Gran Comanchería, un paisaje extractivo imperial en suelo extranjero. Los comanches encontraban muy poca resistencia por parte de los soldados mexicanos. En Tamaulipas, las aldeas solicitaban quedar exentas del servicio militar. Los funcionarios mexicanos, en pánico, empezaron a pagar a locales y a mercenarios a cambio de cabelleras apaches. Era un negocio preciso: solo se aceptaban cueros cabelludos con las dos orejas. Saltillo, Chihuahua y Coahuila empezaron a pagar tributo a los comanches para sobrevivir y se convirtieron en estados clientes. Durante su viaje de retorno al norte, los comanches vendían de forma regular parte de su botín animal y humano en Nuevo México, a cambio de armas de fuego y bienes manufacturados. La marea comanche fragmentó la república mexicana en numerosas pequeñas entidades, cada una ocupada en sobrevivir. Las campañas comanches, que apenas hallaban oposición, alcanzaron el cenit en 1846 y 1847; cada año entraba en México más de un millar de soldados. La de 1846 atacó la ciudad de Querétaro, a solo 217 kilómetros al norte de Ciudad de México. Tal era la ambición, poder y empuje de los comanches que su imperio irrumpió desde el continente norteamericano y entró en Mesoamérica[27].

Los comanches eran un imperio con una diferencia. Abarcaban un gran territorio, pero gobernaban con ligereza; querían recursos y lealtad, no sometimiento incondicional o uniformidad. Permitían a las colonias españolas y mexicanas mantenerse como entidades en teoría independientes, aunque sometidas en lo económico, de las que extraían recursos sin agotarlas por completo. Al ser nómadas, no querían control directo sobre las sociedades extranjeras; al contrario, buscaban acceso a los recursos extranjeros —caballos, ganado y cautivos— que, en cierto modo, ocupaban el lugar de los bienes inmuebles. Los comanches convirtieron la movilidad en una estrategia imperial, que empleaba caballos para comprimir tiempo y distancia, así como acercar recursos remotos al tiempo que limitaban la violencia. Al igual que el emergente imperio lakota, el

suyo era un imperio cinético. Vistos desde los observatorios urbanos de Nuevo México, Texas o Zacatecas, los comanches estaban en todos y en ningún lugar y alternaban entre diferentes actividades, que fusionaron en una economía proteica de violencia que dejó expuestos a los colonizadores. La supremacía comanche no radicaba en el control territorial, sino en la capacidad de conectar nódulos económicos y ecológicos de vital importancia: corredores comerciales, valles fluviales cubiertos de pastos, aldeas campesinas productoras de grano y capitales coloniales pagadoras de tributo. Los comanches, con su ética imperial diferente a la de Estados Unidos y las naciones europeas en el continente, representaron la cúspide del poder indígena en Norteamérica.

Capítulo 28

El escudo lakota

Mientras los comanches proyectaban su poder muy dentro de México, los estadounidenses no se ponían de acuerdo en el modo de expandir su república. En 1836, emigrantes anglo-americanos propietarios de esclavos y tejanos de élite —habitantes de origen étnico mexicano— establecieron una alianza de conveniencia y se separaron de México. El presidente Antonio López de Santa Anna marchó a San Antonio con 6000 soldados y atacó El Álamo, la vieja misión franciscana defendida ahora por texanos. Mataron a 200 defensores, pero, poco después, sufrieron una aplastante derrota contra las fuerzas estadounidenses. Texas se convirtió en una república independiente, aunque no quería seguir siéndolo: la amenaza comanche era demasiado grave. El presidente James K. Polk siguió con su agenda expansionista y propuso anexionar todo el País de Oregón en disputa y poner fin así a la ocupación conjunta británico-estadounidense del territorio. En vigor desde 1818, esta había alimentado constantes disputas. Gran Bretaña rechazó de plano el ofrecimiento. En ese momento, la campaña mexicana ya se había iniciado, de modo que, en el verano de 1845, Polk propuso anexionar solo la parte de Oregón situada por debajo del paralelo 49. No obstante, entre la anexión de Texas en 1845 y la cesión mexicana, Estados Unidos incrementó su territorio en un 66 por ciento en menos de tres años.

En ese momento, Estados Unidos era una nación imperial que veía a pueblos y lugares como piezas que podía mover sobre el mapa. El periodista John Louis O'Sullivan captó el espíritu de la época: en un célebre pasaje, animó a los estadounidenses a asumir la misión, que Dios les había dado, de propagar la democracia y civilizar pueblos inferiores. Tal cosa, insistió, era el «destino manifiesto» de Estados Unidos. México, «imbécil y distraído», estaba destinado a perder California, argumentó, soslayando el hecho de que el mismo

Estados Unidos estaba distraído y cada vez más dividido por la crisis de la esclavitud. Numerosos estadounidenses abogaban por la expansión, pero no estaban unificados: muchos sureños aspiraban a un imperio esclavista de base caribeña, mientras que los norteños deseaban Hawái y Canadá. Algunos pretendían anexionar todo el hemisferio occidental [1] .



Mapa 9: Texas rodeada de indios a mediados del siglo XIX.

En febrero de 1848 tuvo lugar en la Casa Blanca un acto más realista, aunque no menos cínico. El presidente Polk examinaba mapas con su gabinete con el fin de determinar cuánta extensión de México debían absorber. Estados Unidos declaró la guerra a la república mexicana en abril de 1846 y ganó, según lo esperado, con facilidad. En vísperas de la contienda, buena parte del norte de México estaba en ruinas: los efectivos estadounidenses habían marchado al sur siguiendo los pasos de comanches, kiowas y

apaches, que habían convertido grandes extensiones del corazón de México en un mundo de economía débil, fragmentado en lo político y devastado en lo psicológico, maduro para la conquista. Los oficiales estadounidenses sobre el terreno consultaron a soldados comanches que todavía estaban saqueando México; capitalizaron su experiencia en someter y matar mexicanos. Por más diferentes que fueran los dos imperios, la expansión estadounidense en el norte de México fue heredera directa del poder comanche [2] .

Polk y su ejecutivo aprovecharon de inmediato la debilidad mexicana. La franja del río Nueces y la bahía de San Francisco eran un botín obvio, que situaba la frontera septentrional de México en el paralelo 37 norte. La verdadera cuestión era la frontera meridional. Algunos querían situarla en el paralelo 25 norte, que resultaba ser el límite sur del alcance comanche. Polk, por encima de todo, quería la costa californiana; algunos de sus asesores querían todo México. Sin embargo, este aún no había formalizado su rendición, de modo que, en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en 1848, Estados Unidos solo tomó la Alta California y Nuevo México. La cesión mexicana sumó un total de 1,3 millones de kilómetros cuadrados e incrementó el tamaño de Estados Unidos en un 15 por ciento. Con la pérdida de Texas, la república mexicana cedió la mitad de su territorio. De un plumazo, el lejano norte mexicano pasó a ser el sudoeste estadounidense. Pese a ello, el temor a los comanches persistió. Entre 1849 y 1852, el Ejército estadounidense, desbordado, construyó ocho fuertes militares en la frontera oriental de la Comanchería para mantener lejos a los comanches y volverlos hacia el interior. Los texanos sentían terror a los comanches. Tenían motivos para ello: el Gobierno mexicano les estaba solicitando que se unieran a una guerra contra Estados Unidos [3] .

El estallido expansionista de Estados Unidos —potenciado en extremo por el ascenso del capitalismo— fue un momento sombrío para muchos nativos americanos en el oeste. La mitad occidental del continente seguía siendo indígena en su aplastante mayoría, lo cual era inaceptable para Polk y la mayoría de estadounidenses, que querían acceso sin trabas a California y a su oro, su fértil suelo y sus conexiones en el Pacífico. El Gobierno estadounidense creía que tratados y reservas habían pacificado a los indios, así como

asegurado su dominio de océano a océano. Pero era una ilusión. La burocracia federal no estaba en absoluto preparada para gestionar a decenas de miles de indios que vivían lejos de los asentamientos estadounidenses. A la mayoría de naciones nativas se les asignaba un solo oficial estadounidense encargado de supervisar las anualidades del ejecutivo, su proceso de «civilización» y su futura absorción, como pueblos reformados, en el organismo político estadounidense.

Aprovechando la rudimentaria gobernanza estadounidense sobre tierras indias, especuladores, colonos, ladrones de madera, vendedores de *whisky* y otros oportunistas se adentraron en las reservas. En la recién adquirida California, los blancos se centraron primero en marginar a los indios y después en matarlos. Los agentes estadounidenses deportaron todos los nativos americanos que pudieron a pequeños campos de concentración. El suelo, inmensamente fértil y veteado de oro, era demasiado bueno para los indios. La situación llegó a un punto crítico en 1847, en el valle del río Walla Walla, un afluente del Columbia. Los indios cayuses, contrariados por las prácticas comerciales injustas y el creciente tráfico de la ruta de Oregón, creyeron que los misioneros que trabajaban entre ellos, Narcissa y Marcus Whitman, los estaban envenenando. Los cayuses atacaron la misión, asesinaron a 14 personas y e hicieron 53 prisioneros. Los estadounidenses respondieron con una matanza caótica e indiscriminada. Se desencadenó un genocidio, con centenares de masacres locales, secuestros, asesinatos y violaciones que dejaron una cifra de muertos sobrecogedora: entre 9492 y 16 094. El genocidio coincidió con epidemias: primero el sarampión y luego la viruela. En 1846, había 150 000 indios californianos. En 1860, apenas quedaban 35 000 [4] .

En un notable contraste con la agresión homicida de California, la Compañía de la Bahía de Hudson [Hudson’s Bay Company], una enorme sociedad anónima mercantil que reivindicaba la propiedad de las tierras situadas entre las Rocosas y la costa oeste, entabló en 1851 relaciones comerciales con los makahs de la bahía de Neah, cerca del estrecho de Puget. Dos años más tarde, el Congreso estadounidense organizó el Territorio de Washington y empezaron a

llegar colonos, lo cual amenazaba la soberanía makah. Estos se adaptaron a la invasión de colonos con la firma del Tratado de la bahía de Neah, en 1855, al tiempo que dejaban claro que castigarían a todo aquel que violara su soberanía. Se consolidó un delicado terreno común, con ayuda de ambiciones contrapuestas: los estadounidenses pretendían acceder a los monumentales bosques del noroeste, mientras que los makahs querían acceso al mar y sus recursos. Para ellos, el control de los espacios marítimos era mucho más importante que el control de la tierra. El mar era, y es, «su país». El tratado permitió a los makahs mantener sus vitales derechos de pesca hasta mediados del siglo XX[5].

Un año antes del Tratado de la bahía de Neah, y 2400 kilómetros al este, un lakota minneconjou, Frente Alta [High Forehead] mató en la ruta de Oregón a una vaca extraviada propiedad de un emigrante mormón. El teniente John Grattan, un enemigo jurado de los indios, lo aprovechó para «ir a por los siux». Se jactó de que postraría de rodillas a los lakotas con 30 hombres. Estos, para evitar derramamientos de sangre, advirtieron a los estadounidenses de que podían «derrotar con facilidad todo destacamento o contingente que enviaran contra ellos». Grattan entró en una aldea lakota con 29 hombres y dos cañones. Los lakotas rehusaron negociar y Grattan disparó sus piezas, aunque falló el blanco. Los lakotas liquidaron a todos los soldados estadounidenses. Lo que Estados Unidos denominó la masacre de Grattan reveló profundas deficiencias en su política india: era caótica, corta de miras, racista y propensa a la provocación. Apenas tres meses antes, el Congreso había aprobado la Ley de Kansas-Nebraska, que permitía a los emigrantes estadounidenses reclamar grandes extensiones de suelo en estos territorios por medio de la doctrina de la «soberanía popular» y redactar sus propias leyes sin supervisión federal[6].

Los lakotas fueron a la guerra y asaltaron caravanas de inmigrantes y patrullas del Ejército estadounidense en el valle del Platte. Al mismo tiempo, en el sur, los cheyenes, arapahoes, utes y tres divisiones de los apaches —jicarillas, mescaleros y chiricahuas— emboscaron a colonos en la ruta de Oregón, que bordeaba sus territorios. En apenas cinco años, el plan federal de sometimiento de la América indígena quedó hecho añicos. Sin embargo, Estados Unidos ya no era la misma nación que lakotas, cheyenes y otros

habían conocido antes de la Guerra México-Estados Unidos. Ahora, poseía enormes territorios muy al oeste y estaba decidida a pacificar las tierras intermedias. Con objeto de someter a los lakotas, el Departamento de Guerra envió al general William Harney, el combatiente más destacado de las contiendas indias, que persiguió a piratas en Luisiana y diseñó las tácticas de guerra fluvial que ayudaron a vencer a los seminolas de Florida. Harney marchó contra los lakotas con 600 hombres, esto es, la décima parte del contingente regular de la nación. El 2 de septiembre de 1855, celebró unas conversaciones insustanciales con líderes lakotas y cheyenes en Ash Hollow, en el curso inferior del Platte Norte. El golpe llegó a la mañana siguiente, en mitad de un segundo parlamento. Los dragones de Harney impusieron un combate fluido y rápido que se prolongó 8 kilómetros. Fueron masacrados 86 lakotas y cheyenes. Harney, sin embargo, consciente del poder de los lakotas y su soberbia movilidad, aceptó un tratado que ratificaba el *statu quo* [7] .

La masacre de Harney solo endureció la resistencia lakota. En 1857, todas las oyátes lakotas se reunieron cerca de Bear Butte, en el extremo norte de Pahá Sápa, para decidir el modo de mantener a los estadounidenses fuera de su mundo. Los debates se prolongaron varios días, hasta que se alcanzó un consenso. Los estadounidenses tendrían autorización para viajar por el Platte y remontar el Misuri con sus barcos, pero todas las tierras al norte y oeste les estaban vetadas. Solo los comerciantes podrían entrar en territorio de los lakotas. Estos sabían que Pahá Sápa contenía ricas vetas auríferas y también conocían la sed de oro de los estadounidenses. Decretaron que se ejecutara a todo indio que informara a los estadounidenses de la presencia del oro. Los lakotas se estaban haciendo fuertes en Pahá Sápa. Habían aprendido a formar rebaños de bisontes, un animal notoriamente difícil de pastorear, lo cual les garantizaba una fuente fiable de alimento en el corazón de su imperio [8] .

Los lakotas no fueron los únicos que resistieron los avances de Estados Unidos. En 1857, los soldados perro, miembros de una nueva y belicosa división cheyene de las llanuras centrales, se enfrentaron al coronel Edwin Sumner, jefe del 1.º de Caballería, que iba a atacarlos. Los soldados perro amenazaban el acceso estadounidense al oro occidental, algo del todo inaceptable para el

Gobierno y el Ejército de Estados Unidos. El contingente de Sumner quemó 200 cabañas y mató a varios soldados perro. Dos años más tarde, Thomas Twiss, agente para los lakotas, cheyenes y arapahoes de la Oficina de Asuntos Indígenas, informó a esas naciones de que el bisonte «había sido destruido del todo» y que el presidente estadounidense «enviaría a familias blancas a construir casas y establecerse en granjas en estos valles». Los soldados perro reivindicaban el dominio soberano sobre la mitad occidental de las llanuras centrales situadas entre los ríos Arkansas y Platte, un refugio seguro, garantizado por medio de treguas, tratados y política de parentesco. Mientras el gobierno cheyene, el Consejo de los Cuarenta y Cuatro, se centró en preservar la paz, los soldados perro fueron a la guerra para mantener intacto su mundo. Rechazaban a los comerciantes estadounidenses y, si les ofrecían bienes, los quemaban. Los lakotas sicangus y oglalas, junto con los kiowas, solían unirse a los asaltos de los soldados perro contra los convoyes de colonos y buscadores de oro y expandieron la alianza hasta cubrir buena parte del centro y norte de las llanuras. Las mujeres de esas naciones contrajeron matrimonios exógamos, con lo que crearon una amplia red de parentesco que reforzó la alianza militar [9] .

Los navajos también se defendieron de las incursiones estadounidenses. En el otoño de 1858, los soldados estadounidenses, en una torpe campaña, invadieron el cañón de Chelly, «sede del poder supremo de la tribu de los navajos». Estos respondieron en abril de 1860 con el envío de casi un millar de soldados a atacar Fort Defiance, el puesto estadounidense más al oeste dentro del Territorio de Nuevo México. La batalla finalizó en tablas, lo cual era sintomático: el Ejército de Estados Unidos estaba reaccionando a los acontecimientos, en lugar de imponerlos, con desastrosos resultados. Los navajos siguieron golpeando a las columnas del Ejército estadounidense y rechazando a los efectivos, que, a su vez, daban caza a caballos y ovejas para destruir la economía pastoril de los navajos. Al mismo tiempo, apaches coyoteros asaltaron ranchos estadounidenses en el valle del Sonoita. Tras hallar escasa resistencia, escaparon llevándose bueyes.

A principios de 1861, las autoridades estadounidenses convocaron al célebre líder chiricahua Cochise a un encuentro en un campo

cercano al paso Apache, entre las sierras de las Dos Cabezas y Chiricahua. Para indignación de los apaches, los estadounidenses acusaron a Cochise de los ataques contra los ranchos y lo capturaron. Lo metieron en una tienda, pero este la rasgó y escapó. Estaba decidido a combatir a los estadounidenses todo el tiempo que fuera necesario hasta derrotarlos. Aún peor: efectivos estadounidenses atacaron un bastión chiricahua en el paso Apache. Fue la chispa que prendió una contienda esporádica con los chiricahuas que se prolongó veinticinco años. Los chiricahuas de Cochise pasaron a la ofensiva y ampliaron sus operaciones muy al interior del oeste. El Ejército de Estados Unidos estaba desbordado por la multiplicación de conflictos contra las naciones indígenas, en un momento en que la guerra civil parecía más inevitable cada día que pasaba. En Texas, según un nervioso oficial, «toda la frontera ansía emprender expediciones contra los comanches» [10] .

El Territorio de Minesota, establecido en 1849, experimentó un crecimiento explosivo. Menos de una década después de su creación, albergaba a 150 000 colonos. Las oyátes dakotas cedieron sus campos de cultivo más ricos junto al río Minesota, a cambio de una reserva y cincuenta pagos anuales. Cuando, en 1858, Minesota se convirtió en un estado, el tratado de 1849 se reveló una ilusión. Con el hambre como arma, los funcionarios de Washington obligaron a los itȟáŋčhaŋs dakotas a firmar un tratado que cedía a Minesota la porción más fértil de su reserva. Un mandato federal asignó a un reducido grupo de comerciantes estadounidenses la gestión de los pagos anuales de los dakotas, pero estos desfalcaron la mayor parte de los fondos. A partir del momento en que los colonos alemanes empezaron a adentrarse en sus tierras, los dakotas se dispusieron a combatir bajo la sombra de la Guerra de Secesión. El líder dakota Cuervo Pequeño, en un aparente último intento de evitar el derramamiento de sangre, pidió ayuda al comerciante Andrew Myrick. Este rehusó y respondió, por medio de un intérprete, «en lo que a mí respecta, si tienen hambre, que coman pasto». Los dakotas fueron a la guerra y Myrick fue el primer objetivo. Hallaron su cabeza cercenada. Tenía la boca llena de hierba [11] .

Los dakotas estaban empeñados en un combate por la

supervivencia. Sus soldados operaban a lo largo del río Minesota, donde masacraron animales domésticos, incendiaron granjas, capturaron rehenes y eliminaron a unos 500 colonos. El general John Pope, que acababa de perder la batalla de Bull Run, en la cual cayeron muertos, heridos, capturados o desaparecidos más de 15 000 soldados bajo su mando, trató de redimirse mediante el exterminio de los dakotas. Negó su humanidad, pues declaró que «se les debe tratar como a maníacos o bestias salvajes». Los dakotas, en un intento de aplacar a los estadounidenses, liberaron a 269 cautivos. El gesto no sirvió de nada. Pope encarceló en Fort Snelling a casi 2000 mujeres, niños y hombres dakotas. Fueron juzgados 400 por atrocidades contra personas blancas. Tribunales militares improvisados condenaron a muerte a 303, pero Abraham Lincoln solo autorizó la ejecución de los culpables de violaciones o masacres. El 26 de diciembre de 1862, en la localidad fronteriza de Mankato, 38 dakotas y personas birraciales fueron escoltadas a una plataforma desmontable. Les pusieron una soga al cuello y los colgaron. Ese mismo año, el Congreso aprobó la Ley de Asentamientos Rurales, que asignaba a cada ciudadano estadounidense la propiedad de 160 acres [64 hectáreas] de tierra federal al oeste del Misisipi, un acelerador de la desposesión indígena[12].

Las detenciones y ejecuciones en masa eran una advertencia: las naciones indígenas se enfrentaban ahora a un monstruo administrativo capaz de infligir un daño enorme. Los ahorcamientos, la anulación de tratados y el descarnado odio étnico impulsó a los Očhéthi Šakówiŋ, los Siete Fuegos de Consejo —la alianza siux— a rebelarse. Como imperio, los lakotas constituían la punta de lanza de la resistencia siux. Aliados con cheyenes y arapahoes, los lakotas se enfrentaron a los soldados invasores en un vasto teatro bélico que iba desde los ríos Rojo y Minesota al este y el Pequeño Misuri al oeste. Inkpáduta, un dakota wahpekute, reunió, junto con los líderes hukpapas Toro Sentado [Sitting Bull] y Gall, un contingente de 1600 jinetes que avanzaron veloces de objetivo en objetivo, manteniendo en la incertidumbre a las tropas estadounidenses. El primer choque tuvo lugar en los espesos bosques de las montañas Killdeer, al norte del río Pequeño Misuri. Para los lakotas fue «el primer combate con hombres blancos». Pese

a que el Ejército de Estados Unidos fue desbaratado, los estadounidenses clamaron victoria[13].

El modo siux de hacer la guerra seguía una lógica desconocida para los estadounidenses, que se limitaban a tratar de matar indios. Por el contrario, para los lakotas, todo combate que no se saldara con una gran pérdida de vidas de su bando incrementaba sus posibilidades de vencer. Los estadounidenses operaban en un entorno extraño, donde tenían dificultades para subsistir, y las maniobras lakotas los alejaban más y más de sus fuertes. Con el tiempo, los indios aliados atrajeron a los estadounidenses a los yermos del Pequeño Misuri, un laberinto seco y rocoso en el que podían eliminar a un soldado tras otro desde alturas y cañones laterales. El Ejército de Estados Unidos no solo fracasó en su intento de someter a los lakotas; también se había creado un enemigo al que no podía enfrentarse. En el verano de 1864, los jinetes lakotas, cheyenes y arapahoes atacaron a los estadounidenses —soldados, viajeros, buscadores— a lo largo de una enorme zona de guerra que se extendía desde Minesota a las Rocosas, que, en su mayor parte, seguía sin cartografiar. El coronel John Chivington, en su frustración, asaltó una aldea cheyene pacífica en Sand Creek con 700 Voluntarios de Colorado. Asesinaron a más de 150 personas, en su mayor parte mujeres, niños y ancianos. Un soldado mató a una mujer encinta, le abrió el vientre y le arrancó la cabellera al feto; otros se adornaron con despojos humanos. Cuando le preguntaron acerca de esta brutalidad, Chivington repuso impasible: «Las liendres crían piojos». Poco después, efectivos estadounidenses atacaron a los shoshones en Utah sin autorización oficial y acabaron con más de 200 personas. No fue la primera masacre sufrida por los shoshones a manos de los estadounidenses. Desde el punto de vista indígena, la Guerra de Secesión se parecía cada vez más a una contienda imperial[14].

Durante el periodo entre los incidentes de Mankato y Sand Creek, Estados Unidos se convirtió en un régimen genocida. A principios de 1865, cheyenes, arapahoes y lakotas tomaron represalias: prendieron fuego a casi todos los ranchos, estaciones de postas y asentamientos en el curso del Platte Sur. Los lakotas también atacaron vapores y fuertes no autorizados en el curso superior del Misuri y advirtieron de que «destruirían a todos los blancos en el

país». Con la Guerra de Secesión aún en marcha, el Departamento de Guerra, por fin, aceptó que no era posible una solución militar a la crisis. Las autoridades estadounidenses propusieron conversaciones de paz, con la esperanza de reconstruir a las naciones ecuestres. Sin embargo, mientras se negociaban tratados a lo largo del Misuri, el Departamento de Guerra empezó a levantar fuertes al norte del Platte, a lo largo de la ruta Bozeman, en el verano de 1866: se había descubierto oro en el Territorio de Montana. Nube Roja [Red Cloud] un célebre portador de camisa de los oglalas, se erigió en el líder de la resistencia, junto con Temen Incluso a sus Caballos, un destacado caudillo civil de la misma nación. Los soldados lakotas, cheyenes y arapahoes hostigaron de forma sistemática a las tropas estadounidenses que construían los fuertes a lo largo de la ruta expuesta. Sin embargo, estos no se marcharon, de modo que Nube Roja se preparó para la guerra.

En diciembre de 1866, el capitán William J. Fetterman anunció, al parecer, que recorrería a caballo toda la nación siux con 80 hombres. Cuando Fetterman emprendió su ataque, Caballo Loco [Crazy Horse], portador de camisa y lúcido táctico, formuló su plan de batalla. Comandó un grupo de señuelo que atrajo a Fetterman y a sus 81 soldados a una trampa, un alto cerro próximo a Fort Kearney. Allí, los aliados indios convergieron sobre las fuerzas estadounidenses y mataron hasta el último de ellos en un duro y fluido combate móvil. «Mataron a 100 hombres blancos en Phil Kearney [Fort Kearney]», explica el relato de invierno oglala de ese año. Más tarde, cuando los estadounidenses inspeccionaron el campo de batalla, hallaron orejas, narices, dientes, dedos, manos y pies colocados sobre las rocas. Era una advertencia, proclamada por el imperio lakota[15].

Los lakotas y sus aliados habían ganado lo que se conoció como la Guerra de Nube Roja. Estados Unidos propuso conversaciones de paz, ahora como el bando derrotado. En abril de 1867, enviados estadounidenses contactaron con los lakotas. Nube Roja esperó a que todos los fuertes de la ruta Bozeman estuvieran desmantelados antes de acordar un alto el fuego. Los estadounidenses estaban negociando desde una posición de debilidad y el Tratado de Fort Laramie de 1868 así lo refleja. Reconocía la hegemonía lakota en las Grandes Llanuras septentrionales, transfirió decenas de miles de

kilómetros cuadrados que habían pertenecido a otras naciones nativas y concedía a los lakotas unos generosos privilegios de caza fuera de la Gran Reserva Siux, que cubría unos 125 000 kilómetros cuadrados. Además, el tratado designaba las tierras al este de las montañas Bighorn y al norte del Platte Norte «territorio indio no cedido», si bien no definía el límite septentrional de este territorio no cedido, lo que dejaba la puerta abierta a una futura expansión lakota [16] .

En octubre de 1867, los cheyenes, liderados por Caldero Negro [Black Kettle] firmaron el Tratado de Medicine Lodge con los representantes estadounidenses. Apenas un mes más tarde, el teniente coronel George Custer, ardiendo de ambición, asaltó la aldea de Caldero Negro junto al río Washita y mató a docenas de soldados, mujeres y niños. La política india de Estados Unidos era, a la vez, torpe, agresiva e incompetente, pues enredó a la nación en contiendas innecesarias que solo debilitaban su autoridad en la crucial sección central del continente. En conjunto, fue un enorme error de cálculo que, de inmediato, atormentaría al Ejército estadounidense. Las praderas centrales se volvieron peligrosas para los estadounidenses y, muy pronto, un funcionario de Estados Unidos se quejó de que los kiowas y comanches «han causado gran parte de este mal. Aun así, seguiré esforzándome por prevenir estos actos de violencia». Los estadounidenses se estaban granjeando demasiados enemigos [17] .

A principios de la década de 1870, los lakotas se dedicaban a robar caballos en el país de los indios cuervos, adquirir armas y munición a mercaderes metis de Canadá y, lo más urgente, buscar bisontes. Bajo la intensa caza comercial de estadounidenses e indios, los rebaños menguaban con rapidez, lo que impulsó a los lakotas a expandir su imperio. Avanzaron al mismo tiempo hacia Canadá y muy al sur, donde volvieron a chocar con los pawnees. Sin embargo, su principal empuje fue en dirección oeste. Allí, mantuvieron al Ejército de Estados Unidos alejado del País del río Powder y extendieron su imperio hasta el río Little Bighorn. Tacharon al presidente estadounidense de «perro y blanco necio, sin ojos ni cerebro», dado que no parecía saber escuchar. Atemorizados, los agentes estadounidenses empezaron a enviar a los lakotas

mercancías anuales destinadas a los cuervos. Al cabo de poco tiempo, los lakotas dominaban «la mayor parte» de la reserva cuervo, una humillación mortificante para las autoridades estadounidenses [18] .

Los lakotas se mostraban cada vez más incisivos, pero también lo era Estados Unidos. Mientras el Ejército estadounidense combatía a los lakotas, cheyenes, arapahoes y shoshones, el coronel Kit Carson aplicó una presión constante sobre los apaches jicarillas en el curso superior del río Bravo. Los jicarillas respondieron matando ganado para alimentarse y capturando intrusos. En 1863, Carson comandó a los Voluntarios de Nuevo México contra los apaches mescaleros, a los que derrotó y obligó a recluirse en la reserva de Bosque Redondo, en el valle del Pecos. A continuación, se dedicó a reubicar a los navajos. Envió a tres cuartas partes de esta nación a Bosque Redondo, en la «Larga Marcha», que, en realidad, fue una serie de deportaciones. Al igual que el sur y el norte, el oeste también tuvo una era de reubicaciones que se prolongó hasta entrada la década de 1860. Nueve mil navajos fueron hechos prisioneros de guerra y los funcionarios estadounidenses confiscaron 100 000 ovejas en las rancherías de los navajos. Estos pasaron cuatro años de penurias internados cerca de sus enemigos mescaleros y el sudoeste siguió siendo un polvorín. Los utes y los apaches ignoraron sus tratados con Estados Unidos y siguieron saqueando Nuevo México, ahora un territorio de Estados Unidos. En 1868, se creó una Comisión de Paz para Asuntos Indios de amplios poderes con la misión de pacificar el oeste norteamericano mediante la creación de tratados con las naciones nativas. Conmovidos por el sufrimiento de los navajos y alarmados por «el gasto muy grande del gobierno» en el internamiento, los comisionados permitieron a los navajos retornar a su tierra ancestral, Dinétah, en la región de las Cuatro Esquinas, entre sus cuatro montañas sagradas.

La dolorosa experiencia de Bosque Redondo empujó a los navajos a reinventarse en la nación navajo con el fin de presentar un frente unificado a los estadounidenses. A su retorno a Dinétah, los navajos prosperaron casi de inmediato. Resucitaron su economía pastoral de ganadería ovina, caprina y caballar y, hacia 1870, su población alcanzó los 15 000 habitantes. En marcado contraste con la experiencia de los dakotas en Minesota, expandieron su reserva.

Entre 1878 y 1886 cuadruplicaron el territorio navajo en cinco ampliaciones y la nación navaja nunca fue objeto de reparto, la subdivisión forzosa de las tierras comunales. Con cerca de 70 000 kilómetros cuadrados, la reserva Nación Navajo sigue siendo, por un amplio margen, el mayor dominio indígena de Norteamérica.

Mientras los navajos se aseguraban una relativa seguridad, los numerosos grupos apaches siguieron viviendo de su economía tradicional de pillaje, con asaltos a los asentamientos estadounidenses en busca de ganado y cautivos. Los pocos fuertes estadounidenses dispersos por el sudoeste eran impotentes para detenerlos y los atribulados funcionarios estadounidenses empleaban latigazos, captura de rehenes y ahorcamientos. Convirtieron en enemigos acérrimos a caudillos pacíficos como Cochise, Mangas Coloradas y Gerónimo. Este último odiaba a los mexicanos, que habían matado a su esposa, madre y tres hijos en un ataque contra su campamento. Cochise se quejaba de haber vivido quince años esperando que los estadounidenses cumplieran sus promesas.

Al igual que los comanches, los apaches enviaban expediciones guerreras al interior de México, donde tomaban cautivos, robaban comida, atacaban asentamientos y campos mineros, emboscaban a las diligencias del correo y evadían a los efectivos estadounidenses, que tenían dificultades en el terreno desconocido del sur de la frontera. Los funcionarios locales de Estados Unidos carecían de autoridad para negociar tratados vinculantes con los apaches y el Ejército estadounidense era demasiado débil para someter a la descentralizada nación, de modo que los soldados se vieron obligados a dar caza a los apaches según la doctrina de la persecución en caliente. Fue una hiriente humillación para los estadounidenses. En el Tratado de Guadalupe Hidalgo, Estados Unidos acordó impedir las incursiones nativas en el interior de México. Al contrario que los comanches, las numerosas naciones apaches nunca se unieron en una sola alianza o imperio, aunque su organización localizada les resultó útil: sus incursiones continuaron [19] .

Aunque la Guerra de Secesión ya había finalizado de forma oficial, Texas seguía en rebeldía, una humillación más para Estados Unidos. El Estado de la estrella solitaria había combatido tanto a

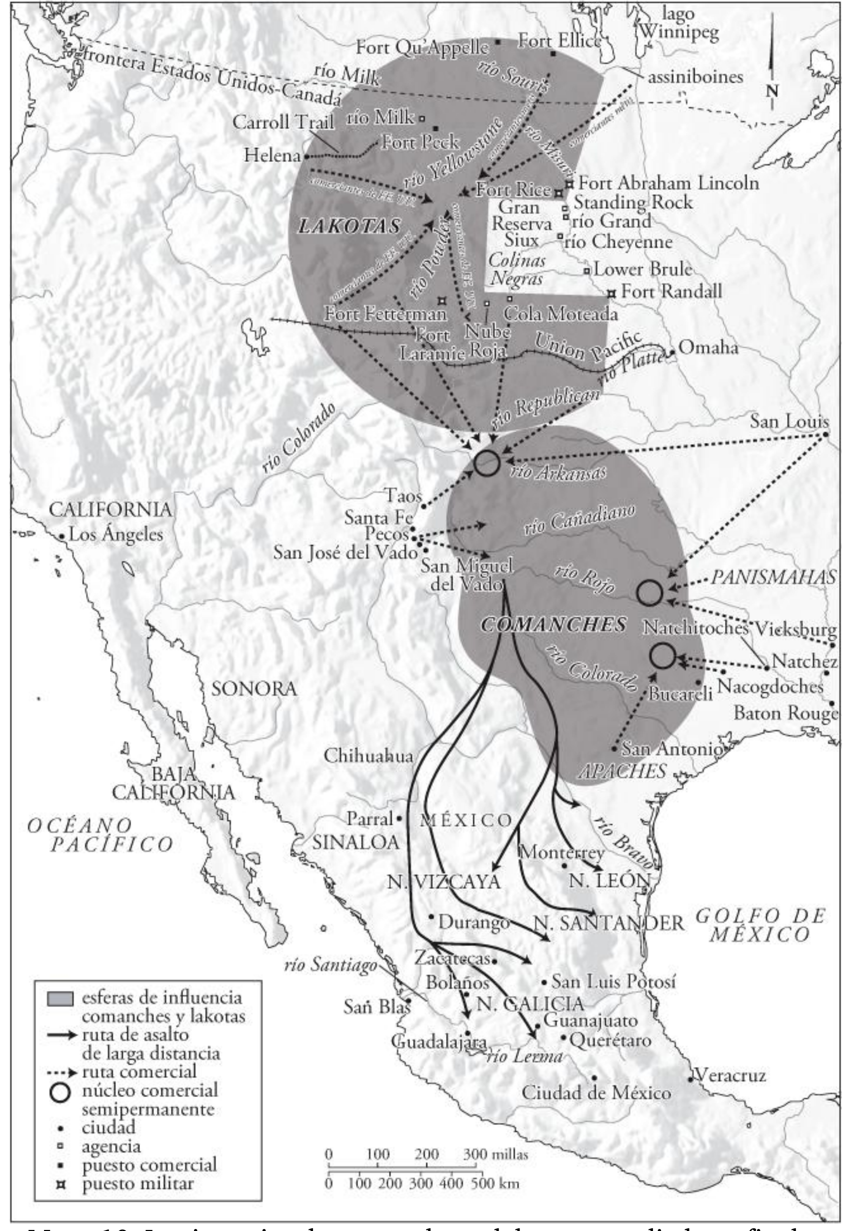
contingentes del norte como a indios y la mayor batalla entre estadounidenses e indios durante la Guerra de Secesión tuvo lugar en Adobe Walls, el puesto satélite de la familia Bent, donde unos 1300 comanches y kiowas, liderados por Quanah Parker, un enérgico caudillo guerrero mestizo, e Isatai, un joven curandero, hicieron huir en desbandada a las tropas de Kit Carson y a sus exploradores utes. Fue el primer choque de importancia de los kiowas contra el Ejército estadounidense. Desesperada por finalizar la lucha, la Comisión de Paz para Asuntos Indios entabló conversaciones de paz con los comanches. Desde el final de la Guerra México-Estados Unidos de 1848, los comanches experimentaron un marcado declive provocado por una sequía catastrófica en las planicies meridionales: la hierba se marchitó y su imperio se desvaneció en el aire. Aprovechando las dificultades comanches, los agentes estadounidenses hicieron una oferta: ceder 360 000 kilómetros cuadrados, aceptar una reserva de 140 000 kilómetros cuadrados en el Territorio Indio, así como permitir la construcción de fuertes militares en la Comanchería a cambio del pago de anualidades. Era un insulto y una traición. Los comanches rechazaron la cesión de tierra, pero firmaron en 1867 el Tratado de Medicine Lodge, que reconocía sus tradicionales privilegios de caza en las llanuras meridionales. Para los comanches, estos privilegios equivalían a propiedad. Aunque reducida, seguían siendo una fuerza que los estadounidenses no podían ignorar. Las autoridades de Estados Unidos esperaban de los comanches que cultivaran cosechas y vivieran en paz: estos hicieron que sus cautivos mexicanos se encargaran de la mayor parte de la labranza. También saquearon a navajos, choctaws, cheroquis y lenapes en el Territorio Indio. Al igual que los iroqueses antes que ellos, incluso en su declive, los comanches todavía podían aterrorizar a los extranjeros e imponer su voluntad[20].

Las autoridades estadounidenses no supieron verlo y el coloso se estrelló, casi a ciegas, contra un muro nómada. La Guerra de Secesión y su sobrecogedora cifra de bajas relegó a los nativos americanos a la condición de amenaza secundaria. Aprovechando el sufrimiento y la distracción del Estado norteamericano, los comanches pudieron recuperarse en paz. El sudoeste, de repente, quedó a su alcance. Los comanches resucitaron su economía de

pillaje y muy pronto tomaron caballos y cautivos por todo Texas y en el interior de México. Hacia finales de la década de 1860, la esfera de influencia comanche se extendía 1200 kilómetros de norte a sur y 800 de este a oeste. Estos vendían a los comancheros un número enorme de vacas de raza longhorn robadas en Texas, con lo que cosecharon enormes beneficios que les permitieron armarse contra los estadounidenses. Un agente de Estados Unidos estimó que los comanches eran «los más salvajes, traicioneros, belicosos y brutales entre todos los indios». Si la gente de la época hubiera situado en un mismo plano a comanches y lakotas, habrían comprobado que estos saqueaban —cada uno por separado— desde los trópicos mexicanos hasta la frontera canadiense [21] .

Las autoridades estadounidenses estaban apagando fuegos por todo el oeste. Después de cuatro siglos de colonialismo, la magnitud del poder indígena seguía siendo abrumadora. Mientras los cheroquis reafirmaban su soberanía contra la arrogancia estadounidense, comanches y lakotas, por sí solos, habían extendido sus dominios sobre un área enorme del continente y buena parte del oeste norteamericano. Al igual que los lakotas de más al norte, los comanches volvían a expandirse, ahora cerca y en el interior del Estado norteamericano. Estados Unidos no consiguió debilitar a los comanches hasta 1872, cuando el ferrocarril Kansas Pacific [Kansas Pacific Railway] permitió a los cazadores profesionales —generosamente financiados por el Ejército estadounidense— matar búfalos a escala industrial y remitir al este los mantos. Las cacerías eran un despilfarro extremo y exterminaron casi por completo a los bisontes de las planicies meridionales. En 1874, Isatai, un joven comanche de fuerte puha —poder sacro— anunció que podía revivir a los muertos y hacer a los soldados comanches invulnerables a las balas, con lo que dio inicio a un movimiento. Estos rituales de predominio masculino permitían a los hombres ganar autoridad, estatus y seguidores cuando iban a la guerra. Los kiowas y cheyenes se unieron al movimiento y las autoridades estadounidenses empezaron a inquietarse. Liderados por exploradores tonkawas, las tropas estadounidenses persiguieron a los comanches hasta el cañón de Palo Duro, donde atraparon a la mayor parte de los 1500 comanches supervivientes. Los estadounidenses no necesitaban matarlos a todos. Se limitaron a

liquidar a sus caballos [22].



Mapa 10: Los imperios de comanches y lakotas a mediados y finales del siglo XIX.

La larga pugna por el oeste norteamericano implicó a poderosas naciones, grandes confederaciones y contiendas interminables libradas por un número enorme de soldados. Los comanches, lakotas, cheyenes y apaches mantuvieron a raya a Estados Unidos durante décadas, en las que protegieron sus propios territorios y, de forma involuntaria, a los de una multitud de naciones nativas más pequeñas. Norteamérica había sido siempre un continente indígena de intensas conexiones, donde cada batalla y cada guerra desencadenó una serie de reajustes: políticos, territoriales, culturales y espirituales. Este dinamismo, por sí solo, sirvió de enorme escudo protector: hizo al oeste indígena indescifrable para los estadounidenses.

El oeste era, en lo fundamental, un reto espacial, de modo que el Ejército estadounidense formuló una solución espacial para el problema. El general Ulysses S. Grant asumió la presidencia en 1869 gracias a su reputación de héroe de la Guerra de Secesión; sin embargo, eligió dar una solución no militar a la cuestión india, que recibió el nombre de «Política de Paz». El ejecutivo de Grant decidió aislar a los indios de los colonos. Para ello, trasladarían a los primeros a reservas fuertemente protegidas y gestionadas por iglesias, que se lanzaron a aprovechar la oportunidad: les ofrecían una sustancial audiencia cautiva. El plan fue un desastre. Las diversas confesiones compitieron por las almas y socavaron una política que debía ser unitaria. Las guerras no solo continuaron, sino que se intensificaron y, muy pronto, el oeste volvió a ser un campo de batalla. El Gobierno tenía que gastar 144 000 dólares diarios para combatir a los indios de las praderas. El general Philip Sheridan observó admirado que «ningún otro ejército en el mundo tiene que mantener en orden una línea tan difícil» y se jactó de que «ninguna otra nación en el mundo habría intentado reducir a esas tribus salvajes y ocupar su territorio con menos de 60 000 o 70 000 hombres, cuando el conjunto del ejército empleado y desperdigado por esta enorme región […] nunca sumó más de 14 000 hombres». Estados Unidos se estaba convirtiendo en una nación imperial sin fronteras [23].

En 1871, una segunda masacre perpetrada en el sudeste de Arizona dejó en evidencia la agresiva, inconsistente y fracasada política india de Estados Unidos. El 30 de abril, a unos 100 kilómetros de

Tucson, una milicia local de estadounidenses, indios tohono o’odham y mexicanos marchó amparados por la oscuridad hacia el cañón de Aravaipa, al noroeste de la ciudad. Cada grupo de la coalición tenía sus motivos para estar allí. Los estadounidenses buscaban quedarse la tierra y limitar la movilidad apache, que era la principal estrategia de los indios para resistir la agresión colonial. Los mexicanos querían poner fin a las incursiones apaches y los tohono o’odham veían una oportunidad de reducir a sus enemigos, a los que llevaban combatiendo desde hacía generaciones. Se lanzaron sobre los apaches pinal y aravaipas y mataron a 144 personas mientras dormían. La matanza fue conocida como la masacre de Camp Grant. Siete personas respondieron ante un tribunal en Tucson, pero los declararon inocentes [24] .

La movilidad transhemisférica de los apaches era un peligro y una humillación para Estados Unidos, aunque el Gobierno federal ya había tomado medidas para confinar a los apaches y a otros nativos americanos intratables. En los inicios de la década de 1870, Estados Unidos disponía de una red ferroviaria transcontinental, un sistema telegráfico de costa a costa e incontables puentes que, en conjunto, permitían al Ejército organizar movilizaciones rápidas y masivas. Reforzados por una poderosa infraestructura —un tren de larga distancia tenía una media de veinte vagones de diez toneladas— el ejecutivo pudo, por fin, pactar desde una posición de fuerza. Cochise y otros líderes apaches negociaron con dureza y rapidez, conscientes de que el tiempo no corría a su favor: la siguiente ronda de conversaciones sería más difícil. Los tratados resultantes establecieron reservas para numerosos grupos apaches y los funcionarios estadounidenses consultaron a los apaches acerca de sus emplazamientos. La mayoría de apaches acogió de buen grado las reservas: les servirían de escudos contra el Ejército estadounidense y de bases de invierno. A finales de la década de 1870, había cinco reservas apaches en el sudoeste estadounidense. Dos de ellas fueron construidas junto a fuertes del Ejército de Estados Unidos, lo cual revela los temores de los funcionarios a la resistencia apache. En 1875, un inspector gubernamental visitó a los chiricahuas. Vio que estaban bien armados y provistos de caballos [25] .

En el noroeste, en la reserva de Warm Springs, al sur del río

Columbia, los funcionarios estadounidenses aplicaron un enfoque burocrático y severo al «problema apache». Los chiricahuas, liderados por un caudillo casi octogenario, Nana, se enfrentaban ahora a unas autoridades que no buscaban erradicarlos, sino reducirlos a meras entradas en sus libros de cuentas. «Repartieron cartillas de racionamiento entre los cabezas de familia y actualizaban una lista en la oficina —recordaron los chiricahuas—. Acampábamos cerca del molino hasta el sábado, día de reparto, momento en que ocupábamos nuestros puestos al final de la larga fila de los mescaleros, y pasábamos por ventanilla, donde nos daban carne, harina, azúcar y café». Sin embargo, los apaches no vivirían confinados y bajo control. Continuaron sus inmemoriales expediciones de saqueo y emplearon las reservas como depósitos de suministros [26] .

En la gran conferencia del País del río Powder, en 1869, los lakotas adoptaron la iwaštegla, una nueva filosofía política por la que reconocían que, con el tiempo, tendrían que coexistir con los estadounidenses. Caballo Loco, consumado caudillo militar de los oglalas, y Toro Sentado, el enérgico e intransigente líder bélico de los lakotas del norte, se abstuvieron de hacer la guerra para ganar tiempo y adaptarse a la inevitable fusión de los mundos de lakotas y estadounidenses.

Después de la derrota del capitán Fetterman y sus hombres en 1868, Nube Roja, líder militar de los lakotas, se convirtió en un diplomático defensor de la paz. En 1870, visitó Washington D. C., donde cenó en la Casa Blanca y observó con mayestático desapego el inmenso poder burocrático y militar del Estados Unidos de la posguerra civil. Los mandans, hidatsas, arikaras, assiniboines, cuervos y pies negros ya habían aceptado establecerse en reservas en el curso superior del Misuri y los comanches padecían una larga sequía; esto hacía del imperio lakota la última esperanza del continente indígena. En 1872, en un segundo viaje a Washington D. C., Nube Roja negoció con dureza con el Gobierno estadounidense las anualidades y las agencias locales en tierras lakotas; cautivaba y menospreciaba por igual a los estadounidenses. Iwaštegla no significaba capitulación: por el contrario, buscaba un acercamiento con Estados Unidos y así poder acceder a sus

prodigiosos recursos. El que los lakotas aceptaran agencias gubernamentales en su territorio era un signo de confianza, no de debilidad: estas proporcionaban bienes, ropa y armas, que el ejecutivo estadounidense se comprometió a suministrar tras perder la Guerra de Nube Roja. Bien armados y agresivos, los lakotas expandieron su imperio por las llanuras septentrionales en un intento de asegurarse bisontes suficientes. Apartaron de su camino a cuervos, utes, shoshones y cabezaplanas y esperaban de los estadounidenses que respetaran su posición.

Una vez más, el oro se interpuso entre lakotas y estadounidenses. En 1874, una expedición del Ejército de Estados Unidos liderada por George Armstrong Custer halló vetas auríferas en las Colinas Negras. Esto desencadenó una fiebre del oro. Dado que los comanches, capitaneados por Quanah Parker, combatían a la desesperada una guerra defensiva contra los estadounidenses, los lakotas se erigieron en los protagonistas principales de la resistencia indígena. Los estadounidenses presionaron a los lakotas para que les vendieran o arrendaran las colinas, bajo la amenaza de cancelar las anualidades y exigirles que «trabajaran». Indignados, los lakotas y sus aliados fueron a la guerra para proteger la sagrada Pahá Sápa, su soberanía y sus derechos. El imperio lakota entró de inmediato en acción.

Puede que los lakotas carecieran del poder tecnológico-militar de Estados Unidos —ferrocarriles, barcos a vapor, ametralladoras—, pero habían acumulado una cantidad inmensa de conocimientos acerca de las tácticas y puntos débiles del Ejército estadounidense. Los lakotas disponían de tres enérgicos caudillos que lo habían combatido durante más de una década: Nube Roja y Caballo Loco, ambos oglalas, y Toro Sentado, un hunkpapa que vivía al norte de los primeros. Caballo Loco era un táctico brillante que consideraba que solo servía para la guerra, mientras que Toro Sentado era un impresionante líder espiritual que movilizó para la contienda a los lakotas del norte mediante la entrega ritual de su propia carne; se cortó a sí mismo cincuenta veces hasta que se desmayó. Nube Roja se abstenía de entrar en combate, con objeto de reservar su capacidad decisoria y mantener abiertos los canales diplomáticos, en caso de que los lakotas necesitaran negociar para dejar la guerra.

A primeros de 1876, los lakotas detuvieron a un contingente

estadounidense en la batalla de Rosebud, donde neutralizaron el movimiento en pinza del general Sheridan, que pretendía acorralar a los lakotas y a sus aliados cheyenes. Siguió una confusa tregua que los lakotas aprovecharon para movilizarse. Sus jinetes salieron de la Gran Reserva Siux y convergieron por el río Little Bighorn, que los lakotas llamaban río de la hierba grasienta[*]. Los lakotas vigilaron la movilización estadounidense a lo largo del río Yellowstone, que fue reforzada por un vapor de palas. Cuando los estadounidenses atacaron, los lakotas y sus aliados estaban dispuestos. Rechazaron la primera oleada estadounidense y frustraron así la doble pinza de Sheridan. Los indios tomaron la iniciativa y forzaron una batalla fluida y fragmentada que favoreció sus puntos fuertes y desorientó a los estadounidenses. En una maniobra decisiva y creativa, una banda de soldados liderada por Caballo Loco descendió kilómetro y medio por el curso del Little Bighorn y logró flanquear a los estadounidenses. Muy pronto, apenas quedaron un centenar de soldados con vida, Custer entre ellos. Abatieron a sus caballos y se agruparon en una pequeña altura redonda, conscientes de que iban a morir. Los indios maniobraron con efectividad, cerraron distancias y liquidaron a los estadounidenses a golpes de hacha y maza. Los indios «no hicieron ni un solo prisionero, sino que los mataron a todos; no dejaron ninguno con vida, ni siquiera cinco minutos». Los indios dispararon una flecha al pene de Custer. De este modo, lo enviaban discapacitado a la otra vida[27].

Los lakotas ganaron una espectacular y estimulante victoria, aunque perderían la guerra. La humillante derrota de Estados Unidos en el año de su centenario requería una respuesta colosal. Los editoriales compararon con el Gólgota la «colina de la muerte» de Custer y exigieron venganza. El Ejército estadounidense, ultrapotenciado por el capitalismo, los ferrocarriles y el telégrafo, lanzó una sucesión de ataques invernales y capturó a los líderes clave. Caballo Loco se resistió al arresto y lo mataron cerca de su cabaña de un golpe de bayoneta. Toro Sentado huyó al norte y atravesó la «Línea Medicina»[*], una franja de 160 kilómetros de la frontera entre Estados Unidos y Canadá que parecía detener a los soldados estadounidenses como por arte de magia. El Congreso, sediento de venganza, ocupó Pahá Sápa, lo que quebrantaba con premeditación

el Tratado de Fort Laramie, y el Ejército lanzó asaltos para forzar a las naciones ecuestres a recluirse en reservas, lo cual eliminó su baza más importante, la movilidad. La inmensidad del Trans-Misisipi ayudó durante décadas a las potencias indígenas ecuestres y les permitió mantener las distancias con los estadounidenses. Sin embargo, ahora la movilidad del continente pertenecía a los estadounidenses, cuyos ferrocarriles abrieron el camino a un mundo empresarial moderno cuyo núcleo, Wall Street, no contemplaba lugar para los indios. Al aniquilar el espacio con las vías férreas, Estados Unidos encogió el oeste hasta un tamaño manejable y los rieles y los trenes perturbaban las cruciales migraciones de las manadas de bisontes. A finales de 1876, Cola Moteada [Spotted Tail], un destacado líder de los lakotas sicangus, se reunió en el Territorio Indio con las autoridades estadounidenses y una delegación de indios muscoguis. Allí, se lamentó de que «mi país está cubierto de oro. He negociado malvenderlo con el Gran Padre, porque los hombres blancos vinieron a tomarlo […] toda la gente es pobre. Mi tierra está cubierta de oro, pero tengo que pagar por él»**[28]**.

Los lakotas, como el enemigo más formidable de Estados Unidos, habían ganado, sin pretenderlo, tiempo para otras naciones indígenas en lucha contra los imperiales estadounidenses. Liderados por Quanah Parker, los comanches continuaron saqueando caravanas mexicanas, matando a cazadores estadounidenses de bisontes y robando caballos estadounidenses. Con esto, mantuvieron las llanuras meridionales en un estado de incertidumbre que les permitió conservar su modo de vida tradicional. El duradero poder de lakotas y comanches en el oeste norteamericano se hizo sentir por todo el continente, puesto que ayudó a sobrevivir a otras naciones indígenas más pequeñas. No obstante, en 1877 la guerra se había terminado. Estados Unidos desplegó su prodigioso poder, encarnado en carabinas de repetición, ferrocarriles transcontinentales y una explosiva proliferación de oficinas de correos que propagaban el recurso más precioso del continente: información. Súbitamente vulnerables, Parker y los comanches tuvieron que establecerse en una reserva. El Congreso asignó 200 000 dólares para fuertes en el País del Yellowstone y lanzó una nueva y sistemática campaña de invierno contra lakotas y cheyenes.

Los «vengadores de Custer» abatieron la gran alianza lakota-cheyene en menos de un año. Sin embargo, la siguiente campaña —que sería la última— no iba a resultar tan fácil [29] .

Los nez percés vivían en una relativa paz en su amplio territorio, situado en las alturas de la meseta de Columbia, entre los ríos Spokane y Snake, donde tenían acceso a arroyos rebosantes de peces y praderas bordeadas por bosques ricos en animales. Era un territorio superior para la cría caballar, y los nez percés se convirtieron en una formidable nación ecuestre. Escudados tras las imponentes sierras montañosas que cercaban su territorio, pudieron mantener a raya a los estadounidenses hasta finales de la década de 1850, cuando los funcionarios estadounidenses entablaron negociaciones con las naciones de la meseta de Columbia: sin tener en cuenta a los indios, Estados Unidos buscaba acceder al Pacífico a través del estrecho de Puget y fomentó la inmigración al ceder tierras a los colonos de Norteamérica por medio de tratados con los indios y los nuevos estados del oeste.

Los nez percés escenificaron una teatral llegada a las conversaciones, que recordó la entrada de los lakotas en el parlamento de Fort Laramie la primavera de 1851. Después de una serie de negociaciones contenciosas y equívocos interesados, los walla wallas, umatillas, cayuses, yakamas y nez percés aceptaron tratados y reservas. Sin embargo, en 1860, se descubrió oro en la reserva de los nez percés, lo cual provocó una larga lucha entre indios, funcionarios locales y el Ejército estadounidense. Estados Unidos impuso tratados desfavorables a los nez percés, mientras los colonos, hambrientos de tierras, mordisqueaban los márgenes de la reserva. A mediados de la década de 1870, encerrados entre los Territorios de Washington e Idaho y el estado de Oregón, los nez percés se enfrentaron a los funcionarios estadounidenses, que exigían obediencia y amenazaban con expulsar a los indios de sus tierras [30] .

Liderados por el jefe Joseph, o Trueno que Desciende de la Montaña [Thunder Rolling Down the Mountain], los nez percés fueron a la guerra. El primer choque con las tropas estadounidenses, junto a Clearwater Creek, en junio de 1877, fue una excepción: la única batalla prolongada de una contienda caracterizada por amplias

maniobras, descargas constantes y cargas reiteradas. El combate tuvo un resultado no concluyente y, poco después, los nez percés decidieron dejar sus tierras ancestrales. El Ejército estadounidense los persiguió y, a partir de ese momento, los nez percés libraron un tipo de guerra móvil que habían perfeccionado en el transcurso de varias décadas. Siguió una interminable sucesión de escaramuzas, desbandadas y reagrupamientos en las que los nez percés evitaban la guerra de maniobra estadounidense que buscaba incapacitarlos por medio de choques. Los nez percés lanzaron una campaña masiva y muy bien coordinada que les permitió conservar 2000 caballos, docenas de perros y varias aldeas. A mediados de septiembre, 800 nez percés, liderados por el jefe Joseph, huyeron hacia Canadá; cruzaron tres veces la divisoria continental hasta alcanzar la Línea Medicina, a lo largo del paralelo 49. Recorrieron 2400 kilómetros en 115 días, pero las fuerzas estadounidenses los atraparon cuando estaban a 65 kilómetros de obtener asilo. El Ejército de Estados Unidos capturó a los nez percés y se los entregó a la Oficina de Asuntos Indígenas, que se encargaría de su reubicación en el Territorio Indio. El último choque bélico entre Estados Unidos y los pueblos indígenas de Norteamérica había llegado a su fin[31].

Las naciones indígenas ya no podían ganar guerras contra el leviatán estadounidense. Esto no significa que Norteamérica ya no fuera un continente indígena, o que los indios estuvieran sentenciados. La mitad oeste del continente estaba salpicada de grandes reservas y la mitad oriental de numerosas reservas más pequeñas. Puede que los territorios indígenas se hubieran reducido y que la población indígena se desplomara, pero vastos dominios permanecieron bajo control efectivo de los nativos en el oeste, donde había numerosas naciones que nunca habían sido derrotadas o desposeídas por Estados Unidos. Sin embargo, en ese momento, se produjo una amenazadora reacción en cadena que facilitó el expansionismo estadounidense: cuando una nación nativa era sometida, una segunda quedaba expuesta, lo cual permitía a los estadounidenses canalizar fuerzas contra una sola nación a la vez. Los pueblos nativos tuvieron que recurrir a las armas de los débiles: movilidad, evasión, invisibilidad y rebeldía soterrada.

Los shoshones del este, un formidable pueblo ecuestre, dominaban desde mediados del siglo XVII parte de las Rocosas, la meseta de Columbia, la cuenca de Wyoming y las Grandes Llanuras y se enfrentaban de forma intermitente con pies negros, yakamas, walla wallas, crees, nez percés y umatillas. La altitud los protegía de las intrusiones coloniales: muy pocos colonizadores norteamericanos querían residir en las montañas, donde estaban aislados y la agricultura era difícil. Cuando los emigrantes empezaron a llegar en masa al oeste, en la década de 1850, los shoshones se refugiaron en la cuenca de Wyoming. Trataban con amabilidad a los viajeros estadounidenses, hacían trueques con ellos y los alimentaban, pero evitaban los pactos políticos formales y preferían fugaces encuentros cara a cara. Brigham Young, líder de los mormones, ejerció de superintendente de Asuntos Indios en el Territorio de Utah. Este se quejó de que los shoshones «están tan divididos en pequeñas bandas, que es imposible determinar su número con un mínimo de precisión». Quería que los indios «no dependieran de la caza para vivir y se asentaran en buenos lugares donde cultivar grano». Young trató de hacer a los shoshones visibles, manejables y productivos. Estos le ignoraron por completo. La invisibilidad los mantenía a salvo. Sin embargo, cuando los colonos mormones se adentraron en su territorio, los shoshones respondieron matándolos e hiriéndolos por docenas. En 1863, las fuerzas de la Unión intervinieron y asesinaron a varios centenares de shoshones en lo que se conoció como la masacre del río del Oso. Los mormones buscaron otros métodos de extraer riqueza de los indios locales. Dado que consideraban natural la servidumbre, y estimaban «oscuros y despreciables» a africanos e indios por igual, empezaron a adquirir un alto número de niños indios [32] .

Al igual que los shoshones, los pies negros, enclavados en las estribaciones de las Rocosas, mantuvieron distancias con los poderes imperiales y limitaron sus interacciones con los blancos al comercio de pieles: durante generaciones, permitieron a la Compañía de la Bahía de Hudson mantener puestos en sus fronteras porque esta buscaba comercio, no tierra y operaba como un gobierno sustitutivo que intermediaba las relaciones entre indios y colonos. Los pies negros combatieron escaramuzas con británicos y estadounidenses, pero evitaron las contiendas a gran escala. De

igual modo que sus vecinos los shoshones, y al contrario que otras grandes naciones nativas, no estaban en mitad de la ruta de expansión de los estadounidenses: muy pocos colonos querían establecerse en las Rocosas, que consideraban un mero obstáculo que superar. Por espacio de siglo y medio, los pies negros prosperaron en este punto ciego del colonialismo. Sin embargo, a principios de la década de 1870, la coexistencia se hizo frágil. Las antiguas redes de parentesco multiétnico ya no podían sostener los mundos comunes ante el influjo de colonos blancos y el racismo. A finales de enero de 1870, a causa de un único asesinato por venganza, 200 soldados estadounidenses a caballo se lanzaron sobre la banda piikani de la Confederación de los Pies Negros, en el río Marías. En menos de una hora, perecieron alrededor de 200 mujeres, niños y hombres pies negros. La masacre asentaba sus raíces en el expansionismo estadounidense y en la persistente presencia indígena cerca de los asentamientos de estos. Numerosos pies negros se retiraron a Canadá en busca de refugio, pero no lo obtuvieron. Al igual que Estados Unidos, Canadá había desarrollado una mentalidad colonizadora. En 1867, las colonias canadienses se unieron en el Dominio de Canadá, en gran parte para potenciar la expansión hacia el oeste [33] .

Muy al norte de la Línea Medicina, los pueblos nativos hallaron refugio en el frío. Allí, en el subártico canadiense, los indios podían coexistir y cooperar con los europeos, casi ignorados por los colonos norteamericanos. Los conglomerados peleteros canadienses —la Compañía de la Bahía de Hudson y la Compañía del Noroeste—, acogieron a los cazadores y tramperos nativos como valiosos aliados. Había mucho en juego: el comercio peletero del norte era una industria enorme con más de 600 puestos comerciales, grandes y pequeños, donde los crees, gros ventres, ojibwes, chippewas, assiniboines y otros peleaban intensamente por los privilegios mercantiles. El subártico canadiense siguió siendo un mundo indígena. Sin embargo, no era un paraíso indígena: la pugna por pieles, armas de fuego y mercancías avivó enemistades crónicas, colisiones y guerras abiertas. No obstante, tales conflictos fueron librados a la manera indígena, que prefería la negociación a la coacción y los vínculos de parentesco a las fronteras rígidas [34] .

Los metis mantuvieron las distancias con el Dominio de Canadá y

extendieron sus vitales redes comerciales desde su base en la colonia del río Rojo, que la Compañía de la Bahía de Hudson les había cedido en 1811. Un pueblo de gran movilidad, los metis producían cantidades ingentes de mantos de bisonte y pemmicán para ambas compañías peleteras. Los metis tenían un amplio campo de operaciones, que iba desde praderas ricas en bisontes a arboledas, así como a bosques y ríos rebosantes de castores, y siempre evitaban los centros coloniales. Comerciaban con el gran rival de la Compañía de la Bahía de Hudson, la Compañía del Noroeste, y cruzaban a voluntad la frontera estadounidense-canadiense en desafío a la supuesta autoridad de ambos Estados nación. Las redes de parentesco de los metis tenían un alcance casi continental, lo que les convertía en una fuerza formidable en un universo donde las naciones Estado empezaban a ser la norma. En 1869, el Dominio de Canadá cometió un error de cálculo al anexionar la Tierra de Rupert, el vasto territorio que circundaba la bahía de Hudson e incluía las praderas septentrionales.

Los metis se rebelaron. Louis Riel, su líder, reafirmó la soberanía de los metis e insistió en que las transacciones de tierra debían hacerse entre la colonia del río Rojo y Canadá, no entre este último y la Compañía de la Bahía de Hudson. Canadá retiró su postura y reconoció las reivindicaciones de los metis. Esta victoria, no obstante, quedó empañada casi de inmediato. En 1870, una devastadora epidemia de viruela, combinada con la negligencia del Gobierno en el cumplimiento de sus obligaciones, provocó una catástrofe poblacional que despejó la mayor parte del oeste canadiense para los colonizadores [35] .

Los apaches llevaron la estrategia de la evasión más lejos que ningún otro pueblo. Entraban y salían de las reservas asignadas, atacaban asentamientos en busca de cautivos y, a continuación, se retiraban a las montañas o a profundos cañones. Visitaban sus reservas asignadas sobre todo para obtener suministros y nuevos reclutas. Cuando les perseguían grandes contingentes estadounidenses, se refugiaban en México o en terreno difícil; si los forzaban a combatir, sus tácticas guerrilleras solían confundir al enemigo y le dejaban sin un objetivo que golpear. Si les perseguían, contaminaban las fuentes de agua y prendían fuegos para ralentizar a los efectivos estadounidenses. En caso de que fallaran estas

medidas, fortificaban sus campamentos con bastiones y reductos de rocas para contenerlos. Se dispersaban y se reagrupaban y usaban espejos y señales de humo para comunicarse. Al desplazarse en grandes grupos, seguían una precisa línea de marcha con un cuerpo central guardado por destacamentos de vanguardia, retaguardia, izquierda y derecha. Desde la perspectiva estadounidense, los apaches estaban por todo el mapa, aunque no se les veía por ningún lado. La evasión solo era una estrategia militar en segundo lugar. Su propósito principal era permitir a los apaches vivir en paz en sus bastiones desérticos y disfrutar de los frutos de sus operaciones: espaciosos tipis, grandes caballadas, cautivos, así como mulas cargadas de cántaros de agua, utensilios de metal y ropas. Una vez se generalizaron las tácticas evasivas, las mujeres apaches pasaron a ser activas combatientes, que organizaban partidas guerreras y se vengaban en la batalla. Lozen, una profeta chiricahua, se erigió en enérgica lideresa de mujeres y de hombres [36] .

Tanto las autoridades estadounidenses como las mexicanas necesitaban pacificar a los apaches: las persistentes expediciones transfronterizas de los indios amenazaban la colonización y devastaban el comercio. Ambos gobiernos siguieron pagando recompensas por cabelleras apaches —por la del líder chihenne Victorio se pagaron 2000 dólares—, aunque eso solo sirvió para endurecer la resistencia apache. La frontera mexicano-estadounidense no significaba nada para los apaches, que la atravesaban con facilidad. A principios de la década de 1870, Estados Unidos estableció una reserva para los chiricahuas en la frontera entre México y Estados Unidos. La reserva se convirtió de inmediato en una base de partida de las expediciones chiricahuas al interior de México y provocó que los mexicanos abandonaran varias minas, granjas y haciendas.

El Ejército estadounidense mandó al general George Crook, que, con la ayuda decisiva de exploradores apaches aliados, obligó en 1877 a los chiricahuas a entrar en la reserva de San Carlos, en el centro-este de Arizona. A partir de ese momento, los apaches se encontraron cada vez más encajonados entre las dos naciones Estados. Sus tácticas evasivas les habían hecho ganar años de libertad, pero ya no podían ganar batallas, y menos aún guerras, contra Estados Unidos y el Estado mexicano. Ahora, los

estadounidenses querían tener a todos los indios confinados, pacificados y fijados en el espacio. Crook recibió la misión de traer a Gerónimo, personificación de la resistencia indígena y de la incapacidad estadounidense de controlar el continente. En 1882, Estados Unidos y México establecieron un pacto que permitía la persecución transfronteriza de los apaches. Despojados de sus refugios a ambos lados de la frontera, los apaches no tardaron en sentir la presión.

Después de años en fuga, en 1886, Gerónimo se rindió al fin en el cañón del Esqueleto, justo al norte de la frontera. Apenas tenía con él a 80 personas. Los subieron a un tren que les condujo a Florida, donde Gerónimo, que seguía siendo considerado peligroso, fue enviado a Fort Pickens, un establecimiento militar, a 5 kilómetros de los demás. Sus peticiones de que le permitieran volver al oeste fueron ignoradas. Poco después del envío de Gerónimo a Florida, los chiricahuas fueron trasladados de nuevo, esta vez a Fort Sill, en Oklahoma, donde vivieron veinte años en condiciones miserables como prisioneros de guerra. John Gregory Bourke, un aspirante a etnólogo, entrevistó a mujeres apaches en el fuerte. En un abrir y cerrar de ojos, los apaches pasaron a ser objeto de estudio[37].

Bourke quería rescatar la tradición apache antes de que esta se perdiera. No supo ver que la historia y las tradiciones de los apaches no necesitaban sus intentos de rescate. Cada grupo apache poseía un registro detallado de su pasado, narrado y vuelto a narrar por los ancianos. Estos relatos sobrevivirían a reubicaciones, a la violenta arrogancia de los agentes estadounidenses, al racismo inherente de los programas civilizadores y, en los años finales del siglo XIX, a la cínica negligencia de Estados Unidos. El intento de Bourke de recuperar la cultura apache chocó contra una fuerza histórica mucho más poderosa: la resiliencia apache.

Epílogo

Venganza y resurgimiento

Durante las prolongadas repercusiones de la batalla de Little Bighorn, la Oficina de Asuntos Indígenas criminalizó la Danza del Sol en 1882, lo cual creó un enorme vacío espiritual en numerosas naciones nativas. En el invierno de 1889, los lakotas supieron de una nueva religión, la Danza de los Espíritus, predicada por Wovoka, un santón de los pauites del norte. Los enviados lakotas viajaron en tren a Nevada para aprender en persona del profeta. Mezcla de elementos milenaristas y modernos, la Danza de los Espíritus parecía ofrecer a los indios herramientas con las que sobrevivir a un mundo en rápido cambio, de modo que empezó a llenar el vacío que había dejado la prohibición gubernamental de la Danza del Sol. En el invierno de 1889-1890, los lakotas empezaron a danzar, desesperados por hacer regresar a los bisontes y a sus parientes muertos. Los estadounidenses seguían temiendo a los lakotas y cundió el pánico entre los agentes gubernamentales; creían que el movimiento de la Danza de los Espíritus era una conspiración contra los blancos, no un movimiento de futuro. El Ejército se movilizó contra los danzantes y atrapó a un grupo en Wounded Knee Creek. El 7.º de Caballería, el antiguo regimiento de Custer, ocupó una altura y abrió fuego contra las personas indefensas que estaban abajo. Perecieron, como mínimo, 270 y, al menos, 170 eran mujeres y niños. Era la venganza por la humillación de catorce años antes. Veinte de los soldados implicados en la masacre recibieron la Medalla de Honor del Congreso [1] .

La apocalíptica masacre de Wounded Knee era un signo de la

debilidad y del miedo estadounidense. En 1877, cuando las guerras indias llegaron a su fin, Estados Unidos era una nación imperial, pero también una nación exhausta. Desde su fundación, en 1776, había librado más de 1600 choques militares oficiales con los nativos americanos. Es más, mientras combatía a los indios, Estados Unidos se sumió en una agotadora y desmoralizante contienda civil que se cobró las vidas de, al menos, 750 000 norteamericanos. Cuando por fin llegó la paz, Estados Unidos se embarcó en completar no una, sino dos reconstrucciones: la del sur estadounidense y la del oeste indígena. Estados Unidos había sufrido una crisis de autoridad de cien años de duración y estaba decidido a reafirmar su hegemonía. En comparación con la reconstrucción de los estados del sur, que incluyó elementos conciliatorios, la reconstrucción indígena fue, en su conjunto, dura y vengativa, con más «programas de civilización», internados donde «matar al indio para salvar al hombre» y políticas que tachaban los territorios indígenas de «suelo excedente». Richard Henry Pratt, fundador de la Escuela Industrial de Indios de Carlisle [Carlisle Indian Industrial School], se preguntó por qué Estados Unidos no se limitaba a absorber a los indios restantes y erradicar sus culturas. Y eso lo dijo una persona que se preocupaba por los indios.. [2] .

Al igual que tantos otros Estados colonizadores a lo largo de la historia, Estados Unidos trató de inmovilizar y contener a los pueblos indígenas dentro de sus fronteras. La Oficina de Asuntos Indígenas fue marginada por reformistas liberales radicales, cristianos evangélicos, rancheros, colonos del oeste y promotores del ferrocarril, todos los cuales querían que desaparecieran las reservas indias. Los líderes indígenas fueron arrinconados y sus antiguos sistemas de gobierno, sociedades, ceremonias, danzas y festividades —todo aquello que hacía indios a los indios— fueron suprimidas o prohibidas. La respuesta fue grande y devastadora, reveladora de la fuerza con la que los nativos americanos defendieron su posición contra los colonos blancos, así como de la efectividad con la que frustraron el colonialismo. Existe un vínculo directo entre el éxito indígena y la sensación de vulnerabilidad, y la magnitud de la venganza, de los estadounidenses [3] .

La pugna de 400 años por mantener indígena al continente llevó al límite, una y otra vez, a los colonos de las potencias europeas y

luego a los de Estados Unidos. La enorme variedad de naciones nativas y la enorme profundidad y multiplicidad de su resistencia frustraba, cuando no mataba, a los colonizadores. Algunas naciones optaron por la fuerza descarnada y la superioridad numérica para acorralar y castigar a las potencias coloniales, mientras que otras buscaron establecer alianzas. Algunas forjaron lazos con otras naciones nativas y se reinventaron en confederaciones. Las naciones y confederaciones más poderosas —las Seis Naciones de la Confederación Iroquesa, la Confederación India, los wyandots, lakotas, comanches, muscoguis, cheroquis y seminolas— derrotaron en batalla a los colonos en repetidas ocasiones y controlaron las negociaciones diplomáticas subsiguientes. Poseían la autoridad, el conocimiento y la voluntad para imponer sus condiciones a los imperios de españoles, franceses, británicos y estadounidenses. Durante generaciones, los iroqueses constituyeron el poder imperial dominante en el corazón de Norteamérica y, a principios del siglo XIX, los comanches y los lakotas erigieron sus propios imperios, en parte para sobrevivir al colonialismo. En lugar de combatir a tales imperios indígenas, los colonos los apaciguaban. Ansiaban ser aliados, no enemigos. Se ponían del lado del poder.

Las naciones nativas más pequeñas dependían de tácticas más delicadas y sutiles. En lugar de enfrentarse directamente a las potencias coloniales en batalla, las evadían. Se tornaban pequeñas e invisibles, gracias a la asombrosa variedad medioambiental de Norteamérica. Los catabwas, shoshones, utes, nez percés, pies negros, seminolas y otros hallaron refugio en desiertos, montañas y ciénagas, donde eludían a los imperios colonizadores, incómodos en terrenos difíciles y extraños. Por su parte, los shawnees, «los mayores viajeros de América», contrarrestaron el avance colonial con una diáspora indígena muy bien organizada. En el curso inferior del Misisipi, las petites nations se convirtieron en poderosas potencias regionales gracias a la movilidad estratégica, el uso calculado de la violencia y alianzas de conveniencia, que los mantuvieron alejados de la mirada de los imperios coloniales circundantes. Hacia mediados de la década de 1820, la población de los catawbas había quedado reducida a 110. Pese a ello, bastaron 110 para que su nación sobreviviera [4].

El poder indígena del norte de América alcanzó su apogeo entre

mediados y finales del siglo XIX, lo cual, a primera vista, podría parecer contradictorio. Fue el periodo en que Estados Unidos entró en el escenario mundial con sus «monstruosos territorios económicos contiguos», infundiendo temor y respeto en Alemania y alimentando una imagen de «gran amenaza» en Italia. Para el Estados Unidos imperialista, someter naciones nativas independientes y erradicar su soberanía pudiera parecer una simple cuestión de aplicar su aplastante poder militar y avance tecnológico, ferrocarril incluido. Sin embargo, las naciones indígenas también se reinventaron, en parte en respuesta al ascenso del imperio norteamericano. Los comanches forjaron un imperio que redujo a la república mexicana a la condición de hinterland extractivo y, gracias a ello, enseñorearse de una porción enorme del hemisferio. Los lakotas, gracias a su movilidad ecuestre, su amplia red de alianzas y sus generaciones de experiencia en el bloqueo de ambiciones coloniales, se erigieron, de forma involuntaria, en los guardianes del continente indígena. En el transcurso de siete décadas, frustraron una y otra vez la expansión de Estados Unidos y, de paso, protegieron a decenas de naciones más pequeñas y vulnerables. No hay forma de mesurar las vidas que salvaron, pero, dadas las evidentes inclinaciones genocidas de los colonos norteamericanos, la presencia protectora del imperio lakota pudo ser la entidad más importante que mantuvo indígena al continente. Visto desde la perspectiva india, la última resistencia de Custer no fue ni una aberración ni una atrocidad; era algo esperable y necesario. Si, desde el oeste de Norteamérica se mira en dirección al este, la historia de Norteamérica se revela un relato único de firme resistencia que, a lo largo de generaciones, mantuvo indígena la mayoría del continente[5].

Los pueblos nativos mantienen el legado de su larga historia de resistencia. En verdad, los nativos americanos llevan combatiendo al colonialismo desde hace más de cinco siglos, no cuatro, oponiéndose y frustrando numerosos designios imperiales y manteniendo indígena al continente durante los siglos XX y XXI. Han empleado una amplia gama de estrategias y pasan con fluidez de la diplomacia a la guerra, al apaciguamiento y a la evasión. El simple hecho de sobrevivir ha sido difícil. En la década de 1890, quedaban 250 000 indios, una cifra aterradoramente baja que revela la

enormidad de las campañas genocidas de Estados Unidos. La expansión estadounidense redujo la población indígena norteamericana en un 70 por ciento [6] .

No obstante, 250 000 fueron suficientes para sostener su resurgimiento. Hoy, la población de numerosas naciones y comunidades nativas crece con rapidez. El continente está salpicado de centenares de naciones nativas que preservan la soberanía y la nacionalidad indígenas. Cada una de ellas encarna siglos de resistencia indígena contra la violencia y la expansión colonial, ya sea española, francesa, británica, neerlandesa, canadiense o estadounidense. Los colonizadores, al fin y al cabo, habrían absorbido hasta el último centímetro de suelo norteamericano de no haber sido contenidos por los habitantes indígenas del continente.

Un mapa actual de las reservas indias de Norteamérica revela la historia del continente indígena. Canadá tiene centenares de reservas, en su mayoría pequeñas, que pertenecen a una sola «banda», un sistema centralizado que difiere de forma radical con respecto a la política estadounidense de reubicaciones, que, en 1830, creó el Territorio Indio. En 2016, la mitad de los pueblos de las primeras naciones canadienses vivían en reservas distribuidas de forma equitativa entre las provincias, con una concentración más intensa en la costa del Pacífico. Al sur del paralelo 49, las cosas son diferentes. La costa este y las planicies litorales al sur de la bahía de Chesapeake fueron objeto de violentas disputas a partir del siglo XVI y tales regiones están hoy casi vacías de reservas. Lo mismo ocurre en los lugares donde las naciones indígenas se enfrentaron a los estadounidenses en la época álgida del imperialismo norteamericano, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX: el País del Ohio, el sur profundo y Texas. Las mayores reservas de Estados Unidos están en el oeste y pertenecen a navajos, utes, comanches, tohono o’odham, lakotas oglalas, lakotas hunkpapas, lakotas sihasapas, shoshones del este, arapahoes septentrionales y cuervos. Todas estas naciones combatieron durante generaciones contra las potencias coloniales para proteger su territorio y soberanía. También existe una densa concentración de reservas en la región de los Grandes Lagos, donde la resistencia indígena obligó a los colonos a respetar los usos nativos, a cooperar y a reconocer la autoridad indígena [7] .

El escritor ojibwe David Treuer argumentó que, al examinar la naturaleza salvaje del continente, «América ha conseguido hacerse más india en los últimos 245 años, que lo contrario». Este comentario alude al impacto duradero, y a menudo invisible, de la cultura indígena. Sin embargo, más allá de la frase concreta de Treuer, vale la pena pararse a pensar en lo muy reciente que es Estados Unidos y su supremacía. Los 400 años de colonialismo que siguieron a la llegada de Colón no lograron extinguir la soberanía indígena en Norteamérica. Fue hace apenas 130 años, un breve momento en comparación con la larga historia de la América indígena anterior al contacto, cuando Estados Unidos pudo someter a una masa ingente de nativos americanos. El poder iroqués duró desde el siglo XVI hasta entrado el XIX, lo cual hace a esta nación más antigua y le da un papel histórico más central que Estados Unidos. En la escala temporal indígena, Estados Unidos es un mero instante.

Enmarcada en la historia profunda del continente indígena, la historia de Estados Unidos asume un aspecto muy diferente. Ocurre lo mismo con el presente estadounidense. Hoy, la Norteamérica indígena soberana persiste en el dinamismo de las comunidades nativas modernas, en la resistencia de las formas de vida tradicionales y en la continuación y evolución de la principal respuesta india al colonialismo: la resistencia [8] .



Nilòn pəssésəmo-k nt-əl-int-ohtì-pən
Nt-əl-int-ohtì-pən wahsenəmákən
Nilòn sipsís-ək skwəte-k
N-mace-təwiya-wələtì-pən alóhk-ək
Pəssakwhenəmákən pəssésəm
’T-awti-hkéw-a-l N-kihci-Niweskó-m-ən-əl
wt-àwt eləm-óhse-t=əc N-kihci—Niwesko-m-ən
Nohów-ək kətonk-ahtó-w-ək n-wiciyem-kó-nəw-ək
Nohsohkəw-á-wa-l mowínə-yəl
Mèskw=əte tayəwè katáma ’t-əl-ətahk-ahtí-w-ən
tayəwè katáma ’kətonk-ahtí-w-ən
Nt-əl-api-nè-n pem-ətən-e-k
’T-əl-intow-akən-ówa pəssésəmo-k

Somos las estrellas que cantan,
cantamos con nuestra luz;
somos los pájaros de fuego,
volamos sobre el cielo.
Nuestra luz es una voz…
Hacemos un camino para los espíritus,

para que los espíritus pasen.
Entre nosotros hay tres cazadores
que persiguen a un oso.
Nunca hubo un momento
en el que no estuvieran cazando.
Miramos hacia abajo desde las montañas.
Esta es la canción de las estrellas.

Canción de las estrellas,
canto de los indios passamaquoddy,
de la nación algonquina

Bibliografía

Abreviaturas

AHR	American Historical Review
ARCIA	Departamento de Interior de EE. UU., Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs, Washington D. C., Government Printing Office, University of Wisconsin-Madison Libraries, UW-Digitized Collections, Documents Relating to Native American Affairs, [http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?type=browse&scope=HISTORY.COMMREP].
ARI	Calloway, C. G., 1995: The American Revolution in Indian Country: Crisis and Diversity in Native American Communities, New York, Cambridge University Press.
BR	Richter, D. K., 2011: Before the Revolution: America's Ancient Pasts, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.
CE	Hämäläinen, P., 2008: The Comanche Empire, New Haven, Yale University Press [ed. en esp.: El imperio comanche, R. García Pérez (trad.), Barcelona, Península, 2018]
CW	Anderson, F., 2000: Crucible of War: The Seven Years' War and the Fate of Empire in British North America, 1754-1766, New York, Vintage.
EW	Parmenter, J., 2010: The Edge of the Woods: Iroquoia, 1534-1701, East Lansing, Michigan State University Press.

HAC	Cole Harris, R. (ed.), 1987: Historical Atlas of Canada, vol. 1, From the Beginning to 1800, Toronto, University of Toronto Press.
IALT	Kappler, Ch. J. (ed.), 1929: Indian Affairs: Laws and Treaties, 4 vols., Washington D. C., Government Printing Office.
JAH	Journal of American History
JLCE	Moulton, G. E. (ed.), 1983-2001: Journals of the Lewis & Clark Expedition, 13 vols., Lincoln, University of Nebraska Press.
JP	The Papers of Sir William Johnson, 1921-1965: 14 vols., Albany, University of the State of New York.
JR	Gold Thwaites, R. (ed.), 1896-1901: The Jesuit Relations and Allied Documents, 73 vols., Cleveland, Burrows.
LA	Hämäläinen, P., 2019, Lakota America: A New History of Indigenous Power, New Haven, Yale University Press.
MG	White, R., 1991: The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815, New York, Cambridge University Press.
MPCP	Minutes of the Provincial Council of Pennsylvania from the Organization to the Termination of the Proprietary Government, 1838: 6 vols., S. Hazard (ed.), Harrisburg, Theophilus Fenn.
MPHC	Michigan Pioneer Historical Society: Collections and Researchers, 1877-1929: 40 vols., Lansing, The Society.
NEQ	New England Quarterly
NOT	Saunt, C., 1999: A New Order of Things: Property, Power, and the Transformation of the Creek Indians, 1733-1816, New York, Cambridge University Press.
NWA	Calloway, C. G., 1998: New Worlds for All: Indians, Europeans, and the Remaking of Early America, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

NYCD	Brodhead, J. R., 1853-1887: Documents Relative to the Colonial History of the State of New York; Procured in Holland, England, and France, 15 vols., F. B. O'Callaghan (ed.), Albany, Weed, Parsons.
OBK	Brooks, L., 2018: Our Beloved Kin: A New History of King Philip's War, New Haven, Yale University Press.
OL	Richter, D. K., 1992: The Ordeal of the Longhouse: The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
PNAS	Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America
SA	Meinig, D. W., 1986-2005: The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History, 4 vols., New Haven, Yale University Press.
SFNA	Weber, D. J., 1992: Spanish Frontier in North America, New Haven, Yale University Press.
SG	Ostler, J., 2019: Surviving Genocide: Native Nations and the United States from the American Revolution to Bleeding Kansas, New Haven, Yale University Press.
WHC	Collections of the State Historical Society of Wisconsin, 1855-1911: 20 vols., L. C. Draper y R. Gold Thwaites (eds.), Madison, The Society.
WMQ	William and Mary Quarterly
WUH	Dowd, G. E., 2002: War under Heaven: Pontiac, the Indian Nations, and the British Empire, Baltimore, John Hopkins University Press.
YSF	Greene, C. S. y Thornton, R. (eds.), 2007: The Year the Stars Fell: Lakota Winter Counts at the Smithsonian, Washington D. C., Smithsonian National Museum of Natural History.

Fuentes primarias

Adair, J., 1775: The History of the American Indians, London, Printed for Edward and Charles Dilly.

Almon, J. (ed.), 1776: The Remembrancer, or Impartial Repository of Public Events for the Year 1776, vol. 3, pt. 3, London, J. Almon. *American State Papers*, Class II. Indian Affairs, 1832: Washington, D. C., Gales and Seaton.

Archdale, J., 1822 (1717): A New Description of That Fertile and Pleasant Carolina, Charleston, A. E. Miller.

Ball, E., 1970: In the Days of Victorio: Recollections of a Warm Springs Apache, Tucson, University of Arizona Press.

Barlowe, A., 1898 (1584): The First Voyage Made to the Coasts of America, with Two Barks, Wherein Were Captains M. Philip Amadas and M. Arthur Barlowe, Who Discovered Part of the Countrey Now Called Virginia, Anno 1584. Written by One of the Said Captaines, and Sent to Sir Walter Ralegh, Knight, at Whose Charge and Direction, the Said Voyage Was Set Forth, Boston, Directors of the Old South Work.

Bartlett, J. R., 1854: Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua, Connected with the United States and Mexican Boundary Commission, during the Years 1850, '51, '52, and '53, New York, D. Appleton.

Bénard de La Harpe, J.-B., 1851: «Historical Journal of the Establishment of the French Louisiana», en B. F. French (ed.), Historical Collections of Louisiana, New York, D. Appleton.

French, B. F. (ed.), 1851: Historical Collections of Louisiana, New York, D. Appleton.

Benavides, A. de, 1945: Revised Memorial of 1634, Albuquerque, University of New Mexico [ed. en esp.: El Memorial de 1634 de fray Alonso de Benavides: misiones de frontera en Nuevo México, B. Navajas Sosa (comp.), Madrid, Universidad Francisco de Vitoria, 2021].

Benavides, A. de, 1996: A Harvest of Reductant Souls: Fray Alonso

de Benavides's History of New Mexico, B.H. Morrow (trad. y ed.), Albuquerque, University of New Mexico Press.

Benians, E. A. (ed.), 2011 (1908): Captain John Smith, Travels, History of Virginia: The True Travels, Adventures and Observations of Captain John Smith, Cambridge, Cambridge University Press.

Bennett, Ch. E., 2001: Laudonnière & Fort Caroline: History and Documents, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Bennett, Ch. E., 2001b: «A Copy of a Letter Coming from Florida, Sent to Rouen and Then to M. D'Everon, Together with the Plan and Picture of the Fort Which the French Built There [1564]», en Ch. E. Bennett, Laudonnière & Fort Caroline: History and Documents, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Berry, J. y Moryson, F., 1915: «A True Narrative of the Rise, Progresse, and Cessation of the Late Rebellion in Virginia, Most Humbly and Impartially Reported by His Majestyes Commissioners Appointed to Enquire into the Affaires of the Said Colony», en Ch. M. Andrews (ed.), Narratives of the Insurrections, 1675-1690, New York, Scribner's.

Bird Simpson, L., 2000 (1959): San Saba Papers: A Documentary Account of the Founding and Destruction of the San Saba Mission, P. D. Nathan (trad.), Dallas, Southern Methodist University Press.

Board of Commissioners (comp. y ed.), 1893: Minnesota in the Civil and Indian Wars, St. Paul, Pioneer Press.

Bolton, H. E. (ed.), 1914: Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780, Cleveland, Arthur H. Clark.

Bossu, J.-B., 1962: Travels in the Interior of North America, 1752-1762, S. Feiler (ed.), Norman, University of Oklahoma Press.

Boyd, J. P. (ed.), 1982: The Papers of Thomas Jefferson, Princeton, Princeton University Press [ed. en esp.: Escritos políticos, J. de Salas Ortueta (ed.), A. Escohotado y M. Sáenz de Heredia (trads.), Madrid, Tecnos, 2014].

Brock, R. A. (comp.), 1883: The Official Records of Robert Dinwiddie, Lieutenant-Governor of the Colony of Virginia,

1751-1758, Richmond, Virginia Historical Society.

Burton, M. A. (ed.), 1912: Journal of Pontiac's Conspiracy 1763, Detroit, Clarence Monroe Burton.

Campbell, W. W., 1831: Annals of Tryon County, or the Border Warfare of New-York, New York, J. & J. Harper.

Carter, C. E. y Bloom, J. P. (eds.), 1934: The Territorial Papers of the United States, vol. 2, The Territory Northwest of the River Ohio, 1787-1803, Washington D. C., U.S. Government Printing Office.

Casas, B. de las, 1992: A Short Account of the Destruction of the Indies, N. Griffin (trad. y ed.), New York, Penguin [ed. en esp.: Brevísima relación de la destruición de las Indias, J. M. Martínez-Torrejon (ed.), Madrid, Cátedra, 2023].

Champlain, S. de, 1922-1939: The Works of Samuel de Champlain, H. P. Biggar (ed.), Toronto, Champlain Society.

Chauncey Ford W. y Hunt, G. (eds.), 1905: Journals of Continental Congress, 1774-1789, Washington D. C., Government Printing Office. *Collections of the Georgia Historical Society*, 1842: Savannaa, The Society.

Collections of the Illinois State Historical Library, 1915-1940: Springfield, Trustees of the Illinois State Historical Library.

Cruikshank, E. A. (ed.), 1912: Documents Relating to the Invasion of Canada and the Surrender of Detroit, Ottawa, Government Printing Bureau.

Cunningham, D. S. (ed.), julio de 2006: «The Domingo Ramón Diary of the 1716 Expedition into the Province of the Tejas Indians: An Annotated Translation», Southwestern Historical Quarterly 107.

Darlington, M. C., 1920: History of Colonel Henry Bouquet and the Western Frontiers of Pennsylvania, 1747-1764, impresión privada.

Deloria, V. y DeMallie, R. (comps.), 1999: Documents of American Indian Diplomacy: Treaties, Agreements, and Conventions, 1775-1979, Norman, University of Oklahoma Press.

DeMallie, R. J. (ed.), 1984: The Sixth Grandfather: Black Elk's

Teachings Given to John G. Neihardt, Lincoln, University of Nebraska Press.

DeMallie, R. J., Parks, D. y Vezina, R. (eds.), 2017: A Fur Trader on the Upper Missouri: The Journal and Description of Jean-Baptiste Truteau, 1794-1796, M. Mott Wedel, R. J. DeMallie y R. Vezina (trads.), Lincoln, University of Nebraska Press.

Easton, J., s.f.: «A Relation of the Indian War, by Mr. Easton, of Rhode Island, 1675», P. Royster (ed.), Faculty Publications, UNL Libraries, Libraries at University of Nebraska-Lincoln [https://digitalcommons.unl.edu/libraryscience/33].

Esarey, L. (ed.), 1922: Governors Messages and Letters: Messages and Letters of William Henry Harrison Concluded, John Gibson, Thomas Posey, Indianapolis, Indiana Historical Commission.

Evarts, J. (ed.), 1830: Speeches on the Passage of the Bill for the Removal of Indians Delivered in the Congress of the United States, Boston, Perkins and Marvin.

Fitzpatrick, J. C. (ed.), 1931-1939: Writings of George Washington, 39 vols., Washington D. C., Government Printing Office [ed. en esp.: George Washington. Escritos, J. Alcoriza y A. Lastra (trads.), Madrid, Tecnos, 2009].

Five Nations, 1698: Propositions Made by the Five Nations of Indians to His Excellency Richard Earl of Bellomont, New York.

Flint, R. y Flint Sh. C. (trads. y eds.), 2005: Documents of the Coronado Expedition, 1539-1542: «They Were Not Familiar with His Majesty, nor Did They Wish to Be His Subjects», Albuquerque, University of New Mexico Press.

Forbes, A. B. (ed.), 1943: The Winthrop Papers, Boston, Massachusetts Historical Society.

Underhill, J., 1638: Newes from America; or, A New and Experimentall Discoverie of New England; Containing, a Trve Relation of Their War- like Proceedings These Two Yeares Last Past, with a Figure of the Indian Fort, or Palizado, P. Royster (ed.), Electronic Texts in American Studies, Libraries at University of Nebraska-Lincoln [https://digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1037&context=etas,2–3].

Franklin, B., 1840: Works of Benjamin Franklin, Philadelphia, Childs and Peterson.

Franklin, B., 1868: Autobiography of Benjamin Franklin, John Bigelow (ed.), London, J. B. Lippincott [ed. en esp: Benjamin Franklin: su autobiografía, 1706-1757, I. Méndez-Trelles Díaz (trad.), Oviedo, Sapere Aude, 2022].

Gaignard, J., 1914: «Journal of an Expedition up the Red River, 1773-1774», en H. E. Bolton (ed.), Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780, Cleveland, Arthur H. Clark.

Gallay, A. (ed.), 1994: Voices of the Old South: Eyewitness Accounts, 1521-1861, Athens, University of Georgia Press.

Galloway, P., (ed.), 1984: Mississippi Colonial Archives: French Dominion, ed. rev., Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Gálvez, B. de, 1951: Instructions for Governing the Interior Provinces of New Spain 1786, D. E. Worcester (trad. y ed.), Berkeley, Quivira Society [ed. en esp.: Instrucciones del virrey D. Bernardo de Gálvez para la defensa de las provincias internas del norte, 1937].

Garrido y Durán, P., 1932: «An Account of the Events Which Have Occurred in the Provinces of New Mexico and concerning Peace Conceded to the Comanche Nation and Their Reconciliation with the Utes since November 17 of the Last Year and July of the Current [1786]», en A. B. Thomas (trad. y ed.), Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787: From the Original Documents in the Archives of Spain, Mexico, and New Mexico, Norman, University of Oklahoma Press.

Garrido y Durán, P., 1932b: «Account Received of What Was Done in the Province of New Mexico by Governor Don Juan Bautista de Anza […]», en en A. B. Thomas (trad. y ed.), Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787: From the Original Documents in the Archives of Spain, Mexico, and New Mexico, Norman, University of Oklahoma Press.

Gehring, Ch. (trad. y ed.), 2000: Correspondence, 1647-1653, New Netherlands Documents, Syracuse, Syracuse University Press.

Gold Thwaites, R. y Phelps Kellogg, L. (eds.), 1905: Documentary History of Dunmore's War, 1774, Madison, Wisconsin Historical Society.

Greene, J. A. (comp. y ed.), 1994: Lakota and Cheyenne: Indian Views of the Great Sioux War, 1876-1877, Norman, University of Oklahoma Press.

Hackett, Ch. W. (ed.), 1923-1937: Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya, and Approaches Thereto, to 1773, Washington D. C., Carnegie Institution.

Hammond, G. P. y Rey, A. (eds.), 1938: New Mexico in 1602: Juan de Montoya's Relation of the Discovery of New Mexico, Albuquerque, Quivira Society.

Hammond, G. P. y Rey, A. (trads. y eds.), 1940: Narratives of the Coronado Expedition, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Hand Browne, W. (ed.), 1896: Archives of Maryland, Baltimore, Maryland Historical Society.

Hazard, S. (ed.), 1828: Hazard's Register of Pennsylvania, Philadelphia, W. F. Geddes.

Hazard, S. (ed.), 1851: Colonial Records of Pennsylvania, Harrisburg, Theo. Fenn.

Hazard, S. (ed.), 1851-1853: Pennsylvania Archives, ser. 1, vol. 1, Philadelphia, Joseph Severns.

Hazard, S. (ed.), 1896: Pennsylvania Archives, ser. 2, vol. 7, Philadelphia, Joseph Severns.

Henry, A., 1921: Alexander Henry's Travels and Adventures in the Years 1760-1776, M. Milton Quaife (ed.), Chicago, R. R. Donnelley. *Historical Collections. Collections and Researches Made by the Pioneer and Historical Society of Michigan, 1904: Lansing, The Society*.

Huggins, B. L. (ed.), 2013: The Papers of George Washington. Revolutionary War Series, vol. 22, 1 August-21 October 1779, Charlottesville, University of Virginia Press.

Jackson, D. (ed.), 1962: Letters of the Lewis and Clark Expedition with Related Documents, 1783-1854, Urbana, University of Illinois Press.

John, E. A. H. (ed.), julio de 1994: «Inside the Comanchería, 1785: The Diary of Pedro Vial and Francisco Xavier Chaves», A. Benavides jr. (trad.), Southwestern Historical Quarterly 98, n.º 1.

Joslin Cox, I. (ed.), 1922: The Journeys of Réné Robert Cavelier, Sieur de La Salle, New York, Allerton.

Joutel, H., 1906: Joutel's Journal of La Salle's Last Voyage, 1684-7, Albany, Joseph McDonough.

Kellogg, L. Ph. (ed.), 1917: Early Narratives of the Northwest, 1634-1699, New York, Scribner's.

Kowland, D. y Sanders, A. G. (trads. y eds.), 1927-1984: Mississippi Provincial Archives, 1704-1734: French Dominion, Jackson, Press of the Mississippi Department of Archives and History.

Laer, A. J. F. van (trad. y ed.), 1974: New York Historical Manuscripts: Dutch, vol. 2, Registrar of the Provincial Secretary, 1642-1647, Baltimore, Genealogical Publishing.

Lahontan, barón de, 1905 (1703): New Voyages to North-America, R. Gold Thwaites (ed.), Chicago, A. C. McClurg.

Lawson, J., 1709: A New Voyage to Carolina; Containing the Exact Description and Natural History of That Country: Together with the Present State Thereof, London.

Lawson, J., 1714: The History of Carolina, Containing the Exact Description and Natural History of That Country, London, W. Taylor at the Ship, and F. Baker at the Black Boy, in Pater Roster Row.

Le Moyne d'Iberville, P., 1981: Iberville's Gulf Journals, R. Gaillard McWilliams (trad. y ed.), Tuscaloosa, University of Alabama Press. *Letters Received by the Office of Indian Affairs, 1824-1881: Upper Missouri Agency, 1824-1874; 1852-1864, 1956: Missoula, University of Montana-Missoula, Mansfield Library*.

Letters Received by the Office of Indian Affairs, 1824-1881: Seminole

Agency, 1824-1876, 1956: Washington D. C., National Archives.

Lincoln, Ch. L. (ed.), 1913: Narratives of the Indian War, New York, Scribner's.

Locke, J., 1980 (1778): Second Treatise of Government, C. B. Macpherson (ed.), Indianapolis, Hackett [ed. en esp.: Segundo tratado sobre el gobierno, A. Izquierdo (trad.), Madrid, Gredos, 2013].

Margry, P. (ed.), 1880: Decouvertes et etablissements des francais dans l'ouest et dans le sud de l'Amerique Septentrionale (1614-1754): Memoires et documents originaux, pt. 4, (1694-1703), Paris, D. Jouaust.

Margry, P. (ed.), 1883: Découvertes et établissements des Français dans l'ouest et dans le sud de l'Amérique septentrionale (1614-1754): Mémoires et documents originaux, pt. 5, Première formation d'une chaine de postes entre le Fleuve Saint-Laurent et le Golfe du Mexique (1683-1724), Paris, D. Jouaust.

Margry, P. (ed.), 1886: Découvertes et établissements des Français dans l'ouest et dans le sud de l'Amérique septentrionale (1614-1754): Mémoires et documents originaux, pt. 6, Exploration des affluents du Mississipi et découverte des Montagnes Rocheuses (1679-1754), Paris, D. Jouaust.

Martyn, B., 1733: Reasons for Establishing the Colony of Georgia, London, Printed for W. Meadows, at the Angel in Cornhill.

Mason, J., 1736: A Brief History of the Pequot War, Boston, S. Kneeland.

Massachusetts Historical Society, 1802: Collections of the Massachusetts Historical Society, Boston, Munroe and Francis.

Massachusetts Historical Society, 1836: Collections of the Massachusetts Historical Society, 3.ª serie, vol. 5, Boston, John H. Eastburn.

Massachusetts Historical Society, 1905: Publications of the Colonial Society of Massachusetts, vol. 7, Transactions: 1900-1902, Boston, The Society.

McDowell, W. L. (ed.), 1955: South Carolina Board of Commissioners of the Indian Trade, Journals of the Commissioners of the Indian Trade: September 20, 1710-August

29, 1718, Colonial Records of South Carolina, ser. 2, The Indian Books, Columbia, South Carolina University Press.

McIlwaine, H. R. (ed.), 1928: Executive Journals of the Council of Colonial Virginia, vol. 3, (May 1, 1705-October 23, 1721), Richmond, Davis Bottom.

McLean, M. (comp. y ed.), 1974-1993: Papers concerning Robertson's Colony in Texas, Austin, University of Texas Press.

Mealing, S. R. (ed.), 1978: Jesuit Relations and Allied Documents: A Selection, McGill-Queen's

University Press [https://www.jstor.org/stable/j.ctt7zt2f2].

Membré, Z., 1922: «Narrative of the Adventures of La Salle's Party at Fort Crevecoeur, in Illinois», en I. Joslin Cox (ed.), The Journeys of Réné Robert Cavelier, Sieur de La Salle, New York, Allerton.

Merrell, J. H., octubre de 2006: «"I Desire All That I Have Said… May Be Taken Down Aright": Revisiting Teedyuscung's 1756 Treaty Council Speeches», WMQ 63.

Miller, R. R. (trad. y ed.), octubre de 1975: «New Mexico in Mideighteenth Century: A Report Based on Governor Vélez Cachupín's Inspection», Southwestern Historical Quarterly 79, n.º 2.

Montanus, A., 1671: Description of New Netherland, Amsterdam.

Morkovsky, M. Ch. y Galloway, P. (eds.), 1987: La Salle, the Mississippi, and the Gulf: Three Primary Documents, A. L. Bell y R. S. Weddle (trads.), College Station, Texas A&M University Press.

Moser, H. D., Hoth, D. R. y Hoemann, G. H. (eds.), 1994: The Papers of Andrew Jackson, Knoxville, University of Tennessee Press.

Mothe Cadillac, A. de la y Liette, P., 1947 (ca. 1702): The Western Country in the 17th Century: The Memoirs of Lamothe Cadillac and Pierre Liette, M. Milton Quaife (ed.), Chicago, Lakeside Press.

Nasatir, A. P. (ed.), 1990 (1952): Before Lewis and Clark: Documents Illustrating the History of the Missouri, 1785-1804,

Lincoln, University of Nebraska Press.

Núñez Cabeza de Vaca, A., 1871: Relation of Alvar Núñez Cabeza de Vaca, B. Smith (trad.), Albany, J. Munsell [ed. en esp.: Relación de los naufragios y comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1906].

O'Callaghan, E. B. (ed.), 1849: The Documentary History of the State of New-York, Albany, Weed, Parsons.

Oglethorpe, J. E., 1732: A New and Accurate Account of the Provinces of South-Carolina and Georgia, London, J. Worrall.

Paine, Th., 1776: Common Sense, Philadelphia, W. & T. Bradford [ed. en esp.: Sentido común y Ocho cartas a los ciudadanos de los Estados Unidos, G. del Puerto (trad.), Madrid, Alianza, 2020].

Peabody, W. B. O., 1844: «Life of James Oglethorpe, the Founder of Georgia», en Lives of James Otis and James Oglethorpe, Library of American Biography, vol. 12, Boston, Charles C. Little and James Brown.

Peters, R. (ed.), 1856: The Public Statutes at Large of the United States of America, vol. 7, Boston, Charles C. Little and James Brown.

Prucha, F. P. (ed.), 1973: Americanizing the American Indians: Writings by the «Friends of the Indian», 1880-1900, Cambridge, Harvard University Press.

Prucha, F. P. (ed.), 1975: Documents of United States Indian Policy, 3.ª ed., Lincoln, University of Nebraska Press.

Quaife, M. M. (ed.), 1916: The Journals of Captain Meriwether Lewis and Sergeant John Ordway, Madison, State Historical Society of Wisconsin.

Radisson, P.-E., 1885: Voyages of Peter Esprit Radisson: Being an Account of His Travels and Experiences among the North American Indians, from 1652 to 1684, Boston, Prince Society.

Richardson, J. D. (comp.), 1897-1922: A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents, New York, Bureau of National Literature.

Rowlandson, M., W., 1720: The Soveraignty and Goodness of God,

Together with the Faithfulness of His Promises Displayed: Being a Narrative of the Captivity and Restauration of Mrs. Mary Rowlandson, Boston, I. Fleet [ed. en esp.: La verdadera historia del cautiverio y restitución de la señora Mary Rowlandson, E. Ortells Montón (trad. y ed.), Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008].

Seelye, J. E. y Littleton, S. A. (eds.), 2013: Voices of the American Indian Experience, vol. 1, pt. B, 1716-1826, Santa Barbara, Greenwood.

Sir Jeffery, 1st Baron Amherst, Official Papers, 1740-1783, 1979: London, World Microfilm Publications.

Smith, J., 1608 (1606): A True Relation of Virginia, Boston, I. Tappe.

Smith, J., 1616: A Description of New-England, London, Humfrey Lownes, for Robert Clerke.

Smith, J., 1629: The Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles with the Names of the Adventurers, Planters, Governours from Their First Beginning Anno: 1584 to This Present 1624, London, I. D. and I. H. [ed. en esp.: Historia general de Virginia, C. Montes (trad.), ed. bilingüe, León, Universidad de León, 2001].

Smith, J., 2011 (1908): Travels, History of Virginia: The True Travels, Adventures and Observations of Captain John Smith, Cambridge, Cambridge University Press.

Stanhope, W. (ed.), 1838: Correspondence of William Pitt, Earl of Chatham, London, John Murray.

State of the British and French Colonies in America, 1755: London, A. Millar.

State Papers and Public Documents of the United States, 1817: Boston, T. B. Wait.

Tabeau, P.-A., 1939: Tabeau's Narrative of Loisel's Expedition to the Upper Missouri, A. H. Able (ed.), Norman, University of Oklahoma Press.

Tailfer, P., 1741: A True and Historical Narrative of the Colony of Georgia, Charles Town, P. Timothy, para los autores.

Talon, P. y Talon, J., 1987: «Voyage to the Mississippi through the Gulf of Mexico», A. L. Bell (trad.), en M. Ch. Morkovsky y P. Galloway (eds.), La Salle, the Mississippi, and the Gulf: Three Primary Documents, A. L. Bell y R. S. Weddle (trads.), College Station, Texas A&M University Press.

The Colonial Records of the State of Georgia, 1907: vol. 9, Proceedings and Minutes of the Governor and Council from January 4, 1763, to December 2, 1766, Atlanta, Franklin-Turner.

The Colonial Records of the State of Georgia, 1913: vol. 22, Correspondence, Trustees, General Oglethorpe and Others: 1737-1740, pt. 1, 1737-1739, Atlanta, Chas. P. Byrd.

Thomas, A. B. (trad. y ed.), 1932: Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787: From the Original Documents in the Archives of Spain, Mexico, and New Mexico, Norman, University of Oklahoma Press.

Thomas, A. B. (ed.), 1935: After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1696-1727, Norman, University of Oklahoma Press.

Thomas, A. B. (trad. y ed.), 1940: The Plains Indians and New Mexico, 1751-1778: A Collection of Documents Illustrative of the Eastern Frontier of New Mexico, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Thompson, D., 1916: David Thompson's Narrative of His Explorations in Western America, 1784-1812, J. B. Tyrrell (ed.), Toronto, Champlain Society.

Timberlake, H., 1927: Memoirs, 1756-1765, Johnson City, Watauga.

U.S. Department of the Interior, Census Office, 1894: Report on Indian and Indians Not Taxed in the United States, Washington D. C., Government Printing Office.

Vignaug, H., 1902: Toscanelli and Columbus: The Letter and Chart of Toscanelli on the Route to the Indies by Way of the West, Sent in 1474 to the Portuguese, Fernam Martins, and Later On to Christopher Columbus, New York, E. P. Dutton [ed. en esp.: La carta y el mapa de Toscanelli sobre la ruta de las Indias por el

oeste enviados en 1474 al portugués Fernan Martins y trasladados más tarde a Cristóbal Colón: estudio crítico sobre la autenticidad y valor de estos documentos y sobre las fuentes de las ideas cosmográficas de Colón, J. B. Enseñat y Morell (ed.), Madrid, La Irradiación, 1901].

Vries, D. P. de, 1909: «Korte historiael, ende journaels aenteyckeninge van verscheyden voyagiens in de vier deelen des wereldts-ronde, als Europa, Africa, Asia, ende Amerika gedaen» [Breve historia y crónicas de viajes por los cuatro rincones del mundo: Europa, África, Asia y América], en J. F. Jameson (ed.), Original Narratives of Early American History, vol. 8, Narratives of New Netherland, 1609-1664, New York, Scribner's.

Warren, C. K., 1875: Preliminary Report of the Explorations in Nebraska and Dakota in the Years 1855-'56-'57, Washington D. C., Government Printing Office.

Williams, R., 2007 (1644): The Complete Writings of Roger Williams, Eugene, Wips & Stock.

Winthrop, J., 1790: A Journal of the Transactions and Occurrences in the Settlement of Massachusetts and the Other New-England Colonies, from the Year 1630 to 1644, Hartford, Elisha Babcock.

Winthrop, J., 1908: Winthrop's Journal: «History of New England», 1630-1649, J. K. Hosmer (ed.), New York, Scribner's.

Winfrey, D. H. y Day, J. M. (eds.), 1995 (1966): The Indian Papers of Texas and Southwest, 1825-1916, Austin, Texas State Historical Association.

Winship, G. P., 1896: «The Coronado Expedition, 1540-1542», en The Fourteenth Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington D. C., Government Printing Office.

Winship, G. P. (trad. y ed.), 1904: The Journey of Coronado, 1540-1542, New York, A. S. Barnes.

Wissler, C. y Duvall, D. C., 1908: Mythology of the Blackfoot Indians, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 2, pt. 1, New York, The Trustees.

Wood, W., 1865: Wood's New-England Prospect, Boston, John Wilson.

Wraxall, P., 1915: An Abridgement of the Indian Affairs: Contained

in Four Folio Volumes, Transacted in the Colony of New York, from the Year 1678 to the Year 1751, Ch. H. McIlwain (ed.), Cambridge, Harvard University Press.

Artículos, tesis doctorales y otras publicaciones

Ablavsky, G., diciembre de 2019: «Species of Sovereignty: Native Nationhood, the United States, and International Law, 1783-1795», JAH 106.

Adams, E. B., octubre de 1953: «Bishop Tamarón's Visitation of New Mexico», New Mexico Historical Review 28.

Addis, C., verano de 2005: «The Whitman Massacre: Religion and Manifest Destiny on the Columbia Plateau, 1809-1858», Journal of the Early Republic 25.

Baine, R. M., verano de 1995: «Indian Slavery in Colonial Georgia», Georgia Historical Quarterly 79.

Baires, S. E., 2014: «Cahokia's Rattlesnake Causeway», Midcontinental Journal of Archeology 39, n.º 2.

Baldwin, P. M., abril de 1926: «Fray Marcos de Niza and His Discovery of the Seven Cities of Cibola», New Mexico Historical Review 1, n.º 2.

Barr, D. P., invierno de 2006: «"A Road for Warriors": The Western Delawares and the Seven Years War», Pennsylvania History 73.

Barr, J., julio de 2004: «A Diplomacy of Gender: Rituals of First Contact in the "Land of the Tejas"», WMQ 61.

Barr, J., enero de 2011: «Geographies of Power: Mapping Indian Borders in the Early Southwest», WMQ 68.

Barr, J., abril de 2017: «There's No Such Thing as "Prehistory": What the Longue Durée of Caddo and Pueblo History Tells Us about Colonial America», WMQ 74.

Baumgartner, A. L., marzo de 2015: «The Line of Positive Safety: Borders and Boundaries in the Rio Grande Valley, 1848-1880», JAH 101.

Beckert, S., octubre de 2017: «American Danger: United States Empire, Eurafrica, and the Territorialization of Industrial Capitalism, 1870-1950», AHR 122.

Bennett, M. R., Bustos, D., Pigati, J. S., Springer, K. B., Urban, Th. M., Holliday, V. T., Reynolds, S. C. et al., 24 de septiembre de

2021: «Evidence of Humans in North America during the Last Glacial Maximum», Science 373, n.º. 6562.

Benson, L. V., Pauketat, T. R. y Cook, E. R., julio de 2009: «Cahokia's Boom and Bust in the Context of Climate Change», American Antiquity 74.

Bentley, M. M., abril de 1991: «The Slaveholding Catawbas», South Carolina Historical Magazine 92.

Bess, J., verano de 2020: «The Tohono O'odham "Attack" on El Plomo: A Study in Sovereignty, Survivance, Security, and National Identity at the Dawn of the American Century», Western Historical Quarterly 51.

Billings, W. M., octubre de 1970: «The Causes of Bacon's Rebellion: Some Suggestions», Virginia Magazine of History and Biography 78.

Bilodeau, Ch., 2014: «The Paradox of Sagadahoc: The Popham Colony, 1607-1608», Early American Studies 12, n.º 2.

Bird Grinnell, G., abril-junio de 1893: «Pawnee Mythology», Journal of American Folklore 6.

Bohaker, H., enero de 2006: «"Nindoodemag": The Significance of Algonquian Kinship Networks in the Eastern Great Lakes Region, 1600-1701», WMQ 63.

Bolton, Ch., otoño de 2003: «Jeffersonian Indian Removal and the Emergence of Arkansas Territory», Arkansas Historical Quarterly 62.

Bond jr., B. W., junio de 1926: «The Captivity of Charles Stuart, 1755-57», Mississippi Valley Historical Review 13.

Bowes, J. P., primavera de 2014: «American Indian Removal beyond the Removal Act», Native American and Indigenous Studies 1.

Boyd, M. F., 1948: «Enumeration of the Florida Spanish Missions in 1675», Florida Historical Quarterly 27, n.º 2.

Brain, J. F., abril de 1971: «The Natchez "Paradox"», Ethnology 10.

Braje, T. D., Dillehay, T. D., Erlandson, J. M., Klein, R. G. y Rick, T. C., noviembre de 2017: «Finding the First Americans», Science 358, n.º 6363.

Bray, K. M., 1994: «Teton Sioux: Population History, 1655-1881», Nebraska History 75.

Bready, M. B., octubre de 1909: «A Cavalier in Virginia-The Right Hon. Sir Wm. Berkeley, His Majesty's Governor», WMQ 18.

Brooks, J. F., junio de 2013: «Women, Men, and Cycles of Evangelism in the Southwest Borderlands, A.D. 750 to 1750», AHR 118.

Brown, A. S., abril de 1969: «The Role of the Army in Western Settlement: Josiah Harmar's Command, 1785-1790», Pennsylvania Magazine of History and Biography 93.

Brown, J., verano de 1970: «Economic Organization and the Position of Women among the Iroquois», Ethnohistory 17.

Brown, T., otoño de 2004: «Tradition and Change in Eighteenth-Century Pueblo Indian Communities», Journal of the Southwest 46.

Buchan, B., 2013: «Pandours, Partisans, and Petite Guerre: The Two Dimensions of Enlightenment Discourse on War», Intellectual History Review 23, n.º 3.

Butterfield, K., 2001: «Puritans and Religious Strife in the Early Chesapeake», Virginia Magazine of History and Biography 109, n.º 1.

Calloway, C. G., noviembre de 1985: «Suspicion and Self-Interest: The British-Indian Alliance and the Peace of Paris», Historian 48.

Campbell, C. y Campbell, I. D., 1989: «The Little Ice Age and Neutral Faunal Assemblages», Ontario Archaeology 49.

Canny, N. P., octubre de 1973: «The Ideology of English Colonization: From Ireland to America», WMQ 30.

Carney, J., abril de 2000: «The African Origins of Carolina Rice Culture», Ecumene 7.

Carpenter, R. M., invierno de 2007: «From Indian Women to English Children: The Lenni-Lenape and the Attempt to Create a New Diplomatic Identity», Pennsylvania History 74.

Cave, A. A., marzo de 1989: «The Pequot Invasion of Southern New England: A Reassessment of the Evidence», NEQ 62.

Cave, A. A., primavera de 1999: «The Delaware Prophet Neolin: A

Reappraisal», Ethnohistory 46.

Ceci, L., primavera de 1982: «The Value of Wampum among the New York Iroquois: A Case Study in Artifact Analysis», Journal of Anthropological Research 38.

Cevasco, C., diciembre de 2016: «This Is My Body: Communion and Cannibalism in Colonial New England and New France», NEQ 89.

Connolly, E., invierno de 2020: «Panic, State Power, and Chickasaw Dispossession», Journal of the Early Republic 40.

Crimmins, M. L., 1943: «The First Line of Army Posts Established in West Texas in 1849», West Texas Historical Association Year Book 19.

Daiutolo jr, R., primavera de 1988: «The Role of Quakers in Indian Affairs during the French and Indian War», Quaker History 77.

Davis, T. F., julio de 1935: «Ponce de Leon's Second Voyage and Attempt to Colonize Florida», Florida Historical Society Quarterly 14.

DeJohn Anderson, V., octubre de 1994: «King Philip's Herds: Indians, Colonists, and the Problem of Livestock in Early New England», WMQ 51.

DeLay, B., noviembre de 2015: «Indian Politics, Empire, and the History of American Foreign Relations», Diplomatic History 39.

DeLucia, Ch., marzo de 2012: «The Memory Frontier: Uncommon Pursuits of Past and Place in the Northeast after King Philip's War», JAH 98.

Denasi, R. A., verano de 2007: «The Penn's Creek Massacre and the Captivity of Marie le Roy and Barbara Leininger», Pennsylvania History 74.

DeVorsey jr., L., primavera de 1970: «Indian Boundaries in Colonial Georgia», Georgia Historical Quarterly 54.

Dierksheide, Ch., primavera de 2008: «"The Great Improvement and Civilization of That Race": Jefferson and the "Amelioration" of Slavery, ca. 1770-1826», Early American Studies 6.

Din, G. C., verano de 2010: «William Augustus Bowles on the Gulf Coast, 1787-1803: Unraveling a Labyrinthine Conundrum»,

Florida Historical Quarterly 89.

Dinwoodie, J., junio de 2021: «Evading Indian Removal in the American South», JAH 108.

Dixon, B. J., enero de 2019: «“His One Netev Ples”: The Chowans and the Politics of Native Petitions in the Colonial South», WMQ 76.

Dubcovsky, A., abril de 2018: «Defying Indian Slavery: Apalachee Voices and Spanish Sources in the Eighteenth-Century Southeast», WMQ 75.

DuVal, K., abril de 2008: «Indian Intermarriage and Métissage in Colonial Louisiana», WMQ 65.

Dyke, R. M. van, julio de 2004: «Memory, Meaning, and Masonry: The Late Bonito Chacoan Landscape», American Antiquity 69.

Ellis, E., 2015: «The Many Ties of the Petites Nations: Relationships, Power, and Diplomacy in the Lower Mississippi Valley, 1685-1785», tesis doctoral, University of North Carolina.

Ellis, E., primavera de 2017: «Petite Nation with Powerful Networks: The Tunics in the Eighteenth Century», Louisiana History 58.

Ellis, E., julio de 2020: «The Natchez War Revisited: Violence, Multinational Settlements, and Indigenous Diplomacy in the Lower Mississippi Valley», WMQ 77.

Evans Dowd, G., verano de 1990: «The French King Wakes Up in Detroit: “Pontiac’s War” in Rumor and History», Ethnohistory 37.

Feister, L. M., invierno de 1973: «Linguistic Communication between the Dutch and Indians in New Netherland, 1609-1664», Ethnohistory 20.

Fenn, E. A., marzo de 2000: «Biological Warfare in Eighteenth-Century North America: Beyond Jeffery Amherst», JAH 86.

Fickes, M. L., marzo de 2000: «“They Could Not Endure That Yoke”: The Captivity of Pequot Women and Children after the War of 1637», NEQ 73.

Fiedel, S. J., enero de 1999: «Older Than We Thought: Implications of Corrected Dates for Paleoindians», American Antiquity 64.

Fish, S. K. y Fish, P. R., verano de 1992: «Prehistoric Landscapes of the Sonoran Desert Hohokam», Population and Environment 13.

Fisher, L. D., enero de 2014: «“Dangerous Designes”: The 1676 Barbados Act to Prohibit New England Indian Slave Importation», WMQ 71.

Fitts, M. E., 2006: «Mapping Catawba Coalescence», North Carolina Archeology 55.

Flores, D., septiembre de 1991: «Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850», JAH 78.

Francis, J. M. y Kole, K. M., 2011: «Murder and Martyrdom in Spanish Florida: Don Juan and the Guale Uprising of 1597», American Museum of Natural History Anthropological Papers 95, [https://core.ac.uk/download/pdf/18228437.pdf].

Freeman, M., junio de 1995: «Puritans and Pequots: The Question of Genocide», NEQ 68.

Furstenberg, F., junio de 2008: «The Significance of the Trans-Appalachian Frontier in Atlantic History», AHR 113.

Gallivan, M. D., marzo de 2007: «Powhatan’s Werowocomoco: Constructing Place, Polity, and Personhood in the Chesapeake, C.E. 1200-C.E. 1609», American Anthropologist 109.

Garrison Wilkes, J. H., septiembre de 1972: «Maize and Its Wild Relatives», Science 177.

Gill, J. L., Williams, J. W., Jackson, S. T., Lininger, K. B. y Robinson, G. S., noviembre de 2009: «Pleistocene Megafaunal Collapse, Novel Plant Communities, and Enhanced Fire Regimes in North America», Science 326, n.º 5956.

Gray, R. y Wood, B., 1976: «The Transition from Indentured to Involuntary Servitude in Colonial Georgia», Explorations in Economic History 13, n.º 4.

Grayson, D. K. y Meltzer, D. J., mayo de 2003: «A Requiem for North American Overkill», Journal of Archaeological Science 30.

Green, J., verano de 1994: «The Medals of Wounded Knee», Nebraska History 75.

Greer, A., abril de 2012: «Commons and Enclosure in the Colonization of North America», AHR 117, n.º 2.

Gregg, M. T., 2009: «Shortchanged: Uncovering the Value of Pre-removal Cherokee Property», Chronicles of Oklahoma 3.

Guyatt, N., marzo de 2009: «“The Outskirts of Our Happiness”: Race and the Lure of Colonization in the Early Republic», JAH 95.

Haake, C. B., otoño de 2015: «Appeals to Civilization and Customary “Forest Diplomacy”: Arguments against Removal in Letters Written by the Iroquois, 1830-1857», Wicazo Sa Review 30.

Hacker, J. D., diciembre de 2011: «Census-Based Count of the Civil War Dead», Civil War History 57.

Hackett, Ch. W., octubre de 1911: «The Revolt of the Pueblo Indians of New Mexico in 1680», Quarterly of the Texas State Historical Association 15.

Haines, F., enero de 1954: «Chief Joseph and the Nez Perce Warriors», Pacific Northwest Quarterly 45.

Hämäläinen, P., diciembre de 2003: «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», JAH 90.

Hämäläinen, P., abril de 2010: «The Politics of Grass: European Expansion, Ecological Change, and Indigenous Power in the Southwest Borderlands», WMQ 67.

Hämäläinen, P., diciembre de 2016: «Reconstructing the Great Plains», Journal of the Civil War Era 6.

Hamer, P. M., octubre de 1925: «Fort Loudoun in the Cherokee War», North Carolina Historical Review 24.

Hann, J. H., octubre de 1992: «Political Leadership among the Natives of Spanish Florida», Florida Historical Quarterly 71.

Hatfield, A. L., 2006: «Geography, Law, and Anglo-Spanish Relations in the Western Caribbean and Southeastern North America», paper, WMQ-EMSI workshop.

Hau, M. von y Wilde, G., 2010: «“We Have Always Lived Here”: Indigenous Movements, Citizenship and Poverty in Argentina», Journal of Development Studies 46, n.º 7.

Heath, Ch. L., 2004: «Catawba Militarism: Ethnohistorical and Archaeological Overviews», North Carolina Archaeology 53.

Heitman, C., 2007: «Houses Great and Small: Reevaluating the "House" in Chaco Canyon, New Mexico», en R. A. Beck jr. (ed.), The Durable House: House Society Models in Archaeology, Occasional Paper 35, Carbondale, Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University.

Herbert, J., primavera de 2018: «To Treat with All Nations: Invoking Authority in the Chickasaw Nation, 1783-1795», Ohio Valley History 18, n.º 1.

Herndon, R W. y Wilcox Sekatau, E., verano de 1997: «The Right to a Name: The Narragansett People and Rhode Island Officials in the Revolutionary Era», Ethnohistory 44.

Holland Braund, K. E., verano de 1990: «Guardians of Tradition and Handmaidens to Change: Women's Roles in Creek Economic and Social Life during the Eighteenth Century», American Indian Quarterly 14.

Holland Braund, K. E., noviembre de 1991: «The Creek Indians, Blacks, and Slavery», Journal of Southern History 57.

Holmes, J. D. L., primavera de 1986: «Benjamin Hawkins and United States Attempts to Teach Farming to Southeastern Indians», Agricultural History 60.

Ibbotson, J. D., octubre de 1938: «Samuel Kirkland, the Treaty of 1792, and the Indian Barrier State», New York History.

Ivey, J. E., primavera de 1994: «"The Greatest Misfortune of All": Famine in the Province of New Mexico, 1667-1672», Journal of the Southwest 36.

Jensen, M., 1977: «Native American Women and Agriculture: A Seneca Case Study», Sex Roles 3, n.º 5.

Jóhannesson, S., septiembre de 2017: «"Securing the State": James Madison, Federal Emergency Powers, and the Rise of the Prerevolutionary America», JAH 104.

Johnson, D. A., julio de 2017: «Displacing Captives in Colonial South Carolina: Native American Enslavement and the Rise of the Colonial State after the Yamasee War», Journal of Early American History 7.

Jones, D. S., octubre de 2003: «Virgin Soils Revisited», WMQ 60.

Jones, E. E., abril de 2010: «Population History of the Onondaga and Oneida Iroquois, A.D. 1500-1700», American Antiquity 75.

Karr, R. D., diciembre de 1998: «"Why Should You Be So Furious?": The Violence of the Pequot War», JAH 85.

Keller, Ch. B., marzo de 2000: «Philanthropy Betrayed: Thomas Jefferson, the Louisiana Purchase, and the Origins of Federal Indian Removal Policy», Proceedings of the American Philosophical Society 144.

Kelly, J. Ch., octubre de 1952: «The Historic Indian Pueblos of La Junta de los Rios», New Mexico Historical Review 27.

Kelton, P., octubre de 2012: «The British and Indian War: Cherokee Power and the Fate of Empire in North America», WMQ 69.

Kicza, J. E., abril de 1992: «Patterns in Early Spanish Overseas Expansion», WMQ 49.

Kohler, T. A. y Turner, K. K., diciembre de 2006: «Raiding for Women in the Pre-Hispanic Northern Pueblo Southwest?», Current Anthropology 47.

Kokomoor, K., invierno de 2014: «"Burning & Destroying All before Them": Creeks and Seminoles on Georgia's Revolutionary Frontier», Georgia Historical Quarterly 98.

Klepp, S. E., junio de 1989: «Demography in Early Philadelphia, 1690-1860», Proceedings of the American Philosophical Society 133.

Kruer, M., julio de 2017: «Bloody Minds and Peoples Undone: Emotion, Family, and Political Order in the Susquehannock-Virginia War», WMQ 74.

Landon, A. J., 2008: «The "How" of the Three Sisters: The Origins of Agriculture Mesoamerica and the Human Niche», Nebraska Anthropologist 40.

Lamphere, L., otoño de 1969: «Symbolic Elements in Navajo Ritual», Southwestern Journal of Anthropology 25.

Launay, R., 2010: «Lafitau Revisited: American "Savages" and Universal History», Anthropologica 52, n.º 2.

Lawner, A., junio de 2018: «It Was America's First English Colony. Then It Was Gone», National Geographic [https://

www.nationalgeographic.com/magazine/2018/06/lost-colony-roanoke-history-theories-croatoan].

Lee, R., marzo de 2017: «Accounting for Conquest: The Price of the Louisiana Purchase in Indian Country», JAH 103.

Lehman, J. D., octubre de 1990: «The End of the Iroquois Mystique: The Oneida Land Cession Treaties of the 1780s», WMQ 47.

Leitch Wright jr., J., diciembre de 1967: «Creek-American Treaty of 1790: Alexander McGillivray and the Diplomacy of the Old Southwest», Georgia Historical Quarterly 51.

Lipman, A., enero de 2008: «"A Meanes to Knitt Them Together": The Exchange of Body Parts in the Pequot War», WMQ 65.

Livi-Bacci, M., junio de 2006: «The Depopulation of Hispanic America after the Conquest», Population and Development Review 32.

Lomawaima, K. T. y Ostler, J., primavera de 2018: «Reconsidering Richard Henry Pratt: Cultural Genocide and Native Liberation in an Era of Racial Oppression», Journal of American Indian Education 57.

Lonkhuyzen, H. W. van septiembre de 1990: «A Reappraisal of the Praying Indians: Acculturation, Conversion, and Identity at Natick, Massachusetts», NEQ 63.

Madley, B., febrero de 2015: «Reexamining the American Genocide Debate: Meaning, Historiography, and New Methods», AHR 120.

Mahon, J. K., abril de 1962: «The Treaty of Moultrie Creek», Florida Historical Quarterly 40.

Mahon, J. K., julio de 1962: «Two Seminole Treaties: Payne's Landing, 1832, and Ft. Gibson, 1833», Florida Historical Quarterly 41.

Mahoney, N. M., Adler, M. A. y Kendrick, J. W., otoño de 2000: «The Changing Scale and Configuration of Mesa Verde Communities», Kiva 66, n.º 1.

Malkovich, A. M., enero de 1985: «Historic Population of the Eastern Pueblos: 1540-1910», Journal of Anthropological Research 41.

Mancke, E., primavera de 2018: «The Ohio Country and Indigenous

Geopolitics in Early Modern North America, circa 1500-1760», Ohio Valley History 18.

Marr, J. S. y Cathey, J. T., febrero de 2020: «New Hypothesis for Cause of Epidemic among Native Americans, New England, 1616-1619», Emerging Infectious Diseases 16.

Martin, J. M., Mead, J. I. y Barboza, P. S., mayo de 2018: «Bison Body Size and Climate Change», Ecology and Evolution.

Matter, R. A., julio de 1975: «Missions in the Defense of Spanish Florida, 1566-1710», Florida Historical Quarterly 54.

McAlister, L. N., abril de 1962: «William Augustus Bowles and the State of Muskogee», Florida Historical Quarterly 40.

McCarty, K., invierno de 1998: «Sonorans Plan a New Frontier: The 1849 Report of Governor José Aguilar», Journal of Arizona History 39.

McCorkle jr., J. L., 1984: «Los Adaes and the Borderlands Origins of East Texas», East Texas Historical Journal 22, n.º 2.

McCracken, R. J. S., 1985: «Susquehannocks, Brulé, and Carantouannais: A Continuing Research Problem», Bulletin and Journal of Archaeology for New York State 91.

McLoughlin, W. G., noviembre de 1979: «New Angles of Vision on the Cherokee Ghost Dance Movement of 1811-1812», American Indian Quarterly 5.

McNeil, K., primavera de 2019: «The Louisiana Purchase: Indian and American Sovereignty in the Missouri Watershed», Western Historical Quarterly 50.

Merrell, J. H., agosto de 1984: «The Racial Education of the Catawba Indians», Journal of Southern History 50.

Michelson, A., 2018: «Hanodaga:yas (Town Destroyer) and Mantle», Third Text 32.

Middleton, R., otoño de 2006: «Pontiac: Local Warrior or Pan-Indian Leader?», Michigan Historical Review 32.

Miles, T., 2008: «The Narrative of Nancy, a Cherokee Woman», Frontiers 29.

Miller, J., agosto de 1974: «The Delaware as Women: A Symbolic Solution», American Ethnologist 1.

Mitchel, R. D., septiembre de 1983: «American Origins and Regional Institutions: The Seventeenth-Century Chesapeake». Annals of the Association of American Geographers 73.

Mohammedi, S., otoño de 2002: «The Interpretation of Christianity by American Prophets», Indigenous Nations Studies Journal 3.

Montaigne, F., enero-febrero de 2020: «The Fertile Shore», Smithsonian Magazine, [https://www.smithsonianmag.com/science-nature/how-humans-came-to-americas-180973739].

Fenton, W. N., octubre-diciembre de 1962: «This Island, the World on the Turtle's Back», Journal of American Folklore 75.

Moorhead, M. L., otoño de 1975: «Spanish Deportation of Hostile Apaches: The Policy and the Practice», Arizona and the West 17.

Moreau, B., 2003: «The Death of Père Aulneau, 1736: The Development of Myth in the Northwest», CCHA Historical Studies 69.

Moreno-Mayar, J. V., Vinner, L., Barros Damgaard, P. de, Fuente, C. de la, Chan, J., Spence, J. P., Allentoft, M. E. et al., 2018: «Early Human Dispersals within the Americas», Science 362, n.º 6419 [https://doi.org/10.1126/science.aav2621].

Morrissey, R. M., diciembre de 2015: «The Power of the Ecotone: Bison, Slavery, and the Rise and Fall of the Grand River of Kaskaskia», JAH 102.

Muñoz, S. E., Gruley, K. E., Massie, A., Fike, D. A., Schroeder, S. y Williams, J. W., mayo de 2015: «Cahokia's Emergence and Decline Coincided with Shifts of Flood Frequency on the Mississippi River», PNAS 112.

Neuwirth, S. D., 1986: «The Images of Place: Puritans, Indians, and the Religious Significance of the New England Frontier», American Art Journal 18.

Newcombe, B. T., otoño de 1976: «"A Portion of the American People": The Sioux Sign a Treaty in Washington in 1858», Minnesota History 45.

Nooe, E., abril de 2005: «Common Justice: Vengeance and Retribution in Creek Country», Ethnohistory 82.

Oberg, M. L., julio de 1991: «William Wirt and the Trials of

Republicanism», Virginia Magazine of History and Biography 99, n.º 3.

Oberg, M. L., septiembre de 2004: «“We Are All the Sachems from East to West”: A New Look at Miantonomi’s Campaign of Resistance», NEQ 77.

Onuf, P. S., invierno de 2003: «The Revolution of 1803», Wilson Quarterly 27.

Opler, M. K., enero-marzo de 1943: «The Origins of Comanche and Ute», American Anthropologist 45.

Osborn, A. J., septiembre de 1983: «Ecological Aspects of Equestrian Adaptations in Aboriginal North America», American Anthropologist 85.

Ostler, J., octubre de 2015: «“To Extirpate the Indians”: An Indigenous Consciousness of Genocide in the Ohio Valley and Lower Great Lakes, 1750s-1810», WMQ 72.

O’Sullivan, J., julio-agosto de 1945: United States Magazine and Democratic Review 17.

Parramore, Th. C., octubre de 1982: «The Tuscarora Ascendancy», North Carolina Historical Review 59.

Parker, A. C., noviembre de 1912: «The Code of Handsome Lake, the Seneca Prophet», *Education Department Bulletin* 530.

Pearsall, S. M. S., octubre de 2013: «“Having Many Wives” in Two American Rebellions: The Politics of Households and the Radically Conservative», AHR 118.

Pearsall, S. M. S., noviembre de 2015: «Native American Men-and Women-at Home in Plural Marriages», Gender & History 27.

Pearson, J. D., otoño de 2003: «1851 Cass and the Politics of Disease: The Indian Vaccination Act of 1832», Wicazo Sa Review 18.

Perdue, Th., verano de 1982: «Traditionalism in the Cherokee Nation: Resistance to the Constitution of 1827», Georgia Historical Quarterly 66.

Perdue, Th., otoño de 1989: «The Conflict Within: The Cherokee Power Structure and Removal», Georgia Historical Quarterly 73.

Perdue, Th., julio de 2007: «American Indian Survival in South

Carolina», South Carolina Historical Magazine 108.

Piperno, D. R. y Flannery, K. V., febrero de 2001: «The Earliest Archaeological Maize (Zea mays L.) from Highland Mexico: New Accelerator Mass Spectrometry Dates and Theory Implications», PNAS 98.

Rafferty, K., 1990: «The Virgin Anasazi and the Pan-southwestern Trade System, A.D. 900-1150», Kiva 56, n.º 1.

Reichard, G. A., verano de 1946: «Distinctive Features of Navaho Religion», Southwestern Journal of Anthropology 1.

Reis, E., junio de 1995: «The Devil, the Body, and the Feminine Soul in Puritan New England», JAH 82.

Rhoades, M. L., otoño de 2009: «Blood and Boundaries: Virginia Backcountry Violence and the Origins of the Quebec Act, 1758-1775», West Virginia History 3.

Rice, J. D., diciembre de 2014: «Bacon's Rebellion in Indian Country», JAH 101.

Rice, J. D., enero de 2020: «War and Politics: Powhatan Expansionism and the Problem of Native American Warfare», WMQ 77.

Richmond, D. W., abril de 2007: «Africa's Initial Encounter with Texas: The Significance of Afro-Tejanos in Colonial Tejas, 1528-1821», Bulletin of Latin American Research 26.

Richter, D. K., invierno de 1985: «Iroquois versus Iroquois: Jesuit Missions and Christianity in Village Politics, 1642-1686», Ethnohistory 32.

Ritter, B. R., otoño 2002: «Piecing Together the Ponca Past: Reconstructing Degiha Migrations to the Great Plains», Great Plains Quarterly 22.

Romero de Terreros, J. M., abril de 2004: «The Destruction of the San Sabá Apache Mission: A Discussion of the Casualties», Americas 60.

Rosenswig, R. M., junio de 2006: «Sedentism and Food Production in Early Complex Societies of the Soconusco, Mexico», World Archaeology 38.

Rountree, H. C., invierno de 1998: «Powhatan Indian Women: The

People Captain John Smith Barely Saw», Ethnohistory 45.

Rushforth, B., enero de 2006: «Slavery, the Fox Wars, and the Limits of Alliance», WMQ 63.

Schmidt, E. A., verano de 2012: «Cockacoeske, Weroansqua of the Pamunkeys, and Indian Resistance in Seventeenth-Century Virginia», American Indian Quarterly 36.

Schurz, W. L., mayo de 1922: «The Spanish Lake», Hispanic American Historical Review 5.

Seeman, E. R., junio de 2001: «Reading Indians' Deathbed Scenes: Ethnohistorical and Representational Approaches», JAH 88.

Shoemaker, N., junio de 1997: «How Indians Got to Be Red», AHR 102.

Shoemaker, N., primavera de 1999: «An Alliance between Men: Gender Metaphors in Eighteenth-Century American Indian Diplomacy East of the Mississippi», Ethnohistory 46.

Shoemaker, N., octubre de 2020: «2019 Presidential Address: Sameness and Difference in Ethnohistory», Ethnohistory 67, n.º 4, 537-549.

Simpson, L., otoño de 2008: «Looking after Gdoo-naaganinaa: Precolonial Nishnaabeg Diplomatic and Treaty Relationships», Wicazo Sa Review 23.

Sleeper-Smith, S., primavera de 2000: «Women, Kin and Catholicism: New Perspectives on the Fur Trade», Ethnohistory 47.

Sluyter A. y Domínguez, G., enero de 2006: «Early Maize (Zea mays L.)», PNAS 103.

Smith, R. A., febrero de 1963: «Indians in American-Mexican Relations before the War of 1846», Hispanic American Historical Review 43.

Smith, R. A., primavera de 1964: «The Scalp Hunter in the Borderlands, 1835-1850», Arizona and the West 6.

Smits, D. D., otoño de 1994: «The Frontier Army and the Destruction of the Buffalo: 1865-1883», WHQ 25.

Spear, J. M., julio de 2019: «Beyond the Native/Settler Divide in Early California», WMQ 76.

Speck, F. G., octubre de 1946: «The Delaware Indians as Women: Were the Original?», Pennsylvanians Politically Emasculated Pennsylvania Magazine of History and Biography 70.

Starna, W. A. y Brandão, J. A., otoño de 2004: «From the Mohawk-Mahican War to the Beaver Wars: Questioning the Pattern», Ethnohistory 51.

Stromberg, J., 30 de abril de 2013: «Starving Settlers in Jamestown Colony Resorted to Cannibalism», Smithsonian Magazine [https://www.smithsonianmag.com/history/starving-settlers-in-jamestown-colony-resorted-to-cannibalism-46000815].

Sweet, T., septiembre de 1999: «Economy, Ecology, and Utopia in Early Colonial Promotional Literature», American Literature 71.

Tanner, H. H., invierno de 1978: «The Glaize in 1792: A Composite Indian Community», Ethnohistory 25.

Taylor, A., primavera de 2003: «The People of British America, 1700-75», Orbis 47.

Teague, L. S., 1993: «Prehistory and the Traditions of the O'Odham and Hopi», Kiva 58, n.º 4.

Theriault, S. M., verano de 2006: «Party Politics during the Louisiana Purchase», Social Science

History 30.

Thompson, V. D., Marquardt, M. H., Savarese, M., Walker, K. J., Newson, L. A., Lulewich, I., Lawres, N. R., Roberts Thompson, A. D., Bacon, A. R. y Walser, Ch. R., abril de 2020: «Ancient Engineering of Fish capture in Southwest Florida», PNAS 117.

Tiro, K. M., 2000: «A "Civil" War? Rethinking Iroquois Participation in the American Revolution», Explorations in Early American Culture 4.

Tooker, E., marzo de 1989: «On the Development of the Handsome Lake Religion», Proceedings of the American Philosophical Society 133.

Treuer, D., mayo de 2021: «Return the National Parks to the Tribes», Atlantic.

Trubitt, M. B. D., octubre de 2000: «Mound Building and Prestige Goods Exchange: Changing Strategies in the Cahokia», American

Antiquity 65.

Tucker, G. R., 2011: «Place-Names, Conquest, and Empire: Spanish and Amerindian Conceptions of Place in the New World», tesis doctoral, University of Texas at Arlington.

Upham, S., MacNeish, R. S., Galinat, W. C. y Stevenson, Ch. M., junio de 1987: «Evidence concerning the Origin of Maiz de Ocho», American Anthropologist 89.

Usner jr., D. H., otoño de 1979: «From African Captivity to American Slavery: The Introduction of Black Laborers to Colonial Louisiana», Louisiana History 20.

Usner jr., D. H., invierno de 2013: «“A Savage Feast They Made of It”: John Adams and the Paradoxical Origins of Federal Indian Policy», Journal of the Early Republic 33.

Walsh, M. A., septiembre de 2010: «Enslaved Pearl Divers in the Sixteenth Century Caribbean», Slavery and Abolition 31.

Ward, M. C., verano de 2007: «The “Peaceable Kingdom” Destroyed: The Seven Years’ War and the Transformation of the Pennsylvania Backcountry», Pennsylvania History 74.

Washburn, J., 2020: «Directing Their Own Change: Chickasaw Economic Transformation and Civilization Plan, 1750s-1830s», Native South 13.

Washburn, W. E., septiembre de 1957: «Governor Berkeley and King Philip’s War», NEQ 30.

Watt, R. N., noviembre de 2011: «Victorio’s Military and Political Leadership of the Warm Springs Apaches», War in History.

Weaver, J., verano de 2011: «The Red Atlantic: Transoceanic Cultural Exchanges», American Indian Quarterly 35.

West, E., abril de 2003: «Reconstructing Race», Western Historical Quarterly 34.

Wet, J. M. J. de, Harlan, J. R. y Grant, C. A., 1971: «Origin and Evolution of Teosinte (Zea mexicana [Schrad.] Kuntze.)», Euphytica 20, n.º 2.

Whittaker, J. C., Pettigrew, D. B. y Grohsmeyer, R. J., 2017: «Atlatl Dart Velocity: Accurate Measurements and Implications for Paleoindian and Archaic Archaeology», PaleoAmerica 3, n.º 2.

Windes, Th. C. y Ford, D., abril de 1996: «The Chaco Wood Project: The Chronometric Reappraisal of Pueblo Bonito», American Antiquity 61.

Witgen, M., julio de 2019: «A Nation of Settlers: The Early American Republic and the Colonization of the Northwest Territory», WMQ 76.

Witherspoon, G., 1974: «The Central Concepts of Navajo World View», Linguistics 12, n.º 119.

Wolfe, P., diciembre de 2006: «Settler Colonialism and the Elimination of the Native», Journal of Genocide Research 8.

Wonderley, A., octubre de 2000: «Brothertown, New York History, 1785-1796», New York History 81.

Wood, P. H., abril de 1984: «La Salle: Discovery of a Lost Explorer», AHR 89.

Woods, P. D., otoño de 1978: «The French and the Natchez Indians in Louisiana: 1700-1731», Louisiana History 19.

Wunder, J. R., 2000-2001: «“Merciless Indian Savages” and the Declaration of Independence: Native Americans Translate the Ecunnaunuxulgee Document», American Indian Law Review 25.

Yarbrough, F. A., invierno de 2004: «Legislating Women’s Sexuality: Cherokee Marriage Laws in the Nineteenth Century», Journal of Social History 38.

Yaeger, T. J., diciembre de 1995: «Encomienda or Slavery? The Spanish Crown’s Choice of Labor Organization in Sixteenth-Century Spanish America», Journal of Economic History 55.

Zimmermann Holt, J., abril de 2009: «Rethinking the Ramey State: Was Cahokia the Center of a Theater State?», American Antiquity 74.

Fuentes secundarias

Abram, S. M., 2012: «Cherokees in the Creek War: A Band of Brothers», en K. E. Holland Braund (ed.), Tohopeka: Rethinking the Creek War and the War of 1812, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Adams, R. E. W., 1991: Prehistoric Mesoamerica, Norman, University of Oklahoma Press.

Adams, R. E. W. y MacLeod, M. J. (eds.), 2000: The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas, 3 vols., New York, Cambridge University Press.

Adler, W., 2021: Engineering Expansion: The U. S. Army and Economic Development, 1787-1860, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Allain, M., 1988: Not Worth a Straw: French Colonial Policy and the Early Years of Louisiana, Lafayette, Center for Louisiana Studies.

Anderson, Ch. L., 2020: The Storied Landscape of Iroquoia: History, Conquest, and Memory in the Native Northwest, Lincoln, University of Nebraska Press.

Anderson, G. C., 1997 (1984): Kinsmen of Another Kind: Dakota-White Relations in the Upper Mississippi Valley, 1650-1862, Lincoln, University of Nebraska Press.

Anderson, G. C., 1999: The Indian Southwest, 1580-1830: Ethnogenesis and Reinvention, Norman, University of Oklahoma Press.

Anderson, G. C., 2005: The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875, Norman, University of Oklahoma Press.

Anderson, G. C., 2019: Massacre in Minnesota: The Dakota War, the Most Ethnic Conflict in American History, Norman, University of Oklahoma Press.

Andrews, Ch. M. (ed.), 1915: Narratives of the Insurrections, 1675-1690, New York, Scribner’s.

Appleby, J. P., 1998: «War, Politics, and Colonization, 1558-1625»,

en N. Canny (ed.), Origins of Empire: British Overseas Enterprise to the Close of the Seventeenth Century, vol. 1, Oxford History of the British Empire, New York, Oxford University Press.

Aquila, R., 1983: The Iroquois Restoration: Iroquois Diplomacy on the Colonial Frontier, 1701-1754, Detroit, Wayne State University Press.

Armstrong, M., 2017: Germ Wars: The Politics of Microbes and America's Landscape of Fear, Oakland, University of California Press.

Aron, S., 1996: How the West Was Lost: The Transformation of Kentucky from Daniel Boone to Henry Clay, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Asher, R., Goodheart, L. B. y Rogers, A. (eds.), 2005: Murder on Trial: 1602-2002, Albany, State University of New York Press.

Atkin, E., 1954: Indians of the Southern Colonial Frontier, en W. R. Jacobs (ed.), Indians of the Southern Colonial Frontier, Columbia, University of South Carolina Press.

Atkin, E., 1994: «The Appalachian Frontier: The Edmond Atkin Report and Plan of 1755», en A. Gallay (ed.), Voices of the Old South: Eyewitness Accounts, 1521-1861, Athens, University of Georgia Press.

Atkinson, J., 2003: Splendid Land, Splendid People: The Chickasaw Indians to Removal, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Atkinson, R., 2019: The British Are Coming: The War for America, New York, Henry Holt.

Axtell, J., 1985: Invasion Within: The Contest of Cultures in Colonial North America, New York, Oxford University Press.

Axtell, J., 1988: After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America, New York, Oxford University Press.

Axtell, J., 1988b: «The Rise and Fall of the Powhatan Empire», en J. Axtell, After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America, New York, Oxford University Press.

Babcock, M., 2016: Apache Adaptation to Hispanic Rule, Cambridge, Cambridge University Press.

Baehre, R., 2019: «Newfoundland's West Coast and the Gulf of St.

Lawrence Fishery, ca. 1755-83», en C. E. Campbell, E. MacDonald y B. Payne (eds.), The Greater Gulf: Essays on the Environmental History of the Gulf of St. Lawrence, Montreal, McGill-Queen’s University Press.

Bahar, M. R., 2018: The Strom of the Sea: Indians and Empires in the Atlantic’s Age of Sail, New York, Oxford University Press.

Bailyn, B. y Morgan, Ph. D. (eds.), 1991: Strangers within the Realm: Cultural Margins of the First British Empire, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Baires, S. E., 2017: Land of Water, City of the Dead: Religion and Cahokia’s Emergence, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Ball, E., 1980: Indeh, an Apache Odyssey, Norman, University of Oklahoma Press.

Ballantine, B. y Ballantine, I. (eds.), 1993: The Native Americans: An Illustrated History, Atlanta, Turner.

Banner, S., 2005: How the Indians Lost Their Land: Law and Power on the Frontier, Cambridge, Harvard University Press.

Baptist, E. E., 2014: The Half Has Never Been Told: Slavery and the Making of American Capitalism, New York, Basic Books.

Barnes, C., 2003: Native American Power in the United States, 1783-1795, Madison, Fairleigh Dickinson University.

Barnett, J. F., 2007: The Natchez Indians, Jackson, University Press of Mississippi.

Barr, D. P., 2006: Unconquered: The Iroquois League at War in Colonial America, Westport, Praeger.

Barr, J., 2005: «Beyond Their Control: Spaniards in Native Texas», en J. F. de la Teja y R. Frank (eds.), Choice, Persuasion, and Coercion: Social Control on Spain’s North American Frontiers, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Barr, J., 2007: Peace Came in the Form of a Woman: Indians and Spaniards in the Texas Borderlands, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Barr, J. y Countryman, E. (eds.), 2014: Contested Spaces of Early America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Barton, W. W. y Williams, J. P., 1919: A Brother to the Sioux, New

York, Fleming H. Revell.

Beck jr., R. A., 2009: «Catawba Coalescence and the Shattering of the Carolina Piedmont, 1540-1676», en R. Ethridge y Sh. M. Shuck-Hall (eds.), Mapping the Mississippian Shatter Zone: The Colonial Indian Slave Trade and Regional Instability in the American South, Lincoln, University of Nebraska Press.

Beck jr, R. A. 2013: Chiefdoms, Collapse, Coalescence in the Early American South, Cambridge, Cambridge University Press.

Beck jr., R. A. (ed.), 2007: The Durable House: House Society Models in Archaeology, Carbondale, Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University.

Beckert, S., 2014: Empire of Cotton: A Global History, New York, Alfred A. Knopf [ed. en esp.: El imperio del algodón, T. Fernández Aúz y B. Eguibar (trads.), Barcelona, Crítica, 2018].

Beilharz, E. A., 1971: Felipe de Neve, First Governor of California, San Francisco, California Historical Society.

Belich, J., 2009: Replenishing the Earth: The Settler Revolution and the Rise of the Anglo-Worlds, 1783-1939, New York, University of Oxford Press.

Bellesiles, M. A. (ed.), 1999: Lethal Imagination: Violence and Brutality in American History, New York, New York University Press.

Bender, Th., 2006: A Nation among Nations: America's Place in World History, New York, Hill and Wang [ed. en esp.: Historia de los Estados Unidos: una nación entre naciones, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2011].

Bennett, Ch. E., 2001c: «Description of the Land and Sea Animals and Monstrous Beasts Encountered on the Island of Florida», en Ch. E. Bennett, Laudonnière & Fort Caroline: History and Documents, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Benton, L. A., 2010: A Search for Sovereignty: Law and Geography in European Empires, New York, Cambridge University Press.

Berger, Th. R., 1991: A Long and Terrible Shadow: White Values, Native Rights in the Americas, 1492-1992, Vancouver, Douglas & McIntyre.

Bergman, W. H., 2012: The American National State and the Early West, New York, Cambridge University Press.

Berlandier, J.-L., 1969: The Indians of Texas in 1830, J. C. Ewers (ed.), P. Reading Leclercq (trad.), Washington D. C., Smithsonian Institution.

Beverley, R., 1855 (1705): The History of Virginia, in Four Parts, Richmond, J. W. Randolph.

Beverley, R., 2013: The History and Present State of Virginia: A New Edition, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Billings, W. M., 2004: Sir William Berkeley and the Forging of Colonial Virginia, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Billings, W. M. (ed.), 2007: Papers of Sir William Berkeley, 1605-1677, Richmond, Library of Virginia.

Binnema, Th., 2001: Common and Contested Ground: A Human and Environmental History of the Northwestern Plains, Norman, University of Oklahoma Press.

Bird Grinnell, G., 1962: Blackfoot Lodge Tales: The Story of a Prairie People, Lincoln, University of Nebraska Press [ed. en esp.: Historia y leyendas de los indios pies negros, R. M.ª Mauleón (trad.), Madrid, Miraguano, 1991].

Blackhawk, N., 2006: Violence over the Land: Indians and Empires in the Early American West, Cambridge, Harvard University Press.

Blaug, M., 1991: The Early Mercantilists: Thomas Mun, 1571-1641, Edward Misselden, 1608-1634, and Gerard De Malynes, 1586-1623, Cheltenham, Edward Elgar.

Blevins, C., 2021: Paper Trails: The US Post and the Making of the American West, New York, Oxford University Press.

Blodgett, H., 1935: Samson Occom, Hanover, Dartmouth College Publications.

Blom, Ph., 2019: Nature's Mutiny: How the Little Ice Age of the Long Seventeenth Century Transformed the West, New York, Liveright [ed. en esp.: El motín de la naturaleza, D. Najmías Bentolilla (trad.), Barcelona, Anagrama, 2019].

Blyth, L. R., 2012: Chiricahua and Janos: Communities of Violence

in the Southwestern Borderlands, 1680-1880, Lincoln, University of Nebraska Press.

Bodle, W., 2012: «The Middle Colonies», en L. A. Breen (ed.), Converging Worlds: Communities and Cultures in Colonial America, New York, Routledge.

Bossy, D. I. (ed.), 2018: Yamasee Indians: From Florida to South Carolina, Lincoln, University of Nebraska Press.

Bottiger, P., 2016: Borderland of Fear: Vincennes, Prophetstown, and the Invasion of the Miami Homeland, Lincoln, University of Nebraska Press.

Bourne, R., 1991: Red King's Rebellion: Racial Politics in New England, 1675-1678, New York, Oxford University Press.

Bowes, J. P., 2016: Land Too Good for Indians: Northern Indian Removal, Norman, University of Oklahoma Press.

Brading, D. A., 1991: The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867, New York, Cambridge University Press.

Bradford, W. y Winslow, E., 1844: «Journal», en A. Young, Chronicles of the Pilgrim Fathers of the Colony of Plymouth, from 1602 to 1625, 2.ª ed., Boston, Charles C. Little & James Brown.

Brandão, J. A. (ed.), 2004: Nation Iroquoise: A Seventeenth-Century Ethnography of the Iroquois, Lincoln, University of Nebraska Press.

Braudel, F., 1992: Civilization and Capitalism, 15th-18th Century, vol. 2, The Wheels of Commerce, Berkeley, University of California Press [ed. en esp.: Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII, Madrid, Alianza, 1984].

Bray, K. M., 2006: Crazy Horse: A Lakota Life, Norman, University of Oklahoma Press.

Breen, L. A., 2012: «Judgment at Salem: War, Witchcraft, and Empire», en L. A. Breen (ed.), Converging Worlds: Communities and Cultures in Colonial America, New York, Routledge.

Breen, L. A. (ed.), 2012: Converging Worlds: Communities and Cultures in Colonial America, New York, Routledge.

Brink, J. W., 2008: Imagining Head-Smashed-In: Aboriginal Buffalo Hunting on the Northern Plains, Edmonton, Athabasca University Press.

Brooks, J., 2002: Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Brooks, L., 2008: The Common Pot: The Recovery of Native Space in the Northeast, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Brown, K. M., 1996: Good Wives, Nasty Wenches, and Anxious Patriarchs: Gender, Race, and Power in Colonial Virginia, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Brown, P., 1989 (1971): The World of the Late Antiquity, AD 150-750, New York, W. W. Norton, [ed. en esp.: El mundo de la Antigüedad tardía, Madrid, Gredos, 2012].

Brückner, M. (ed.), 2012: Early American Cartographies, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Bryan, L., 2005: The Buffalo People: Pre-contact Archaeology on the Canadian Plains, Surrey, Heritage House.

Burns, L. F., 2004: A History of the Osage People, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Burpee, L. J., 1908: The Search for the Western Sea: The Story of the Exploration of North-Western America, New York, D. Appleton.

Callender, Ch., 1978: «Shawnee», en B. G. Trigger (ed.), Northeast, vol. 15 de W. C. Sturtevant (ed.), Handbook of North American Indians, Washington D. C., Smithsonian Institution.

Calloway, C. G., 1990: The Western Abenakis of Vermont, 1600-1800: War, Migration, and the Survival of an Indian People, Norman, University of Oklahoma Press.

Calloway, C. G., 2003: One Vast Winter Count: The Native American West before Lewis and Clark, Lincoln, University of Nebraska Press.

Calloway, C. G., 2006: A Scratch of a Pen: 1763 and the Transformation of North America, New York, Oxford University Press.

Calloway, C. G., 2013: Pen and Ink Witchcraft: Treaties and Treaty Making in Colonial America, New York, Oxford University Press.

Calloway, C. G., 2014: The Victory with No Name: The Native American Defeat of the First American Army, New York, Oxford University Press.

Calloway, C. G., 2018: The Indian World of George Washington: The First President, the First Americans, and the Birth of the Nation, New York, Oxford University Press.

Campanella, R., 2002: Time and Place in New Orleans: Past Geographies in the Present Day, Gretna, Pelican.

Campbell, C. E., MacDonald, E. y Payne, B. (eds.), 2019: The Greater Gulf: Essays on the Environmental History of the Gulf of St. Lawrence, Montreal, McGill-Queen's University Press.

Canny, N., P., 1998: «Origins of Empire: An Introduction», en N. Canny (ed.), Origins of Empire: British Overseas Enterprise to the Close of the Seventeenth Century, vol. 1, Oxford History of the British Empire, New York, Oxford University Press.

Canny, N. P. (ed.), 1998: Origins of Empire: British Overseas Enterprise to the Close of the Seventeenth Century, vol. 1, Oxford History of the British Empire, New York, Oxford University Press.

Caughey, J. W., 1938: McGillivray of the Creeks, Norman, University of Oklahoma Press.

Cave, A. A., 1996: The Pequot War, Amherst, University of Massachusetts Press.

Cavender Wilson, A., 2005: Remember This!: Dakota Decolonization and the Eli Taylor Narratives, Lincoln, University of Nebraska Press.

Cayton, A. R. L., 1986: The Frontier Republic: Ideology and Politics in the Ohio Country, 1780-1825, Kent, Kent State University Press.

Cayton, A. R. L., 1998: «"Noble Actors" upon "the Theatre of Honour": Power and Civility in the Treaty of Greenville», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Cayton, A. R. L. y Teute, F. J. (eds.), 1998: Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Charlevoix, P. F. X. de, 1900: History and General Description of New France, J. Gilmary Shea (trad. y ed.), New York, Francis P. Harper.

Chávez, fray A., 1948: Our Lady of Conquest, Santa Fe, Historical Society of New Mexico.

Chernow, R., 2017: Grant, London, Head of Zeus.

Chet, G., 2003: Conquering the American Wilderness: The Triumph of European Warfare in the Colonial Northeast, Amherst, University of Massachusetts Press.

Childs, D., 2012: Invading America: The English Assault on the New World, 1497-1630, Barnsley, Seaforth.

Clavin, M. J., 2019: The Battle of Negro Fort: The Rise and Fall of a Fugitive Slave Community, New York, New York University Press.

Cleland, Ch. E., 1992: Rites of Conquest: The History of and Culture of Michigan's Native Americans, Ann Arbor, University of Michigan Press.

Colpitts, G., 2014: Pemmican Empire: Food, Trade, and the Last Bison Hunts in the North American Plains, New York, Cambridge University Press.

Coleman, J. T., 2020: Nature Shock: Getting Lost in America, New Haven, Yale University Press.

Conrad, P., 2021: The Apache Diaspora: Four Centuries of Displacement and Survival, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Cook, J. W., Clickman, L. B. y O'Malley, M. (eds.), 2008: The Cultural Turn in U. S. History: Past, Present, and Future, Chicago, University of Chicago Press.

Cozzens, P., 2016: The Earth Is Weeping: The Epic Story of the Indian Wars for the American West, London, Atlantic [ed. en esp.: La tierra llora, R. Moriones Alonso (trad.), Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2017].

Cozzens, P., 2020: Tecumseh and the Prophet: The Shawnee Brothers Who Defied a Nation, New

York, Penguin [ed. en esp.: Tecumseh y el profeta, J. Romero Muñoz (trad.), Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2021].

Crane, V. W., 1929: The Southern Frontier 1670-1732, Durham, Duke University Press.

Craughwell, Th. J., 2017: Death in the Wilderness: The Harrowing Story of the Eight Martyrs of North America, New York, Penguin.

Cronon, W., 1983: Changes in the Land: Indians, Colonists, and the Ecology of New England, New York, Hill and Wang.

Crosby, A. W., 1972: The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492, Westport, Greenwood [ed. en esp.: El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492, C. Carbó (trad.), México, UNAM, 1991].

Crosby, A. W., 1986: Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900, New York, Cambridge University Press [ed. en esp.: Imperialismo ecológico, M. Iniesta (trad.), Barcelona, Crítica, 1999].

Cummins, L. T., Schafer, J. K., Haas, E. F., Kurtz, M. L., Wall, B. H. y Rodrigue, J. C., 2014: Louisiana: A History, B. H. Wall y J. C. Rodrigue (eds.), 6.ª ed., Malden, Wiley Blackwell.

Cunfer, G., 2016: «The Decline and Fall of the Bison Empire», en G. Cunfer y B. Waiser (eds.), Bison and People on the North American Great Plains: A Deep Environmental History, College Station, Texas A&M University Press.

Cunfer, G. y Waiser, B. (eds.), 2016: Bison and People on the North American Great Plains: A Deep Environmental History, College Station, Texas A&M University Press.

Cushman, R., 1841: «The State of the Colony, and the Need of Public Spirit in the Colonists», en A. Young, Chronicles of the Pilgrim Fathers of the Colony of Plymouth, from 1602 to 1625, 2.ª ed., Boston, Charles C. Little & James Brown.

Cushman, R., 1841b: «Reasons and Considerations Touching the Lawfulness of Removing Out of England into the Parts of

America», en A. Young, Chronicles of the Pilgrim Fathers of the Colony of Plymouth, from 1602 to 1625, 2.ª ed., Boston, Charles C. Little & James Brown.

Cushman, R., 1972: «Reasons and Considerations Touching the Lawfulness of Removing Out of England into the Parts of America», en J. Demos (ed.), Remarkable Providences, 1600-1760, New York, George Braziller.

D’Altroy, T. N., 2014: The Incas, Chichester, Wiley [ed. en esp.: Los incas, Barcelona, Ariel, 2003].

Daschuk, J. W., 2013: Clearing the Plains: Disease, Politics of Starvation and the Loss of Aboriginal Life, Regina, University of Regina Press.

Davis, J. E., 2017: The Gulf: The Making of an American Sea, New York, W. W. Norton.

Deer, S., 2015: The Beginning and End of Rape: Confronting Sexual Violence in Native America, New York, Oxford University Press.

De Forest, J. W., 1852: History of the Indians of Connecticut, Hartford, Wm. Jas Hamersley.

DeJohn Anderson, V., 1998: «New England in the Seventeenth Century», en N. Canny (ed.), Origins of Empire: British Overseas Enterprise to the Close of the Seventeenth Century, vol. 1, Oxford History of the British Empire, New York, Oxford University Press.

DeJohn Anderson, V., 2002: Creatures of Empire: How Domesticated Animals Transformed Early America, Oxford, Oxford University Press.

DeLay, B., 2008: War of a Thousand Deserts: Indian Raids and the U.S. Mexican War, New Haven, Yale University Press.

Deloria, Ph. J., 1998: Playing Indian, New Haven, Yale University Press.

Deloria, Ph. J., 2008: «From Nation to Neighborhood: Land, Policy, Culture, Colonialism, and Empire in U. S.-Indian Relations», en J. W. Cook, L. B. Clickman y M. O’Malley (eds.), The Cultural Turn in U. S. History: Past, Present, and Future, Chicago, University of Chicago Press.

Deloria jr., V., 1995: Red Earth, White Lies: Native Americans and the Myth of Scientific Fact, New York, Scribner.

DeLucia, Ch. M., 2018: Memory Lands: King Philip's War and the Place of Violence in the Northeast, New Haven, Yale University Press.

Demos, J., 1982: Entertaining Satan: Witchcraft and the Culture of Early New England, Oxford, Oxford University Press.

Demos, J., 1994: The Unredeemed Captive: A Family Story from Early America, New York, Alfred Knopf.

Demos, J. (ed.), 1972: Remarkable Providences, 1600-1760, New York, George Braziller.

Dennis, M., 1993: Cultivating a Landscape of Peace: Iroquois Encounters in Seventeenth-Century America, Ithaca, Cornell University Press.

Dennis, M., 2010: Seneca Possessed: Indians, Witchcraft, and Power in the Early American Republic, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Dial, A. L. y Eliades, D. K., 1996: I Know: A History of the Lumbee Indians, Syracuse, Syracuse University Press.

Donck, A. van der, 2008: A Description of New Netherland, 1655, D. W. Goedhuys (trad.), Lincoln, University of Nebraska Press.

Donegan, K., 2014: Seasons of Misery: Catastrophe and Colonial Settlement in Early America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Donohoe, F., 2014: «"Decoying Them Within": Creek Gender Identities and the Subversion of Civilization», en G. D. Smithers y B. N. Newman (eds.), Native Diasporas: Indigenous Identities

and Settler Colonialism in the Americas, Lincoln, University of Nebraska Press.

Drake, J. D., 1999: King Philip's War: Civil War in New England, 1675-1676, Amherst, University of Massachusetts Press.

Dubcovsky, A., 2016: Informed Power: Communication in the Early American South, Cambridge, Harvard University Press.

Dunbar-Ortiz, R., 2014: An Indigenous Peoples' History of the United States, Boston, Beacon Press [ed. en esp.: La historia

indígena de Estados Unidos, N. Viviana Piñeiro (trad.), Madrid, Capitán Swing, 2019].

Dunn, W. S., 1998: Frontier Profit and Loss: The British Army and the Fur Traders, 1760-1764, Westport, Greenwood.

DuVal, K., 2006: The Native Ground: Indians and Colonists in the Heart of the Continent, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

DuVal, K., 2015: Independence Lost: Lives on the Edge of the American Revolution, New York, Random House.

DuVal, K., 2016: «Living in the Reordered World, 1680-1763», en F. E. Hoxie (ed.), The Oxford Handbook of American Indian History, New York, Oxford University Press.

DuVal, K. y DuVal, J. (eds.), 2009: Interpreting a Continent: Voices from Colonial America, Lanham, Rowman & Littlefield.

Earle, C. V., 1979: «Environment, Disease, and Mortality in Early Virginia», en Th. W. Tate y D. L. Ammerman (eds.), The Chesapeake in the Seventeenth Century: Essays on Anglo-American Society, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Edling, M. M., 2014: A Hercules in the Cradle: War, Money, and the American State, Chicago, Chicago University Press.

Edmunds, R. D., 1984: Tecumseh and the Quest for Indian Leadership, Boston, Little, Brown.

Edmunds, R. D. y Peyser, J. L., 1993: The Fox Wars: The Mesquakie Challenge to New France, Norman, University of Oklahoma Press.

Ekberg, C. J., 2000: French Roots in the Illinois Country: The Mississippi Valley Frontier in Colonial Times, Urbana, University of Illinois Press.

Elkins, S. y McKitrick, E., 1995: The Age of Federalism: The Early American Republic, 1788-1800, New York, Oxford University Press.

Ellerbe, J. y Greenlee, S. M., 2015: Poverty Point: Revealing the Forgotten City, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Elliott, J. H., 1963: Imperial Spain, 1469-1716, London, Edward

Arnold [ed. en esp.: La España imperial, 1469-1716, Barcelona, Vicens-Vives, 2005].

Elliott, J. H., 2006: Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830, New Haven, Yale University Press.

Elliott, J. H., 2009: Spain, Europe and the Wider World 1500-1800, New Haven, Yale University Press [ed. en esp.: España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800), Barcelona, Taurus, 2017].

Ellis, J. J., 1996: American Sphinx: The Character of Thomas Jefferson, New York, Alfred A. Knopf.

Ellisor, J. T., 2010: The Second Creek War: Interethnic Conflict and Collusion on a Collapsing Frontier, Lincoln, University of Nebraska Press.

Emerson, J., 1913: «A Faithful Account of Many Wonderful and Surprising Things Which Happened in the Town of Glocester, in the Year 1692», en Ch. H. Lincoln (ed.), Narratives of the Indian Wars, 1675-1699, New York, Scribner's.

Englebert, R. y Teasdale, G. (eds.), 2013: French and Indians in the Heart of North America, 1630-1815, East Lansing, Michigan State University Press.

Erdoes, R. y Ortiz, A. (eds.), 1984: American Indian Myths and Legends, New York, Pantheon.

Espinosa, M., 1942: Crusaders of Río Grande: The Story of Diego de Vargas and the Reconquest

and Refounding of New Mexico, Chicago, Institute of Jesuit History.

Ethridge, R., 2003: Creek Country: The Creek Indians and Their World, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Ethridge, R. y Shuck-Hall, Sh. M. (eds.), 2009: Mapping the Mississippian Shatter Zone: The Colonial Indian Slave Trade and Regional Instability in the American South, Lincoln, University of Nebraska Press.

Evans Dowd, G., 1992: A Spirited Resistance: The North American Indian Struggle for Unity, 1745-1815, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Evans Dowd, G., 1998: «Insidious Friends": Gift Giving and the Cherokee-British Alliance», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute

(eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Evans Dowd, G., 2015: Groundless: Rumors, Legends, and Hoaxes on the Early American Frontier, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Ewers, J. C., 1958: The Blackfeet: Raiders on the Northwestern Plains, Norman, University of Oklahoma Press.

Fagan, B., 2019: The Little Ice Age: How Climate Made History, 1300-1850, ed. rev., New York, Basic Books [ed. en esp.: La pequeña edad del hielo. Cómo el clima afectó a la historia de Europa 1300-1850, J. Barba y S. Jawerbaum (trads.), Barcelona, Gedisa, 2009].

Faragher, J. M., 1998: «More Motley than Mackinaw: From Ethnic Mixing to Ethnic Cleansing on the Frontier of the Lower Missouri, 1783-1833», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Faragher, J. M., 2005: A Great and Noble Scheme: The Tragic Story of the Expulsion of the French Acadians from Their American Homeland, New York, W. W. Norton.

Fenn, E. A., 2001: Pox Americana: The Great Smallpox Epidemic of 1775-82, New York, Hill and Wang.

Fenn, E. A., 2014: Encounters at the Heart of the World: A History of the Mandan People, New York, Hill and Wang.

Ferrero, M. y Wintrobe, R. (eds.), 2009: The Political Economy of Theocracy, New York, Palgrave Macmillan.

Fibiger Bang, P., Baily, C. A. y Scheidel, W. (eds.), 2021: The Oxford World History of Empire, New York, Oxford University Press.

Fiedel, S. J., 1992: Prehistory of the Americas, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press.

McClellan III, J. E. y Dorn, H., 2006: Science and Technology in World History, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Fischer, D. H., 2008: Champlain's Dream: The European Founding

of North America, New York, Simon and Schuster.

Fisher, L. D., 2014: «Religion, Race, and the Formation of Pan-Indian Identities in the Brothertown Movement, 1700-1800», en G. D. Smithers y B. N. Newman (eds.), Native Diasporas: Indigenous Identities and Settler Colonialism in the Americas, Lincoln, University of Nebraska Press.

Flint, R., 2002: «Juan Troyano, the Eighth de Oficio Witness», en R. Flint, Great Cruelties Have Been Reported: The 1544 Investigation of the Coronado Expedition, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Flores, D., 1990: Caprock Canyons: Journeys into the Heart of the Southern Plains, Austin, University of Texas Press.

Flores, D., 2016: «Reviewing the Iconic Story: Environmental History and Demise of the Bison», en G. Cunfer y B. Waiser (eds.), Bison and People on the North American Great Plains: A Deep Environmental History, College Station, Texas A&M University Press.

Foner, E., 2010: The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery, New York, W. W. Norton.

Forbes, J. D., 1960: Apache, Navajo, and Spaniard, Norman, University of Oklahoma Press.

Ford, L., 2008: The Common Pot: The Recovery of Native Space in the Northwest, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Ford, L., 2010: Settler Sovereignty: Jurisdiction and Indigenous People in America and Australia, 1788-1836, Cambridge, Harvard University Press.

Foreman, G., 1933: Advancing the Frontier, 1830-1860, Norman, Oklahoma University Press.

Fur, G., 2009: A Nation of Women: Gender and Colonial Encounters among Delaware Indians, Philadelphia, University of Pennsylvania.

Gagné, P., 2001: King's Daughters and Founding Mothers: Filles du Roi, 1663-1673, Pawtucket, Quinton.

Gallay, A., 2002: The Indian Slave Trade: The Rise of the English Empire in the American South, 1670-1717, New Haven, Yale

University Press.

Gallay, A. (ed.), 2009: Indian Slavery in Colonial America, Lincoln, University of Nebraska Press.

Gallay, A. (ed.), 2015 (1996): Colonial Wars of North America, 1512-1763: An Encyclopedia, New York, Routledge.

Galloway, P. K., 2009: «Choctaws at the Border of the Shatter Zone: Spheres of Exchange and Spheres of Social Value», en R. Ethridge y Sh. M. Shuck-Hall (eds.), Mapping the Mississippian Shatter Zone: The Colonial Indian Slave Trade and Regional Instability in the American South, Lincoln, University of Nebraska Press.

Games, A., 2008: The Web of Empire: English Cosmopolitans in an Age of Expansion, 1560-1660, New York, Oxford University Press.

Gibson, A. M., 1971: The Chickasaws, Norman, University of Oklahoma Press.

Gibson, J. L., 2001: The Ancient Mounds of Poverty Point: A Place of Rings, Gainesville, University Press of Florida.

Gleach, F. W., 1997: Powhatan's World and Colonial Virginia: A Conflict of Cultures, Lincoln, University of Nebraska Press.

Gold Thwaites, R. (ed.), 1904: Early Western Travels, 1748-1846, Cleveland, Arthur H. Clark.

Gold Thwaites, R. y Phelps Kellogg, L. (eds.), 1908: The Revolution in the Upper Ohio, 1775-1777, Madison, Wisconsin Historical Society.

Gold Thwaites, R. y Phelps Kellogg, L. (eds.), 1912: Frontier Defense on the Upper Ohio, 1777-1778, Madison, Wisconsin Historical Society.

Gould, E., Mapp, P. y Gardina, C. (eds.), 2021: Cambridge History of America and the World, New York, Cambridge University Press.

Graber, J., 2018: Religion and the Struggle for the American West, New York, Oxford University Press.

Graber, J., 2018b: The Gods of Indian Country: Religion and the Struggle for the American West, New York, Oxford University

Press.

Gradie, Ch. M., 1993: «The Powhatans and the Spanish Empire», en H. C. Rountree (ed.), Powhatan Foreign Relations, 1500-1722, Charlottesville, University Press of Virginia.

Graeber, D., 2011: Debt: The First 5000 Years, New York, Melville House [ed. en esp.: En deuda: una historia alternativa de la economía, J. Andreano Weyland (trad.), Barcelona, Ariel, 2012].

Graybill, A., 2013: The Red and the White: A Family Saga of the American West, New York, Liveright.

Graymont, B., 1972: The Iroquois in the American Revolution, Syracuse, Syracuse University Press.

Greenberg, A. S., 2021: «US Expansionism during the Nineteenth Century: "Manifest Destiny"», en P. Fibiger Bang, C. A. Baily y W. Scheidel (eds.), The Oxford World History of Empire, New York, Oxford University Press.

Greer, A., 1997: The People of New France, Toronto, University of Toronto Press.

Greer, A., 2000: «Introduction», en A. Greer (ed.), The Jesuit Relations: Natives and Missionaries in Seventeenth-Century North America, Boston, Bedford/St. Martin's.

Greer, A., 2015: Mohawk Saint: Catherine Tekakwitha and the Jesuits, New York, Oxford University Press.

Greer, A., 2018: Property and Dispossession: Natives, Empires and Land in Early Modern North America, Cambridge, Cambridge University Press.

Greer, A. (ed.), 2000: The Jesuit Relations: Natives and Missionaries in Seventeenth-Century North America, Boston, Bedford/St. Martin's.

Griffin, P., 2007: The American Leviathan: Empire, Nation, and Revolutionary Frontier, New York, Hill and Wang.

Gumerman, G. J. y Haury, E. W., 1979: «Prehistory: Hohokam», en A. Ortiz (ed.), Southwest, vol. 9 de W. C., Sturtevant (ed.), Handbook of North American Indians, Washington D. C., Smithsonian Institution.

Gutiérrez, R. A., 1991: When Jesus Came, the Corn Mothers Went

Away: Marriage, Sexuality, and Power in New Mexico, 1500-1846, Stanford, Stanford University Press [ed. en esp.: Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron. Matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846, México, Fondo de Cultura Económica, 1993].

Guyatt, N., 2007: Providence and the Invention of the United States, 1607-1876, New York, Cambridge University Press.

Guyatt, N., 2016: Bind Us Apart: How Enlightened Americans Invented Racial Segregation, New York, Basic Books.

Haake, C. B., 2014: «Resistance and Removal: Yaqui and Navajo Identities in the Southwest Borderlands», en G. D. Smithers y B. N. Newman (eds.), Native Diasporas: Indigenous Identities and Settler Colonialism in the Americas, Lincoln, University of Nebraska Press.

Haas, L., 2014: Saints and Citizens: Indigenous Histories of Colonial Missions and Mexican California, Berkeley, University of California Press.

Hackel, S. W., 2005: Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis: Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769-1850, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Hackett, Ch. W. (ed.), 1942: Revolt of the Pueblo Indians of New Mexico and Otermin's Attempted Reconquest, 1680-1682, Ch. Clair Shelby (trad.), Albuquerque, University of New Mexico Press.

Haefeli, E., 1999: «Kieft's War and the Cultures of Violence in Colonial America», en M. A. Bellesiles (ed.), Lethal Imagination: Violence and Brutality in American History, New York, New York University Press.

Haefeli, E. y Sweeney, K., 2003: Captors and Captives: The French and Indian Raid on Deerfield, Amherst, University of Massachusetts Press.

Hann, J. H., 1988: Apalachee: The Land between the Rivers, Gainesville, University Presses of Florida.

Hahn, J. H., 2017: Apalachee: The Land between the Rivers, Gainesville, LibraryPress@UF.

Hahn, S. C., 2004: The Invention of the Creek Nation, 1670-1763,

Lincoln, University of Nebraska Press.

Hahn, S., 2016: A Nation without Borders: The United States and Its World in an Age of Civil Wars, 1830-1910, New York, Viking.

Hakluyt, R. (ed.), 1589: The Principall Nauigations, Voiages, and Discoueries of the English Nation, London, George Ralph Newberie.

Hakluyt, R., 1877 (1584): A Discourse concerning Western Planting, L. Woods (ed.), Cambridge, John.

Hall, A., 2018: «The Persistence of Yamasee Power and Identity at the Town of San Antonio de Pocotalaca, 1716-1752», en D. I. Bossy (ed.), Yamasee Indians: From Florida to South Carolina, Lincoln, University of Nebraska Press.

Hall, D. D., 2011: A Reforming People: Puritanism and the Transformation of Public Life in New England, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Hall, R., 2020: Beneath the Backbone of the World: Blackfoot People and the North American Borderlands, 1720-1877, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Hämäläinen, P., 2014: «The Shapes of Power: Indians, Europeans, and North American Worlds from the Seventeenth to the Nineteenth Century», en J. Barr y E. Countryman (eds.), Contested Spaces of Early America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Hämäläinen, P., 2021: «How Native Americans Shaped Early America», en E. Gould, P. Mapp y C. Gardina Pestana (eds.), Cambridge History of America and the World, New York, Cambridge University Press.

Hammond, G. P. y Rey, A., 1953: Don Juan de Oñate, Colonizer of New Mexico, 1595-1628, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Hammond, G. P. y Rey, A., 1953b: «Act of Taking Possession of New Mexico», en G. P. Hammond y A. Rey, Don Juan de Oñate, Colonizer of New Mexico, 1595-1628, Albuquerque, University of

New Mexico Press.

Hardoy, J. E., 1973: Pre-Columbian Cities, London, Routledge [ed. en esp.: Ciudades precolombinas, Buenos Aires, Infinito, 1999].

Harper, R., 2018: Unsettling the West: Violence and State Building in the Ohio Valley, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Hart, S., 1959: The Prehistory of the New Netherland Company: Amsterdam Notarial Records of the First Dutch Voyages to the Hudson, Amsterdam, City of Amsterdam Press.

Hart, W. B., 1998: «Black "Go-Betweens", and the Mutability of "Race", "Status", and Identity on New York's Pre-Revolutionary Frontier», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Hassig, R., 2006: Mexico and the Spanish Conquest, 2.ª ed., Norman, University of Oklahoma Press.

Hatch, Th., 2015: The Last Days of George Armstrong Custer, New York, St. Martin's Press.

Hatfield, A. L., 2004: Atlantic Virginia: Intercolonial Relations in the Seventeenth Century, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Hatley, T., 1995: The Dividing Paths: Cherokees and South Carolinians through the Revolutionary Era, New York, Oxford University Press.

Hauptman, L. M. y Wherry, J. D. (eds.), 1990: Pequots in Southern New England: The Fall and Rise of an American Indian Nation, Norman, University of Oklahoma Press.

Havard, G., 2001: The Great Peace of Montreal of 1701: French-Native Diplomacy in the Seventeenth Century, Montreal, McGill-Queen's University Press.

Havard, G., 2013: «"Protection" and "Unequal Alliance": The French Conception of Sovereignty over Indians in New France», en R. Englebert y G. Teasdale (eds.), French and Indians in the Heart of North America, 1630-1815, East Lansing, Michigan State University Press.

Havard, G., 2016: Histoire des coureurs de bois: Amerique du Nord, 1600-1840, Paris, Les Indes Savantes.

Havard, G. y Vidal, C., 2005: Histoire de l'Amérique Française, Paris, Flammarion.

Haynes, G. (ed.), 2009: American Megafaunal Extinctions at the End of the Pleistocene, New York, Springer.

Hemming, J., 1970: The Conquest of the Incas, New York, Harcourt.

Hennepin, L., 1880: Description of Louisiana, New York, John G. Shea.

Hennepin, L., 1903: A New Discovery of a Vast Country in America, R. Gold Thwaites (ed.), Chicago, A. C. McClurg.

Hickerson, N. P., 1994: The Jumanos: Hunters and Traders of the Southern Plains, Austin, University of Texas Press.

Hinderaker, E., 1997: Elusive Empires: Constructing Colonialism in the Ohio Valley, 1673-1800, New York, Cambridge University Press.

Hinderaker, E., 2010: The Two Hendricks: Unraveling a Mohawk Mystery, Cambridge, Harvard University Press.

Hodge, A. R., 2019: Ecology and Ethnogenesis: An Environmental History of the Wind River Shoshones, 1000-1868, Lincoln, University of Nebraska Press.

Hodgett, G. A. J., 1972: A Social and Economic History of Medieval Europe, London, Methuen [ed. en esp.: Historia social y económica de la Europa medieval, J. Faci Lacasta (trad.), Madrid, Alianza, 1991].

Hoig, S., 1976: The Battle of the Washita: The Sheridan-Custer Indian Campaign 1867-1869, Lincoln, University of Nebraska Press.

Holland Braund, K. E., 1993: Deerskins and Duffels: The Creek Indian Trade with Anglo-America, 1685-1815, Lincoln, University of Nebraska Press.

Holland Braund, K. E. (ed.), 2012: «Introduction», en Tohopeka: Rethinking the Creek War and the War of 1812, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Holton, W., 1999: Forced Founders: Indians, Debtors, Slaves, and the Making of the American Revolution in Virginia, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Horn, J. P. P., 2005: A Land as God Made It: Jamestown and the Birth of America, New York, Basic Books.

Horsman, R., 1967: Expansion and American Indian Policy, 1783-1812, East Lansing, Michigan State University Press.

Horsman, R., 1986: Race and Manifest Destiny: The Origins of American Racial Anglo-Saxonism, Cambridge, Harvard University Press.

Howe, D. W., 2007: What God Hath Wrought: The Transformation of America, 1815-1848, New York, Oxford University Press.

Hoxie, F. E., 1995: Parading through History: The Making of the Crow Nation in America, 1805-1935, New York, Cambridge University Press.

Hoxie, F. E. (ed.), 2016: The Oxford Handbook of American Indian History, New York, Oxford University Press.

Hoxie, F. E., Hoffman, R. y Albert, P. J. (eds.), Native Americans and the Early Republic, Charlotte, University Press of Virginia.

Hurt, R. D., 1996: The Ohio Frontier: Crucible of the Old Northwest, 1720-1830, Bloomington, Indiana University Press.

Hurtado, A., 1999: Intimate Frontiers: Sex, Gender, and Culture in Old California, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Hyde, A. F., 2011: Empires, Nations, and Families: A History of the North American West, 1800-1860, Lincoln, University of Nebraska Press.

Hyde, G. E., 1975 (1937): Red Cloud's Folk, Norman, University of Oklahoma Press.

Igler, D., 2013: The Great Ocean: Pacific Worlds from Captain Cook to the Gold Rush, New York, Oxford University Press.

Irving, W., 1868: The Adventures of Captain Bonneville: In the Rocky Mountains and the Far West, New York, G. P. Putnam's Sons [ed. en esp.: Las aventuras de Bonneville en las Montañas Rocosas y el Lejano Oeste, M. Peinado Lorca (trad.), Madrid, Interfolio, 2021].

Isenberg, A. C., 2000: The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920, New York, Cambridge University Press.

Iverson, P., 2002: Diné: A History of the Navajos, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Lincoln, University of Nebraska Press.

Jacobs, J., 2005: The Colony of New Netherland: A Dutch Settlement in Seventeenth-Century America, Leiden, Brill.

Jacobs, W. R. (ed.), 1954: Indians of the Southern Colonial Frontier, Columbia, University of South Carolina Press.

Jacoby, K., 2008: Shadows at Dawn: An Apache Massacre and the Violence of History, New York, Penguin.

Jackson, A., 2013: The British Empire: A Very Short Introduction, Oxford, Oxford University Press.

Jasanoff, M., 2011: Liberty's Exiles: The Loss of America and the Remaking of the British Empire, New York, Harper.

Jennings, F., 1975: The Invasion of America: Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Jennings, F., 1984: The Ambiguous Iroquois Empire: The Covenant Chain Confederation of Indian Tribes with English Colonies, New York, Norton.

Johnson, B. H. y Graybill, A. (eds.), 2010: Bridging National Borders in North America: Transnational and Comparative Histories, Durham, Duke University Press.

Johnson, S. L., 2000: Roaring Camp: The Social World of the California Gold Rush, New York, W. W. Norton.

Johnson, W., 2013: River of Dark Dreams: Slavery and Empire in the Cotton Kingdom, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.

Jortner, A., 2011: The Gods of Prophetstown: The Battle of Tippecanoe and the Holy War for the American Frontier, New York, Oxford University Press.

Josephy, A. M., 1991: The Civil War in the American West, New York, Viking.

Jung, P. J., 2007: The Black Hawk War of 1832, Norman, University of Oklahoma Press.

Kamensky, J. y Gray, E. G. (eds.), 2012: Oxford Handbook of the

American Revolution, New York, Oxford University Press.

Kammen, M., 1991: Mystic Chords of Memory: The Transformation of Tradition in American Culture, New York, Vintage.

Karp, M., 2016: This Vast Southern Empire: Slaveholders at the Helm of American Foreign Policy, Cambridge, Harvard University Press.

Kate, M., 2020: The Union, the Confederacy, and Native Peoples in the Fight in the West, New York, Scribner.

Kavanagh, Th. W., 1996: The Comanches: A History, 1706-1875, Lincoln, University of Nebraska Press.

Kavanagh, Th. W., 2001: «Comanche», en R. J. DeMallie (ed.), The Plains, vol. 13 W. C. Sturtevant (ed.), Handbook of North American Indians, Washington D. C., Smithsonian Institution.

Kawashima, Y., 2002: Igniting King Philip's War: The John Sassamon Murder Trial, Lawrence, University Press of Kansas.

Kehoe, A. B., 1992: North American Indians: A Comprehensive Account, 2.ª ed., Englewood Cliffs, Prentice Hall.

Kehoe, A. B., 2002: North America before the European Invasions, New York, Longman.

Kelman, A., 2013: A Misplaced Massacre: Struggling over the Memory of Sand Creek, Cambridge, Harvard University Press.

Kelton, P., 2007: Epidemics and Enslavement: Biological Catastrophe in the Native Southeast, 1492-1715, Lincoln, University of Nebraska Press.

Kenny, K., 2009: Peaceable Kingdom Lost: The Paxton Boys and the Destruction of William Penn's Holy Experiment, New York, Oxford University Press.

Kessell, J. L., 1979: Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840, Washington D. C., National Park Service.

Kessell, J. L., 1987: Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Kessell, J. L., 2002: Spain in the Southwest: A Narrative History of Colonial New Mexico, Arizona/Texas/California, Norman,

University of Oklahoma Press.

Kessell, J. L., Hendricks, R. y Dodge, M. D. (eds.), 1998: Blood on the Boulders: The Journals of Don Diego de Vargas, New Mexico, 1694-97, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Kiernan, B., 2009: Blood and Soil: A World History of Genocide and Extermination from Sparta to Darfur, New Haven, Yale University Press.

Kinnaird, L. (ed.), 1946: Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794: Post War Decade, 1782-1794, Washington D. C., Government Printing Office.

Kingsbury, S. (ed.), 1906-1985: Records of the Virginia Company of London, 1606-26, Washington D. C., Government Printing Office.

Kirk, S. van 1980: Many Tender Ties: Women in Fur-Trade Society, 1670-1870, Norman, University of Oklahoma Press.

Klooster, W., 2009: «The Dutch Atlantic», en H. Krabbendam, C. A. van Minnen y G. Scott-Smith (eds.), Four Centuries of Dutch-American Relations, 1609-2009, Albany, State University of New York Press.

Knaut, A. L., 1997: The Pueblo Revolt of 1680: Conquest and Resistance in Seventeenth-Century New Mexico, Norman, University of Oklahoma Press.

Kopelson, H. M., 2021: «Women, Gender, Families, and States», en E. Gould, P. Mapp y C. Gardina (eds.), Cambridge History of America and the World, New York, Cambridge University Press.

Koziol, K. K., 2012: «Performances of Imposed Status: Captivity in Cahokia», en D. L. Martin, R. P. Harrod y V. R. Pérez (eds.), Bioarchaeology of Violence, Gainesville, University Press of Florida.

Krabbendam, H., Minnen, C. A. van y Scott-Smith, G. (eds.), 2009: Four Centuries of Dutch-American Relations, 1609-2009, Albany, State University of New York Press.

Krauthammer, B., 2013: Black Slaves, Indian Masters: Slavery, Emancipation, and Citizenship in the Native American South, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Kupperman, K. O., 2000: Indians and English: Facing Off in Early America, Ithaca, Cornell University Press.

Kupperman, K. O., 2007: Roanoke: The Abandoned Colony, 2.ª ed., Lanham, Lowman & Littlefield.

Labelle, K. M., 2013: Dispersed but Not Destroyed: A History of the Seventeenth-Century Wendat People, Vancouver, UBC Press.

LaDow, B., 2001: The Medicine Line: Life and Death on an American Borderland, New York, Routledge.

Lakomäki, S., 2014: Gathering Together: The Shawnee People through Diaspora and Nationhood, 1600-1870, New Haven, Yale University Press.

Lambert, E. R., 1838: History of New Haven before and after the Union with Connecticut, New Haven, Hitchcock & Stafford.

Landers, J. G., 2005: «Social Control on Spain's Contested Frontier», en J. F. de la Teja y R. Frank (eds.), Choice, Persuasion, and Coercion: Social Control on Spain's North American Frontiers, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Landers, J. G., 2010: Atlantic Creoles in the Age of Revolutions, Cambridge, Harvard University Press.

La Vere, D., 2000: Contrary Neighbors: Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory, Norman, University of Oklahoma Press.

Leder, L. H. (ed.), 1956: The Livingston Indian Records, 1666-1723, Gettysburg, Pennsylvania Historical Association.

Lehmann, H., 1993 (1927): Nine Years among the Indians, 1870-1879: The Story of the Captivity and Life of a Texan among the Indians, Austin, University of New Mexico.

Lepore, J., 1998: The Name of War: King Philip's War and the Origins of American Identity, New York, Knopf.

Le Roy, C. Ch, 1911-1912: Bacqueville de la Potherie, History of the Savage People Who Are Allies of New France, in The Indian Tribes of the Upper Mississippi Valley and Region of the Great Lakes, E. H. Blair (ed.), Cleveland, Arthur H. Clark.

Liebmann, M. J., 2012: Revolt: An Archeological History of Pueblo Resistance and Revitalization in 17th Century New Mexico,

Tucson, University of Arizona Press.

Lipman, A., 2015: The Saltwater Frontier: Indians and the Contest for the American Coast, New Haven, Yale University Press.

Lockhart, J., 1968: Spanish Peru: A Colonial Society, 1532-1560, Madison, University of Wisconsin Press.

Lorimer, J. (ed.), 2018 (1989): English and Irish Settlement on the Amazon, 1540-1646, ser. 2, Farnham, Routledge.

Lowery, M. M., 2008: The Lumbee Indians: An American Struggle, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Lustig, M. L., 2002: The Imperial Executive in America: Sir Edmund Andros, 1637-1714, Madison, Fairleigh Dickinson University Press.

MacDonald, D., 2016: Lives of Fort Charters: Commandants, Soldiers, and Civilians in French Illinois, 1720-1770, Carbondale, Southern Illinois University Press.

MacLeitch, G. D., 2011: Imperial Entanglements: Iroquois Change and Persistence on the Frontiers of Empire, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Madley, B., 2016: An American Genocide: The United States and the California Indian Catastrophe, 1846-1873, New Haven, Yale University Press.

Madsen, B. D., 1990: Glory Hunter: A Biography of Patrick Edward Connor, Salt Lake City, University of Utah Press.

Mancall, P. C., 1995: Deadly Medicine: Indians and Alcohol in Early America, Ithaca, Cornell University Press.

Mandell, D. R., 2010: King Philip's War: Colonial Expansion, Native Resistance, and the End of Indian Sovereignty, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Mann, Ch. M., 2011: 1491: New Revelations of the Americas before Columbus, 2.ª ed, New York, Vintage [ed. en esp.: 1491: Una nueva historia de las Américas antes de Colón, M. Martínez-Lage y F. Corriente (trads.), Madrid, Capitán Swing, 2022].

Mann, Ch. C., 2011b: 1493: How Europe's Discovery of the Americas Revolutionized Trade, Ecology and Life on Earth, London, Granta [ed. en esp.: 1493. Una nueva historia del

mundo después de Colón, S. Mastrangelo (trad.), Madrid, Katz, 2013].

Mapp, P. W., 2011: The Elusive West and the Contest for Empire, 1713-1763, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Martin, D. L., Harrod, R. P. y Pérez, V. R. (eds.), 2012: Bioarchaeology of Violence, Gainesville, University Press of Florida.

Martin, P. S., 1979: «Prehistory: Mogollon», en A. Ortiz (ed.), Southwest, vol. 9 de W. C. Sturtevant (ed.), Handbook of North American Indians, Washington D. C., Smithsonian Institution.

Mather, I., 1676: A Brief History of the Warr with the Indians in New-England, Boston, John Foster.

Mather, I., 1676b: An Earnest Exhortation to the Inhabitants of New-England, Boston, John Foster.

Maynes, M. J., Waltner, A., Soland, B. y Strasser, U. (eds.), 1996: Gender, Kinship, and Power: A Comparative and Interdisciplinary History, New York, Routledge.

McCartney, M. W., 1989: «Cockacoeske, Queen of Pamunkey: Diplomat and Suzeraine», en P. H. Wood, G. A. Waselkow y M. Th. Hatley (eds.), Powhatan's Mantle: Indians in the Colonial Southeast, Lincoln, University of Nebraska Press.

McDonnell, M., 2015: Masters of Empire: Great Lakes and the Making of America, New York, Hill and Wang.

McLynn, F., 2005: 1759: The Year Britain Became the Master of the World, New York, Atlantic Monthly.

McNeill, J., 2010: Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914, New York, Cambridge University Press.

McShea, B., 2019: Apostles of Empire: The Jesuits and New France, Lincoln, University of Nebraska Press.

Meacham, J., 2008: American Lion: Jackson in the White House, New York, Random House.

Miles, T., 2016: Ties That Bind: The Story of an Afro-Cherokee Family in Slavery and Freedom, Berkeley, University of California Press.

Megapolensis, J., 1996: «A Short Account of the Mohawk Indians, Their Country, Language, Stature, Dress, Religion, and Government, Thus Described and Recently, August 26, 1644», en D. R. Snow, Ch. T. Gehring y W. A. Starna (eds.), In Mohawk Country: Early Narratives of a Native People, New York, Syracuse University Press.

Meigs, W. M., 1904: The Life of Thomas Hart Benton, Philadelphia, J. B. Lippincott.

Merrell, J. H., 1987: «"Their Very Bones Shall Fight": Catawba-Iroquois Wars», en D. K. Richter y J. H. Merrell (eds.), Beyond the Covenant Chain: The Iroquois and Their Neighbors in Indian North America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Merrell, J. H., 1989: «"Our Bond of Peace": Patterns of Intercultural Exchange in the Carolina Piedmont, 1650-1750», en P. H. Wood, G. A. Waselkow y M. Th. Hatley (eds.), Powhatan's Mantle: Indians in the Colonial Southeast, Lincoln, University of Nebraska Press.

Merrell, J. H., 1989b: Indians' New World: Catawbas and Their Neighbors from European Contact through the Era of Removal, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Merrell, J. H., 1991: «"The Customes of Our Countrey": Indians and Colonists in Early America», en B. Bailyn y Ph. D. Morgan (eds.), Strangers within the Realm: Cultural Margins of the First British Empire, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Merrell, J. H., 1998: «Shamokin, "the Very Seat of the Prince of Darkness": Unsettling the Early American History», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Merrell, J. H., 1999: Into the American Woods: Negotiations on the Pennsylvania Frontier, New York, W. W. Norton.

Merrell, J. H., 1999b: «American Nations, Old and New: Reflections on Indians and the Early Republic», en F. E. Hoxie, R. Hoffman y P. J. Albert (eds.), Native Americans and the Early Republic, Charlotte, University Press of Virginia.

Merritt, J. T., 1998: «Metaphor, Meaning, and Misunderstanding:

Language and Power on the Pennsylvania Frontier», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Merritt, J. T., 2012: «Native Peoples in the Revolutionary War», en J. Kamensky y E. G. Gray (eds.), Oxford Handbook of the American Revolution, New York, Oxford University Press.

Middleton, R. y Lombard, A., 2011: Colonial America to 1763, 4.ª ed., Malden, Blackwell.

Miles, T., 2017: The Dawn of Detroit: A Chronicle of Slavery in the City of the Straits, New York, New Press.

Miller, D. W., 2011: The Forced Removal of American Indians from the Northeast: A History of Territorial Cessions and Relocations, 1620-1854, Jefferson, McFarland.

Miller, J., 1993: «Blending Worlds», en B. Ballantine e I. Ballantine (eds.), The Native Americans: An Illustrated History, Atlanta, Turner.

Miller, P., 1939: The New England Mind: The Seventeenth Century, Cambridge, Harvard University Press.

Miller, R. J., 2006: Native America, Discovered and Conquered: Thomas Jefferson, Lewis & Clark, and Manifest Destiny, Westport, Praeger.

Miller, S. A., 2003: Coacoochee's Bones: A Seminole Saga, Lawrence, University Press of Kansas.

Millet, N., 2013: The Maroons of Prospect Bluff and Their Quest for Freedom in the Atlantic World, Gainesville, University Press of Florida.

Minnis, P. E. y Whalen, M. E., 2016: Discovering Paquimé, Tucson, University of Arizona Press.

Mintz, M. M., 1999: Seeds of Empire: The American Revolutionary Conquest of the Iroquois, New York, New York University Press.

Momaday, S., 1969: The Way to the Rainy Mountain, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Montanus, A., 1671: Description of New Netherland, Amsterdam.

Mooney, J., 1902: Myths of the Cherokee, Washington D.C.,

Government Printing Office.

Moore, L. J., 2001: «Lozen: An Apache Woman Warrior», en Th. Perdue (ed.), Sifters: Native American Women's Lives, New York, Oxford University Press.

Morgan, D. L., 2007: «Shoshonean Peoples and the Overland Trails: Frontiers of the Utah Superintendency of Indian Affairs», R. L. Saunders (ed.), Logan, Utah State University Press.

Morgan, E. S., 1975: American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia, New York, W. W. Norton.

Morison, S. E., 1978: The Great Explorers: The European Discovery of America, New York, Oxford University Press.

Morison, S. E., 1991 (1942): Admiral of the Ocean Sea: A Life of Christopher Columbus, New York, Little, Brown [ed. en esp.: El almirante de la mar océano: vida de Cristóbal Colón, México, Fondo de Cultura Económica, 1991].

Morrissey, R. M., 2015: Empire by Collaboration: Indians, Colonists, and Governments in Colonial Illinois Country, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Morrison, K. M., 1984: The Embattled Northeast: The Elusive Ideal of Alliance in Abenaki, Berkeley, University of California Press.

Moulder, M. A., septiembre de 2011: «Cherokee Practice, Missionary Intentions: Literacy Learning among Early Nineteenth-Century Cherokee Women», Indigenous Ethnic Rhetorics.

Murphy, L. E., 1995: «Autonomy and the Economic Roles of the Fox-Wisconsin River Region, 1763-1832», en N. Shoemaker (ed.), Negotiators of Change: Historical Perspectives on Native American Women, New York, Routledge.

Murphy, L. E., 2014: Great Lakes Creoles: A French Community in the Northern Borderlands, Prairie du Chien, 1750-1860, New York, Cambridge University Press.

Nash, G., 1974: Red, White, and Black: Peoples of Early North America, Englewood Cliffs, Prentice-Hall [ed. en esp.: Pieles rojas, blancas y negras. Tres culturas en la formación de Estados Unidos, México, Fondo de Cultura Económica, 1989].

Navakas, M. C., 2017: Liquid Landscape: Geography and Settlement at the Edge of Early America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Nelson, M. K., 2020: The Union, the Confederacy, and Native Peoples in the Fight in the West, New York, Scribner.

Nelson, M. K., 2020b: The Three-Cornered War: The Union, the Confederacy, and Native Peoples in the Fight for the West, New York, Scribner.

Nester, W. R., 2000: «Haughty Conquerors»: Amherst and the Great Indian Uprising of 1763, Westport, Praeger.

Nester, W. R., 2004: The Frontier War for American Independence, Mechanicsburg, Stackpole.

Newell, M. E., 2009: «Indian Slavery in Colonial New England», en A. Gallay (ed.), Indian Slavery in Colonial America, Lincoln, University of Nebraska Press.

Newell, M. E., 2015: Brethren by Nature: New England Indians, and the Origins of American Slavery, Ithaca, Cornell University Press.

Nichols, D. A., 2016: Engines of Diplomacy: Indian Trading Factories and the Negotiation of American Empire, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Nichols, D. A., 2018: People of the Inlands Sea: Native Americans in the Great Lakes Region, 1600-1870, Athens, Ohio University Press.

Nobles, G. H., 1997: American Frontiers: Cultural Encounters and Continental Conquest, New York, Hill & Wang.

Nonneman, W., 2009: «On the Economics of the Socialist Theocracy of the Jesuits in Paraguay (1609-1767)», en M. Ferrero y R. Wintrobe (eds.), The Political Economy of Theocracy, New York, Palgrave Macmillan.

Norton, M. B., 2002: In the Devil's Snare: The Salem Witchcraft Crisis of 1692, New York, Vintage.

Oatis, S. T., 2004: A Colonial Complex: South Carolina's Frontiers in the Era of the Yamasee War, Lincoln, University of Nebraska Press.

Ober, F. A., 1908: John and Sebastian Cabot, New York, Harper.

Oberg, M. L., 2003: Uncas: First of the Mohegans, Ithaca, Cornell University Press.

Oberg, M. L., 2008: The Head in Edward Nugent's Hand: Roanoke's Forgotten Indians, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

O'Brien, J., 1996: «Divorced from the Land: Accommodation Strategies of Indian Women in Eighteenth-Century New England», en M. J. Maynes, A. Waltner, B. Soland y U. Strasser (eds.), Gender, Kinship, and Power: A Comparative and Interdisciplinary History, New York, Routledge.

O'Brien, J. M., 1997: Dispossession by Degrees: Indian Land and Identity in Natick, Massachusetts, New York, Cambridge University Press.

O'Callaghan, J. F., 2003: Reconquest and Crusade in Medieval Spain, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

O'Connell, R. L., 2019: Revolutionary: George Washington at War, New York, Random House.

Oliphant, J., 2001: Peace and War on the Anglo-Cherokee Frontier, 1756-63, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Onuf, P. S., 1987: Statehood and Union: A History of the Northwest Ordinance, Bloomington, Indiana University Press.

Ordway, J., 1916: «Sergeant Ordway's Journal», en M. M. Quaife (ed.), The Journals of Captain Meriwether Lewis and Sergeant John Ordway, Madison, State Historical Society of Wisconsin.

Orsi, J., 2014: Citizen Explorer: The Adventurous Life of Zebulon Pike, New York, Oxford University Press.

Ostler, J., 2004: The Plains Sioux and U. S. Colonialism from Lewis and Clark to Wounded Knee, Cambridge, Cambridge University Press

Owsley jr., F. L. y Smith, G. A., 1997: Filibusters and Expansionists: Jeffersonian Manifest Destiny, 1800-1821, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Padgen, A., 1998: «The Struggle for Legitimacy and the Image of Empire in the Atlantic to c. 1700», en N. Canny (ed.), Origins of

Empire: British Overseas Enterprise to the Close of the Seventeenth Century, vol. 1, Oxford History of the British Empire, New York, Oxford University Press.

Palmié, S. (ed.), 1995: Slave Cultures and the Cultures of Slaves, Knoxville, University of Tennessee Press.

Paquette, R. L., 1997: «Revolutionary Saint Domingue in the Making of Territorial Louisiana», en D. B. Gaspar y D. P. Geggus (trads.), A Turbulent Time: The French Revolution and the Greater Caribbean, Bloomington, Indiana University Press.

Parker, G., 1990: The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press [ed. en esp.: La revolución militar: innovación militar y apogeo en Occidente, 1500-1800, J. L. Gil Aristu (trad.), Madrid, Alianza, 2002].

Parmenter, J. W., 2000: «Dragging Canoe (Tsi'ya-gûnsi'ni): Chickamauga Cherokee Patriot», en N. L. Rhoden e I. K. Steele (eds.), The Human Tradition in the American Revolution, Wilmington, SR Books.

Parry, J. H., 1966: The Spanish Seaborne Empire, Berkeley, University of California Press [ed. en esp.: El imperio español de ultramar, I. Echevarría (trad.), Madrid, Aguilar, 1970].

Parker, M., 2014: John Winthrop Founding the City upon a Hill, New York, Routledge.

Patrick, R. W., 1954: Florida Fiasco: Rampant Rebels on the Georgia-Florida Border, 1810-1815, Athens, University of Georgia Press.

Pauketat, T. R., 2009: Cahokia: Ancient America's Great City on the Mississippi, New York, Viking.

Pearsall, S. M. S., 2012: «Women in the American Revolution War», en J. Kamensky y E. G. Gray (eds.), Oxford Handbook of the American Revolution, New York, Oxford University Press.

Pearsall, S. M. S., 2019: Polygamy: An Early American History, New Haven, Yale University Press.

Perdue, Th., 1987: «Cherokee Relations with the Iroquois in the Eighteenth Century», en D. K. Richter y J. H. Merrell (eds.), Beyond the Covenant Chain: The Iroquois and Their Neighbors

in Indian North America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Perdue, Th., 1998: Cherokee Women: Gender and Culture Change, 1700-1835, Lincoln, University of Nebraska Press.

Perdue, Th. (ed.), 2001: Sifters: Native American Women's Lives, New York, Oxford University Press.

Perdue, Th. y Green, M. D., 2009: The Cherokee Nation and the Trail of Tears, New York, Viking.

Perkins, E. A., 1998: «Distinctions and Partitions amongst Us: Identity and Interaction in the Revolutionary Ohio Valley», en A. R. L. Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Perrot, N., 1911: Memoir on the Manners, Customs, and Religion of the Savages of North America, in Indian Tribes of the Upper Mississippi Valley, J. Tailhan (ed.), agente del Gobierno francés en Canadá.

Pesantubbee, M. E., 2005: Choctaw Women in a Chaotic World: The Clash of Cultures in the Colonial Southeast, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Perttula, T. K., 1992: The Caddo Nation: Archaeological and Ethnohistoric Perspectives, Austin, University of Texas Press.

Peterson, M., 2019: The City-State of Boston: The Rise and Fall of an Atlantic Power, 1630-1865, Princeton, Princeton University Press.

Philyaw, L. S., 2004: Virginia's Western Visions: Political and Cultural Expansion on an Early American Frontier, Knoxville, University of Tennessee Press.

Piecuch, J., 2012: «French and Indian War», en L. A. Breen (ed.), Converging Worlds: Communities and Cultures in Colonial America, New York, Routledge.

Piker, J., 2004: Okfuskee: A Creek Indian Town in Colonial America, Cambridge, Harvard University Press.

Podruchny, C., 2006: Making the Voyager World: Travelers and Traders in the North American Fur Trade, Lincoln, University of

Nebraska Press.

Potter-MacKinnon, J., 1993: While the Women Only Wept: Loyalist Refugee Women in Eastern Ontario, Montreal, McGill-Queen's University Press.

Powell, Ph. W., 1952: Soldiers, Indians, and Silver: The Northward Advance of New Spain, Berkeley, University of California Press [ed. en esp.: La guerra chichimeca, México, Fondo de Cultura Económica, 1984].

Pratt, R. H., 1973: «The Advantages of Mingling Indians with the Whites», en F. P. Prucha (ed.), Americanizing the American Indians: Writings by the «Friends of the Indian», 1880-1900, Cambridge, Harvard University Press.

Preston, A., 2012: Sword of the Spirit, Shield of Faith: Religion in American War and Diplomacy, New York, Anchor.

Preston, D. L., 2009: The Texture of Context: European and Indian Settler Communities on the Frontiers of Iroquoia, 1667-1783, Lincoln, University of Nebraska Press.

Preston, D. L., 2015: Braddock's Defeat: The Battle of the Monongahela and the Road to Revolution, Oxford, Oxford University Press.

Pritchard, J., 2004: In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1730, Cambridge, Cambridge University Press.

Pulsipher, J. H., 2005: Subjects unto the Same King: Indians, English, and the Contest for Authority, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Quinn, D. B., 1985: Set Fair for Roanoke: Voyages and Colonies, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Ramenofsky, A. F., 1987: Vectors of Death: The Archaeology of European Contact, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Raff, J., 2022: Origin: A Genetic History of the Americas, New York, Twelve.

Ray, A. J., 1998: Indians in the Fur Trade: Their Role as Trappers, Hunters, and Middlemen in the Lands Southwest of Hudson Bay, 1660-1870, Toronto, University of Toronto Press.

Redmond, E. M. (ed.), 1998: Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas, Gainesville, University Press of Florida.

Reed, J., 2016: Serving the Nation: Cherokee Sovereignty and Social Welfare, 1800-1907, Norman, University of Oklahoma Press.

Reid, J. L., 2015: The Sea Is My Country: The Maritime World of the Makahs, an Indigenous Borderlands People, New Haven, Yale University Press.

Reitz, E., Scarry, C. M. y Scudder, S. J. (eds.), 2008: Case Studies in Environmental Archaeology, New York, Springer.

Reséndez, A., 2005: Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850, New York, Cambridge University Press.

Reséndez, A., 2007: A Land So Strange: The Epic Journey of Cabeza de Vaca, New York, Basic Books [ed. en esp.: Un viaje distinto. La exploración de Cabeza de Vaca por América, Barcelona, La Vanguardia, 2008].

Reséndez, A., 2016: The Other Slavery: The Uncovered Story of Indian Enslavement in America, Boston, Houghton Mifflin Harcourt [ed. en esp.: La otra esclavitud. Historia oculta del esclavismo indígena, M. F. Miret y S. Mastrangelo (trads.), México, Grano de Sal, 2019].

Rhoden, N. L. y Steele, I. K. (eds.), 2000: The Human Tradition in the American Revolution, Wilmington, SR Books.

Rice, J. D., 2009: Nature and History in the Potomac Country: From Hunter-Gatherers to the Age of Jefferson, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Rice, J. D., 2012: Tales from a Revolution: Bacon's Rebellion and the Transformation of Early America, New York, Oxford University Press.

Richter, D. K., 2001: Facing East from Indian Country: A Native History of Early America, Cambridge, Harvard University Press.

Richter, D. K., 2013: Trade, Land, Power: The Struggle for Eastern North America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Richter, D. K., 2013b: «Land and Words: William Penn's Letter to

the Kings of the Indians», en D. K. Richter, Trade, Land, Power: The Struggle for Eastern North America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Richter, D. K. y Merrell, J. H. (eds.), 1987: Beyond the Covenant Chain: The Iroquois and Their Neighbors in Indian North America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Ridner, J., 2012: «Building Urban Spaces for the Interior: Thomas Penn and the Colonization of Eighteenth-Century Pennsylvania», en M. Brückner (ed.), Early American Cartographies, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Rindfleisch, B. C., 2019: George Galphin's Intimate Empire: The Creek Indians, Family, and Colonialism Early America, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Rink, O. A., 1986: Holland on the Hudson: An Economic and Social History, Ithaca, Cornell University Press.

Rockwell, J. J., 2010: Indian Affairs and the Administrative State in the Nineteenth Century, Cambridge, Cambridge University Press.

Rollings, W. H., 1992: The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains, Columbia, University of Missouri Press.

Ronda, J. P., 1984: Lewis and Clark among the Indians, Lincoln, University of Nebraska Press.

Ronda, J. P., 2003: «St. Louis Welcomes and Toasts the Lewis and Clark Expedition: A Newly Discovered Newspaper Account», en R. A. Saindon (ed.), Explorations into the World of Lewis & Clark, Scituate, Digital Scanning Inc.

Roberts, D., 2005: The Pueblo Revolt: The Secret Rebellion That Drove the Spaniards Out of the Southwest, New York, Simon and Schuster.

Rothman, J. D., 2012: Flush Times and Fever Dreams: A Story of Capitalism and Slavery in the Age of Jackson, Athens, University of Georgia Press.

Rothschild, N. A., 2003: Colonial Encounters in a Native American Landscape, Washington D. C., Smithsonian Institution.

Rountree, H. C., 1990: Pocahontas's People: The Powhatan Indians of Virginia through Four Centuries, Norman, University of Oklahoma Press.

Rountree, H. C., 1993: «The Powhatans and the English: A Case of Multiple Conflicting Agendas», en H. C. Rountree (ed.), Powhatan Foreign Relations, 1500-1722, Charlottesville, University Press of Virginia.

Rountree, H. C., 2005: Pocahontas, Powhatan, Opechancanough: Three Indian Lives Changed by Jamestown, Charlottesville, University of Virginia Press.

Rountree, H. C. (ed.), 1993: Powhatan Foreign Relations, 1500-1722, Charlottesville, University Press of Virginia.

Rountree, H. C. y Turner, E. R., 1998: «The Evolution of the Powhatan Paramount Chiefdom in Virginia», en E. M. Redmond (ed.), Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas, Gainesville, University Press of Florida.

Rushforth, B., 2012: Bonds of Alliance: Indigenous and Atlantic Slaveries in New France, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Sabol, S., 2017: «The Touch of Civilization»: Comparing American and Russian Internal Colonization, Boulder, University Press of Colorado.

Saindon, R. A. (ed.), 2003: Explorations into the World of Lewis & Clark, Scituate, Digital Scanning Inc.

Saler, B., 2015: The Settlers' Empire: Colonialism and State Formation in America's Old Northwest, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Sandos, J. A., 2005: «Social Control within Missionary Frontier: Alta California, 1760-1821», en J. F. de la Teja y R. Frank (eds.), Choice, Persuasion, and Coercion: Social Control on Spain's North American Frontiers, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Sauer, C. O., 1966: The Early Spanish Main, Berkeley, University of California Press.

Saunt, C., 1998: «"Domestick… Quiet Being Broke": Gender Conflict among the Creek Indians in the Eighteenth Century», en A. R. L.

Cayton y F. J. Teute (eds.), Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Saunt, C., 2014: West of the Revolution: An Uncommon History of 1776, New York, W. W. Norton.

Saunt, C., 2020: Unworthy Republic: The Dispossession of Native Americans and the Road to Indian Territory, New York, W. W. Norton.

Parkman, F., 1895: The Conspiracy of Pontiac and the Indian War after the Conquest of Canada, 10.ª ed., New York, Little, Brown.

Scarry, C. M., 2008: «Crop Husbandry Practices in North America's Eastern Woodlands», en E. Reitz, C. M. Scarry y S. J. Scudder (eds.), Case Studies in Environmental Archaeology, New York, Springer.

Schiff, S., 2015: The Witches: Salem, 1692, New York, Little, Brown.

Schoolcraft, H. R, 1846: Notes on the Iroquois: Or Contributions to American History, Antiquities, and General Ethnology, New York, Bartlett & Welford.

Seed, P., 1995: Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640, New York, Cambridge University Press.

Seelye, J. D., 1991: Beautiful Machine: Rivers and the Republican Plan, 1755-1825, New York, Oxford University Press.

Seeman, E. R., 2010: Death in the New World: Cross-Cultural Encounters, 1492-1800, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Seltz, J., 2010: «Epidemics, Indians, and Border-Making in the Nineteenth-Century Northwest», en B. H. Johnson y A. Graybill (eds.), Bridging National Borders in North America: Transnational and Comparative Histories, Durham, Duke University Press.

Sexton, J. y Hoganson, K. (eds.), 2021: Cambridge History of America and the World, Cambridge, Cambridge University Press.

Shankman, A. (ed.), 2014: The World of the Revolutionary

American Republic: Land, Labor, and the Conflict for a Continent, New York, Routledge.

Shannon, T. J., 2008: Iroquois Diplomacy on the Early American Frontier, New York, Viking Penguin.

Sharer, R. J., 2009: Maya Civilization, Westport, Greenwood [ed. en esp.: La civilización maya, M.ª A. Neira Bigorra (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1998].

Sheehan, B. W., 1973: Seeds of Extinction: Jeffersonian Philanthropy and the American Indian, New York, W. W. Norton.

Ship, B., 1851: The History of De Soto and Florida: Or, Record of Fifty-Six Years, from 1512-1568, Philadelphia, Robert M. Lindsay.

Shoemaker, N., 1995: «Introduction», en N. Shoemaker (ed.), Negotiators of Change: Historical Perspectives on Native American Women, New York, Routledge.

Shoemaker, N., 1995b: «Kateri Tekakwitha's Tortuous Path to Sainthood», en N. Shoemaker (ed.), Negotiators of Change: Historical Perspectives on Native American Women, New York, Routledge.

Shoemaker, N. (ed.), 1995: Negotiators of Change: Historical Perspectives on Native American Women, New York, Routledge.

Shultz, E. B. y Tobias, M. J., 1999: King Philip's War: The History and Legacy of America's Forgotten Conflict, Woodstock, Countryman.

Shurtleff, N. B. (ed.), 1853: Records of the Governor and Company of the Massachusetts Bay in New England, Boston, William White.

Shurtleff, N. B. (ed.), 1855: Records of the Colony of New Plymouth, in New England, Boston, William White.

Sides, H., 2006: Blood and Thunder: An Epic of the American West, New York, Doubleday.

Silver, P. R., 2008: Our Savage Neighbors: How Indian War Transformed Early America, New York, W. W. Norton.

Silverman, D. J., 2005: Faith and Boundaries: Colonists, Christianity

and Community among the Wampanoag Indians of Martha's Vineyard, 1600-1871, New York, Cambridge University Press.

Silverman, D. J., 2010: The Red Brethren: The Brothertown and Stockbridge Indians and the Problem of Race in Early America, Ithaca, Connell University Press.

Silverman, D. J., 2016: Thundersticks: Firearms and the Violent Transformation of Native America, Cambridge, Harvard University Press.

Silverman, D. J., 2019: This Land Is Their Land: The Wampanoag Indians, Plymouth Colony, and the Troubled History of Thanksgiving, New York, Bloomsbury.

Simmons, M., 1991: The Last Conquistador: Juan de Oñate and the Settling of the Far Southwest, Norman, University of Oklahoma Press.

Sivertsen, B. J., 1996: Turtles, Wolves, and Bears: A Mohawk Family History, Bowie, Heritage Books.

Skinner, C. A., 2008: The Upper Country: French Enterprise in the Colonial Great Lakes, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Slaughter, Th. P., 1986: The Whiskey Rebellion: Frontier Epilogue to the American Revolution, New York, Oxford University Press.

Sleeper-Smith, S., 2018: Indigenous Prosperity and American Conquest: Indian Women of the Ohio River Valley, 1690-1792, Williamsburg, Omohundro Institute of Early American History and Culture.

Slotkin, R., 1985: The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890, Norman, University of Oklahoma Press.

Smil, V., 2008: Energy in Nature and Society: General Energetics of Complex Systems, Cambridge, Massachusetts Institute of Technology.

Smith, F. T., 1995: The Caddo Indians: Tribes at the Convergence of Empires, 1542-1854, College Station, Texas A&M University Press.

Smithers, G. D. y Newman, B. N. (eds.), 2014: Native Diasporas: Indigenous Identities and Settler Colonialism in the Americas,

Lincoln, University of Nebraska Press.

Snow, D. R., 1994: The Iroquois, Malden, Blackwell.

Snow, D. R., 2009: Archaeology of Native North America, New York, Routledge.

Snow, D. R., Gehring, Ch. T. y Starna, W. A. (eds.), 1996: In Mohawk Country: Early Narratives of a Native People, New York, Syracuse University Press.

Snyder, Ch., 2010: Slavery in Indian Country: The Changing Face of Captivity in Early America, Cambridge, Harvard University Press.

Snyder, Ch., 2017: Great Crossings: Indians, Settlers, and Slaves in the Age of Jackson, New York, Oxford University Press.

Spalding, Ph., 1889: «Oglethorpe, William Stephens, and the Origin of Georgia Politics», en Ph.

Spalding, Ph. y Jackson, H. H. (eds.), 1889: Oglethorpe in Perspective: Georgia's Founder after Two Hundred Years, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Starna, W. A., 1990: «The Pequots in the Early Seventeenth Century», en L. M. Hauptman y J. D. Wherry (eds.), Pequots in Southern New England: The Fall and Rise of an American Indian Nation, Norman, University of Oklahoma Press.

Steenburg, N. H., 2005: «Murder and Minors: Changing Standards in the Criminal Law in Connecticut», en R. Asher, L. B. Goodheart y A. Rogers (eds.), Murder on Trial: 1602-2002, Albany, State University of New York Press.

Stewart, G. R., 1945: Names on the Land: A Historical Account of Place-Naming in the United States, New York, Random House.

Strickland, R. y Strickland, W. M., 1991: «Beyond the Trail of Tears: One Hundred Fifty Years of Cherokee Survival», en W. L. Anderson (ed.), Cherokee Removal: Before and After, Athens, University of Georgia Press.

Sturtevant, W. C. (ed.), 1979: Handbook of North American Indians, Washington D. C., Smithsonian Institution.

Sudgen, J., 1997: Tecumseh: A Life, New York, Henry Holt.

Tanner, H. H., 1986: Atlas of Great Lakes Indian History, Norman,

University of Oklahoma Press.

Tate, Th. W. y Ammerman, D. L. (eds.), 1979: The Chesapeake in the Seventeenth Century: Essays on Anglo-American Society, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Taylor, A., 2001: American Colonies, New York, Viking.

Taylor, A., 2006: The Divided Ground: Indians, Settlers, and the Northern Borderland of the American Revolution, New York, Vintage.

Taylor, A., 2010: The Civil War of 1812: American Citizens, British Subjects, Irish Rebels, and Indian Allies, New York, Alfred A. Knopf.

Taylor, A., 2013: The Internal Enemy: Slavery and War in Virginia, 1772-1832, New York, W. W. Norton.

Taylor, A., 2014: «Remaking Americans: Louisiana, Upper Canada, and Texas», en J. Barr y E. Countryman (eds.), Contested Spaces of Early America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Taylor, A., 2014b: «The War of 1812 and the Struggle for the Continent», en A. Shankman (ed.), The World of the Revolutionary American Republic: Land, Labor, and the Conflict for a Continent, New York, Routledge.

Taylor, A., 2016: American Revolutions: A Continental History, 1750-1804, New York, W. W. Norton.

Taylor, J. E., 1999: Making Salmon: An Environmental History of Northwest Fisheries, Seattle, University of Washington Press.

Teja, J. F. de la y Frank, R. (eds.), 2005: Choice, Persuasion, and Coercion: Social Control on Spain's North American Frontiers, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Thomas, H., 1993: Conquest: Cortes, Montezuma, and the Fall of Old Mexico, New York, Simon and Schuster [ed. en esp.: La conquista de México: Moctezuma, Cortés y la caída de un imperio, V. Alba (trad.), Barcelona, Planeta, 2020].

Thompson Denig, E., 1961: Five Indian Tribes of the Upper Missouri: Sioux, Arickaras, Assiniboines, Crees, Crows, J. Ewers (ed.), Norman, University of Oklahoma Press.

Thornton, R., 1987: American Indian Holocaust and Survival: A

Population History since 1492, Norman, University of Oklahoma Press.

Thrower, R. G., 2012: «Causalities and Consequences of the Creek War», en K. E. Holland Braund (ed.), Tohopeka: Rethinking the Creek War and the War of 1812, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Thrush, C., 2016: Indigenous London: Native Travelers at the Heart of Empire, New Haven, Yale University Press.

Tilly, Ch., 1990: Coercion, Capital, and European States, AD 990-1992, Malden, Blackwell [ed. en esp.: Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990, E. Rodríguez Halffter (trad.), Madrid, Alianza, 1992].

Tomlins, Ch., 2006: Freedom Bound: Law, Labor, and Civic Identity in Colonizing English America, 1580-1865, Cambridge, Cambridge University Press.

Todd Smith, F., 2000: The Wichita Indians: Traders of Texas and the Southern Plains, College Station, Texas A&M University Press.

Townsend, C., 2004: Pocahontas and the Powhatan Dilemma, New York, Hill and Wang.

Treuer, D., 2019: The Heartbeat of Wounded Knee: Native America from 1890 to the Present, New York, Riverhead.

Trigger, B. G., 1985: Natives and Newcomers: Canada's «Heroic Age» Reconsidered, Montreal, McGill-Queen's University Press.

Trigger, B. G., 1987: Children of Aataentsic: A History of the Huron People to 1660, Montreal, McGill-Queen's University.

Truett, S., 2006: Fugitive Landscapes: The Forgotten History of the U. S.-Mexico Borderlands, New Haven, Yale University Press.

Truett, S., 2021: «Borderlands and Border Crossings», en J. Sexton y K. Hoganson (eds.), Cambridge History of America and the World, Cambridge, Cambridge University Press.

Tunnell, C. D. y Newcomb, W. W. jr., 1969: A Lipan Apache Mission: San Lorenzo de la Santa Cruz, 1762-1771, Austin, Texas Memorial Museum.

Usner jr., D. H., 1992: Indians, Settlers, and Slaves in a Frontier

Exchange Economy: The Lower Mississippi Valley before 1783, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Usner jr., D. H., 1995: «Indian-Black Relations in Colonial and Antebellum Louisiana», en S. Palmié (ed.), Slave Cultures and the Cultures of Slaves, Knoxville, University of Tennessee Press.

Usner jr., D. H., 1998: American Indians in the Lower Mississippi Valley: Social and Economic Histories, Lincoln, University of Nebraska Press.

Utley, R. M., 1967: Frontiersmen in Blue: The United States Army and the Indian, 1848-1865, Lincoln, University of Nebraska Press.

Utley, R. M., 2012: Geronimo, New Haven, Yale University Press.

Vachon, A., 1982: Dreams of Empire: Canada before 1700, J. F. Flinn (trad.), Ottawa, Public Archives of Canada.

Vachon de Belmont, F. 1840: Histoire du Canada, Québec, Imprimerie de William Cowan et Fils.

Lee, J. F., 2019: Masters of the Middle Waters: Indian Nations and Colonial Ambitions along the Mississippi, Cambridge, Harvard University Press.

Vaughan, A. T., 1995: New England Frontier: Puritans and Indians, 1620-1675, 3.ª ed., Norman, University of Oklahoma Press.

Voth, H. R., 1905: The Traditions of the Hopi, Chicago, Field Columbian Museum Publication.

Wahlgren Summers, M., 2014: The Ordeal of Reunion: A New History of Reconstruction, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Walker, J. R., 1992: The Lakota Society, R. J. DeMallie (ed.), Lincoln, University of Nebraska Press.

Walker, T., 2012: «European Ambitions and Early Contacts: Diverse Styles of Colonization, 1492-1700», en L. A. Breen (ed.), Converging Worlds: Communities and Cultures in Colonial America, New York, Routledge.

Wallace, A. F. C., 1970: The Death and Rebirth of the Seneca, New York, Knopf.

Wallace, A. F. C., 1999: Jefferson and the Indians: The Tragic Fate

of the First Americans, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.

Walsh, L. S., 2000: From Calabar to Carter's Grove: The History of a Virginia Slave Community, Williamsburg, University of Virginia Press.

Walton, T. R., 1994: The Spanish Treasure Fleets, Sarasota, Pineapple.

Ward, M. C., 2004: Breaking the Backcountry: Seven Years' War in Virginia and Pennsylvania, 1754-1765, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Warren, L. S., 2017: God's Red Son: The Ghost Dance Religion and the Making of Modern America, New York, Basic Books.

Warren, S., 2014: The Worlds the Shawnees Made: Migration and Violence in Early America, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Warren, S. y Noe, R., 2009: «"The Greatest Travelers in America": Shawnee Survival in the Shatter Zone», en R. Ethridge y Sh. M. Shuck-Hall (eds.), Mapping the Mississippian Shatter Zone: The Colonial Indian Slave Trade and Regional Instability in the American South, Lincoln, University of Nebraska Press.

Warren, W., 2016: New England Bound: Slavery and Colonization in Early America, New York, Liveright.

Waselkov, G. A., 1999: Old Mobile Archaeology, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Waselkov, G. A., 2006: A Conquering Spirit: Fort Mims and the Redstick War of 1813-1814, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Watson, D., 1953: Indians of the Mesa Verde, Ann Arbor, Cushing Malloy.

Webb, S. S., 1984: 1676, the End of American Independence, New York, Knopf.

Webb Hodge, F. (ed.), 1912: Handbook of North American Indians North of Mexico, Washington D. C., Smithsonian.

Weber, D. J., 1982: The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico, Albuquerque, University of

New Mexico Press.

Weber, D. J., 2005: Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment, New Haven, Yale University Press [ed. en esp.: Bárbaros: los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración, Barcelona, Crítica, 2007].

Weidensaul, S., 2012: The First Frontier: The Forgotten History of Struggle, Savagery and Endurance in Early America, Boston, Houghton Mifflin.

Wells, M. A., 1994: Native Land: Mississippi, 1540-1798, Jackson, University Press of Mississippi.

West, E., 1998: The Contested Plains: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado, Lawrence, University Press of Kansas.

West, E., 2009: The Last Indian War: The Nez Perce Story, New York, Oxford University Press.

West, E., 2012: The Essential West: Collected Essays, Norman, University of Oklahoma Press.

White, R., 1991: The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815, Cambridge, Cambridge University Press.

White, R., 1991b: «It's Your Misfortune and None of My Own»: A New History of the American West, Norman, University of Oklahoma Press.

White, R., 1995: The Organic Machine: The Remaking of the Columbia River, New York, Hill and Wang.

White, R., 1983: The Roots of Dependency: Subsistence, Environment, and Social Change among the Choctaws, Pawnees, and Navajos, Lincoln, University of Nebraska Press.

White, R., 2011: Railroaded: The Transcontinentals and the Making of Modern America, New York, W. W. Norton.

White, S., 2012: Wild Frenchmen and Frenchified Indians: Material Culture and Race in Colonial Louisiana, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

White, S., 2017: A Cold Welcome: The Little Ice Age and Europe, Cambridge, Harvard University Press.

White, R., 2017b: The Republic for Which It Stands: The United

States during Reconstruction and the Gilded Age, 1865-1896, New York, Oxford University Press.

Whiting Young, B. y Flower, M. L., 2000: Cahokia: The Great Native American Metropolis, Urbana, University of Illinois Press.

Wickham, Ch., 2005: Framing the Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800, Oxford, Oxford University Press [ed. en esp.: Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800, T. Fernández Aúz y B. Eguibar (trads.), Barcelona, Crítica, 2016].

Wilkins, D. E., 1997: American Indian Sovereignty and the U. S. Supreme Court: The Masking of Justice, Austin, University of Texas Press.

Wilkins, J. B., 2015 (1996): «La Moyne de d'Iberville, Pierre», en A. Gallay (ed.), Colonial Wars of North America, 1512-1763: An Encyclopedia, New York, Routledge.

Williams, P., 2020: The Dakota Conflict and Its Leaders, 1862-1865: Little Crow, Henry Sibley and Alfred Sully, Jefferson, McFarland.

Wishart, D., 1994: An Unspeakable Sadness: The Dispossession of the Nebraska Indians, Lincoln, University of Nebraska Press.

Witgen, M., 2012: An Infinity of Nations: How the Native New World Shaped Early America, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Whitaker, A., 1927: The Spanish-American Frontier, 1783-1795, New York, Houghton Mifflin.

Witherspoon, G., 1975: Navajo Kinship and Marriage, Chicago, University of Chicago Press.

Wood, G. S., 2009: Empire of Liberty: A History of the Early Republic, 1789-1815, New York, Oxford University Press.

Wood, P. H., 1889: «Circles in the Sand: Perspectives on the Southern Frontier at the Arrival of James Oglethorpe», en Ph. Spalding y H. H. Jackson (eds.), Oglethorpe in Perspective: Georgia's Founder after Two Hundred Years, Tuscaloosa, University of Alabama Press.

Wood, P. H., Waselkow, G. A. y Hatley, M. Th. (eds.), 1989:

Powhatan's Mantle: Indians in the Colonial Southeast, Lincoln, University of Nebraska Press.

Woolley, B., 2007: Savage Kingdom: Virginia and the Founding of English America, London, Harper Press.

Wright, R., 1992: Stolen Continents: Five Hundred Years of Conquest and Resistance in the Americas, Boston, Houghton Mifflin [ed. en esp.: Continentes robados. América vista por los indios desde 1492, Madrid, Anaya/Mario Muchnik, 1994].

Yarbrough, F. A., 2008: Race and the Cherokee Nation: Sovereignty in the Nineteenth Century, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Young, A., 1844: Chronicles of the Pilgrim Fathers of the Colony of Plymouth, from 1602 to 1625, 2.ª ed., Boston, Charles C. Little & James Brown.

Zappia, N. A., 2014: Traders and Raiders: The Indigenous World of the Colorado Basin, 1540-1859, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Zeitlin, R. N. y Zeitlin, J. F., 2000: «The Paleoindian and Archaic Cultures of Mesoamerica», en R. E. Adams y M. J. MacLeod (eds.), The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas, vol. 2, Mesoamerica, New York, Cambridge University Press.

Zelner, K., 2009: A Rabble in Arms: Massachusetts Towns and Militiamen during King Philip's War, New York, New York University Press.



Pekka Hämäläinen, doctor en Historia por la Universidad de Helsinki, es un galardonado investigador especializado en la historia de América del Norte del siglo XIX, en concreto en historia indígena, colonial, imperial, ambiental y la frontera. Asimismo, también está interesado en historias comparadas y globales de imperios, sociedades indígenas y nómadas en la historia mundial y la historia del hemisferio occidental en un contexto global. Profesor en la Universidad de Oxford, su carrera docente le ha llevado a impartir clase en la Universidad Texas A&M y en la Universidad de California en Santa Bárbara, y a ser miembro del Centro William P. Clements de Estudios del Suroeste de la Universidad Metodista del Sur, el Colegio de Estudios Avanzados de Helsinki, el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento de la Universidad de Stanford y el Institut d'Etudes Avancées de Nantes.

Con E*l imperio comanche* (Península, 2018) Pekka Hämäläinen recibió una docena de premios, incluidos el Premio Bancroft, el Premio Merle Curti y el Premio Caughey. También ha coeditado junto con Benjamin H. Johnson *Major Problems in the History of North American Borderlands* (Houghton Mifflin, 2011) y ha sido coautor de *Liberty, Equality, Power: A History of the American People* (Cengage, 2015), y sus escritos han aparecido en *American*

Historical Review, *Journal of American History*, *History and Theory*, *William and Mary Quarterly*, *Western Historical Quarterly* y *Journal of the Civil War Er*a. Su obra más reciente es *Continente indígena*. La implacable pugna por Norteamérica (Desperta Ferro Ediciones, 2024).

Actualmente es el investigador principal de un proyecto de cinco años sobre imperios nómadas en la historia mundial, financiado por el Consejo Europeo de Investigación, y está trabajando en un libro sobre los siux lakota, que rastrea su historia desde el siglo XVII hasta principios del XX como parte de un proyecto de investigación más amplio, que explora el papel de los regímenes ecuestres expansionistas en la historia mundial y busca comprender los regímenes nómadas en sus propios términos, proporcionar una perspectiva comparativa amplia de los imperios nómadas y repensar la historia mundial desde puntos de vista supuestamente periféricos, como los pastizales, la estepa y los desiertos.

Notas

[1] 1. Shoemaker, N., octubre de 2020, 537-549. < <

[1] He tomado prestado el concepto «infinidad de naciones» de Witgen, M., 2012. < <

[*] N. del T.: Antes de nuestra era. < <

[1] Kehoe, A. B., 1992, 1-11; Fiedel, S. J., enero de 1999, 95-115; Raff, J., 2022. < <

[2] Moreno-Mayar, J. V., Vinner, L., Barros Damgaard, P. de, Fuente, C. de la, Chan, J., Spence, J. P., Allentoft, M. E. et al., 2018 [https://doi.org/10.1126/science.aav2621]; Braje, T. D., Dillehay, T. D., Erlandson, J. M., Klein, R. G. y Rick, T. C., noviembre de 2017, 592-594; Montaigne, F., enero-febrero de 2020 [https://www.smithsonianmag.com/science-nature/how-humans-came-to-americas-180973739]. Existe un considerable desacuerdo en cuanto a las fechas; algunos científicos creen que los humanos alcanzaron Monte Verde hace 32 000 años. Para este debate, vid. Mann, Ch. M., 2011, 182-196; Bennett, M. R., Bustos, D., Pigati, J. S., Springer, K. B., Urban, Th. M., Holliday, V. T., Reynolds, S. C. et al., 24 de septiembre de 2021, 1528-1531. < <

[3] Ford, L., 2008, 2-3; Fenton, W. N., octubre-diciembre de 1962, 283-300; Snow, D. R., 1994, 3-4; Barr, D. P., 2006, 3. < <

[4] Bird Grinnell, G., abril-junio de 1893, 114-130. < <

[5] Mooney, J., 1902, 240. < <

[6] Erdoes, R. y Ortiz, A. (eds.), 1984, 496-499 («Ahora […]», 498-499). <<

[7] Momaday, S., 1969, 17. < <

[8] Lamphere, L., otoño de 1969, 279-305; Reichard, G. A., verano de 1946, 210-213; Witherspoon, G., 1974, 41-60; Witherspoon, G., 1975, 15-22, 68-69. < <

[9] Kehoe, A. B., 2002, 9; Zeitlin, R. N. y Zeitlin, J. F., 2000, 45-121, esp. 51-53. < <

[10] Deloria jr., V., 1995; Hau, M. von y Wilde, G., 2010, 1283-1303; Erdoes, R. y Ortiz, A. (eds.), op. cit., xiv. Para una sólida argumentación del carácter central de la tierra en la historia estadounidense, vid. Dunbar-Ortiz, R., 2014. < <

[11] Wissler, C. y Duvall, D. C., 1908, 121-133; Grayson, D. K. y Meltzer, D. J., mayo de 2003, 585-593; Gill, J. L., Williams, J. W., Jackson, S. T., Lininger, K. B. y Robinson, G. S., noviembre de 2009, 1100-1103; Haynes, G. (ed.), 2009. < <

[12] Martin, J. M., Mead, J. I. y Barboza, P. S., mayo de 2018, 4564-4574; Fiedel, S. J., 1992, 143-146. < <

[13] Fiedel, S. J., 1992, 66; McClellan III, J. E. y Dorn, H., 2006, 11; Whittaker, J. C., Pettigrew, D. B. y Grohsmeyer, R. J., 2017, 161-181. <<

[14] Kehoe, A. B., 1992, 403. < <

[15] Reid, J. L., 2015, 4-12; Hackel, S. W., 2005, 17-20; Calloway, C. G., 2003, 45-50; Kehoe, A. B., 1992, 429-434. < <

[16] Kehoe, A. B., 1992, 434-457; Greer, A., abril de 2012, 370. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: Conocida como American Bottom. <<

[1] Wet, J. M. J. de, Harlan, J. R. y Grant, C. A., 1971, 255-265; Sluyter A. y Domínguez, G., enero de 2006, 1147-1151. < <

[2] Piperno, D. R. y Flannery, K. V., febrero de 2001, 2101-2103; Rosenswig, R. M., junio de 2006, 330-355. < <

[3] Upham, S., MacNeish, R. S., Galinat, W. C. y Stevenson, Ch. M., junio de 1987, 410-419. < <

[4] Garrison Wilkes, J. H., septiembre de 1972, 1071-1077; Jensen, M., 1977, 423-441; C. Scarry, C. M., 2008, 391-404. < <

[5] Martin, P. S., 1979, 61-74; Gumerman, G. J. y Haury, E. W., 1979, 75-90; Fish, S. K. y Fish, P. R., verano de 1992, 269-283; BR, 15-17; Windes, Th. C. y Ford, D., abril de 1996, 295-310. < <

[6] Rafferty, K., 1990, 324; Kohler, T. A. y Turner, K. K., diciembre de 2006, 1035-1045; Kehoe, A. B., 1992, 120-122; Landon, A. J., 2008, 110-124; BR, 19-20. < <

[7] Heitman, C., 2007, 248-272. < <

[8] Gibson, J. L., 2001; Ellerbe, J. y Greenlee, S. M., 2015. < <

[9] Baires, S. E., 2014, 145-162. < <

[10] La producción escrita acerca de Cahokia es enorme y no deja de crecer. Me he basado en particular en Baires, S. E., 2017; Pauketat, T. R., 2009; y Whiting Young, B. y Flower, M. L., 2000. <<

[11] Whiting Young, B. y Flower, M. L., op. cit., 192; Trubitt, M. B. D., octubre de 2000, 669-690; Koziol, K. K., 2012, 227-228; Muñoz, S. E., Gruley, K. E., Massie, A., Fike, D. A., Schroeder, S. y Williams, J. W., mayo de 2015, 6319-6324; Benson, L. V., Pauketat, T. R. y Cook, E. R., julio de 2009, 467-483. Para la Pequeña Edad de Hielo en general, vid. Fagan, B., 2019. < <

[12] Dyke, R. M. van, julio de 2004, 423-427; Mahoney, N. M., Adler, M. A. y Kendrick, J. W., otoño de 2000, 67-90; Zimmermann Holt, J., abril de 2009, 231-254. < <

[13] BR, 30-31; Teague, L. S., 1993, 435-454; Watson, D., 1953, 136.
< <

[14] Minnis, P. E. y Whalen, M. E., 2016, 23-52; Snow, D. R., 2009, 123. < <

[15] Kehoe, A. B., op. cit., 124-126; Adams, R. E. W., 1991, 301-307; Hardoy, J. E., 1973, 58; D’Altroy, T. N., 2014, 174-176; Sharer, R. J., 2009, 100-107. < <

[16] Campbell, C. y Campbell, I. D., 1989, 13-33; White, S., 2017, 109-131; Wishart, D., 1994, 4; Fenn, E. A., 2014, 8-26; Calloway, C. G., 2003, 109-110; BR, 30-36; Cunfer, G., 2016, 8-9; Flores, D., 2016, 39. < <

[17] Bryan, L., 2005, 69; Ritter, B. R., otoño 2002, 271-284; West, E., 1998, 36-41; Bird Grinnell, G., 1962, 228; Brink, J. W., 2008. <<

[18] Madley, B., febrero de 2015, 98-99. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] Fagan, B., 2019; Blom, Ph., 2019; Wickham, Ch., 2005; Brown, P., 1989 (1971); Hodgett, G. A. J., 1972, 185-198; BR, 38-41. < <

[2] Para el surgimiento de Estados fiscal-militares, vid. Tilly, Ch., 1990; y Parker, G., 1990, 16-44. < <

[3] Para una pequeña selección de obras clave, vid. Braudel, F., 1992; Elliott, J. H., 2009; y O'Callaghan, J. F., 2003. < <

[4] Parry, J. H., 1966, 39-42; Crosby, A. W., 1986, 70-92; Kicza, J. E., abril de 1992, 233-238. < <

[5] Vignaug, H., 1902; Sauer, C. O., 1966, 12-16 («durante», 16); Tucker, G. R., 2011, 101-110; Elliott, J. H., 1963, 45-76. < <

[6] Reséndez, A., 2016, 35-36; Morison, S. E., 1991 (1942), esp. 33-34, 63-65, 183-286. < <

[7] Crosby, A. W., 1986, 100; Morison, S. E., op. cit., 389-494; Sauer, C. O., op. cit., 23-35, 71; Weaver, J., verano de 2011, 426.
< <

[8] White, S., 2017, 9-10; Walsh, M. A., septiembre de 2010, 345-362; Kicza, J. E., op. cit., 243. Para la disminución de la población, vid. Livi-Bacci, M., junio de 2006: 199-232; Thornton, R., 1987, 3-47; Jones, D. S., octubre de 2003, 703-742. < <

[9] SA, 1:8-9. < <

[10] Lockhart, J., 1968, 13-37; Hemming, J., 1970; Yaeger, T. J., diciembre de 1995, 842-849; Thomas, H., 1993, 175-250, 358; Hassig, R., 2006, esp. 65-124. < <

[11] Crosby, A. W., 1972; Elliott, J. H., 1963, 77-163; SA, 1:11-17; Walton, T. R., 1994. < <

[12] Reséndez, A., 2007, 21-23; Casas, B. de las, 1992, 14. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] SFNA, 33-34; Kessell, J. L., 2002, 4-13; Davis, T. F., julio de 1935, 55; Seed, P., 1995, 13. < <

[2] Hann, J. H., octubre de 1992, 188-193; Landers, J. G., 2005, 27; Thompson, V. D., Marquardt, M. H., Savarese, M., Walker, K. J., Newson, L. A., Lulewich, I., Lawres, N. R., Roberts Thompson, A. D., Bacon, A. R. y Walser, Ch. R., abril de 2020, 8374-8381; SFNA, 34; NWA, 33. < <

[3] Reséndez, A., 2016, 16, 40-45. < <

[4] Thornton, R., 1987, 65. < <

[5] Reséndez, A., 2007, 43-48; SFNA, 42-43. < <

[6] Ibid., 64, 76-110. < <

[7] Ibid., 91-102. < <

[8] Núñez Cabeza de Vaca, A., 1871, 38 («nos hacían»). < <

[9] Ibid., 39 («parecían»); Reséndez, A., 2007, 103-106, 111-131, 133-167. < <

[10] Reséndez, A., 2007, 133-167. < <

[11] Winship, G. P., 1896, 351-352; SA, 1:87. < <

[12] Baldwin, P. M., abril de 1926, 193-223 («Nuestro Señor», «nadie», 217); SFNA, 45-46; «Vázquez de Coronado's Letter to the King, October 20, 1541», en Flint, R. y Flint Sh. C. (trads. y eds.), 2005, doc. 26 («muy mayores pueblos», «se servían»). < <

[13] «Vázquez de Coronado’s Letter to the Viceroy, August 3, 1540», en Flint, R. y Flint Sh. C. (trads. y eds.), 2005, doc. 19 («lo que turbó»); SFNA, 46-48. < <

[14] Winship, G. P. (trad. y ed.), 1904, 226-236, 243 «un río», «bajo un gran árbol», 243); NWA, 93-94; Flint, R., 2002, 169-173; Hammond, G. P. y Rey, A. (trads. y eds.), 1940, 1:189 («parte»). <<

[15] SFNA, 49. < <

[16] Crosby, A. W., 1986, 71-103; Kicza, J. E., abril de 1992, 229-253; Kopelson, H. M., 2021, 444-445. < <

[17] Ship, B., 1851, 287-297, 608 («el hijo del sol», 608); Barnett, J. F., 2007, 3-5; Ramenofsky, A. F., 1987, 7; Beck jr, R. A. 2013, 23, 66; NWA, 95; Coleman, J. T., 2020, 14-19. < <

[18] Barr, J., abril de 2017, 208-210; Perttula, T. K., 1992, 85. No hay fuentes exactas acerca de la población pueblo y «100 000» proviene de un correo electrónico de John Kessell al autor, 21-22 de junio de 2020. Véase también, Malkovich, A. M., enero de 1985, 401-426. < <

[19] SFNA, 80-81; «The Articles of Agreement Which the Viceroy, Don Luis de Velasco, Made with Don Juan de Oñate, Governor and Captain-General of the Provinces of New Mexico», en Hackett, Ch. W. (ed.), 1923-1937, vol. 1, 273; Gutiérrez, R. A., 1991, xxiii; Hammond, G. P. y Rey, A., 1953b, vol. 1, 335 («desde la hoja»); Kessell, J. L., 2002, 75-80. Para el Requirimiento, vid. Seed, P., op. cit., 69-72, 96-97. < <

[20] Hammond, G. P. y Rey, A., 1953, vol. 1, 470 («alcahuetes de los castellanos»); «Relation of Provinces Discovered in the Year 1598 by Don Juan de Oñate, Governor of the Provinces of New Mexico», en Hammond, G. P. y Rey, A. (eds.), 1938, 44-47 («este delicto», 47); SFNA, 84-86; Kessell, J. L., 2002, 80-81; Rothschild, N. A., 2003, 54. < <

[21] Hammond, G. P. y Rey, A. (trads. y eds.), 1940, vol. 1, 459 («If you»). < <

[22] Simmons, M., 1991, 179-180; Kessell, J. L., 1979, 85. < <

[23] SFNA, 82. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] Ober, F. A., 1908, 101 («tal cantidad» «a veces»); SA, 1:50. < <

[2] Baehre, R., 2019, 71-73. < <

[3] Morison, S. E., 1978, 94-96; Trigger, B. G., 1985, 124. < <

[4] SA, 1:50-51, 56-57; Fischer, D. H., 2008, 112-113; Merrell, J. H., 1991, 121; Dictionary of Canadian Biography, s.v. «Donnacona» [http://www.biographi.ca/en/bio/donnacona_1E.html]. < <

[5] Vachon, A., 1982, 23, lám. 7 («toda la tierra», «no se atrevió»), cortesía de Public Records Office, London, England: Chancery, Warrants for the Great Seal, ser. 2, C 82/146, no. 6; SA, 1:51, 55. < <

[6] BR, 95; Woolley, B., 2007, 8 («malvada secta Luterana»); «Francisco López de Mendoza Grájales’s Account of the Conquest of Florida, 1565», en DuVal, K. y DuVal, J. (eds.), 2009, 233-240 («murieron por», 240). Para la tierra como mercancía, vid. Richter, D. K., 2001, 54-55. < <

[7] Trigger, B. G., op. cit., 127; Childs, D., 2012, 192-194; Landers, J. G., 2005, 27-30; Bennett, Ch. E., 2001b, 70-74 («el último», «prodigiosos», 74). < <

[8] SFNA, 60-75; Pearsall, S. M. S., octubre de 2013, 1001-102, 1011-1114; Matter, R. A., julio de 1975, 19-20; Francis, J. M. y Kole, K. M., 2011 [https://core.ac.uk/download/pdf/18228437.pdf]. <<

[9] Canny, N., P., 1998, 3-4; Padgen, A., 1998, 51; Hakluyt, R., 1877 (1584), 48, 95, 154, 158 («en las embocaduras»,” 95; «al rey español», 154; «engrandecieran la gloria», «implantar la verdadera religión», 158); Sweet, T., septiembre de 1999, 399-427. < <

[10] Barlowe, A., 1898 (1584), 4-5 («La forma», «nunca», 4; «le defendería», 5). < <

[11] Canny, N. P., octubre de 1973, 575-598; Locke, J., 1980 (1778), 36, 311 («lugares vacíos», 311); Lipman, A., 2015, 35-37. < <

[12] Oberg, M. L., 2008, 57-73 («muy rápido», 73); Silverman, D. J., 2010, 13; Kupperman, K. O., 2007, 71-86. < <

[13] Donegan, K., 2014, 21-68; Childs, D., op. cit., 68-71; Oberg, M. L., op. cit., 81-100, 113; Lawner, A., junio de 2018 [https://www.nationalgeographic.com/magazine/2018/06/lost-colony-roanoke-history-theories-croatoan]; Quinn, D. B., 1985, 368-375. < <

[14] SFNA, 75. Para el mercantilismo, vid. Blaug, M., 1991; Appleby, J. P., 1998, 65. < <

[15] Rountree, H. C., 2005, 53-60; Taylor, A., 2001, 136. Para el mundo powhatan más amplio y el conocimiento de los poderes e intrusiones coloniales, vid. Gradie, Ch. M., 1993, 154-172. Para un argumento contundente acerca del colonialismo basado en el agua, vid. Benton, L. A., 2010. Para la dimensión performativa de la guerra powhatan, vid. Gleach, F. W., 1997, 43-54; Stewart, G. R., 1945, 23 («en el gran río»). < <

[16] Rountree, H. C., 1990, 3-28; Gleach, F. W., op. cit., 33; NWA, 95-96; Seed, P., 1995, 16-23; Smith, J., 1629, vol. 1, 37-38 («la forma», 37; «es ley», 38); Gallivan, M. D., marzo de 2007, 85-100; Rountree, H. C. y Turner, E. R., 1998, 265-296; Axtell, J., 1988b, 189; Schmidt, E. A., verano de 2012, 292-294, 297-298. Ha habido numerosas opiniones acerca de cómo etiquetar al régimen powhatan. Vid. Gleach, F. W., op. cit., 22-24. Los powhatans estaban dirigidos por poderosos mamanatowicks, que gobernaban una red de ciudades, muchas de ellas subyugadas por la fuerza, por lo que «imperio» parece el término más exacto. Para las ambiciones powhatans, vid. BR, 125. < <

[17] Townsend, C., 2004, 52-60; Rountree, H. C., 2005, 113-114; Smith, J., 1608 (1606), 66-73 («el gran», 73); Rountree, H. C., invierno de 1998, 1-29; BR, 125-126. < <

[18] Smith, J., 1629, 35 («tres casas»); Smith, J., 2011 (1908), 117 («en la cima», «de casi sesenta pies»). Para la salinidad del río James y la bahía de Chesapeake, vid. Mann, Ch. C., 2011b, 45; y Earle, C. V., 1979, 96-122. <<

[19] Smith, J., 1616), 17; Smith, J., 1629, 31, 44 («que los vieran», 31; «Nuestra bebida», 44). < <

[20] Horn, J. P. P., 2005, 189-190; Smith, J., 1629, 53 («No había»); Greer, A., abril de 2012, 372-373; Rountree, H. C., 1993, 183-190; White, S., 2017, 114; Stromberg, J., 30 de abril de 2013 [https://www.smithsonianmag.com/history/starving-settlers-in-jamestown-colony-resorted-to-cannibalism-46000815]. < <

[21] Donegan, K., op. cit., 34, 69-116. < <

[22] Townsend, C., op. cit., 13, 85-88, 111-113, 129-130, 135-158; Richter, D. K., op. cit., 41-51; BR, 126-127; Kopelson, H. M., 2021, esp. 442; Appleby, J. P., op. cit., 73. Para los otros nombres de Pocahontas, vid. Townsend, C., op. cit., caps. 1 y 7. < <

[23] Gleach, F. W., op. cit., 210; DeJohn Anderson, V., 2002, 177-179, 188; Smith, J., 1629, 144 («pocos o ninguno»); Edward Waterhouse a la Honorable Companie of Virginia, en Kingsbury, S. (ed.), 1906-1985, vol. 3, 551, 557 («esa fatal», 551; «conquistarlos», 557); Miller, J., 1993), 186 («comerse»). < <

[24] El Consejo de Virginia a la Virginia Company en Londres, 30 de enero de 1623/4 y el Consejo de Virginia al earl de Southampton y la Company of Virginia, 2 de diciembre de 1624, en Kingsbury, S. (ed.), op. cit., vol. 4, 450, 508 («Nos hemos», 450; «abundante», 508). < <

[25] Winthrop, J., 1908, vol. 2, 167 («los ingleses»); Beverley, R., 1855 (1705), 48-49 («Los astutos indios», «incómodos», 48; «Sus párpados», 49); Taylor, A., op. cit., 134-136. Para las tácticas powhatans, vid. Rice, J. D., enero de 2020, esp. 24. < <

[26] Beverley, R., 2013, 48. <<

[27] Lorimer, J. (ed.), 2018 (1989), esp. cap. 2; Taylor, A., op. cit., 136; DeJohn Anderson, V., op. cit., 107-113; Donck, A. van der, 2008; Hatfield, A. L., 2006. Para la relativa debilidad del Estado inglés en un contexto global, vid. Games, A., 2008. < <

[*] N. del T.: Hechos, 16:9. La Biblia protestante de referencia (Biblia Valera) lo traduce así: «Pasa a Macedonia y ayúdanos». < <

[1] Newell, M. E., 2009, 35-36; OBK, 8-9; Smith, J., 1616, 5. < <

[2] Donck, A. van der, 2008, 7-8; Bilodeau, Ch., 2014, 1-35; Childs, D., 2012, 261-262. < <

[3] Marr, J. S. y Cathey, J. T., febrero de 2020, 281-286; «A Relation or Journal of a Plantation Settled at Plymouth in New England, and Proceedings Thereof, 1622», en Massachusetts Historical Society, 1802, vol. 8, 221 («una gran extensión»); «Reasons and Considerations Touching the Lawfulness of Removing Out of England into the Parts of America», en Demos, J. (ed.), 1972, vol. 1, 28 («Nuestra tierra»); Lipman, A., 2015, 101; Silverman, D. J., 2019, 169-171; Bradford, W. y Winslow, E., 1844, 189-190, 202-213; Freeman, M., junio de 1995, 282-283; Middleton, R. y Lombard, A., 2011, 80-83. Para la mentalidad puritana de Nueva Inglaterra, vid. Miller, P., 1939. < <

[4] Cushman, R., 1841, 243, 265 («Dios», 243; «El país», 265); DeJohn Anderson, V., 2002, 144-145; DeLucia, Ch. M., 2018, 36. Para la ética comunal de los wampanoags, vid. Silverman, D. J., 2005, 183-184. < <

[5] Seed, P., 1995, 16-17; Peterson, M., 2019, 11-13; Greer, A., 2018, 194-197; Tomlins, Ch., 2006, 175-177. < <

[6] SA, 1:41-42; Klooster, W., 2009, 63-73; Hart, S., 1959, 17-21. <<

[7] Bahar, M. R., 2018, 17-37, 40-41, 67-69, 101-103; Ceci, L., primavera de 1982, 97-107; Morrison, K. M., 1984, 75-77, 103-105; Graeber, D., 2011, 131-136; BR, 141-142, 157-160; OL, 85; MacLeitch, G. D., 2011, 35-36; Pearsall, S. M. S., 2019, 108-110. < <

[8] Hall, D. D., 2011, 36-39, 80-82, 177-183; Cave, A. A., marzo de 1989, 27-33; Newell, M. E., 2015, 20; Wood, W., 1865, 70 («hombres como mujeres»). Para la organización política de los pequot, vid. Starna, W. A., 1990, 33-47. < <

[9] John Winthrop a sir Simonds D'Ewes, 21 de julio de 1634, en Forbes, A. B. (ed.), 1943, vol. 3, 171-172. < <

[10] Underhill, J., 1638, Electronic Texts in American Studies, Libraries at University of Nebraska-Lincoln [https://digitalcommons.unl.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1037&context=etas], 2-3 («la sangre», 3). < <

[11] Karr, R. D., diciembre de 1998, 890-891; Underhill, J., op. cit., 8, 13-15 («abrieron fuego», 13; «hicieron grandes alardes», 14; «todo cuanto», 14-15); Winthrop, J., 1790, 124 («unirse contra»); Williams, R., 2007 (1644), vol. 1, 31 («entonces los pequots»). < <

[12] Lipman, A., 2015, 133-137. < <

[13] Ibid., 135-136; Cave, A. A., 1996, 63-68. < <

[14] Mason, J., 1736, 5-8 («dos fuertes», 6; «Fue tal el Terror», 8); «Journal of the Proceedings of the Congress Held at Albany, in 1754», en Massachusetts Historical Society, 1836, 25 («combatieron»). < <

[15] Underhill, J., op. cit., 2, 35-36, 38 («insolentes», 2; «cabría preguntarse», 35; «En ocasiones», 36; «Nuestros indios», 38); Lipman, A., enero de 2008, 3-28 (gritaban mach it», 19). < <

[16] Donck, A. van der, op. cit., 5 («no conocieran fin»). < <

[17] BR, 136-142, 159-160; Rink, O. A., 1986, 118; Barr, D. P., 2006, 5-6, 31-33; Middleton, R. y Lombard, A., op. cit., 113-114; Jones, E. E., abril de 2010, 387-407; Newell, M. E., 2015, 22; Donck, A. van der, op. cit., 14-15; Jacobs, J., 2005, 76-77; Walker, T., 2012, 33-34; William A. Starna, W. A. y Brandão, J. A., otoño de 2004, 737; Lipman, A., 2015, 25-26, 117-121. < <

[18] Haefeli, E., 1999, 17-31; Lipman, A., enero de 2008, 14. < <

[19] «Declaration of Harmen Meyndertsen van den Bogaert and Others respecting an Attack by the Raritan Indians», en Laer, A. J. F. van (trad. y ed.), 1974, 409 («en lugar de», «comenzaron a mofarse», «todos armados»); NWA, 98. < <

[20] Vries, D. P. de, 1909), 227-228 («Un gran alarido», 227; «Arrancaron», «algunos con», «atacados», 228). < <

[21] Haefeli, E., op. cit., 32-35. < <

[22] Jacobs, J., op. cit., 78-79 («los pobres», «completamente»); Gehring, Ch. (trad. y ed.), 2000, xx («a distancia de»); Bodle, W., 2012, 227. < <

[23] Vaughan, A. T., 1995, 95 («debían instruirse», «salvo»); OBK, 32. Para el carácter central de las armas de fuego en la guerra, el comercio y la diplomacia de los nativos americanos, vid. Silverman, D. J., 2016. < <

[1] Oberg, M. L., 2003, 38-39; Kawashima, Y., 2002. < <

[2] Vaughan, A. T., 1995, 155-157; Parker, M., 2014, 90-91; «Articles of Agreement between the English in Conneticutt and the Indian Sachems», 21 de septiembre de 1638, Yale Digital Collections [http://findit.library.yale.edu/catalog/digcoll:2389] («ya no volverán»); Fickes, M. L., marzo de 2000, 60-61; DeLucia, Ch. M., 2018, 290-295; «Treaty of Hartford, Articles of Agreement between the English in Connecticut in 1638», Venture Smith's Colonial Connecticut [https://venturesmithcolonialct.org/library/treaty-of-hartford-1638] («tan pronto»). < <

[3] Oberg, M. L., septiembre de 2004, 478-499; Lipman, A., 2015, 161-163; De Forest, J. W., 1852, 153-200. He leído la detallada historia de De Forest a contramano. En lugar de ver a Uncas como un oportunista egocéntrico, he examinado sus acciones como un sachem, un líder de su pueblo. La imagen que surge es diferente. < <

[4] SA, 1:153; Mitchel, R. D., septiembre de 1983, 413; Warren, S., 2014, 85-88. < <

[5] BR, 129; Hakluyt, R. (ed.), 1589, 723; Trigger, B. G., 1985, 135-137, 147-148. < <

[6] Fischer, D. H., 2008, 42-60; Seed, P., 1995, 64-65. < <

[7] Champlain, S. de, 1922-1939, vol. 1, 137 («garantizar»); Ibid., vol. 2, 99-100 («recto contra», 99; les dejó tan», 100); Charlevoix, P. F. X. de, 1900, vol. 2, 7-9; Fischer, D. H., op. cit., vol. 5, 227-280; NWA, 92-93; Barr, D. P., 2006, 20; JR, 1:109. < <

[8] OL, 6-7, 31-39; Trigger, B. G., 1987, 27-31; NWA, 36; Calloway, C. G., 2003, 220. Para el comercio temprano con los europeos, vid. EW, 10-11. < <

[9] Barr, D. P., op. cit., 31. < <

[10] JR, 6:297 («El castor»); Champlain, S. de, op. cit., vol. 6, 197 («de ambos sexos»); Charlevoix, P. F. X. de, op. cit., 41; Greer, A., 2018, 154-161. < <

[11] Pearsall, S. M. S., noviembre de 2015, 591-610; Greer, A., op. cit., 154. < <

[12] Charlevoix, P. F. X. de, op. cit., 41; S. de Champlain, «Abstract of the Discoveries in New France, 1631», en NYCD, 9:1 («no nos niegan»). < <

[13] JR, 10:77 («su cuerpo», «amo», «él nos»). < <

[14] SA, 1:50-51. < <

[1] OL, 9-17, 30-31; Simpson, L., otoño de 2008, 29-42. < <

[2] Shoemaker, N., 1995, 7-8; Shoemaker, N., 1995b, 61-62; Brown, J., verano de 1970, 151-167 («nada», 153); OL, 1, 30-49; Shannon, T. J., 2008, 23-30; Brandão, J. A. (ed.), 2004, 63 («Entonces, él»); JR, 51:237 («En esto»); Launay, R., 2010, 340-341. < <

[3] Anderson, Ch. L., 2020, 137-138. < <

[4] OL, 55-57; JR, 5:203 («siempre», «los habían», «él mismo»). < <

[5] John Winthrop a sir Simonds D'Ewes, 24 de julio de 1634, Papers of John Winthrop Family, 1537-1990, en Massachusetts Historical Society, 1905, 71-72 («siento el», 71); BR, 162. < <

[6] JR, 15:41 («no sabía»); OL, 58-59; Dennis, M., 1993, esp. 85-91.
< <

[7] JR, 26:57 («Todas las gentes»); MG, 1-23; Charlevoix, P. F. X. de, 1900, 209. < <

[8] Montanus, A., 1671, 117 («pintado»); OL, 94-95; Feister, L. M., invierno de 1973, 36-37. < <

[9] JR, 27:249-251 («en señal», 249; «Tenemos», 251). < <

[10] JR, 27:257, 261 («“Allí”», 257; «fueran todos», 261). <<

[11] JR, 41:79 («la furia», «el verdadero»); Witgen, M., 2012, 19-21; Bohaker, H., enero de 2006, 23-52; EW, 80; Greer, A., 2018, 146.
< <

[12] MG, 1-23; Charlevoix, P. F. X. de, op. cit., 209. < <

[13] Barr, D. P., 2006, 15; OL, 31-38; EW, 290; JR, 24:295 («duchos en el manejo»); JR, 44:61-63, 191 («no debemos», «impedir», «a la vista», 191). Para una visión más amplia del canibalismo ritual y real, vid. Cevasco, C., diciembre de 2016, 556-586; Schoolcraft, H. R, 1846, 29, 51 («su nacionalidad», 29; «cuerpo troceado», 51). < <

[14] JR, 41:79 («las cuatro»); JR, 42:55 («Hermanos míos»). < <

[15] JR, 44:61-63, 213 («Si tuviéramos», 63); JR, 45:213 («no cabe»). < <

[16] JR, 44:117-119; JR, 45:189 («Por doquier», 189); JR, 46:205 («si el último»); JR, 47:107 («cubrieron de fuego»); «Instructions for Sieur Gaudais Sent by the King to Canada», en NYCD, 9:9-10 («todos los colonos», 10); OL, 98-99. Para las niñas del rey, vid. Gagné, P., 2001. <<

[17] OL, 85; Megapolensis, J., 1996, 41 («la nación»); «Marie de L’Incarnation to Her Son, 1667», en DuVal, K. y DuVal, J. (eds.), 2009, 195; «Propositions Made by Mohawk Sachems», 19 de octubre de 1659, en NYCD, 13:122 («es un profundo», «perros», «bribones», «vivieran con ellos»). < <

[*] N. del T.: Indiferencia o santa Indiferencia. Concepto de san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. De su libro Ejercicios espirituales. < <

[1] JR, 34:25 («observaron»). < <

[2] JR, 34:27 («vinieron», «Abrumado»). < <

[3] JR, 34:141 («Hijos míos»). < <

[4] Greer, A., 2000, 3-12; Greer, A., 2015, 75. Para los jesuitas como constructores de imperios, vid. McShea, B., 2019. <<

[5] JR, 34:25, 123-125 («marcó», «enemigos de los hurones», 123; «Esta aldea», 125); Craughwell, Th. J., 2017; «A Veritable Account of the Martyrdom and Blessed Death of Father Jean Breboeuf and of Father Gabriel L'Alemant, in New France, in the Country of the Hurons, by the Iroquois, Enemies of Faith», Mealing, S. R. (ed.), 1978 [https://www.jstor.org/stable/j.ctt7zt2f2]. («enemigos de la fe»). < <

[6] JR, 34:137, 197, 205, 207, 217 («para que no», «huyeron», 197; «infestado», 207); JR, 35:59, 79, 107 («a la vista», 59; «y se dispersaban», 77; «hallar la muerte», 79). < <

[7] JR, 35:81, 89, 163, 189 («algunas misiones», 81; «el espíritu», 163; «Mi pluma», 189); JR, 35:283; JR, 36:191. < <

[8] Trigger, B. G., 1987), 789; JR, 35:211; JR, 36:119, 123, 133-137, 143, 165 («venían a», 143; «sería un», 165). < <

[9] JR, 37:111. < <

[10] JR, 40:157 («Por fin», «los iroqueses», «este cambio»). < <

[11] Morrissey, R. M., 2015, 31-32; Trigger, B. G., op. cit., 795-796; Richter, D. K., invierno de 1985, 3; JR, 41:55-57 («separar de», 55; «en una gran», 57). < <

[12] JR, 44:205 («iroqueses»); HAC, 86 («no pueden ir»); Greer, A., 2018, 368-371; Pritchard, J., 2004, 153-154; Taylor, A., 2001, 113; Skinner, C. A., 2008, 15-16. < <

[13] Havard, G. y Vidal, C., 2005, 413-435; JR, 49:141-143 («los salvajes», 141; «los iroqueses», 143). < <

[14] OL, 99-104. < <

[15] Aquila, R., 1983, 40-41; EW, 128-132; HAC, lám. 37. < <

[16] JR, 54:275, 281 («Es obra del», 275); JR, 55:35 («pequeña Iglesia», «un respeto»); Preston, D. L., 2009, 27-29; Greer, A., 2018, 182. < <

[17] OL, 134-137; EW, 148-149; Hinderaker, E., 2010, 32-33; HAC, 87. < <

[18] EW, 149-150. < <

[19] Leder, L. H. (ed.), 1956, 45-46, 51 («Somos uno», 45-46; «nuestros castillos», 51); Five Nations, 1698, 4 («hasta el confín»). < <

[20] Hennepin, L., 1903, 1:47-48 («aldea de», 47; «legumbres», 48).
< <

[21] HAC, 86-87; Podruchny, C., 2006, 21-25. Para una obra integral acerca de los coureurs de bois, vid. Havard, G., 2016. < <

[22] JR, 62:155-157, 223 («Después de que», 155; «es destruir», 155-157; «habían obtenido», 157; «El terror», 223); Vachon de Belmont, F. 1840, 12-17 («que meter» [que de mettre Onontio à la Chaudière], 14). Para un contexto más amplio, vid. Lee, J. F., 2019. < <

[23] EW, 169; M. de la Barre a M. de Seignelay, 4 de noviembre de 1683, en NYCD, 9:201-210 («[nación] más», 201; «No dejarán», 202; «La edad», 210). < <

[24] Joslin Cox, I. (ed.), 1922, vol. 1, 12 («no iban»); EW, 159-161 («indios cristianos», «carne de», 161); Hand Browne, W. (ed.), 1896, vol. 15, 176 («batir las cabeceras»). < <

[25] Para un análisis detallado de estas dinámicas, vid. OL, 105-161. < <

[26] Hennepin, L., 1880, 267; EW, 162-164, 286. < <

[27] Para la política de contraposición de los iroqueses, vid. Richter, D. K., 2001, 164. Le Fèbvre de la Barre al rey, 4 de noviembre de 1683, en Margry, P. (ed.), 1883, 7 («los únicos» [lá seuls maistres du commerce]); JR, 62:223 («arruinaron»). < <

[28] EW, 140-145; JR, 62:175 («reputación», «Hay constantes»); «Letter of Father Claude Chauchetiere, respecting the Iroquois Mission of Sault St. François Xavier, near Montreal», 4 de octubre de 1682, en JR, 62:165-189. He confiado aquí en Greer, A., 2015. < <

[29] Shoemaker, N., 1995b, 61-62. < <

[30] JR, 62:163 («la falta», «Ahora están»); EW, 128, 146. < <

[*] N. de la E.: Ambos 8 representan el fonema/ou/. < <

[1] JR, 62:155-163 («erigirse», 155; «al tiempo», «todo el comercio», 159; «Esta es una guerra», 161); HAC, 87. < <

[2] HAC, lám 36. < <

[3] «Relation of the Events of the War, and State of the Affairs in Canada, October 30, 1688», en NYCD, 9:388-90 («se extienden», «La facilidad», 390). < <

[4] OL, 105-132; JR, 54:263-265 («Dejemos que Onontio», 263; «¿Por quién», 263-265). < <

[5] JR, 49:227-231 («Gran Onontio», 227-229; «al más grande», 231). < <

[6] MG, 20-21; Witgen, M., 2012, 93-94. Para los wyandots, vid. Labelle, K. M., 2013. < <

[7] JR, 54:191-193 («Sus usos», «con un tenedor»); JR, 51:53; JR, 55:167-169 («Una Liga general»); Witgen, M., op. cit., 66-68. < <

[8] JR, 54:191 («los iroqueses»); JR, 58:255-257 («una nación», «los enemigos», «llegaron», «diez», «masacrar», 255; «enardecidos», 257). Para los iroqueses como un martillo, vid. MG, 11. < <

[9] Le Roy, C. Ch, 1911-1912, vol. 1, 343-347 («tomar posesión», 343; «si reconocían», 346; «como a sus propios hijos», «Si algún enemigo», 347). < <

[10] «Lettre du Sieur Du Lhut à M. le Comte de Frontenac», 5 de abril de 1679, en Margry, P. (ed.), 1886, 30 («el criadero de castores» [pépinière de castors]); MG, 78-82; «Lettre du Père Enjalran à Lefèvre de la Barre, gouverneur de la Nouvelle-France», 26 de agosto de 1683, en Margry, P. (ed.), 1883, 5; JR, 65:241; HAC, lám. 38; Tanner, H. H., 1986, mapa 6; «The Voyage of St. Cosme, 1698-99», en Kellogg, L. Ph. (ed.), 1917, 344. Para el comercio de armas, vid. MG, 136. < <

[11] MG, ix-x, 99-104. < <

[12] Le Roy, C. Ch, op. cit., vol. 1, 354-366 («Escuchadme», «principal», «¿Qué hijo», 354; «Vomitad», «creer», 355). < <

[13] Perrot, N., 1911, vol. 1, 262 («arrogante»); Nichols, D. A., 2018, esp. 3; Richter, D. K., 2001, 66. < <

[14] Esto es una sinopsis del libro White, R., 1991. < <

[15] JR, 55:203-205 («Aprovechamos», 203; «libre acceso», 205); Seeman, E. R., junio de 2001, 17-47. < <

[16] «Extract from a Letter by Du Luth», 12 de abril de 1684, en WHC, 16:118-120 («hizo acusaciones», «Esta confrontación», «Ya es suficiente», 118; «dar muerte», «tratar», «Consideré», 119; «De no haber», 120); Witgen, M., op. cit., 202-211. < <

[17] WHC, 16:121 («bautizaran», «seis collares»). < <

[18] Sleeper-Smith, S., primavera de 2000, 425-428. < <

[19] Witgen, M., op. cit., 55; «Mémoire du sieur Greyselon Du Lhut adressé à Monsieur le Marquis de Seignelay», en Margry, P. (ed.), 1886, vol. 6, 22 («hacer la paz» [faire la paix avec les Nadouesioux, leurs communs ennemis]); «Lettre du sieur Du Lhut à M. le Comte de Frontenac», 5 de abril de 1679, 27-30. Para una excelente reconstrucción del proceso de paz, vid. Witgen, M., op. cit., 143-148. < <

[20] Le Roy, C. Ch, op. cit., vol. 1, 367-372 («bañándosela», 368; «este era», «dejar mamar», «Encontraron», 372); LA, 38-41. Para estimaciones de población, vid. Radisson, P.-E., 1885, 219-220; y Perrot, N., op. cit., 170. Todas las estimaciones del número de siux son conjeturas fundamentadas. Gary Clayton Anderson sostiene que la población total de siux puede haber llegado a 38 000 en 1650. Vid. Anderson, G. C., 1997 (1984), 16-19. < <

[21] Perrot, N., op. cit., 365 («establecerse», «Iba a establecerse»). < <

[*] N. del T.: Se denominaba separatista a una facción radical del puritanismo. Los separatistas eran protestantes ingleses que aspiraban a separarse de la corrupción de la Iglesia anglicana y formar Iglesias locales independientes. <<

[1] Pritchard, J., 2004,16; Boyd, M. F., 1948, 181-188; SFNA, 90, 101-103; HAC, lám. 38; Kirk, S. van 1980, 9-73. < <

[2] Steenburg, N. H., 2005, 131, n. 3. < <

[3] OBK, 107-109; Richter, D. K., 2001, 100-101; Bourne, R., 1991, 89. Al llamar a las colonias inglesas «sociedades de colonos», me baso en la conceptualización de Patrick Wolfe; vid. Wolfe, P., diciembre de 2006, esp. 387. Existe una variedad de puntos de vista acerca de la aplicabilidad del colonialismo de colonos en la historia temprana de Estados Unidos; vid. «Forum: Settler Colonialism in Early American History», WMQ 76, julio de 2019, 361-450. < <

[4] Shurtleff, N. B. (ed.), 1855, 3-4, 192 («daño causado», «según los usos»). < <

[5] Taylor, A., 2001, 202. Para la visión puritana del alma, vid. Reis, E., junio de 1995, 15-36. Para el Pacto a Mitad de Camino, vid. Pulsipher, J. H., 2005, 89-91. < <

[6] Lonkhuyzen, H. W. van septiembre de 1990, 396-428; Silverman, D. J., 2005), 63-64; DeJohn Anderson, V., octubre de 1994, 601-606; Lepore, J., 1998, 35; Pulsipher, J. H., op. cit., 74; Axtell, J., 1985, 140-145, 179; NWA, 74-76. < <

[7] OBK, 4-5, 72-88. Para un estudio detallado de Martha’s Vineyard, los misioneros y las opiniones y tácticas de los nativos, vid. Silverman, D. J., op. cit., esp. 16-89. < <

[8] Peterson, M., 2019, 125-138; Warren, W., 2016, 9; Newell, M. E., 2015, 6; Warren, S., 2014, 67-70. < <

[9] «The Charter of the Colony of the Massachusetts Bay in New England, 1628-9», en Shurtleff, N. B. (ed.), 1853, vol. 1, 3-4 («mar a mar», 3); O'Brien, J. M., 1997, 40-42; Cronon, W., 1983, esp. 48-53, 54-75, 108-139; DeJohn Anderson, V., op. cit. < <

[10] OBK, 21-23, 31, 121-131; Warren, W., 2016, esp. 9-14, 11-28, 36-64; Newell, M. E., 2015, 133-154, 211-236 («cualquier otro», 215); O'Brien, J. M., op. cit., 42. < <

[11] OBK, 27-54; Jennings, F., 1975, 288-290. < <

[12] OBK, 67-71, 131-134. < <

[13] Lepore, J., op. cit., 30-32, 39; Newell, M. E., 2015, 95-96; OBK, 63-64, 118-124; Mather, I., 1676, 10-11 («solo hay una razón», «Estaba», 11); Ibid., 12 («comenzó»). < <

[14] Lepore, J., op. cit., 22-25; Easton, J., s.f., 2-8 («no causaría daños», 3; «no habían hecho», 4; «Todos los ingleses», «ellos habían sido», 5-6; «por espacio de cuarenta años», 8) [https://digitalcommons.unl.edu/libraryscience/33]. <<

[15] OBK, 131-147; Mandell, D. R., 2010, 48-50. <<

[16] OBK, 147-161, 177-178; Easton, J., op. cit., 8 («desde todas»); Mandell, D. R., op. cit., 48-59, 74-85. < <

[17] OBK, 130, 236-237; Mandell, D. R., op. cit., 64-71; Weidensaul, S., 2012, 163; O'Brien, J. M., op. cit., («nqussutam»). < <

[18] OBK, 236-247; DeLucia, Ch., marzo de 2012, 980-981; Fisher, L. D., enero de 2014, 99-124; Newell, M. E., 2009, 46; Mather, I., op. cit., 34-37 («no haber ocurrido», 37). Acerca de los métodos de reclutamiento en Massachusetts, vid. Zelner, K., 2009. < <

[19] OBK, 271-272, 274; Lepore, J., op. cit., 105. < <

[1] «A Short Accompt of the Generall Concerns of New Yorke from October 1674 to November 1677», en NYCD, 3:254-255 («barcas de remeros», 255). < <

[2] Middleton, R. y Lombard, A., 2011, 189-190; «Council Minutes», 16 de abril de 1675 y «Propositions of the Mohawks to Governor Colve and His Answers, May 22, 1674», en NYCD, 13:479-480, 483 («siempre habían», 479; «animar», «no los turbasen», 483); Mather, I., 1676, 38 («como espías»); Drake, J. D., 1999, 174; Shultz, E. B. y Tobias, M. J., 1999, 183-184; William Berkeley a [Secretary Thomas Ludwell?], 16 de febrero de 1676, Henry Coventry Papers, vol. 77, folio 56, Library of the Marquis of Bath at Longleat, Wilts, England, Bodleian Library («la infección», «se desharían»). < <

[3] OBK, 272-275; Seeman, E. R., 2010, 178; Lincoln, Ch. L. (ed.), 1913, 86 («Mofándose»); Neuwirth, S. D., 1986, 47-51. < <

[4] Mather, I., 1676, 40-47 («Dios ha lanzado», 47); OL, 135-136; Lepore, J., 1998, 112-114; Taylor, A., 2001, 201; OBK, 286-295, 305-307, 320-321. < <

[5] Mather, I., 1676, 60-62 («Los paganos», 60); OBK, 307-324; Drake, J. D., op. cit., 168-169; Mandell, D. R., 2010, 134-135; Chet, G., 2003, 45. < <

[6] Merrell, J. H., 1991, 121; Calloway, C. G., 1990, 76-89; Mather, I., 1676b, 12 («Prefieren las granjas»). Agradezco a Matthew Kruer sus consejos en relación con las monedas contemporáneas. < <

[7] Rowlandson, M., W., 1720, 69 («Nuestros actos perversos»); Lepore, J., op. cit., 48-52. < <

[8] BR, 291-294. Para Andros, vid. Lustig, M. L., 2002, 15-18; Middleton, R. y Lombard, A., op. cit., 182-186. < <

[9] Norton, M. B., 2002, 98-111; J. Weems, «A Short Account of the Losse of Pemiquid Fort in New England August 3d 1689», en Colonial Office Papers, Public Record Office, London 5/855, f76 («tomar todo»); BR, 312-313; Middleton, R. y Lombard, A., op. cit., 182-189; Peterson, M., 2019, 181; Emerson, J., 1913, 246-247 («verdaderos franceses», 246-247; «el acoso», 247). < <

[10] Schiff, S., 2015, 15-19, 53-60, 93, 124; Norton, M. B., op. cit., 44-140; Breen, L. A., 2012, 281-391. Para el contexto más amplio de los juicios por brujería, vid. Demos, J., 1982; DeJohn Anderson, V., 1998, 207. < <

[*] N. del T.: También conocido como Tratado de 1677. Se denomina, asimismo, Tratado de la Plantación Media porque se firmó en el patio de la plantación del medio, o Middle Plantation. <<

[1] Washburn, W. E., septiembre de 1957, 373 («Los hombres de Nueva Inglaterra»); Butterfield, K., 2001, 5-36. < <

[2] Morgan, E. S., 1975, 185-195, 215-249; Brown, K. M., 1996, 319-366; Walsh, L. S., 2000; Billings, W. M., 2004, 174-209. < <

[3] Billings, W. M., octubre de 1970, 409-435; Rice, J. D., 2009, 108-142. Acerca del duradero temor e inquietud en toda la costa este, vid. Kupperman, K. O., 2000. < <

[4] Rice, J. D., 2012), 4-7; Kruer, M., julio de 2017, 416-417. < <

[5] McCracken, R. J. S., 1985, 46-48; Hatfield, A. L., 2004, 199-200; Kruer, M., op. cit., 417-421; Rice, J. D., diciembre de 2014, 733-735; Berry, J. y Moryson, F., 1915, 107-108 («inminente calamidad», 108); Rice, J. D., 2012, 30-31, 36; Matthew Kruer, correo electrónico al autor, mayo de 2020. < <

[6] BR, 268. < <

[7] Kruer, M., op. cit., 419-420; Taylor, A., 2001, 149-150. < <

[8] «Bacon’s Declaration in the Name of the People 30 July 1676», en American History from Revolution to Reconstruction and Beyond [http://www.let.rug.nl/usa/documents/1651-1700/bacons-declaration-in-the-name-of-the-people-30-july-1676.php] («haber protegido»); «Mr. Bacon’s Acct of Their Troubles by Ye Indians, July 18, 1676», WMQ 9, julio de 1900, 2, 8 («destruimos», 2; «satisfacción», «enfureció», «regresó a casa», 8); Billings, W. M. (ed.), 2007, 516; Rice, J. D., diciembre de 2014, 746. < <

[9] Berry, J. y Moryson, F., op. cit., 114-115; «Mrs. Bacon to Sister of Nathaniel Bacon, June 29, 1676», WMQ 9, julio de 1900, 4 («Estoy segura»). < <

[10] Kruer, M., op. cit., 429-430; Philyaw, L. S., 2004, 7-9; Taylor, A., op. cit., 149-151; Bready, M. B., octubre de 1909, 28, 123-130 («viejo necio», 28); Webb, S. S., 1984, 75-76. < <

[11] JR, 59:251 («derrotaron por completo», «Su insolencia»); OL, 135-142; MacLeitch, G. D., 2011, 40-41. Para una discusión teórica acerca de las metáforas de género, vid. Shoemaker, N., primavera de 1999, esp. 241. Para la «diplomacia forestal», vid. Haake, C. B., otoño de 2015, 100-128. < <

[12] «Treaty between Virginia and the Indians, 1677: Articles of Peace between the Most Mighty Prince & Our Dread Soveraigne Lord Charles the II by the Grace of God King of Greate Brittaine France, and Ireland Defender of the Ffaith &c: And the Severall Indian Kings and Queens &c Assentors and Subscribers Hereunto Made and Concluded at the Camp of Middle Plantation, May: 1677; Being the Day of the Most Happy Birth & Restauration of Our s'd Soveraigne Lord, and in the XXIX Yeare of His Said Ma'ties Reigne», en Virginia Magazine of History and Biography 14, enero de 1907, 290-294 («reyes y reinas indios», 290; «cada rey», 293; "«cada rey y reina», 294); McCartney, M. W., 1989, 173-195. < <

[13] Taylor, A., op. cit., 266-269; Elliott, J. H., 2006, 212; EW, 170-171; Warren, S., 2014, 158; Hinderaker, E., 1997, 103-105; Richter, D. K., 2013b, 135-154. < <

[14] OL, 150-153; Lahontan, barón de, 1905 (1703), vol. 1, 78-82 («Los guerreros», «era arruinar», «Debo decirte», 78; «Los franceses», «el extremo», «al gobernador», 79; «Onontio», 80; «Nacimos», 82); «Abstract of Proposalls of the Onoundages and Cayouges Sachims at New Yorke», 2 de agosto de 1684, en NYCD, 3:347 («los protegiera»); «Abstract of the Proposalls of the Onoundages and Cayouges Sachems at New York, 2. August», en O’Callaghan, E. B. (ed.), 1849, vol. 1, 400-401 («la gente de Penn», 402). < <

[15] EW, 175-179; M. de Denonville a M. de Seignelay, 9 de septiembre de 1686, en NYCD, 9:295-298 («Siento mucho», 295; «Los iroqueses», «podemos dar», 298). < <

[*] N. del T.: Las fuentes españolas de la época se refieren a él como Popé. <<

[*] N. del T.: Entredicho o interdicto: censura eclesiástica que prohíbe la asistencia a oficios divinos, la administración de casi todos los sacramentos o la sepultura cristiana. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] «Declaration of Pedro Naranjo of the Queres Nation, December 19, 1681» y «Autos Drawn Up as a Result of the Rebellion of the Christian Indians, August 9, 1680», en Hackett, Ch. W. (ed.), 1942, vol. 2, 3-4, 245-249 («[…] venian todas», 3-4). Para Popé y corredores, vid. Reséndez, A., 2016, 152-155. < <

[2] Benavides, A. de, 1996, 39-41 («estaba llena», 41); SFNA, 92-100; Knaut, A. L., 1997, 17-52. Para la Guerra Chichimeca, vid. Powell, Ph. W., 1952. < <

[3] Gutiérrez, R. A., 1991, 108-112; Voth, H. R., 1905, 268-269. < <

[4] Benavides, A. de, 1945, 171 («para tomar»); Brooks, J., 2002, 50-51. < <

[5] Elliott, J. H., 2006, 190-191; NWA, 30; SFNA, 122-126, 130; Reséndez, A., op. cit., 125-129, 158-159; Gutiérrez, R. A., op. cit., 4-10. < <

[6] Fray Juan Bernal al Tribunal, Santo Domingo, 1 de abril de 1669, en Hackett, Ch. W. (ed.), 1923-1937, vol. 3, 272 («un gran número»); Ivey, J. E., primavera de 1994, 81-87. < <

[7] Blackhawk, N., 2006, 24-32; Anderson, G. C, 1999), 22-27, 105-111; Gutiérrez, R. A., op. cit., 107. < <

[8] Ivey, J. E., op. cit., 87-89; Anderson, G. C, op. cit., 15-29. Para un trabajo integral acerca de los jumanos, vid. Hickerson, N. P., 1994. <<

[9] Truett, S., 2006, 25-27; Anderson, G. C, op. cit., 21-27; Kelly, J. Ch., octubre de 1952, 265-268; Conrad, P., 2021), 23. < <

[10] Gutiérrez, R. A., op. cit., 10-36; Reséndez, A., op. cit., 158-166; Conrad, P., op. cit., 17-19. < <

[11] Hackett, Ch. W., octubre de 1911): 98-102; Brooks, J. F., junio de 2013: 738-764. < <

[12] «Antonio Otermín Describes the Pueblo Revolt», en DuVal, K. y DuVal, J. (eds.), 2009, 254 («¿Cómo pueden»); Hackett, Ch. W., octubre de 1911, 103-144 («para mayor», 143); Conrad, P., op. cit., 29-30, 75; SFNA, 135; Reséndez, A., op. cit., 167-171. < <

[13] Hackett, Ch. W., octubre de 1911, 105-130; Kessell, J. L., 1979, 231-237. Para el carácter antiespañol y anticristiano de la revuelta, vid. Gutiérrez, R. A., op. cit., 134-136; y Liebmann, M. J., 2012, 29-82. < <

[14] Brown, T., otoño de 2004, 463-500; SFNA, 136. < <

[15] Conrad, P., op. cit., 77. < <

[16] Forbes, J. D., 1960, 292-311. Para un estudio exhaustivo de la «reconquista» española, vid. Espinosa, M., 1942. < <

[17] Diego de Vargas al conde de Galve, 20 de mayo y 2-3 de junio (dos cartas) y 14 de octubre de 1694, en Kessell, J. L., Hendricks, R. y Dodge, M. D. (eds.), 1998, 242-266, 416-419 («sobre los aposentos», 265); Chávez, fray A., 1948, 21-28; Kessell, J. L., op. cit., 252-267; Roberts, D., 2005, 182-191. < <

[18] SFNA, 139-141; Gutiérrez, R. A., op. cit., 143-146, 156-157. < <

[19] Conrad, P., op. cit., 77. < <

[20] Calloway, C. G., 2003, 177-185. < <

[21] «Diary of Juan de Ulibarri to El Cuartelejo, 1706», en Thomas, A. B. (ed.), 1935, 61; Brooks, J. F., op. cit., esp. 739. < <

[*] N. del T.: El Piedmont (Piamonte) de la costa este de Norteamérica es una meseta situada entre los Apalaches y los valles del litoral atlántico. De unos 950 kilómetros de extensión, recorre varios estados, desde Alabama, al sur, hasta Pensilvania, en el norte. < <

[1] F. Nicholson, «Catawba Deerskin Map», Library of Congress [https://www.loc.gov/resource/g3860.ct000734/?r=-0.0335,-0.023,1.773,0.764,0] («el camino inglés»); Fitts, M. E., 2006, 8-14; Merrell, J. H., agosto de 1984, 363-365 («nadies», 365); Lawson, J., 1709, 44 («nuestro propietario»); Merrell, J. H., 1989, 282; Piker, J., 2004), 38-39; Shoemaker, N., junio de 1997, 625-644; Lee, J. F., 2019, 84-86. < <

[2] Dixon, B. J., enero de 2019, 41-74. < <

[3] Middleton, R. y Lombard, A., 2011, 149; Lawson, J., op. cit., 241, 244, 251 («señores y propietarios absolutos», 241; «en un país tan remoto», «de tantas naciones bárbaras», «Salvajes», 251); Parramore, Th. C., octubre de 1982, 307-326; Atkinson, J., 2003, 30-32. < <

[4] Holland Braund, K. E., verano de 1990, 239-258; Perdue, Th., 1998, 38; Pesantubbee, M. E., 2005, 175; Archdale, J., 1822 (1717), 14 («Charles Town»); NOT, 39-42; Donohoe, F., 2014, 187-188. <<

[5] U. S. Census Bureau, Historical Statistics of the United States, Colonial to 1975, bicentennial ed., Washington D. C., U.S. Department of Commerce, Bureau of the Census, 1975, vol. 2, 1168 [https://www2.census.gov/prod2/statcomp/documents/CT1970p2-13.pdf]. < <

[6] Para la epidemia y un contexto histórico más amplio, vid. Kelton, P., 2007, 101-160. < <

[7] Preston, A., 2012, 51-54; Dubcovsky, A., abril de 2018, 295-322; Gallay, A., 2002, 135-140, 144-154; Hahn, J. H., 2017, 15; NWA, 102; Warren, S., 2014, 81 («sendas de guerra»). < <

[8] Thrush, C., 2016, 73-76; OL, 201-202. < <

[9] McDowell, W. L. (ed.), 1955, 56. <<

[10] McIlwaine, H. R. (ed.), 1928, 291; Gallay, A., op. cit., 275-277, 283-302; Crane, V. W., 1929, 158-161; OL, 238-239; NWA, 103; Taylor, A., 2001, 233. < <

[11] Merrell, J. H., 1989b), 68-75; Merrell, J. H., 1989, 285-286; Oatis, S. T., 2004, 210 («50 naciones de indios»); Crane, V. W., op. cit., 162-172; Hahn, S. C., 2004, 82, 94-96; Hall, A., 2018, 221-223; Snyder, Ch., 2010, 76. < <

[12] Nash, G., 1974, 123; Gallay, A., op. cit., 337-341; Merrell, J. H., 1987, 124. Para intermediarios, vid. Merrell, J. H., 1999; Merritt, J. T., 1998, 60-87; Hart, W. B., 1998, 88-113; Carney, J., abril de 2000, 125-149; Piker, J., op. cit., 22-26; Dubcovsky, A., 2016, 198. < <

[13] Patrick Gordon a James Oglethorpe, 15 de junio de 1732, en Hazard, S. (ed.), 1851-1853, 322 («No me cabe duda», «tratan»); Spalding, Ph., 1889, 80-98; Johnson, D. A., julio de 2017, 115-140. < <

[14] Los terratenientes de Georgia a James Oglethorpe, s. f., en Collections of the Georgia Historical Society, 1842, vol. 2, 166 («la antigua»); Martyn, B., 1733, 3; SA, 1:181-182; Oglethorpe, J. E., 1732, 13 («debe estar»). < <

[15] Martyn, B., op. cit., 6-15; Peabody, W. B. O., 1844, 241 («enemigos secretos»); Gray, R. y Wood, B., 1976, 353-366; Holland Braund, K. E., noviembre de 1991, 605-609; Baine, R. M., verano de 1995, 418-424; «Oglethorpe's Treaty with the Lower Creek Indians», Georgia Historical Quarterly 4, marzo de 1920, 14; Weaver, J., verano de 2011, 422-423. Para los lazos íntimos entre los colonos y muscoguis, vid. Rindfleisch, B. C., 2019. <<

[16] Perdue, Th., 1987, 136; Wood, P. H., 1889, 9; William Stephens a los administradores, 19 de enero y 27 de febrero de 1737-1738, Stephens a Harman Verelst, 19 de enero de 1737-1738, Thomas Causton a los administradores, 1 de marzo de 1737-1738, James Oglethorpe a Joseph Jekyll, 19 de septiembre, Oglethorpe a los administradores, 19 de septiembre de 1738, en The Colonial Records of the State of Georgia, 1913, 69-110, 251, 252 («fuera de peligro», 110; «esta provincia», 251; «el Parlamento», 252). Acerca de la importancia capital del gadugi, vid. Reed, J., 2016. < <

[17] «Oglethorpe's Treaty», Georgia Historical Quarterly 4, marzo de 1920, 2-9 («Los ingleses», 7-8; "«Legítimo», 9); Piker, J., op. cit., 1-12. < <

[18] William Stephens a Harman Verelst, 27 de mayo de 1738, James Pierce a Verelst, 14 de julio de 1738, William Bull a Lords of Trade, 20 de julio de 1738, Causton a los administradores, 26 de agosto de 1738, Oglethorpe a Jekyll, 19 de septiembre de 1738 y Oglethorpe a los administradores, 19 de septiembre de 1738, en The Colonial Records of the State of Georgia, 1913, pt. 1, 175, 193, 212-216, 231, 251-253 («10 000 combatientes», 193; «La pobre gente», 251; «habrá una Miseria», 253). < <

[19] Tailfer, P., 1741, 20 («Lo primero»); NOT, 46; Wunder, J. R., 2000-2001, 65-92 («ecunnaunuxulgee», 66); DeVorsey jr., L., primavera de 1970, 63-78. < <

[20] U. S. Census Bureau, Historical Statistics, 1168; Merrell, J. H., 1991, 117-156; Merrell, J. H., 1989b, 77; O'Brien, J., 1996, 319-333; Cronon, W., 1983, 159-170; DeJohn Anderson, V., octubre de 1994, 601-624; Herndon, R W. y Wilcox Sekatau, E., verano de 1997, 440-443; Newell, M. E., 2009, 33-66; Warren, S., op. cit., 101-102 («50 fusiles»); Hämäläinen, P., 2014, 31-68. Para la «política india moderna», vid. Merrell, J. H., 1989b, 134-136. < <

[1] Havard, G. y Vidal, C., 2005, 105-108; Miller, D. W., 2011, 36; Morrissey, R. M., 2015, 32-34, 40. < <

[2] Morrissey, R. M., 2015, 32-36; Membré, Z., 1922, 106-130; del conde de Frontenac al rey, 6 de noviembre de 1679, en NYCD, 9:129 («inmenso»); JR, 62:10 («asesinaron y devoraron»); «M. Du Chiesnau’s Memoir on the Western Indians, &», en Hazard, S. (ed.), 1851-1853, ser. 2, vol. 6, 1852, 9 («no se preocuparon», «que eran muy numerosos»); Statistics Canada, «Early French Settlements (1605 to 1691)» [https://www150.statcan.gc.ca/n1/pub/98-187-x/4064812-eng.htm]. < <

[3] Del conde de Frontenac al rey, 2 de noviembre de 1681 y «M. Du Chesneau's Memoir on the Western Indians,» en NYCD, 9:147 («que no ofrecemos», «una falta de poder»). < <

[4] Talon, P. y Talon, J., 1987, 225-258; Usner jr., D. H., 1992, 14-15. Acerca del carácter de La Salle, vid. Wood, P. H., abril de 1984, 323. < <

[5] Mapp, P. W., 2011, 194-232. < <

[6] Havard, G. y Vidal, C., op. cit., 110-112; HAC, 87; EW, 247-263, 287; Shannon, T. J., 2008, 46; OL, 180-189; Preston, D. L., 2009, 87; «An Account of the Most Remarkable Occurrences in Canada from the Departure of the Vessels», en NYCD, 9:678-687 («actuar en», 687); MacLeitch, G. D., 2011, 37; McLynn, F., 2005, 27. < <

[7] Havard, G., 2001, 111-178; Merrell, J. H., 1987, 118-133 («La paz», 120); EW, 287; Witgen, M., 2012, 274-276; Aquila, R., 1983, 205-210; Berger, Th. R., 1991, 60 («las cinco [naciones] iroquesas»). < <

[8] Vid. un estudio detallado de la incursion en Haefeli, E. y Sweeney, K., 2003. Acerca de Kanenstenhawi, vid. Demos, J., 1994. <<

[9] Rushforth, B., 2012, esp. 193-253; Miles, T., 2017, 39-46; Havard, G. y Vidal, C., op. cit., 413-435; HAC, lám. 46, 47. < <

[10] Le Moyne d'Iberville, P., 1981, 17-105; Bénard de La Harpe, J.-B., 1851, 3:12-19; Wilkins, J. B., 2015 (1996), 378-379. < <

[11] Galloway, P. K., 2009, 333-356; Margry, P. (ed.), 1880, 517-519 («un aire a los» [air de Iroquois et les manières de gens de guerre], 519); Atkinson, J., 2003, 59-60. < <

[12] Ekberg, C. J., 2000, 54-58. < <

[13] Morrissey, R. M., diciembre de 2015, 667-691; Havard, G. y Vidal, C., op. cit., 132; Barr, D. P., 2006, 81; MG, 160. < <

[14] MG, 82-90, 149-154; OL, 223-224; Rushforth, B., enero de 2006, 57-65; Joseph Marest a Philippe de Rigaud, marqués de Vaudreuil, 4 de junio de 1708, Francois Clairambault D'Aigremont, carta, 14 de noviembre de 1708 y Philippe de Rigaud y Jacques Raudot, «Report of the Colonies», 14 de noviembre de 1708, en Historical Collections. Collections and Researches Made by the Pioneer and Historical Society of Michigan, 1904: 33:383-387, 404-406, 431-446; Witgen, M., op. cit., 288-295; «Charlevoix's journal historique», en WHC, 16:417-418 («un gran daño», 417). < <

[15] Havard, G. y Vidal, C., op. cit., 131-132; Pritchard, J., 2004, 25-26, 44; MacDonald, D., 2016, 37; Lee, J. F., 2019, 92; White, S., 2012, 28; Cummins, L. T., Schafer, J. K., Haas, E. F., Kurtz, M. L., Wall, B. H. y Rodrigue, J. C., 2014, 40; Usner jr., D. H., 1992, 31-32; Allain, M., 1988, 67-68. < <

[16] White, R., 1983, 48-49; Mothe Cadillac, A. de la y Liette, P., 1947 (ca. 1702), 78 («con un gran número», «merece ser», «decide él solo»); Brain, J. F., abril de 1971, 215-222. < <

[17] Usner jr., D. H., 1992, 27-29; Usner jr., D. H., 1998, 23; Havard, G., 2013, 113-138. < <

[18] Havard, G. y Vidal, C., op. cit., 392-393; DuVal, K., 2006, 778-782. < <

[19] DuVal, K., 2006, 79-83, 104-107; DuVal, K., 2016, 58-59; Lee, J. F., op. cit., 165-167. < <

[20] Jean-Baptiste Bienville al Consejo, 1 de febrero de 1723, en Kowland, D. y Sanders, A. G. (trads. y eds.), 1927-1984, 3:343 («para enfrentar entre sí»); Adair, J., 1775, 260 («los ancianos»). <<

[21] Bossu, J.-B., 1962, 83-84 («que eran medio mujeres», «olían como», 84). Acerca de Bourgmont, vid. Nasatir, A. P. (ed.), 1990 (1952), 2:12-22; y West, E., 2012, 137-141. < <

[22] DuVal, K., 2006, 104-110; «Memoir on Indians by Kerlerec», en Kowland, D. y Sanders, A. G. (trads. y eds.), op. cit., 5:206; Rollings, W. H., 1992, 127-133; Calloway, C. G., 2003, 363, 381 («los osages», 381); Lee, J. F., op. cit., 167-171. < <

[23] Ellis, E., julio de 2020, 455-463; Wells, M. A., 1994, 119-121; Usner jr., D. H., 1992, 70-72; Usner jr., D. H., 1998, 24-25; Woods, P. D., otoño de 1978, 432-434; Havard, G. y Vidal, C., op. cit., 301-305. < <

[24] Ellis, E., op. cit., 1 («La colonia»); Usner jr., D. H., 1992, 46-47, 70-76; Usner jr., D. H., 1995, 151; Usner jr., D. H., otoño de 1979, 40; Rushforth, B., enero de 2006, 72-80; Witgen, M., op. cit., 293-295; Edmunds, R. D. y Peyser, J. L., 1993, 159; Charles de la Boiche de Beauharnois y Gilles Hocquart al ministro francés, 2 de noviembre de 1730, en WHC, 17:113, 167 («la total destrucción», 113; «el golpe final», 167). < <

[25] DuVal, K., abril de 2008, 267-304; Ellis, E., op. cit., 442. <<

[26] Galloway, P., (ed.), 1984, 4:262 («ninguno de los»); Wells, M. A., op. cit., 161 («el bastión»); Usner jr., D. H., 1992, 76-81. < <

[27] «Relation du sieur St. Pierre, commandant au poste des Sioux, jointe a la lettre de M. le Marquis de Beauharnois», 14 de octubre de 1737, en Margry, P. (ed.), 1886, 577 («de forma intencionada y premeditada» [avec reflexion et dessein]); «Paroles d'un chef renard adressees a Coulon de Villiers», MG1-C11A, F-49, fols. 521-521v, Library and Archives Canada; Constant le Marchand de Lignery a Beauharnois, 30 de agosto de 1728, en WHC, 17:33-34; Beauharnois al ministro francés, 19 de mayo de 1729, 21 de julio de 1729 y 1 de octubre de 1731, en WHC, 17:62-63, 139-141; Charles des Champs de Boishebert a Beauharnois, 28 de febrero de 1732, en WHC, 17:148-152; «Report of Trade for 1732», en WHC, 17:167-169 («causó», 167); «Réponse de Beauharnois aux paroles des Sioux, Sakis, Renards, Puants, Sauteux de la Pointe de Chaguamigon et Folles-Avoines,» 28 de julio de 1742, Library and Archives Canada, MG1-CiiA, C-2394, fol. 236v («Hijos míos» [Mes enfans, comme je vois nus, je vous donne de quoy vous couvrir]); Rushforth, B., 2012, 193-194. < <

[28] LA, 76-78. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] Joutel, H., 1906, 159-161; Smith, F. T., 1995, 21-37. < <

[2] Cunningham, D. S. (ed.), julio de 2006, 39-66 («una infinidad», 65; «Nombré», 66). < <

[3] SFNA, 161-167; McCorkle jr., J. L., 1984: 3-12; Barr, J., julio de 2004, esp. 396; Anderson, G. C., 1999, 94. < <

[4] Barr, J., enero de 2011, 11 («estén tan bien apisonados»); Barr, J., julio de 2004, 405; Bénard de La Harpe, J.-B., 1851, 3: 9-10 («ni ha establecido»). < <

[5] White, R., 1983, 53-56; Barr, J., 2005, 160. < <

[6] Havard, G. y Vidal, C., 2005, 305-306; Usner jr., D. H., 1992, 81-85, 88; McDonnell, M., 2015, 130-131; Gibson, A. M., 1971, 50-53 («destrucción completa», 50); Lee, J. F., 2019, 89-90, 100-109; Atkinson, J., 2003, 38, 43-44, 58-60, 68. < <

[7] Campanella, R., 2002, 54; SA, 1:197; Witgen, M., 2012, 302-308; Calloway, C. G., 2003, 298; Moreau, B., 2003, 54-60; Ray, A. J., 1998, 59-60. < <

[8] Burpee, L. J., 1908; Pritchard, J., 2004, 3; Middleton, R. y Lombard, A., 2011, 377, 396; LA, 67-70. < <

[9] Ellis, E., primavera de 2017, 136-140; Ellis, E., 2015, 38-52, 96-142. < <

[10] Lakomäki, S., 2014, 13-24. < <

[11] Ibid., 24-29; Joslin Cox, I. (ed.), 1922, 1:277-283 («no eran tan», «en el país», 283); MG, 49 («privados de juicio»); Callender, Ch., 1978, 623. < <

[12] Lakomäki, S., op. cit., 73, 101; Warren, S. y Noe, R., 2009, 165-167; Webb Hodge, F. (ed.), 1912, 2:536. < <

[13] Warren, S. y Noe, R., op. cit., 169-176; Hazard, S. (ed.), 1828, 1:190 («libertad», «sin temor»); Lakomäki, S., op. cit., 30-36; Warren, S., 2014, 84, 92; MacLeitch, G. D., 2011, 28; «Council Held at Philadelphia, June 23, 1711», en MPCP, 2:533-534 («que si volvía», 534); Lawson, J., 1709, 42 («célebre»). Acerca de la reclasificación racial, vid. Perdue, Th., julio de 2007, 218-219. < <

[14] «Council Held at Philadelphia», 12 de julio de 1720, en MPCP, 3:94 («William Penn», «con su amigo»); «Journal of a Mission to Onondaga», en NYCD, 5:376 («abandonaron»); «Conference between Governor Hunter and the Indians», 14 de septiembre de 1714, en NYCD, 5:387, 571 («como Hijos nuestros», 387; «son el equilibrio», «la ruina», 571). < <

[15] Lakomäki, S., op. cit., 38-45; William Burnet a Lords of Trade, 21 de noviembre de 1722, «Conference between Governor Burnet and the Indians», 27 de agosto de 1722, y «Answer of Mahikanders or River Indians to William Burnet», 22 de agosto de 1722, en NYCD, 5:655-63 («nunca molestaran», 657; «Ahora, renovaremos», 663); Warren, S., op. cit., 14; Sleeper-Smith, S., 2018, 13-16, 44-46. < <

[16] Edmond Atkin a Lords Commissioners of Trade and Plantations, 30 de mayo de 1755, en Jacobs, W. R. (ed.), 1954, 65 («recios», «vivía», «se retiraron», «se establecieron»). < <

[17] Kelton, P., 2007, 182-184, 191-192; Snyder, Ch., 2010, 74-75; Waselkov, G. A., 1999, 44-46; Hann, J. H., 1988, 227-285. < <

[18] Merrell, J. H., 1989b, 49-91; Beck jr., R. A., 2009, 138. < <

[19] Merrell, J. H., 1989b, 92-133; Lawson, J., 1714, 71, 232 («de gran tamaño» 71; «gran nación», 232); Heath, Ch. L., 2004, 81-83. < <

[20] Lowery, M. M., 2008, 19-47; Dial, A. L. y Eliades, D. K., 1996, 1-5. < <

[21] Merrell, J. H., agosto de 1984, 367-373; Merrell, J. H., 1989b, 555; Bentley, M. M., abril de 1991, 85-92; McIlwaine, H. R. (ed.), 1928, 442-443. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] Hämäläinen, P., diciembre de 2003, 835-853; YSF, 74. < <

[2] Hall, R., 2020, 13-26; Thompson, D., 1916, 328-330 («Los peegans», 328; «En esta época», 330). < <

[3] Thompson, D., op. cit. , 334-335 («Nos establecimos», «cuando caían las hojas», «Todos lo admiramos», 334; «El terror», 335); DuVal, K. y DuVal, J. (eds.), 2009, 131 («muerto de un flechazo»). < <

[4] Calloway, C. G., 2003, 267; Smil, V., 2008, 80. < <

[5] West, E., 1998, 34-54; Flores, D., 1990, 382 («la causa primaria»). < <

[6] Ewers, J. C., 1958, 23-24. < <

[7] LA, 57-61, 86-87 («Llegaron y atacaron», 59). < <

[8] CE, 21-24. < <

[9] Opler, M. K., enero-marzo de 1943, 155-158; Kavanagh, Th. W., 2001, pt. 2:902; «Opinion of Ensign Bernardo Casillas», 19 de agosto de 1719, en Thomas, A. B. (ed.), 1935, 104 («hacer la guerra»). Acerca de la cambiante dinámica entre utes y comanches, vid. Blackhawk, N., 2006, 35-36. < <

[10] CE, 28-33; Manuel San Juan de la Cruz al marqués de Valero, 1719, en Thomas, A. B. (ed.), op. cit. , 138. < <

[11] Barr, J., 2007, 160-176; Blackhawk, N., op. cit. , 21-40; Brooks, J., 2002, 30-40; Reséndez, A., 2016, 212; Moorhead, M. L., otoño de 1975, 205-222; Weber, D. J., 2005, 150. < <

[12] «Opinion of Captain Miguel de Coca», 19 de agosto de 1719, en Thomas, A. B. (ed.), op. cit. , 105 («van juntos»); Cruz a Valero, 1719, en ibid. («sagrado bautismo», «tan próxima», 138). < <

[13] Log and Itinerary of Antonio Valverde Cosio in His Campaign against the Utes and Comanches, 1719, Bancroft Library, University of California, Berkeley, BANC MSS P-E 43, 1, 17, 22 («los asesinatos», 1; «Si ellos», 17; «gozan», 22). < <

[14] Antonio Valverde y Cosio, «Diary of a Campaign […] against Ute and Comanche Indians, 1719», en Thomas, A. B. (ed.), op. cit. , 110-119; Blackhawk, N., op. cit. , 43-44. <<

[15] Pedro de Rivera a Casa Fuerte, 26 de septiembre de 1727, en Thomas, A. B. (ed.), op. cit. , 214 («conservar lo que ya tenían»). <<

[16] CE, 35-38. < <

[17] Hämäläinen, P., abril de 2010, 173-208. Acerca de la exploración europea y la falta de familiaridad con el interior norteamericano, vid. Mapp, P. W., 2011, 166-201. < <

[*] N. del T.: Old Hop, u Old Hopper, era el nombre que le daban los colonizadores. Su nombre nativo era Gvnagadoga, Standing Turkey, «Pavo de Pie». < <

[1] Jennings, F., 1984, 328-340; OL, 274; James Logan a los propietarios, 25 de junio de 1735, en Hazard, S. (ed.), 1896, 178; A Treaty of Friendship Held with the Chiefs of the Six Nations, at Philadelphia, in September and October, 1736, Philadelphia, Printed and sold by B. Franklin, 1737, 13. < <

[2] Klepp, S. E., junio de 1989, 95; Merrell, J. H., 1999, 20, 35-37; Ward, M. C., verano de 2007, 261. < <

[3] «Council Held at the Proprietors», 12 de julio de 1742, en MPCP, 4:579-580 («Primos», 579; «retirarse», 580); «Council Held at Philadelphia», 23 de abril de 1743, en MPCP, 4:668 («persuadirlos»); Ridner, J., 2012, 309; Fur, G., 2009, 164; Aquila, R., 1983, 223-224. < <

[4] «[Meeting] in the Court House Chamber at Lancaster, June 30, 1744», en MPCP, 4:721 («no eran más que unas mujeres»); Shoemaker, N., primavera de 1999, 241. < <

[5] Merrell, J. H., 1989b, 161-166. < <

[6] White, R., 1983, 65; NWA, 120; Richter, D. K., 2001, 169-171; Saunt, C., 1998, 156. < <

[7] Holland Braund, K. E., 1993, 70-71, 97; Perdue, Th., 1998, 65-72; Holton, W., 1999, 5 («parecer»); Crane, V. W., 1929, 161; Atkin, E., 1954, 22-29, 61, 66 («se arrojaron», 23-24; «para facilitar», 66); White, R., op. cit. , 61. < <

[8] Treuer, D., 2019, 49-50. < <

[9] CW, 16-18; Perkins, E. A., 1998, 205-234. Acerca de la condición de «punto caliente» del valle del Ohio, vid. Furstenberg, F., junio de 2008, 650-652. < <

[10] Greer, A., 1997, 19; Taylor, A., 2001, 426 («dondequiera»); Richter, D. K., op. cit. , 174-175; WUH, 26; State of the British and French Colonies in America, London, A. Millar, 1755, 37 («en fuertes»). < <

[11] Richter, D. K., op. cit. , 169-170. < <

[12] «Trent's Journal», en Darlington, M. C., 1920, 21 («los ingleses»); CW, 5-7, 12, 50-65; Preston, D. L., 2015, 26-30, 33; O'Connell, R. L., 2019, 24 («Aún no estás muerto»). < <

[13] Taylor, A., 2006, 3; MacLeitch, G. D., 2011, 65-68; BR, 377-378; «Meeting in the Court House of Albany», 2 de julio de 1754, en NYCD, 6:869-870 («Vosotros nos habéis», 869; «se están disputando», 870). Acerca del descubrimiento de la identidad de Theyanoguin, vid. Sivertsen, B. J., 1996; y Hinderaker, E., 2010, 238-241. < <

[14] ARI, 6-7; MG, 240-268; WUH, 27. < <

[15] Franklin, B., 1868, 310-311 («el único peligro», 310-311; «sin duda, esos salvajes», 311). < <

[16] Preston, D. L., op. cit. , 151; Bond jr., B. W., junio de 1926, 63 («qué pensaba», «los ingleses», «si los indios», «Ningún salvaje»); Ward, M. C., 2004, 40-41; Faragher, J. M., 2005, 297. < <

[17] CW, 67 («Toda la Norte América»); Atkin, E., 1994, 46 («la importancia»); Evans Dowd, G., 1998, 125. < <

[18] MG, 186-189. < <

[19] Calloway, C. G., 2018, 110-112; Preston, D. L., op. cit. , 165-215, 282-283. < <

[1] CW, 106-107; Preston, D. L., 2015, 148-149; Ward, M. C., 2004, 39-40, 44-45; George Washington a Robert Dinwiddie, 9 de noviembre de 1756, y Washington a John Robinson, 9 de noviembre de 1756, en Fitzpatrick, J. C. (ed.), 1931-1939, 1:494, 505 («considero que están», 494; «ruinoso estado», 505); «Council Held at Philadelphia», 24 de julio de 1755, y «Council Held at Philadelphia», 22 de agosto de 1755, en MPCP, 6:486 («expuesta»). Para la petite guerre, vid. Buchan, B., 2013, 329-347; y Preston, D. L., op. cit. , 84. < <

[2] State of the British and French Colonies in North America, London, A. Millar, 1755, 4 («consecuencias perniciosas», «Con la posesión»); CW, 106-107; Greer, A., 2018, 170-171; Ward, M. C., op. cit. , 39-40, 44-45; «At a Council Held at Philadelphia», 22 de agosto de 1755, en Hazard, S. (ed.), 1851, 6:590; «Minutes of the Provincial Council», en ibid. , 6:590 («sus esposas», «su situación»); Preston, D. L., op. cit. , 86-87 («hatajo de muertos de hambre», 86; «del conjunto», 87); Merrell, J. H., 1998, 16-59; Merritt, J. T., 1998, 62, 73; Denasi, R. A., verano de 2007, 307-332; Merrell, J. H., 1999, 48, 186-236; «Governor Dinwiddie to the Sachems and Warriors of the Great Nations of Cherokees and Catawbas», 4 de noviembre de 1754, en Brock, R. A. (comp.), 1883, 1:391, 395 («enviar a un gran número», 391, «oponerse», 395). < <

[3] «Council Held in the Council Chamber» 3 de abril de 1756, en MPCP, 7:70-71 («había reprendido», «a arrepentirse», 71); Miller, J., agosto de 1974, 507-508; Carpenter, R. M., invierno de 2007, 1-20; Ostler, J., octubre de 2015, 596; Weidensaul, S., 2012, 354-357. < <

[4] Barr, D. P., invierno de 2006, 20 («entonces podremos»); CW, 135-137; SG, 187. < <

[5] Preston, D. L., op. cit. , 80-81, 159-160; HAC, lám. 42; Fur, G., 2009, 179-180; Daiutolo jr, R., primavera de 1988, 4-5; «Minutes of Conferences, Held with the Indians, at Easton, in the Months of July and November, 1756», Evans Early American Imprint Collection [https://quod.lib.umich.edu/e/evans/N06248.0001.001/1:2.7?rgn=div2;view=fulltext]; Merrell, J. H., 1999, 239; Merrell, J. H., octubre de 2006, 778-782. < <

[6] CW, 152-156, 185-201. < <

[7] MacLeitch, G. D., 2011, 66-77; Daniel Claus a Johnson, 5 de abril de 1756, en JP, 2:439 («Cuando vamos»). < <

[8] Evans Dowd, G., 1998, 114-115, 120-123; Perdue, Th., 1998, 88; CW, 238; Kelton, P., octubre de 2012, 766-776; «At a Meeting of Three Mohawk Chiefs, Two Seneca Sachems and Two Cherokee Indians», 12 de septiembre de 1757, en NYCD, 7:325 («hacer la guerra»); Perdue, Th., 1987, 136-137. < <

[9] HAC, lám. 42; CW, 250-268; NWA, 108; Evans Dowd, G., 1998, 114-120. < <

[10] CW, 227-233, 258, 267-283; Calloway, C. G., 2018, 125-126. Aquí me baso en la obra DuVal, K., 2015, 293. El argumento central del libro de DuVal es que, en la Guerra de Independencia estadounidense, «la independencia dependía de otros». <<

[11] CW, 330-339; «The Reply of the Six Nations to Johnson's Speech», 16 de abril de 1759, en NYCD, 7:386-394; «Journal of the Siege of Fort Niagara», en NYCD, 10:977-990; «The Journal of Christian Frederick Post, from Philadelphia to the Ohio», en Gold Thwaites, R. (ed.), 1904, 1:214 («Por qué vosotros», «No tengo»); Merrell, J. H., 1998, 42. < <

[12] CW, 355-365, 457-468. Acerca de lo que se conoció como el levantamiento cheroqui, vid. Oliphant, J., 2001. < <

[13] CW, 387-409; HAC, lám. 42; Hatley, T., 1995, 119-156; Hamer, P. M., octubre de 1925, 442-458; Perdue, Th., 1998, 96; Nester, W. R., 2000, 2 («no se conformaría»). < <

[14] Wraxall, P., 1915, 220 («Preservar»). < <

[15] Havard, G. y Vidal, C., 2005, 677 («Valor»; la traducción es mía); Henry, A., 1921, 43 («El rey francés»); Evans Dowd, G., verano de 1990, 254-259. < <

[16] Merrell, J. H., 1999, 81-82, 100; George Croghan a Henry Bouquet, 10 de diciembre de 1762, en Sir Jeffery, 1 st Baron Amherst, Official Papers, 1740-1783, London, World Microfilm Publications, 1979, microfilm, reel 30, 216-217; «Council Held in the Council Chamber at Savannah», 4 de enero de 1763, en The Colonial Records of the State of Georgia, vol. 9, Proceedings and Minutes of the Governor and Council from January 4, 1763, to December 2, 1766, Atlanta, Franklin-Turner, 1907, 13-14 («Sabéis», 13-14; «Podemos» «observasen», «portarse bien», 14). < <

[17] Atkinson, R., 2019, 6-7, 13; Calloway, C. G., 2006, 37, 112-116, 133, 150-164; Taylor, A., primavera de 2003, 247-261; Havard, G. y Vidal, C., op. cit. , 677-678; George Croghan a H. Bouquet, 19 de marzo de 1763, Bouquet Papers, Add. Mss 21,649, fol. 87-88v., reel 25, British Library, London, England («en la desesperación»); Faragher, J. M., 2005. < <

[18] Cleland, Ch. E., 1992, 131 («alimañas dañinas»); Furstenberg, F., junio de 2008, 651-652; WUH, 101, 118-120; Bohaker, H., enero de 2006, 23-52. < <

[19] Cave, A. A., primavera de 1999, 265-290; WUH, 92-105; CW, 536-537; Mancall, P. C., 1995, 53-54; Dunn, W. S., 1998, 178-189; Harper, R., 2018, 43; Wallace, A. F. C., 1970, 120 («Debéis retornar»). < <

[1] WUH, 12-15, 64-65; Witgen, M., 2012, 65; Bohaker, H., enero de 2006, 23-51; Robert Rogers a Johnson, 7 de octubre de 1763, en JP, 10:871-872; Henry Gladwin a Jeffery Amherst, 20 abril de 1763, en JP, 4:95 («pretendía»); «Journal or Narrative of a Conspiracy of the Indians against the English, and the Siege of Fort Detroit by Four Different Tribes (Beginning) May 7, 1763», en Burton, M. A. (ed.), 1912, 18-20; «Pontiac's Speech to an Ottawa, Potawatomi, and Huron Audience, 1764», en DuVal, K. y DuVal, J. (eds.), 2009, 79-83 («Por qué toleráis», 81). < <

[2] Middleton, R., otoño de 2006, 1-32; Piecuch, J., 2012, 576; WUH, 124-125; Merrell, J. H., 1998, 40-41. < <

[3] Miles, T., 2017, 36-37; WUH, 132-135; Amherst a Bouquet, 23 de junio de 1763, en MPHC, 19:203 («Deseo»); Armstrong, M., 2017, 36 («Estamos tan hacinados»). < <

[4] Fenn, E. A., marzo de 2000, 1553-1557 («el efecto deseado», 1554; «¿Podría organizarse», 1555; «Haría bien», 1556-1557). < <

[5] WUH, 135-145. < <

[6] Robert Etherington a Henry Gladwin, 12 de junio de 1763, en WHC, 7:162-63 («Todo parecía», «se pusieron», «declararon», 163). < <

[7] Amherst al Earl of Egremont, 23 de julio de 1763, en NYCD, 7:529 («el presente estado»); Franklin, B., 1840, 4:318 («No conozco»); Atkinson, J., 2003, 89. < <

[8] Furstenberg, F., junio de 2008, 653-654; CW, 547-548; Calloway, C. G., 2006, 75, 97 («Hermano mío», 75; «daría lugar», 97); «Mississippi Land Company Articles of Agreement, 3 June 1763», Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Washington/02-07-02-0134], («las agresiones»). < <

[9] Nester, W. R., 2000, 212-213; Barnes, C., 2003, 19; WUH, 151-168. < <

[10] WUH, 177-179; Holton, W., 1999, 3-38; Merrell, J. H., 1999, 285-287; Kenny, K., 2009, 1-2; Taylor, A., 2016, 60. < <

[11] Johnson a Lords of Trade, 13 de noviembre de 1763 y 20 de enero de 1764, en NYCD, 7:573-80, 600 («hubiéramos apoyado», «por derecho de conquista», 573; «no existe», «Cada confederación», «podremos», 600). < <

[12] WUH, 77-78, 168-173. Acerca de los rumores, vid. WUH, 63, 142. < <

[13] CW, 619-625. < <

[14] CW, 625-631; Holton, W., op. cit. , 15 («escuchar el discurso»).
<<

[15] Johnson a Cadwallader Colden, 23 de Agosto de1764, en JP, 4:511-514; Saunt, C., 2014, 166. < <

[16] MG, 300; WUH, 229-231; Parkman, F., 1895, 1:255-256 («dispone de»). Acerca de las formas cambiantes de Anishinaabe, vid. Witgen, M., op. cit. , 367-368. < <

[17] MG, 303-307; «Proceedings of Sir William Johnson with the Ohio Indians, July 4, 1765», en NYCD, 7:750 («Los ingleses nunca», «hijos del Gran Rey», «obedecerle»); Robert Rogers a Johnson, 28 de junio de 1766, en JP, 12:120; «Proceedings of Sir William Johnson with Pondiac and Other Indians», 23 de julio de 1766, en NYCD, 7:784, 854-859 («Mi padre de Francia», 784; «En este día», 858); Del duque de Grafton a Mr. Pitt, 18 de enero de 1766, en Stanhope, W. (ed.), 1838, 2:372 («en una buena causa»). < <

[18] MG, 313. <<

[1] «Proceedings of Sir William Johnson with the Ohio Indians, July 4, 1765», en NYCD, 7:754 («debían rendir»); MG, 307. < <

[2] MacLeitch, G. D., 2011, 227; Shannon, T. J., 2008, 167-169.
<<

[3] MG, 351-365; «Proceedings of Sir William Johnson with the Indians at Fort Stanwix to Settle a Boundary Line, 1768», en NYCD, 8:111-20 («por las numerosas pérdidas», 114; «Trataré», «Ahora, hermano», 116); Holton, W., 1999, 10; Gold Thwaites, R. y Phelps Kellogg, L. (eds.), 1905, 58 («excavaron un hoyo»); Harper, R., 2018, 33-34; Lakomäki, S., 2014, 96-101. < <

[4] Taylor, A., 2016, 56, 67-69; Gage a Johnson, 9 de noviembre de 1767, en JP, 12:379 («Hombres interesados»); MG, 313, 323-339; Griffin, P., 2007, 125-126; Aron, S., 1996, 30-31, 55; Harper, R., op. cit. , 48-55, 64-65; Saunt, C., 2014, 17-23; Holton, W., op. cit. , 15 («olvidaran toda ofensa recibida»). < <

[5] Lambert, E. R., 1838, 96. < <

[6] Taylor, A., 2016, 68, 73-74; Aron, S., op. cit. , 21-23; Harper, R., op. cit. , 47-49; «A Friend to the True Interests of Britain in America», Virginia Gazette, 14 de enero de 1773 («ni siquiera»); SG, 53-54; Griffin, P., op. cit. , 98-99. < <

[7] Deloria, Ph. J., 1998, 27-37. < <

[8] William Christian a William Preston, 15 de octubre de 1774, John Floyd a William Preston, 16 de octubre de 1774, Isaac Shelby a John Shelby, 16 de octubre de 1774, en Gold Thwaites, R. y Phelps Kellogg, L. (eds.), 1905, 261-275 («Sus hombres más valerosos», 275); Rhoades, M. L., otoño de 2009, 1-22. < <

[9] Griffin, P., op. cit. , 125-126; Aron, S., op. cit. , 30-31, 35-37; Atkinson, R., 2019, 24; Harper, R., op. cit. , 48-55, 64-65; Saunt, C., op. cit. , 17-23; Taylor, A., 2006, 80-81. < <

[10] Snyder, Ch., 2010, 156-167. < <

[11] Campbell, W. W., 1831, 35 («a los que tenemos»); Paine, Th., 1776, 142 («el indio desnudo»); «From John Adams to James Sullivan, 26 May 1776», Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Adams/06-04-02-0091] («el poder»). Con respecto a los puntos de vista de Adams acerca de los indios, vid. Usner jr., D. H., invierno de 2013, 607-641. < <

[12] Silverman, D. J., 2010, 25, 72, 88-101; ARI, 85-93 («Los rebeldes», 93). < <

[13] Chauncey Ford W. y Hunt, G. (eds.), 1905, 401 («los indios de»); Sami Lakomaki, correo electrónico al autor, 15 de octubre de 2020. < <

[14] Wright, R., 1992, 138-139; NWA, 110; Nester, W. R., 2004, 103 («Si eres»); ARI, 28-34; Almon, J. (ed.), 1776, 53-54 («Seríamos»). < <

[15] Taylor, A., 2016, 252; Samson Occom a John Thornton, 1777, en Blodgett, H., 1935, 164-165 («Siento sobremanera»); Fisher, L. D., 2014, 151-186; Wonderley, A., octubre de 2000, 457-492. < <

[16] Harper, R., op. cit. , 86; Aron, S., op. cit. , 35-39; ARI, 182-200; SG, 59, 189; Timberlake, H., 1927, 58 («metrópolis»). < <

[17] Furstenberg, F., junio de 2008, 660; Taylor, A., 2010, 27. Acerca del ascenso del poder del Estado, vid. Jóhannesson, S., septiembre de 2017, 364; Bergman, W. H., 2012; y Whitaker, A., 1927, 1-5. < <

[18] DuVal, K., 2015, 14-23; Herbert, J., primavera de 2018, 35 («jefe líder guerrero»). < <

[19] «Draft for the Governor General of Canada, the Duke of Connaught, by Duncan Scott, Deputy Superintendent General of Indian Affairs», n.d., National Archives of Canada, Indian Affairs, vol. 2284, 57, 169-171; ARI, 33-34; Lehman, J. D., octubre de 1990, 525. < <

[20] ARI, 129-141; Dennis, M., 2010, 35-36; Tiro, K. M., 2000, 148-165; Griffin, P., op. cit. , 130; Harper, R., op. cit. , 100-118. <<

[21] Peters, R. (ed.), 1856, 13-15; Cozzens, P., 2020, 74; Aron, S., op. cit. , 35-49; Pearsall, S. M. S., 2012, 279-280 («una palabra suya», 279); Kokomoor, K., invierno de 2014, 312-313; John Bowman a Edward Hand, 12 de diciembre de 1777, en Gold Thwaites, R. y Phelps Kellogg, L. (eds.), 1912, 181-183; Merritt, J. T., 2012, 242; Lakomäki, S., op. cit. , 109-112; ARI, 205-207; Sleeper-Smith, S., 2018, 215-219; SG, 61; Griffin, P., op. cit. , 160 («convertido en un montón»). < <

[22] «Journal of Joseph Bowman», en Collections of the Illinois State Historical Library, Springfield, Trustees of the Illinois State Historical Library, 1915-1940, 8:159; Kiernan, B., 2009, 321-322 («esperaba en breve», 322). < <

[23] Barr, D. P., 2006, 144-163; ARI, 222-225; Potter-MacKinnon, J., 1993, 49, 67-68; George Washington, «General Orders, 17 Oct., 1779», en Huggins, B. L. (ed.), 2013, 448, 741 («ha sido barrido», 448; «Cuarenta», 741); Pearsall, S. M. S., op. cit. , 279-280 («que eran», 280); Evans Dowd, G., 2015, 181-183; Dennis, M., op. cit. , 36-37; Taylor, A., 2016, 256; Mintz, M. M., 1999, 117. < <

[24] Griffin, P., op. cit. , 128-129; Graymont, B., 1972, 230-233; MG, 403-407; Haldimand a Arent De Peyster, 10 de Agosto de 1780, en MPHC, 10:416 («Los indios»); Michelson, A., 2018, 689-692. < <

[25] George Rogers Clark a Mason, 19 de noviembre de 1779, en WHC, 8:123-124 («Aunque le parezca»); ARI, 140-142; Griffin, P., op. cit. , 160 («uno no puede»). Para el contexto general, vid. MG, 368-375. < <

[26] Taylor, A., 2016, 254; Frederick Haldimand a Richard B. Lernoult, 23 de julio de 1779, en MPHC, 10:345; Fenn, E. A., 2001, 126-131; Fenn, E. A., 2014, 163; McNeill, J., 2010, 197-234; Jackson, A., 2013, 72. < <

[27] Griffin, P., op. cit. , 138-141, 156-161; MG, 396-412; Peyster a Haldimand, 26 de enero de 1782, en MPHC, 10:547-548 («no están», «Me he esforzado», 548). < <

[28] Greenberg, A. S., 2021, 1014-1015. Acerca de las continuidades, vid. Bender, Th., 2006, 79-87. < <

[29] ARI, 273-276; Calloway, C. G., noviembre de 1985, 51-57; Daniel Robertson al secretario Matthews, 6 de septiembre de 1784, en MPHC, 11:453 («mentirosos e impostores», «animado», «ahora los desprecian»). Acerca del «plato con una sola cuchara», vid. Ford, L., 2008, 106-162. < <

[30] Speck, F. G., octubre de 1946, 377-389; Saunt, C., op. cit. , 167.
<<

[*] N. del T.: Se refiere al valle del río Hudson, en el estado de Nueva York, lugar de residencia de la aristocracia y las clases dirigentes estadounidenses desde el siglo XVIII hasta el XX. < <

[1] «Treaty with the Delawares: 1778», Avalon Project, Yale Law School, Lillian Goldman Law Library [https://avalon.law.yale.edu/18th_century/del1778.asp]. («Los enemigos»). Con respecto al carácter violento del régimen de Estados Unidos, vid. Griffin, P., 2007. < <

[2] Jasanoff, M., 2011, 6-9; Taylor, A., 2016, 366-367. < <

[3] Merrell, J. H., 1999b, 336-337; SA, 1:358-361; Aron, S., 1996, 73-74. < <

[4] Griffin, P., op. cit. , 168-175; Silver, P. R., 2008, 267-269; Harper, R., 2018, 135-141; Fur, G., 2009, 156-157. < <

[5] Mintz, M. M., 1999, 175 («Haya paz»); Taylor, A., 2016, 261-262; Griffin, P., op. cit. , 164-165, 168-170, 173 («está en», 173); Silver, P. R., op. cit. , 278-282. < <

[6] Mancke, E., primavera de 2018, 7; Lakomäki, S., 2014, 116-117, 122-124; Bottiger, P., 2016, 36-37; NOT, 234. < <

[7] NOT, 70-77; Caughey, J. W., 1938, 66 («La Corona de España»).
< <

[8] SA, 1:354; NOT, 79-89; Leitch Wright jr., J., diciembre de 1967, 385-387; Wallace, A. F. C., 1999, 220. < <

[9] «Treaty with the Six Nations: 1784» Avalon Project, Yale Law School, Lillian Goldman Law Library [https://avalon.law.yale.edu/18th_century/six1784.asp]; Harper, R., op. cit. , 167, 170; SG, 186. Acerca de la condición de «tíos» de las Seis Naciones, vid. Speck, F. G., octubre de 1946, 384; Ablavsky, G., diciembre de 2019, 598 («un pueblo libre»); Graymont, B., 1972, 281 («pueblo sometido»). < <

[10] Saler, B., 2015, 13-40; «Locating Settler Colonialism in Early American History», WMQ 76 (julio de 2019), 444; SA, 1:342-343. < <

[11] SA, 1:355-359; NOT, 139; Ethridge, R., 2003, 119; Washburn, J., 2020, 94-111 («cultivan la tierra», 95); Onuf, P. S., 1987, 58 («fuertes y trabajadores»). < <

[12] MG, 416-417; SG, 187-188; «Treaty with the Wyandot, etc., 1785», «Treaty with the Six Nations, 1784», «Treaty with the Cherokee, 1785», «Treaty with the Choctaw, 1786», «Treaty with the Chickasaw, 1786», en IALT, 2:5, 8-23; Hinderaker, E., 1997, 247-249; DuVal, K., abril de 2008, 300. < <

[13] ARI, 205-209; SA, 1:351, 354; Parmenter, J. W., 2000, 128-131; Miles, T., 2008, 59-80; SG, 189. < <

[14] ARI, 213-243 («pueblo para nosotros», 243); SG, 189; Atkinson, J., 2003, 64. < <

[15] Landers, J. G., 2010, 99-102; Din, G. C., verano de 2010, 11; McAlister, L. N., abril de 1962, 325-326; NOT, 205-212, 220; Tribal Historic Preservation Office [http://www.stofthpo.com/History-Seminole-Tribe-FL-Tribal-Historic-Preservation-Office.html]. Acerca del nacionalismo muscogui, vid. Nooe, E., abril de 2005; véase también Greenberg, A. S., 2021, 1020-1021 («Estados Unidos de creeks»). < <

[16] Furstenberg, F., junio de 2008, 651-660; SA, 1:355; Secretary of War, «Report», 15 de enero de 1791, en American State Papers, Class II. Indian Affairs, Washington, D. C., Gales and Seaton, 1832, 1:112; Taylor, A., 2016, 333. < <

[17] Francisco Cruzat a Esteban Rodríguez Miró, 23 de agosto de 1784, en Kinnaird, L. (ed.), 1946, 117 («padre español», «Desde el momento»); Furstenberg, F., op. cit. , 655. Acerca de la ruptura de lo que James Belich denomina «mundo anglo», vid. Belich, J., 2009, esp. 48-57. < <

[18] Cruzat a Miró, 23 de agosto de 1784 y Bernardo del Campo a José Moñino Floridablanca, 11 de diciembre de 1783, en Kinnaird, L. (ed.), op. cit. , 118-119 («dignos», «el lastimoso estado», «todos los habitantes», «si los españoles», 118; «hacerse fuertes», 119); Weber, D. J., 2005, 204-208; Saunt, C., 2014, 167. < <

[19] Furstenberg, F., op. cit. , 656-657. < <

[20] Taylor, A., 2016, 346 («un muro viviente», «las circunstancias»); Taylor, A., 2014, 212 («No debemos»); Aron, S., op. cit. , 82-86. < <

[21] Jefferson a Washington, 2 de abril de 1791, Boyd, J. P. (ed.), 1982, 20:97 («el medio»); Taylor, A., 2006, 214-219; Podruchny, C., 2006, 5; Murphy, L. E., 2014, 24-30. < <

[22] Cozzens, P., 2020, 65; Barnes, C., 2003, 72 («Es seguro»); Seelye, J. E. y Littleton, S. A. (eds.), 2013, 165 («Todos los tratados», «toda cesión»). Acerca del caldero común, vid. Brooks, L., 2008. < <

[23] Griffin, P., op. cit. , 199-200; Brown, A. S., abril de 1969, 173 («casi increíble»); Bottiger, P., op. cit. , 33-37. < <

[24] Furstenberg, F., op. cit. , 660-663; «Treaty with the Six Nations», 9 de enero de 1789, en IALT, 2:18-19; SG, 322-325; Shannon, T. J., 2008, 207-209; Taylor, A., 2006, 241-246; «Timothy Pickering to Washington, December 4, 1790», Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Washington/05-07-02-0014] («mucho más salvajes», «resulta de lo más»). < <

[25] Lakomäki, S., op. cit. , 126; «To George Washington from Arthur St. Clair, 1 May 1790», en Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Washington/05-05-02-0239]; «Proclamation on the Treaty of Fort Harmar, 29 September 1789», en Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Washington/05-04-02-0076] («Siento mucho»); Carter, C. E. y Bloom, J. P. (eds.), 1934, 245 («están reducidos»); «Instructions to Brigadier General Charles Scott, March 9, 1791», en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:129 («transmitir a los indios»); Charles Scott, «To the Various Tribes of Piankeshaws, and All the Nations of Red People, Lying on the Waters of the Wabash River, June 5, 1791», en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:133 («Si declinan»). < <

[26] Harper, R., op. cit. , 167; Calloway, C. G., 2014, 3; Bottiger, P., op. cit. , 36-37; Taylor, A., 2016, 404; Secretary of War, «Report», 15 de enero de 1791, en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:113 («los habitantes piden»). < <

[27] Secretary of War, «Report», 22 de enero de 1791, en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:113 («Estados Unidos ha nacido»); Taylor, A., 2006, 238-239; Ibbotson, J. D., octubre de 1938, 374-391; Annals of Congress, House of Representatives, 2 nd Cong., 1 st Sess., January 26, 1792, 338 («Mientras»). < <

[28] Tanner, H. H., invierno de 1978, 15-39; Cayton, A. R. L., 1986, 38-39; Cozzens, P., op. cit. , 81-87; Parmenter, J. W., op. cit. , 128-131; James Wilkinson a Washington, 6 de septiembre de 1792, en «Extracts of Correspondence on Indian Affairs, October 1792», Founders Online, National Archives, [https://founders.archives.gov/documents/Washington/05-11-02-0164] («1000 creeks»); Bergman, W. H., 2012, 75; Bottiger, P., op. cit. , 37; Sleeper-Smith, S., 2018, 243-279; «Reply of the Six Nations», 24 de abril de 1794, en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:481 («comparten»). < <

[29] SA, 1:351-353; Slaughter, Th. P., 1986, 117, 164-169; Taylor, A., 2006, 291-292; Anthony Wayne al secretario de Guerra, 15 de agosto de 1794, y Henry Knox a George Washington, 29 de diciembre de 1794, en American State Papers, Class II. Indian Affairs 1:490, 544 («gran emporio», «campos y huertos», «muestran», 490). < <

[30] Calloway, C. G., op. cit. , 97-98; Lee, J. F., 2019, 213; Wood, G. S., 2009, 135-139; Nobles, G. H., 1997, 99-132; Knox a Washington, 29 de diciembre de 1794, en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:544 («la completa extirpación»); SG, 110. < <

[31] Lakomäki, S., op. cit. , 126-130; Witgen, M., julio de 2019, 397-399; Furstenberg, F., op. cit. , 668; MG, 467-448; Cayton, A. R. L., 1998, 235-239; Bottiger, P., op. cit. , 38-39; SA, 1:353-355; Horsman, R., 1986; Greenberg, A. S., op. cit. , 1014-1015; Cayton, A. R. L., 1986, 39; «Treaty with the Tribes of Indians, Aug. 9, 1795», en American State Papers, Class II. Indian Affairs, 1:570-571 («La línea divisoria», 570; «nuestra tomahawk», 571). < <

[32] Wallace, A. F. C., op. cit. , 206-214; Nichols, D. A., 2016, 32, 69-88; Hyde, A. F., 2011, 243; Bergman, W. H., op. cit. , 172-174; Thomas Jefferson a Meriwether Lewis, 21 de agosto de 1808, en «From Thomas Jefferson to Meriwether Lewis, 21 August 1808», Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/99-01-02-8555] («el comercio»). < <

[33] SA, 1:348-349, 355-360; Horsman, R., 1967, 53-65; Sheehan, B. W., 1973, 45-65; Cayton, A. R. L., 1986, 56. < <

[*] N. del T.: Referencia bíblica. «Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones». Deuteronomio, 7:9 (Biblia Valera). < <

[*] N. del T.: Residencia de Jefferson en Charlottesville, Virginia. Diseñada por él mismo, fue edificada entre 1768 y 1809. < <

[*] N. del T.: Los relatos de invierno eran los calendarios históricos de los siux. Por medio de pictogramas, dibujados sobre una piel de búfalo o ciervo, se representaban acontecimientos importantes sucedidos ese año. < <

[*] N. del T.: Un sacatrapos (gun worm, o wormer en inglés) era una herramienta que se usaba para sacar restos de cartuchos y tacos del cañón de un arma de fuego. < <

[1] SFNA, 289; SA, 2:6-7. < <

[2] SA, 1:367-69. Acerca de la duración de los viajes, vid. Lee, J. F., 2019, 181 («naciones extranjeras residentes»). < <

[3] Schurz, W. L., mayo de 1922, 181-194; Hämäläinen, P., 2021, 199. < <

[4] Havard, G. y Vidal, C., 2005, 704-711; Hämäläinen, P., op. cit. , 199-200. < <

[5] New York Daily Advertiser, 12 de febrero de 1802 («[…] e imbuirlos»). < <

[6] Thomas Jefferson a Robert R. Livingston, 18 de abril de 1802 («Existe sobre»), Thomas Jefferson, «Draft of First Inaugural», 4 de marzo de 1801 («espacio para todos»), Thomas Jefferson Papers at the Library of Congress, ser. 1, General Correspondence, 1651-1827, [https://www.loc.gov/item/mtjbib011277]; Elkins, S. y McKitrick, E., 1995, 406-430; Paquette, R. L., 1997, 204-225. < <

[7] Lee, R., marzo de 2017, 912-942; Guyatt, N., marzo de 2009, 995; McNeil, K., primavera de 2019, 17-42. < <

[8] Dierksheide, Ch., primavera de 2008, 165-197; Wallace, A. F. C., 1999, 216; Holmes, J. D. L., primavera de 1986, 216-232; NOT, 164 («los dulces», «el valor»); «From Thomas Jefferson to Benjamin Hawkins, 18 February 1803», en Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-39-02-0456] («En verdad»); Perdue, Th., 1998, 116-117, 122, 152. < <

[9] Wallace, A. F. C., 1970, esp. 233-253; Tooker, E., marzo de 1989, 35-50; Parker, A. C., noviembre de 1912. <<

[10] Saunt, C., 2014, 149-151. < <

[11] LA, 95-96; Tabeau, P.-A., 1939, 123-124 («tristes restos»); DeMallie, R. J., Parks, D. y Vezina, R. (eds.), 2017, 177-179; Fenn, E. A., 2014, 166; YSF, 95, 103 («Quemaron», 95; «vinieron», 103). < <

[12] YSF, 118-120; LA, 99. < <

[13] Burns, L. F., 2004, 242; SA, 2:15; Lee, J. F., 2019, 158-160, 170-171, 179-181; Saunt, C., op. cit. , 180; Hyde, A. F., 2011, 239-240. < <

[14] «Extract from the Journals of the Voyage of J-Bte Truteau», en DeMallie, R. J., Parks, D. y Vezina, R. (eds.), op. cit. , 103-107 («malos hombres», «solo se usaría», 103; «abriera», «Fue», 105; «un número de balas», 107); Thomas Jefferson a Meriwether Lewis, 16 de noviembre de 1803, Thomas Jefferson Papers at the Library of Congress, ser. 1, General Correspondence, 1651-1827 [http://www.loc.gov/resource/mtj1.029_0512_0513] («los mejores»). < <

[15] Tabeau, P.-A., op. cit. , 130-131, 138 («una suerte», 130; «formando», «fijar», «rodeados», «comercio ruinoso», 131; «hacen creer», 138). < <

[16] DeMallie, R. J. (ed.), 1984, 307-308 («Somos», 307; «Otro pueblo», 308); Sabol, S., 2017, 62; Walker, J. R., 1992, 125 («aliados contra todos»). < <

[17] Onuf, P. S., invierno de 2003, 24. < <

[18] SA, 2:14-16; «From Thomas Jefferson to John Jay, 23 August 1785», en Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-08-02-0333]; Keller, Ch. B., marzo de 2000, 33-66. < <

[19] SA, 1:60; Thomas Jefferson a Meriwether Lewis, 6 de noviembre de 1803 y 22 de enero de 1804, en Jackson, D. (ed.), 1962, 138, 166 («de 30 a 60 000», 138; «Aunque ustedes», 166); «Journal of Jean Baptiste Truteau on the Upper Missouri, “Premiere Partie”, June 7, 1794-March 26, 1795», AHR 19, enero de 1914, 299-333; Thomas Jefferson al Congreso, 18 de enero de 1803 [https://tile.loc.gov/storage-services/service/mss/mtj//mtj1/027/027_0841_0844.pdf] («doce o quince hombres»). < <

[20] Prideaux Selby a Peter Russell, 23 de enero de 1799, en WHC, 18:460 («una nación»). < <

[21] Tabeau, P.-A., op. cit. , 99-100, 110 («ascendido», «otrora», 99; «muy templados», «suplicaron con urgencia», 110); JLCE, 3:399. < <

[22] Jefferson a Robert Smith, 13 de julio de 1804, Thomas Jefferson Papers at the Library of Congress, ser. 1, General Correspondence, 1651-1827] https://www.loc.gov/resource/mtj1.030_1058_1058] «debían», «porque», «los hombres», «una gran nación»); Ellis, J. J., 1996, 246-253 Seelye, J. D., 1991, 193-209; LA, 129. < <

[23] JLCE, 2:438-441, 487-493 («Vine aquí», 491; «Una cucharada», 492); Ronda, J. P., 1984, 21-23. < <

[24] JLCE, 3:21, 29-30 («muy enfrascado», 21; «Escuchad», 29; «las naciones de más arriba», 30); Tabeau, P.-A., op. cit. , 127 («desgastada»). < <

[25] JLCE, 3:111-114, 139 («Gran Jefe», 111; «isla del mal humor», 114; «continuaban con esto», «los matarían», 139); Ordway, J., 1916, 138-139 («él también», «a su gran padre», «puesto que nunca», 139). < <

[26] James P. Ronda, «Appendix: A Note on Sacagawea», en Ronda, J. P., op. cit. , Journals of the Lewis and Clark Expedition Online [https://lewisandclarkjournals.unl.edu/item/lc.sup.ronda.01.appendix]; JLCE, 5:23, 114 («una mujer», 23); JLCE, 3:418 («los malhechores»); LA, 139-143. < <

[27] Hoxie, F. E., 1995, 30-37. < <

[28] «Arrival of Lewis and Clark at St. Louis», Western World, 1 de octubre de 1806, cit. en Ronda, J. P., 2003, 3:1280-1281 («vehículo», «el comercio»). < <

[29] Miller, R. J., 2006, 104-107; Orsi, J., 2014, 95-103; «General Wilkinson’s Proclamation», 24 de agosto de 1805, National Archives Microfilm Publications, n.º 222, Letters Received by the Secretary of War, Unregistered Series, 1789-1860, roll 2, unregistered file. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: Ambos en español en el texto original. < <

[1] William Henry Harrison al secretario de Guerra, 19 de febrero de 1802, en Esarey, L. (ed.), 1922, 1:38 («hacer creer a los indios»).
< <

[2] Evans Dowd, G., 1992, esp. 29; MG, 512 («la nueva nación blanca»); Hyde, A. F., 2011, 245-250; «Marquis of Casa-Calvo, 28 de mayo 1804», en Tabeau, P.-A., 1939, 241 («emprenderían el camino»). < <

[3] Lakomäki, S., 2014, 143-144; MG, 502-509; WUH, 272; «Extract from a Talk Delivered at Le Maiouitinong, Entrance of Lake Michigan, by the Indian Chief Le Maigouis, or the Trout, May 4, 1807», en State Papers and Public Documents of the United States, Boston, T. B. Wait, 1817, 8:435 («espuma de las grandes aguas»); Edmunds, R. D., 1984, 71-72; Waselkov, G. A., 2006, 74-77; Richter, D. K., 2001, 230. < <

[4] Mohammedi, S., otoño de 2002, 71-88; «From Thomas Jefferson to Henry Dearborn, 28 August 1807», en Founders Online, National Archives [https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/99-01-02-6267] («si alguna vez»); Jortner, A., 2011; Cozzens, P., 2020, 48; Bottiger, P., 2016, 114-116, 140-143; SG, 187-188. < <

[5] Bottiger, P., op. cit. , 74, 82-92; Edmunds, R. D., op. cit. , 223; Lakomäki, S., op. cit. , 143-150; Wood, G. S., 2009, 675; Sudgen, J., 1997, 215 («uno de esos genios»); Snyder, Ch., 2017, 35; Harrison al secretario de Guerra, 10 de julio de 1811 y «Petition to James Madison, President of the United States, July 31, 1811», en Esarey, L. (ed.), op. cit. , 1:532, 534, 540 («si no se toman», 532; «no es intención», «de las que podían», 534; «el país occidental», «Los bandidos», 540). < <

[6] Wood, G. S., op. cit. , 659-662; Holland Braund, K. E. (ed.), 2012, 3. Acerca de los esclavos negros cimarrones, vid. Taylor, A., 2013. <<

[7] Hyde, A. F., op. cit. , 235-236; Sheehan, B. W., 1973, 121; Lewis Cass a Return J. Meigs, 12 de agosto de 1812, en Cruikshank, E. A. (ed.), 1912, 137 («dejado por completo»); Bottiger, P., op. cit. , 137-139; Taylor, A., 2014b, 250; NOT, 237-248; Patrick, R. W., 1954, 29-30, 179-182. < <

[8] Saunt, C., 1998, 151-174; NOT, 249-272; Patrick, R. W., op. cit. , 29-30, 179-182; Waselkov, G. A., op. cit. , 86, 96-97. < <

[9] Waselkov, G. A., op. cit. , 96-100, 140; Saunt, C., 1998, 151-154; NOT, 264-267; Evans Dowd, G., op. cit. , 155. < <

[10] Hurt, R. D., 1996, 340-344; Cozzens, P., op. cit. , 398-419; MG, 523. < <

[11] Hurt, R. D., op. cit. , 375; Abram, S. M., 2012, 135; Andrew Jackson a William H. Crawford, 10 de junio de 1816, en American State Papers, Class II. Indian Affairs, Washington, D. C., Gales and Seaton, 1832, 2:111 («poniendo tanto cuidado»); Richter, D. K., op. cit. , 233. < <

[12] Weber, D. J., 2005, 5, 31-41. < <

[13] Brading, D. A., 1991, 499; Weber, D. J., op. cit. , 72-75, 109-110 («una lamentable», 75). < <

[14] Weber, D. J., op. cit. , 143-144. < <

[15] Gálvez, B. de, 1951, 40-42, 48-49 («tretas», 40; «Nos tendría», 41; «El interés», 42; «caxas y llaves endebles», 49); Weber, D. J., op. cit. , 179-220. < <

[16] Taylor, A., 2001, 446-448; Calloway, C. G., 2003, 399. < <

[17] SFNA, 237-238; NWA, 48-49; Seltz, J., 2010, 91-100; Taylor, J. E., 1999, 13-17; White, R., 1995, 16-22. < <

[18] SFNA, 246; Hurtado, A., 1999, 1-6; Hackel, S. W., 2005, 28-29.
<<

[19] Elliott, J. H., 2006, 204-218; Kammen, M., 1991, 208; Nonneman, W., 2009, 119-120. < <

[20] Haas, L., 2014, 55-80; Spear, J. M., julio de 2019, 361-368; Saunt, C., 2014, 59-64; SFNA, 249-250; Felipe Neve a Antonio María de Bucareli, 26 de febrero de 1777, en Beilharz, E. A., 1971, 83; Sandos, J. A., 2005, 253-264; Taylor, A., 2001, 458 («habían conocido»). < <

[21] Banner, S., 2005, 3-9; Calloway, C. G., 2013, 1-11; Edling, M. M., 2014, 7-8. < <

[*] N. del T.: El Sendero de Lágrimas (Trail of Tears) es el nombre que se dio a la deportación forzosa de las naciones indias del sudeste entre 1830 y 1850. De un total de 60 000 deportados, se estima que perecieron entre 13 000 y 16 000. < <

[*] N. del T.: En la tradición guerrera de las naciones indígenas, un golpe que cuenta, o counting coup, consistía en tocar a un enemigo con la mano, arco o vara de golpes y escapar ileso y sin causar daño alguno al primero, salvo en su orgullo herido. Tales gestas eran recordadas y relatadas en las historias orales, escritas o pictóricas de su nación. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] Clavin, M. J., 2019, 1-2; NOT, 273-274. El título del presente capítulo está inspirado en SG, 191, 361-364. < <

[2] YSF, 157-161. < <

[3] Murphy, L. E., 2014, 65-66. < <

[4] Williams, P., 2020, 143 («Después»); Taylor, A., 2010, 413-421; Clavin, M. J., op. cit. , 16; Furstenberg, F., junio de 2008, 675; SG, 190. < <

[5] Guyatt, N., 2016, 317-318; Saunt, C., 2020, 3-11. < <

[6] Lee, J. F., 2019, 217-219; Guyatt, N., marzo de 2009, 994. <<

[7] Theriault, S. M., verano de 2006, 293-324; Perdue, Th., otoño de 1989, 471-473; Bolton, Ch., otoño de 2003, 253-271; Bowes, J. P., primavera de 2014, 65-87; Wallace, A. F. C., 1999, 206; DuVal, K., 2006, 199-205; McLoughlin, W. G., noviembre de 1979, 315-345. <<

[8] Clavin, M. J., op. cit. , 104, 113-114, 121-126 («vosotros, bravos», «si el país», 104); Owsley jr., F. L. y Smith, G. A., 1997, 111; SG, 189. < <

[9] Meacham, J., 2008, 35-36; SFNA, 299-300; Mahon, J. K., abril de 1962, 350-372; Mahon, J. K., julio de 1962, 1-21. < <

[10] Miles, T., 2016, 103-105; SG, 189; Hyde, A. F., 2011, 229-231; Saunt, C., 2020, 41-47, 54; Snyder, Ch., 2010, 90-93; Guyatt, N., marzo de 2009, 1003. < <

[11] Rothman, J. D., 2012, 3-4; Johnson, W., 2013, 1-45, 245-230; Beckert, S., 2014, 102-104; Baptist, E. E., 2014, 3-38, 175-185; SG, 189; Guyatt, N., marzo de 2009. Acerca de la deportación de los indios del norte, vid. Bowes, J. P., 2016. < <

[12] Saunt, C., 2020, 31-33 («a todos los indios pieles rojas», 33); SA, 2:80-81. Acerca de la Oficina de Asuntos Indígenas como oficina colonial, vid. DeLay, B., noviembre de 2015, 935. < <

[13] Miles, T., op. cit. , 104; Perdue, Th., 1998, 155-157; Yarbrough, F. A., 2008, 25-32; Yarbrough, F. A., invierno de 2004, 385-406 («los matrimonios entre»); Krauthammer, B., 2013, 39. < <

[14] Miles, T., op. cit. , 109-112; «Constitution of the Cherokee Nation», Cherokee Phoenix 1, n.º 1 (21 de febrero de 1828) [https://www.wcu.edu/library/DigitalCollections/CherokeePhoenix/Vol1/no01/constitution-of-the-cherokee-nation-page-1-column-2a-page-2-column-3a.html], («las fronteras»); Moulder, M. A., septiembre de 2011, 75-96; Perdue, Th., verano de 1982, 159-170; Connolly, E., invierno de 2020, 683-689; Saunt, C., 2020, 205. < <

[15] Vid. el incisivo estudio de Christina Snyder de la Academia Choctaw, Snyder, Ch., 2017. < <

[16] Andrew Jackson a James Monroe, 4 de marzo de 1817, en Moser, H. D., Hoth, D. R. y Hoemann, G. H. (eds.), 1994, 95 («derecho a tomarla»); Andrew Jackson, «First Annual Message to Congress, December 8, 1829», en Prucha, F. P. (ed.), 1975, 47 («aunque gasta»); DeLay, B., op. cit. , 936; Saunt, C., 2020, 69-77, 86, 97-100; SG, 249-250; Miles, T., op. cit. , 132; Faragher, J. M., 1998, 305; Oberg, M. L., julio de 1991, 312-314; «The Cherokee Nation vs. The State of Georgia, Supreme Court, January, 1831 Term» [https://www.sfu.ca/~palys/USSC1831CherokeevGeorgia.htm], («una nación doméstica», «un tutelado», «las tribus que residen»). < <

[17] Ford, L., 2010, 3-4, 130, 155-156, 175-182; Krauthammer, B., op. cit. , 38-39; Saunt, C., 2020, 124-170; Ellisor, J. T., 2010, 47-181. Acerca de las mujeres choctaws, vid. Pesantubbee, M. E., 2005, 2. Acerca de las violaciones y asesinatos de nativas, vid. Deer, S., 2015, esp. 68-71. <<

[18] Miles, T., op. cit. , 7-8, 130-132. < <

[19] Cozzens, P., 2020, 427-433. < <

[20] SA, 4:158; Murphy, L. E., 2014, 148-186; Lee, J. F., op. cit. , 230-232. Con respecto a la deportación de indios septentrionales, vid. Bowes, J. P., 2016, esp. 78-210. < <

[21] Murphy, L. E., 1995, 72; SG, 297-320; Merrell, J. H., 1999b, 338. Para un estudio a fondo de la Guerra de Halcón Negro, vid. Jung, P. J., 2007. < <

[22] Evarts, J. (ed.), 1830, 253, 299 («opresión», 253; «el mal», 299); Howe, D. W., 2007, 352-357, 414-416; Saunt, C., 2020, 201-226, 256-266; Perdue, Th. y Green, M. D., 2009, 137-139; Gregg, M. T., 2009, 320-330. < <

[23] Dinwoodie, J., junio de 2021, 17-41. < <

[24] Millet, N., 2013, 239-249; Snyder, Ch., 2010, 224-226; Dinwoodie, J., op. cit. , 30-31; SA, 2:89-90; Davis, J. E., 2017, 12-22; Saunt, C., 2020, 239-242, 281-298, 305-306. Acerca de la geografía de Florida y sus repercusiones geopolíticas, vid. Navakas, M. C., 2017; SG, 284; Miller, S. A., 2003. < <

[25] Irving, W., 1868, 240 («justo en el lugar»); LA, 164-169; Saunt, C., 2014, 158-175. < <

[26] Osborn, A. J., septiembre de 1983, 568-570; West, E., 1998, 70-71; Thompson Denig, E., 1961, 17 («Los animales salvajes»); Pearson, J. D., otoño de 2003, 9-35; Wishart, D., 1994, 80-81; LA, 186-187; YSF, 202-203; Bray, K. M., 1994, 179. < <

[27] LA, 160-163, 168-173. < <

[28] YSF, 200-218 («Combatió a los pawnees», 200; «transportó la pipa», 204; «mató a veinte», «robó doscientos», 208; «Pluma en la Oreja», 209; «mató a cuatro cabañas», 213; «carne de búfalo», «muchos festines», 217; «Cantidades inmensas», 218). < <

[29] LA, 193-207. < <

[30] Meigs, W. M., 1904, 309-310 («¡La raza blanca»). < <

[31] Missouri Republican, 2 de noviembre de 1851 («Hemos tomado una decisión»). < <

[32] Ibid. («Somos una banda»); Missouri Republican, 9 de noviembre de 1851 («Si hay algo […] es este país»); «Treaty with the Sioux-Sisseton and Wahpeton Bands, 1851», «Treaty with the Sioux-Mdewakanton and Wahpakoota Bands, 1851», «Treaty of Fort Laramie with Sioux, etc., 1851», «Treaty with the Comanche, Kiowa, and Apache, 1853», en IALT, 2:588-596, 600-602. < <

[33] Saunt, C., 2020, 314; White, R., 1991b, 91-93; U.S. Department of the Interior, Census Office, Report on Indian and Indians Not Taxed in the United States, Washington D. C., Government Printing Office, 1894, 15-16; Madley, B., 2016, 3-12. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: Método de construcción empleado por numerosas naciones amerindias en las dos Américas. Combina una estructura de cañas o varas entretejidas y barro. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. <<

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[*] N. del T.: Red niggers. < <

[*] N. del T.: En español en el texto original. < <

[1] CE, 38-42, 240; Brooks, J., 2002, 64. < <

[2] CE, 42-50 («abundantes mosquetes», 43); Miller, R. R. (trad. y ed.), octubre de 1975, 173 («el comercio», «perverso comercio», «amistad», «se perderá»); Conrad, P., 2021, 88-89; Barr, J., 2007, 174-175; «Report of the Reverend Father Provincial, Fray Pedro Serrano, to the Most Excellent Senor Viceroy, the Marquis of Cruillas. In regard to the Custodia of New Mexico. In the Year 1761», en Hackett, Ch. W. (ed.), 1923-1937, 3:486-487 («Abandonan toda prudencia»). < <

[3] CE, 45-48; Conrad, P., op. cit. , 80-94; Tomás Vélez Cachupín a Juan Francisco de Güemes Padilla y Horcasitas, conde de Revillagigedo I, 27 de noviembre de 1751, en Thomas, A. B. (trad. y ed.), 1940, 73 («con gran veneración»). < <

[4] CE, 48-58. < <

[5] Ibid. , 59-60; Barr, J., 2007, 175-185; «Deposition of Joseph Gutiérrez», en Bird Simpson, L., 2000 (1959), 43 («venían con intención»); Romero de Terreros, J. M., abril de 2004, 617-627. < <

[6] Adams, E. B., octubre de 1953, 212 («el habitual»); Conrad, P., op. cit. , 108-109; Barr, J., 2007, 185-186. < <

[7] Esta cifra de poblaciones procede de la compilación de estimaciones de la época acerca de cada uno de los segmentos de la Comanchería. Vid. Gaignard, J., 1914, 2:83-100; Francisco Xavier Ortiz a Juan Bautista de Anza, 20 de mayo de 1786, en Thomas, A. B. (trad. y ed.), 1932, 321-324, esp. 323; «List of Comanches Who Came to Make Peace in New Mexico, 1786», en ibid. , 325-327; Tunnell, C. D. y Newcomb, W. W. jr., 1969, 167-172; Pedro Fermín de Mendinueta al Virrey, 18 de junio de 1767, en Thomas, A. B. (trad. y ed.), 1940, 167 («un bárbaro»). < <

[8] Kessell, J. L., 1987, 385; Blackhawk, N., 2006, 102-144; Barr, J., 2005, 150; Brooks, J., op. cit. , 73-74; CE, 98-103; Zappia, N. A., 2014, 66-68. < <

[9] Mézières a Juan María Vicencio, barón de Ripperdá, 4 de julio de 1772, en Bolton, H. E. (ed.), 1914, 1:297-303; Fenn, E. A., 2001, 146-166, 211-215; John, E. A. H. (ed.), julio de 1994, 3738, 49; CE, 99-100 («un paladión de guerra», 99; «la llave maestra» 100). < <

[10] CE, 112-113; Richmond, D. W., abril de 2007, 204. < <

[11] John, E. A. H. (ed.), op. cit. , 37-46 («los grandes capitanes», «diez más», «portaban alguna enfermedad», 37; «de un gran círculo», 39; «es más importante», 44; «Estamos dispuestos», 46); CE, 117; Barr, J., enero de 2011, 38. Camisa de Hierro y Ecueracapa eran la misma persona, vid. Kavanagh, Th. W., 1996, 119-121. < <

[12] Garrido y Durán, P., 1932, 295-296 («se uniría», 295); CE, 118-119. < <

[13] CE, 107, 120-123; Garrido y Durán, P., 1932, 300-302 («establecerse y subsistir», 300; «paso libre y seguro», 300-301; «enemigos comunes», «una prenda», 301; «genio notable», «se hiciera cargo», 302; «muestran», 317-318). < <

[14] Garrido y Durán, P., 1932, 314 («como a su propio hijo»); Garrido y Durán, P., 1932b, 348 («para que así»). < <

[15] CE, 125-164; Hämäläinen, P., abril de 2010, 186; Anderson, G. C., 1999, 116-127; Conrad, P., op. cit. , 115-126 («salvajes indomables», 126); Graber, J., 2018, 23. < <

[16] Brooks, J., op. cit. , 78; Hämäläinen, P., abril de 2010, 180, 187; Flores, D., septiembre de 1991, 471; Isenberg, A. C., 2000, 22-23. Acerca del imperialismo ecológico, vid. Crosby, A. W., 1986. < <

[17] CE, 152; Foreman, G., 1933, 172; M. Duval a William L. Marcy, 31 de mayo 1847, en Letters Received by the Office of Indian Affairs, 1824-1881: Seminole Agency, 1824-1876, Washington D. C., National Archives, 1956, microfilm, reel 801, 47-48. < <

[18] Conrad, P., op. cit. , 113-167, 176-177. Acerca de las reservas apaches, vid. Babcock, M., 2016; véase también Truett, S., 2006, 27-28. < <

[19] Berlandier, J.-L., 1969, 118 («el matrimonio»); CE, 240-250. <<

[20] «Treaty with the Comanche», 13 de diciembre de 1822, en Deloria, V. y DeMallie, R. (comps.), 1999, 150-152; «Delegation from the Comanche Nation to the Mexican Congress», en McLean, M. (comp. y ed.), 1974-1993, 4:428 («él y su séquito fueron agasajados»); CE, 190-192. < <

[21] «Tadeo Ortiz de Ayala and the Colonization of Texas 1822-33», Southwestern Historical Quarterly 32, julio de 1928, 32 («las hordas salvajes»). < <

[22] CE, 207-218; Anderson, G. C., 2005, 173-181; Hämäläinen, P., 2014, 63. < <

[23] CE, 250-255. < <

[24] DeLay, B., 2008, 61-62, 117-119, 274-288; Truett, S., op. cit. , 14-16, 22, 29, 41, 48, 187 («despoblaron nuestras fronteras», 29); CE, 224-229; Bartlett, J. R., 1854, 2:386 («En las estaciones»); Greenberg, A. S., 2021, 1028-1029; Berlandier, J.-L., op. cit. , 82 («Cuando marchan»); Todd Smith, F., 2000, 145-153; Bess, J., verano de 2020, 143-144; McCarty, K., invierno de 1998, 381 («están bien agrupadas»); «Report of Standing Committee on Indian Affairs, Oct, 12, 1837», en Winfrey, D. H. y Day, J. M. (eds.), 1995 (1966), 1:24 («los guardianes»). < <

[25] Hämäläinen, P., abril de 2010. < <

[26] Ibid., 196-198; Miles, T., 2016, esp. 71-79; CE, 152-156; Strickland, R. y Strickland, W. M., 1991, 112-115. < <

[27] CE, 227-232; Smith, R. A., febrero de 1963, 46; DeLay, B., op. cit. , 159-160, 270-273; Blyth, L. R., 2012, 132-133; Smith, R. A., primavera de 1964, 20. < <

[*] N. del T.: «Greasy Grass». Los lakotas le daban ese nombre porque la hierba, al reflejarse sobre el agua, le otorgaba a esta un aspecto brillante y grasiento. <<

[*] N. del T.: «Medicine Line» en el texto original. En el contexto de las culturas nativas, la palabra «medicina» solía referirse a «curación espiritual», «magia» o «poder espiritual». Alguien sanador o curandero y líder espiritual era un *medicine man* (o una *medicine woman*). < <

[1] White, R., 1991b, 76-77; Reséndez, A., 2005, 164-170; O'Sullivan, J., julio-agosto de1945, 5 («imbécil y distraído»); Guyatt, N., 2007, 216-219; Greenberg, A. S., 2021, 1013. Acerca del expansionismo estadounidense impulsado por el capitalismo, vid. Johnson, W., 2013; véase también Karp, M., 2016. < <

[2] DeLay, B., 2008, 253-273. < <

[3] Weber, D. J., 1982, 274; DeLay, B., op. cit. , 288-289; Zappia, N. A., 2014, 101-111; SA, 2:145-153; Crimmins, M. L., 1943, 121; CE, 301. < <

[4] Igler, D., 2013, 99-128; White, R., 1991b, 90-94, 99-100; Johnson, S. L., 2000, 59-60, 220-222; Madley, B., 2016, esp. 12, 59-132, 346; Deer, S., 2015, 67; Addis, C., verano de 2005, 221-258; Spear, J. M., julio de 2019, 427-443. <<

[5] Reid, J. L., 2015, 88-163, 211, 272-273; SA, 2:119, 210-211.
< <

[6] Hyde, G. E., 1975 (1937), 72 («ir a por los siux»); Charles Page a W. Hoffman, 28 de mayo de 1855 y Ed. Johnson a Hoffman, 10 de octubre de 1855, Sen. Ex. Doc. 91, 34 th Cong., 1 st Sess., 11; Alfred J. Vaughan a Alfred Cumming, 21 de marzo de 1854, en Letters Received by the Office of Indian Affairs, 1824-1881: Upper Missouri Agency, 1824-1874; 1852-1864 (Missoula, University of Montana-Missoula, Mansfield Library, 1956), microfilm, roll 885 («derrotar con facilidad»); Wishart, D., 1994, 101-140; Hyde, A. F., 2011, 478-480. < <

[7] LA, 227-230; Utley, R. M., 1967, 146-153. < <

[8] Warren, C. K., 1875, 18-20, 51-52. < <

[9] West, E., 1998, 194-201; Thomas Twiss, «Proceedings of a Council», September 18, 1859, Sen. Ex. Doc. 35, 36 th Cong., 1 st Sess., 7 («había sido destruido», «enviaría a familias blancas»); Conrad, P., 2021, 190. < <

[10] Utley, R. M., 1967, 161-163, 167-172; Truett, S., 2006, 47-49; Conrad, P., op. cit. , 190; Kate, M., 2020, 46; Haake, C. B., 2014, 237, 267-272; T. H. Espy a Sam Houston, 15 de febrero de 1860, en Winfrey, D. H. y Day, J. M. (eds.), 1995 (1966), 4:9 («toda la frontera»); Reséndez, A., 2016, 242 («sede del poder»). < <

[11] «Treaty with the Sioux-Sisseton and Wahpeton Bands, 1851», «Treaty with the Sioux-Mdewakanton and Wahpakoota Bands», «Treaty with the Sioux-Mendawakanton and Wahpahoota Bands, 1858», «Treaty with the Sioux-Sisseeton and Wahpaton Bands, 1858», en IALT, 2:588-593, 781-789; Newcombe, B. T., otoño de 1976, 82-96; Anderson, G. C., 1997 (1984), 177-260; Cavender Wilson, A., 2005, 5-6; Barton, W. W. y Williams, J. P., 1919, 49-50 («en lo que a mí respecta», 49). < <

[12] H. H. Sibley a Alex Ramsey, 20 de agosto de 1862, y John Pope a Sibley, 28 de septiembre de 1862, en Board of Commissioners (comp. y ed.), 1893, 2:257 («se les debe»); Josephy, A. M., 1991, 133-139; Foner, E., 2010, 261. Para un estudio en profundidad de la guerra entre estadounidenses y Dakotas, vid. Anderson, G. C., 2019. < <

[13] Blackhawk, N., 2006, 226-266; YSF, 255 («el primer combate»). Acerca del carácter cambiante de Estados Unidos, vid. Rockwell, J. J., 2010, 217-245; Edling, M. M., 2014; véase también Hahn, S., 2016. < <

[14] LA, 255-264; «Henry Halleck to John Pope, November 3, 1864», South Dakota Historical Collections 8, 1916, 348-349; Kelman, A., 2013, xi, 22-24; Madsen, B. D., 1990, 78-80. Acerca de la condición de nación imperial de Estados Unidos, vid. Hahn, S., op. cit. ; véase también Thrower, R. G., 2012, 24 («Las liendres crían piojos»). < <

[15] J. R. Hanson a D. S. Stanley, 24 de mayo de 1867, Letters Received by HQS, Department of Dakota, 1866-1877, M1734, National Archives, roll 1 («destruirían a todos los blancos»); White, R., 1991b, 96-97; Bray, K. M., 2006, 98-102; N. B. Buford a E. M. Stanton, 6 de junio de 1867, National Archives and Records Service, Record Group 393, «Special Files» of Headquarters, created by the Military Division of the Missouri, Relating to Military Operations and Administration, 1863-1885, M1495; YSF, 259 («Mataron»); LA, 280. < <

[16] LA, 281-293. < <

[17] ARCIA, 1867, 314-315 («han causado»). Acerca de lo que se conoció como la masacre de Washita, vid. Hoig, S., 1976. < <

[18] LA, 303, 322-332; ARCIA, 1870, 208 («perro y blanco necio»); Hoxie, F. E., 1995, 80-82, 100-107; Dexter E. Clapp a Edward P. Smith, 10 de septiembre de 1877, en ARCIA, 1875, 303 («la mayor parte»). < <

[19] White, R., 1991b, 99-101; Nelson, M. K., 2020b, 196; «Report to the President by the Indian Peace Commission, January 7, 1868», [http://history.furman.edu/[SXB]benson/docs/peace.htm], 110 («el gasto»); Brooks, J., 2002, 331-332; Reséndez, A., 2016, 242-244; Cozzens, P., 2016; Iverson, P., 2002, 60-73; Utley, R. M., 2012, 27; Baumgartner, A. L., marzo de 2015, 1106-1122; Conrad, P., op. cit. , 187; Blyth, L. R., 2012, 155-186. < <

[20] Sides, H., 2006, 372-377; Graber, J., 2018, 69; CE, 308-309, 319-325. < <

[21] CE, 313-330; Hämäläinen, P., diciembre de 2016, 493; ARCIA, 1866, 145 («los más salvajes»). < <

[22] La Vere, D., 2000, 167-176; Graber, J., 2018b, 109-112; CE, 336-341; Barr, J., 2007, 207-208. < <

[23] P. E. Sheridan a E. D. Townsend, 25 de octubre de 1878, en Report of the Secretary of War, 1878, Washington D. C., Government Printing Office, 1878, 1: 10, 33 («ninguna otra nación», 10; «ningún otro ejército», 33); Wahlgren Summers, M., 2014, 181-182; Wilkins, D. E., 1997, 12; Chernow, R., 2017, 657-659. Acerca de los planes de Grant, vid. Ulysses S. Grant, «First Annual Message», 6 de diciembre de 1869, en Richardson, J. D. (comp.), 1897-1922, 9:3993. Para el contexto general, vid. Hahn, S., op. cit. < <

[24] Jacoby, K., 2008. < <

[25] Conrad, P., op. cit. , 190-198; Truett, S., 2021, 2:594-616. Acerca de la infraestructura, vid. Adler, W., 2021. Con respecto a los ferrocarriles, vid. Belich, J., 2009, 107-108. < <

[26] Ball, E., 1970, 25-26 («Repartieron cartillas»). < <

[27] SA, 4:159; LA, 299-330, 351-370; «Red Horse Account», en Greene, J. A. (comp. y ed.), 1994, 37 («no hicieron»). < <

[28] Slotkin, R., 1985, 458 («colina de la muerte»); LA, 370-373; LaDow, B., 2001, 40-42, 65-66; White, R., 2011, esp. 59-62, 134-139, 496-498; The Indian Journal, December 7, 1876, re: visit of the Sioux Indian Territory, University of Oklahoma Libraries Western History Collection [https://digital.libraries.ou.edu/cdm/ref/collection/creek/id/6] («mi país está cubierto»). < <

[29] Lehmann, H., 1993 (1927), 75-90; Hatch, Th., 2015, 203-213; LA, 370-373; Smits, D. D., otoño de 1994, 312-338. Acerca de las oficinas postales, vid. Blevins, C., 2021. < <

[30] West, E., 2009, 60-70. < <

[31] Ibid., 98-155, 243-299; LaDow, B. op. cit. , 71; Haines, F., enero de 1954, 1-7. < <

[32] Hodge, A. R., 2019, 116-137, 212, 238-239; Morgan, D. L., 2007, 209 («están tan divididos», «no dependieran»); Reséndez, A., 2016, 266-275. < <

[33] Para redactar este resumen de la historia de los pies negros, me he basado en Hall, R., 2020. Acerca de la masacre del río Marías y su contexto general, vid. Graybill, A., 2013. < <

[34] Binnema, 106-196; HAC, lám. 62. < <

[35] Truett, S., 2021, 871-873; Daschuk, J. W., 2013, 99-126; SA, 2:69-71. Para un estudio en detalle del comercio de penmican, vid. Colpitts, G., 2014. < <

[36] Watt, R. N., noviembre de 2011, 457-494; Ball, E., 1980, 2-9; «Lozen: An Apache Woman Warrior», en Perdue, Th. (ed.), 2001, 98-103. < <

[37] Truett, S., 2006, 57-61, 179-226; Conrad, P., op. cit. , 224-250; Cozzens, P., op. cit. , 362-379. < <

[1] Ostler, J., 2004, 22-229 Green, J., verano de 1994, 200-208. Para un contexto general de la Danza de los Espíritus y de su impulso modernizador, orientado al futuro, vid. Warren, L. S., 2017. < <

[2] Hacker, J. D., diciembre de 2011, 307-348; Hämäläinen, P., 2014, 65; White, R., 2017b, 604-605. Acerca de las dos reconstrucciones simultáneas, que Elliot West denomina «la Gran Reconstrucción», vid. West, E., abril de 2003, 6-26; Deloria, Ph. J., 2008, 364; Lomawaima, K. T. y Ostler, J., primavera de 2018, 79-100 («matar al indio», 79). < <

[3] Pratt, R. H., 1973, 260-271. < <

[4] SG, 186; Lakomäki, S., 2014, 15 («los mayores»). < <

[5] Beckert, S., octubre de 2017, 1137-1170 («monstruosos», «gran amenaza», 1137). Acerca de genocidio, limpieza étnica y masacres, vid. Blackhawk, N., 2006; Kelman, A., 2013; Anderson, G. C., 2005; Jacoby, K., 2008; y Graybill, A., 2013. < <

[6] Madley, B., febrero de 2015, 1. La cifra del 70 por ciento procede de SG, 12. < <

[7] Thornton, R., 1987, 43; The Canadian Encyclopedia, s.v. «Indigenous Peoples in Canada» [https://www.thecanadianencyclopedia.ca/en/article/aboriginal-people]; World Population Review, «Native American Population, 2021» [https://worldpopulationreview.com/state-rankings/native-american-population]. < <

[8] Me baso aquí en Treuer, D., 2019 y también en Treuer, D., mayo de 2021 («América ha conseguido»). < <

